This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

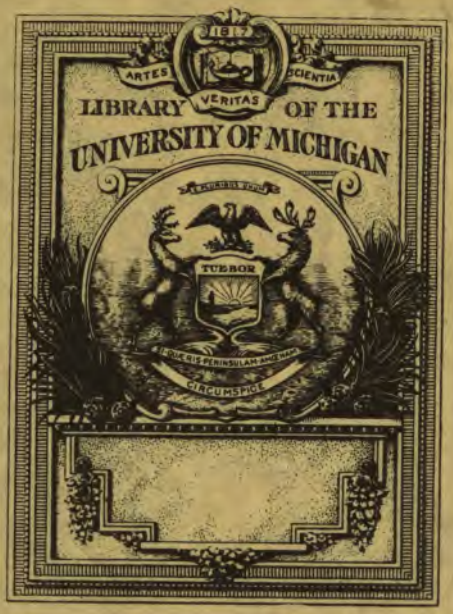
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

REVISTA

DE MADRID.

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO IV.

MADRID.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y TIPOGRAFICA,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

1844.

DP
1
.R47
ser.4
v.4
1844

GL
UID 83-512400-1
201-6886
9Get
8-8-83

BIOGRAFÍA

DE

DON MANUEL DE LA CONCHA.

Al publicar la biografía del teniente general D. Manuel de la Concha, no nos hemos propuesto ningun objeto político. Sentimos que los estrechos límites del periódico en que escribimos no nos permitan hacer una relacion circunstanciada de los eminentes servicios de su familia, y de las prendas notables que adornaban á su padre el brigadier de la Real Armada D. Juan de la Concha. Sin embargo, no pasarémos en silencio la firme voluntad de su carácter, sus distinguidos conocimientos en la marina, el patriotismo con que voluntariamente se brindó para la reconquista de Buenos Aires, el valor y destreza con que allí se condujo, la lealtad con que despreció las lisonjeras ofertas de los insurgentes, y la entereza con que marchó al patíbulo, dejando con su sangre, generosamente vertida por su patria y por sus reyes, un laurel honroso para su nombre, y á sus hijos un modelo que imitar.

Todos ellos presenciaron la horrible catástrofe de su padre. D. Manuel de la Concha, nacido en Córdoba del Tu-

cuman, tenia á la sazon dos años, y recibió del autor de sus dias por única herencia el ejemplo de sus virtudes. Ni su tierna edad, ni su desventura pudieron calmar el furor de los enemigos de su familia y de la causa española: empezaba á experimentar los sinsabores de las guerras civiles. Perseguido, amenazado en su existencia, despojado de todos sus bienes, y sin mas escudo que el corazon varonil y magnánimo de su madre, huyó D. Manuel de la Concha en 1814 del pais en que vió la luz del dia, y buscó un asilo en la metrópoli.

La honrosa muerte del brigadier de la Real armada D. Juan de la Concha era sobrado título para que se admitiese á su hijo D. Manuel en las filas del ejército español; en 1820 á la edad de doce años entró á servir de cadete en Guardias Españolas. En 1825 fué nombrado alferez del primer regimiento de la Guardia Real, y en 1826 pasó de teniente al cuarto regimiento, destino que desempeñaba en 1832.

Andaban á la sazon los ánimos mal avenidos y desasosegados de resultas de haberse proclamado, en vez de la advenediza ley de Felipe V, la antigua ley fundamental de la monarquía, que sancionaba el derecho de las hembras á la sucesion de la corona. La enfermedad del rey D. Fernando VII puso mas en claro la ambicion de D. Carlos y las maquinaciones de sus parciales, que desde entonces no perdonaron medio de seduccion, ni escasearon amenazas para asegurar en la frente del desterrado de Bourges la corona de San Fernando. Mas de una vez creyeron segura su victoria; pero desgraciadamente para ellos y para el ídolo de sus esperanzas, se hallaba á la sazon en la Granja un oficial jóven y valiente, de prestigio en la compañía que mandaba, y que desde los primeros momentos se habia declarado decidido campeon de los derechos de la Reina. Súpose despues que era su ánimo en aquellas críticas circunstancias apoderarse del infante y su familia en el instante mismo en que se alzase un grito en su favor. Esta enérjica decision infundió miedo y

espantó en el corazon del pusilánime príncipe, y contuvo á los conspiradores, para quienes fué desde entonces D. Manuel de la Concha, que así se llamaba el oficial que primero se pronunció por la causa de la Reina, el blanco de inveterado odio y de las persecuciones mas encarnizadas.

Mejorado el rey D. Fernando VII regresó á su real palacio de Madrid. Los partidarios del infante, que veian con sentimiento la mejoría del rey, alarmados de las consecuencias que pudieran tener las sabias y liberales medidas adoptadas por la Reina Gobernadora, proyectaron despojarla de su autoridad, y proclamar á D. Carlos en la noche del 5 de noviembre de 1832. Hallábase el gobierno en la mas aflictiva situacion, sin conocer todavía quienes eran los verdaderos defensores de la reina, cuando llegó á su noticia las contestaciones que mediaban entre los oficiales de la guardia de palacio, divididos ya en encarnizados bandos: pero alentado con las seguridades que les diera el teniente D. Manuel de la Concha, de la firme resolucion y lealtad de sus soldados dispuestos á sostener la inmunidad del regio alcazar, se apresuró á tomar las disposiciones necesarias para salvar la vida de la reina y de sus augustas hijas.

No conoció desde entonces límite alguno la rabia de los partidarios del Pretendiente. D. Manuel de la Concha fué calumniado, arrestado bajo frívolos pretextos, y puesto en incomunicacion durante cinco dias. Mandósele formar causa, y por ella se vé patentemente que era la víctima destinada al sacrificio en el instante mismo en que espirase el rey y se proclamára á D. Carlos, como lo esperaban muchos y lo temian todos. No se habrá borrado todavía de la memoria de los liberales que entonces residian en Madrid, las simpatías que en aquellas críticas circunstancias excitaba el teniente Concha, ni la alegría con que se recibió la noticia de que tanto él como los cuatro oficiales de la Guardia Real, que fueron tambien arrestados por habérsele unido en palacio, habian sido puestos en libertad de órden

expresa de la reina. Queriendo S. M. recompensar su lealtad, le agració con el grado de teniente coronel y el empleo de ayudante del 2.º regimiento.

En 1833 pidió el general Concha pasar al ejército del Norte, y hacer allí voluntariamente la guerra, dando principio de modo tan patriótico á su vida militar en la accion de Durango.

En 1834 dió pruebas de su lealtad y de su decision por la causa constitucional y el trono de Doña Isabel II, en el combate de Huesa; en las acciones de Sodupe, Cenauri, Brucena, Larraga y Oñate; en la de Alzazua, en que por primera vez selló sus juramentos con su sangre; en la de Artaza, que tuvo lugar en 31 de julio; en la sorpresa de Aranaz, verificada el 12 de noviembre; en las acciones de Mendaza y Zúñiga, en que fué herido, el 12 y 15 de diciembre; y en la defensa del fuerte de Salvatierra el 22 del mismo mes.

En 1835 se halló el general Concha en Orbiso el 17 de enero; en el puente de Arquijas en 5 de febrero; en Larraga el 8 de marzo; en Arroniz el 29 del mismo mes, y en el puente de Artaza el 22 de abril.

No pasarémos adelante sin poner en conocimiento de nuestros lectores el brillante comportamiento del general Concha, jefe entonces de E. M. de la division del brigadier Carrera, en la difícil y comprometida jornada de Larraga, notable ciertamente por ser la primera vez que nuestra infantería sola tuvo que combatir á las armas reunidas de los enemigos, y cuyos resultados se debieron al valor y acertadas disposiciones de D. Manuel de la Concha. Cargada la division del brigadier Carrera por toda la faccion al mando del intrépido Zumalacárregui, preciso fué disponer la retirada, y en cumplimiento de las órdenes de su jefe, colocóse Concha á retaguardia con dos batallones para sostenerla. Era tanto mas difícil y peligrosa la posicion de nuestras tropas, cuanto que debian marchar por espacio de una legua en un terreno llano, sin tener un solo soldado de ca-

ballería y ante un enemigo aleccionado por la esperiencia, conducido por el mas bravo de sus capitanes, y envalentonado con la superioridad de sus fuerzas que ascendian á ocho batallones y seis escuadrones. Dieron estos repetidas cargas á nuestra retaguardia, y en todas ellas fueron rechazados con grande pérdida y no poca honra de las tropas de la reina y del jefe de E. M. Cuatrocientos hombres perdieron los batallones carlistas en el sangriento combate que se empeñó al fin. El general Mina, queriendo dar á Concha una muestra de su aprecio, y una recompensa de sus servicios, le ofreció el mando de un batallon, dejando la eleccion á su voluntad. No fué esta la única vez que D. Manuel de la Concha recibió pruebas de la distincion en que le tenia y del afecto que le profesaba el ilustre guerrillero de la independencia española.

Sin embargo de hallarse gravemente enfermo, asistió á la accion de Arlaban: mandaba entonces un batallon de Mallorca, y en la de 29 de mayo mereció por su conducta la cruz de San Fernando de primera clase, y una mencion sumamente honorífica en la órden general del ejército, en que el general Córdova le dió un público testimonio del aprecio particular con que le honraba.

El mal estado de su salud le obligó á retirarse, y aun no bien restablecido de la enfermedad que le aquejaba, y viendo que debia darse principio á las operaciones sobre las líneas de San Sebastian, y que se destinaba su regimiento á quedarse en las Encartaciones, solicitó y obtuvo ser incorporado al ejército de operaciones en el regimiento de Castilla. Empezadas estas, y hallándose Concha en las alturas de Urnieta con el batallon de su mando, fué atacado vigorosamente por el enemigo que con fuerzas triples hizo obstinados esfuerzos para tomar la posicion que defendia, por ser la llave de las que ocupaba nuestro cuerpo de operaciones; pero rechazado y confundido á vista de todo el ejército, el general Espartero confirió á Concha sobre el campo de batalla el empleo de teniente coronel.

Octuvo en 1837 el mando accidental del regimiento de Borbon, y destinado á seguir las operaciones en la division expedicionaria á las órdenes del general D. Fermin Iriarte, se halló en la accion de Chiva, mereciendo, por la parte que tuvo en el buen éxito de aquella feliz jornada, la cruz de primera clase de San Fernando. Agravados sus males físicos, vióse de nuevo precisado á separarse del ejército, y marchó á Francia; á su regreso fué nombrado teniente coronel efectivo del regimiento de Castilla, que formaba parte de las tropas de operaciones de Navarra al mando del general Leon.

Concurrió á las diferentes acciones que tuvieron lugar en Navarra en 1838, y señaladamente á la de Velascoain, en la cual, segun se expresa en el parte, se ofreció voluntariamente á pasar el Arga, que los guias creian invadeable, á la cabeza del 2.º batallon. Puesto en efecto al frente de ellos dió el ejemplo arrojándose el primero al rio, bajo el fuego nutrido de los batallones enemigos, á los que batió completamente, despues de haberse apoderado del reducto. Por su comportamiento en esta accion fué ascendido á coronel, y obtuvo por juicio contradictorio la cruz laureada de San Fernando.

Decidió entre tanto el general en jefe crear el regimiento de Luchana, y dispuso que Concha fuese en posta al cuartel general para encargarse del mando del regimiento que formaba bajo su proteccion; pero Concha, que tenia la noble ambicion de labrarse su carrera por sí mismo, queria mas combatir los enemigos lejos del cuartel general, y prefirió el mando del regimiento de la Princesa que le fué confiado en 1838.

Por consideraciones propias de la índole de nuestra guerra civil, se habia resuelto que los regimientos no llebasen sus banderas en campaña: sin embargo el nuevo coronel de la Princesa sacó las de su regimiento, y con ellas se presentó á tomar el mando, electrizando con este rasgo á los soldados que iba á acaudillar. Consagró desde enton-

ces todos sus afanes á perfeccionar su estado moral; á crear un espíritu de cuerpo; á hacer de su regimiento un modelo de disciplina: hasta qué punto lo consiguió podrá decirlo todo el ejército, y sobre todo el cuerpo de operaciones de Navarra, testigo de sus proezas en numerosas y sangrientas batallas. No tardó el general Leon en conferirle el mando de la Rivera de Navarra, en cuyo desempeño desplegó cualidades que sobre grangearse el aprecio general, le hicieron respetar de sus enemigos; y en atencion á sus muchos é importantes servicios, se le confirió el empleo de Brigadier. Tomó parte con la division á sus órdenes en la accion de Arroniz, en la cual con diez compañías de su regimiento arrojó á los enemigos de una fuerte posicion defendida vigorosamente por tres batallones, sufriendo una pérdida de 200 hombres: premio de tan importante servicio fué la cruz de tercera clase de San Fernando que se le concedió.

Seguia Concha estas operaciones en un estado de salud lamentable, sordo á las instancias y consejos de sus amigos y á los ruegos del general Leon, que le exhortaban á que se retirase para poner término á sus dolencias; pero el ardiente deseo de combatir á los enemigos de su pátria, y el amor á la gloria, daban á su alma fuerza suficiente para sobrellevarlas con alegría en medio de las penalidades inherentes á nuestra desastrosa guerra. A pesar de tan lastimoso estado, veíanle de continuo olvidado de sus propios males, atender con solicitud paternal el bienestar del infeliz soldado, ya cediendo en las fatigosas marchas sus caballos para los enfermos y estropeados, ya visitando los hospitales, y prodigando tiernos cuidados á los heridos; ya tomando con calor la defensa de sus intereses. Los soldados de la Princesa agradecidos como todos los soldados españoles, amaban á su brigadier por su humanidad é incesante desvelo.

En una camilla le conducian los granaderos de la Princesa á las guerrillas en la accion de Cirauqui; cae herido

gravemente uno de los soldados que le conducian; el general Concha le cede su camilla, se pone al frente de su regimiento, rechaza al enemigo en un vigoroso ataque que dá á nuestra retaguardia, marcha, aunque herido desde el principio de la accion, al socorro del general Leon, salva al ejército, y recibe por ello en presencia de las tropas las gracias de aquel general. El ejército de Navarra no olvidará lo que debió en aquel dia á la disciplina y al entusiasmo del regimiento de la Princesa, que en órden de parada marchaba siempre al enemigo. Todos los que presenciaron aquella gloriosa y sangrienta jornada, saben si Concha se hizo acreedor á la cruz de *Comendador de Isabel la Católica* con que el gobierno recompensó sus grandes merecimientos.

Terminada la guerra del Norte, pasó el ejército á Aragon, en 1840, y el general Concha tomó el mando de la vanguardia, y con ella concurrió á los sitios de Segura y Castellote, cuyo último punto tomó por asalto, despues de una vigorosa resistencia, con las compañías de preferencia de la Princesa y de Luchana. El general Espartero no dió importancia en su parte á un hecho de tanta monta, que presenció todo el ejército, con tanta satisfaccion del valiente caudillo, como prez de las armas españolas.

Fueron sin embargo de tal importancia sus servicios en esta ocasion, que se le ascendió á Mariscal de Campo; y como una prueba de la alta estimacion en que se le tenia, le fué encomendada la dificil empresa de restituir la paz á la provincia de Cuenca, debastada por las facciones. Necesitaba para ello algunas tropas aguerridas, que moralizasen al menos las que se ponian á su disposicion, cortas en número, compuestas por la mayor parte de cuerpos visoños, de nueva creacion, y que se hallaban además en un estado lamentable bajo de todos conceptos, por el abandono en que se les habia tenido. En vano pidió al general en jefe un solo batallon de los muchos de que disponia; en vano exigió que se le permitiese escojer algunos jefes de su confianza,

ya que se le mandaba separar á otros: en vano se dirigió al gobierno para que se le reforzase con algunas tropas de las que se hallaban en la Mancha: todo le fué negado. En vista de tan extraña conducta (el ministerio Arrazola regia entonces los destinos del pais) de tanta indiferencia hácia los infelices pueblos de la asolada provincia de Cuenca, era justo creer, ó que sobre el amor á la patria prevalecian pasiones sórdidas y mezquinas, ó que se habia confiado á Concha tan árdua empresa, no para que diera á ella feliz cima, sino para que su reputacion militar encontrase su sepultura ante los muros de Cañete y Beteta. Entregáronsele tan solo cuatro mil reales para tan dificil como necesaria expedicion, y con este socorro marchó á Cuenca, bien penetrado de las inmensas dificultades que tenia que superar, pero decidido á morir al menos con honor, si ya no con gloria y utilidad de su patria. A pesar de todo, á poco tiempo de haber tomado el mando de la provincia de Cuenca, penetró en el interior del pais ocupado por el enemigo, y logró hacer prisionera la guarnicion de Mira.

Aguardaba Concha de Madrid la artillería necesaria para emprender los sitos de Cañete y Beteta, cuando recibió la órden de dirijirse con sus fuerzas á proteger el viaje de SS. MM. Los enemigos hicieron un movimiento á retaguardia de las tropas que custodiaban á la reina, y el general Concha marchó sobre ellos, y alcanzándolos en las inmediaciones de Olmedilla el dia 15 de Junio de 1840, los derrotó completamente, haciéndoles 1.400 prisioneros. Las cortes acordaron se le diera un voto de gracias, y la reina le recompensó con la gran cruz de San Fernando.

Derrotada la faccion en Olmedilla, hizo Concha una de esas marchas rápidas y sorprendentes, de que solo son capaces los soldados españoles. Llegó á Vitoria el dia 22 de Junio; animó con su oportuna aparicion á los habitantes de las Provincias Vascongadas, aterrados con la invasion de Balmaseda, y despues de dos horas de descanso, necesario para dar calzado á la tropa, casi moribundo de resultas de

su grave enfermedad, monta á caballo, se dirige á marchas forzadas á la Rivera de Navarra, calculando que tal debia ser la direccion de Balmaseda, reunido ya á Palacios, y dales alcance en Miranda de Arga el dia 25 del mismo mes. Adelántase Concha con 400 caballos. Los momentos eran críticos. Titubear un instante era darles tiempo para pasar el Ebro segun proyectaban. Los carga denodadamente. La derrota fué completa. Balmaseda acosado se refugia en el vecino reino, y Concha, casi cadavérico, se dirige á Pamplona sin otra esperanza que el favor de la Providencia en la dificil enfermedad que le aquejaba.

Antes de penetrar en el confuso laberinto de la vida política del general Concha, harémos á nuestros lectores una sencilla enumeracion de los mas importantes hechos de armas en que se ha encontrado, durante la guérra civil, á que puso término el convenio de Vergara.—En 1833, en la accion de Durango.—En 1834, en las de Sodupe, Cenauri, Bruzena, Zaraga, Oñate, Alzarazun, Artaza, Aranaz, Mendaza, Zúñiga y Salvatierra.—En 1835, en las de Orbiso, Arquijas, Larraga, Arroniz y Puerto de Artaza.—En 1836, en la de Galarreta y Arlaban.—En 1837, en las de Hernani, Urnieta, Andoain, Gorrite y Chiva.—En 1838, en las de Belascoain, Peñacerrada, la Braza, el Perdon, Sesma y Arroniz.—En 1839, en los Arcos, Arroniz, Barbarin, la Solana, Allo y Dicastillo; en las de Cirauqui, Mañeru y Puerto de Belate, y en el reconocimiento del rio Ega, sobre Villatuerta, Morenti, Alberni y Puente de Muniain.—En 1840, en el sitio y rendicion del fuerte de Segura y las operaciones y asalto del castillo de Castellote.

Mejorado algun tanto, gracias á los cuidados de sus amigos y á la continua asistencia de su familia, el general Don Manuel de la Concha se trasladó á Barcelona, corte entonces de nuestra reina, y teatro tambien de diarios desacatos á la magestad de la corona. La discusion de la ley de Ayuntamientos en las Cortes españolas, los empeñados ataques de la oposicion parlamentaria al proyecto del Gobierno, y la re-

sistencia de los diputados conservadores á admitir modificaciones en la ley que discutian, agitaban sordamente las pasiones populares, mal avenidas siempre con las opiniones y sistema del partido moderado. Las escitaciones y ocultos manejos de los hombres que solo medran en el trastorno y desbordamiento de las revueltas políticas, no desaprovechaban tan favorables circunstancias; y á fines ya del mes de julio para nadie era un secreto la revolucion que amenazaba caer sobre la trabajada nacion española. Ni la conducta imprudente del ministerio Arrazola pudo ser una garantía, ni un apoyo para los hombres leales en aquellas circunstancias, ni la humilde servidumbre al poder militar de los cuerpos colegisladores podia servir de dique al torrente revolucionario. La prensa de la oposicion se desencadenó de una manera escandalosa; ni se respetaban las intenciones de los hombres probos, ni se tomaban en cuenta antiguos merecimientos y públicos testimonios de amor á las instituciones liberales. Periodista hubo que se atrevió á mancillar el honor de la augusta reina madre con las mas atroces imputaciones.

Tal era el estado político del pais, cuando el general Concha se presentó en la capital del Principado, ufano con la victoria de Olmedilla, y seguro de haber llenado cumplidamente sus mas sagradas obligaciones. El general Espartero, sin causa ni motivo razonado, cediendo tal vez á los consejos interesados de personas que no corrian bien, ni miraban con buenos ojos la reputacion que en tan poco tiempo y con tanta lealtad se habia ganado el jóven general, no le dió la favorable acogida que este esperaba, y á que era tan acreedor por sus recientes servicios y por su no disputada vizarría. Herido el general Concha en su pundonor militar, fatigado de los negocios públicos, enfermo, y penetrando ya en el pensamiento atrevido del soldado de Luchana, se apartó cuanto le fué posible del cuartel general, y esperó en silencio, pero decidido á sacrificarse por la regencia de la reina viuda, el desenlace de aquella situacion creada por el excesivo puritanismo del bando progre-

sista y los notables desaciertos del ministerio Perez de Castro, legítima representacion del bando conservador, que le apoyaba en la prensa con sus escritos y en la tribuna con sus discursos. No tardaron los sucesos en despejar la encubierta política del Duque de la Victoria. Doña María Cristina de Borbon, regente de la nacion española, acudió al jefe de las tropas nacionales para ahogar con la fuerza de las bayonetas y el apoyo de su prestigio la revolucion que altanera y victoriosa se mostraba en todos los ángulos de la monarquía, y el general Espartero dió el escandaloso ejemplo de responder á una comunicacion privada de su reina por medio de la prensa, y puso en claro con ese hecho singular y extraño el verdadero punto á que se encaminaba su ambicion. Débil el trono, disgustada del mando la ex-gobernadora, rodeada de hombres, los mas sin opinion en el pais, sin fuerza en el corazon, y que tenian en mucho la conservacion de sus personas por la esperanza tal vez de medrar en adelante á la sombra del mismo trono que abandonaban, S. M. abdicó solemnemente la regencia de la monarquía, y el cetro de San Fernando quedó expuesto á los embates de una revolucion que triunfaba, y de una ambicion que nacia con todo el prestigio de la gloria militar. Entonces fué cuando el general Concha, dominado por esos sentimientos de caballerosidad que forman la primera cualidad de su carácter, se presentó al general Espartero, y frente á frente del ambicioso caudillo, sostuvo la causa del infortunio, de la legitimidad y de las leyes. La entrevista fué desapacible: las explicaciones que mediaron bastante duras: D. Manuel de la Concha se retiró á la vida privada; y el presidente del ministerio regencia, y mas adelante regente único por la voluntad omnipotente y legítima de las Cortes de 41, comenzó á regir los destinos de esta trabajada nacion, con mas satisfaccion propia que pensamientos de labrar su felicidad, si hemos de juzgar por los resultados de su administracion.

Tranquilos fueron los primeros meses de la regencia de Espartero, pero notables por la marcada proteccion que

el Gobierno daba á aquellos militares, que hundieron la mitad de la monarquía en los campos de Ayacucho. De aquí nació el disgusto de muchos valientes generales: de aquí el pensamiento en algunos jefes del partido moderado de aprovechar en conveniencia propia, esta falta, ó esta imprevision del gobierno del ex-regente, y de aquí la tentativa de renovar una regencia que habia muerto legalmente por la voluntaria abdicacion de la augusta persona que ocupaba tan eminente puesto, y la sancion que á tan solemne acto dieron despues con su no menos solemne declaracion las Cortes generales del reino. No emitirémos nuestra opinion sobre la conjuracion de Octubre, tenida despues como sublevacion militar por algunos de los que mas parte tuvieron en ella. Aunque sabemos bastante á fondo sus mas pequeños detalles, aunque no nos es desconocido su alto orígen ni sus tendencias, no dirémos de ella á nuestros lectores sino lo que cumpla á nuestro propósito, y lo que tenga una íntima relacion con la vida de D. Manuel de la Concha.

General era el disgusto en todo el pais por la marcha del ministerio Gonzalez: del seno mismo de la representacion nacional se levantaba una fuerte oposicion capitaneada por las primeras notabilidades del partido progresista. Cierta fraccion del partido moderado intentó entonces derribar al Gobierno, fiada, mas que en sus propias fuerzas, en el buen nombre y en el valor de sus caudillos militares. Varias fueron las tentativas que se hicieron para que tomára parte en este plan el general Concha: repetidas veces se negó á hacerlo; pero cedió al cabo, mas por motivos de delicadeza y de caballerosidad, que por confianza que le asistiese en el acto. Este recelo sin duda le obligó á dictar las condiciones que mas adelante verán nuestros lectores, porque ya vá llegando la hora en que se pongan en claro muchos acontecimientos de esta época tan variada como fecunda en contradicciones y anomalías. El general Concha no se comprometió hasta doce dias antes de estallar la

insurreccion, y al dar su palabra de correr los riesgos que amenazasen á los redentores del partido vencido, impuso por 1.ª condicion: que no se hiciera movimiento alguno en Madrid, hasta que se recibiera la noticia del levantamiento general de las provincias Vascongadas. Fundábase el general Concha para esto, en que estando las tropas bien pagadas y no mal avenidas con el paisanaje, no era posible que siguiesen el impulso de sus jefes sin una causa grande nacional, y mucho mas cuando se las iba á colocar en frente del general Espartero, que conservaba en ellas su antigua influencia y preponderancia. Y si bien indicó los medios que podian emplearse para preparar el ánimo del soldado á tamaña empresa, declaró que nunca descendería á seducir oficiales subalternos, aunque llegado el momento de obrar se presentaría á sus antiguos soldados de la Princesa, de los que estaba seguro que no le abandonasen en esta nueva clase de combates, como no le habian abandonado en los peligrosos riscos de Castellote. Esta y otras observaciones del general Concha obligaron á que se aceptase su primera condicion.

2.º El general Concha impuso tambien por condicion, que no se le encargase del ataque contra la casa y persona del general Espartero. Obligábanle á ello motivos de delicadeza, y el miramiento debido á consideraciones de familia.

3.º Exigió tambien el general Concha, que obtenido el triunfo, no se persiguiese á nadie por opiniones políticas, y que para semejante caso se estendiesen de antemano los bandos, y se designáran las personas, que debian encargarse de mantener la tranquilidad pública, y garantir la seguridad de las personas mas comprometidas en la revolucion de 1.º de Setiembre. La esperiencia ha venido á demostrar despues la prevision del personaje cuya biografía escribimos.

Aprobadas estas condiciones, el general presentó varios planes, á medida que iba recibiendo los estados de las fuer-

zas con que se contaba. Y partiendo del principio de que en esta clase de movimientos no debe perderse un momento la iniciativa, se opuso constantemente á la idea de concentrar las fuerzas en Palacio, tomando sin embargo sobre sí la responsabilidad de atacar y sujetar á los cuerpos que no quisieran adherirse, é impedir la reunion de la milicia nacional.

Así las cosas, el dia 4 de octubre se resolvió, contra su parecer, la reunion en Palacio de los cuerpos que se sublevasen, para cuando llegára la noticia del levantamiento de las Provincias Vascongadas, segun lo convenido anteriormente. Sin saberse por quien, ni con qué objeto, esparcióse en la mañana del dia 5 entre los que se hallaban comprometidos la voz de que el dia 2 habia estallado la conspiracion en Navarra y las provincias. Desmentida por los periódicos de la tarde y por la correspondencia llegada aquella mañana, produjo un efecto tan fatal y tan contrario quizás á los que la divulgaron, sea por sobrada impaciencia ó por deseo de anticipar el movimiento, que varios de los jefes y oficiales mas decididos enviaron á decir la misma tarde del 5, que no se contára con ellos, porque se les habia engañado. En tal estado, el descontento de unos, la indiscrecion de otros, la agitacion de todos, juntamente con noticias que llegaron á Espartero por una persona iniciada en el secreto del movimiento, decidieron á este á dar varias órdenes, siendo una de ellas la separacion de ochenta y cinco oficiales de la Guardia Real. Súpolo el general Concha en la mañana del 7 por un jefe del E. M., y en su consecuencia, y como hubiese llegado en la noche del 6 al 7 la noticia oficial del levantamiento de las provincias, encargó á dicho jefe, que fuese de su parte á ver á la persona autorizada por el desgraciado conde de Belascoain, y le manifestase que visto el estado de las cosas, parecia ya llegado el momento de obrar, y de salir de la incertidumbre en que se estaba. A poco tiempo volvió el citado jefe de E. M. á la casa donde se encontraban ocultos el general Concha, y el entonces coronel de infantería D. Fernando Fernandez de Córdova y hoy

general gobernador de Madrid, para prevenirle que el movimiento se verificaría á las 7 de la noche de aquel mismo dia, y que era tanto mas urgente que se apoderase de Palacio, cuanto que un batallon de Luchana tenia la órden de ir al régio alcazar despues de oraciones. Tambien manifestó dicho jefe de E. M. á los referidos general Concha y Córdova, que se habia pasado igual aviso á los jefes comprometidos, lo que en efecto sucedió respecto al teniente coronel de la Princesa D. Ramon Nonvilas, y á los comandantes D. N. Leriundi y D. N. Ravonet, únicas personas de dicho regimiento iniciadas en el secreto.

A las seis de la tarde salió el general Concha de su casa, y se dirijió al cuartel de la Princesa. Antes de entrar en él oyó de la misma boca del teniente coronel Nonvilas que los oficiales de dicho regimiento desaprobaban en su mayoría el movimiento de las Provincias Vascongadas y cuanto se susurraba en aquellas horas de planes reaccionarios. No desmayó por este primer contratiempo el general: con ánimo tranquilo y firme resolucion de llevar adelante su empresa penetró en el cuartel vestido de paisano; arengó con enerjía y resolucion á los oficiales; les recordó las veces que habian entrado juntos en el combate á los gritos de reina y libertad; les hizo una pintura de la situacion del pais en aquellos momentos; recordóles por supuesto la elevada posicion de Espartero y las maquinaciones de que se valió para llegar á tamaña altura, y díjoles por fin que si se negaban á seguirle en el nuevo camino que les presentaba, no echaría de menos su cooperacion, porque los soldados de la Princesa obedecerían la vóz de su antiguo coronel. Ningun efecto produjo en aquella reunion la arenga del general: una vóz sola se levantó en su apoyo: valiente, discreto, generoso el teniente Boria declaró en aquellos críticos momentos que abrazaba con alma y vida la bandera de la ex-regente, y que si fuera preciso, sellaría con su sangre tan solemne juramento. A los pocos dias marchaba al suplicio con una tranquilidad y una calma que fué la admiracion de los ven-

cedores, el orgullo de los vencidos y la honra de su familia.

Hábil el general Concha, y aprovechando el desconcierto en que habian puesto sus palabras á los oficiales de la Princesa, hizo tomar las armas á la compañía de Cazadores, que saludó con estrepitosas aclamaciones la presencia de su antiguo coronel. Sostenido por aquellos valientes á las órdenes inmediatas del teniente Boria, el general Concha formó en el patio algunas compañías del regimiento, que abrazaron con decision y con entusiasmo el nuevo estandarte que les presentaba el valiente caudillo de Olmedilla. No haremos aquí una pomposa descripcion de aquella escena extraordinaria: los límites del periódico en que escribimos, y el plan que en esta biografía nos hemos propuesto, no nos lo permiten. Pero sí diremos á nuestros lectores que nada hay mas elocuente, ni mas espantoso al mismo tiempo en la grandeza de su entusiasmo, y en el frenesí de su cariño, que el soldado español rompiendo los lazos de la disciplina militar, y entregándose todo entero á sus instintos generoso y á la voluntad del hombre que han visto sereno en los combates. Asi fué, que desarmar el regimiento de Húsares, y emprender el general Concha su movimiento sobre Palacio, despues de tomar algunas medidas que mantubiesen libre su comunicacion con el cuartel, fué obra de un instante.

En marcha ya, supo el desgraciado suceso de la Guardia Real de infantería, y aunque preveia por consiguiente el desenlaze funesto de la sublevacion, el temple de su alma, la religiosidad de su palabra solemnemente empeñada, y otras circunstancias que verán la luz pública cuando mas sentadas las pasiones cedan el puesto á la razon, le obligaron á continuar en su empresa sin decaer de ánimo, y puesto á la cabeza de aquellos generosos compañeros de su próximo infortunio. Al pasar por el cuartel de San Gil ocupado por los regimientos de lanceros y cazadores de la Guardia Real mandó hacer alto: casi todos los oficiales de aquellos cuerpos se hallaban ligados á aquel movimiento por vo-

luntarios compromisos: las puertas del cuartel se cerraron á la presencia de Concha. Inútiles fueron las palabras que dirigió á los soldados que contemplaban inmóbiles desde las ventanas la arrogancia y la decision del jóven general, el continente grave y reposado de sus cazadores y el silencio imponente y magestuoso que reinaba en aquel extremo de la corte. Los lanceros y cazadores se contentaron con responder á los vivas que daba el general con otros vivas, y díjose despues con fundamento, á juzgar por las noticias que hemos adquirido, que se opuso á la salida de los escuadrones un comandante de los mismos que no participaba de las opiniones políticas de sus compañeros.

Ni este nuevo contratiempo desalentó el esforzado corazon de Concha. Emprendió nuevamente su marcha, y á los pocos minutos estaba al frente de la morada de nuestros reyes. Los centinelas del Real Palacio se opusieron á su entrada. El jefe que allí mandaba, comprometido tambien en aquellos desgraciados sucesos, no tenia conocimiento de la hora en que debia estallar el movimiento, y no dió con anticipacion las órdenes convenientes. Los cazadores de la Princesa se arrojaron en tumulto sobre los centinelas, y salvaron tal vez á su bizarro y antiguo coronel, que se veia amenazado por las bayonetas de la guardia provincial. Desde aquel momento el general Concha fué dueño absoluto del distrito de Palacio, y sus valientes cazadores solemnizaron con un «*viva la Reina*» su entrada en el regio alcazar. Esta espontánea aclamacion puso en alarma á los alabarderos, que, celosos de su honra y en cumplimiento leal de sus deberes en el puesto que ocupaban, emprendieron una lucha desigual, sostenida con empeño y decision por ellos, y abandonada á los pocos minutos por el teniente Boria, obedeciendo en esto las instrucciones de su jefe superior. No nos detendrémos aquí á desvanecer y pulverizar la opinion de los que sostienen la magnitud de aquella célebre y asaz recompensada resistencia. Es verdad que hubo defensa, pero faltó el ataque. Ni al general Concha conve-

nia sostener un combate en aquel punto. Si la sublevacion triunfaba, ¿qué importancia tenia la obstinacion de 17 veteranos? Ninguna. Sin embargo, justo es decir que la guardia de alabarderos cumplió valerosamente sus deberes.

Colocado en tan difícil como importante situacion el general Concha, siempre sereno y previsor, tomó las medidas mas convenientes para impedir que el general Espartero, arrojado de su palacio de Buena-Vista, se precipitase sobre aquel punto, y se apoderase de la Augusta Persona de nuestra Reina. Ni un momento de tranquilidad, ni una buena noticia que diera fundamento á halagüeñas esperanzas de triunfo, embellecieron aquellas horas, las últimas del dia 7 de Octubre. El general Concha acudía á todas partes para mantener en sus soldados el entusiasmo primero: estos oian con placer y con adoracion las palabras de su antiguo coronel, y no echaban de menos la cooperacion anunciada de otros cuerpos de la guarnicion. A las ocho y media de la noche ya estaba el general Concha cercado en el estrecho recinto de Palacio: sus valientes cazadores de la Princesa llegaban á la calle de Santiago, en la plazuela del Oriente, y hasta la casa del marqués de Malpica, por la calle Mayor. Alguna que otra descarga turbaba el silencio sepulcral que reinaba en todos los barrios de Madrid.

A las diez de la noche, minutos mas ó menos, se presentó en Palacio el intrépido general D. Juan de la Pezuela, entonces brigadier de caballería: Concha le detalló en pocas pero enérjicas palabras lo apurado de su situacion, y le rogó que se retirase, porque de nada servia aumentar el número de las víctimas. Pezuela con la franqueza de un buen soldado y la decision de una alma noble respondió que estaba resuelto á correr la misma suerte, y á arrostrar los mismos peligros que el bizarro caudillo de Olmedilla. Y sin atender á razones de gran monta para el porvenir, clavó las espuelas á su caballo, y atravesó, no sin grandes riesgos é inminente exposicion de ser reconocido, la línea enemiga formada de los batallones de la milicia nacional y

de algunos regimientos que habian permanecido fieles al duque de la Victoria, olvidando palabras y juramentos prestados pocas horas antes en las aras de aquella funesta sublevacion.

A las once y media de la noche entraba por las puertas de Palacio acompañado de Pezuela el desgraciado conde de Belascoain. Gritos de entusiasmo resonaron en las bóvedas del alcazar de nuestros reyes. ¡Eran las últimas aclamaciones, la marcial despedida del ejército español al soldado del Monte Jura, al vencedor de Villarobledo!

Sabemos cuanto pasó en aquellos críticos momentos: las explicaciones de los dos caudillos son un misterio que revelará la historia: la edad contemporánea no es muy á propósito para que hable con llaneza y libertad un cronista. Baste sin embargo saber á nuestros lectores que la estrella de Diego Leon se habia eclipsado, y que la fatalidad levantaba ya las gradas de su glorioso patíbulo.

El general Concha recibió con sentimiento y con disgusto al general Leon: habia resuelto esperar la luz del dia, salvar por medio de una honrosa capitulacion la vida de los que le acompañaban, y poner fin á su existencia privando á sus enemigos del sabroso placer de llevarle como un bandido al banquillo de los criminales. La presencia de Diego Leon desbarató sus designios, y el noble conde de Belascoain ocupa hoy la página mas brillante de nuestra historia, y el lugar mas preferente en el martirologio político de esta edad azarosa y turbulenta.

Entre doce y una de la noche emprendieron su marcha los dos valientes capitanes, á la cabeza Concha de dos compañías de la Princesa, formando su retaguardia Leon con algunos soldados de caballería. A poca distancia de Madrid fueron cargados por dos escuadrones al mando del general Lemmery, y la confusion vino á poner término á aquel suceso político, calificado mas tarde de sublevacion militar por un consejo incompetente, y causa principal tal vez de la animosidad que se despertó contra la regencia del gene-

ral Espartero. La sangre de Leon abrió un abismo profundo, en que se hundió al cabo la regencia del Conde-Duque. La sangre que se vierte por crímenes políticos, ahoga siempre al partido que la derrama.

El general Concha arrojado de su caballo en aquella confusion fué á buscar entre las matas del rio y el puente de S. Fernando un refugio que le salvase del furor de sus contrarios. Allí estuvo hasta las seis de la tarde del dia 8, en que limpiando un poco sus ropas, y fiado en el buen temple de su corazon y en la serenidad de su espíritu se encaminó á la puerta de S. Vicente con ánimo de entrar por ella en Madrid. Una compañía de Luchana ocupaba aquel punto: Concha era muy conocido de aquellos soldados, á cuya cabeza habia atacado muchas veces los batallones carlistas, y torció desde luego su camino, y la puerta de Segovia le ofreció mas seguridades para verificar su proyecto. Ya en Madrid fácil le fué resguardar su persona con el apoyo de su familia y la buena amistad de sus antiguos compañeros. Sentimos que circunstancias especiales no nos permitan hacer aquí mencion de los que tomaron una parte mas directa en la salvacion del caudillo de Olmedilla. Quédeles la satisfaccion empero de haber llenado sus deberes como cumplia á la hidalguía de su sangre, á la nobleza de su amistad no desmentida en tan difíciles momentos.

El 26 de diciembre salió Concha de Madrid para Portugal, y de allí se dirigió por Inglaterra á París, en cuyo punto permaneció pocas horas. Y ya que hemos llegado á este punto, no pasaremos en silencio las hablillas que por entonces corrieron sin fundamento, sin justicia ninguna. Díjose por algunos que el mal resultado de aquella jornada se debia á la ambicion personal de Concha, que pretendió llevar á cabo una empresa superior á sus fuerzas, superior al prestigio que en el ejército tenia. ¡Calumnia infame que los hechos posteriores de su vida política y militar han venido á destruir! el general Concha fué de las pocas personas que en aquél movimiento revolucionario cumplieron con lo

que prometido habian. La franca y verídica relacion que llevamos hecha de aquellos sucesos es un argumento incontestable, es una demostracion incontrovertible de esta importante verdad. ¿Dónde está la ambicion del general Concha? Compárese su hoja de servicios con las de otros de mas encopetada altura, y se verá de qué parte está la ventaja, y se verá la justicia con que ciñe una faja ganada en el campo de batalla, combatiendo siempre contra los enemigos del trono y de la Constitucion. ¡Ambicioso el general Concha! Pregúntese al ministerio Lopez, si le costó trabajo vencer su repugnancia, cuando el gobierno provisional quiso recompensar su noble y valerosa conducta en Andalucía: véase la que ha observado despues, cuando el gabinete que *dignamente* presidia *D. Luis Gonzalez Bravo* tomó para sí una dictadura lejislativa. ¡Ojalá tuviera esa ambicion, de que ingratos palaciegos le acusaban! La importancia de los sucesos de Octubre nos ha hecho detenernos en su narracion mas de lo que cumplia á nuestro propósito. Sigamos adelante.

El general *Concha* se estableció en Florencia, despues de tan desgraciados acontecimientos. Allí pasó una emigracion inmerecida, y lamentando la funesta dominacion de un hombre que elevado á la primera dignidad del Estado por el bando progresista, descartaba voluntariamente la legítima influencia que en la marcha de los negocios públicos debian ejercer los hombres mas autorizados del mismo partido. Tan extraña conducta convirtió en adversarios á sus amigos de mas valer, y al empezar la legislatura del año 42 se presentó franca y desembozada la primera coalicion, capitaneada por los señores *Olózaga*, *Cortina* y *Lopez*. El dia 28 de mayo fué derrotado solemnemente en las Cortes, despues de un empeñado debate, el ministerio *Gonzalez*. El general *Espartero* se burló esta vez de las prácticas constitucionales, y al ministerio de la Regencia única sucedió el general *Rodil*, funesto personaje que no representaba el pensamiento de la mayoría, y que no gozaba en aquellos momentos de ese prestigio moral que la opi-

nion pública concede á la virtud en los hombres honrados, al mérito en los hombres entendidos y estudiosos.

No cumple á nuestro propósito hacer una menuda relacion de los sucesos políticos que comprometieron la Regencia del *Duque de la Victoria*, y que prepararon el terreno para otros acontecimientos de mas cuantía, y en los que tomó una parte activa el general *Concha*. De todos es conocido el bombardeo de Barcelona, sabidas las causas que promovieron el alzamiento de los catalanes, y públicas las medidas ilegales con que el Regente de Reino coronó su entrada en la capital del Principado. Aquel triunfo que en manos de mejores gobernantes hubiera afianzado la dominacion del soldado de Luchana, sirvió solo para dar á su administracion un carácter de ferocidad inaudita, y á su entrada en Madrid, *D. Baldomero Espartero* fué recibido con frialdad por la milicia nacional, por esa milicia que algunos meses despues le dió un solemne testimonio de la veneracion en que le tenia.

Circunstancias de todos conocidas elevaron despues á la presidencia del Consejo al célebre tribuno *D. Joaquin María Lopez*. Determinaciones oportunas de gobierno precipitaron la caida del elocuente diputado alicantino, y la ciudad de Málaga fué la primera que dió principio á una revolucion natural y justa, como que en ella se sostenia por los allegados al ex-Regente los intereses personales y el egoismo de una pandilla, y el principio parlamentario y la pureza de la Constitucion por los sublevados. El movimiento cundió con la rapidez del rayo, y las provincias todas de la monarquía alzaron la bandera del ministerio *Lopez*, que dicho sea en abono y honra del Gobierno Provisional, habia proclamado en el seno de la representacion nacional «*la amnistía para los emigrados de Octubre.*»

El general *Concha* fué de los primeros que se presentaron á combatir en las banderas de la coalicion. La junta de Valencia, presidida por *D. Joaquin Armero*, aceptó la oferta que de su espada y de su vida le hizo el Vencedor de Ol-

medilla, y el ministro universal *D. Francisco Serrano* le nombró General en Jefe de las tropas que en Andalucía habian abrazado la causa del alzamiento nacional. Trasladóse inmediatamente *Concha* á las provincias andaluzas; recibido fué con entusiasmo por el pueblo malagueño; sus palabras, su conducta toda dá un solemne mentís á los mal intencionados, que sembraban dudas sobre la pureza y verdad de sus principios constitucionales, y esa misma conducta le abrió las puertas de la morisca Granada, á pesar de las maquinaciones de algunas gentes, que mas tarde no se descuidaron en apoderarse del mas rico botin de la batalla. La actividad del general *Concha* en aquellas críticas circunstancias fué prodigiosa: los buenos resultados que dió á la causa que defendia, la templanza y generosidad con que trató á los vencidos, la imparcialidad y la justicia que en todas partes desplegó, y la habilidad con que, escaso de recursos y de tropas, en tan difíciles momentos se condujo, le valieron el aplauso de sus amigos, la gratitud de sus contrarios, y un nombre que no se borrará fácilmente de los anales de nuestra revolucion. ¡Ojalá nos fuera posible hacer un análisis detenido de sus movimientos militares, y nuestros lectores conocerían desde luego cuánta verdad encierran nuestras palabras.

Constituido en Madrid el Gobierno Provisional fué nombrado *D. Manuel de la Concha* Inspector General de Infantería y Teniente General de los ejércitos nacionales. Gran trabajo costó al Gobierno que aceptase estos dos empleos: cedió sin embargo á la voluntad superior con mucha repugnancia, y en el desempeño de la Inspeccion de Infantería dió pruebas de su distinguida capacidad como organizador, y de su justicia y su imparcialidad. El primer nombramiento que llevó á la aprobacion del Gobierno fué el del Brigadier *Turon*, que habia acompañado hasta las playas de Jerez al *Duque de la Victoria*.

Alzóse por estos tiempos en Zaragoza la bandera de la Junta central. El general *Concha* fué nombrado por el go-

bierno provisional capitan general de aquel distrito, y marchó inmediatamente á encargarse del sitio de aquella ciudad, monumento de tantas y tan brillantes glorias nacionales. Si se condujo con acierto *D. Manuel de la Concha* en esta empresa, una de las mas difíciles de su vida política, lo prueba suficientemente el desenlace de aquella sublevacion. No era un pueblo sin arrojo y bizarría el que iba á sujetar; no era fácil imponer la voluntad del Gobierno y las condiciones de la situacion creada por el último alzamiento á hombres decididos por la causa que abrazaban, acostumbrados á las privaciones de la vida militar, hostiles al gobierno provisional, briosos de corazon, tenaces de carácter, y en los que obraba poderosamente el recuerdo de un hombre que se habia ganado su afecto. No era fácil, sin grandes aprestos militares, sin numerosos y aguerridos batallones, sin recursos pecuniarios y en una mala estacion, entrar á sangre y fuego en una plaza, que en tiempos mas calamitosos habia resistido los ataques de los mariscales franceses, y humillado el orgullo insolente de las águilas imperiales. El general *Concha*, sin embargo, no desmayó en presencia de tantos obstáculos, y con una voluntad de hierro, que es la primera cualidad de su carácter, empezó á formalizar un bloqueo, difícil de llevar á cabo con la perfeccion necesaria. De dia y noche trabajaba el general *Concha*; ni una vez sola paró la atencion en la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, si bien se extremecia á la idea de que la necesidad y el cumplimiento de sus deberes le obligasen á derramar sangre española.

A la vista el general *Concha* de los muros de Zaragoza dirigió á sus habitantes una proclama, de la que tomamos las siguientes palabras.—«Nombrado capitan general de Aragon, vengo á poner término á vuestros males, no á destruiros ni envileceros.»—La conducta del general *Concha* durante el sitio fué ajustada estrictamente á este principio, eminentemente político. El general *Concha*, al mismo tiempo que se preparaba á conquistar por la fuerza de las ar-

mas á un pueblo sublevado, no dejaba de la mano los medios que pudieran traer las cosas á una terminacion pacífica. Repetidas fueron las conferencias que tuvo con los comandantes de la milicia nacional: en estas conferencias se captó la voluntad de sus contrarios, sin acceder á exigencias que consideraba depresivas de su carácter y de la dignidad del Gobierno Provisional, que en aquellos críticos momentos representaba. De vez en cuando se cruzaban algunas balas entre los dos bandos combatientes, y entonces el general *Concha* ocupaba el sitio de mas peligro, dando así nuevas pruebas de su acreditada bizarría, y confianza de una victoria segura á sus soldados. Al cabo de algunos dias el general *Concha* entró en Zaragoza por medio de una capitulacion, tan honrosa para el Gobierno y el bizarro capitan que la firmaba, como oportuna por la situacion política del pais y la influencia que ejerció en el desenlace de los sucesos de Cataluña. Acusáronle algunos por entonces de débil y escesivamente generoso. El general no se dignó responder á estos cargos: su conducta habia merecido la aprobacion del Gobierno y la de todos los hombres honrados del pais.

El general *Concha* era diputado por la provincia de Cadiz en las Cortes últimas, y renunció la gran cruz de Carlos III con que quiso premiar sus distinguidos servicios el ministerio *Gonzalez Bravo*. Bajo este ministerio hizo dimision de la Inspeccion General de Infantería, que le fué admitida á las pocas horas de presentada.

El general *Concha* ha vuelto nuevamente á la vida privada. Constitucional por principios y consecuente por la nobleza de su carácter, su nombre no figurará nunca en reacciones de ningun género. El trono de la Reina Doña Isabel II y la Constitucion de 1837 tendrán en él un valiente y celoso defensor.

Al escribir su biografía no nos hemos propuesto ningun objeto político. Amigos del general *Concha*, protestamos desde luego contra cualquiera interpretacion que se dé á

nuestras palabras, atribuyendo su sentido y su tendencia á influencias del vencedor de Olmedilla. Hemos relatado los hechos de su vida con verdad y con llaneza: nuestro es, exclusivamente nuestro el modo de considerarlos.

J. M. Diaz.

LITERATURA Y LENGUA ALEMANA.

Si hubiéramos de entender por literatura el conjunto de todas las producciones del espíritu, que se manifiestan por medio de la escritura y el lenguaje, entonces el cuadro de la vida literaria de un pueblo habria de comprender el exámen de su vida propiamente científica en todas sus ramificaciones, y en las vastas relaciones por donde se comunica é influye en los demás elementos de la sociedad. Pero la historia de la literatura no contiene la historia especial é interna de las doctrinas científicas, sino que se refiere únicamente á aquella parte de la vida y cultura intelectual, en que toman un interés vivo y directo, tanto los sabios como el pueblo en general. Filosofía, historia, la vida social, política y religiosa, tal como se representa por medio de la escritura ó de la palabra; la poesía en fin en su vasta extension forman los puntos salientes de la vida literaria de un pueblo. Esta vida comienza desde que el lenguaje y el genio nacional han llegado á tal punto de madurez y de fuerza, que pueden comprender y representar con originalidad los hechos y relaciones generales; desde entonces tiende incesantemente á perfeccionar y retratar por todo género de signos estos dos elementos esenciales de la cultura intelectual, segun el carácter, el grado de educacion, el estado civil del pueblo. Ahora sería casi ridículo dudar si Alemania posee una literatura nacional, como lo han dudado algunos precisamente en el período, mas brillante de la literatura poética de este pueblo. Alemania puede gloriarse hoy de que no solo no es inferior á ninguna nacion en el méto-

do y profundidad de los estudios científicos, en la riqueza y elevacion de las ideas, en la robustez del espíritu filosófico y del genio poético, sino que se distingue y sobresale notablemente en el conjunto de todas estas grandes cualidades. Otra es la cuestion, y por cierto no fácil de resolver, si las producciones literarias de ahora corresponden dignamente por la solidez de los pensamientos y el clasicismo de las formas al alto renombre que ha merecido la literatura alemana; y decimos que es difícil de resolver esta cuestion, ya porque lo es el reconocerse y caminar con vista segura por entre la indefinida variedad y multitud de sistemas y de formas artísticas, que se cruzan y estrechan en todas direcciones; ya porque estos sistemas y estas formas se apoyan en principios de muy diverso valor; ya en fin porque todos estamos bajo la influencia de la época literaria en que escribimos, sometidos á determinados sistemas, á partidos, á simpatías y antipatías literarias, de suerte que el último fallo acerca de esto como de todo en el campo de la historia, es preciso dejarlo al porvenir, contentándonos nosotros con estudiar y comparar los hechos que pasan á nuestra vista.

Si miramos la literatura actual de Alemania por lo exterior, en su estadística, sorprende la multitud de producciones que salen á luz anualmente. Las conmociones de 1830 pusieron coto al movimiento incesante de las publicaciones literarias; se entibió el espíritu de empresa; se paralizaron los negocios en el mercado de la literatura: pero esto duró poco. Apenas dejaron las nubes un tanto despejado el horizonte político, comenzó á removerse otra vez la industria literaria. En estos trabajos tiene la Alemania protestante una parte mucho mayor que la católica. Prusia, Sajonia, Baden y Wurtemberg son los centros principales de la actividad intelectual; Austria y Baviera trabajan muy poco. Importa conocer la proporcion con que se cultivan los diversos ramos del saber en aquellos paises. La ciencia propiamente dicha, sobre todo en los estudios facultativos, lleva lo principal, aunque al paso grave y mesurado que le es

propio; y aunque hoy se publican con mas ligereza y superficialidad que antes estudios y colecciones preparatorias, sin embargo conserva Alemania, por medio de obras de verdadero mérito científico, su antigua gloria de aplicacion metódica y profunda á los estudios serios. La teología tiene sin duda sobre las demás facultades la ventaja del número de producciones: lo cual no tanto se debe al espíritu de controversia que sostiene en Alemania la diferencia de cultos, cuanto al gran número de sermonarios y pláticas que se publican anualmente, para satisfacer una de las principales necesidades del espíritu religioso en este pais. En la jurisprudencia, la medicina en todos sus ramos, las ciencias matemáticas y naturales, en todo lo cual lucha cada vez con mas esfuerzo la Alemania por arrancar á los extranjeros el laurel de la primacía; en la historia, la filologia, la arqueologia no se advierte disminucion de actividad, aunque muchos de estos estudios necesitan para prosperar cierto grado de paz y de progreso. Tampoco ha disminuido en lo mas mínimo el número de los escritos filosóficos respecto á la época inmediata anterior. Mayor y mas sorprendente es el aumento de publicaciones en las ciencias de Estado y Hacienda, en las profesiones industriales y la tecnologia en todos sus ramos. Esta parte de la literatura crece y mejora tanto como en el número, en la solidez y calidad de los escritos, á proporcion que crece el interés y la atencion general hácia las grandes cuestiones de que se ocupa. Tambien llena la pedagogia un grande espacio en el campo de la literatura, aunque debemos confesar que la calidad de los escritos en este género no corresponde á su grande número. Pero la gran corriente (digamos así) de la literatura la componen las novelas, los romances, las poesías con las gacetas y periódicos de todo género, en una palabra, la literatura de pasatiempo, que especulando sobre las necesidades del mundo lector, crea en correspondencia un mundo escritor, que prosigue el gran negocio de la produccion literaria con un espíritu de industria mas ingenioso y activo, que en nin-

gun ramo de la produccion material. Por último, no debemos omitir que la literatura actual se distingue por la multitud de escritos, que salen á luz cuando se promueve una cuestion, ú ocurre un acontecimiento de interés general: sirva de ejemplo la cuestion de Lorinser sobre los colegios de enseñanza; la vida de Jesucristo por Straus, los caminos de hierro, etc. Es imposible desconocer un hecho que cada dia se presenta mas de bulto; á saber, que la literatura del siglo se encuentra hoy sometida al influjo de los intereses materiales, los cuales ocupaban antes un lugar inferior y subordinado. La escritura y la imprenta se hacen muchas veces negocios de especulacion; entre los impresores y los libreros se ha formado una hermandad puramente industrial, fundada en las condiciones de la demanda y la oferta de las producciones literarias. Por indisputable que sea, cuando se forma una clase de sabios y de escritores en una nacion, que esta debe darse el parabien de ello, si se consagran á esta elevada vocacion los talentos mas independientes, los mas capaces; hay sin embargo muy poco de digno y grande que esperar cuando esta profesion se convierte en objeto de pura especulacion y ganancia material de una clase numerosa. El alto influjo de comunicacion y cultura social que pertenece á la literatura corre peligro de adulterarse ó aun cesar de todo punto, cuando el aplauso de la multitud determina la altura del precio de una obra, y la altura del precio es el objeto y la regla de los trabajos de espíritu. Tal estado de cosas harto real por desgracia hincha de una parte la corriente de la literatura á tal punto que deja perder en inmerecido olvido producciones de gran mérito; mientras de otra dá una importancia irregular y bastarda á las obras que se escriben para el vulgo. Fermenta en este género de industria un elemento democrático que crece y prospera con la osadía y el descaro de los pensamientos, con el espíritu de partido y la demagogia literaria. Este elemento quiere reinar, quiere arrastrar hácia sí el poder que en literatura como en to-

do pertenece solamente á los mejores, á los mas capaces; por esto se afana en invadir todos los intereses de la vida y de la sociedad; no para estudiarlos y dirigirlos con regularidad, sino para hacerlos servir á sus miras de desorganizacion y de trastorno en todos sentidos. Por esto los grandes acontecimientos, las situaciones sociales, los trabajos y la direccion del espíritu científico, las relaciones locales y personales son hoy traidas al medio del foro público, cuando antes no salian fuera de ciertos círculos de iniciados; por esto los asuntos que antes merecian un estudio y discusion profunda, pesada á veces, se tratan hoy con formas ligeras y superficiales, se hacen objeto de pasatiempo, de curiosidad y no pocas veces de la malignidad y la sátira; por esto el duro y precioso metal de la discusion científica se ha cambiado en moneda de vellon para que circule mas fácilmente en el pequeño comercio literario, al paso que se afecta un tono de profundidad y de gran dilocuencia, donde debiera bastar la lisa y sencilla narracion de los hechos.

A la verdad nuestro siglo es abundante en situaciones críticas, en peripecias y complicaciones sociales, políticas y científicas; y no debe culparse por cierto al espíritu progresivo de publicidad de que allane y demuela muchas pequeñas barreras tras de las que se parapetaban y mantenian resguardados de la atencion pública los hombres medianos, los caractéres de baja ley. Lo que produce males gravísimos, y despoja á los trabajos de espíritu de la solidez y dignidad de los pensamientos, del clasicismo de las formas, es que los estudios profundos retroceden y decaen ante la superficial y veleidosa atencion del público; que las tendencias y los principios consumen sus fuerzas en lúchas violentas inaccesibles á un exámen razonado y á todo género de avenencia; que una agitacion irregular y febril vá desalojando aquellas influencias suaves y moderadas que solo prometen porvenir á los gérmenes largo tiempo madurados de la educacion nacional; que las personas no se sujetan á las cosas sino las cosas á las personas; que los

partidos literarios se afanan por sobresalir y señalarse, mas que por buscar lo verdadero, lo bello y lo bueno.

En la industria literaria, en medio de la riqueza creciente de los conocimientos científicos, y la pronunciada necesidad de poner en aplicacion las ideas generales, sobresalen dos fenómenos que caracterizan muy particularmente la literatura actual: la extesion é importancia del periodismo, y el aumento de las obras enciclopédicas. Nacido el primero de la necesidad de discusion política y de comunicacion literaria, llevó por mucho tiempo en Alemania una miserable existencia, hasta que en nuestros dias se ha elevado á una posicion tal que ofrece un partido honroso y digno á los grandes talentos, y tambien un asilo fácil y cómodo á los pequeños. La parte mas aislada de la prensa periódica es naturalmente aquella que se dedica á ramos especiales de ciencias positivas; pero aun en esta esfera el progreso y enriquecimiento de las ideas provoca incesantemente á nuevos trabajos, ya doctrinales, ya puramente críticos; habiendo crecido á tal punto el número de este género de publicaciones, que especialmente en medicina y ciencias naturales se ven ya periódicos dedicados exclusivamente á dar prospectos y reseñas de los demás; prueba clara de que no es puramente intermediaría la literatura alemana, sino tambien original, que necesita para ser conocida de una literatura intermediaria. De los periódicos generales científicos han sufrido grande oposicion las Gazetas literarias, de las cuales la primera fundada en Jena en 1785, trasplantada despues á Hall, habia comenzado una nueva época en la crítica científica de Alemania; pero la generalidad de su título no era del gusto del siglo. Por esto la Gazeta general literaria de Leipsic, despues de ensayos inútiles, ha tenido que pasar por una regeneracion, con lo que ha logrado mayor publicidad que las anteriores de Jena y Hall. El Indicador sabio de Gottinga ha perdido mucho de su mérito desde los sucesos desagradables de la universidad en 1837. Los Anales de la literatura de Viena y los Anales de Heidel-

berg viven de su antigua fama. Los Anales de Berlin para la crítica científica se conservan en el espíritu de su fundacion. A este género pertenecen tambien los Anales de Hall sobre la ciencia y el arte en Alemania, fundados en 1837 y redactados por Ruge y Echtermeier. El Indicador sabio de Munich fundado en 1836, parece, á lo menos segun su circulacion, que no ha podido salvar todavía los límites de una provincia.

En este campo de la crítica propiamente científica se observa en general, fuera de algunos casos en que vence el espíritu de partido y aun quizá las inspiraciones del amor propio, un tono profundo, severo y decisivo, una crítica no puramente negativa, sino positiva y fundada en principios sólidos y fecundos, trabajos á veces mas importantes que las obras á que se refieren. Para el objeto secundario de dar un prospecto manual, y al mismo tiempo el mas completo posible de la literatura en Alemania, está destinado el repertorio general de la literatura alemana redactado en Leipsic por el primer bibliotecario Gersdorf, reunido en 1834 con el periódico del mismo título que fundó Crist. Dan. Beck, y en 1836 con la «Bibliografía general de Alemania.» Un pensamiento análogo aunque en mas modesta esfera sigue el Semanario literario que se publica en Berlin, redactado por Meyen, y que fundó en 1834 Buchner. Mucho mas numerosos y variados son los periódicos dedicados á asuntos de puro pasatiempo y distraccion. Mientras algunos de estos, como la «Hoja de la conversacion literaria» se sostienen en un tono serio é importante; otros como el «Extranjero,» la «Hoja literaria de la bolsa de Hamburgo;» el «Repertorio de la literatura extranjera,» que se publica en Berlin contienen, no solo asuntos ligeros, sino tambien estudios graves y fundamentales sobre muchas cuestiones importantes, especialmente respecto al extranjero: otros por último como la «Hoja de la mañana» la «Gazeta de la tarde» con una multitud de papeles análogos, unos se conservan en el espí-

ritu de su fundacion, otros se amoldan incesantemente á las cambiantes inclinaciones de la época, muriendo entre tanto al nacer no pocos ensayos y empresas. Como la existencia de muchos periódicos de este género suele ser tan efímera como los fines y tendencias á que sirven, procuran para prolongarla no solo entretener el ocio de los lectores, sino escitar y satisfacer sin freno hasta las inclinaciones mas groseras é innobles. En estas regiones interiores anida de ordinario el talento de baja ley, la hinchada superficialidad, el chiste grosero, el jacobinismo y el sansculotismo literario, que adultera é inficiona los mejores talentos, que consagrándose descaradamente al error y á la mentira, es tanto mas perjudicial, porque el público, que funda su conciencia y su opinion sobre estos escritos, pierde el gusto á toda otra lectura que no se presente bajo las formas de un verdadero escándalo literario. No podian menos de levantarse voces enérjicas contra tamaño desórden; basta recordar entre otras el folleto del Dr. J. C. Hitzig «sobre la literatura como elemento de la vida social.» Berlin, 1838. En cuanto á periódicos escritos bajo el plan de las revistas inglesas no han echado aun en Alemania profundas raices; de los «Anales Germánicos» comenzados con tan brillante aceptacion pon G. Gervinus en 1835, y cuya introduccion debe señalarse como un cuadro exacto y profundo del periodismo aleman, solo ha aparecido hasta ahora una entrega; y solo el tiempo puede decir el éxito que tendrá. Respecto á la prensa política, que desde 1830 ha hecho grandes esfuerzos por representar la opinion pública, pero que toca de lejos á la vida propiamente literaria, merece artículo especial.

Las enciclopedias, cuyo orígen sube en Alemania á una época remota, se han multiplicado notablemente en los últimos años. Los propiamente llamados diccionarios de la conversacion, son en gran parte continuaciones é imitaciones de la primera obra en este género trabajada por J. A. Brockaus; entre los demás consagrados á asuntos especia-

les, son dignos de mencion: el Diccionario doméstico redactado por el profesor Fechner (8 tomos, Leipsie 1834-38); y el diccionario político dirigido por Welcker y Rotteck (tom. 1-4; Altona 1834 y sig.), que es el mas importante como redactado bajo el espíritu de un pensamiento político que ha tenido grande influencia en el desenvolvimiento y progreso de la vida pública en Alemania. En cuanto á las ventajas ó perjuicios de las enciclopedias, es fuera de cuestion que las unas y los otros andan estrechamente unidos; el público aplaude en las enciclopedias no solo la facilidad de adquirir en breve las nociones mas importantes sobre las ciencias, las artes y aun los oficios industriales, sino la comodidad que ofrece para la aplicacion inmediata, la manera con que se explican aquellas. Acaso muchos lectores no ven en los artículos de una enciclopedia otra cosa que artículos de un periódico; pero esto sería confundir la naturaleza de estos dos géneros de escritos: el periodismo se mueve en una atmósfera pasajera y movible; retrata la vida en su marcha rápida, á veces precipitada y violenta: la enciclopedia penetra mas en el fondo de las cosas, buscando en ellas lo real y permanente, principios de segura aplicacion. La enciclopedia trabajada con esmero es la enemiga de la erudicion superficial y vana, lejos de fomentarla. Como quiera son un buen medio de estender en todas las clases del pueblo la cultura y la civilizacion; pero no pueden menos de carecer de la severidad del espíritu científico.

Nos era preciso determinar en su contorno exterior los fenómenos que caracterizan en una esfera secundaria; pero basta las relaciones entre la produccion literaria y las necesidades é inclinaciones del pueblo; ahora en cuanto á la vida intelectual de un órden superior, la cual independiente en su marcha de exigencias y condiciones materiales prosigue la alta y noble empresa de dirijir y purificar la educacion moral del pais, aunque ha llegado á comprender su objeto, está muy lejos de cumplirlo enteramente toda-

vía; y por otra parte se encuentra hoy en la plenitud de sus fuerzas. A la verdad si venimos á lo presente desde la época anterior, habrémos visto pasar de esta vida uno tras otro los genios que en el período mas glorioso de nuestra literatura eran el orgullo y el ornamento de Alemania; aun no hace mucho á Goethe y á Schiller siguieron Schleimacher (en 12 de febrero de 1834), Guillelmo Humboldt (en 18 de febrero de 1835), conde de Platen (en 5 de diciembre de 1835) Daul (en 22 de noviembre de 1836), Ancillon (en 19 de abril de 1837), Adalberto Chamisco (en 21 de agosto de 1838); pero no se ha quebrado en estos el lazo espiritual que une lo presente á lo pasado no solo de ayer sino de siglos. Una nacion que posee un grande y rico pasado, encuentra en los nobles ejemplos que éste le ofrece, un manantial perenne é inagotable de vida propia. Hay además mucho que esperar de un pueblo que como el aleman cultiva con ardor infatigable su literatura nacional. A los nobles esfuerzos para escitar el interés hácia la literatura de la edad media, que comenzaron en la cuarta mitad del siglo anterior, se han unido recientemente los trabajos profundos y severamente históricos de Jacobo y Guillelmo Grimm, Lachmaun, Grat y otros muchos. Tambien es un hecho significativo el entusiasmo con que es recibido en el mundo literario todo lo que pertenece á la época clásica de nuestra literatura, como lo prueban las multiplicadas ediciones de las obras de Leibnitz (escritos alemanes publicados por Guhrauer, un tom., Berlin, 1837) Goethe, Lessing. Kant, Hegel en primera línea; Heinse, Burger, Voss, Jeume, Hebel, Miquel Beer, Th. Körner, Baggesen y otros en segunda y tercera; la aceptacion con que se han recibido en todos los círculos literarios las cartas entre Goethe y Gelter (6 tomos, Berlin, 1833-35), las cartas de Goethe, Herder, Wieland á Juan Enrique Merck (publicadas por K. Wagner, Darmstadt (1835); cartas de Enrique Merck (publicadas por Wagner, Darmstadt (1838); correspondencia de Kuebel (publicada por Varuhagen V. Euse y Th. Mundt

3 tomos, Leipsic, 1836) y otras muchas producciones literarias del siglo anterior que salen á luz por primera vez. Goethe continua siendo objeto de muchas controversias literarias que se sostienen en diversos sentidos. Sobre la tumba de Schiller se reunen pocos campeones; fuera de una preciosa adicion á su biografía escrita por Streicher (unida de Schiller de Stuttgard, y su mansion en Manheim 1782-85: tom. 1-2, Leipsic, 1837-38) solo debemos mencionar la obra de H. X. W. Hinrichs «Poesías de Schiller segun su órden cronológico y su enlace íntimo» ensayo importante donde se ordenan las producciones de este genio bajo un plan dispuesto en formas tan severas y abstractas como la lógica de Hegel. Por lo demás, el silencio que se observa acerca de Schiller demuestra que está ya formado acerca de él el juicio del público: siempre ocupará un lugar de primacía en Alemania, por mas que una crítica purista y mezquina haya pretendido rebajar su mérito, lo cual produjo de paso una reaccion contra Goethe no menos interesada é injusta.

Debemos mencionar por último los trabajos que se han hecho sobre la gramática y la estética de la lengua alemana. Fuera de los diccionarios cuyo catálogo solo merece un artículo aparte, la «gramática alemana» de Jacobo Grimm ha hecho dar un grande paso á estos estudios, porque no solo ha fundado la filologia germánica, sino que ha ejercido una influencia decisiva sobre la manera de estudiar la lengua. Tambien los dialectos provinciales han llamado la atencion de los filólogos (L. Wienbarg «Debe corregirse ó abolirse la lengua vulgar alemana» Hamburgo, 1834 — J. A. Schmeller, diccionario de la lengua Bávara; 4 tom. Tubinga, 1827-37 — T. Tobler «Tesoro de la lengua de Apenzell, Zurich, 1837). Sobre el arte métrico y la rima alemana se han añadido á los antiguos trabajos de Moritz, Boss y otros, la obra de M. Enk «sobre la medida y cantidad del verso aleman» Viena, 1836. — E. Freese, prosodia alemana; Stralsund, 1837, y la obra del mismo «sobre los aso-

nantes alemanes» Stralsund, 1838. Menos favorable juicio nos hace formar la aplicacion con que se cultiva la lengua en cuanto á su arte puramente estético: (lo bello en las formas del lenguaje). Porque en tanto que una cierta facilidad y armonía de expresion, cualidad de casi todos los escritores, tiene su orígen en la rica y cultivada articulacion de la lengua, hay muy pocos que posean un estilo sólido, aquilatado y original: muchos que estan dotados por otra parte de un verdadero talento en cuanto al fondo de las ideas, sacrifican el alto estilo á ciertas maneras artificiosas y superficiales que chocan y agradan al vulgo de los lectores; pero en vano se busca hoy la noble sencillez y diafanidad de la prosa de Goethe, la clara é ingenua sencillez de Lessing, el fuego eléctrico de Schiller, la rigorosa concision de Juan da Müller ó algo parecido. Mas bien se encuentra, para hablar de alguna de las muchas maneras usadas de estilo, la realidad plástica, y el paso magestuoso de la expresion cambiada por los matizados arabescos de un gracejo picante y de una fantasía desarreglada; conocen los que se pagan de estas maneras que antes se nota cuando se salta y se baila que cuando se anda á paso mesurado: y en tanto que los antiguos, estos modelos inimitables de estilo, cuidaban esmeradamente de distinguir la forma prosáica de la poética, hoy se tiene como progreso el confundirlas ambas. (Vid. Mundt, arte de la prosa alemana, Berlin, 1837). Pero confundir ambos géneros, y desconocer la naturaleza y el carácter de ambos, mientras que la diferencia íntima y fundamental entre ellos se apoya en la naturaleza de las cosas, como se apoya tambien el que el desconcierto que presenciamos solo puede interesar por su novedad.

Ahora, en cuanto á lo que hay de íntimo y esencial en cada ramo de la literatura bajo el punto de vista histórico y filosófico, es asunto que merece ser tratado de propósito, y tanto mas cuanto que no sería posible considerar sin parcialidad el todo de tan variados fenómenos como nos presenta este cuadro en la relacion que pudieran guardar con

determinados principios y hechos generales. Se cruzan hoy tantos intereses, tantas direcciones y esfuerzos en el campo de la literatura, de los que cada uno tiene su centro y su esfera individual; se hacen valer ante el público bajo tan diversas formas, con tan varios grados de talento, se tocan y modifican en el comercio comun de tantas maneras, que casi requiere cada uno ser tratado por sí é independientemente. Una cosa se echa de ver sobre todas y á primera vista, que el carácter de nuestro estado social y político influye poderosa é incesantemente en la literatura; que la lucha entre un partido de movimiento y otro conservador con todas las variantes y fracciones que caben entre los dos puntos extremos se representa en la literatura tan exactamente como la vida política. Este espíritu de oposicion radical é íntima va penetrando tambien en el campo de la ciencia, hasta en lo mas elevado de las escuelas filosóficas como se observa especialmente en la filosofía de Hegel, en la teología, en la historia, lo mismo que en la novela y el periódico. Los conservadores no pueden hallarse bien en una época en que mal de su grado son impelidos hácia un porvenir incierto y oscuro; los hombres del movimiento al contrario estan contentos con sacudir la cabeza hácia adelante, lo cual en verdad solo requiere movimiento por amor de movimiento, sin preguntarse hácia que fin ú objeto marchan, y aun sin reflexionar si este fin merece ser conseguido, si vale algo en sí. Porque este vago presentimiento del porvenir es en el órden racional una idea tan vaga y ancha que admite en sí tanto lo malo y despreciable como lo bueno y sobresaliente. Así los radicales de un partido ni de otro no han podido mantener exclusivamente el campo de la contienda, á lo menos en las regiones apartadas del contacto inmediato de los intereses materiales, y en las que lo ideal del arte y la ciencia siempre renace y se levanta del polvo del combate puro y resplandeciente en su eterna verdad y belleza. Tan elevado punto de vista sobre la direccion y los fines de los partidos requiere necesariamente una investiga-

cion filosófica é histórica especial. En cuanto á la relacion de la filosofía con los demás ramos de la literatura, debe notarse que aunque la tendencia general á investigaciones rigorosamente sistemáticas no puede apreciarle exactamente, sin embargo hay en el espíritu del siglo una verdadera necesidad filosófica de estudiar las cosas y los acontecimientos en sus altas relaciones de buscar en lo individual lo general, en lo accidental lo esencial, en lo variable lo real y permanente. La escuela de Hegel trabaja con un celo infatigable por satisfacer esta necesidad; como la de Kant, aunque en distinta direccion, procura penetrar en lo íntimo de las relaciones y los hechos que nacen sobre el terreno de la vida práctica, ó por lo menos fijan el contorno y las formas permanentes de estas relaciones. Por esto, aunque la vida práctica y el genio artístico no tienen puntos de enlace directo con el formalismo de la escuela, esta sin embargo se ha apoderado de ellas por el elemento intermediario de la alta crítica. El lenguaje da ya señales de este nuevo elemento en el órden intelectual; aunque, sea dicho en verdad, no han resultado de aquí grandes ventajas á lo material de la lengua, porque la fuerza asombrosa de espíritu con que Hegel consiguió amoldarla á sus propias ideas y á su manera de pensar es harto difícil de poseer, y el colorido exterior del pensamiento que se ha querido imitar de él, consiste solo en algunas palabras y giros extraños que á la verdad convienen á todo por su abstracta generalidad, pero que hacen desaparecer, y borran en medio de una monotonía insignificante el sello y carácter vivo que corresponde á la exposicion de un asunto individual.

Mas libre y desembarazada marcha la literatura histórica, que se acomoda mejor tambien al realismo de la época. La Alemania se ha señalado siempre en los estudios profundos históricos; y en cuanto al arte en este género de la literatura ha adelantado notablente. Se ha llegado ya á comprender y sentir bien la importancia y dignidad de la historia. Es preciosa y de primer órden acerca de esto la

obra de G. Gervinus «lineamentos fundamentales de la historia» (Leipsic, 1837), y esta idea se sostiene viva y pura en todos los que se dedican á escribir la historia en Alemania. Entre ellos, además de Fr. Chr. Schloller (sobre el cual ha publicado una escelente memoria G. Gervinus en sus opúsculos históricos, Karelrue, 1838) F. Raumer, Leop. Rauke, G. Gervinus, ocupan otros muchos un señalado y digno lugar. A sus trabajos debe la literatura histórica muchas nuevas riquezas. La «Historia de los pueblos Europeos» dirigida por Hecren y Uckert, adelanta rápidamente. Además de la historia de Alemania por Pfister, se publican desde 1834 la historia de Austria por Mailath, de Inglaterra por Lappenberg, de Francia por E. A. Schmid, de Portugal por Scheffer, y otras. De la historia del pueblo Aleman por Ludens, y la historia de Prusia hasta el fin de la soberanía del órden teutónico por Voigt, han salido ya á luz dos tomos: la nueva edicion de la historia del siglo XVIII por Schloper puede considerarse como una nueva obra: la obra de Rank «Príncipes y pueblos del Sur de Europa en el siglo XVI y XVII» está concluida; Raumer no solo ha continuado hasta 6 tomos su «Historia de Europa desde el siglo XV» comenzada en 1832, sino que en repetidos viajes á Inglaterra y Francia ha aprovechado ventajosas ocasiones de examinar y utilizar preciosas fuentes hasta hoy desconocidas, habiendo además publicado estos viajes. El «Archivo histórico» de Schloper y Bercht, los libros manuales de historia continuados por Raumer y por Mayr, sin citar las obras de H. Leo, Kortiun, W. Wachsmuth Flathe, Rehm y otros, sostienen y avivan el interés de las clases cultas hácia este género de literatura, ó dan á luz preciosos materiales y documentos. Finalmente tambien se ha adelantado mucho en la biografía: de las obras de este género recordamos solo la «Vida del general de Winterfeld» por Varnfizgen V. Euse (Berlin, 1836); la «Vida de la Reina de Prusia Sofía Carlota» del mismo; (un tom. Boun, 1837); la obra de Fr. Forster sobre Walenstein (Postdan, 1834)

y sobre Federico I, de Prusia (Postd., 1834 y siguientes): los estudios de Preusz sobre Federico el Grande, que pertenecen ya á una época contemporánea: finalmente la Historia de Inocencio III, por Hurter (dos tom. Hamb., 1834), la cual como la de Federico, segun es la importancia de los personajes para los términos de una pura biografía. Es de observar sobre todo el celo especial con que se estudian no solo los períodos mas influyentes de la historia, sino la historia de provincias y comarcas particulares, las instituciones, los usos y las costumbres, como tambien la diligencia en reunir y examinar los documentos históricos de todo género, de lo cual entre otras cosas es una muestra el gran número de colecciones de antigüedades. Se revela en este movimiento intelectual un fondo de buen sentido histórico, fundado sobre la conviccion de que el prospecto de la Historia universal solo tiene su base en las historias particulares trabajadas de antemano, señal de prósperos resultados para el porvenir. Entre tanto la geografía y las obras excelentes de muchos viajeros traen contínuamente á la historia ricos é importantes materiales. Ni debe omitirse por último que apenas se publica alguna obra histórica importante en el extranjero sobre todo en Francia é Inglaterra, al punto es traducida una ó mas veces, y trasplantada sobre el terreno aleman, siendo especialmente apreciadas las memorias, y los demás escritos sobre la historia de los últimos cincuenta años.

En cuanto á la poesía, conviene determinar ante todo la proporcion con que se cultivan los diferentes géneros de literatura poética. Las fuentes de la Epopeya se han secado hace tiempo; y sería supérfluo demostrar aquí por qué este género no puede hallar en la civilizacion moderna asunto que le sea conveniente. Ocupan hoy su lugar la Historia y el Romance. La mayor parte de las poesías en forma épica, esto es, en exámetros ó estancias, que aparecen alguna vez, y que cuestan laboriosos esfuerzos aun á los mejores talentos, son solo cantos de algun suceso histórico, ó alguna

atrevida empresa, que pasan y se olvidan sin dejar profunda impresion. Aunque pudiera hoy tratarse convenientemente un asunto épico, debería admitir el elemento lírico, como sucede en el «Ahasverus» de J. Mosen, y el «Savonarda» de Nicolas Lenan. La poesía dramática alienta tambien una vida débil; carece por una parte de talentos sobresalientes, que le den una nueva direccion; por otra influye sobre ella la decadencia del teatro; pero el tratar detenidamente de esto merece un artículo aparte.

Incomparablemente mas lozana y robusta florece hoy la poesía lírica alemana: no hablemos de la sorprendente multitud de colecciones poéticas, que en medio del grande movimiento literario de este pais, nacen todos los años como nacen á las orillas de los arroyos arbustos sin flor ni fruto; pero debemos mencionar á Uhland y Schwal, Nicolás Lenan, y Anastacio Grün, Ruckert, Platen, J. Kerner, Chamillo, Ptizer, Feuchtersleben, Freiligrath, Hoffmann, V. Fallersleben, Mosen, Carlos Beck, nombres de poetas, que unos están en toda la fuerza y plenitud de su inspiracion, otros han comenzado su carrera, otros han cesado de escribir hace tan poco, que todos pueden ser considerados como contemporáneos para contestar á la injusta censura, de que las fuentes de la poesía lírica no corren ya abundantes ni puras en Alemania, ó que se ha estinguido el gusto hácia este género de inspiracion. Porque en cuanto á esto último está bien claramente desmentido por las repetidas ediciones de las poesías de Uhland, Schwal, Chamillo, Ruckert, Platen, A. Grün, y ni aun las poesías de Goëthe y Schiller han alcanzado tan grande propagacion como la que han obtenido en los últimos años por medio de repetidas ediciones las de Uhland y las de Ruckert, sobre todo despues que este genio se ha decidido á recojer los tesoros diseminados de su «Intuicion del mundo», que es toda lírica. Y es tanto mas superior el pensamiento y el genio de la lírica de Ruckert á la severa crítica, cuanto que se mueve sobre la esfera de la sensibilidad material, del placer ó del dolor

externo: la naturaleza, el amor, el arte, la historia en su mayor elevacion y generalidad, cual conviene al carácter fundamental de la lírica, son el objeto de sus cantos inspirados. Las poesías de Ruckert tienden á lo grande y universal: procuran fortalecer interinamente el ánimo agitado por el placer y el dolor, y librarlo de su prision material por el poder del pensamiento poético. ¡Cuánto sobresalen en este género el «Laienbrevier» de Scheffer, y la «Poesía didáctica» de Ruckert! Una lírica que da tales frutos tiene hondas raices, y da muestras de larga y robusta vida: ella está destinada á ser no menos que la ciencia una virtud de uncion y de salud para separar los elementos corrosivos que prenden y se arraigan en el corazon humano, y aun para convertir el veneno en medicina. Mas inmediatamente allegado á la vida material, aunque no por esto menos rico de influjo, ni menos capaz de nuevos adelantos y mejoras, es el romance, ó como se llama hoy con poca propiedad por cierto, la novela. Porque por difícil que sea encontrar entre el número de romances que sale á luz todos los años, muchos que puedan ser citados como modelos clásicos en el fondo y en las formas, no es posible sin embargo desconocer la importancia de este género de literatura, de esta epopeya de la sociedad moderna. El romance es mas que ningun otro género de poesía capaz de amalgamarse con todos los intereses, deseos, locuras, placeres y dolores, vicios y virtudes; él penetra la esfera de la fé, de la filosofía, de la política y la historia, de la familia, de cada estado en particular en todas sus variedades y relaciones; él es accesible á todos los grados del talento por la individualidad de los hechos que pone en escena, y se hace interesante por las grandes y bellas proporciones con que los representa; él es el compañero y como el primero que tiene la palabra en todos los estados y variaciones sociales. Por esto hoy, que no sirve de puro pasatiempo, sino que sigue una direccion determinada y reflexiva, se enlaza estrechamente á cada grado de cultura social; así la comparacion del romance inglés, francés y aleman nos indica

el carácter y el genio de la vida social de estas naciones, á pesar de que hoy la uniformidad de la civilizacion moderna haya hecho desaparecer aquí y allí algunas diferencias. Por esto la aceptacion con que son recibidas en un pais las producciones de otro debe considerarse como una señal de las inclinaciones que dominan en el público, y de la direccion de la vida social; aunque para que este juicio sea exacto, hay que pesar además muchas otras circunstancias. En estos últimos años la Alemania se ha inundado de producciones extranjeras, francesas, inglesas, danesas, rusas, etc. Las inglesas y las francesas son las mas notables; pero ¡qué diferencia hay entre el delicado y concienzudo carácter de las novelas de Bulwer, y el desgarro y desórden de una Dudevant; ó entre el humor acre y cómica ingenuidad de un Mariyat y Dickens, y el frívolo libertinaje de un Pablo de Kock! ¡y quién pudiera no desear equivocarse en deducir de que todo esto es igualmente traducido, que el pueblo aleman lo aplaude todo igualmente! Conviene observar sin embargo que lo que ha traido á Alemania el influjo de la moderna literatura francesa es la creacion de la sociedad llamada «Jóven Alemania», que profesa harto á las claras no la reorganizacion, sino la disolucion de la sociedad, para que puedan temerse demasiado sus tendencias. Emancipacion de la mujer, esto es, destruccion del órden doméstico; emancipacion de la carne, esto es, demolicion de toda barrera de moralidad, evaporacion de todo sentimiento de virtud, tales eran las dos palabras sacramentales de su evangelio, que variaban de mil formas, y hacian penetrar en la religion y en la política, que debian ser iluminadas y resucitadas por los rayos del democratismo; hasta que despues de haber pasado sin influencia un escrito de Max. José Stefani «H. Heine, y una mirada sobre nuestra época.» Hall, 1834, las ideas de Menzel sobre la obra de Gutykose, «Wally», pusieron en conmocion al público y aun á los gobiernos; despues de lo cual los miembros mas esclarecidos de la jóven Alemania, cuyas ideas y conducta ha puesto en claro Gutykose,

bajo el nombre de «Literatura de pólvora», creyeron mas prudente volver al círculo de lo existente, consagrado por la razon, la moral y las leyes. Por lo demás, es dudoso que muchas otras obras de la literatura romántica del último año puedan colocarse en la misma línea que las tendencias originales de la jóven Alemania; tal como «los Epigones» de Imerman: á pesar de la aparente analogía entre unos y otros, hay sin embargo diferencias esenciales en el fondo.

Un tan reducido espacio de tiempo como hemos recorrido está demasiado enlazado con lo pasado para que podamos formar sobre él un juicio independiente y completo. Pero vemos crecer y extenderse cada dia el poder del pensamiento y de la palabra llevados hasta la choza del pobre en manos de la industria literaria ¡ojalá recordára el pensamiento su elevado ser y la grandeza de sus fines! Alemania se enriquece todos los dias de virtudes y talentos sólidos elevados, que se encaminan hácia la verdad y el bien; ¡ojalá se apoderen ellos solos de la atencion y del interés del pais! Porque para concluir con algunas palabras de un escritor antiguo: no es posible fijar de antemano la marcha de la cultura ni de la manera comun de pensar en un pais; pero es imposible que por mucho tiempo y en una vasta extension se haga general y permanente un determinado estado social, cuando se compone de mudables opiniones, de leyes inseguras, de intereses locales reducidos, de gustos frívolos, de sentimientos someros y aparentes. Solo lo que por su naturaleza es real y sólido en el pensamiento y en la razon, lo verdadero, lo digno, lo clásicamente bello, con aquellos grandes hechos históricos que llenan el espíritu por su alta y general importancia, mas que por intereses apasionados y egoistas de nacionalidad, solo esto puede formar un centro de vida intelectual, que eduque á los hombres en la moralidad y en el bienestar, que nunca le alcanzan sino por la elevacion del espíritu, y la enerjía y pureza de la voluntad.

JULIAN SAENZ DEL RIO.

ODA

A LA DEFENSA DE SEVILLA (1).

¡España! ¡España! amada patria mia!
¡Patria de los valientes,
Que el largo oprobio de tus hijos borrasen
Cuando tu afecto de mi pecho salga,
Mi cantar abatido
Sepultado en el polvo del olvido.
LISTA.

Ella es ¡oh! vedle: en su semblante oscuro
Revuelve inquieto los infaustos ojos;
Como hiena espantable que sedienta,
Al mirar de su rabia los despojos,
La sed de sangre en su furor aumenta.
De estirpe baja y corazon esclavo
El fué el ingrato que, en maldad extraña,
Rasgar pensaba el pabellon de España;
Y con su enjambre inmundo
Ahogar tambien el ardimiento bravo
Del pueblo que dió á Europa un nuevo mundo.
Alzó la vista hácia el dosel radiante,
Do en noble y fiera ostentacion de gloria
Tiende sus garras el leon rapante;
Manchó las gradas con su impura planta,
Y en ecos tristes resonó el recinto,
Al ver hollada la mansion de reyes
Y el águila imperial de Carlos Quinto.

(1) Esta composicion obtuvo el primer premio, que consistia en un clavel de oro y en el título de sócio de número de la Academia Sevillana, en el certamen poético ofrecido por la misma corporacion sobre el sitio de Sevilla.

»¿La hermosa patria donde fué Numancia;
La patria de Guzman así consiente
Ajar su pompa y sin igual decoro,
Ciñendo lauros y coronas de oro
De ese Atila feroz á la vil frente?
¿Dónde estan ya sus bravos campeones,
Honor de Cerinola y de Pavía,
Que llevaron el susto á las naciones,
Cuando en sus fuertes é invencibles brazos
La espada centellante arder se vía?
»¿Qué fué, decidme, del glorioso imperio
Que abarcó al hondo mar, que nunca viera
Declinar en su esplendido hemisferio
La pura luz de la eternal lumbrera?
¿Y aquellos fastos de valor y gloria,
Y aquellos triunfos que miró rendido
Y absorto el orbe con terror profundo,
Los torna en mengua con tan torpe olvido
La reina un tiempo del inmenso mundo?
»Sus, varones, volad: nuevo ardimiento
Al libre infunda la triunfal bandera,
Que en torno al solio de Isabel primera
Le dió á Gonzalo celestial aliento.
La ansiada libertad sin mancha impere;
Que el pueblo débil que en la infamia vive,
Só el yugo indigno de opresores muere.»
Así escitara á la española jente
Su jenio tutelar. Sus nobles ecos
Resonaron en Málaga y Granada,
Y de guerreros escuadron valiente
Empuña al punto la fulminea espada.
Se abrió de Jano el pavoroso templo,
Y España toda con guerrera pompa
A Europa dá de libertad ejemplo
Al eco rudo de la fiera trompa.
Comienza la atroz guerra;

Rápido rueda de Mavorte el carro;
Que nunca esclava se miró la tierra,
Do tuvo asiento el español bizarro.
¿Le miras ya, traidor? Súbito hielo
Se desliza en tu pecho y en tus venas;
La vista errante en congojoso anhelo
Confuso tiendes á tu grey de hienas;
Y al ver que tiembla en confusion horrible
Devorada tambien de afan interno,
Sientes el fin terrible
Que á las traiciones destinó el Eterno.
No hay paz ya para tí; no hay ya bonanza.
En el fiero estertor de tu agonia,
Sin tregua en el pesar, con flojo aliento
Caminas á la hermosa Andalucía,
Abismado tu triste pensamiento
Con ensueños de gloria y de venganza.
¡Oh ciego frenesí¡ ¿Piensas acaso
Mirarte ledo en la imperial Sevilla,
Sin ver que dista de tu afrenta un paso?
¿Hundir su libertad pensó tu encono,
Si pura siempre en sus leales brilla,
Y cada pecho le consagra un trono?
¡Ah! no, nunca será: los varoniles,
Los fuertes hijos del guerrero santo (1)
Jamás dan tregua á sus contrarios viles,
Que á España envuelven en horror y en llanto.
Para pechos magnánimos no hay muerte:
Si al crímen sigue el destructor recelo,
Jamás dá susto á la virtud la suerte,
Que solo premia á la virtud el cielo.
¿No ves desde esa falda
El pendon invencible de Castilla
Ondear al viento en la jentil Giralda?

(1) Alude el autor á San Fernando.

El á mostrarte vá cuanto hay del bravo
Al que siempre de infamias hizo alarde;
Que no hay valor en mercenario esclavo,
Ni en pecho noble corazon cobarde.
Arranque y tale la feraz campiña
Tu hueste asoladora,
Y en negra sangre sus verdores tiña:
Yerme los campos de amaranto y rosas,
Do vierte Flora su eternal tesoro
Y sus alas de azul, de nacar y oro
Ostentan las pintadas mariposas.
Destroze de la Europa
El aromoso eden: á tu vil saña,
A tu sed de ambicion y orgullo fiero,
Sevilla opone en su lealtad á España,
Y el fuerte pecho á tu iracundo acero.
¿Mas qué bronco ruido
Asorda en rededor el vago viento?
¿Es tremendo huracan, ó el estampido
Del trueno horrisonante
Que en sus ejes conmueve al firmamento?
¡Ah! no, ¡cielo, imposible! ¿tanto encono
Infunde al hombre la ambicion odiosa,
Que en sangre ledo y entre el mal reposa,
Si paso le abren al brillante trono?
Quema, destruye, arrasa
Con el fuego voraz de tus secuaces,
Que en son tremendo sin cesar retumba;
Nuestros templos y lares, nuestras haces,
Que nada nuestro espíritu avasalla;
Si á tus tiros es débil la muralla,
En cada brazo encontrarás la tumba.
Mas ¡hay! que el fuego crece,
Y el fiero estruendo del cañon tronante:
Agitado en extenso remolino
Se inflama el aire, en lumbre resplandece:

Y en nubes cenicientas ondeante,
Al fragor de las bombas y entre el duelo
Asciende el humo hasta el remoto cielo.
¡Impía, horrenda furia,
Bárbara atrocidad! tiembla, inhumano,
Tiembla, si; el ancho mundo, los que jimen
Al golpe inicuo en la feroz matanza,
Todos maldicen tu espantoso crimen,
Y hasta el cielo se cierra á tu esperanza.
¡Ay! que su negra sombra
La fiera asolacion en torno tiende!
¡Al triste pecho asombra
La llama horrible que en la noche esplende,
Y á la hercúlea ciudad al fin destina
A llanto acerbo y funeral ruina!
Las calles son escombros;
Los mármoles, los arcos, la grandeza
De opulentos palacios, áureos techos
Se miran ya deshechos
Del hueco bronce á la feroz rudeza.
¡Cuánto estrago y horror! ¡ay! cuántos gritos
De amargura, de rabia y de tormento!
¡Terrible vista, ¡oh, Dios! Aquí cubierta
La faz en sangre el tembloroso anciano,
Asorda el aire en dolorido acento,
Y hallar asilo en su penar no acierta.
Allí la madre pavorida huyendo
Al tierno niño en su regazo encubre,
Y mientras ruega en congojoso anhelo
Por él llorosa al implacable cielo,
El fuego los devora,
Y la insondable eternidad los cubre.
Perece el jóven fuerte: el sacerdote
Y la esposa de Dios helados miran
Sus hogares hundirse de alto ejemplo,
Y en hondos ayes sin cesar suspiran

Al bronco trueno que desploma el templo.
Y vosotras tambien, vírjenes bellas,
Vosotras que en amores
Sois el íris de paz y de alegría;
Vosotras que brillais como entre estrellas
En la zafírea cumbre
La blanca luna con radiante lumbre.
¿Qué fué de vuestra majia y vuestro encanto,
Que fué de tanto bien, de amor despojos?
En vez de adoracion á vuestros ojos,
La caterva sin ley les trajo llanto.
¿Do vais de luto llenas,
Suelto el cabello leve,
Huyendo ¡ay triste! en angustiosas penas?
Vuestros hondos quejidos, la amargura
Que el mal imprime en vuestra tez de nieve
¿Son miedo acaso? no: llorais de furia
Al ver no es dado á vuestros tiernos brazos
vengar de España sin piedad la injuria.
Mas calmad el dolor: vuestras miradas,
El odio noble que en el pecho os arde
Mostraron por su mal á esos guerreros,
Que siempre ha sido la maldad cobarde,
Y en Sevilla son todos caballeros.
Mirad ya cual su jefe pavorido
Sollozos lanza de su seno impuro,
La vista alzando hácia su bien perdido:
Y de llanto corriendo larga vena
Por su enjuta mejilla,
La espalda vuelve á la sin par Sevilla
Que á amargura y destierro le condena.
Huye los campos del undoso Bétis,
Y entregado á Albion con vil desdoro,
Las playas surca de la amarga Tétis.
Que cuando piensa en su delirio ciega
Tocar ya el trono la ambicion impía,

Al fin tan solo de su crímen llega,
Y el borde toca de la tumba fria.
Figueras inmortal, noble ornamento
Y alumno ilustre del tremendo Marte;
Tu brazo es la victoria,
Y la patria al mirar tu heróico aliento
Te entregó su magnífico estandarte.
El héroe nunca muere. Sí; la historia
Que en letras de oro de la fiel Sevilla
Anuncie al mundo la esplendente gloria,
Absorta en ellas fijará tu nombre,
Al cielo alzando al que con árduo ejemplo
Le dió de *invicta* el eternal renombre.
Y tú, santo guerrero,
Glorioso rey que por el aire vago
Tendiendo el ancho y rutilante escudo
Salvaste á tu ciudad de tanto estrago,
Oye mi humilde voz. Si siempre mudo
Mi labio fuera en la fatal discordia,
Hoy que los ecos de la union aliento
Infunden á mi pecho que, sediento
De paz, respira fraternal concordia,
Hoy á tí clama ¡oh rey! Los españoles,
Que siempre fueron en la lid asombro,
Que siempre fueron de lealtad crisoles,
Bien merecen la paz. Ya no hay tiranos
Que á su valor sucumban. Si de España
Huyó la vil traicion, su grande hazaña
Será que el mundo los contemple hermanos.

J. M. F.

GERFAUT.

(Continuacion.)

Cada vez que sus ojos se encontraban con la mirada de Octavio, se bajaban por un instinto de pudor; pero en aquellos momentos se avivaba su esplendor bajo los entornados párpados. Cada palabra, la mas indiferente, resonaba en sus oidos dulce y melodiosa. Cada contacto de mano le parecia una declaracion. A diez y seis años es el sexo un cómplice tan poderoso de todos los sentimientos que surgen en el corazon de una doncella! En ese período de adolescencia que media entre el blanco velo de la primera comunion y la blanca canastilla de boda un deseo vago, un presentimiento confuso del objeto real de la vida, una atraccion invencible hácia el iman ignorado, prestan á veces á la mas ingenua algo de la embriaguez de Erigona.

Al reparar como con cada palabra que salia de su boca se embellecia aquella rosa fresca é inocente, esperimentó Gerfaut un sentimiento de melancolía.

—Me amaría, dijo para sí, como quiero ser amado, con todos sus pensamientos, con todos sus deseos, con toda su alma. Yo sería para ella la llama que abrasa y el sol que fecunda: se arrodillaría ante mi amor como ante un altar, al paso que esa coqueta....

Volvióse hácia la baronesa que bailaba con Marillac, y encontró sus ojos fijos en él. Rápida, enojosa, imperiosa fué la mirada que recibió, y que significaba claramente. «Os prohibo hablarla de esa manera.»

—Por el pronto no estaba muy dispuesto Octavio á la obediencia, y en prueba de ello desplegó con Alina todos los recursos de su amabilidad.

A poco rato recibió no directamente, sino por medio de un espejo, confidente tantas veces indiscreto, otra mirada mas airada, mas amenazadora que la primera,

—Magnífico, dijo entre sí, acompañando á su asiento á la muchacha, celos tenemos. Esto ya es otra cosa. Ahora sé por donde flaquea la muralla, y á donde debe dirigirse el asalto.

Ningun otro accidente particular ocurrió aquel dia. Por la noche

quedó reducida la sociedad á los huéspedes ordinarios del castillo, y todo volvió á tomar su aspecto acostumbrado. A la hora de retirarse entró Octavio en su habitacion, tarareando un motivo italiano con tan marcadas señales de buen humor que sorprendieron á su amigo.

Que me hagan académico si comprendo una pizca de tu conducta, le dijo este; todo el dia sombrío y taciturno como un héroe de drama furibundo, y ahora mas alegre que Falitaff: ¿os habeis reconciliado?

—Estamos mas reñidos que nunca.

—¿Y eso te divierte?

—Estraordinariamente.

—Ya! ¿jugais al gana-pierde?

—Poco menos: veo que nada consigo con mis buenos sentimientos, y pienso conducirme de hoy mas de una manera tan aborrecible que obligue á adorarme á esa caprichosa criatura

—Cáscaras! en fin, eso es un sistema como otro cualquiera. ¡Son tan raras las mujeres! ya conocistes á Paulina, la que luego se casó con aquel notario....Pues sabes á quien debí su correspondencia? échate á pensar! pero no te fijes en ninguna de mis numerosas cualidades morales, intelectuales ó físicas; nada, amigo mio, lo debí á un bastonazo.

—A un bastonazo!

—Sí: yendo de paseo, sacudí el polvo á un cierto sugeto que nos miraba de reojo. Despues me confesó que esta accion la habia penetrado el corazon. Oh mujeres! sexo engañoso! como dice Fígaro.

—Las mujeres, prosiguió Octavio, se asemejan al reloj, cuyo movimiento es una reaccion continua: luego que ha ido á la derecha, se va á la izquierda para volver á la derecha, y así siempre. Supon la virtud á un lado, la pasion á otro, y el balancin femenino entre ambas cosas; se puede apostar á que despues de haber sacudido á la derecha de una manera violenta, volverá no menos enérjicamente á la izquierda, porque cuanto mas prolongada ha sido la vibracion, mas juego queda á la contraria. La mujer cae desde el templo en brazos de su amante, ó se hace Sor Luisa de la Misericordia, despues de haber tenido sobre sus rodillas la cabeza de Luis XIV. ¿Y cómo no hemos de adorar á estas locas sublimes? La mia, mas que todas, se aferra ahora á la árida roca del deber; pero yo la arrancaré, vive Dios! Y para acelerar la reaccion del péndulo, voy á poner á guisa de contrapeso un tormentillo que hubiera debido emplear antes.

—Pero, ¿por qué la haces padecer si crees que te ama?

—Por qué? por que ella sin duda lo quiere así: te imaginas que yo la atormento por diversion, que gozo con ver en sus mejillas la palidez del insomnio, con hallar señales de llanto en sus ojos? La amo,

amigo mio, la amo; sufro sus penas, y lloro sus lágrimas. Pero la amo sobre todo; y si para llegar hasta ella solamente me deja abierto un camino lleno de espinas y guijarros, ¿he de retroceder porque arrastrándola conmigo la expongo á que se hiera sus delicados pies? oh! yo se los curaré con mis besos!

—Está visto, es como la mujer de Sgaranella, que gustaba de que la pegasen.

—Eh! todo lo haces grotesco.

—Mira, yo no estoy enamorado: soy artista, y no es culpa mia tener alguna chispa. Y tú, por tu calidad de amante dócil, estás decidido á obedecer? pegarás?

—Moralmente.

—Haces muy bien. La ciencia del amor se parece á aquellas muestras antiguas que decian: *Aquí se peina al gusto de los parroquianos*. Si ese angel gusta de que la tires de los cabellos, péinala á su gusto.

XIII.

El matrimonio! *invencion mirífica!* decia Ravelais. Admirable es por cierto, aun en medio de tantos fenómenos como á cada paso se advierten, el aplomo y frescura con que la mayor parte de los hombres penetran en este santuario, con la misma franqueza que si se tratase del templo de Liliputo. Al ver la serenidad é indiferencia de estos hombres, se creería que hacer feliz á una mujer, y recibir de ella igual beneficio, es la cosa mas facil del mundo; y sin embargo cuán terrible problema es el matrimonio!

No hablemos por supuesto de esos consorcios, á cuyo frente se lee desde luego la palabra: *Fatalidad*! de esos caballeros de Moncada que se prostituyen vendiéndose, digámoslo así, para pagar sus deudas; de esos *viejos caducos*, tan venerables como celosos, que se casan á la Ruy Gomez dando una mano á su bella esposa y otra á la muerte; de esos maridos jóvenes, que para distraerse de las fastidiosas impertinencias de una mujer de cincuenta años se echan á calaveras; ni hablemos en fin de esos desatinos que se cometen por la edad, por la educacion ó por el dinero, jérmenes infalibles de discordia y de calamidad: ocupémonos de esos casamientos que á todas las ventajas apetecidas reunan otras condiciones especiales de felicidad, de uno de esos matrimonios de conveniencia, sin tomar en cuenta, á fin de hacer entender mejor este cuadro particular, que la clase á que pertenecen los desposados, clase escogida y privilegiada, guardia real del matrimonio en una palabra.

Es preciso decir en justicia que cuando el navío conyugal naufraga, los hombres son casi siempre la causa de esta catástrofe, porque no comprenden que el matrimonio es una ciencia tan difícil como la náutica, y tan necesaria como esta cuando se quiere surcar un océano mas sembrado de escollos que el del cabo de las tempestades.

De diez hombres que se casan, no hay uno que sepa hacerlo. Sin embargo, no se crea que tratamos aquí la cuestion de interés, en la cual por el contrario son la mayor parte demasiado peritos y entendidos para dejarse engañar. Lo que nosotros entendemos por ciencia, es ese talento de conducta, esa esperiencia de la vida que les enseña á escojer el punto preciso y la hora oportuna y favorable.

Una parte de los hombres se casa demasiado pronto, otra demasiado tarde, poquísimos son los que lo hacen en tiempo oportuno, cuya circunstancia divide al género marital en tres especies distintas, como á la fruta: verde, madura, y en conserva.

Los maridos verdes, recolectados principalmente en las provincias, se componen de esos jóvenes á quienes sus parientes procuran establecerlos lo mas pronto posible. El uno es el solo baron de la familia, un delfin de treinta y dos años, y es preciso que perpetue su raza; ¡qué desgracia si el nombre esclarecido de los Sottenville, ó de los Escarbaguas llegára á estinguirse! El otro tiene una madre, cuya virtud se estremece al ver á su hijo combatido por los vientos perniciosos del siglo, y quiere procurarle un asilo donde pueda guarecerse de la tempestad. En todos casos se hallan desde luego razones poderosas que justifican aquella determinacion. Búscase con mucho tiempo de anticipacion una jóven, cuya fortuna y posicion social realicen las pretensiones que con tanto derecho se abrigaban. En cuanto á carácter, talento y sentimientos nada se averigua, porque eso importa poco, de eso no se trata. Qué muchacha casadera, por mas traviesa que haya sido en sus primeros años, no se ha convertido despues cuando ha llegado á los quince en un modelo de virtud? Así lo atestiguan sus madres, y es preciso creerlas. Es verdad que la niña era un poco viva de genio cuando pequeña, pero ha cambiado enteramente: su carácter se ha dulcificado, se ha hecho muy amable, y quiere mucho á su padre, quiere mucho á su madre y tambien á sus hermanitos....—Cómo es posible suponer que este ángel no ha de adorar á su marido?—y además es tan bonita!

Cuando ya, pues, se ha encontrado una heredera segun todas las condiciones del programa, se empieza por adoctrinar al delfin. Y con tal que la elegida no tenga torcida la nariz, un ojo de menos ó alguna otra imperfeccion demasiado á la vista, el negocio, porque el matrimonio no es mas que un negocio, queda arreglado sin dificultad,

estipulándose por ambas partes las condiciones con la mayor escrupulosidad. La boda se lleva á efecto con toda brillantez, los regalos son magníficos, el ajuar soberbio y lujoso. En los carruajes, si los hay, se esculpen dos escudos, y cuando está todo terminado, arreglado y dispuesto, se saluda á los esposos bendiciéndolos como Isac á Jacob, y deseándoles como á este los beneficios de la tierra y el rocío del cielo. Así es como esta interesante pareja se lanza al mar de la vida, mientras que una voz paternal murmura aun en los oidos del marido la última plática que en idioma marino significa: componeos como podais.

Para conocer una ciencia es preciso estudiarla. Las mujeres son mas difíciles de ser comprendidas que el sanscrito y el hebreo, y las lenguas de fuego de los apóstoles son el último astro que desciende sobre las frentes de los maridos.

Hay jóvenes tan cándidos que podrían al casarse llevar tambien en sus cabezas la corona de azahar. Estos son los que se entregan con tanto entusiasmo á las delicias de su nuevo estado, que se enviscan como los gorriones.

Otros, por el contrario, aquellos particularmente á quienes les ha tocado en suerte una maritornes de nariz torcida y carrillos atomatados, hacen datar desde el dia de su boda una nueva época de emancipacion mucho tiempo antes deseada. Hay en la naturaleza masculina yo no sé qué sustancia maligna, que fermenta tarde ó temprano. Semejante al gas que contiene el vino de Champagne, es preciso que este vapor se exhale, que esta espuma se derrame, para que el licor se repose, porque si no ha precedido al himeneo esta especie de evaporacion, no sucederá tampoco la tranquilidad que se apetece.

Otra clase de peligros cercan tambien á los hombres, que se casan demasiado tarde; maridos en conserva, como los hemos llamado, pero que en realidad estan mal conservados.

Si se hallan algunos jóvenes, cuya ligada existencia forma, por decirlo así, una extraña anomalía en esta época de prematuro desarrollo y de turbulenta ajitacion, hay otros, y es el mayor número, que malgastan su vida, y desperdician desatinadamente los mas preciosos tesoros. Devoran estos ávidamente su existencia, y cuando han consumido toda la enerjía de su espíritu, si lo tenian, y toda la pasion de su alma, si tambien tenian alma, llega un dia en que se detienen cansados ya y agobiados por el disgusto y el fastidio, con la cabeza y el corazon vacíos. Llega entonces la edad viril, que es el punto culminante de la vida, la época en que debia desplegar el hombre todo el lujo de su reflexion, pero ya es tarde: aquellos frescos colores han sido marchitados por precoces escesos. En este momento, algunas leves señales de decaimiento sirven de preludio al concierto de lúgu-

bres presentimientos, de sombrías predicciones, que cada año despues se hace mas sonoro, mas amenazador, mas espantoso, y cuyo ultimo compás se marca sobre la tumba. Las arrugas marcadas por las pasiones mas bien que por el tiempo, empiezan á surcar la frente, que prolongándose de dia en dia corroe los cabellos, á la manera que el desierto destruye con constante progreso los bosques que lo circumbalan.

Tan pronto como el hombre ha puesto el pié en este terreno inclinado, síntomas involuntarios le anuncian que acaba de descubrir un nuevo horizonte. Todas las mañanas durante algun tiempo examina los hilos de plata que adornan sus sienes, pronunciando, cuando el número de aquellos se ha aumentado, una interjeccion, que no me atreveré á escribir. Si le amenaza una robusted ridícula, mide entonces sus muñecas y su cintura, á imitacion de lord Byron, única semejanza que existe á no dudarlo entre ambos; si se halla expuesto á una calamidad contraria, se enternece amargamente cuando al concurrir á un baile observa antes el pronunciado aniquilamiento de sus pantorrillas. En cualquiera de estos casos cae forzosamente un soltero en un desvario filosófico, que esconde en seguida en lo mas profundo de su corazon, pero que acaba por ostentarse exteriormente y manifestarse hasta en lo mas indiferente de su conversacion. Ya no son aquellas fanfarronadas de Lovelace, que queria atar su escalera de seda á todos los balcones; ya concluyó aquel repertorio sin tasa de chistes añejos, con los que los solteros se creen con derecho de molestar á los maridos; ahora por el contrario es un cataclismo de sentencias, cuya lógica poco acostumbrada, sorprende de una manera extraña á los amigos para quienes no ha soplado aun el viento del cólera conyugal; ahora las delicias y la paz del hogar doméstico son preferibles á la existencia vaga y agitada del mundo. Agregan tambien otros axiomas á cual mas razonables y virtuosos, pero cuyo sentido verdadero es, que no se aperciben de la vejez, y que conocen que ya es tiempo de casarse.

Es menester poner un fin, dicen los mas francos. Un fin! ser el casamiento un fin para el marido, cuando es el principio para la mujer! Ah! navíos desmantelados! bergantines desamparados! os encaminais y deseais llegar al puerto! Pero creeis que esas bellas fragatas, que esas graciosas corbetas que reposaban en el astillero, mientras que vosotros bogabais en medio de las borrascas no tienen tambien deseos de recorrer ese mar de que ya vosotros estais cansados? Os imaginais que despues de amarrados juntos por lazos dorados y benditos, no les ocurrirá jamás la idea de dejaros anclados, reponiendo vuestras averías, y lanzarse en seguida con la elegancia de su arboladura, con la impaciencia de sus velas, con la hermosura de sus quillas, en

el Océano que brilla bajo el sol resplandeciente, bajo la tormenta que ruge, al combate que las seduce y que las llama?—Entre los convertidos al himeneo, muy pocos tienen el tacto de escoger una señorita prudente y sazonada. Casarse con una solterona! escuchadlos sobre este punto.—Semejantes almas sin creencias necesitan vírgenes de Rafael, estos corazones sin amor desean Clementinas y Rebecas, es menester vidas nuevas y puras que iluminen aquellas existencias, arrastradas frecuentemente por todos los vicios, á la manera que la casta claridad de la luna ilumina la superficie de los mas inmundos pantanos.

Si estos hombres á lo menos se hiciesen justicia; si las luces de una esperiencia adquirida á tanta costa compensasen el precoz decaimiento de su juventud, podrian conservar la influencia vivificante, sin la cual es imposible toda dicha doméstica. Parece que el roce de las pasiones que los han desgastado, ha enmoecido sus sentidos en vez de pulirlos, y embotado su inteligencia en lugar de aguzarla. Insensibles á los frios y multiplicados matices de la organizacion femenina no llegan á conocer sino dos caracteres: una virtud llevada hasta el rigorismo, ó una debilidad que todo lo permite. Entre estos dos extremos nada ven, nada adivinan, y sin embargo así comprenden la mujer. Hay muy pocos aun entre los menos dignos, que no tengan alguna cualidad que pudiera desarrollar una culta inteligencia, no hay absolutamente entre los mas razonables quien, como la estátua de Nabucodonosor, no tenga un poco de arcilla mezclada con los mas preciosos metales.

Hay otra tercera clase de casamientos de conveniencia que parece debiera salvarse de los peligros de las otras dos, y á la cual una gran conformidad de edad, de educacion y de carácter, prometen en apariencia un feliz porvenir. En el primer rango de semejantes uniones privilegiadas debe colocarse la del baron Cristian de Bergenheim y de Clemencia de Corandeuil. El tio mas viejo y mas quisquilloso, y la viuda rentista mas etiquetera, no podrian descubrir en él el menor motivo de crítica. Edad, posicion social, riquezas, ventajas físicas, todo parecia haberse combinado felizmente por un acaso tan raro como feliz. Por tanto, la señorita de Corandeuil, que tenia hácia su sobrina las mas altas pretensiones, no puso la mas mínima objecion á las primeras fórmulas. En aquella época no tenia hácia la familia de su futuro sobrino la antipatía que crearon en seguida muchas circunstancias de que mas tarde hablarémos; los Bergenheim eran entonces á sus ojos hidalgos de muy buena cuna y caballeros de Lorraine, en toda la extension de esta palabra.

Una entrevista tuvo lugar en un baile que dió el embajador de Rusia. El baron de Bergenheim, ayudante de campo del ministro de

la guerra, asistió á él de gran gala, y aunque para él este acto era de pura ceremonia porque el ministro se hallaba presente, tuvo sin embargo un tanto de vanidad bien entendida, al observar que el uniforme de oficial de estado mayor, hacia lucir con ventaja, su alta y desembarazada estatura y sus formas atléticas. Efectivamente Cristian era un hermosísimo militar: los vigotes y las cejas de un tono mas claro que su rostro un poco tostado, le daban aquel aire marcial que tanto gusta á las mujeres. Clemencia no halló motivo de desairarlo. La manera con que su tia la educaba no la hacía bastante dichosa para que frecuentemente no desease cambiar de posicion. Como la mayor parte de las jóvenes, consintió en casarse por no permanecer soltera; y dijo sí por no responder nó.

En cuanto á Cristian, se enamoró de su mujer como se enamoran generalmente los oficiales de caballería, y se manifestó perfectamente satisfecho de la sensacion que obtuvo en pago de tan súbita ternura. Algunos triunfos conseguidos de aquellas bellas, para quienes una charretera es una recomendacion irresistible, le habian inspirado una confianza de sí mismo, cuyo buen natural hacia escusar la fatuidad. Por otro lado, jamás se le hubiera ocurrido la idea, de que un capitan de estado mayor, á treinta años, con hermoso rostro, con un vigote rubio formidable, con cinco pies y ocho pulgadas, y con un puño capaz de derribar la cabeza de un buey de un sablazo, no pudiese ser amado.

Hay cantores aventajados que tienen la vanidad de leer perfectamente la música; sin embargo, presentadles una particion de Gluk: dispensadme, dirán, mi parte está escrita en la clave de *dó*, y yo no canto sino en la de *sol*. Cuántas mujeres estan escritas en la clave de *dó*! Cuántos hombres en la de *sol*! Por desgracia suya Bergenheim era de estos últimos. Despues de tres años de casados aun no habia comprendido la primera cualidad del carácter de Clemencia, Al cabo de algunos meses, se habia dicho á sí mismo que era fria por no decir que era insensible. Este descubrimiento, que hubiera podido herir su vanidad, le inspiró por el contrario hácia ella un respeto aun mas profundo; despues insensiblemente aquella reserva obró sobre él mismo, porque el amor es un fuego cuyo calor se amortigua falto de alimento, y la frialdad es mas pronta, cuando la llama tiene mas superficie que profundidad, cuando el cuerpo quiere mas que el alma.

Al detener la revoluncion de 1830, la carrera militar de Cristian vino tambien á añadir nuevos pretestos de ausencia momentánea, de separacion material á la especie de tibieza que ya existía en sus relaciones con su mujer. Luego que hizo su dimision, fijó su residencia en su castillo de Vosges, hácia el que conservaba la predilec-

cion hereditaria de su familia. Su carácter se hallaba en perfecta armonía con aquella morada, porque en otro tiempo hubiese sido un tipo perfecto de aquellos buenos hidalgos de provincia, que murmuraban de la corte, que representaban en sus casas la feudalidad en pequeño, y que por ningun motivo abandonaban sus tierras sino en caso de convocacion de *l'arrére-ban* ó llamamiento de los nobles. Pero su corazon era demasiado generoso para exigir que su mujer participase, hasta el punto que él, de su retiro y de sus gustos campestres. La confianza sin límites que en ella tenia, una lealtad que no le permitia suponer el mal ni temerlo de antemano, un carácter poco propenso á los celos, le hacian dejar á Clemencia con la mas completa libertad. Esta jóven vivia pues á su gusto en Bergenheim ó en París en casa de su tia, sin que jamás á su marido se le pasase por la imaginacion concebir la mas mínima sombra de inquietud. Y en realidad ¿qué hubiera podido temer? qué falta podia ella echarle en cara? No tenia para con ella las mayores bondades y atenciones? No la dejaba dueña absoluta de su fortuna, en libertad para satisfacer todos sus deseos y hasta sus mas insignificantes caprichos? Vivia él garantido con su contrato nupcial, con una confianza y una fidelidad admirables. Por otra parte, en la inocencia de su fatuidad juvenil y militar, un marido desgraciado se presentaba invariablemente á su imaginacion, bajo el aspecto de un anciano con peluca y corcobado.

Era la baronesa de Bergenheim, en la opinion general, una mujer dichosa, á quien la virtud debia ser tan fácil, que apenas se le podia atribuir mérito en tenerla. Segun ciertas gentes la felicidad consiste en tener un palco en la ópera, un tren elegante, y un marido que pague las cuentas sin detenerse en mirarlas. Con esto y mas de cien mil francos en diamantes, no tiene ya derecho una mujer de pensar ni de padecer. Hay sin embargo algunas pobres y tiernas criaturas que se ahogan en esta dicha, como si se hallasen bajo las terribles capas de plomo de que habla Dante; respiran el aire vital y puro á que un instinto fatal les obliga; se deshacen inquietas y palpitantes entre el deber y el deseo; semejantes á una paloma prisionera, contemplan con triste mirada la prohibida region, donde tan grato les fuera bogar; porque al ponerles la ley un candado al pié, no les bendó los ojos, y la naturaleza les dió alas; mas desgraciadas mil veces si estas alas quebrantasen aquel candado!!

XIV.

En el combate que una mujer sostiene contra el amor, sucede casi siempre que hay un momento en que se vé obligada á llamar á la

mentira en socorro del deber. La de Bergenheim se hallaba en este temible período. En el momento en que Octavio, á fuer de hombre de esperiencia, buscaba un auxiliar en los celos, ella meditaba un plan de defensa igualmente fundado en la extratagema. Para quitar á su amante toda esperanza, afectó una súbita ternura hácia su marido, y, á pesar de los secretos remordimientos de su corazon, persistió durante dos dias representando aquel papel, cuya falsedad era espiada con sus lágrimas, durante la noche. Cristian acojió la virtuosa coquetería de su mujer con aquel celo y reconocimiento propios de un marido privado de amor mas de lo que él mismo hubiese querido. Gerfaut, por su parte y á la vista de tan pérfida maniobra, cuya intencion adivinó al momento, esperimentó un acceso de furor contra él, de que su talento, su sangre fria y su astucia fueron preservativos ineficaces, y por lo tanto no aguardó sino una ocasion para estallar.

Una tarde, á excepcion de Alina á quien una reprimenda de la señorita de Corandeuil habia confinado en su cuarto, toda la familia se encontraba reunida en el salon de retratos. Repantigada en su enorme sillon, la solterona parecia decidida á sacrificar el wisht en obsequio de la conversacion. Marillac, apoyados los codos sobre una mesa redonda, bosquejaba descuidadamente algunas de aquellas caricaturas políticas puestas á la moda por el Charivarí y muy particularmente agradables al partido legitimista. Cristian, sentado al lado de su mujer, cuya mano apretaba con una cariñosa familiaridad, pasaba despóticamente de un asunto á otro, y hacia ver en sus dichos la altanería del hombre dichoso que mira su felicidad como una prueba de su superioridad. Retirado junto á la chimenea, contemplaba Gerfaut con aire melancólico á Clemencia, que se inclinaba con abandono hácia su marido, cuyas palabras parecia escuchar con el mayor interés. La discusion tomó insensiblemente por texto la antigua cuestion del clasicismo y el romanticismo. Bergenheim era clásico furioso, como lo son de buena voluntad los señores de pueblo que hacen intervenir en sus opiniones literarias un sentimiento de propiedad, y prefieren los antiguos autores á los escritores modernos, por la razon de que sus bibliotecas abundan mas en obras antiguas que en libros nuevos. El baron inmolaba pues sin piedad alguna á Victor Hugo y á Alejandro Dumas, que jamás leyó, y ensalzaba á Racine y á Corneille, de cuyos versos apenas hubiera podido recitar media docena sin embargo de poseer dos ó tres ediciones. Marillac, por su parte, defendia encarnizadamente la causa de la literatura contemporánea, que miraba como asunto personal, y hacia llover, á guisa de bala rasa, sobre los reductos clásicos una profusion de sarcasmos de menos talento que gusto.

—Los Dioses cayeron del Olympo, ¿por qué no caerían tambien del Parnaso? dijo por último el artista con aire triunfante. No hay que cansarse, Bergenheim, vuestra caduca oposicion no prevalecerá sobre el instinto del siglo. El porvenir es nuestro, conocedlo, y nosotros somos los pontífices de la nueva religion; ¿no es así, Gerfaut?

A estas palabras, la señorita de Corandeuil levantó gravemente la cabeza.

¿Una nueva religion? replicó en seguida: si tal pretension estuviese justificada, vosotros seríais culpables de heregía, y, sin dejarme atrapar en ella, podría comprender que talentos elevados, corazones entusiastas, fuesen seducidos por las promesas de una falaz utopia; pero vosotros, señores, á quienes creo de buena fé, ¿no veis hasta qué punto os haceis ilusiones? Lo que llamais religion es la abnegacion mas absoluta de los principios religiosos, es la impiedad llevada al punto mas desconsolador adornada de cierta hipocresía sentimental que no tiene ni aun el valor de proclamar francamente sus principios.

—Os juro, señorita, respondió Marillac, que soy religioso, un dia por cada tres, que ya es algo: hay tantos cristianos que no lo son mas que el domingo!

—El materialismo; tal es el manantial donde bebe la literatura moderna, replicó la señorita de Corandeuil; y esta ola envenenada no tan solamente seca los pensamientos que quisieran elevarse hácia el cielo, sino que marchita igualmente todo lo que hay de noble entre los sentimientos humanos. Hoy dia no se contentan con negar á Dios, porque ya no se creen bastante puros para comprenderlo; y desconocen hasta las flaquezas del corazon. Ya no se cree en el amor. Todas las mujeres, de que nos hablan vuestros escritores modernos son vulgares, y á veces criaturas impúdicas, á las que un hombre de otro tiempo se hubiese avergonzado de dirigir una mirada ó dedicarlas un suspiro. Y aludo en esto al Sr. de Gerfaut; porque sobre este particular pudiera muy bien invocar vuestras obras en apoyo de mi opinion. Si os acusase de ateismo en el amor, ¿qué podriaís responderme?

Sofocado Octavio por una de aquellas emociones fogosas, á las que no resisten los hombres de imaginacion, se levantó:

—No desmentiré semejante acusacion, repuso éste. Sí, cosa triste es pero verdadera, y tan solo los espíritus pusilánimes retroceden ante la verdad; no hay para ellos mas realidad que la de los objetos materiales; todo lo demás no son sino falsedades y quimeras. Toda poesía es un sueño, toda sutileza un engaño! ¿Por qué no aplicarémos al amor la filosofía complaciente, que ve las gentes cual ellas son, y que no arroja á la prensa un fruto sabroso bajo pretexto de es-

traer de él cualesquiera esencia imaginaria? Tan incontestable y positivo es el valor de unos ojos hermosos, de un cutis como el raso, de una mano y de un pié elegantes! ¿No sería irracional colocar en otra parte todo el caudal de su ternura? El talento vivifica, suelen decir; esto es falso, el talento mata. El pensamiento corrompe la sensacion, y crea un sufrimiento donde, si no existiese, habría un placer verdadero. Maldito pensamiento!

¿Se le dá ó se le pide éste á una rosa que aspiramos? ¿Y por qué no se ha de amar como se respira? Aun cuando no se viese en la mujer sino una vegetacion mas perfecta, ¿dejaría de ser por eso la reina de las creaciones? ¿Por qué no se ha de gozar de su aroma tan solo bajándose hácia ella, y dejándola en la tierra en que nació y en que vive? ¿A qué fin arrancar de su seno aquella fresca flor, y secarla entre nuestras manos elevándola hasta las nubes? ¿Para qué hacer de una criatura débil y frágil un ser superior á todo elogio, una cosa á la que nuestro entusiasmo careciendo de nombre que darle, busca el de ángel, indigno y vulgar? Angel, sí, sin duda, pero ángel terrestre y no del cielo; ángel de carne, mas no de luz! A fuerza de querer, queremos mal. Colocamos los objetos de nuestro cariño demasiado alto, y á nosotros mismos demasiado bajo: para aquellos jamás nuestra fantasía encuentra pedestal bastante elevado. Insensatos! Oh! la reflexion siempre es prudente; mas el deseo es loco, y la conducta se arregla por el deseo.—Nosotros sobre todo, espíritus activos é inquietos, cansados de muchas cosas, incrédulos para otras, sin respeto hácia las demás, fluctuando sobre la vida como sobre un inmundo lago, y mirándolo todo, aun los lauros, con desden é indiferencia, buscamos en el amor un altar, ante el cual se humille nuestro orgullo. Porque existe en el hombre una necesidad indomable de arrodillarse ante cualquiera ídolo, que permanezca derecho y se deje adorar. En algunos momentos suena en lo profundo del corazon una campana de piedra, cuya voz diera en tierra con el mas fuerte, gritándole: humíllate! Entonces, aquel que no conoce á Dios en su templo, y desprecia á los reyes en sus tronos, aquel que ha usado ya y roto los huecos ídolos de la gloria; aquel, falto de santuario donde ir á orar, se forja un ser para tener tambien su divinidad, para asirse á un anillo celeste que le saque un instante del lodo en que se arrastran los hombres, para no encontrarse solo en su impiedad, para ver en fin sobre su cabeza cuando la levante otra cosa mas que el vacío y que la nada. Busca una mujer, reune su talento, sus pasiones, su juventud, su entusiasmo, todo el poder de su imaginacion, todas las riquezas de su corazon, y postra ante ella esta ofrenda, como Raleigh estendió su manto ante Isabel, diciéndola: Marchad, reina mia; hollad con vuestras adoradas plantas el alma de vuestro esclavo.—

Raleigh era un necio, ¿es verdad? porque despues que la reina hubo pasado, ¿qué quedó sobre su manto? El barro.

Gerfaut acompañó este apóstrofe con una mirada tan fulminante, que aquella á quien se dirigia sintió helarse sus venas, y retiró la mano que su marido habia conservado hasta entonces cogida con la suya; inmediatamente se levantó, y fué á sentarse al otro lado de la mesa, bajo pretexto de aproximarse á la luz para trabajar, pero en realidad era solo por alejarse de Cristian. Clemencia esperaba la cólera de su amante pero no el desprecio; le faltaron las fuerzas para soportar este suplicio, y la ternura conyugal penosamente instalada en su corazon hacia dos dias, se convirtió en polvo al primer soplo de la indignacion de Octavio.

La señorita de Corandeuil habia acogido con indulgencia las vehementes palabras del vizconde, porque por una consecuencia de su orgullo, separaba muy á su gusto su causa de la de las demás mujeres.

—Sentado ese principio, dijo, ¿pretendeis pues que si hoy dia la pasion está pintada con colores falsos y vulgares, no es por culpa de los artistas sino por la de los modelos?

—Explicais mi pensamiento mucho mejor que yo hubiera podido hacerlo, replicó Gerfaut con tono irónico; ¿dónde estan esos ángeles de quienes me exigís los retratos?

—En nuestros sueños poéticos, repuso Marillac, levantando los ojos al cielo con aire inspirado.

—Pues bien! decidnos entonces vuestros sueños, en vez de copiar una realidad que os es imposible hacer efectivamente poética, puesto que la creeis completamente ilusoria.

A esta peticion simplemente articulada por el baron, Gerfaut sonrió amargamente.

—Mis sueños, respondió, os los contaría muy mal, porque el primer beneficio que disfruta el hombre al despertar es el olvido de lo que ha soñado, y hoy precisamente estoy muy despierto. A pesar de todo, me acuerdo de que un dia me dejé sorprender por un sueño que se desvaneció despues, pero cuya huella luminosa resplandece aun á mis ojos. Bajo una bella y seductora apariencia, habia yo entrevisto el mas rico tesoro que la tierra puede ofrecer al corazon del hombre; creí descubrir un alma, profunda como el mar, ardiente como la llama, pura como el aire, gloriosa como el cielo, infinita como el espacio, duradera como la eternidad! era para mí otro universo donde yo debia reinar; con cuan ardiente y santo amor intenté la conquista de este nuevo mundo no podré jamás decíroslo! pero sí podré aseguraros que menos dichoso que Colón, he encontrado el naufragio en vez del triunfo.

A la confesion que su amante hacia de su derrota, Clemencia por

un enternecimiento irresistible, le lanzó una mirada, que decia: no es verdad: en seguida bajó la cabeza, porque sintió su rostro cubrirse de un rubor abrasador.

Al volver á su cuarto, Gerfaut corrió á la ventana. Desde allí podia ver el aposento del baron, donde por largo rato reinó una amenazadora oscuridad. Decir las penas, agonías y cólera que este amante esperimentó durante una hora, contar los proyectos furiosos y estravagantes á los cuales su imaginacion se entregó sucesivamente, no enseñaría nada á los que han pasado por semejante prueba, y sería incomprensible para los demás. Por último un grito de victoria escapó de sus labios, á la vista de una luz inesperada que brilló de repente detrás de las ventanas, de las que no habia separado sus miradas ni un solo instante.

—Sola está, dijo para sí; no ha tenido valor para mentir hasta el fin; está visto, el cielo nos protege, porque en la exasperacion en que me hallo hubiera muerto á las dos.

XV.

La esperiencia envuelve en sí una triste compensacion de sus ventajas destruyendo la sencillez del carácter. Desgraciado el hombre que se deje dominar por ella! en vano querrá subtraerse de su poder; su alma, naturalmente trasparente como el vidrio poroso que deja pasar la luz sin oscurecer su reflejo, se cubrirá de un opaco velo.

Un fenómeno moral, bastante extraño, se produce en el que llega á ser inscrito en el índice de la vida positiva; consiste este en convertirse en dos hombres en vez de uno; pero dos hombres enteramente distintos, conservando cada uno de ellos voluntades y deseos opuestos. Como todas las personas de talento, Gerfaut se encontraba á veces dominado por esta complicada existencia que acabamos de describir, hasta el punto de no saber á cual de aquellos cuerpos pertenecia su alma. Exaltado por un trabajo tenaz y por las sutilezas de la vida parisiense, se habia desarrollado demasiado su alma para poderse absorver en una impresion cualesquiera por poderosa que fuese; de manera, que mientras su parte sensible se entregaba á las emociones con desmesurado ardor, acostumbrada su inteligencia á la reserva de la duda y á la perspicacia de la observacion, permanecia exteriormente fria y desdeñosa. La experiencia era para Octavio una coraza de corcho que le impedia sumergirse del todo en el borrascoso mar de las pasiones. ¿Pero una sola gota de tan turbia como

amarga ola, no contiene sin embargo en sí misma el mas delicioso nectar que jamás el hombre pudo apetecer?

¿Existe en el goce de las artes, en el estudio de las ciencias, en las coronas de gloria, una voluptuosidad, un deleite que iguale al que hay en un suspiro, exhalado sobre nuestros labios, y en una mirada apagada bajo la nuestra?

En vano reconocia Gerfaut esta superioridad del sentido sobre el alma; en vano queria despojarse de lo fantástico de tales pensamientos: en vano invocaba la imbecilidad del salvaje, cuyas sensaciones son tanto mas completas, cuanto su limitada imaginacion le permite encontrar en ellas un alimento suficiente; el instinto de su naturaleza, podia mas que su voluntad. Queria cerrar sus ojos, y sus ojos se obstinaban en abrirse; á pesar de todos sus esfuerzos, conservaba la funesta facultad de analizar sus impresiones en el momento mismo de experimentarlas, y de ver friamente reproducida en un espejo burlesco la inspirada y ardiente escena que acababa de representar; era á la vez en ella actor y espectador; se encontraba á un mismo tiempo conmovido y sereno, entusiasmado y frio, apasionado y escéptico; aunque no todo por falsedad de caracter, sino por lujo, ó por depravacion de inteligencia si se quiere.

Jamás tan bizarra anomalía, le habia proporcionado tormentos tan frecuentes como los que padecia desde que amaba á Clemencia de Bergenheim. Antes de aquella época, su corazon embotado por las pasiones de una turbulenta juventud, habia caido gradualmente en un entorpecimiento próximo á la nulidad; en medio de las tinieblas morales en que fatigado y harto se habia adormecido, la parte insana del alma que hemos comparado con la sombra del cuerpo, habia egercido su imperio casi imperceptiblemente, por la misma razon de que ella sola reinaba, porque en la oscuridad de la noche la sombra no se apercibe, del mismo modo que la ola se confunde con el mar, siendo todo una sola cosa y una misma naturaleza. Pero desde que una nueva luz brilló para la vida de Octavio, desde que Clemencia se habia elevado á sus ojos como el astro luminoso la sombra apareció en seguida, provocada por aquel sol regenerador, y donde este lanzaba sus rayos, allí se presentaba ella para manchar su claridad.

En semejante ocasion, lejos de regocijarse con el triunfo que acababa de obtener, Gerfaut cayó en uno de aquellos excesos de desilusion durante el cual, impelido por el genio del mal, egercia sin piedad contra sí mismo la tremenda ironía de su espíritu. Viendo que no podia dormir, se levantó, abrió otra vez la ventana, y apoyado sobre los codos permaneció así largo rato. La noche estaba serena, infinitas estrellas resplandecian en el firmamento, y la luna bañaba con su pá-

lida claridad las copas de los árboles agitados por la brisa. Cuando hubo contemplado silenciosamente el melancólico cuadro de la naturaleza dormida se sonrió el poeta con desden.

Es preciso, exclamó, que concluya semejante farsa; mi vida no se ha de disipar inútilmente. No hay duda en que la gloria es tan ilusoria como el amor; pero pasar la noche en contemplar neciamente la luna, no es mas racional que temblar por el resultado de una obra destinada tal vez á vivir un solo dia, un año, un siglo todo lo mas! ¿porque cuál es la fama que traspasa este término? Si amase realmente no sentiría el tiempo perdido; pero ¿quién me asegura que yo amo? Es cierto que por momentos tengo una sangre fria, una presencia de ánimo, una prevision del todo incompatible con el fuego violento de una pasion verdadera; pero hay otros en que una repentina fiebre me quebranta y me debilita como á un niño.... Ah! la he querido extraordinariamente; la sensacion que experimenté por ella, se ha convertido en un martirio de mi imaginacion al mismo tiempo que en una emocion de mi corazon, y esto es precisamente lo que le dá esa despótica tenacidad.

He amado á esa mujer con preferencia á las demás, y una vez hecha la eleccion he trabajado mi amor como trabajaría el mas preferido de mis poemas; ella ha sido constantemente el objeto de mis meditaciones, el iman de mis deseos, el encanto de mis sueños; por ella ha construido mi imaginacion dorados palacios durante un año, y durante un año no ha salido de mi cerebro idea alguna que no tuviese por objeto rendirla el mas cumplido homenaje. Puse mi talento bajo su invocacion, pareciéndome que viviendo perpetuamente contemplando su imágen llegaría á ser digno de pintarla; me fijaba un porvenir si ella me hubiese comprendido, y pensaba muchas veces en Rafael. Oh! aun cuando esto no sea jamás sino un sueño, sería muy ingrato si negase que gozo en estos sueños momentos de incomparable felicidad.

Pero á pesar de todo, conozco hoy que este amor fué fleticio. No es de ella de quien yo estoy enamorado, sino de la mujer que mi imaginacion se ha creado. Existe positivamente en nosotros un poder extraño. Cuando éste ha sido meditado largo tiempo, y llega á madurar, nuestro pensamiento toma vida, y nos acompaña en todas partes. A fuerza de pensar en esa mujer, se me figura que mi alma se ha dividido, y que todo cuanto habia en ella de juventud y de pureza se ha reunido en Clemencia, que amándola no amo aun, y que aspiro solamente á recobrar la mitad de mí mismo de quien estoy separado.

Acusamos á nuestras queridas de ingratitud y de egoismo, mientras que las mas de las veces solo son culpables por debilidad. Positi-

vamente una mujer tiene los brazos suficientemente fuertes para sujetar á su amante, y oprimirle contra su corazon en los transportes de un delirio convulsivo; pero ¿tiene por ventura la necesaria extension de entendimiento para abrazar de la misma manera una inteligencia superior, envolverla, contenerla y doblarla en toda su extension como podria hacerlo con un manto imperial forrado de armiño?

Gerfaut oculta la frente entre sus manos permaneció inmóbil algun tiempo; de repente levantó la cabeza, y una risa sardónica se escapó de sus labios.

—Basta ya de revolotear por las nubes, exclamó. Si Marillac hubiese oido todas las estravagancias que me han pasado por la imajinacion, diría que poseo esta noche una metafísica disparatada. Bueno es pensar en verso; pero es menester obrar en prosa, y esto es precisamente lo que yo haré mañana. Los caprichos de esta mujer, que ella acepta como esfuerzos de su virtud, me harán cruel é inexorable; nada consigo con pedirle la paz postrado á sus plantas; quiere la guerra, pues bien, lo conseguirá.

XVI.

Durante muchos dias siguió Gerfaut con tenaz perseverancia la marcha que se habia propuesto. La mas exigente de las mujeres hubiera estado perfectamente satisfecha de la política y miramientos que tenia con la de Bergenheim; pero nada se notaba en él que anunciase el deseo de una explicacion. Contenia, pues, con un cuidado tan escrupuloso sus miradas, sus movimientos y sus palabras, que hubiera sido del todo imposible distinguir la mas leve diferencia entre las atenciones que guardaba para con la señorita de Corandeuil, y las que habia adoptado con respecto á Clemencia. Sus exquisitos miramientos, su delicada amabilidad, estaban exclusivamente reservados para Alina. Sin embargo, habia en este fuego tanta prudencia como destreza, porque sabia que á pesar de la propension á los celos que tenia la de Bergenheim, nunca creería ésta un abandono tan repentino, y descubriría por consiguiente al momento el objeto de su estrategia, por pequeña que fuese la exageracion que hubiese en ella.

Renunciando así á un ataque directo, no hacia sino trabajar con mas ahinco para fortificar su posicion. Redobló sin cesar su actividad para abrir brecha en el atrincheramiento que él mismo habia construido entre él, la tia y el marido; y segun los principios militares trató de apoderarse de la línea exterior antes de dirigir un ataque formal á las murallas de aquella plaza fuerte.

Por esta máxima, la pasion de Octavio solo reflejaba, por decirlo así, en Clemencia. A cada instante llegaba á su noticia alguna nueva de aquel combate externo, al cual no podia ella oponer ningun obstáculo.

Su tia la decia varias veces con tono burlon: acaba Gerfaut de prometerme que aun permanecerá con nosotros quince dias á lo menos.

Otras veces la repetia su marido que Gerfaut era muy complaciente; dice que es muy extraño, añadia aquel, que yo no haya mandadado hacer un arbol genealógico para colocarlo en el salon. Opina que esto sería un complemento indispensable para la coleccion de nuestros retratos de familia, y por lo tanto quiere él mismo encargarse de hacerme este obsequio. Segun dice tu tia es hombre muy instruido en eso de blasones. Creerás que ha pasado toda la mañana en la biblioteca revolviendo legajos, y recogiendo datos de mis antiguos títulos. Estoy contentísimo de que se presente esta circunstancia, pues á ella deberemos el que se prolongue su permanencia en nuestra casa, porque es un excelente chico; *liberal*, es verdad, pero caballero hasta los huesos.—Marillac que tiene una hermosa letra se ha comprometido á poner el cuadro en limpio, y á iluminar los escudos de armas—¿Querrás creer que no podemos encontrar el blason de mi visabuela, la señora de Cantelescar?—Pero díme, querida, se me figura que no te muestras muy amable con tu primo Gerfaut.

A semejante pregunta, como á cualesquier otra de igual clase, la de Bergenheim mudaba siempre la conversacion; pero experimentaba entonces hácia su marido una antipatía muy próxima á la aversion. La falta de talento es uno de los defectos que menos perdonan las mujeres; y sin la menor dificultad acriminan la confianza que, adormecida en la buena fé de su felicidad, reposa en ellas mismas.

—Mira, Clemencia, mira que bonitos versos ha escrito Gerfaut en mi album, le decia á su vez Alina, quien entre otras cosas prohibidas en el colejio del Sagrado Corazon, tenia una soberbia cartera elegantemente encuadernada en terciopelo carmesí, que contenia dos pésimas copias, una aguada mucho peor aun, y los versos en cuestion. A esto llamaba ella su album! cómo llamaba su diario á un cuaderno donde, segun costumbre de muchas señoritas, consignaba por la noche los hechos mas notables ocurridos por el dia. De algun tiempo á aquella parte aquel manuscrito se desarrollaba en términos que amenazaba ser en breve tan voluminoso como las memorias de la duquesa de Abrantes; empero si el album se presentaba á la admiracion pública, nadie habia aun podido ver el dichoso diario, y ni aun la misma Justina habia podido descubrir hasta entonces en el cual-

to de la colegiala el santuario que encerraba tan misteriosa leyenda.

Alina era recibida aun de peor modo que los demás, y la de Bergenheim no disimulaba sino con mucho trabajo el disgusto que le causaba aquel gozo que rebosaba en el rostro de su cuñada siempre que se hablaba de Octavio. La diplomática conducta de éste produjo sus resultados, y se cumplieron sus previsiones con tal éxito, que probaban hasta la evidencia la exactitud de su cálculo. A pesar de lo perspicaz de su talento, Clemencia no pudo evitar la especie de puñalada con que la hirió su amante. Una irritacion sorda y nerviosa, una inquietud llena de abatimiento y de acritud, unieron sus punzantes saetas á las de las crueles emociones de que tan frecuentemente era ya víctima. Atormentado su juicio por tantos sentimientos contradictorios de temor, de remordimiento, de despecho, de amor y de celos, se perdia muchas veces hasta el punto de no saber lo que deseaba, encontrándose en una de aquellas situaciones peculiares á las mujeres de un carácter complexo y movible que cualesquiera sensacion las afecta, y que pasan con una extremada facilidad de una idea á otra enteramente contraria. Empezó por asustarse de la presencia de su amante en casa de su marido; pero se acostumbró á ella insensiblemente, y continuó despues burlándose de su primer susto. — En verdad, se decia á sí misma algunas veces, que era yo muy necia en atormentarme y ponerme mala por tan poca cosa; me insultaba á mí misma, desconfiando así de mis propias fuerzas, y viendo un peligro donde no hay el mas mínimo. No me figuro que emborronando ese arbol genealógico espere hacerse temible. Si para eso solamente anduvo cien leguas, de seguro no merecia haber sido tratado tan severamente.—Despues de haberse así consolado de los peligros de su situacion, sin pensar en que despreciando el peligro se enardece el amor, pasaba á examinar la conducta de su amante. — Me parece que se halla enteramente resignado, decia entre sí; ni una palabra! ni una sola mirada al cabo de dos dias! Y puesto que sabe conformarse con tanta facilidad, debiera tambien obedecerme ciegamente y partir, y si quiere rebelarse que lo haga de un modo mas amable; porque al cabo lo que está haciendo es casi impolítico; debiera acordarse á lo menos que yo mando en mi casa, y que él es un huésped. — Maldito si sé qué especie de placer pueda encontrar en la conversacion de esa chiquilla! Apostaría que lo hace tan solo por hacerme rabiar! Pero se engaña miserablemente, pues á mí no se me dá nada de eso. — Con todo Alina toma el asunto con demasiada seriedad! Desde que él está aquí se ha vuelto tan coquetuela! Lo que hay de positivo es que Gerfaut hace muy mal en calentar la cabeza á una niña. — Y quisiera saber qué diría él para justificarse.

De esta manera, de idea en idea, y por consecuencias sumamente lógicas para el corazon, sino lo eran para el entendimiento, llegaba Clemencia inevitablemente al fin de cada reflexion al punto donde su amante habia querido llevarla. El deseo de tener con él una explicacion, deseo que ella misma no se atrevia á concederse de hecho por un rasgo de orgullo, tomaba de dia en dia una intensidad tan grande, que al cabo ni el mismo Octavio hubiera podido anhelarlo mas vivamente. Hasta que se vió privada de mil obsequios á que él la habia acostumbrado no conoció su verdadero valor; la momentánea carencia de las delicias de tan dulce como peligrosa ternura, la hacia sentir en su alma un vacío inmenso. Con aquella enerjía peculiar al sufrimiento, sentia haber perdido el amor con mas vehemencia que lo habia gustado, del mismo modo que se encuentra el dia mas bello cuando ha llegado la noche Por lo mismo que parecia Octavio dispuesto á olvidarla y abandonarla, conocia que lo queria con una ternura que rayaba en adoracion. Se echaba en cara su crueldad hácia él mas de lo que pudiera acusarse de su misma debilidad, y hubo momentos en que su pena le suscitó ideas tan imprudentes y locuras tan temerarias, que ella misma se horrorizaba de habérselas imaginado. Su antipatía por todo lo que no fuese Octavio se aumentaba á tal extremo, en medio de aquella irritacion de espíritu, que los deberes de familia, aun los mas insignificantes, eran para ella objetos de odio y penalidad. Parecíale que cuantas personas la rodeaban eran otros tantos enemigos que la separaban de su dicha, y su dicha era Octavio: su felicidad consistia en oir su dulce y penetrante voz, leer sus cartas, recibir en fin en una de sus miradas un beso de su alma; y tanto encanto, felicidad, palabras, cartas, miradas, todo lo habia perdido!

Al cabo de cuatro dias sus fuerzas se agotaron bajo el peso de tanto tormento.

—Si sigo así, exclamó, me volveré loca, no hay remedio, mañana le hablaré.

En aquel mismo instante, sobre poco mas ó menos, Gerfaut decia á su vez: —Mañana tendré una entrevista con ella. Así por una extraña simpatía los dos corazones parecian estar acordes á pesar de su separacion. Pero lo que para Clemencia era de absoluta necesidad, no era para su amante sino una determinacion deducida de un cálculo matemático, por decirlo así. A favor de aquella sagacidad que poseen en amor los hombres inteligentes, habia seguido paso á paso las apasionadas variaciones que se verificaban en la baronesa, sin que ella le hubiese dicho una sola palabra, y á pesar del desdeñoso é indiferente velo con que aun tenia el valor de cubrirse, no habia perdido un ápice de los sufrimientos experimentados por ella durante

cuatro dias. Así, pues, la creia suficientemente abatida para poder arriesgar un paso que hasta entonces habiese sido peligroso; y con el egoismo natural á todos los hombres, aun á los mas enamorados, esperaba esta debilidad de su misma pena.

El siguiente dia fué señalado para una cacería concertada entre los amigos. Desde muy de mañana Bergenheim y Marillac seguidos de los ojeadores y de la jauria de podencos, se encaminaron al sitio de reunion, que era precisamente la pomposa haya á cuyo pie fué tan bruscamente interrumpida la agradable entrevista del artista. Gerfaut rehusó unirse á ellos bajo el pretexto de terminar un artículo para la *Revista de Paris*, y se quedó solo con las tres mujeres. Concluida la comida se retiró á su cuarto para dar mejor apariencia de verdad al motivo de que se habia servido; pero en realidad tan solo para aprovechar la primera ocasion favorable, y provocarla si menester fuere por una ausencia momentánea.

Largo rato hacia que estaba ocupado en cortar una pluma delante de la ventana que daba al jardin, cuando apercibió en la del piso bajo precisamente debajo de la suya las manos y el hocico de Constanza, que en seguida saltó pesadamente sobre el poyo para tomar el sol.

La dueña está en su santuario, exclamó Gerfaut, persuadido como lo estaba de que tan imposible era ver á Constanza sin su ama, como á San Roque sin su perro.

Un poco despues, vió á Justina y á la doncella de la señorita de Corandeuil, escaparse cojidas del brazo por la calle de plátanos arriba, como si fuesen á dar un paseo campestre toda vez que para nada eran ya necesarias. Por último, aun no habia escrito media página, cuando descubrió enfrente de su ventana á Alina con un sombrero de paja en la cabeza y una regadera en la mano. Un lacayo trajo en seguida una cubeta llena de agua, y la colocó junto á un tiesto de alelíes que la pensionista habia tomado bajo su proteccion, y se puso á cuidarlo con aquel celo particular en que las jovenes de corta edad encuentran el pago de una gran pasion acariciando flores, canarios, gatos ó cualquiera otro animalito.

Ahora, pues, dijo Gerfaut, veamos, si la plaza está accesible.

—Y cerrando su pupitre, bajó á paso de lobo.

Luego que hubo atravesado el pórtico del piso bajo y en seguida una estrecha galería adornada con algunos medianos cuadros, se encontró á la puerta de la biblioteca. Gracias al árbol genealógico que se habia encargado de formar de entre los innumerables legajos y pergaminos que llenaban uno de los estantes, poseía una llave de aquella pieza rara vez abierta. A fuerza de sermonear sobre lo perniciosas que son ciertas lecturas para las niñas, la señorita de

Corandeuil habia hecho prevalecer su sistema de cerraduras, destinado especialmente para preservar á Alina de toda tentacion, ó de abrir alguna de aquellas novelas que la cuarentona proscribía en masa, solo al leer su título, ni mas ni menos que hubiera hecho el ama de D. Quijote.—En 1780 las señoritas no leian novelas.—Esta era su respuesta final y la barrera impenetrable á las reclamaciones de la colegiala, condenada esclusivamente al régimen de M. le Ragois y á la geografía de Mentelle.

En medio de la biblioteca, y sobre una mesa, estaban los diccionarios de Morerí, de d'Hozier, de Saint-Allaís, de Corcelle, muchos forros de títulos viejos y una grande hoja de papel de Holanda sobre la que estaba empezado á delinear al lapiz el árbol genealógico de los Bergenheim. En vez de ponerse á trabajar, Gerfaut volvió á cerrar cuidadosamente la puerta por donde habia entrado, y se dirigió en seguida á abrir otra que á primera vista no se notaba. Tiras de cuero perfectamente pintado, figuraban haber allí estantes de libros, semejantes á los que cubrian las paredes, y para distinguirla de lo restante de la biblioteca, era menester estar prevenido de antemano. Aquella puerta habia llamado singularmente la atencion de Gerfaut la primera vez que la notó. Despues que la hubo abierto con toda precaucion, se encontró en un angosto pasadizo, á cuyo fondo, frente por frente de la ventana, habia una escalera de caracol que conducía al piso principal. El gato que cree sorprender al pajarillo dormido no marcha con mas precaucion que Octavio al subir la escalera, y á algunos pies de distancia de él hubiera sido imposible distinguir el ruido de sus pasos ó de su respiracion.

Cuando pasó del último escalon, el sitio donde se encontraba era un gabinete lleno de armarios, alumbrado por una sola puerta vidriera cubierta con una cortina de muselina. Esta puerta daba á un locutorio que separaba el salon de la baronesa de su dormitorio. Una ventana enfrente del gabinete, y las dos puertas de cada una de las dos referidas piezas, ocupaban casi en su totalidad toda la ensambladura de las paredes, cuyo resto estaba cubierto de una tela gris perla con dibujos de color de lila. Los ángulos se redondeaban formando pequeños nichos, llenos de flores raras que embalsamaban con su aroma aquel santuario. El entarimado no formaba mas que un roseton, donde el arce y el castaño, el limonero y el palisandro ostentaban en sus incrustaciones un trabajo tan acabado como el de un mueble salido de los almacenes de Susse ó de Girous. Un divan ancho y espacioso, cubierto con una tela igual al resto de la colgadura ocupaba todo el espacio que habia debajo de la ventana. Este era el único mueble que allí ha-

bia, y parecia imposible introducir ni un solo sillon de mas.

Cerradas las persianas y la cortina con sumo cuidado, no dejaban traspasar sino un ligero rayo de luz que venia á atravesar la muselina de la puerta vidriera, de manera que Octavio necesitó acostumbrarse un poco á semejante oscuridad antes que pudiese descubrir á Clemencia. La baronesa estaba recostada sobre el divan, la cabeza vuelta hácia el respaldo y con un libro en la mano. Al principio creyó Octavio que ella dormía; pero bien pronto notó el brillo de sus ojos fijos en la cornisa á quien parecía estar haciendo las mas elocuentes confidencias.

Por una deduccion lógica que le pareció incontestable se dijo á sí mismo: ni duerme ni lee, luego piensa en mí.

Despues de un momento de contemplacion, y viendo que ella permanecia inmóbil, Gerfaut ensayó á levantar dulcemente el picaporte, á fin de entrar lo menos bruscamente posible. El pestillo habia ya cedido ligeramente y sin ruido, cuando la puerta del salon se abrió de repente. Un torrente de luz inundó el pavimento, y Alina apareció en el locutorio con su regadera en la mano.

La jóven se detuvo un instante creyendo que su cuñada dormía; pero encontrando en la escasa luz la resplandeciente mirada de Clemencia, la dijo con su fresca y sonora voz:

—Mis flores todas siguen sin novedad, y ahora vengo á regar las vuestras.

Nada respondió Clemencia, mas sus cejas se contrajeron ligeramente, mientras seguia con la vista á la interesante jardinera, que fué á arrodillarse delante de una soberbia maceta. Aquel síntoma casi imperceptible y la siniestra expresion de su mirada, presagiaban la borrasca. Algunas gotas de agua que cayeron en el entarimado, sirvieron de pretexto, y Gerfaut, á pesar de sus amores, no pudo menos de acordarse de la fábula del lobo acusando al cordero de enturbiarle el agua, cuando oyó al ídolo de sus pensamientos prorumpir con impaciencia:

—Dejad esas flores que no necesitan ser regadas. No veis que estais manchando el suelo?

Alina se volvió, miró un instante á la que le regañaba, y dejando la regadera, saltó sobre el divan, como el gatillo que habiendo recibido un arrañazo de su madre, se cree ya suficientemente autorizado para ir á juguetear con ella. A semejante ataque inesperado, la de Bergenheim quiso levantarse; pero antes de poderse incorporar, fue de nuevo derribada sobre los almohadones por la inocente Alina que apoderada de sus dos manos, la besaba en las mejillas.

Dios mio, y que mal génio teneis de algunos dias á esta par-

te! dijo Alina apretando victoriosamente las manos de su adversario sobre la que estaba casi sentada.

—¿Quereis volveros como vuestra tia? Ahora no haceis mas que reñirme. ¿Qué os he hecho? ¿Estais incomodada conmigo? ¿No me quereis ya?

Esta interrogacion hecha con un acento cariñoso, produjo en Clemencia una especie de remordimiento de los celos que ella no podia vencer. Para expiarle, besó en la frente á su cuñada aparentando un afecto que tranquilizó bastante á esta última.

Qué estais leyendo, dijo, recogiendo el libro que durante el combate habia caido al suelo: —*Notre Dame de Paris*; qué interesante debe ser esto! ¿Quereis dejármele leer? Eh! quereis ó no.

—Ya sabeis que mi tia os ha prohibido leer novelas.

—Eso es por hacerme rabiar y nada mas. ¿Creeis que tiene razon?... ¿Es preciso que no me instruya, y que pase mi vida en leer la historia y la geografía? Como si no estubiese cansada de saber que Luis XIII era hijo de Enrique IV, y que en Francia hay ochenta y cuatro departamentos!—A fé, que vos leeis muchas novelas. ¿Y si fuese malo lo haríais?

Sin meterse en una de aquellas controversias que el discurso extremadamente lógico de los niños hace siempre difíciles, Clemencia respondió con una voz imperativa y capaz de poner fin á la discusion:

Cuando os caseis, hareis lo que querais. Hasta entonces es menester que sigais los preceptos de las personas que se interesan en vuestro bien, y cuidan de vuestra educacion.

Todas mis amigas, respondió Alina un poco enojada, tienen parientes que se interesan por ellas tanto como pueda hacerlo por mí vuestra tia, y sin embargo no les impiden el leer novelas. Ahí teneis á Clara de Saponay, que ha leido todas las novelas de Walter-Scott, Malek-Adel, Eugenia y Mathilde... y que sé yo..... Gessner, Mademoiselle de Lafayette.—En fin todo..... A mí solo se me permite leer á Numa Pompilio y á Pablo y Virginia.—Y á diez y seis años no es una ridiculez!

Vamos, no os enfadeis, id á la biblioteca, tomad una novela de Walter-Scott: pero que no sepa nada mi tia.

Al oir esta capitulacion, por medio de la que quiso probablemente Clemencia reparar su precedente rareza, Alina loca de contento dió un salto hasta la puerta vidriera. Apenas tuvo Gerfaut tiempo para abandonar su puesto de observacion, y precipitarse entre dos armarios donde se ocultó lo mejor que pudo debajo de una capa que por casualidad estaba allí colgada. Pero sin reparar la jóven en las piernas de aquel, que, como es natural, se encontraban

imperfectamente disimuladas, corrió la escalera de alto á bajo con la rapidez del rayo, y volvió á subirla, tarareando, con los dos volúmenes en la mano.

—Waverley ó la Escocia hace sesenta años, dijo leyendo el título, para alegrarse con anticipacion. He tomado el primer tomo porque ya me prestareis los demás á medida que los baya leyendo, ¿no es verdad? Clara me ha dicho que una señorita puede leer las obras de Walter-Scott, y que son muy bonitas.

Ya veremos si sois discreta, respondió Clemencia sonriéndose; pero cuidado con hacer ver esos libros á mi tia, porque yo sería á quien ella reprendería.

Tranquilizaos, ahora mismo voy á esconderlos en mi gabinete.

Fué hasta la puerta, se detuvo un instante, y volvió diciendo:

—Me parece que Gerfaut ha trabajado hoy en la biblioteca, porque he visto sobre la mesa un monton de librotes. ¿No es verdad que es muy amable en tomarse el trabajo de hacernos nuestra genealogía? ¿Se pòne tambien á las mujeres en esas cosas? Creo que vuestra tia no figurará en eso para nada; además que no es de la familia.....

Al nombrar á Gerfaut, la nube que se habia disipado en la frente de Clemencia, volvió de nuevo á oscurecerla.

No sé nada sobre ese particular, respondió secamente.

Lo digo, porque en el salon no hay sino retratos de hombres, cosa á la verdad que les hace poco favor. Yo preferiría ver los de mis abuelas; cuanto mas divertido sería contemplar aquellos hermosos trajes que llevaban en aquel tiempo, que no esas horribles barbas que dá miedo verlas.—Pero probablemente en los árboles genealógicos no se incluyen á las señoritas, continuó diciendo con aire pensativo.

Preguntádselo á Gerfaut, respondió Clemencia con una irónica sonrisa, seguramente no dejará de decíroslo, vistos los grandes deseos que tiene de complaceros.

¿De veras? dijo Alina con la mayor inocencia, no me atreveré jamás á dirigirle semejante pregunta.

¿Pues qué os asusta aun?

Un poco, repuso Alina bajando los ojos y ruborizándose.

Aquel síntoma devolvió á la de Bergenheim todo el mal humor, contra el cual se habia esforzado hasta entonces, y con un acento de penetrante burla replicó bruscamente:

¿Os ha escrito vuestro primo d'Artigues?

Alina levantó los ojos, y la miró distraidamente.

—No sé.....

—Cómo! ¿no sabeis si recibisteis ó no carta de vuestro primo? dijo Clemencia riendo con afectacion.

—Ah! Alfonso..... no..... quiero decir..... sí; pero ya hace mucho tiempo.

—Cuán fria é indiferente os habeis vuelto con el pobre Alfonso! Ya no os acordais de lo que llorasteis el año pasado cuando se marchó, de lo que os incomodasteis con vuestro hermano, porque se chanceaba sobre tan tierna afliccion, ni de cuantas veces jurasteis que no tendríais jamás otro marido que no fuese vuestro primo!

—Yo era una tontuela, y Cristian decia perfectamente. Figuraos que Alfonso no tiene sino un año mas que yo, por consiguiente buena pareja hubiéramos hecho. Ya sé yo que no soy muy juiciosa, y por lo tanto es necesario que mi marido lo sea por los dos.—Cristian es lleva nueve años.

—¿Creeis acaso que es demasiado? dijo la Bergenheim con tono malicioso.

—Al contrario.

—¿Y qué edad quisierais que tuviese vuestro marido?

—Treinta años sobre poco mas ó menos? respondió Alina titubeando.

—¿La edad de Gerfaut?

Una y otra se miraron un instante en silencio. Octavio, que era el único oyente de aquella conversacion, de la cual era él el objeto y el alma secreta, notó desde el sitio en que estaba oculto la expresion de dulzura que tomaron los ojos de Clemencia fingiendo provocar una entera confianza. La pobre colegiala se dejó seducir ingenuamente por aquella apariencia de interés y de ternura.

—Si me prometierais no decírselo á nadie, os contaría cierta cosa

—¿Y á quién quereis que se lo diga? Ya sabeis cuán discreta soy para vuestros secretillos.

—Pero este es un gran secreto, dijo Alina.

—Vamos á ver; sentaos aquí, y contadme ese gran secreto.

Clemencia tomó á su vez las manos á su cuñada haciéndola sentar á su lado.

—Ya sabeis, dijo ésta, que Cristian me ha prometido un reloj como el vuestro, porque el mio ya no me gusta. Pues bien, paseándonos ayer, me quejaba de que no me lo hubiese dado aun. ¿Y sabeis lo que me respondió?—Bien es verdad que se reia cuando lo dijo.—No es necesario que yo te lo compre; porque cuando seas la vizcondesa de Gerfaut, tu marido te lo regalará.

—Vuestro hermano ha querido divertirse á vuestra costa; ¿es posible que seais tan niña que no lo hayais conocido?

—Niña! dijo Alina levantándose muy picada; yo sé lo que he visto. Ayer tarde han estado hablando en el salon largo rato, y estoy muy persuadida de que era de mí de quien hablaban.

La baronesa soltó una carcajada que aumentó el despecho de su cuñada, menos dispuesta que nunca á dejarse tratar como á una chiquilla.

—Pobre Alina! prorumpió la baronesa, has de saber que de lo que hablaban, era del quinto retrato, cuyo original no puede encontrar Gerfaut por mas que revuelve los archivos, creyendo por lo tanto que no pertenece á la familia. ¿Os acordais aquel de la cara arrugada con barba canosa que está junto á la puerta.

La pensionista bajó la cabeza, como un niño á quien derriba el soplo de una maligna hermana mayor su casita de naipes.

—¿Y cómo lo sabeis vos? dijo despues de un momento de reflexion. Estando tocando el piano, ¿cómo podiais oir de un extremo á otro de la sala lo que decia el Sr. de Gerfaut?

Entonces fué Clemencia la que á su vez bajó la cabeza, porque se le figuró que su cuñada adivinaba en aquel momento aquella sutileza de oido, aquella atencion contínua con que bajo el velo de la indiferencia no dejaba escapar una sola palabra de Octavio. Así pues, segun costumbre, trató de ocultar su embarazo redoblando su ironía.

—Muy probable es en efecto que yo me engañe, y que vos tengais razon. Y bien, en ese caso ¿cuándo tendremos el gusto de saludar á la señora vizcondesa de Gerfaut?

—Yo no hago sino contaros sencillamente lo que pienso, y en pago siempre os burlais de mí, dijo Alina, cuya redonda cara se alargaba un palmo á cada palabra, pasando del sonrosado á la púrpura; si mi hermano me ha hablado de eso, ¿tengo yo la culpa?

—Me figuro que no habia necesidad de que os hablase de ello, para que pensaseis continuamente en lo mismo.

—Y qué, ¿no es menester pensar en algo?

—Pero es necesario sujetar el pensamiento; no es nada conveniente á una señorita el pensar en un hombre, respondió Clemencia con tal severidad, que si su tia la hubiese oido, habría reconocido en seguida con orgullo la pura raza de los Corandeuil.

—Pues yo creia que era esto mas propio de una señorita soltera que de una señora casada.

A tan imprevista réplica enmudeció Clemencia, y permaneció cortada delante de su cuñada como un estudiante delante del pedagogo, que acaba de administrarle una senda palmeta.

—Oiga la rapazuela, ¿á dónde diablos habrá ido á buscar eso? dijo para su sayo Gerfaut incomodado hasta el extremo por los dos armarios, entre los que se hallaba empotrado.

Viendo que su cuñada nada la respondia, tomó Alina aquel silencio por mal humor, y por no ser menos se enfadó tambien.

—A dios la dijo: estaia hoy insufrible; ya no quiero vuestros li-

bros. Arrojó los volúmenes de Waverley sobre el divan, tomó su regadera sin reparar en que hacia otra nueva libacion sobre el entarimado, y salió cerrando estrepitosamente la puerta.

Pensativa y sombría la de Bergenheim permaneció inmóbil, como si la reflexion de Alina la hubiese convertido en estatua.

Entraré ó no, se preguntaba á sí mismo Octavio, ya fuera de su nicho y con la mano en el picaporte.—Hé aquí un nuevo Agnés que con sus simplezas me vá á causar una extorsion terrible. Persuadido estoy de que á estas horas hay quien boga viento en popa por el tempestuoso mar de los remordimientos, y esos dos capullos de rosa que tan fijamente está mirando, se le figuran los ojos de su marido.

Antes que la indecision del poeta hubiese cesado, se levantó la baronesa bruscamente, y salió de la sala cerrando tras sí la puerta con tanto extruendo como lo habia hecho su cuñada.

Maldiciendo en lo mas profundo de su alma á las colegialas, á los colegios y á los corazones de diez y seis años, á pesar de la poesía que en ellos encuentra un escritor ilustre, Gerfaut bajó la escalera del gabinete y volvió á la biblioteca. Despues que se hubo paseado largo rato por delante de los diccionarios y de los pergaminos instalados sobre la mesa, salió para subir á su cuarto. Al pasar por junto al gran salon, una borrascosa armonía irió su oido; cohetes cromáticos ascendentes y descendentes, escalas de seis octavas rápidas como las cataratas del Niágara, arpegios extraordinarios, un martilleo, en fin, de bajos capaz de hacer saltar las teclas, se sucedian sin interrupcion con una petulancia, con un nervio y un transporte que probaban que la furia francesa no es el infantazgo exclusivo del sexo fuerte. En medio de aquellas notas graves, locas, tristes, apasionadas rugiendo á veces cuando se reunian, Gerfaut reconoció en la pureza de los rasgos y en la brillante elegancia de algunos pasajes que aquella improvisacion no podia salir de los visoños dedos de Alina. Comprendió pues que el piano servia de confidente en aquel momento á la baronesa de Bergenheim, y que desfogaba en él con toda la explosion que una larga concentracion hace al fin indispensable las contradictorias emociones á que se hallaba entregada hacia algun tiempo; así, para un corazon falto de otro donde poder desahogar su alegría y su pena, la música es un amigo que escucha y que responde. Bajo los dedos que interrogan, el instrumento recibe la presion del alma condolida, y se anima para consolarla. El soplo del dolor errante sobre el teclado despierta una armonía que la mece y la embelesa, ó al menos viene á distraerla por una exaltacion pasajera.

Apoyando la cabeza contra la puerta del salon, escuchó Gerfaut algun tiempo en silencio. A cada frase, á cada modulacion, su espíritu

como por un maravilloso instinto de simpatía, se identificaba con el sentimiento de que ella era intérprete. Reconocia en aquellos acordes graves, roncos, lúgubres, sostenidos con vigor, como si la ejecutora de ellos pretendiera embriagarse con su disonancia, los punzantes acentos del arrepentimiento que se encarniza en el alma destrozándola con sus devorantes garras. Un sordo ruido de notas mas sostenidas y confusas en un principio elevándose despues insensiblemente y acabando por una especie de trueno estrepitoso, significó las dudas, los temores, y los tormentos de los celos. Aun habia sufrimiento, pero sufrimiento que se exhala en vez de consumirse; era el corazon herido dejando desangrar su llaga, pero no el corazon oprimido y sofocado bajo una férrea mano que le prohibe respirar para gemir. Despues de muchos suspiros, quejidos y agonías, el furor de aquella ejecucion disminuyó poco á poco, y se convirtió en una continuacion de dulces y tranquilas modulaciones, del mismo modo que el Ródano precipitándose desde las escabrosas rocas de Valais, corre despues adormecido en el pacífico Léman. Durante algunos instantes la imaginacion de Clemencia anduvo errante en medio de vagas melodías sin fijarse en ninguna. Por último un recuerdo pareció cautivarla. Despues de haber murmurado en el piano los primeros compases de la romanza del Sauce, volvió al motivo con mas precision, y cuando terminó el ritornelo, empezó á cantar con dulce pero apagada voz:

Assisa al pié d' un salice,

Muchas veces la habia oido Octavio cantar en sociedad, pero jamás con acento tan profundo. Por un pudor de aquellos que las mujeres nobles tienen por instinto, Clemencia se hubiera ruborizado de descubrir á los concurrentes de un salon la mas mínima sensacion de su alma, ni aun siquiera la mas ligera idea de aquellos sentimientos cariñosos que proporcionan un sonido de voz vibrante y tierna. Puede decirse que delante de extraños cantaba con los labios; mas ahora lo hacia con el corazon. A la tercera estrofa, luego que Gerfaut comprendió que ya podria hallarse exaltada, asi por la expresion de su canto, como por el aroma de su melancólico amor, y del doloroso delirio que aquella esquisita romanza exhala, el poeta entró muy despacio, juzgando que el momento era favorable.

La primera persona que vió, fué á la señorita de Corandeuil recostada en un sillon, con la cabeza inclinada hácia atrás, los brazos caidos, y dejando escapar, á guisa de acompañamiento, una melodía nasal, cascada y silbante. Los anteojos de la sesentona, cuyos extremos enganchados en sus trenzas comprometian su armonía de una manera singular, estaban colocados á la punta de la nariz: la Gaceta

de Francia que se escapó de sus manos fué á dar precisamente sobre Constanza, acostada segun costumbre á sus pies.

Pitonisa atroz! exclamó Gerfaut. ¿La maldicion ha caido sobre mí, ó qué es esto? Sin embargo, viendo que la dueña y el dogo dormian tan profundamente como Guillot y su rebaño, cerró la puerta cautelosamente, y atravesó el salon andando de puntillas.

La baronesa habia cesado de cantar; pero sus dedos modulaban aun el motivo de la romanza. Observando la marcha circunspecta de Octavio, se inclinó un poco para mirar á su tia, cuyo sueño aun no habia notado, porque el enorme respaldo del sillon le impedia verla. Pocas personas conservan al dormir un gesto imponente, y por esta razon el perfil de la tia, á medio despeinar, tenia una expresion grotesca á cuya influencia no resistió la gravedad de su sobrina. La gana de reir fué mas fuerte en aquel momento que el respeto ó la melancolía; y al sentarse de nuevo, impelida por uno de aquellos movimientos comunicativos que produce la alegría, miró involuntariamente á Octavio que tambien reia por su parte. Aunque nada de sentimental habia en aquel cambio de ideas, procuró éste aprovecharse de él, y en un momento se colocó sobre un taburete, detrás del piano á la izquierda y solo distante unas cuantas pulgadas de Clemencia.

—¿Cómo hay quien duerma cuando cantais?

Asi empezó. A cualquiera hubiera ocurrido una frase tan trivial; pero sino habia elocuencia en las palabras, la habia en la expresion. El suelto y desembarazado modo con que Octavio se sentó, la elegante precision de sus maneras, el gracioso movimiento de su cabeza inclinada seductoramente cuando hablaba; todo anunciaba una gran costumbre en la clase de conversacion que iba á emprender. Si las palabras eran de un estudiante, el acento y la desenvoltura eran de un maestro.

La primera idea que tuvo Clemencia fué la de levantarse y salir del salon; pero una especie de encanto la detuvo en su silla. Al ver brillar cerca de su rostro aquellos negros y penetrantes ojos, que tantos dias hacia le habian negado sus súplicas; oyendo vibrar, dulce como un suspiro, la voz que tanto amaba, sintió palpitar su pecho, eclipsarse sus pupilas bajo los párpados, y no ser dueña de sus ojos para impedirlos fijarse sobre los de Octavio; pero haciendo un esfuerzo los volvió hácia otro lado afectando mirar á su tia.

—Tengo una gracia particular para hacerla dormir la siesta: dijo con un tono de jovialidad que la emocion de su seno desmentia palpablemente. Si quisiera la haría dormir hasta la noche; pero si no toco mas se dispertará.

—Si asi es, os suplico que sigais tocando; no la despertéis, respondió Gerfaut; y como si temiese que no le escuchasen, empezó á tocar á diestro y siniestro, sin inquietarse de la disonancia que resultaba.

—Tocad á lo menos en el tono, dijo Clemencia sonriéndose, y sobre todo, toquemos con método.

La palabra toquemos, fué bastante indiscreta, porque su amante tomó acta de aquel término, calificándolo de consentimiento de complicidad en cuanto pudiera suceder. En una conversacion íntima, la palabra nosotros, es la mas traidora del lenguaje.

Ora fuese porque no tuviera gana de que despertase su tia, ora porque desease evitar una conversacion cuya turbacion presagiaba, á pesar de haberla deseado tan ardientemente, ora porque quisiese gustar en silencio la dicha de verse aun querida, pues desde que Octavio se sentó á su lado, sus mas leves movimientos eran otras tantas confesiones de amor, la de Bergenheim sacudió con donaire la cabeza por dos ó tres veces como buscando un motivo, y en seguida empezó á tocar el wals del duque de Reischstadt, marcando únicamente el compás de acompañamiento para indicar á su amante el sitio donde debia colocar los dedos.

El wals empezó. Clemencia tocaba la parte cantante y Octavio la del bajo; dos manos quedaban desocupadas, y precisamente las que se hallaban mas próximas. En tal situacion, ¿qué habian de hacer dos manos próximas y desocupadas cuando la una pertenecia á un hombre atrevidamente enamorado, y la otra á una mujer que despues de haber mortificado á su amante, recojia el fruto de su severidad? Antes que la primera parte se hubiese concluido, los blancos y afilados dedos de la llave de *sol* eran prisioneros de los de la llave de *fá*, sin que hayamos por esto de creer que la armonía padeciese detrimento alguno, puesto que la tia continuaba durmiendo.

Un momento despues, los labios de Octavio se imprimieron en aquella mano temblorosa, aspirando el aroma de aquella tibia y perfumada piel. Dos veces quiso la baronesa desasirse, porque ya el estremecimiento de aquella caricia corria por sus venas; y dos veces le faltaron fuerzas para verificarlo, cambiando su tentativa en una presion continua contra aquellos tenaces lábios que ella se figuraba tener sobre el corazon. La mano, pues, devolvia sus halagos. Urgente se hacia ya que la tia se despertase; pero entonces mas que nunca dormia á todo trapo, aunque el wals continuaba; y si se notaba alguna leve indecision en el canto, la mano izquierda egecutaba sus notas con una enerjía capaz de convertir á Mademoiselle de Corandeuil en otra *Belle au bois* dormida.

Luego que Octavio hubo acariciado una y mil veces aquella mano que ya no le disputaban, levantó la cabeza para obtener un nuevo favor; porque los amantes no son como el mar, á quien se le dijo: De aquí no pasarás! Esta vez la de Bergenheim no volvió los ojos á otra parte; pero despues de haber mirado á Octavio del mismo modo que

deben mirar los ángeles, le dijo con una coquetería llena de seduccion.

—Y Alina?

La muda contemplacion que obtuvo por respuesta encerraba una indiferencia tan elocuente sobre este particular que en su vista toda palabra era supérflua. Contemplándose querido Gerfaut, daba gracias á la estratagema que le habia procurado la felicidad de que estaba gozando; pero aparentó desdeñarla, para saborearla mas á su gusto. Su dulce y maligna sonrisa vendió el secreto de su maquiavelismo; fué comprendido y perdonado. En este momento todo desapareció; dudas, temores y combates; muchos esfuerzos les habia costado desunirse: pero los dos se hallaban envueltos en la misma caida. Ya no necesitaban esplicaciones acerca del mútuo sufrimiento que el uno y el otro habian tenido, porque este habia dejado de existir, y se hallaban ya en aquel paraiso del amor, cuyo éxtasis se hace mas delicioso con el recuerdo de las penas pasadas. Permanecieron largo rato en silencio contemplándose dichosos de verse, el uno junto al otro, solos, porque la tia no pensaba en despertarse, respirando el mismo aire, sintiendo latir sus corazones al mismo tiempo, meciéndose blandamente al son de aquella música cada vez mas incierta y confusa, y temiendo disipar con una sola palabra el inefable embeleso de aquella felicidad. Cambiáronse sus almas en abrasadoras miradas, cuyo ardor y adoracion eran iguales, porque la última resistencia habia huido del corazon de Clemencia. Y cuando sintió los labios de su amante reemplazar en los suyos el beso de sus ojos, cayó sin sentido en los brazos que la enlazaban apretando el teclado por una contraccion nerviosa; parecíale que el salon daba vueltas, que el dia se convertia en noche, y que su vida se evaporaba en un suspiro lentamente respirado por Octavio.

El wals se habia concluido, y sin embargo la señorita de Corandeuil no se habia despertado. Ningun ruido se oia, y hubiera podido decirse que tambien el sueño se habia apoderado de los dos amantes; inmóbiles en los brazos el uno del otro, como dos ángeles orando. Este hechizo fué interrumpido por un ruido espantoso, semejante al de la trompeta que debe llamar á los culpables al juicio final.

XVI.

¿Habeis visto en una serena tarde de octubre una pareja de palomas cerniéndose sobre las copas de los árboles de un bosque deshojadas por el otaño? Semejantes á dos aéreos esquifes sujetos con invisibles amarras, su vuelo es dulce y silencioso, sus alas se bañan con delicia

en el aire que las sostiene, y el instinto que las guia presta á todos sus movimientos un aspecto de gracia muelle. Mas de repente, escondido tras de alguna encina, un cazador apunta á las aves con seguridad, y las hiere á entrambas en medio de su gozo y de su ternura. Si por ventura no eres cazador, lector amigo, puede que te inspiren alguna lástima estas pobres avecillas que caen mutiladas y sangrientas.

Una bala que hubiera herido del mismo modo á nuestros amantes no les habria parecido tan cruel como la sensacion causada por aquel espantoso estrépito. Estremecióse Clemencia de pies á cabeza, y se recogió en su silla helada de terror. Gerfaut se levantó no menos turbado que ella: la señorita de Corandeuil, arrancada súbitamente á su pacífico sueño, se puso en pié de repente como esas figuras fantásticas que saltan de una caja de tabaco.

Abrióse una de las hojas de la puerta situada enfrente de los balcones: asomó en aquel hueco la boca de una corneta de caza, y la tocata de la muerte del lobo hizo retemblar los ecos del salon con una fuerza que probaba que el músico hubiera podido bien luchar con Rolando en Roncesvalles. El drama se convirtió en parodia, y una segunda peripecia cambió la pantomima y los sentimientos de los personajes. Volvió á caer la vieja sobre su silla tapándose los oidos y pataleando; pero en vano pretendió manifestar su indignacion de viva voz, sus palabras se perdieron en la confusion del terrible instrumento. Clemencia se aplicó los dedos á los oidos como su tia: ya se vé, algo habia de hacer: Gerfaut soltó la carcajada alegremente como si le pareciera admirable la broma, porque la colorada faz del baron de Bergenheim acababa de sostituir á la trompa, y reia con unas ganas que inspiraba deseos de acompañarle.

—Ah! ah! ah! no contabais con esta parte de acompañamiento, dijo el baron cuando pasó algo de su primer acceso de buen humor: ¿es este el artículo de la *Revista de Paris* que teníais que escribir? ¿y pensais que os deje cantar duos italianos con mi esposa mientras yo me voy á correr por los bosques? vizconde, no soy un marido tan bonachon. Ea, ea, media vuelta á la derecha, y hacedme el obsequio de una escopeta para que salgamos á echar un par de liebres antes de comer.

—Bergenheim.... Bergenheim, exclamó la vieja cuando su conmocion pudo permitirla hablar; esto ha sido una falta.... una grosería.... modales de soldado, de caribe; tengo la cabeza destrozada, y de seguro antes de un cuarto de hora me asaltará una terrible jaqueca. Esas gracias son buenas para gaznápiros.

—Eh! no os acordeis de la jaqueca, tia, respondió Cristian, cuyo buen humor rayaba en mas alto grado que otras veces; si estais mas fresca que un capullo de rosa.... y Constanza tendrá para comer cabezas de liebre en abundancia.

En este momento, otro alboroto no menos estrepitoso que el primero, resonó en el pátio: los acentos roncos y desentonados de una bocina de caza tocada ávidamente por un aficionado muy novicio, hacian el acompañamiento á los ladridos confusos y variados de una numerosa jáuria; y todo esto interpolado con carcajadas, latigazos y clamores de todo género. En medio de este bullicio, distinguióse de pronto un alarido mas penetrante que todos los demás, un grito de angustia y desesperacion.

—Constanza! exclamó la señorita de Corandeuil asustada: precipitóse hácia los balcones de la antesala, y todo el mundo la siguió!

El espectáculo que el patio presentaba era tan animado como pintoresco. Marillac, de pié en un banco, soplaba como un triton, en una trompa á la Dampierre, ensayándose en el wals de *Roberto el Diablo* de un modo mas infernal todavía que aquel con que le escribió el autor. A sus pies, siete ú ocho cazadores y otros tantos criados alentaban con sus gritos á la numerosa trailla compuesta de mas de cuarenta perros, animosos para la caza como ellos solos, pero como ellos solos tambien alborotadores y pendencieros.

En medio de esta horda sin fé ni ley, habia caido la infortunada Constanza despues de atravesar la antesala, la escalera y el portal, perseguida siempre por el eco de la trompa de Cristian que producia en sus nervios el efecto del cuerno de Artolfo. Bien fuese que la querella entre la señorita de Corandeuil y Bergenheim hubiera alcanzado á la gente canina, ó fuera instigacion de los lacayos, quienes desde el mas grande al mas pequeño detestaban cordialmente al animal, lo cierto es que se vió lanzado en un momento como si fuera un gamo, atropellado, volteado, mordido por los cuarenta foragidos de cuatro patas, que parecian resueltos á llevarse cada cual á guisa de trofeo un pedazo de su vestimenta, color de café con leche.

El personaje que mas se divertia con este deplorable espectáculo era indudablemente el tio Rousselet. Estregábase las manos con regocijo, y su bocaza hendida articulaba un silbido provocador que alentaba á los asesinos en su crimen, casi tanto como la clarinada de Marillac.

—Constanza! volvió á gritar la señorita de Corandeuil, helada de espanto al ver á su doga tendida en medio de sus enemigos, y semejante á un esqueleto de caballo roido por los lobos.

Este grito no hizo efecto alguno en la parte animal de los actores de aquella escena, pero produjo en los lacayos y aun en una parte de los cazadores, la misma impresion que el terrible clamor de Aquiles en los Troyanos á orillas del Escamandro: cesaron los aullidos; muchos de los espectadores procuraron escurrirse prudentemente; el picador empezó á llamar á latigazos á sus subordinados,

y Rousselet, mas político que todos los demás, se arrojó intrépidamente á la cohorte, lanzando á derecha é izquierda vigorosos puñetazos, y asió en sus brazos á la perrita casi desmayada, sin cuidarse de los faldones que dejaba á la encarnizada tropa perruna.

Cuando vió la vieja á sus pies el objeto de su ternura, cubierto de lodo, salpicado de sangre, y exhalando gemidos ahogados que la parecieron el exterior de la muerte, desplomóse sobre una silla sin decir una palabra.

—Largo de aquí, dijo por lo bajo Bergenheim á su huesped asiéndole del brazo.

Gerfaut tendió una mirada en derredor buscando á la señora de Bergenheim, pero no la encontró. Sin apurarse por la desesperacion de su tia, Clemencia se refugió á su habitacion, porque conocia la necesidad de estar sola para calmar su conmocion, ó acaso para gozar en paz de ella por segunda vez. Por lo tanto, Octavio se resignó á seguir á su compañero, cuya retirada tenia todas las trazas de una verdadera derrota. En menos de medio minuto, cazadores y perros dejaron desierto el patio, y se alejaron rápidamente por la calle de plátanos camino del bosque, en bulliciosa algazara, charlando y cantando alegremente. Tan solo Gerfaut se arrastraba á su pesar á retaguardia, desmintiendo de esta suerte la pasion por la caza de que en un principio habia hecho alarde.

En la actualidad la energía de sus sensaciones podia mas que el disimulo exigido por la prudencia, que en él era ya habitual.

Para ponerse al nivel de sus compañeros hubiera necesitado una perfeccion de hipocresía, de que se juzgaba incapaz á pesar de todos sus esfuerzos. Cuando uno se ha elevado en alas de la fé, de la poesía ó del amor hácia esas regiones que todavía no son el cielo, pero que se acercan bastante, y desde donde se escuchan ya sus conciertos, y se columbran sus resplandores, el menor ruido de la tierra forma una disonancia que desgarra todas las fibras del alma.

A los pocos minutos, los ladridos de los perros, las chanzonetas de los cazadores, el zumbido del viento en los bosques, el susurro de las hojas, y mas que todo las inagotables bufonadas de Bergenheim habian promovido en Gerfaut tan completo fastidio, que se pintó á las claras en su rostro. Esta expresion lúgubre chocó al baron, quien por naturaleza era el hombre menos observador del mundo.

—¿Qué cara de entierro teneis? dijo á su huesped riendo; pareceis un ciervo perseguido. En verdad que me arrepiento de haberos arrancado de casa; la compañía de las hembras os era mas agradable.

—¿Tendreis celos si os digo que es así? respondió Octavio haciendo un esfuerzo para acomodarse al tono de zumba de su interlocutor.

—¡Celos de ninguna manera; y no porque no seais digno de causar

recelos á un pobre marido. Pero los celos no son propios de mi carácter ni de mis principios.

—¡Sois filósofo! dijo el amante con una sonrisa algo forzada.

—Mi filosofía es sumamente sencilla. Respeto demasiado á mi mujer para sospechar de ella, y me quiero tambien á mí mismo lo suficiente para no atormentarme de antemano por una desgracia imaginaria. Cuando llegára á suceder esta desgracia, tendría tiempo para ocuparme de ella. Era negocio pronto concluido.

—¿Qué negocio? preguntó Marillac interrumpiendo un coro que cantaba solo, y aflojando el paso para tomar parte en la conversacion.

Un negocio bien tonto, querido, con el que aun no teneis que ver nada, vos ni vuestro amigo Gerfaut, ni espero que yo tampoco, aunque estoy en la categoría.... Hablamos del infortunio conyugal.

—Mucho habria que decir sobre el particular, observó Marillac en tono sentencioso mirando á su amigo de reojo: es materia que daría para escribir tomos enteros. En cuanto al modo de verlo, cada uno tiene su sistema y su plan de conducta.

—¿Y cuál sería el vuestro, picaron? repuso Cristian: ¿seríais un marido tan cruel como inmoral solteron sois? Porque infaliblemente á lo uno sigue lo otro. Ea, veamos, ¿cuál sería vuestro sistema?

—Estais equivocado, Bergenheim: mis caravanas de soltero me han dispuesto esencialmente á la indulgencia. *Debilis caro.*

—Soy poco fuerte en el latin. Con que ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que si yo fuera casado y me engañára mi mujer, tomaría un partido prudente, en atencion á la reconocida debilidad de ese sexo encantador.

—Cosas de soltero, amigo mio, ¿y vos, Gerfaut?

—Confieso, respondió este algo turbado, que no he reflexionado mucho ese punto. Y además como yo creo en la virtud de las mujeres....

—Bah! mirad que ahora no estan aquí las señoras, y es perdida vuestra galantería. En caso de desgracia, ¿qué haríais?

—Me parece que diría con Lanoue:

«El necio chilla, el tonto llora, el hombre de honor engañado se »aleja y calla.»

—En parte soy de la opinion de Lanoue: solo que yo intercalaría una pequeña variante diciendo: se *aleja, se venga y calla.*

Segunda ojeada de inteligencia de Marillac á su amigo.

—*Per Bacco*! dijo en seguida: sois un esposo veneciano.

—Eh! respondió Bergenheim, digo que mataría á mi mujer, al quidam, y puede que á mí mismo por remate! He! sultan, por ahí, alhalí!

Diciendo estas palabras, de un salto gigantesco salvó un foso que

separaba el camino por donde iban los tres amigos, de un llano adonde habian ya entrado los otros cazadores.

—¿Qué opinas? murmuró el artista al oido de Octavio con acento dramático.

En vez de contestar, hizo el amante un movimiento de labios intraducible pero que significaba:

—No se me dá nada.

Mientras Marillac saltaba el foso, vió su amigo al otro extremo del llano á la de Bergenheim que paseaba lentamente por la calle de plátanos. Un momento despues desapareció detrás de unos arbustos, sin que ninguno de los otros cazadores la hubiera columbrado.

—Cuidado con caer, dijo el artista, el piso está muy escurridizo.

Esta advertencia fué perjudicial á Gerfaut, que al saltar tropezó en una raiz y cayó.

—¿Os habeis herido? dijo Bergenheim.

Octavio se levantó haciendo esfuerzos para andar, pero vióse en la precision de apoyarse en su escopeta.

—Me parece que me he torcido un pié, dijo, y se llevó la mano al punto designado como si esperimentase un vivísimo dolor.

—Diantre! puede que sea una dislocacion, observó el baron volviendo pies atrás: sentaos. ¿Creeis que podreis andar?

—Sí, pero temo que la caza me fatigue demasiado: voy á retirarme.

—¿Quereis que se forme una parihuela para conduciros?

—¿Os burlais? no soy tan flojo. Volveré pasito á paso, y tomaré un baño de pies.

—Apóyate en mí, yo te acompañaré, dijo el artista ofreciéndole el brazo.

—Gracias, no te necesito, respondió Octavio: véte con mil de á caballo! añadió por lo bajo.

—*Capisco*, repuso en el mismo tono Marillac apretándole el brazo. Oh! sí, sí, no puedo permitir que te vuelvas solo. Bergenheim, continuad vuestro paseo, una torcedura no vale la pena con tal que respete el gaznate y el estómago.

Miró Cristian alternativamente á sus huéspedes y al grupo que estaba ya al otro extremo del llano. Hubo un momento en que la caridad cristiana luchó con su pasion por la caza; pero venció esta al fin: y sobre todo cuando vió que Gerfaut, aunque cojeando algo, estaba realmente en disposicion de andar, y mucho mas con el auxilio de su brazo.

—No os olvideis de meter el pié en agua, le dijo, y llamad á Rousselet: es muy práctico en dislocaciones.

Tranquilizada su conciencia con esta recomendacion se alejó para

seguir al alcance de sus compañeros, mientras los dos amigos deshacian lentamente lo andado.

—Soberbio marido! exclamó Marillac soltando el trapo á reir: y pensaba amedrantarnos! estos bonachones de maridos tienen unas ocurrencias! por supuesto, ¿la torcedura es ardid? entiendo, entiendo.

—Vas á hacerme el obsequio de dejarme en paz así que lleguemos al soto, respondió Gerfaut sin olvidar la cojera; seguirás derechito tu camino, ó desfilarás por la izquierda, como gustes, el único lado prohibido es el derecho.

—*Suficit*. Serás servido.

—No vuelvas al castillo, porque debe aparecer que estamos juntos. Si te vuelves con los cazadores, dile á Bergenheim que me has dejado sentado al pié de un árbol, y que se me ha pasado lo agudo del dolor. Mucho mejor hubiera sido que no me acompañases conforme yo queria.

—Tenia mis razones para desear salir de las garras de Cristian. Hoy es lunes, y á las cuatro tengo una cita en que tú estás mas interesado que yo. Ahora bien, ¿quieres seguir un buen consejo?

—Escucharle, sí, seguirle, no respondo.

—O raza de amantes! exclamó el artista exaltado, raza loca, absurda, endiablada, impía y sacrílega!

—¿Qué mas?

—¿Qué mas? te digo que todo esto vá á acabar con puñales.

—Bah! ya no hay puñales.

—¿Sabes que ese rabioso de Bergenheim, con su cara de pascua y sus risotadas tiene á su cargo tres ó cuatro muertes hechas por bagatelas?

—*Requiescant in pace*.

—Mira no tenga que mandar entonar un *De profundis* por tí tambien. Es él excelente espadachin, excelente tirador; un hombre en fin completo.

—Bueno, si llego á tener un lance con él, nos batirémos con arsénico.

—Mala ocasion de chanzas. Te digo que si nota algo, no se andará en chiquitas; te mata lo mismo que al conejo que ahora persigue.

—Podrías buscar comparaciones menos humillantes para mí, respondió Gerfaut sonriendo, prescindiendo de lo que exageras. Todas esas grandes reputaciones de matachines suelen desmentirse en un encuentro formal; esto no es quitar su mérito á Bergenheim, pues le creo muy sólido, muy real.

—Es indudable, es un verdadero leon del Atlas! por eso me parece

una extravagancia venir á atacarle en su jaula, y traerle de la melena. Enhorabuena que te enamores de su mujer, que la hagas la corte, mientras él esté á cien leguas; pero ponerte al alcance de su garra no es amor, es demencia. Es muy capaz de asesinarte, y ofrecer á su mujer tu corazon estofado.

—Hombre, al menos sería una muerte pintoresca, y nada vulgar.

—Que aproveche. No te envidio la espectativa; mírale, hombre, mírale bien, ¿no tiene trazas de un Goliat?

Sobresalia en efecto la hercúlea figura de Cristian sobre todas las de los otros cazadores, y á pesar de la distancia, se oyó resonar el metal de su voz, vigorosa como toda su persona, aunque sin poderse distinguir sus palabras.

¿Marillac, no comprendes los encantos del peligro, el atractivo que las dificultades dan al placer? Las manzanas del jardin de las Hespérides debian ser mil veces mas sabrosas que las del árbol de la ciencia, guardadas como estaban por un dragon. No sé si es vejez precoz del alma, si mi gusto embotado necesita estimulantes que reanimen el amor; pero te confieso que esa vigorosa figura de Cristian produce en mi drama un efecto, que por cuanto tiene el mundo no quisiera destruir: es la sombra que hace aparecer mas viva la luz. Desde que estoy aquí le he estudiado, y le conozco como si me hubiera criado con él. Estoy cierto de que á la primera sospecha me matará si puede, y siento un interés particular en saber que está expuesta mi vida. Todas esas pasiones parisienses son cargantes de puro pacíficas. ¡Es moneda tan corriente! ¿cómo quieres que resista una el sueño en brazos de una dicha, que le arrulle con la monotonia de una nodriza? Para movimiento no hay como el mar: el cielo sobre la cabeza, el abismo á los pies.

—¡Estás loco!

—Casi agradezco á Bergenheim que sea como es. Da grima ver á un marido débil ó sandio: pero á éste le estimo ultrajándole, y amo mas á Clemencia.

—¡Si no te burlas eres de lo mas estúpido que ha nacido! Tú, materialista, apegado á la vida, gozar con tener la espada de Damocles sobre la cabeza! ¿Y á eso llamas felicidad? ¿á eso vivir?... Majadero!

—Ya estamos en el soto, respondió Gerfaut soltando el brazo del artista, y dejando de cojear; ya no pueden vernos: con que basta de farsa. Ya sabes lo que has de decir si vuelves á buscarlos: que me dejas al pié de un árbol.

Esto dicho, se echó al hombro la escopeta que le habia servido de apoyo hasta entonces, y se internó en la espesura por el lado del rio.

XVII.

Al extremo de la calle de plátanos formaba la orilla un plano inclinado parecido al en que estaba edificado el castillo, pero mucho mas cortado y sin desmontar en parte. Para evitar este paso impracticable para carruajes, el camino que conducia á lo alto del valle revolvia á la derecha para seguir una senda mas igual. A orillas del agua no habia mas que un estrechísimo sendero cubierto por la sombra de los sauces, y cortado en su principio por un enorme trozo de roca tapizado de musgo, defensa natural, que el tiempo despeñára desde lo alto de la montaña para cerrar el paso.

No era, sin embargo, insuperable este obstáculo: mas para salvarle se necesitaba de una planta firme y de una cabeza inaccesible al vértigo, porque el menor descuido podia precipitar al desgraciado en el rio, cuya rapidez estaba en relacion de su profundidad. Desde la roca se podia llegar á lo alto del escarpe por medio de unos escalones de piedra mas á propósito para cabras que para hombres, ó volviendo á bajar por el otro lado, seguir el camino del rio momentáneamente interrumpido. En este último caso, á distancia de sesenta pasos, se llegaba á un sitio, donde la orilla bajaba otra vez, donde el torrente se ensanchaba sobre un fondo de arenas y de fango, que asomaba acá y allá, formando islotes cubiertos de zarzales. Este sitio era el vado usual para los que teniendo que pasar de una orilla á otra, querian ahorrarse el bajar hácia el puente del castillo.

Al lado de la roca de que hablamos y hácia la parte de los plátanos, la base de la especie de muralla contra la cual estaba apoyada como un poste, formaba una especie de escavacion bastante profunda: la corriente habia tropezado con piedra blanda, y su incesante violencia habia llegado á ahondarla. Era una gruta natural formada por el agua, pero al cual la tierra por su parte se habia encargado de obedecer. Por delante, un enorme sauce habia echado raices á algunas toesas del suelo en una hendidura de la roca, y dejaba caer sus melancólicas ramas que flotaban en el agua. Cuando iba el sol á quebrantar sus rayos sobre el verde cortinage, penetrando acá y alla á través de la oscuridad alguna luz, cuando el viento azotando las copas de los bosques, evocaba sus tímidas armonías, cuando el rio elevaba su monotono murmullo, un concierto singular de luz lejana, de tibia frescura, de melodías vagas y sentidas, prestaba á aquel santuario un extraordinario encanto de soledad y de melancolía.

Hacia algunos instantes que la baronesa estaba sentada á orillas de la gruta en un banco formado por la base de la roca. Con una varita que maquinalmente arrancára en el camino, trazaba sobre la arena fina brillantes y fantásticos dibujos que borraba en seguida cuidadosamente con el pié. Sin duda estos geroglíficos inesplicables para cualquiera persona, significaban algo á sus ojos: sin duda su imaginacion infundia pensamiento á aquellas líneas confusas, y temia que el menor vestigio olvidado por acaso revelase el secreto.

Cuando amamos, la naturaleza entera ama con nosotros, se hace cómplice de nuestros menores pensamientos, recibe las eternas confidencias de nuestro ánimo, y se reviste de vida humana para escuchar y responder. Entonces adquiere la imaginacion facultades inauditas: destruye las formas del mundo exterior para echarlas en un molde nuevo: presta inteligencia á la materia mas inerte, y la crea á la imágen de su deseo, como Dios crió al hombre á su propia imágen.

Estaba Clemencia abismada en uno de esos éxtasis que destruyen el tiempo y la distancia, y durante los cuales la vista del alma percibe una imágen ausente con tanta fidelidad como teniéndola delante. Las fibras de su corazon, cuya vibracion paralizára la llegada de Cristian, habian recobrado su apasionada agitacion. Se hallaba sola, y á sus solas reproducia la entrevista del salon: oia de nuevo el pérfido wals: sentia el calor del aliento de su amante: recibia aquella mirada magnética que jamás habia podido soportar sin turbarse, y al llegar á esta parte de su sueño, habia degenerado en realidad: porque Octavio, sentado al par de ella, sin que le hubiese oido llegar, habia renovado la escena del piano.

No esperimentó miedo porque no era una impresion nueva, era la encarnacion de su sentimiento preexistente, era su pensamiento realizado. Habia llegado su espíritu gradualmente á ese punto de exaltacion que hace imperceptible el paso del sueño á la vida. La pareció que siempre habia estado allí Octavio, que aquel era su puesto; en un momento no pensó nada. Pero muy pronto recobró la razon: levantóse sobrecogida, y se alejó algun trecho, quedándose clavada con los ojos bajos y las mejillas cubiertas de rubor.

—¿Por qué me temeis? ¿no sabeis que soy digno de amaros? la dijo con voz conmovida. Y sin procurar detenerla, ni acercarse á ella, se puso de rodillas con un movimiento lleno de gracia y de tristeza.

Cuando una mujer no ha reconocido oficialmente como derecho el favor sorprendido en un instante de arrebato, descender de sus brazos á sus pies es contravenir á la ley, que hace axioma de amor el dicho de Danton: y generalmente esta falta tiene un resultado fatal. Gerfaut lo sabia esto perfectamente, porque pocos jóvenes ha-

brian estudiado detenidamente los mas insignificantes pormenores del arte que Ovidio consagró con una poética especial. Pero sabia al mismo tiempo que si en circunstancias ordinarias deben seguirse las reglas generales, suele presentarse á veces tal caso escepcional, tal situacion, en que es indispensable el olvido de los principios habituales. En la actitud asustada de la hermosa, en el rubor de sus mejillas, en el súbito brillo que advirtió á través de los entornados párpados, dedujo que se preparaba una accion de rigorismo, y tuvo miedo, porque sabia que las mujeres, poseidas del remordimiento, castigan siempre al amante por via de expiacion por ellas propias.

—Si dejo cobrar fuerzas á esta virtud, pensó, soy hombre perdido en quince dias á lo menos.

Y le parecia demasiado dulce su posicion para comprometerla con una imprudente temeridad. Tranquilizar á la blanca paloma de mirada de águila para quitarla de la cabeza el capricho de volarse otra vez, era un rasgo de política no menos que de buen gusto. Hizo una de esas juiciosas retiradas que serían una fuga para un general mediano, pero con las que un capitan hábil conquista un título de gloria, como si fuera una victoria real. Abandonó el peligroso terreno en que se habia acampado, antes de que le arrojasen á viva fuerza, cambiando el mas apasionado arrebato en el mas sumiso continente. De modo que cuando alzó Clemencia los airados ojos, en vez de un atrevido á quien castigar, halló un amante respetuoso á quien perdonar; buscaba un enemigo insolente, y se la presentó un esclavo suplicante.

Respiraba tan lisonjera humildad la actitud de Octavio, tan inquieta ternura su acento, que se sintió desarmada, y se disipó en su frente la tormenta, sin que el rayo acompañase al relámpago. Un sentimiento de inefable ternura esperimentó al ser así comprendida y obedecida antes de mandar, porque no adivinó el maquiavelismo oculto bajo esta adoracion: solo vió la estimacion á su persona, el respeto á su pudor, una delicadeza hermana de la suya; una coqueta mas hábil hubiera temido un lazo oculto. No pudo contener un arranque de agradecimiento hácia el que tan bien sabia amar, y la sacrificaba con seductora modestia las exigencias de su propia pasion. Aun pensó tambien (tienen las mujeres á veces ideas tan estrañas!) que concederle una recompensa por su conducta sería una medida de alta prudencia, y así le alentaría á continuar por el buen camino, haciéndole aficionarse á la tierna y virtuosa mirada, en cuya peligrosa utopía meditara alguna vez. Acercóse á Octavio, le asió de la mano para levantarle, y se sentó la primera para obligarle á que la imitase. Cuando se hubo vuelto á colocar á su lado, estrechó dulcemente la mano que no habia soltado, y buscó las miradas de su

amante con apaciguados ojos, diciéndole con aquella voz profunda y penetrante que tienen las mujeres alguna vez.

—¡Amigo mio!

Hay palabras muy sencillas, vulgares si se quiere, pero que en caso de necesidad recobran todo el lujo de su significacion primitiva. Las mujeres en particular poseen el secreto de estas expresiones.

En la posicion en que Clemencia se encontraba, era muy difícil arreglar su manera de expresarse, y pocas frases habia en el lenguaje que debia usar que no envolviesen algun peligro. Conciliar la efervesciente pasion de su amante con la dignidad de su propia virtud de tal suerte que la una permaneciese sin mancha, y la otra no se viese ofendida; transformar aquella gruta sombría y llena de asechanzas en uno de aquellos retirados asilos donde espiran los deseos desmedidos y los malos pensamientos; ensalzar su trono de reina, pero de reina indulgente y graciosa; cubrirse con el velo del recato sin por eso ser altanera; hacer seguir el mismo movimiento á dos corazones, de los cuales el uno palpitaba, á su modo de ver, con demasiada violencia, pero ambos tan dichosos de latir al mismo tiempo, esta era su mision, bien difícil de llenar por cierto. Los sentimientos enérjicos siempre son desagradables. La mas leve señal de frialdad ó indiferencia hubiera podido picar la extremada delicadeza de Octavio, y vivir en paz con él era para Clemencia una necesidad á la que hubiese sacrificado tal vez mas de lo que ella misma se atreviera á confesar. Por otro lado, ¿qué peligro no habia si se abandonaba á aquella emocion que la axaltaba á cada instante, y de la que apenas podia ya evadirse? ¿Cual sería su refugio si tenia un momento de debilidad? Perder tal vez para siempre su amante si le repudiaba con un rigor que él pudiera calificar de capricho; ó perderse ella misma si no le detenia. Así caminaba entre estos dos escollos, y para no caer en ellos, para no ser cruel negando demasiado, ni imprudente concediendo con esceso, necesitaba una destreza maravillosa y un tacto tan esquisito como prudente. ¿Pero no poseen las mujeres una ciencia innata de todo lo que es bueno y conveniente? hay en el mundo un abismo sobre el cual no puedan mecerse jugueteando, si quieren desplegar aquella mágica inteligencia de que la naturaleza las ha dotado?

Amigo!... este fué el talisman encargado de conjurar los peligros de tan crítica posicion. Todo lo envolvia esta palabra, perdon de lo pasado y regla para el porvenir; la declaracion de una íntima ternura y la salvaguardia contra su esceso, era un don y una súplica á la vez, ¿y no era aquel suficientemente precioso para que un hombre pundonoroso juzgase imposible despreciar esta?—Venid, parecia decir tan diestra palabra, huyamos de esta atmósfera abrasadora

donde quereis detenerme; sus vapores ensucian mis blancos vestidos, su llama marchita las flores de mi corona, y su emponzoñado olor impregna en el alma una languidez funesta, y en la frente un delirio de criminal embriaguez. No debe el ángel descender hasta el hombre, sino este elevarse hasta aquel; no me degradeis, vos seríais el desgraciado, porque yo pertenezco al cielo, y perderle sería mas cruel que el morir; la virtud es una patria, cuyo destierro de ella es insoportable; sí, seríais desgraciado, porque sé que me perteneceis, y mi dolor sería el vuestro. No corteis mis alas, pero sí tomad mi mano y donde las pasiones se ennoblecen, y los corazones se divinizan. Allí, seguidme; volaré por los dos, conduciéndoos por las bellas regiones es permitido amarse, porque la ternura se halla santificada por la pureza. Observad que en el amor hay virtud y crímen, como en los inciensos perfume y ceniza. Una vez devorados por el fuego, la virtud y el perfume se elevan al cielo, la ceniza y el crímen descienden á la tierra. Arrojad al viento la ceniza de vuestro amor para que al acercarme no me mancille. Vuestra pasion es como el carbon, que se apaga despues de haber causado el incendio, la mia es como la estrella del firmamento, que alumbra pero no quema. Ya lo veis, yo soy quien posee la verdadera ciencia; así pues escuchadme y obedeced si quereis que os ame, y yo seré dichosa pudiendo amaros.

Tal era la frase con que la mirada y la voz de la señora de Bergenheim enriquecieron una palabra única pero fecunda; Gerfaut la entendió sin necesidad de oirla pronunciar, penetrando hasta los mas recónditos pliegues de aquel velo medio descorrido con toda la fluidez, gracia y delicadeza del talento femenino. Pedíanle la paz, y la paz es muy dulce para quien está cansado de la guerra. Aceptó pues el tratado sin discutir las condiciones, inclinóse ante el ramo bendito del amor espiritual que le era presentado como oliva pacificadora, haciendo creer de esta suerte, que consentia para siempre el exorcismo de sus indiscretas pasiones. Pero al propio tiempo que respondia con las mas dulces expresiones y con las mas sumisas protestas, su imaginacion pesaba con inconcebible rapidez las ventajas é inconvenientes de aquel trato. Sus palabras eran las de un amante de quince años, sus reflexiones las de un diplomático de cincuenta.

Amigo!... si.... no hay duda se decia á sí mismo. No disputaré sobre la significacion de esta palabra siempre que se reconozca el hecho; ¿qué me importa el color de la bandera? esto solo puede preocupar á los tontos. Amigo! aun no es esto el trono, pero sí un escalon para subir á él. Provisionalmente la playa no es mala, y siempre me hallaré mejor colocado en ella que sobre aquella brecha de donde me veo rechazado hace cerca de un año cada vez que intento el asalto. Así pues, seamos amigos mientras otra cosa no se pueda.

Es además tan dulce oir esta palabra cuando es pronunciada por un acento de sirena, y cuando dicen al mismo tiempo los ojos: Amante!

Con semejante resolucion, enarboló esta bandera de paz á la manera que el corsario enarbola tambien un pabellon semejante al del navío, cuya vigilancia quiere sorprender, y por lo pronto alejó todo pensamiento que pudiera contrariar aquella maniobra política. Cuando se encontró sentado al lado de Clemencia en aquel sitio sombrío y solitario, su imaginacion exaltada por los recuerdos de lo sucedido en el salon, no habia sido dueña de sujetar desde luego una emocion de las mas borrascosas; pero aunque poeta moderno, estaba bastante familiarizado con los clásicos para acordarse cuasi involuntariamente de aquellos versos de la Eneida.

Speluncam Dido dux et trojanus eamdem, etc.

Con el valor de un anacoreta conjuró aquella imágen tentadora, desplegó toda la firmeza que le era habitual, y llegó al último grado del heroismo, retirándose para asegurar el triunfo.

Entonces, en el fondo de aquella misteriosa gruta, pasó entre los dos amantes una escena llena de tan delicados detalles, de tan variadas tintas, que para bosquejarla fuera menester el diestro pincel del Correggio, y la precision analítica de Gerardo Dow; desvanecidas en los aéreos vapores que bañan algunas de las composiciones de Girodet. Aquella jóven de predilecta inteligencia, de perfecta aristocracía en todas sus acciones, pulido diamante de la trascendente civilizacion de los principales salones de París; y este hombre notable entre las capacidades del siglo, atrevido corifeo de la elegancia mas selecta de la rue Saint-Florentin, llegaron insensiblemente, trepando por las floridas colinas de una conversacion encantadora, á las regiones del mas etéreo platonismo: ella, inocente, entusiasta con candor, tanto mas atrevida en su ternura, cuanto mas se alejaba de la tierra y cuanto mas sentía dilatarse su corazon en una atmósfera mas casta; él, primeramente, verdadero hipócrita del pateticismo, luego arrastrado por la fuerza de sus mismas palabras, y por último, suficientemente exaltado por su parte para no saber ya si representaba un papel, ó si decia su boca lo que su corazon tenia por verdadero. De esta manera bogaron largo rato por los cielos á la vez oscuros y luminosos del éxtasis místico, interrogando á las tinieblas de cada nube, ó al esplendor de cada estrella.

—¿Me amarás siempre como ahora? preguntó Octavio.

—Siempre, respondió Clemencia sin quitar sus ojos de aquella mirada de fuego que se lo preguntaba.

—¿Tú serás el alma de mi alma? ¿el ángel de mi cielo?

—Vuestra hermana, repuso ella con dulce sonrisa, acariciando con su mano la cara de su amante.

Sonrojóse Octavio al recibir aquella caricia, y volvió los ojos como pensativo.

—Soy sin disputa, dijo para sí, el sandio mas grande que ha existido hasta ahora desde el casto José á el tímido Hipólito.

En efecto, si algunos de aquellos amigos suyos, que dejó en los salones del café de París, hubiesen podido verle en este momento, habrian hallado motivo para armar entre ellos una broma capaz de aturdir al boulevard de Gand. ¡Gerfaut, el *fashionable* entre los artistas y el tronera entre los poetas, convertido en uno de aquellos jóvenes ministros alemanes, que Augusto de la Fontaine nos describe tan honestamente tiernos y tan metafisicamente cándidos; aquel Gerfaut, armado en otro tiempo de garras y pico cual un ave de rapiña, renacer ahora convertido en cándida paloma! Tan extraordinaria regeneracion era de tal modo risible, que lo conocia él mismo en toda su extension. Así fué que para escaparse de la burla de su propio criterio, y para lavar aquella especie de mancha de virtud, estuvo tentado de olvidar la táctica que á sí propio se habia impuesto, y descender resueltamente del reino de los ángeles.

Al sentir junto á su mejilla la mano que su hermosa querida habia apoyado en ella; al ver inclinado hacia él aquel rostro idolatrado, cuya palidez parecia colorearse gradualmente por una llama interior, al contemplar aquellos ojos expresivos, que eran ahora los primeros en buscar á los suyos, olvidándose con el mas tierno abandono que sus rayos parecian otros tantos deseos, un pensamiento engañoso penetró sordamente en lo profundo de su alma. Permaneció silencioso y distraido en la apariencia, pero muy atento en realidad á una voz tentadora, semejante á aquella con que Mephitopheles hablaba á Margarita, y que le hacia entreoir estas palabras:

—¿Estás seguro, amante cándido, de no ser un poquito mas ridículo de lo que tu carácter y tus antecedentes dan á entender? ¿Ha turbado tu sueño el casto laurel de Scipion el Africano? ¿Es una apuesta que has hecho contigo mismo, ó una prueba de mortificacion que te impones para expiar tus pasadas culpas? ¿Haces oposicion en este momento al premio de Monthion? Si así es, envia al jurado tu conversacion actual, añadiendo por nota que tienes por interlocutora una de las mujeres mas amables del reino, y ya puedes estar seguro de ser coronado. ¿Qué deseo te agita de tomar el cielo por asalto, cuando tan bien te hallas en la tierra, cuando esta gruta es tan seductora, tan perfumado el aire que en ella se respira, y tan blanda la yerba que tapiza su suelo? Hace mucho tiempo que deseabas un momento semejante; hace un año que no sueñas ni hanelas otra cosa, y ahora que te se presenta la desprecias, te ocupas en disipar tamaña suerte en niñerías propias de un estudian-

te que acaba de leer á Werther. ¿Ignoras que si bien esta sencillez es perdonable á los quince años, se convierte en bobería á los treinta, y que tan senda ingenuidad no asienta sino con sonrosado color y con el imberbe rostro de la adolescencia? Seguramente no procedes de buena fé.... ¡ah! si es así, cuidado con lo que haces. Acuérdate de su talento perspicaz, de su hábil coquetería, de su genio satírico, cuyo sarcasmo has esperimentado ya. ¿No la crees en fin tan preocupada por los vapores, en medio de los que hace ya media hora la estás paseando, tan aturdida por el éter místico que le haces respirar, tan completamente rendida por todo ese magnetismo inmaterial del ultra Rhin, que no le haya ocurrido como á tí alguna idea puramente parisien? Sonarás esta noche, tal vez moriras mañana; pues vive ahora.

—¿En qué estais pensando? preguntó la baronesa sorprendida del silencio y del aire distraido de Octavio.

—Que me maten si se lo digo, contestó este para sí; sin embargo debe encontrarme bastante ridículo, tal cual soy en este momento.

—Respondedme, pues, replicó ella, con el despótico acento de una mujer querida, segura de su imperio, y contenta de ejercerle.

La desobedeció á pesar de esto, y en vez de responderla le lanzó una mirada fija é indagatoria. Sin duda creyó encontrar en las facciones de Clemencia un reflejo de sus propios pensamientos, porque su mirada tenia la profunda y sardónica penetracion de aquellas que los oráculos romanos se dirijian al encontrarse, si hemos de creer lo que dice Ciceron. La baronesa sintió penetrar por entre sus párpados la proyeccion magnética de aquella mirada, é internarse como una espada en aquellas regiones desconocidas, que son el santuario donde reside la inteligencia. Esperimentó cierto estremecimiento al verse contemplada de aquella manera, y para sustraerse de aquella muda interrogacion que la turbaba, apoyó su frente en el hombro de Octavio, diciendo dulcemente:

—No me mireis así, ó no querré mas á vuestros ojos.

En aquel movimiento, el sombrero de paja cuyas cintas no estaban atadas, se resbaló, llevando tras sí el peine que sostenia aquellos hermosos cabellos castaños, que en desorden cayeron sobre sus espaldas.

Gerfaut pasó la mano con amorosa presteza por detrás de la seductora cabeza colocada sobre su seno, para llevar á sus labios aquella perfumada y hermosa cabellera, y su boca se perdió en ella como en un haz de flores. Cojió al mismo tiempo dulcemente aquel talle ligero y gracioso, que casi parecia pedirle esta caricia; pero fiel observador á sus nuevos principios, aun en este mismo instante no arriesgó un paso mas apasionado. Su brazo enlazaba á Clemencia de

una manera tan insensible, que ella misma se hubiera creido libre, y él no la quería sino con esta condicion. El breviario de los cortesanos y de los amantes consiste en tres cosas, segun dicen: pedir, recibir y tomar. Pedir, es muy dulce; tomar, tiene el atractivo que acompaña siempre al fruto prohibido; pero recibir, es la felicidad misma. Octavio presintió que esta felicidad iba á ser suya. Despues de haber implorado tanto y tan largo tiempo para no obtener nada, usó de cierta especie de coquetería á fin de dejarse querer á su vez. Al cabo de un instante notó que Clemencia se aproximaba aun mas á él. . . . .

. . . . . .

La indecisa luz de la gruta adquiria poco á poco un tono mas misterioso. El sol tocaba ya en el horizonte, y la noche se aproximaba; los rayos de aquel astro que hasta entonces, por decirlo así, se habian filtrado al través de las ramas del sauce llorón, se habian retirado gradualmente, y su pálido reflejo no doraba ya sino las cimas de las rocas. El silencio y la calma fueran mayores si los lejanos ahullidos de los perros que cazaban en lo alto del valle no tragesen á aquel recinto un recuerdo del mundo exterior. Pero aquel ruido era una garantía de seguridad para los amantes; la debilidad progresiva de las voces anunciaba que los cazadores se alejaban mas y mas y con ellos el peligro.

—Clemencia! dijo Octavio con voz conmovida.

La de Bergenheim levantó la cabeza mirándole un instante con asombro.

—Como late vuestro corazon, pobre amigo!

Y en seguida apoyó de nuevo su frente sobre él con la misma gracia del niño que quiere dormirse sobre el seno de su madre. ¿Esperaba calmar por medio de esta cariñosa presion la turbacion de su corazon agitado, ó esperimentaba un placer secreto oyendo la voz interior que á cada latido la decia: Te amo? Cualquiera que fuese el motivo de aquella posicion abandonada, Octavio no se quejaba de ella. Sus errantes ojos parecian pedir un consejo á las mas leves puntas de la roca, á las mas pequeñas matas que alfombraban la gruta. Insensiblemente levantó la cabeza que reposaba sobre su pecho, separó los cabellos de que estaba innundada, arreglándolos al rededor de las sienes con tan extremado cuidado como si todos sus pensamientos se hubiesen hallado reconcentrados en aquel solo objeto. Pero la violencia de su emocion fué mas poderosa que su reserva: estrechó á Clemencia entre sus brazos apasionadamente, diciéndole con una voz apenas inteligible:

—Esta amistad es demasiado cruel! Hacedme morir sino quereis amarme!

Sintióse Clemencia turbada por el acento de aquellas palabras,

tuvo miedo de Octavio y aun mas de sí misma: el peligro era eminente, y reflexionar un instante era sucumbir en él. Probó pues á desacirse de aquel brazo que era para ella un cinturon de fuego; y no pudiendo conseguirlo se dejó caer de rodillas implorando por medio de una súplica inarticulada la piedad de su amante. Al verla postrada de aquella manera, esperimentó Octavio de nuevo una sensacion de ironía y desconfianza. No era aquella la primera vez que le pedian misericordia, sabia por lo tanto cuán lejos está á veces tan alarmante pantomima de las verdaderas impresiones y el estudiado cuidado que ponen muchas mujeres en aparentar la muerte de su virtud á imitacion de los gladiadores romanos. Esta idea le atravesó el corazon como un hierro helado; hubiérase resignado á encontrar tal vez á Clemencia fria, indiferente y desdeñosa; pero suponerla sagaz é hipócrita era un defecto que jamás la podria perdonar. Por una de aquellas raras injusticias en que abundan las imaginaciones exaltadas, creyó desde luego ver un crímen en su debilidad, imajinándose que disminuiría su amor á medida que aumentase el de ella, hallándose como se hallaba deborado por ardientes deseos, hubiera preferido por lo mismo verla tranquila y virtuosa.

—Si cede, decia entre sí, no es sino una mujer como todas las demás, y en este caso no merece ciertamente el año de mi vida que la he consagrado.

Por segunda vez su mirada centellante se fijó sobre la baronesa de Bergenhaeim con una constante tenacidad. Pero ni la mas leve inteligencia acogió semejante signo masónico, ni el menor síntoma de confusion ó de consentimiento confirmó sus dudas. La ironía de su pensamiento no fué comprendida, y este ultraje pasó sin respuesta porque habia sido ignorado. Al estudiar la expresion de aquel rostro levantado hácia él, y cuya verídica pasion era animada por la inocencia, como la llama de una lámpara ilumina con puro fulgor la transparencia del alabastro que la rodea; contemplando aquella mezcla de ternura involuntaria y de púdico espanto; aquel deseo positivo de virtud fluctuando aun en medio de la borrasca de tan peligrosas emociones, y en fin aquella linda flor de castidad que un soplo de amor la postraba á sus rodillas, experimentó una especie de felicidad y de remordimiento al propio tiempo. Avergonzóse de sí mismo, de su desconfianza, de su falsa y desilusoria experiencia, y por último de aquella fatal incredulidad siempre dispuesta á marchitar con su mano la rosa mas fragante. Con la humildad de un carácter cariñoso y elevado pronto á reconocer sus yerros, rindióse pues ante la superioridad moral de la mujer tan perfecta cuando es buena, tan angelical cuando es virtuosa, y que lleva á una exageracion tan sublime toda las nobles prendas del espíritu y del cora-

zon. Experimentó sin esperarlo una de aquellas puras alegrías tan raras en la vida de un hombre de mundo, creyendo en la inocencia de la que amaba. En aquel momento cesó su escepticismo. Su alma entera adoró á Clemencia arrojando lejos de sí sus infernales ideas.

Octavio aproximó segunda vez sus labios con nuevo entusiasmo á aquel manantial, en cuyo fondo habia hallado en vez de un reptil la frescura de una rosa, y bañó su pasion en aquella cristalina ola para recobrar de este modo el sosiego que en aquel momento le era tan necesario. Adivinando cuidadosamente los pensamientos y las palabras de Clemencia á fin de que nada turbase á la que él creia digna de todos los homenages de su respeto, fué el primero en volver la conversacion á una expresion apacible y moderada. La parte que Clemencia le habia concedido, y de la que ella misma le habia hecho soberano, tenia estrechos límites; pero tan pequeño era aquel reino para un corazon inteligente? En vez de estrellarse contra unas barreras que ya sabia él no eran inaccesibles, cifró todas las sutilezas de su talento en adornar su conquista. Contentóse pues con la amistad que le concedian; pero usó de ella con tanta dulzura, con tanta intimidad que apenas podia echarse de menos al amor, y se penetró tanto de su papel, fueron sus expresiones tan cariñosas, su voz tan dulce, y calmaron sus ojos con un fluido tan apacible sus ardientes rayos, que si el corazon de Clemencia no le hubiese pertenecido hacia ya largo tiempo, lo hubiera conquistado en aquel dia.

Por un sentimiento natural á las mujeres, cuyo gesto es siempre mas elocuente que la palabra, y que introducen manosamente en su posicion como declaracion vedada á su lenguaje, habia permanecido Clemencia de rodillas, aun cuando el peligro que le habia dictado aquella actitud hubiese desaparecido. Suspensa el alma, atenta solamente á las palabras de Octavio, se entregaba de lleno á la dicha de amar, sin cuidarse de las horas que corrian, de la completa oscuridad que reinaba ya en la gruta, ni de los peligros á que á cada instante se hallaba espuesta. Los lejanos ecos de las cornetas de caza la despertaron por último, advirtiéndola su imprudencia. Levantóse al fin, haciendo un repentino esfuerzo, y ató sus cabellos con una precipitacion llena de inquietud.

—¿Me negareis aun uno de esos rizos como recuerdo de esta hora celestial? le dijo Octavio deteniéndola dulcemente la mano en el momento en que iba á ponerse el peine.

—¿Lo necesitais para acordaros? respondió Clemencia lanzándole una mirada que no era negativa ni afirmativa.

—Quiero el recuerdo en mi corazon y vuestros cabellos sobre él: vivimos en un siglo indigno, y no pudiendo hacer alarde de vuestra librea, deseo sin embargo llevar un signo de mi esclavitud.

—Caballero mio! dijo ella con cierta ternura mezclada de orgullo.

De nuevo dejó desarrollar sus cabellos, y quedóse en seguida como indecisa pensando en la manera de egecutar su graciosa intencion.

—Con todo, yo no puedo cortarlos con los dientes, replicó con sonrisa.

Octavio sacó entonces de su bolsillo un puñal cuya cortante hoja igualaba á la de un sable damasquino.

—¿Para que llevais siempre ese puñal? preguntó la jóven con alterada voz; un terror involuntario se apodera de mi cada vez que os veo semejante arma en la mano.

—No teneis nada que temer, dijo Gerfaut sin responder á aquella pregunta, respetaré la cabellera que os sirve de corona. Ya sé por donde debo cortar, y si mi ambicion es grande, mi mano será discreta.

La de Bergenheim no tuvo confianza en semejante moderacion, y temerosa de poner á discrecion de su amante sus hermosos y abundantes cabellos, tomó ella misma el cuchillo, cortó un rizito que atusó en seguida con sus dedos, y lo ofreció á Octavio con un gesto amoroso que duplicaba el precio de aquella dádiva.

En aquel mismo instante los sonidos de las cornetas se oyeron de nuevo á una cercana distancia.

—Es preciso abandonaros, exclamó Clemencia, dejadme marchar; decidme adios.

Adelantóse hasta él presentándole su frente para recibir aquella despedida. Pero sus labios encontraron los de Octavio; rápido y fugitivo como el relámpago fué este beso, y escapándose de aquellos brazos que aun querian detenerla, se lanzó fuera de la gruta, y desapareció en un instante por entre las escabrosidades del terreno.

Permaneció Gerfaut un gran rato en el mismo sitio sumergido en aquella especie de fatiga que esperimenta el alma siempre que ha disipado en vivas emociones una gran parte de su sensibilidad ó de su enerjía, hasta que abandonando por último aquella penosa languidez trepó por la roca por donde habia bajado, á fin de ganar la superficie de aquel escarpado terreno. Pero á los pocos pasos se detuvo horrorizado como si hubiese visto levantarse delante de él algun venenoso reptil.

A lo último de la entrecortada roca, entre la espesura de los abellanos y oxicautas con que la cúspide de la montaña se hallaba coronada, apercibió á Bergenheim, inmobil y encorbado, en la actitud de un hombre que procura ocultarse para observar mejor lo que desea. Como las miradas del baron no se dirigian hácia el lado en que se hallaba Octavio, no pudo este adivinar si era él ó no el objeto de aquel espionaje, ó si la disposicion del terreno permitia á Cristian

descubrir á la baronesa que á la sazon debia encontrarse en la calle de plátanos. Indeciso acerca de lo que debia hacer, permaneció tambien inmobil, medio acostado sobre la roca, una de cuyas prominencias podia ocultarle á la vista del baron, caso de que no le hubiese apercibido de antemano.

(Se continuará.)

INTERESES MATERIALES (1).

CAMINOS.—RIOS NAVEGABLES.

Artículo 1.°

Mucho interés ofrecen hoy las cuestiones políticas, mas no por eso hemos de olvidarnos de las mejoras materiales que exije poderosamente el estado de la nacion. Por espacio de diez años hemos debatido una cuestion dinástica y otra de libertad, quedando entre tanto abandonados muchos puntos tocantes á la prosperidad pública, al fomento de la riqueza, y al verdadero progreso del pais. Cansado el pueblo de estas luchas, hasta cierto punto estériles, pues que han influido escasamente en su bienestar, quiere bienes positivos, reformas materiales; y aquel gobierno que se las dé mas cumplidas, será el que alcanzará mayor gloria, y el que logrará consolidarse en España. Hemos dicho que la revolucion ha sido estéril, nada mas que hasta cierto punto, porque no desconocemos las ventajas materiales que tambien ha producido, las cuales dan hoy ya sus frutos en el desarrollo de la riqueza nacional. Preciso es confesar que la supresion del diezmo, y la desamortizacion civil y eclesiástica han mejorado y ensanchado el cultivo, hecho crecer considerablemente la produccion, y llevado muchas pro-

(1) Aunque este escrito ha visto ya la luz pública en el Globo, ha sido en diferentes trozos, y formando varios artículos con el carácter propio de las publicaciones diarias. Es de tanta importancia el asunto tratado en él, que hemos creido conveniente retocarlo y arreglarlo para la Revista de Madrid, formando un solo artículo.

vincias, sobre todo las de Andalucía, á un grado de prosperidad incalculable. ¡Pero cuán poco es esto comparado con lo que la revolucion bien dirigida hubiera podido hacer! ¡Cuán poco si se atiende á lo mucho que esperaba el pais de sus legisladores y de su gobierno en el año de 1834!

Si examinamos atentamente la historia de nuestras vicisitudes políticas; si analizamos los motivos que animaban á la mayor parte de los que han promovido aquellas reformas económicas, hallarémos que al decretarlas han pesado mas en su ánimo preocupaciones antiguas, ódios inveterados contra las clases á quienes iban á perjudicar inmediatamente, y el deseo de satisfacer pasiones políticas del momento, que las graves razones de conveniencia pública, la fria conviccion de una verdad económica, y el alto propósito de centralizar la administracion, y dar fuerza al gobierno. Pero es ley de las revoluciones que los que en ellas toman parte, produzcan el bien sin saberlo, ó por motivos distintos de los que á los mismos animan, y la nuestra se parece bajo esta relacion á todas. Cuando los progresistas amotinados pedian la supresion del diezmo y de los mayorazgos, y la venta de los bienes eclesiásticos, hacianlo mas bien por ódio á las clases privilegiadas, que por la consideracion de las ventajas económicas y aun políticas que debia producir tal mudanza. De la misma manera que cuando los revolucionarios de 93 proclamaban la república una é indivisible, contribuian sin saberlo á la grande obra de la centralizacion política, y de la unidad de la Francia.

Creemos que las grandes cuestiones políticas deben considerarse resueltas entre nosotros, á pesar de que todavía quedan por tocar algunas de interés secundario, tales como la ley electoral, la de milicia nacional y la de libertad de imprenta. Pero ni estas reformas deben dar motivo á que las cuestiones revolucionarias, por las cuales se ha derramado tanta sangre, vuelvan á tratarse, ni menos deben ellas embarazar el que las cuestiones de intereses materiales sean

ventiladas con la amplitud, con la profundidad, con el empeño convenientes.

Entendemos por intereses materiales todos aquellos que tienen relacion inmediata con el progreso de la riqueza y de la prosperidad pública. Así todas aquellas cuestiones que tienen por objeto el fomento nacional, son cuestiones de intereses materiales. Son medios de conseguir dicho objeto, ó tienden á favorecer la produccion industrial, proporcionando salida á sus frutos, ó á aumentarla aplicando á ella numerosos capitales, ó á perfeccionarla procurando la instruccion de las clases laboriosas; de donde se deduce que son tres los medios de fomentar los intereses materiales: las vias de comunicacion, las instituciones de crédito, y la instruccion especial de las clases trabajadoras.

Las vias de comunicacion proporcionando fácil salida á los frutos, hacen necesario el aumento de la produccion, y abaratan el precio de aquellos, sin que mengüen por eso las utilidades y por consiguiente el bienestar del obrero. Las instituciones de crédito no multiplican en realidad los capitales, pero sí su efecto aplicado á la produccion, puesto que por ellas un capital efectivo puede estar empleado á la vez en su totalidad en varias especulaciones, cada una de las cuales produce un interés proporcionado á toda la suma efectiva. La instruccion especial de las clases obreras hace que tengan pronta y cumplida aplicacion á la industria los descubrimientos de las ciencias exactas y naturales, y por consiguiente que se produzcan mejor y en menos tiempo y con mas economía aquellos artefactos que antes exigian mas desembolsos y mas trabajo, siendo sin embargo mas imperfectos.

No es ahora nuestro propósito exponer detenidamente la teoría económica que tiene relacion con cada uno de estos puntos; pero sí manifestar el estado en que se encuentran los intereses materiales de España, y lo que debe hacer el Gobierno para fomentarlos.

No harémos comparaciones desventajosas de nuestra si-

tuacion económica con la de Inglaterra, de los Estados-Unidos ó de Francia, ni nos admirarémos de la gravísima diferencia que existe entre esas naciones y la nuestra sobre los puntos de que tratámos, porque estas diferencias son harto notorias, y tienen una explicacion muy natural no menos sabida. Esas naciones no sufrieron como la nuestra tres siglos de inquisicion, que detuvieron el progreso humano, y paralizaron la civilizacion en nuestro suelo: esas naciones no han menoscabado su grandeza ni debilitado la enerjía del espíritu nacional, manteniendo entre las diversas partes de su territorio una division perniciosa y á veces un odio y una hostilidad constantes: esas naciones, en fin, han tenido en todo el presente siglo gobiernos sabios y emprendedores que han sabido conciliar perfectamente sus intereses políticos y hasta personales con los intereses positivos del pais. Pero ¿qué es lo que ha favorecido en España el fomento de la prosperidad nacional desde la muerte de Carlos III? ¿Acaso el gobierno ignorante y corrompido de Carlos IV? ¿Por ventura el levantamiento de 1808? ¿los extravíos políticos de los legisladores de Cádiz? ¿la administracion estúpida y perseguidora de la restauracion de Fernando VII? ¿el gobierno constitucional revolucionario de 1823? ¿el reaccionario apostólico de Calomarde? ¿el régimen de asonadas y pronunciamientos que dura todavía desde 1834? Bien se vé que en todos estos aciagos períodos no debe de haber sido el fomento de los intereses materiales lo que mas haya llamado la atencion del Gobierno: bien se vé que hombres ignorantes, apasionados, rencorosos, anarquistas ó imposibilitados por la fuerza de las cosas de administrar el pais con fortuna, no han debido contribuir en gran manera á aumentar la prosperidad nacional. Por el contrario en las naciones que hemos citado: en Inglaterra una aristocracía entendida, poderosa y que marcha con su siglo, ha conservado durante este tiempo el influjo que le corresponde en el gobierno del pais, y como cuerpo que no muere, ha sido superior á las vicisitudes políticas, y comunicado á su pa-

tria todos los medios de accion y de adelantamiento que ella posee. Francia ha tenido á Napoleon, cuyo nombre solo basta para explicar sus progresos; y los Estados-Unidos han contado con un pais vírgen, dispuesto á recibir toda especie de reformas, con la ilustracion y saber de la civilizacion inglesa, y con las buenas tradiciones que les habian dejado sus dominadores. ¿Cómo es de extrañar que estos estados posean grandes vias de comunicacion, instituciones numerosas de crédito, y una instruccion industrial á la altura de los mayores progresos de la ciencia?

Al dar una ojeada sobre España, se vé que las vias de comunicacion son insuficientes, no solo para dar salida á la produccion de que su suelo es susceptible, sino á la que existe hoy sin esfuerzo de sus naturales. Apenas se ha abierto ninguna nueva carretera desde el reinado de Carlos III, único monarca que ha hecho algo por el fomento de la prosperidad nacional desde los últimos que reinaron de la casa de Austria. Aun muchas de las que se abrieron en aquellos estan deterioradas, y los caminos provinciales y vecinales son casi nulos, puesto que apenas los hay transitables para ruedas. Las obras de canalizacion, que con tanto empeño se prosiguieron bajo el mismo reinado, estan hoy tambien paralizadas, y son en su mayor parte inútiles para el trasporte de las mercancías. Resulta de aquí, que los frutos de lo interior del reino tienen que consumirse en el mismo lugar en que se producen, ó que pudrirse en los almacenes: que los de las costas no van al interior sino con gastos enormes, ó no les queda mas salida que la incierta todavía para el extranjero. Esta escasez de consumo paraliza ó mengua la produccion, la hace mas imperfecta, y ocasiona esa miseria proverbial de las provincias de lo interior de España.

Aunque no tan deplorable, lo es mucho, sin embargo, el estado de nuestras instituciones de crédito. Dos bancos existen hoy que pudieran fomentar grandemente las especulaciones industriales, si no estuviesen ambos en Madrid, cu-

yas circunstancias naturales favorecen muy poco el desarrollo de la industria. Faltan estas instituciones en aquellas provincias mas ricas en elementos industriales, y donde pudiendo tener los frutos abundante y fácil salida, fuese la produccion de ellos susceptible de un casi ilimitado incremento.

El estado de la instruccion especial de las clases industriales es aun mas lastimoso, puesto que casi puede decirse que no existe. Hay, en verdad, ingenieros hábiles, pero muy escasos en número: estos conocen teóricamente todos los progresos hechos en las artes; pero aun no han logrado aplicarlos, porque luchan con la ignorancia y las preocupaciones de los obreros subalternos, los cuales, una vez aprendido rutinariamente su oficio, ni conciben siquiera la posibilidad de que lo que saben esté sujeto á mudanzas.

Estos males gravísimos exijen pronto y eficaz remedio, el cual, si bien tiene que ser lento, no es por eso menos posible. Necesario es que el Gobierno constitucional aspire á consolidarse buscando este remedio. A él debe su existencia el trono de Luis Felipe: por el grande incremento que han tenido en Francia los intereses materiales, ha echado ya hondas raices el Gobierno de julio. ¿Y qué título es mas legítimo que éste para merecer la confianza y el amor de los pueblos?

Los medios de comunicacion en España estan en el atraso mas deplorable, y el Gobierno tiene mucho que hacer, no solamente para llevarlos al grado de adelantamiento en que se hallan en otras naciones, sino para mejorarlos hasta el punto que bastan escasamente para sacar de nuestra actual riqueza el fruto de que este naturalmente es susceptible. ¿Cuál es el estado actual de los caminos de España? ¿cuál el de sus canales? ¿cuál el de su marina mercante? ¿cuál el de su navegacion de cabotage?

Tenemos en España algunas buenas carreteras, obra, muchas de ellas de los reinados de Fernando VI y de Carlos III; pero mal conservadas, parte por la incuria de la

administracion, parte porque carecemos de una buena legislacion de caminos. Para conservarlos se establecieron hace tres años peones camineros, y aunque esta institucion ha contribuido algo á mantener los caminos en mejor estado que antes tenian, no ha dado sin embargo el resultado que debia esperarse de ella. Indolentes y mal vigilados los peones camineros, descuidan los trabajos de limpieza y reparacion que les estan encomendados, deteriorándose ahora las carreteras poco menos que cuando tal institucion no existia. Las leyes que en otros paises determinan el peso que puede permitirse á los carruajes y la anchura que deben tener sus llantas, contribuyen eficacísimamente á la conservacion de los caminos; porque estando calculado el peso que sufren estos sin deterioro, y la proporcion en que está la incision de las ruedas con la anchura de su llanta, claro es, que el medio mas conducente para que los carruajes hagan el menor efecto posible sobre el terreno por donde pasan, es determinar el máximum de su llanta y de su peso. Una y otro son tales que en nada perjudican al interés individual, consiguiendo sin embargo el objeto; y aunque así no sucediese exactamente, justo sería que el interés individual cediese al general de la administracion y del procomun. Pero en España no existen semejantes leyes: todo carruaje puede llevar cuanto peso quiera su dueño, y cada uno construye sus ruedas como mejor se le antoja. Resulta de aquí que al pasar algunos de aquellos dejan surcos inmensos sobre nuestros caminos; el peon que debiera repararlos los abandona, y en poco tiempo suele hacerse casi intransitable el camino mejor construido. Al Gobierno toca únicamente reparar estos males gravísimos: á él corresponde únicamente organizar mejor la institucion de los peones camineros, y proponer á las Cortes las leyes que hacen falta sobre esta materia.

Aun es mucho mas deplorable el estado en que se encuentran los caminos provinciales y vecinales. En este punto es grande y costosa la obra de la administracion. Pro-

vincias hay limítrofes que apenas tienen comunicacion entre sí. En este caso se hallan entre otras muchas las provincias de Extremadura y Andalucía: ricas ambas en produccion, y falta la primera de salida para sus copiosos frutos, pues que tiene que hacer á lomo casi todos sus trasportes. En caso muy semejante se hallan casi todas las provincias de España: todas necesitan hacer ó mejorar sus recíprocas comunicaciones, y aunque las obras de esta clase no son las mas brillantes, son hoy las mas necesarias.

Nada recordamos que prevengan las leyes sobre la manera de contruir estos caminos, y la administracion tampoco ha hecho nada para suplir la falta de los legisladores. Mas siguiendo los principios generalmente admitidos en las naciones mas adelantadas, deben concurrir á la construccion de los caminos provinciales en partes proporcionadas las provincias que los han de disfrutar mas inmediatamente y la administracion: aquellas por el mayor beneficio que van á reportar, esta por lo que gana con tales obras el procomun. Así es que en nuestro concepto debería el Gobierno establecer únicamente las bases generales en que habia de fundarse la construccion de estos caminos, y luego los jefes políticos cada uno en su provincia buscaría los medios mas adecuados de proveer á sus costos en la parte que debiera caber á sus administrados.

Por distinta regla debieran ejecutarse los caminos vecinales, pues que gozando los pueblos por donde pasan casi exclusivamente de sus beneficios, de ellos deben ser tambien los gastos de su construccion. Por lo tanto, no toca al Gobierno y sí á las autoridades locales el cuidado de promover estas obras.

No entramos á averiguar cuál sería el medio mas cómodo y fácil para cada provincia de contribuir á los gastos de sus caminos, y si el sistema inglés sería preferible al francés, ó vice-versa; porque repetimos, que sobre este punto no pueden establecerse en España reglas generales. Provincias hay, donde convendrá una derrama en metálico; otras

donde sería mejor imponer á sus colonos y propietarios una contribucion proporcionada de peonadas; otras en fin, donde de acuerdo la administracion local con el Gobierno, deberían ceder á una empresa particular la construccion de sus caminos, mediante un portazgo módico por cierto número de años, etc. Así es, que los jefes políticos deberían informar ampliamente al Gobierno sobre los medios mas adecuados en sus respectivas provincias, para establecer sus comunicaciones, y prévia su autorizacion ejecutar las obras.

No deja de ser, sin embargo, cuestion delicada el determinar qué parte puede cederse en estas obras al interés individual sin menoscabo de los intereses públicos, y con qué condiciones. Recientemente se ha discutido en Francia este punto importantísimo con motivo de la construccion de los caminos de hierro, y de su luminosa discusion no han dejado de resultar interesantes verdades. Dejar exclusivamente al Gobierno la construccion de toda clase de obras, es aventurado; porque sabido es que los gobiernos no suelen ser buenos fabricantes. Encomendarlas exclusivamente á compañías de particulares, no deja de ser tambien peligroso; porque los especuladores no se proponen nunca levantar monumentos de gloria, sino de propia utilidad; y no miran, por lo tanto, el interés de lo futuro, sino al de lo presente, y en ello primero el suyo y despues el del comun. Los que sostienen esta manera de ejecucion de las obras públicas se fundan, sin embargo, en principios económicos muy ciertos, aunque falsificados por la exageracion. El interés individual, se dice, es mas activo, mas vigilante, mas entendido que el Gobierno en esta clase de obras: los que tratan con él no le engañan, y ni se perjudica por favorecer á otros. Así es, que si las obras públicas han de hacerse sólida y económicamente, es preciso encomendarlas al interés de los particulares. Todo esto es cierto; pero el sistema de que se trata, tiene, sin embargo, sus inconvenientes; ó tiene, como dicen los franceses, los defectos de sus

cualidades. El interés individual es mas activo y vigilante en favor suyo que en el del procomun: su mayor ganancia consiste en su economía; pero esta cede muy fácilmente en perjuicio del público: nadie le engaña; pero por lo mismo es muy posible que él intente burlar los intereses comunes: es inteligente, ¿pero quién asegura que su inteligencia no se aplicará mas en provecho propio que en el del Estado? Se dirá, quizá, que en el caso de que tratamos se identifica el interés individual con el público; pero esto no es enteramente cierto, porque el primero aspira á realizar la mayor ganancia en el menor tiempo posible, y el segundo consiste en que las obras tengan la mayor perfeccion, solidez y duracion que pueda alcanzarse.

Pero como se puede combinar en la construccion de las obras públicas la intervencion del Gobierno con la accion de los particulares, no es difícil conseguir las ventajas de ambos sistemas sin ninguno de sus inconvenientes. En esta combinacion el interés individual cuida de la economía y pormenor de la obra: el Estado vigila su construccion y procura su solidez: el primero representa el interés presente, el segundo cuida del interés futuro: la obra resulta barata, porque tal es el interés de los particulares á quienes está encomendada; y resulta sólida y duradera, porque el Gobierno la dirige ó inspecciona.

Estas reflexiones que aplicamos ahora á la construccion de los caminos, tienen igualmente lugar en casi todas las obras públicas que deben emprenderse, y así es que cuando tratemos de ellas, seguiremos abogando por este sistema. Y es tanto mas necesario acudir á él, cuanto que el estado de nuestra Hacienda no permite tampoco al Gobierno acometer por sí solo ninguno de los grandes trabajos que se necesita emprender para abrir nuevos caminos, hacer canales, etc. Tendrá que acudir á los particulares, y si fiase á ellos exclusivamente su construccion ó la administracion de sus productos, que han de servir para indemnizarlos, no solamente padecerían los intereses públicos, sino que el

mismo Gobierno se desprendería del grande influjo que habrán de darle estas mejoras.

Palpable es el atraso en que se halla tambien en España la navegacion interior, y siendo al mismo tiempo pocos y malos los caminos, natural es que nuestros medios de comunicacion sean mas difíciles y costosos que en ningun pais de Europa. Las causas de este atraso consisten, unas en la naturaleza física del pais, otras en la incuria del Gobierno. España es un pais naturalmente seco á causa de la naturaleza calcárea del suelo, el calor del clima y la casi completa destruccion de sus bosques y plantíos. Los rios corren profundamente encajonados y con suma rapidez por entre escarpadas montañas, por lo cual son rara vez navegables, y apenas permiten tampoco las sangrías necesarias para el riego de las tierras. Sus cauces estan interrumpidos ademas por multitud de bancos de arena, y la poca profundidad de su embocadura no consiente el establecimiento de buenos puertos.

A estos obstáculos naturales para la navegacion interior júntanse los que opuso el Gobierno abandonando muchos acüeductos edificados por los romanos; dejando perderse los depósitos de aguas de las montañas, y casi todos los canales de riego construidos por los árabes; olvidando asimismo la obra de canalizacion que empezó Cárlos I, y continuaron casi todos los monarcas sus sucesores hasta Carlos IV; no cuidando de vencer con el auxilio del arte los poderosos inconvenientes que ofrece la navegacion por nuestros rios, y no alentando siquiera á los particulares á emprender por su cuenta las obras de esta clase mas necesarias.

Resultado de todas estas causas ha sido que nuestros rios no son navegables sino en las cercanías de sus desagüaderos; que aun en estos parajes está sujeta la navegacion á todos los accidentes naturales del tiempo y de las avenidas; que de los canales empezados no se saca apenas ninguno beneficio excepto el de riego en un territorio muy reducido, y que tambien existen desaprovechados los golpes de agua que se

crian en nuestras montañas. Así es que, aunque aquellas no abunden tanto en España como en otros paises, pudiera emplearse útilmente la que existe, y aun sacar de ella considerable partido para el fomento de nuestra riqueza; pero en vez de suceder así, puede decirse por el contrario que carecemos casi absolutamente de navegacion interior.

Bajo la dinastía de la casa de Austria hizo el Gobierno laudables esfuerzos por establecer esta especie de navegacion. Vivía en tiempos de Felipe II un ingeniero célebre llamado Antonelli, el cual no solamente proyectó grandes obras públicas, sino que acabó una muy importante. Incorporado entonces Portugal á España, quiso aquel monarca facilitar la comunicacion entre ambos reinos, y Antonelli practicó grandes obras en el Tajo, con cuya ayuda hubo de hacer navegable este rio, puesto que por él se hicieron dos expediciones hasta el reino vecino. Pero alguna de sus obras hubo de arruinarse al poco tiempo; Antonelli murió á la sazon, y en adelante nadie volvió á intentar la empresa. Tambien en el mismo tiempo se practicó un reconocimiento en el Guadalquivir con objeto de habilitar su navegacion, aunque nunca llegó á comenzarse la obra.

Ocho son los principales rios de España, todos inútiles en su mayor parte para el trasporte, á pesar de componer entre todos un curso de aguas de 726 leguas. De ellos unos pueden ser habilitados para la navegacion, y otros son absolutamente inútiles para este efecto. Como aun no se han practicado los reconocimientos necesarios para saber hasta qué punto son susceptibles muchas de esta especie de obras, y tampoco han visto la luz pública los pocos trabajos que existen sobre esta materia en los archivos del Gobierno, nadie puede decir á cuánto se extendería en España la navegacion fluvial, si se invirtieran en ella los capitales necesarios. Ignoramos, pues, las provincias que pueden comunicarse entre sí por medio de los rios, excepto las pocas por donde pasa el Tajo, el Duero y el Guadalquivir, únicos de los que sabemos se han hecho reconocimientos escrupulo-

sos. Así es que para establecer un buen sistema de navegacion interior hay que resolver antes un problema de suma importancia, á saber: cuántas leguas de las 726 que componen los rios de España pueden habilitarse, cuántos serían los costos de esta obra, y cuáles sus ventajas para el fomento de la riqueza. Por el resultado de este trabajo podrá saberse: 1.º las líneas de navegacion que conviene establecer por medio de los rios: 2.º las que se deberán abrir por canales: 3.º las que son mas urgentes, menos costosas, y deben empezarse primero.

A fines del año pasado una empresa particular contrató con el Gobierno la habilitacion del Tajo, cuya obra le fué adjudicada sin prévia licitacion, y bajo condiciones en nuestro concepto poco favorables á los intereses públicos. Estipulóse en este contrato: 1.º el tiempo en que habia de darse concluida la obra; 2.º la vigilancia del Gobierno sobre ella; 3.º el tiempo que habia de durar el privilegio exclusivo de la navegacion; 4.º la tarifa por que habia esta de regirse. Mas todo esto se acordó, segun tenemos entendido, sin conocimiento de causa, pues la base indispensable de tal convenio debia ser: 1.º el reconocimiento del rio; 2.º el cálculo de los costos que tendría su habilitacion: operaciones que debió practicar el Gobierno por su cuenta, y sin las cuales era imposible determinar préviamente las condiciones equitativas del convenio. Nada de esto se hizo, y sin embargo el empresario se obligó á dar concluida su obra en cuatro años, antes de saber la que el rio necesitaba, y se comprometió asímismo á hacer los trasportes por cierta tarifa, antes de calcular los costos de la obra, y la cantidad aproximada de dichos trasportes, y antes aun de tener formada la sociedad que habia de anticipar los fondos. No censuramos nosotros en manera alguna á los particulares que hicieron semejante contrato; pero sí al ministro que decidió tan ligeramente una de las cuestiones mas importantes sobre obras públicas. Lo que el señor Caballero resolvió de una plumada, es asunto en otros paises

de menudos informes (*inquiring*), y largas y profundas discusiones en los Parlamentos. Sin garantía de ninguna clase; sin licitacion ni conocimiento de causa, se puso en manos de un particular una de las obras mas importantes, y que mas afectan los intereses materiales de España: se monopolizó la navegacion de un rio; se autorizó la corta de maderas, y se fijó una tarifa de trasporte. Y para hacer mas palpable el yerro, no se publicó el dictámen de la direccion de Caminos, y ni siquiera precedió un considerando á la real órden que adjudicaba la obra. No queremos decir con esto que el Gobierno se haya efectivamente perjudicado, pues estando tan á oscuras como él de antecedentes, no lo sabemos; pero sí que no ha tomado las providencias necesarias para asegurarse de la equidad de la estipulacion. Muy breve será si se quiere el plazo de treinta años que debe durar el privilegio exclusivo de la navegacion; pero ¿cómo puede esto saberse sin calcular antes el desembolso de que deberán indemnizarse los empresarios, y al cual sirve de estímulo aquel privilegio?

Los vicios radicales de este contrato ha venido á confirmarlos la experiencia. Ocho meses hace que la GACETA lo publicó, y nada sabemos todavía del resultado. No solamente se ignora que el reconocimiento del Tajo haya tenido principio, sino que ni siquiera se sabe si ha llegado á formarse la sociedad empresaria. Entre tanto se ha impedido á otros capitalistas intentar el negocio, y el Tajo sigue siendo cada dia menos navegable. ¡Cuán diferente sería el resultado si el Gobierno hubiese obrado con menos ligereza! si en vez de aceptar proposiciones sin conocimiento de causa hubiese mandado practicar un reconocimiento en el rio, y formar el presupuesto de sus obras y de sus productos posibles. Sacando despues á subasta pública las obras, muchos capitalistas se hubieran apresurado á interesarse en ellas. Conocido el capital que esto exige, y aproximadamente sus utilidades, acudirian á adelantarlo muchos que no lo solicitan hoy porque no conocen el negocio,

y el resultado de esta licitacion sería altamente beneficioso para el pais que ganaría en ello un rio navegable y el trasporte de sus mercaderías por ínfimo precio.

Pero de cualquier modo la habilitacion del Tajo debe ser obra costosa y difícil. Con poca razon colocaron los poetas los Campos Elíseos en las márgenes de este rio, pues no se ven en ellas sino rocas escarpadas que parecen cortadas á pico, una campiña árida é inculta, abrasada por los ardores del sol, cuando el soplo de los huracanes no levanta nubes de polvo rojizo, y un territorio pobre y selvático á excepcion de los valles de Aranjuez y de Talavera. La corriente es por lo general impetuosa, estrecha é interceptada á cada paso por obstáculos naturales, y el agua turbia y casi siempre cenagosa. Hoy la disposicion de sus orillas impide el paso de las barcas, y por eso no es navegable hasta Villabella, nueve leguas mas arriba de Abrantes en Portugal. Difícilmente llegan las barcas hasta el último punto; y solo á tres leguas de él es donde el rio se extiende algun tanto, y permite bordear á los barcos, sobre todo cuando estan altas las aguas. En la villa de Alhandra es ya el Tajo una especie de golfo, cuya anchura no baja de una legua y media; y sigue siendo navegable hasta perderse en el Océano Atlántico.

Mas en las provincias de Madrid, Toledo y Extremadura tiene el Tajo para su navegacion todos los inconvenientes que hemos dicho, mas los que nacen de las azeñas ó azudes que lo embarazan. Nosotros, que ni somos ingenieros, ni tenemos los datos necesarios, no podemos calcular con acierto sobre la naturaleza de las obras que deben practicarse, ni su coste; mas uno y otro dependerán del desnivel natural que tenga el rio, de la magnitud de los obstáculos que cortan su corriente, del número de sus bajos y de la disposicion natural de sus orillas que, como hemos dicho, es muy poco favorable.

No se han fijado bien en la contrata de que hablamos las atribuciones del Gobierno sobre la direccion de las obras,

y este es un punto del mayor interés. Dícese en el convenio, que la compañía «se sujetará á la inspeccion y vigilancia de los ingenieros del Gobierno en el curso de la ejecucion de las obras, en todo lo relativo á su policía, conservacion y reparacion;» pero no es esta suficiente garantía de que el interés público no sea perjudicado por el individual, y aun admitiendo el sistema de confiar la ejecucion de las obras públicas á compañías particulares, es conveniente que el Gobierno tenga en ellas mucha mas intervencion. El interés de las compañías es momentáneo, pues no dura mas tiempo que su monopolio: el interés del Gobierno dura tanto como la sociedad: aquellas estarán siempre por dar á sus obras la perfeccion que baste para conservarlas el tiempo que dure su privilegio: este aspirará á dirigirlas de la manera mas provechosa para el procomun en un espacio ilimitado de tiempo. Así es que no basta en nuestro juicio que el Gobierno se reserve la facultad de inspeccionar los trabajos en lo relativo á su policía, reparacion y conservacion, sino que debia haber estipulado expresamente la direccion de la obra; esto es, debia haber determinado los trabajos que hayan de practicarse para dejar habilitada la navegacion, además de su inspeccion y su vigilancia sobre ellas. Así estaría seguro el Gobierno, no solamente de que las obras se hacian en regla, sino de que estas mismas obras eran las mas adecuadas y convenientes. Quedando al arbitrio de la compañía el determinar los trabajos necesarios, podrá no emprender sino aquellos que basten para hacer su negocio, y el Gobierno no podrá impedirlo, porque sus facultades se extienden únicamente á vigilarlos. Con decir esto, no ponemos en duda la buena fé de la compañía, ni es nuestro ánimo hacerla sospechosa al público; pero los gobiernos, al contratar con los particulares sobre intereses públicos, no deben tener en cuenta la calidad de las personas con quienes negocian, sino las condiciones propias de los contratos.

Las ventajas de la navegacion del Tajo son en este mo-

mento incalculables, si bien puede decirse que las provincias de Madrid, Toledo, Guadalajara y Extremadura serían las mas beneficiadas por ella. Las lanas, aceites y cereales de esta última provincia hallarían así una salida fácil y barata de que hoy carecen: en las provincias de Toledo, Guadalajara y Madrid se fomentarían otras industrias que hoy estan al nacer, y no pueden desarrollarse por falta de comunicaciones: los granos de Castilla no se pudrirían en los almacenes, y en el interior de España se disfrutarían con mas baratura los géneros extranjeros, que, ó tienen hoy poco uso, ó se introducen fraudulentamente. Esta navegacion estrecharía los vínculos de alianza entre las dos naciones peninsulares, y acercando, si así puede decirse, la corte á la frontera, ligaría entre sí multitud de provincias que apenas tienen hoy mancomunidad de intereses. Extremadura se uniría con parte de Castilla, haciendo en estas provincias caminos poco costosos que condujesen hasta el Tajo: Portugal con la Mancha: cruzaríanse frecuentemente las producciones de estos territorios, y lo que es aun mas importante, nuestros frutos del interior podrían ser trasportados por agua hasta el Océano, y por consiguiente con suma rapidez, facilidad y baratura.

Consecuencia sería tambien de la navegacion del Tajo, el acomularse en sus márgenes una poblacion industriosa, estableciendo multitud de pequeños puertos que darían un gran impulso al cultivo y á las artes. En este caso, aun sin que el Gobierno lo promoviese, cosa que por cierto no esperamos, abriríanse acequias de riego que fertilizarían los áridos campos de las orillas, y multiplicarían la produccion de una manera prodijiosa. ¿Quién puede calcular en fin las ventajas económicas que traería para toda España, la realizacion de este proyeto? ¿quién puede prever las nuevas industrias que surjirían de su suelo, el aumento de su poblacion y la cantidad en que se aumentaría su riqueza?

En el año de 1840 estuvo á punto de declararse la guerra entre Portugal y España con motivo de una cuestion gra-

vísima que dió lugar á sérias contestaciones entre ambas cortes, á multitud de notas diplomáticas, y hasta un movimiento de tropas hácia la frontera. Esta cuestion era la de la navegacion del Tajo. Pocos años antes se habia estipulado entre ambos gobiernos la libertad de la navegacion por dicho rio para españoles y portugueses con sujecion al reglamento que de comun acuerdo y para el mismo efecto se estableciese. Mas el gobierno de Portugal hubo de temer que esta concesion hecha á los españoles perjudicase á la industria y comercio de su pais, y con objeto sin duda de fomentarlos, opuso mil obstáculos al cumplimiento de lo pactado, pretendiendo limitar en el reglamento el espíritu del convenio primitivo. Los comisionados del gobierno español no pasaron por estas restricciones; las conferencias entre estos y los comisionados portugueses se dieron por terminadas, y el gabinete de Madrid, dejando la via de las negociaciones, pasó á la de las amenazas. Pero la Inglaterra tenia sobrado interés en impedir un rompimiento; interpuso su mediacion; el gabinete de Lisboa cedió, y el reglamento pudo al fin decretarse conforme al espíritu del primer tratado.

¿Cuál era el interés de España en esta negociacion? ¿Cuál el de Portugal? ¿Qué efectos ha producido el convenio? Establecida la libre navegacion del Duero, los frutos españoles, sobre todo los del interior, cuya produccion es la mas barata, competirían con los portugueses; y como los métodos de produccion no son mas perfectos en Portugal que en España, nada teníamos que temer de la concurrencia. Siendo además fácil y barata la conduccion de nuestros frutos hasta Oporto, aumentaríase considerablemente su exportacion al extranjero, y, lo que es aun mas importante, se disminuiría mucho el numeroso contrabando que se hace en la frontera por las escasas corrientes del Duero.

Mas lo que para España eran ventajas en este tratado, Portugal lo consideraba perjuicio, si bien con poco fundamento. La concurrencia de nuestros frutos con los suyos no

podia serle dañosa, como al principio se imaginára, porque si la abundancia del género producia al pronto una baja de precio, esta sería tambien un estímulo para el consumo, lo cual restablecería fácilmente el equilibrio. Y en cuanto á lo que perdieran las aduanas portuguesas por la disminucion del contrabando, nada puede con razon objetarse, porque España no debe consentir semejante tráfico, y tiene derecho á impedirlo por todos los medios. Y aunque así no fuese, todavía nos parece algo infundado este temor, porque el aumento que necesariamente tendria el comercio lícito, supliría en parte la falta que ocasionára el fraudulento. Quizá los géneros introducidos legalmente no devengarían los catorce millones de duros en que se calculaban los productos que rendian á Portugal las mercaderías introducidas por fraude; pero aunque así fuese, ninguna razon hay para que nuestros vecinos se enriquezcan á nuestra costa.

Estos y otros muchos argumentos medieron en las contestaciones que precedieron al reglamento, hasta que firmado este en 1841, fué aprobado por las Cámaras portuguesas, y puesto en ejecucion. Nada decimos de sus varios artículos, entre los cuales hallamos algunos poco favorables á nuestro comercio, ni de la prohibicion consignada en uno de ellos de introducir los vinos españoles en Portugal, porque no es ese el objeto de este artículo. Advertiremos sí, aunque de paso, que el Gobierno anduvo sobradamente lijero consintiendo en dicha prohibicion, porque los vinos pueden constituir uno de los ramos principales de nuestra riqueza, y solo les falta para serlo, proporcionarles un consumo tal, que pueda servir de estímulo á su mejor elaboracion. Y si no es fácil de conseguir desde luego este propósito, debe ser por lo menos una tendencia de la política comercial del Gobierno. En el ramo de que vamos tratando posee la Península los gérmenes de una gran riqueza, gérmenes que es preciso favorecer y desarrollar, aprovechando el Gobierno todas las ocasiones que se le presentan de hacerlo. Una era sin duda la cuestion con Portugal, y la re-

gencia interina, que al principio se mostró tan decidida á sostener á toda costa los intereses españoles, cedió luego en este punto, que era uno de los mas importantes.

Mas para que España pueda obtener de aquel tratado todas las ventajas que hemos dicho, sería indispensable habilitar la navegacion del Duero, desde lo interior de Castilla hasta la frontera, ó facilitar de otro modo la comunicacion entre estos puntos, porque si el trasporte de nuestros frutos hasta Portugal, ó el de los extranjeros hasta nuestras ciudades sigue siendo igualmente dificil y costoso, poco habrán de aumentarse nuestras exportaciones, y seguirá siendo tan escaso como hasta ahora el movimiento de nuestro comercio.

Como el Gobierno no publica siquiera las noticias oficiales de nuestras importaciones y exportaciones por la mayor parte de las aduanas, no sabemos el influjo que puede haber ejercido el tratado con Portugal sobre el comercio de Castilla, mas presumimos que poco ó ninguno, no habiéndose hecho despues lo que era indispensable; esto es, facilitar la comunicacion de este reino con la frontera portuguesa. En vano se estipuló entonces por los gobiernos de ambas naciones el mejorar la navegacion del rio aplicando á estas obras el producto de la tarifa convenida, pues mas de tres años han pasado ya, y sin embargo no ha llegado á nuestra noticia ninguna mejora. El estado de la comunicacion por el Duero es hoy el mas deplorable. Nueve barcas y algunos barcos menores tan solo existian hace pocos años desde Puente Duero en adelante, que es el único parage donde aunque con sumo trabajo se puede navegar, y estos medios de trasporte servian únicamente para la comunicacion en los términos de Aniago, San Miguel del Pino, Pollos, Cubillas, etc. Además el rio se estrecha tanto en varios parages que forma precipicios de mas de 1000 piès, y ó impide absolutamente la comunicacion, ú obliga á mantenerla por medios peligrosísimos, de uno de los cuales tan solo hablarémos á nuestros lectores para que formen idea del estado de las comunicaciones en España. En las épocas de

grandes avenidas se pone casi intransitable el Duero por la frontera de Portugal, por lo que los habitantes de sus riveras colocan para atravesarlo cinco maromas amarradas por sus extremos á dos robustos peñascos en la parte de España y á otros dos en la de Portugal: ponen sobre dicha cuerda una horquilla muy fuerte con dos ramales una á cada lado, para poderse llamar de la parte que mas convenga; atan á la horquilla los objetos y aun las personas que intentan trasportar, y por medio de los tirantes hacen resbalar la horquilla por la maroma hácia la orilla que les conviene. La travesía sin embargo es de 16 ó 20 varas, el cauce del rio profundísimo y la rapidez de la corriente extraordinaria. verdad es que este medio singular de trasporte se usa, mas que para otra cosa, para la introduccion del contrabando; pero tambien se emplea muchas veces para el comercio lícito en los casos de avenida, que suelen ser muy frecuentes.

Como creemos que cada obra particular de navegacion debe formar parte de un sistema general de comunicaciones, no aconsejaremos al Gobierno que emprenda desde luego la habilitacion de todo el Duero; pero sí que habilite la parte mas navegable, pues cualquiera que sea el plan que se adopte, esta será siempre necesaria, y además los gastos que exige no deben ser muy cuantiosos. Contamos esta parte desde Puente Duero hasta la frontera, donde ya hoy navegan barcas grandes, aunque con mucha dificultad y sujetas á las vicisitudes de las estaciones. La manera de poner en comunicacion este tránsito con el interior de Castilla no puede decidirse sino al formar el plan general de navegacion que indicamos antes: entonces podrá saberse si conviene mas que partan del centro de España hasta Portugal dos rios navegables, ó si basta uno enlazado con el otro por medio de un canal. No somos nosotros bastante competentes para decidir este punto, ni mucho menos para formar un plan semejante; pero seguiremos tratando las cuestiones relativas á él, y son como sus preliminares necesarios, en el siguiente artículo.

EXPOSICION

DE LOS

PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA FRANCESA.

OJEADA GENERAL SOBRE LA EXPOSICION DE 1844.

I.

Por la décima vez en cuarenta y seis años asiste la Francia á esta gran solemnidad nacional, que atrae curiosos y observadores de todas partes del mundo. Tres exposiciones ha habido durante la República, una solamente en tiempo del Imperio, tres en la época de la Restauracion y tres desde la revolucion de Julio. Las tres primeras serian comparativamente insignificantes, si no las considerásemos rodeadas de aquella aureola histórica que acompaña á todas las instituciones en sus principios: por otra parte la sociedad francesa acababa de atravesar una época terrible, y apenas se habian pasado todavía diez años desde que Turgot libertára al trabajo de las trabas ridículas y desastrosos reglamentos con que el sistema de las corporaciones tenia encadenados casi todos los ramos de la industria francesa. En la única exposicion que hubo en tiempo del Imperio el año de 1806 fué el número de los expónentes diez veces mayor que lo habia sido en 1798; pero entonces la Francia poseia parte de la Bélgica, de la Suiza y de la Italia, y no puede por tanto compararse el número complexo de esta exposicion con el de las precedentes. Las atenciones militares no permitieron al gobierno de aquella época pensar en esta institucion, olvido bastante curioso porque la política industrial que imaginó el bloqueo, se hallaba como la del tiempo de la República imbuida de

preocupaciones mercantiles, y hubiera debido al parecer estimular este género de manifestaciones. Hasta el año 1819 no se trató de restablecer las exposiciones generales de la industria: esta quinta exposicion, abierta cuando ya la Francia habia vuelto á sus límites naturales, tuvo todavía mas exponentes que la de 1806; pero el número de ellos se mantuvo con corta diferencia el mismo en las tres siguientes. Despues de la revolucion de Julio se duplicó aquel desde la segunda exposicion: un impulso general se manifestó por todas partes, y ejerció su influencia sobre la industria: mas no es el ódio al extranjero el que ha aumentado los exponentes, sino la espansion general, que es efecto siempre de la libertad, de la paz y de la abundancia (1).

Al recorrer la lista de los exponentes en diferentes épocas, es interesante seguir la suerte de ciertos nombres. Los unos brillan una ó dos veces para no volver á apare-

(1) En el siguiente resúmen está comprendida toda esta parte de la historia de la industria francesa.

Años.	Exponentes.	Medallas concedidas.	Privilegios de invencion.
1.° 1798	110	26	10
2.° 1801	220	69	24
3.° 1802	540	119	29
4.° 1806	1422	119	74
5.° 1819	1662	360	138
6.° 1823	1648	470	187
7.° 1827	1795	425	281
8.° 1834	2447	697	576
9.° 1839	3381	805	720
10 1844	3958		

El número de recompensas ha seguido naturalmente la progresion del número de exponentes, que siempre se ha mantenido en razon de 1 á 4. No es tan regular la relacion entre las medallas y los privilegios de invencion, porque el jurado tiene que recompensar, no solamente las invenciones nuevas y las mejoras privilegiadas, sino tambien todas las mejoras que se han manifestado en una calidad superior de género por precio igual, ó bien en calidad igual por precio inferior. Es de suponer tambien que hay muchos inventos que obtienen el privilegio sin llegar jamás á la aplicacion, ó al menos que llegan muy tarde. Comparando el número de privilegios concedidos desde que la Asamblea Constituyente fijó la legislacion sobre esta delicada materia, hallamos que se han dado desde 1.° de julio de 1791 á 1825, durante estos treinta y cuatro años de tormentas, de luchas y fatigas 2903 privilegios de invencion, de perfeccionamiento ó de importacion, ó sea tomando un término medio, 84 por año. Pero desde 1825 ha habido una actividad incomparable: desde 1826 á 1830 se han concedido 1820 privilegios de invencion, ó sea 364 por año, *uno por dia*. De 1830 á 1836 se han dado 2060, ó sea 412 por año, y de 1836 á 1840, es decir, en cinco años, 4600; esto es, mas de 900 por año. En fin en 1841 y 1842 se han contado ya 3180, esto es, 1600 por año, *cuatro por dia*; diez y nueve veces mas que en cada uno de los cuatro primeros años. La facilidad que ofrece la nueva ley para adquirir estos privilegios, no dejará de aumentar sucesivamente su número.

cer jamás por consecuencia de los mil y un accidentes de la vida; otros, que, por decirlo así, se ven despuntar en el horizónte de las primeras exposiciones, describen despues una órbita luminosa, y arrojan vivos destellos sobre toda la industria francesa. El primer relator Chaptal citaba sobre todo en 1798 la relojería de Breguet, los instrumentos de matemáticas de Lenoir, la tipografía de Didot y de Erhan, los aceros de Clonet, los cuadros en porcelana de Dilh y Gerard, las chimeneas de Désarnod; los lápices de Conté, las telas estampadas por Gremont y Barré en Berey, la loza de Potter en Chantilly, la bonetería de Payen en Troyes, las planchas charoladas de hierro batido de Delorme, y el algodon hilado con máquina de Julien en Luat. Muchos productores muy conocidos no habian pódido presentar sus productos en la exposicion; Boyer-Fonfrède sus algodones, Didot menor sus hermosas ediciones y su magnífico papel vitela, Larochefoucauld sus telas de algodon, Delattre su algodon hilado, etc., etc., etc. Lyon, Ruan, Amiens, Sedan, Elbeuf y Louviers no enviaron sus representantes. Porque esta exposicion improvista no era mas que una fiesta de circunstancias, improvisada para celebrar el aniversario de la República; y además las ciudades y las clases industriosas de Francia no habian podido aun obtener de la revolucion mas que los desastres inseparables de tales acontecimientos. En el año siguiente, en el ministerio de Chaptal, viéronse aparecer los nombres de los hermanos Ternaux, fabricantes de paños y casimiras en Reims, Sedan, Louviers y Ensival, y de Montgólfier, fabricante de papel en Annonay. Cárcel habia tambien inventado su lámpara, y obtuvo una medalla de bronce: Jacquart recibió la misma recompensa: «Jacquart de Lyon, decia el relator, inventor de un mecanismo que ahorra en la fabricacion de telas espolinadas el trabajo del obrero llamado tirador de lazos.» Nadie comprendia todavía aquel rasgo de genio que debia hacer la celebridad del inventor y la fortuna de sus compatriotas, contribuyendo á la gloria de la Francia moderna, por el gran número de aplicaciones que se han hecho de su invento en el tegido. La exposicion de 1802 fué mas interesante. Viéronse brillar en ella con vivo resplandor dos géneros de industria nacidos, por decirlo así, el dia antes: la fábrica de productos químicos que se engedraban como por encanto á la voz de los Berthollet, de los Chaptal, de los Guyton-Morvaux, de los

Molard, de los Fourcroy; y la industria de los chales, cuyas muestras acababan de llevar á Francia los héroes de Ejipto, y á los cuales la moda daba un precio extraordinario. En 1806 hubo como hemos dicho una concurrencia casi europea: todas las ciudades de Francia expusieron sus productos, en que se manifestaban los progresos de la industria en lanas, en sedas, en algodones. Lyon se presentó con sus ricas sederías; Tarara y San Quintin con sus muselinas ligeras, Mu-Chouse con sus lienzos estampados, observándose tambien las máquinas de Douglas y los cristales de Dartigues. En fin Thomire, Gall y Ravrio acababan de crear la industria enteramente parisiense del bronce.

Mucho tiempo despues cuando se restableció esta institucion, la Francia no era ya guerrera; la mayor parte de los antiguos soldados pedian al trabajo la tranquilidad y el reposo: así pudo notarse un progreso general, especialmente en la industria de lanas en que sobresalia aun el ilustre Ternaux. Los chales de cachemira brillaban en 1827 con nuevo esplendor, y la fábrica de París habia ya consolidado en gran parte su reputacion en este género. El vidrio, el cristal, los tapices, los muebles, los pianos, los demás instrumentos de música, las armas, el papel, en una palabra todas las clases de industria se hallaban dignamente representadas.

Desde aquel momento es imposible señalar en pocas palabras todo el progreso, todos los descubrimientos, todas las invenciones que han podido admirarse en las exposiciones últimas. De 1827 á 1834 la industria francesa ha dado un gran paso: las ferrerías se han multiplicado y estendido, perfeccionado las máquinas, rebajado de precio las producciones, aumentado las relaciones industriales, y nacido muchos artefactos nuevos. En 1839 el hilado de las lanas se aproximaba á la perfeccion; cincuenta ferrerías construian máquinas; el público admiraba las de papel continuo, los productos inesperados del arte á lo Jacquart, los cronómetros de admirable precision, las herramientas para pozos artesianos, la perfeccion de las agujas, de los cristales y espejos, la nueva soldadura del plomo, la galvanizacion del hierro, etc., etc. La riqueza y la abundancia tienen tambien sus inconvenientes; necesitarían una enumeracion muy larga, y aun esta sería incompleta. Nos contentaremos, pues, con hacer una relacion sucinta de los pro-

ductos mas notables que se han presentado en la exposicion de 1844.

II.

Máquinas.

La parte mas interesante de la exposicion era sin duda alguna la vasta sala de las máquinas: allí se hallaban los mecanismos, los aparatos y las herramientas de toda especie; máquinas de vapor, máquinas para fabricar los útiles, para hilar, para tejer, para imprimir, instrumentos para sondar, aparatos para la fabricacion del azúcar, bombas, caloríferos, una parte de las máquinas agrícolas, etc., etc. todos los productos de las ferrerías metalúrgicas y de las artes químicas. Allí era donde se encontraban con mas frecuencia los hombres graves, que se dedican á las industrias de todo género, empresarios, ingenieros, obreros: hallábaseles tambien en las demás galerías, brillantes con el resplandor de los productos que contenian; pero la que mas frecuentaban era la de las máquinas. Esta sala tenia un aspecto frio para el visitante vulgar; era como una gran página negra para los que no saben leer; ¡pero qué magnífico y halagüeño espectáculo para los que sabian penetrar en el mecanismo de la creacion humana!

Si el conjunto de aquella vasta coleccion ofrecia un aspecto sencillo á la par que grandioso, no habia sin embargo nada inesperado, ninguno de esos inventos que sorprenden por su novedad; pero en cambio se veian millares de instrumentos perfeccionados ó para perfeccionar los anteriores descubrimientos. Estos grandes resultados son debidos á la accion combinada de la paz, que permite el trabajo, y de las grandes conmociones que han electrizado, por decirlo así, la inteligencia humana. Así cuando se preparaban en el seno de los hados de la Francia los extraordinarios acontecimientos con que terminó el siglo XVIII, la ciencia y la industria participaban de aquella misteriosa fermentacion. La química ha hecho progresos en medio de la tempestad revolucionaria, y entre la ajitacion de la lucha se ha estendido tambien la aplicacion de ese motor por excelencia de los tiempos modernos, sin el cual, segun dice el célebre Huskinson, jamás la Inglaterra habria podido producir bastante para pagar á los soldados de la Santa Alianza.

Agréguese á las máquinas de vapor la de hilados del ilustre Jacquart, y se tendrá la explicacion y el punto de partida mecánico de toda la industria moderna. ¿A quién se deben tambien todos los procedimientos químicos sino al genio que demostró por medio del estudio del oxígeno la composicion de las nueve leguas de atmósfera que nos rodean, la del agua que forma las tres quintas partes del globo, la de las plantas que en la tierra crecen, la de los animales que en ella viven, y la de los minerales que oculta en su seno; al sabio que indicó la luz, á los Berzelius, á los Gay-Lussac, á todos esos brillantes genios, cuyas vigilias y esfuerzos han fecundado todas las artes? Es verdaderamente una maravilla esta acumulacion de acontecimientos que han inaugurado nuestra época. ¿Cómo admirarse, despues de mudanzas tan grandes é inesperadas así en el órden moral como en el órden material, de que los publicistas hayan tratado mas de una vez de orientarse á través de esa inmensidad de fenómenos nuevos, que se refieren los unos á los otros? Si, pues, y para no hablar mas que de lo que respecta al trabajo, estamos buscando todavía algunas veces el mejor camino que conviene seguir; si este camino se halla aun erizado de dificultades que obstruyen nuestra marcha, é impiden mirar adelante, no debemos desanimarnos, porque es preciso que los acontecimientos se cumplan y verifiquen; es preciso sobre todo que las doctrinas de Turgot y de Adam Smith, contemporáneas tambien de estos grandes descubrimientos fundamentales, penetren mas en el espíritu de las masas, que sean meditadas, comprendidas y puestas en práctica, porque sabido es de todos, que desde que se conquistó la libertad, muchas veces la influencia de las preocupaciones y la ignorancia de la naturaleza de las cosas en el órden económico, han hecho perjudicial ó al menos inútil el triunfo de los inventores sobre la materia.

Las invenciones, y particularmente las máquinas, tienen contra sí la saña de las clases obreras. Preciso es confesar que la aversion es legítima, porque no obstante sus ventajas infinitas, incontestables é incontestadas, de reemplazar al hombre en los trabajos penosos ó repugnantes, de multiplicar su accion, de poner sus productos al alcance de todas las clases, tienen las máquinas el inconveniente deplorable de suprimir en un instante dado el trabajo de muchos obreros. Se ha dicho, y es verdad, que al cabo de

cierto tiempo, una máquina cuyos productos son baratos dá á estos mas salida, de modo que vienen á ocupar por último mas obreros que los que al principio dejára sin colocacion; pero esta ventaja social no destruye el inconveniente que acabamos de señalar. Algunos publicistas han enumerado con complacencia todos los inconvenientes de las máquinas, otros no han hablado mas que de sus ventajas; poniendo en balanza unos y otras, es évidente que la sociedad gana con la introduccion de cualquier nuevo descubrimiento; pero el problema no queda suficientemente resuelto para las víctimas, que merecen la mayor simpatía, y á quienes nos limitamos á dar consuelos fundados en la doctrina del interés general, doctrina que persuade muy poco cuando el hambre está llamando á la puerta. Merecería pues una gran recompensa nacional aquel que indicase el remedio de este mal, con el que se lográra calmar directamente el sombrío pavor de las clases obreras. ¡Plugiese á Dios que pudiera sacarse algo bueno sobre este particular de esos *mecanismos sociales* que tan frecuentemente es publican! Pero esta es sin duda una solucion á la cual, como en medicina, no se llegará sino por medio de derivativos indicados con inteligencia y probidad, y capaces de hacer que la vida del cuerpo social refluya sobre el órgano amenazado. Por otra parte la introduccion de las máquinas no depende de la voluntad: una idea beneficiosa rompe siempre los obstáculos que la comprimen, y cuando no es acogida en la patria, deja en ella los inconvenientes, y lleva al extrajero su bienhechora fecundidad. Y luego si nosotros, nuevos iconclastas, quisieramos remontarnos á la noche de los tiempos, ¿en qué aparato, en qué instrumento se detendria nuestra proscripcion? ¿Consumen las máquinas la mas pequeña partícula de sustancia alimenticia? Y entonces, ¿no es evidente que si las máquinas perjudican á los hombres, es porque estos no saben arreglarse entre sí, y que el mal no está en las producciones de su genio, sino en sus instituciones sociales?

Las máquinas-instrumentos se han llevado los honores de esta seccion industrial, y los nombres de MM. Calla, de Coster, Pihet Schneider, etc. han recibido nuevo brillo. Estas máquinas, que tan justamente han fijado la atencion pública, sorprenden á primera vista por sus enormes proporciones. Por medio de combinaciones á la vez sencillas y poderosas pueden pulimentar el hierro fundido, atra-

vesar placas de hierro, taladrar, alisar los metales como lo haría el instrumento mas afilado en la madera mas blanda. Con estos formidables productos es preciso admirar tambien la dificultad vencida en la fusion de esas masas de metal, la precision y el perfecto ajuste de todas las piezas, y en fin el pulimento exterior que embellece á la vista lo que la inteligencia admira. En cinco años han llegado los constructores franceses casi á la misma altura que los de Inglaterra; y es casi seguro que con la fundicion, el hierro y el combustible á precio igual presentarán sus productos en el mercado tan baratos como los ingleses. Sin embargo á consecuencia del mayor número de pedidos, el trabajo está mas dividido en la Gran Bretaña, y de aquí resulta para aquel pais una gran superioridad. En Francia el ministerio de marina ha contribuido con sus pedidos á los progresos que vamos notando.

M. Calla, que ha presentado moldes de fundicion y de cobre, y principalmente la estatua monumental de San Luis, ha expuesto además: un torno paralelo de cinco varas y media á propósito para formar tornillos y matrices para estos; una máquina para alisar y otra no menos poderosa para taladrar de un golpe planchas de hierro de media pulgada de espesor; en fin un gigantesco torno para planos, capaz de soportar las vibraciones, aunque se le haga funcionar en árboles de dos varas de diámetro. MM. Pihet han presentado tambien un torno paralelo de diez varas, que ha sido pulimentado con una máquina mayor todavía, y que no ha podido ser expuesta por su dimension de 14 varas de larga por cuatro de ancha. Debemos señalar tambien entre otros instrumentos-máquinas, su enorme máquina para dividir la circunferencia de grandes ruedas facilitando el trazado de los dientes, y debemos asimismo recordar que MM. Pihet han sido los primeros que han fabricado en Francia gruesos instrumentos de orígen inglés.

Entre esta especie de instrumentos hercúleos, es preciso colocar tambien los de MM. Schneider hermanos, para remachar y golpear por medio del vapor directamente aplicado al martillo.

M. de Coster, de quien hablarémos cuando tratemos de las máquinas para hilar lino, ha expuesto una docena de instrumentos-máquinas interesantes y bien ejecutados, pero de menores dimensiones. En fin para completar esta revista de instrumentos de poderoso efecto, es justo que ci-

temos una máquina de M. Pladis que de un pequeño volúmen y con el auxilio de la fuerza de un solo hombre, arquea en frio, y sin grande esfuerzo, anchas y gruesas llantas para ruedas; y además la exposicion curiosa por diversos títulos de MM. Degousé y Mulot, cuya inteligencia anima los gigantescos tubos que van á buscar en los senos de la tierra á una profundidad de muchos centenares de varas una corriente de agua fecunda y beneficiosa.

Muchas eran las máquinas de vapor, y esto nada tiene de extraño siendo este motor el mas dócil, el que se plega á todas las exigencias de localidad, y se pone siempre á la obra, hiele ó haga calor. Las de este año, de formas y dimensiones muy variadas, no presentan mas novedad que los diversos sistemas de variabilidad en el fiador, circunstancia que permite manejar el elemento que produce la fuerza, y la ventaja de economizar el combustible. La necesidad es madre de la industria: á los ingleses, como tienen el carbon á bajo precio, les importa poco consumir una cantidad mayor ó menor; los franceses lo pagan caro, y han buscado los medios de economizarlo: el uno modifica la tirada, el otro el hogar, el otro el enrejado. No habia sino una sola locomotriz, bella é intachable en todos sus pormenores, producto de los talleres de MM. Alicard, Buddicom y compañía, proveedores de locomotrices de la empresa del camino de hierro de Ruan. En los caminos ordinarios hay maestros de postas que alquilan caballos: con los ferro-carriles habrá proveedores de locomotrices. Las máquinas de rotacion han sido célebres hace cinco años; pero en este no hemos visto mas que una, á la que se atribuye la fuerza de 55 caballos. Vuelven las máquinas de rotacion á presentarse, ¿pero son de efectos útiles y ventajosos? Este es un problema que se halla todavía por resolver. En último análisis las máquinas de vapor consideradas en globo, se perfeccionan, se simplifican, se consolidan, y van adquiriendo cada dia las condiciones de un buen género de industria.

Los constructores vuelven á fijar su atencion sobre esa variedad de motores hidráulicos que se llaman *turbinas*, ruedas de eje vertical, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y de que MM. Burden y Fourneyron han conseguido sacar casi todo el partido posible hasta el punto de inventar por decirlo así una nueva máquina. Las opiniones de los constructores estan divididas acerca de los resultados

útiles que pueden obtenérse por medio de estos motores, cuya ventaja consiste en tener mayor fuerza con menos volumen, y poder funcionar aunque esten completamente debajo del agua.

La exposicion de 1844 no nos da noticia alguna de la máquina de aire comprimido de M. Andraud: sin duda este ingeniero no quiere presentar su obra hasta que esté perfeccionada. Si hemos de creer en sus resultados, el vacío será tambien un motor poderoso y docil; pero nada hemos visto que pueda referirse á la máquina de que hablamos. En general pocos han sido los perfeccionamientos interesantes para los caminos de hierro, que se han presentado en el palacio de la industria.

Como muy relacionadas con la industria de las máquinas de vapor, pueden citarse las calderas de MM. Durenne y Lemaitre. La calderería de estos dos exponentes es magnífica, da indicios de que poseen buenos instrumentos, y la distribucion del trabajo está bien entendida.

Cuatro constructores llamaban especialmente la atencion pública por la extension de sus mecanismos; M. Chapel por su máquina de papel continuo; MM. Nillus y Mazeline del Habre, MM. Derosne y Cail por los molinos de azucar y las máquinas de vapor que destinan á la grande explotacion del azucar colonial. Hacíanse notar, sobre todo, los ingenios de cobre de MM. Derosne, de tubos y calderas destinados á hervir, condensar y evaporar el jugo de la caña. De este modo al llevar la industria francesa á los trópicos sus combinaciones y sus fuerzas, volverá bien por mal; porque ¿quién podria calcular los sacrificios que la madre-patria ha hecho en el enorme ramo que se llama sistema colonial? Por lo demás, se presagian con placer las grandes consecuencias que deben producir estos nuevos agentes del trabajo, estas máquinas, que deben traer la solucion de ese gran problema económico y moral á la vez, queremos decir, la emancipacion de los esclavos y de las colonias. Ahora bien: una vez reemplazada la indolencia del criollo por el genio de la quimica y la mecánica, ¿se sostendrá la produccion del azucar indígena? Todo induce á creer que no, puesto que la caña es tan rica! ¿Y sin embargo, no se han visto prosperar las fábricas de azucar de remolacha, poniéndola á 1 franco, cuando habian quedado estacionarias con el precio de 5 y 6 francos del bloqueo? Uno de estos constructores de las colonias M. Nillus, tenia por otra par-

te esa gran espira destinada al *Napoleon*. Gran habilidad ha sido necesaria para vaciar sin modelo esta enorme y nueva pieza de bronce, que parece formada por cuatro colas de ballena opuestas. La esperiencia hace concebir una alta idea del porvenir de esta composicion elegante y original. El nombre de M. Sauvage ha sido pronunciado con estrépito; pero otros nombres han resonado tambien, así delante de esta pieza, como delante del martillo ciclopiano, y no nos hallamos bastante enterados para dilucidar cuestiones delicadas de propiedad intelectual. El hilado del lino por mecánica, recientemente introducido en Francia, se veia representado sobre todo en la máquina de rastrillar de M. Felipe de Girard, construida por M. de Coster; en dos magníficas cardas de MM. Nicolas Schlumberger y de Coster; en una máquina para agramar de este último, y en un aparato para hilar de M. Schlumberger. Todas estas máquinas presentan combinaciones ingeniosas, y dan á conocer que no tardará mucho la filatura del lino en rivalizar con la de lana y algondon. En el dia se fabrican muy bien en Francia las máquinas para lino, y bajan su precio los constructores. Alemania é Italia les hacen pedidos, y sin embargo, los tejedores franceses continuan dirigiéndose á Inglaterra. No es este el lugar á propósito para examinar los resultados económicos del nuevo sistema de trabajo que ha reemplazado á las hilanderas de las aldeas, ni el mayor ó menor motivo que haya para proteger á los hiladores por mecánica; pero lo que sí es muy natural puesto que pertenece á la historia y á la historia solamente (1) es conceder el honor del descubrimiento al infatigable M. de Girard, á quien los acontecimientos de 1814 han privado del premio de un millon que Napoleon habia prometido al inventor de la filatura del lino por mecánica. La industria le debe á M. Girard la solucion de las dos dificultades que presentaba el problema: por un sistema de peines continuos ha conducido el lino á los cilindros acanalados, conservando siempre el paralelismo de las fibras, lo que produce un hilo uniforme; ha disuelto en agua suficientemente cálida y alcalina, bajo el cilindro extendente, la materia résinosa, de modo que las fibras resbalan, se unen, y permiten hilar grandes cantidades. Es verdad que los ingleses han perfec-

(1) Véase la Memoria de M. Olivier á la Sociedad de fomento en 24 de agosto de 1842, y el t. 2, pág. 22 de *La industria francesa*, por Chaptal.

cionado las primeras máquinas de M. de Girard; pero debe tenerse presente que M. de Girard inventaba há cerca de cuarenta años, cuando se hallaban en los campos los trabajadores, y la maquinaria francesa estaba en la infancia. Siguiendo nuestra loable costumbre, hemos dicho y repetido que la filatura de lino por mecánica era de orígen inglés. Pero esto es lo que ha sucedido: M. de Girard, falto de recursos en 1814 (1), fué á establecer su industria en las cercanías de Viena: despues, el genio inconstante que domina á los inventores, le llevó á Polonia, donde fué sucesivamente tegedor de linos en las inmediaciones de Varsovia, y director de minas de zinc de Dembrowa. Por este tiempo, sus antiguos asociados vendian en Inglaterra su procedimiento, que nos ha parecido excelente cuando le hemos visto puesto en práctica á las orillas del Támesis.

La sala de las máquinas solo presentaba un interés comparativamente secundario en los trabajos de filatura de algodon y de lana: pudiera decirse que estas dos grandes industrias, tan alabadas en las exposiciones precedentes, habian conocido que no serían ellas las que escitasen el interés, al ver que nada sobresaliente ofrecian. Mas con todo, parece que muchas mejoras introducidas en Francia en la construccion de las máquinas para algodon, se irán estendiendo en los telares. En los Campos-Elíseos no habia notable mas que dos bancos con brocas y un telar contínuo. Este último, construido por la casa Andrés Koechlin, tendría un movimiento doblemente acelerado, á consecuencia de muchas mejoras. La exposicion de la industria de la lana, que tambien ha seguido el progreso, presentaba el mismo aspecto con corta diferencia. Se notaba sobre todo un lavadero sencillo é ingenioso de M. Desplanques, con sistema completo de preparacion para las lanas teñidas, remitido por M. Bruneaux hijo, desde Rethel, un banco de brocas de M. A. Koechlin, y elegante cardador del difunto M. Collier mirado en el dia con bastante frialdad. Al mismo tiempo presentaba M. Dezeimeris, en las lanas, los resultados de un rastrillo de invencion suya, resultados demasiado buenos para vacilar en creer en ellos despues de haber adquirido noticias positivas que parece ponen la cuestion fuera de duda. Bastará decir que M. Dezeimeris rastrilla, mejor, mas pronto y con solo de 2 á 5 por 100 de

(1) Véase su Memoria al rey, á los ministros y á las Cámaras.

máxima, en vez del 25, 30, 40 por 100 que se pierde por el procedimiento ordinario, con la mejor lana. Esto sería una revolucion.

La industria de la seda continua estacionaria: solo estaba representada por un torno de hilar de M. Michel; por pequeños mecanismos para juzgar de la fuerza y calidad de las sedas crudas, de M. Rovinet, y un torno de mano del mismo agrónomo. El torno de M. Michel tiene cinco pilas: está muy bien montado, y es el mejor que hemos visto; pero se le tacha de ser demasiado caro. Efectivamente, se halla tasado en 1500 francos por cinco pilas.

Los tejidos presentaban ideas nuevas: sin ir mas lejos, el elegante telar de M. A. Koechlin, que puede por sus sencillas disposiciones dar dobles golpes á imitacion del tegedor. Este telar enteramente nuevo, debido á uno de los mas hábiles ingenieros de la Alsacia, M. Saladin, y destinado á telas anchas, dá ochenta golpes dobles por minuto. Hasta el dia no se habia utilizado para las lanas el tejido mecánico, á causa de las pocas ventajas que ofrecia: esto consistia sobre todo en la debilidad de la cadena que difícilmente resistia á los esfuerzos del bastidor. M. Croutelle sobrino, de Reims, ha manifestado que habia encontrado una composicion capaz de dar á la cadena precisamente la fuerza que necesitaba. Este fabricante obtendrá de este modo ahora 20 varas de tejido fino cada dia, no pudiendo los mas hábiles tejedores conseguir mas que 5 con el telar de brazo. Esta preparacion tiene gran influencia, y ha llamado mucho la atencion de cuantos se ocupan en la fabricacion de tegidos. A estos descubrimientos se puede agregar la variacion introducida por M. Lepoitevin, de París, en la famosa *calcetera* de Ternaux, telar circular que trabaja con las agujas hácia fuera y con un mecanismo bastante complicado, como han podido juzgar los que hayan visto la exposicion de este año, por dos bastidores presentados por dos fabricantes de puntos de Troyes. M. Lepoitevin ha conseguido volver las agujas hácia dentro, y simplificar mucho el mecanismo. Ha aplicado su mecanismo á la fabricacion de un punto que, una vez batanado, queda lo mismo que un paño. Si esta tela de punto resiste á la experiencia, será este un mecanismo que dará de 15 á 20 varas por dia: y como el vapor puede hacer mover varios de ellos bajo la vigilancia de un obrero, desde luego se puede apreciar el valor de este nuevo modo de tejido contínuo, en que no

se necesita andar pasando las portadas. Se corta donde acomoda la manga que forma la pieza, que está abierta á lo largo. En Inglaterra hay ya aparatos de este género montados con el antiguo bastidor circular. Todavía hay que citar aquí los adelantos obtenidos en la industria de los chales. M. Deneirouse, uno de los creadores de esta fabricacion, los ha presentado tejidos sin revés; MM. Boas, hermanos, y MM. Barbé-Proyat y Bosquet, tegidos dobles y separados mecánicamente. Los sucesores de M. Deneirouse no indican su perfeccion en el telar á la Jacquart. Los señores Boas, hermanos, no habian llevado mucho mas adelante sus máquinas. Los señores Barbé-Proyart y Bosquet únicamente tienen en este punto una exposicion completa. Al hacer un chal doble, se aprovecha la labor del primero para el segundo. Pero fabricar una tela de doble realce es una cosa ordinaria desde Ternaux, y la dificultad estaba en la separacion de los dos tejidos. MM. Barbé-Proyart y Bosquet emplean un solo mecanismo, una sola colocacion de cartas, un solo juego de cartones, y obtienen dos telas iguales en colorido y dibujos; lo que no tiene lugar con el procedimiento de los señores Boas, que se ven precisados á enganchar al segundo chal de un modo algo diferente del primero. La máquina que los señores Barbé-Proyart y Bosquet emplean para separar los chales, se compone de cuchillas circulares que giran horizontalmente, y sobre las cuales se vá verificando la trama. Lo que hay de notable es que la industria de los chales no es la única que ha buscado el tejido doble y divisible; se han visto terciopelos, felpas, fieltros cortados; del mismo modo la elaboracion de chales y telas á la Jacquart ofrecia todavía algunas mejoras en el floreado picado, cartones, etc. Un tejedor de cintas, en tal Saint-Etiéume, presentaba algunas innovaciones. M. Pascal jóven, proponia reemplazar con láminas metálicas convenientemente barnizadas esos interminables cartones, que son evidentemente el defecto del telar Jacquart.

De los tejidos llegamos con bastante naturalidad á las máquinas de estampado. Dos sistemas estaban presentes en la exposicion, como en los talleres de Alsacia y de Ruan, la perrotine y la máquina de cilindro, recibiendo poco á poco impulso á la mano. El mecanismo de M. Perrot coloca las láminas con mas precision que el mas inteligente obrero; con rapidez increible (280 golpes por minuto) aplicando uno, dos, tres, cuatro, cinco ó seis colores á la vez con

arreglo al gusto y los caprichos de la moda. Es maravilloso; y no obstante, el uso de este acertado instrumento no se ha estendido sino en estos últimos años. En el dia, la Alsacia con el mismo número de obreros, cinco ó seis mil, elabora cuatro veces mas, gracias al uso del cilindro y la *perrotina*. La máquina de cilindro, que data de 1802, se ha perfeccionado sucesivamente, y este año, la de M. Huguenin y Ducommun, perfectamente construida, puede estampar de cuatro y aun de cinco colores. Cargándose la plancha de mas color da una tinta mas trabada, nutrida y fuerte. El cilindro es mas ligero, mas delicado, permite detalles mas finos. Así que, lejos de considerarse rivales estas dos máquinas, deben asociarse para satisfacer las necesidades del consumo. El hábil M. Perrot, á quien la industria francesa citará algun dia con ese respeto que inspiran los nombres de Watt, de Jacquart, de Vaucanson, etc., ha expuesto tambien este año una nueva máquina para la impresion mecánica de la tipografía. Esta es probablemente otra revolucion en este arte, á juzgar por las pruebas suministradas por esta nueva perrotina.

Este sería el momento de consignar todas las perfecciones que presentan tambien todas las máquinas tipográficas de la exposicion; la prensa de imprimir en relieve para los ciegos por M. Gaveaux; la fundicion y grabado de los cilindros, etc, etc. Pero nos falta espacio, y nos limitarémos á decir algunas palabras sobre las máquinas de componer y distribuir. Mucho habian atraido la curiosidad antes de la apertura de la exposicion esas máquinas que deben tal vez completar de un momento á otro, en la fabricacion de libros, la revolucion empezada por la prensa mecánica, tan poderosa ya por el vapor. El público se detenia desde el primer dia cerca del componedor de MM. Young y Delcambre, que tiene el aspecto de un piano derecho, y que presenta á la vista un conjunto elegante. Las teclas corresponden á tubos-recipientes llenos de letras, que pasando entonces por unos conductos confluentes, vienen á colocarse en una larga línea, que un hombre corta con la ayuda de un pequeño mecanismo para formar las páginas de un libro ó las columnas de un periódico. Mucho se ha hablado de este mecanismo, pero nada se ha dicho de positivo. Marcha regularmente? es tan indispensable que visto el precio de venta (8 á 10,000 francos), tenga resultados útiles? Dejamos en suspenso la cuestion. Lo que hay de cierto es que M. Chaix,

regente de la imprenta Dupont, que ha esperimentado por espacio de un año esta máquina, ha creido hacerla mejor. Por desgracia, su máquina no ha llegado á tiempo de presentarse. Ofrecia un sistema de conductos mejor dispuestos y una série de mejoras que hacian la composicion verdaderamente económica: problema que ha quedado sin resolver despues de un siglo que de él se ocupan. Este componedor no debe costar mas que 1,500 francos. M. Chaix ha podido presentar un lavadero-tipográfico que valúa en 800 francos, y del que espera conseguir 50 por 100 de economía en el deterioro de los caracteres: porque los lava por el batidero de un agua menos corrosiva que la potasa, y sin necesitar el uso de la broza, que tambien desgasta mucho. M. Choix ha podido presentar tambien un distribuidor mecánico. Es un trabajador quien distribuye; pero por la aproximacion de los cajetines y por efecto de un movimiento de relojería, las letras se disponen rápidamente en los componedores destinados á llenar los tubos de la máquina-componedor. M. Chaix cree evitar las manchas, la confusion de las clases diversas de letra, y el deterioro de los caracteres, sirviéndose para todo esto de operarios de segundo órden. Esperábamos haber visto tambien en la exposicion la máquina de M. Gobert y la de M. Pedro Leroux, de las que se ha hablado mucho; pero han sido defraudadas nuestras esperanzas. Es sabido que M. Gobert se ha propuesto con gran empeño resolver el problema de la distribucion. Su máquina debe poner en órden ella misma las formas por medio de un sistema de aberturas particulares para cada letra, que rechazarán todas las otras letras que no les esten destinadas, ó que se hubiesen duplicado. Resta la cuestion del desgaste de los tipos que nos parece comprometida en estas evoluciones mecánicas. En cuanto á M. Leroux, ha dirigido sus investigaciones á una máquina de fundir caracteres, volviendo á la idea que M. Didot habia esperimentado treinta años há.

Los apasionados á la agricultura han debido notar con gozo el adelanto de las máquinas rurales, diez veces mas numerosas que en 1839; pero la discordancia en todas estas invenciones anuncia que los constructores de máquinas agrícolas no se proponen problemas en regla, y que no siempre dan la solucion racional. Todo inventor de arados debe haber labrado, y labrado con una inteligencia capaz de producir sanas observaciones: lo mismo dirémos del que

trata de inventar mecanismos para sementeros, trillos, lagares, etc. Entre tantos arados, dos ó tres han sido los que únicamente no han parecido ridículos: la mayor parte parecían, por su forma y la abundancia de hierro que llevaban, destinados á cuadrúpedos de otra especie que los que se conocen en la labranza.

Sobre este punto, como en los demás de la mecánica agrícola, nos ha parecido advertir gran confusion, así entre los teóricos como entre los prácticos. En esta parte, agrónomos de gabinete y cultivadores campesinos necesitan mas noticias para todas las innovaciones que se les proponen. Esto consiste en que no se halla bastante bien establecida la division del trabajo en esta industria; que todos cosechean de todo un poco, y que la esplotacion agrícola está aun en la infancia. Acaso si se inquiriese á fondo, se hallaría que tambien consiste en el gran número de bachilleres que se levantan en Francia. La exposicion presentaba por otra parte un gran número de tigeras de vendimiar, hoces, podaderas, cribas, pisones, rastras, y utenxilios para la elaboracion de féculas, molinos de mano, una tonelería mecánica, por M. Manuéville, un aparato para cocer los alimentos del ganado, por Madama Lemare, etc., etc.

Nada diremos tampoco de las máquinas para hacer ladrillo, cábrias, puentes, balanzas, enjugadores y de mil instrumentos, mecanismos y aparatos (contando los de relojería) que aunque de una importancia real en los grandes productos de Francia, no han dado un carácter especial á la exposicion de este año. Por esto creemos terminada nuestra tarea señalando entre las numerosas bombas que encierra esta sala de maquinaria, el sistema de M. Lestu, cuya potencia ha llamado vivamente la atencion de todos los que la han visitado. M. Lestu necesita, como todo el mundo, para buscar el agua un tubo, tanto mas largo y costoso cuanto mas distante se halla esta, y cuanto mas consistente sea la materia que para él se emplee; pero ha ideado un medio de vaciar y atraer el agua, admirable de puro sencillo. Introduce en el cuerpo de la bomba un cono de cobre, lleno de agujeros, y pone en el interior de este cono un forro movible de fieltro ó de cuero: este es su émbolo. Al bajar, el forro se encoge y deja pasar el agua: al subir se estiende, cierra los agujeros, y conserva el agua que ha recibido. Esta bomba es sencilla, fácil de hacer, y fácil de recomendar: la marina, la agricultura, la economía

doméstica, y la seguridad de los pueblos tienen en ella un instrumento precioso. Tal es hasta ahora la opinion que se ha podido formar despues de la lectura de los informes verbales de los ingenieros de marina, de puentes y caminos y de guerra. Otros sistemas de bombas se recomiendan evidentemente por cualidades especiales: no queremos prejuzgar nada, y nos limitamos á poner de manifiesto una de las notabilidades de la exposicion de 1844. Otra idea sencilla y de la misma naturaleza se ha puesto en práctica por medio de un correon de tela que, pasando por el agua, y rodando sobre dos cilindros fijos, sacaba cierta cantidad de líquido: esta es la bomba patriarcal.

III.

Metales.—Productos químicos.—Artes químicas.

El rey de los metales, el metal *precioso* por excelencia, es el hierro, que bajo la triple forma de bronce, de hierro ó de acero, es el auxiliar, cuando no el agente principal de todas las industrias; todos los instrumentos, desde el gancho del trapero hasta el buril del artista: todas las máquinas, desde el arado del labrador hasta la poderosa creacion de Watt, son de hierro, de bronce ó de acero. ¿Quién sería capaz de señalar todos los usos de este metal esparcido con tal profusion por la naturaleza? ¿Quién los podrá marcar, especialmente el dia en que por los progresos en la extraccion del carbon de piedra y la explotacion del mineral, por la mejora de las vias de conduccion y por la rebaja de los derechos de aduana podrá procurarse la industria todas las clases de esta primera materia á un precio el mas natural?

Habia en la exposicion muy pocas muestras de cobre, y solo nos han podido llamar la atencion las de hierro y acero en bruto, ó bien los objetos trabajados de estas dos materias. Casi todos los productos presentados por dueños de herrerías son notables, y anuncian una fabricacion progresiva. Aquí no pudiéramos poner sino una série de elogios, porque á mas de los fuertes tornos, las barras colosales, etc. habia una excelente coleccion de piezas corrientes. Pero la palma, en cuanto al acero pertenecia á M. Jackson d' Assailly (Loire); él es sin disputa quien mejor lo trabaja en Francia. Mas... ¿valen estos productos lo que los aceros

ingleses? En la duda, hacemos lo que el sabio; nos abstenemos de juzgar. Dos exposiciones en el hierro merecen particular mencion: las de M. d' Andelarre de Treveray (Meuse), y de M. Traxler, de Bessons (Viena). Estos dos dueños de fundiciones presentan hierros obtenidos por un nuevo procedimiento que debe ser muy económico, y que consiste en hacer quemar el gas de los hornillos altos, perdido inútilmente, y en emplear el calor de esta combustion en la produccion del hierro. Aquí se encierra el germen de una revolucion muy de desear para utilidad general, porque la industria del hierro está todavía en la infancia. Para los dueños de herrerías es esta una penosa innovacion que les obligará dentro de poco á renovar el capital empleado. En esta industria se debe obrar por millones: esta es la razon porque las fraguas inglesas, que cuentan por 8 y 10 millones, no han tomado aun la delantera. El nuevo procedimiento está además en ensayo en Bohemia, Hungria y Styria; pero en ninguna parte hay hierro de ley obtenido por este medio. M. d' Adelarre lo consiguió tres años há. Hemos sabido que M. Traxler lograba ya una economía de 120 francos por barrica de fundicion!—Este es un resultado magnífico. Los notables experimentos de M. Ebelmen, ingeniero de minas, han demostrado por otra parte que en los mejores hornos de Francia hay por lo menos un 67 por 100 de carbon que se pierde en la atmósfera en estado de gas combustible.

En el número de las piezas de hierro mas dignas de atencion, citarémos un enorme tronco encorvado, destinado á una máquina de 220 caballos, fabricado por los señores Patin y Gardet, de Rive-de-Gier; una retorta de fundir, que pesa 1.020 quilógramos, de M. Vorux de Nantes para la colocacion de lo derretido; las soberbias columnas de los señores Chamouton de París, Dorival de Sedan, y las asímismo gigantescas de M. Chauffart, de las cuales una pesa mas de 4000, y serviría igualmente si fuese mas pequeña. El hierro galvanizado ha tomado una posicion regular, y probado de dia en dia su utilidad para mil objetos de construccion, para enverjados, cañerías y techumbres, especialmente ahora que se ha llegado á obtener plancha dulce. El Sr. Ledru acaba de descubrir en esta produccion un nuevo empleo, ideando un pequeño é ingenioso soplete, por medio del cual llega á unir y soldar tubos de lata de cualquier dimension, y cuyos usos pueden ser tan considerables.

La metalurgia del cobre tenia menos representantes. El horno de Givet se hacia notar aun este año por la extraordinaria finura de sus hojas, que anunciaban un tirador superiormente montado: 150 planchas de 44 centímetros de largo por 25 de ancho pesan medio quilógramo! El fundidor de Romilly tenia una magnífica chapa de 5 varas cuadradas, un recipiente de 343 quilógramos y un fogon movible de 9 líneas de espesor. El cobre no se presentó mas que en láminas: lo mismo sucedió con el zinc y el plomo. En bruto no ofrecerían estos metales el mismo interés que el hierro colado, que sin embargo ya hemos dicho era muy raro en la exposicion. No hace 30 años, los objetos de zinc eran objetos de curiosidad. En el dia los usos de este metal son innumerables, y engruesan la fortuna de opulentos capitalistas. Dos hornos solamente se han presentado: la Vieille-Montagne y el horno de Stolberg, el uno que tiene sus minas en Bélgica, el otro en la Prusia rinense, y ambos sus tiradores en Francia. La primera es famosa hace largo tiempo; el segundo ha dado ya mas de cuatro millones al consumo, aunque no cuenta mas que cuatro años de existencia. Tambien habia hermosos plomos estirados á máquina pertenecientes bajo diversos nombres á grandes compañías.

La exposicion de productos químicos, tan modesta en apariencia, indicaba no obstante al que queria estudiarla grandes progresos. Bajo el punto de vista de historia natural, habia una preciosa coleccion de producciones recientemente descubiertas ó mejor determinadas, y admirables cristalizaciones. Los grandes productos anunciaban tambien mejoras notables aun despues de las correcciones hechas en todas las piezas de exposicion. La ciencia espera descubridores y apóstoles en todo lo concerniente á los tintes y materias de colorido, en términos de que en la fabricacion de esta materia y su consiguiente aplicacion á las artes domina generalmente el empirismo, las tradiciones y la buena inspiracion del compositor. Pero mientras aguardan esta ilustracion, muchos fabricantes logran útiles productos, y en ellos es donde debe considerarse ese bello matiz de las telas. Este año, los estractos vegetales, los de M. Charles Meissonier especialmente, eran aun mas hermosos que los del año anterior. Hemos hecho alto tambien en el carmin de orchilla de M. Jannet; es un producto nuevo de que ya se hace gran consumo. M. Jannet emplea ahora la orchilla de Africa: MM. Bergeron, hijos, y Couput, tenian

prusiatos amarillos y rojos, obtenidos por el azoe del aire atmosférico. Este sería un gran invento. Este año no hemos oido hablar del azul de Francia; verdad es que el añil está en gran aprecio. La teoría del abono está todavía en resolucion: los agricultores piden el azoe mientras tanto; y los señores tratantes en productos químicos buscan como vendérselo en sólido ó en líquido, bajo nombres mas ó menos inteligibles con que indican en caso su mayor ó menor relacion de enerjía con la palomina; tomada por término de comparacion del valor de este género. Este es todavía un punto de difícil solucion. De cualquier modo, nosotros nos complacemos en advertir cierta tendencia á esta clase de investigaciones: los abonos son el fomento de la agricultura, y jamás se hará demasiado por este ramo de la industria, que nos vestirá y alimentará siempre completamente si sabemos atenderla en términos oportunos. Cuántas cosas quedan por hacer! París se dice que pierde diariamente setecientos hectólitros de orines. Con este motivo hemos estudiado con el mayor interés las horribles vasijas de M. Krafft y compañía que anuncian una composicion capaz de desinfectar en un momento las alcantarillas mas infectas y amoniacales, para utilizar en seguida sólido y líquido, recogiéndolo por otra parte con suma naturalidad y sin grandes preparaciones, sulfatos y amoniacos en abundancia. Esta sería una gran mejora de todos los medios comunes que la salubridad pública agradecería á M. Krafft. Si ha de creerse á M. Rousseau y Raolz, el albayalde habria encontrado un concurrente en el óxido de antimonio. Pero es muy inocente el antimonio? y por otra parte, cubre y conserva tanto como el albayalde? y luego, aunque así fuese, el albayalde hace tiempo que no tiene que temer; los pintores son fieles al albayalde y al albayalde de Holanda. M. Roard lo ha experimentado perfectamente con su lindo albayalde de Clichy.

Las velas purificadas merecen verdaderamente el nombre de bugías: su fabricacion es ya perfecta; y el digno M. Chevreul debe envanecerse de que esta industria sea el fruto de sus análisis. La bugía de cera va desapareciendo poco á poco del consumo: la iglesia misma, despues de algunas dudas, ha aceptado el cirio de grasa. En verdad, las magníficas muestras de ácido esteárico podian rivalizar con la cera mas blanca.—Los SS. jaboneros de París, porque los de Marsella parecen desdeñar la exposicion, se mantienen

fieles á su costumbre de exponer lo que no fabrican ordinariamente, lo que no venden, pastillas de todos colores, que raspan todas las mañanas para presentar al público á las nueve una superficie siempre fresca. A escepcion del jabon de M. Menotti, propio para hacer las telas impermeables, y de que se habla con elogio, no creemos que se ha adelantado en esta industria de diez años á esta parte. Los jabones de *toilette* han quedado estacionarios desde la oleata trasparente de M. Laugier, que se decora con todos los nombres imaginables para ofrecerla al público, siempre un tanto inocente. Esta industria tiene su piedra filosofal, y es el jabon de Nápoles.—En el arte de colas, tan precioso para el apresto de tantos otros usos, M. Grenet de Ruan parece haber llegado ahora al *non plus ultra* de esta fabricacion. En general, la industria de los productos químicos se extiende cada vez mas, y empieza á no ser esclusivamente parisiense. Hombres inteligentes la trasladan á los diversos centros industriales: M. Kulhman al norte, M. Kouceau Muiron á Champagne, M. Delaunay á Tours, etc. Ruan y la Alsacia tienen muchas fábricas.

Poco tenemos que decir de las sustancias alimenticias que se han expuesto. Es una parte abandonada, cuya presencia es necesario estimular para otro año. Seria provechoso hacer constar las nuevas especies de cereales, y toda produccion y fabricacion que merezca interes. Ya han dado el ejemplo algunos fabricantes, y entre otros M. Magnin de Clermont que elabora en el dia una buena partida de pastas de Génova y de Nápoles que nos venden en París, y de que remesa tambien á Italia. A su lado, M. Porcheron de Dijon tenia pan hecho con una mezcla de patata: en caso de guerra ó hambre este es un suplemento; pero Dios nos libre de este género de filantropía! La patata ha triplicado la poblacion de Irlanda. Ah! ¿no valdria mas que hubiese tres veces menos hirlandeses que comiesen tres veces mejor?—La glucina se ocultaba en dos sitios diferentes; y nadie la acusará de contravenir á la ley, y por nuestra parte declaramos que cada vez cristaliza menos.

Entre el número de las fuerzas naturales que la industria logra encadenar de tiempo en tiempo, y hace trabajar bajo sus órdenes, las que parecian mas fecundas, por los servicios que de ellas ha sacado ya el hombre, son el calórico y la electricidad. El quinquenio que acaba de trascurrir parece haber sido fecundo en combinaciones capaces de eco-

nomizar el combustible, materia primordial del calórico, aun muy cara en Francia, como ya hemos dicho, sea á causa del monopolio que de hecho gozan los propietarios de bosques, sea por la falta de carbon de tierra de tan superiores cualidades, y cuyos análogos estan alejados por los derechos de introduccion, ó ya por nuestros tráficos secundarios de exportacion, ó por la inferioridad relativa, en fin, de nuestros medios de trasporte. Una de estas combinaciones ha girado, segun hemos visto, sobre la manera de regular el gasto de vapor. Otra, no menos importante, parece destinada á introducir una innovacion en la preparacion del hierro. Muchos esfuerzos se han hecho, así en el aparato de hornos como en el calinario, sobre todo para hallar medios de aprovechar el mayor combustible que se pueda, medios muy difíciles de apreciar, y cuya eficacia no podrá ser demostrada sino por la esperiencia. Hasta ahora todo el mundo pensaba que era suficiente ser calderero, alfarero ó simple albañil, para construir un fogon, y sería imposible decir á cuantos ensayos monstruosos se han visto arrastrados los pretendidos inventores. Ahora los hombres de ciencias y arte, los ingenieros toman parte en este punto difícil, que necesita tan sutiles y delicadas observaciones. Esta es una feliz tendencia, que sin duda se vería ilustrada con útiles observaciones entre los pueblos que saben calentarse; los ingleses, los belgas, los rusos, por ejemplo. Mucho habria que hacer entre nosotros, porque ciertamente, despues de la Italia y España que no tienen necesidad de fuego, la Francia es el pueblo en que los medios de calórico parecen mas ridículos.

La fuerza eléctrica que tambien parece tan fecunda, pero que no es dado dominar sino con mucho mayores dificultades, ha ofrecido tambien su contingente. Citemos por de pronto, de memoria únicamente, un pequeño aparato de cobre, en que el juego de las electricidades hacia mover un émbolo de papel en la galería de artes varias: esto no es todavía una invencion. El pavonado y coloracion de los metales, del cobre sobre todo, por el procedimiento eléctrico de M. Becquerel, y sin colores, ha emitido pruebas de las mas notorias; pero no es todavía una industria. Lo que ya es una industria y una industria fecunda es el procedimiento de los SS. Recelz y Elckington, tan hábilmente puesto en práctica por los SS. Cristophe y compañía, para el dorado y plateado, y que parece prometer mas resultados

aun; invencion admirable, no tanto por sus efectos industriales, cuanto porque liberta á los trabajadores del azote del mercurio. Pero el bien raras veces llega sin trabajos; y hé aquí que esta invencion permitiría hacer con mayor facilidad tambien la moneda falsa y los fraudes de platería, y que daría orígen á falsificaciones de todo género.

M. Deleuil, constructor de instrumentos de física, ha llegado á hacer servir el aparato de Bunsen para el alumbrado, cuyo buen éxito se vió ya en un ensayo hecho un año há sobre una de las estátuas de la plaza de la Concordia. El artificio de Bunsen es una pila voltáica en que uno de los elementos está reemplazado con ventaja por el carbon por medio de una disposicion económica, sencilla é ingeniosa á la vez. Reuniendo varias, M. Deleuil obtiene dos grandes corrientes de fluido positivo y de fluido negativo, que reuniéndose sobre un cono de carbon convenientemente dispuesto en un recipiente vacío, producen una série no interrumpida de chispas luminosas, que no tardan en enrojecer y aun encandecer este cono incombustible en el vacío, y dar una poderosa claridad. Dificultades de todo género se han presentado; M. Deleuil ha vencido algunas, su perseverancia y habilidad triunfarán quizá de las demás. Pero esto no pasa todavía de un ensayo. Dios solo es capaz de saber si será dado todavía á los hombres tener la luz eléctrica para el servicio de las poblaciones, ó si ha determinado aplazar por siempre la claridad. En qué han venido á parar todas las luces mas ó menos refulgentes, con que se nos entretenia algunos años há? (1) Una sola, aunque decaida, brilla todavía, y procura persuadir con sus rayos, á que se la coloque en los fanales de la marina; esta es el gas hidro-oxígeno de M. Caudin, quemándose en un cono de cal. Tuvo un momento la pretension de iluminar las capitales; no le faltaba mas que un monumento bastante elevado. La exposicion no nos da noticia alguna del motor eléctrico de M. Jacobi, ni del maravilloso telégrafo eléctrico. Apenas hace cinco años que la aplicacion de la luz á uno de los tra-

(1) Los fabricantes de lámparas estaban en calma este año. Algunas ideas nuevas se ponen en práctica sin embargo. M. Rouen ha rodeado el palacio de la industria de candelabros, donde arde un líquido que hace con los aceites del hornillo de gas: otros han propuesto quemar brea en las lámparas de habitacion. El gas líquido (espíritu de vino y esencia de trementina) quiere hacer sus pruebas. La lámpara-sol, la de M. Breuguin, parecen ser verdaderas mejoras; pero parece que ha llegado la exposicion demasiado temprano para esta industria.

bajos mas delicados del hombre ha sido hecha por M. Daguerre, célebre de aquí en adelante; y ya cien descubrimientos accesorios han venido á fecundar este nuevo arte. Sin duda que, si el inventor no hubiera tenido una recompensa especial, habria demandado este año al jurado central la medalla y la cruz; porque, en efecto, el daguerrotipo y todos los procedimientos que tienen relacion con él pertenecen á la exposicion de 1844, y hemos querido recordarlo aquí para reunir todas las grandes ideas que pertenecen á este período quinquenal.

Ahora es un mundo entero lo que tenemos delante de nosotros. Irémos á hacer su descripcion? Es imposible: necesitaríamos un volumen. Trepemos á una eminencia, y descubramos á vuelo de pájaro estas cuatro galerías; pero antes de salir de esta enciclopedia viviente, alentemos los esfuerzos de M. Vauquelin, que en sentir de los SS. Dumas, Gautier de Claubry y otros sabios seguramente bien capaces de este juicio, ha dotado la industria con un nuevo sistema de tenerías. En cuatro meses, aun en dos, prepara M. Vauquelin cueros que las tenerías ordinarias tardarian dos años en adobar; por eso es refran de curtidores que necesitan tiempo y casca: M. Vauquelin no necesita mas que la casca, haciendo recibir á sus pieles una manutencion que abrevia el trabajo. Estos no son ya ensayos, porque hay productos. ¿Qué le falta aun á M. Vauquelin? uno de los instrumentos generales de la industria: él tiene el trabajo. Mas salgamos; el tiempo urge; y no obstante, saludemos de paso esa bella relojería de Paris, de Orleans, de la Sarthe del Jura, de Agen, de Beauvais; y esos magníficos fanales de MM. Lepaute y Francois. ¡Cuántas exclamaciones ha arrancado á los pechos de nuestros campesinos este triunfo de la ciencia de Fresnel! Eran como la expresion de un reconocimiento intuitivo.

IV.

Tegidos.—Artes varias.

Dos palabras tan solo acerca de las primeras materias: bien lo merecen. Unicamente las lanas finas estaban representadas en la exposicion; pero estos vellones indicaban no sé que inquietud en la produccion. Nuestras lanas son bastante finas; entendeis bien los merinos; pero

no haceis lo suficiente ni llegais á este resultado sino estimulados por la concurrencia de la Sajonia, la Prusia y la Rusia. Ved las llanuras de Crimea cubriéndose de rebaños; y pidiendo ya el consumo lanas al Septentrion, puesto que ya España no acierta á sacarlas buenas, ni vosotros las sacais demasiado. Mientras tanto M. Graux de Mauchamps presentaba dos carneros de un tipo nacido por casualidad en su ganado. Tienen esa lana larga y sedosa, esa hermosa lana suelta indispensable para todas las telas raras que nosotros vamos á buscar á Inglaterra, que la cria y recibe en grandes porciones de la Nueva Holanda. Un chal hecho de esta lana de Mauchamps por M. Fortier está por su suavidad entre la cachemira y el merino mas delicado. Es un descubrimiento, si ya no les dá á nuestros agricultores la manía de hacer de esto otra lana *nacional*. Pero ¿qué digo? estas lanas pagan tambien el derecho del 22 por 100.—La sedería empieza por fin á sufrir una transformacion: los quince años de trabajos de M. Beauvais no seran perdidos; discípulos é imitadores le ayudan á dar cima á la tarea que se impone. Preciso es decirlo: este hombre de tan rara inteligencia no es un industrioso ordinario. No ha hecho misterio de ninguna investigacion; ha acogido todas las visitas con extraña urbanidad, y ha instruido á cuantos han querido ser sus discípulos. Pero, por qué no ha dado nada á la exposicion? Su obra no está terminada, y estamos seguros de que su presencia entre los demás criadores hubiera servido de alguna leccion. Entre tanto, gracias á él, las razas se han experimentado, acrecentado y hecho mejores; la rutina meridional hace lugar al método racional: el gusano como emancipado goza mas pronto de la vida, experimenta menos mortandad, y dá una seda mejor y mas abundante. Las plantaciones se multiplican, las malas especies desaparecen, y la experiencia aprende cada dia algo nuevo sobre la higiene, alimento y manera de cosechear el rico ataud de este generoso lepidóptero. Hemos hallado el algodon de Argél en casa de M. Crepet mayor, hilador de Ruan. Se semeja al Georgia larga seda y al jumel de Ejipto: se hila bien, y es bastante su fortaleza. Hé aquí un objeto de cultivo, cuando S. M. Abd-el-Kader quiera permitirlo. El lino, el cáñamo no se han presentado sino bajo la forma de hilos ó cuerdas, estas últimas en concurrencia con las cadenas de hierro, cables y alambre, redondos ó planos, con alma de cáñamo ó sin ella.—Todos estos sistemas estan en ensayo.

—La zábila, el phormium tenax y otros asociados bajo el pomposo nombre de seda vegetal no levantan ya tanto la voz como en 1839. No luchan con nadie. ¿Pero es culpa suya ó de las circunstancias? el tiempo lo probará (1).

El rey de los tegidos es el paño, elaborado por ciudades laboriosas. De cinco años á esta parte, aunque se haya dicho, no ha hecho grandes progresos. Sucede lo mismo con esta manufactura que con muchas otras: una vez obtenida cierta calidad, ya no hay que esperar gran cosa, á menos que no se encuentren nuevos medios de trabajo ó una baja inesperada en el precio de la primera materia. Tal es la situacion del paño, tal es la de la mayor parte de los tejidos, papeles pintados, tapices, etc., etc. Este año, la exposicion de MM. Bertech-Bonjeau descollaba sobre toda la exposicion de Sedan por los subidos colores encarnados, amarillos, verdes destinados á los fashionables del Celeste Imperio, y la de M. Teodoro Cheneviere d' Elbeuf por una elegante coleccion de telas de pantalones y aun de fracs, de novedades, en fin, cuyo buen gusto era verdaderamente notable. Salvó estas dos escepciones y algunas otras, la galería de paños, comprendido Sedan, Louviers, Elbeuf, Castres, Montauban, Vienne, Chaleauroux, Mazamet y la Alsacia (dos ó tres casas) era de una tristeza completa, para lo que, por su parte, el arquitecto del palacio no habia olvidado nada; hay que hacerle esta justicia.

La industria especialmente de lanería de Reims, respecto á merinos, tartanes, franelas, etc. presentaba el mismo carácter de progreso regular; pero manifestaba tambien el poco prurito que la mayor parte de las casas habian puesto en enviar á la exposicion. ¿Habria influido á este poco afan la preocupacion de la línea de París á Strasburgo? Roubaix, Lila y Tourcoing fabrican siempre y en todas las posiciones sociales telas ligeras de lana, de lana y algodon, y de hilo. Muchos fabricantes de Turcoing faltaban al llamamiento. Ellos se tienen la culpa en nuestro concepto. Estos torneos industriales equivalen á cien expediciónes. Allí se saca ánimo, emulacion, se encuentran rivales; y todos

(1) En 1839 abortaron un trepel de ideas en la sociedad. Muchas empresas han sucumbido, unas por falta de vida, otras bajo el peso de un capital demasiado grande, otras por no tener en bastante grado el instrumento del trabajo. ¡Cuántos betunes que no han podido atravesar el intervalo que ha mediado entre ambas exposiciones! ¡Cuántos cálculos que han corrido la suerte de los betunes!

somos de tal condicion que del mismo modo que los laureles de Temístocles, turbando nuestro sueño, se acrecenta nuestra gloria. Véase la Alsacia! los que viajan por este pais, no dicen, como tantos otros que pudiéramos citar, sobre todo en la zona meridional. Perecen nuestras industrias antes que un principio! Luego que el genio alsaciano, vigía atento, les noticia que la moda vá á cambiar, ellos se resignan, y toman, cuando es aun tiempo, otra direccion. Miradle en este momento: Se piden menos las telas de algodon; procuran ofrecerlas tambien menos; y se vuelve su atencion hácia la lana; y helos ya en el mercado con los mas lindos caprichos. Podría decirse que son ellos los caprichosos, que son los que han deseado la mudanza. Porque ahora hacen aceptar sus combinaciones, sus dibujos, sus mezclas.

El ejemplo de la Alsacia, el uso de la Perrotina, y los adelantos de la fábrica de colores (de París especialmente) impelen la industria de Ruan. Ella tambien hace colores para tintes en grande; y sin abandonar su especialidad, empieza á ejercitarse en las calidades superiores.

La fábrica de París es siempre la primera en estampados de lujo; es la gran escuela del gusto en los dibujos y armonía de los colores. Lo mismo sucede en cuanto á tapicería y forros de muebles, industria que hemos vuelto á encontrar en Rubaix, en Amiens y Ruan. Una gran innovacion se presenta para hacer las pruebas en el arte de la tapicería: queremos hablar de ese famoso fieltro que hizo bastante ruido (1). Dos fábricas se han presentado: en París, la de M. Depouilly, el hábil estampador; y en Rouxwiller, la de M. Stehellin, á quien ha sido cedido el método por este; sus manufacturas que reciben bien el colorido, que se abondan para imitar á los tapices, parecen deberse apropiar al uso de colgaduras de mueblaje, de alfombrado etc. M. Stehellin se dice que no desespera de afinar bastante los suyos para hacer paletots. El éxito es mas probable ahora que las dos cardas que recorren este paño no cuestan apenas mas que la cuarta parte de lo que costaban antes (90.000 fr.) A propósito de tapicería: no olvidemos los tegidos de vidrio de que habia una linda exposicion, y que van abriéndose paso por las modestas iglesias de los lugares, para las cuales el oro y la seda son inaccesibles.

(1) En 1814 los Cosacos se vestian de fieltro.

San Quintin, Tarara, Alenzon, Paris, etc. hacen siempre bien y con gusto los encajes y bordados. Cantaríamos tantas maravillas si hubiéramos de tener lectoras! pero por otra parte es mejor vernos dispensados de argumentar sobre esa interminable nomenclatura de *puntos*, entre los cuales el de Alenzon dominaba este año. Diremos únicamente que habia un pañuelo bordado de valor de 1000 escudos, obra maestra, de primor, de paciencia y de barbarie, que representa un castillo aleman, y habrá acabado con la vista de una pobre mujer que sacaría unos cuantos sueldos al dia!

Lyon respecto á sedería de lujo se mantiene en un *statu quo* de perfeccion bastante difícil de exceder. Pero no deja de haber motivo para señalar los modestos terciopelos de M. Forbin de doble tejido, pudiendo competir por el precio (4 fr. 50 c.) con los de Revelt. Lo que hay de curioso, como punto comercial, es que ya no es Lyon el que hace las mejores felpas para sombreros; son Metz y Sarreguemines que las fabrican dentro de sus muros, y tienen depósito en Lyon para la venta. No hay para que hablar este año de las pequeñas sederías de Nimes y Avinion: podria decirse que el arte de la seda en Nimes no se emplea mas que en esas horribles fajas argelinas: tampoco es necesario hablar de los artefactos de Tours; pertenecen á la historia antigua, como el terciopelo de Amiens, que desde.... pero basta.

Llegamos al final del plan, quizás demasiado utilitario, que hemos debido trazarnos, y respecto á cristalería (1), ambiciones (2), vajilla, muebles (3); los tallados me-

(1) Los cristales, vidrios y porcelanas se hallaban en resplandecientes aparadores: su forma no admite ya camara. Se han adquirido muchos procedimientos para el pintado; el engarnado, sin embargo, deja todavía que desear. Los colores á fuego de M. Discry ofrecian mucho interés. Tambien se notaba el dorado en relieve de M. Rousseau. Sevres tiene émulos.

(2) MM. Eck y Durand, y nos recuerdan á M. Soyer.

(3) Los expositores eran en gran número; cinco ó seis se distinguian por su gusto y eleccion de adorno. No podemos dejar de citar: un catre de ébano con adornos griegos de un aspecto elegantísimo; un aparador de nogal al gusto del renacimiento, por M. Grobé; otro semejante de MM. Fourdinois y Fossey; otra papelera de nogal de M. Henckel; un bufete de encina de M. Riaquet-Lapaire. Los tallados, el gusto y forma de estos muebles, no tenian verdaderamente defecto. Necesario es citar aun los embutidos admirables de MM. Wassmuss, los mosáicos de Florencia (en piedra y de relieve) de M. Tiers; los marmoles antiguos de M. Marcelin; los barnices de M. Osmond. El conjunto era en general perfecto, las maderas oscuras, la caoba, el ébano, el nogal eran las dominantes, no obstante haberse introducido el palo de rosa, con sus demás cofrades del género Renacimiento Europeo XVI. En ebanis-

cánicos (1), la platería (2), los bronces, la litografía, la tipografía (3), la vidriería (4), tapicería (5), las persianas (6), flores artificiales (7), armas (8), cuchillería, herramientas, quincalla etc., etc. y ese millar de industrias que entran en la denominacion de industria parisiense, no hacemos mas que una reflexion.

A pesar de esa falta de órden enciclopédico que hemos fijado, no obstante la incoherencia de muchos productos el destierro de varios otros á regiones heterogéneas, la exposicion de 1844 dejará una viva impresion que provocará en el espíritu nacional el sentimiento de un triunfo legítimo, y tambien indudablemente en el de los extranjeros una admiracion sincera y profunda. La industria francesa es sin rival en cuanto al gusto que reina en el conjunto de los productos que salen de manos de sus obreros: esta es una

ria solian verse maderas extrañas: una mesa de tejo, de M. Jeanne; un estante de M. Roger, de madera de la Amboina; una caja de Ulz de ciprés, de M. Joly; las maderas trabajadas por el patojo Boucherie, productos bien curiosos; pero entre ellos la haya y el arce eran los únicos que tenian un color agradable: el arte imitaba al cedro hasta engañar! De cualquier modo, este procedimiento parece tener porvenir. Un fabricante, M. Blanda, presentó muebles de cuero batido.—El hierro hueco se ha reunciado en las camas de alojamiento, pupitaje etc. donde encuentra un compañero temible, el hierro macizo.

(1) Una sociedad presentaba un método debido á M. Duiel, por medio del cual se obtienen en el dia productos análogos á los de M. Colas, M. de Girard y otros tienen medios semejantes á los de M. Grimpe, condecorado en 1839. Podia juzgarse por los muebles, marcos, adornos etc.

(2) MM. Froment-Meurice, Morel y Rudolphi tenian obras maestras.

(3) M. Barbat-Thomas, de Chalons, presentaba un ejemplar de *Los Santos Evangelios*, que es una obra maestra, de gusto y riquezas: cada página tenia una viñeta diferente traida con perfecta propiedad. El autor de este libro lo habia abandonado sin embargo, y por casualidad se ha descubierto.

(4) La vidriería monumental no tiene ya lugar en los Campos Elíseos; es puro arte, y debe ser presentada en el Louvre. Se han admirado las vidrieras del siglo XV de M. Boutems. Pero Choisy-le Roy ha provocado concurrentes bastante dignos de él. MM. Karl-Hauder y Andre de París; M. Lesson hijo, de Limoges; M. Bontems y M. Dinam expenian tambien acopio de *flint-glass* y *crow-glass*. La óptica va á poner manos á la obra para darnos instrumentos de una potencia superior.

(5) M. Sallandroze-Lamoinois puede luchar con los Gobelins y Beauvais. Aubusson domina todavía; pero ha suscitado émulos en Abbeville, Turcoing, Nimes y Paris.

(6) Estan en progreso. ¿No se semejan ya demasiado á un cuadro al oleo?

(7) M. Constantor tenia una exposicion verdaderamente extraordinaria; la hoja de adelfa, la rosa de Alejandría, el nardo, el diente de leon que se estremecia con solo el aliento! Objetos todos que hasta ahora presentaban dificultades insuperables.

(8) París construye tambien como Lóndres las armas de lujo.—Los sistemas que tanto ruido han hecho en 1834 son inferiores. La carabina Delvigne alarga novecientas varas. Este es un adelanto. En lo sucesivo algunos paisanos en guerrilla podrán burlarse de fuerzas considerables.

verdad recibida en todo el mundo; mas aquellos artistas franceses que se dedican á las artes liberales, afectaban todavía cierto desden hácia la industria que tiene la ridiculez de ocuparse de lo util, y descuidar el cultivo de lo que en una gerga particular se llama *el arte por el arte*. Ahora bien, en el dia, el aspecto general de todas las galerías en que al principio entraron con prevencion, les ha hecho confesar á ellos, los grandes sacerdotes, un tanto presumidos, que los que profesan cualquier industria tienen tambien buen gusto, y conocen el valor de la armonía, la forma y los colores, y han devuelto su reputacion á aquellos hombres, que sin grandes nociones arqueológicas, y con solo el auxilio de su propia inspiracion, reproducen la noble sencillez del estilo griego, el esplendor del gótico, la rica variedad del renacimiento del siglo de Luis XIII del de Luis XIV y del de todos; y no tiene esto únicamente lugar en la platería, bronces, vidriería, persianas, relieves de fundicion de mármol y de pasta, sino tambien en cañamazos, tejidos de toda especie, bajilla y vidriería; y en esas grandes salas en que yacen los colosos de la industria; que no obstante sus enormes proporciones agradan por la sencillez con que estan colocados, la disposicion natural de todas sus partes y la elegancia del conjunto.

Así se halla de nuevo demostrada á vista de la Europa atenta esta noble superioridad artística, cuya importancia ha hecho notar tan perfectamente M. Teodoro Fix en las consideraciones generales que acerca de las exposiciones ha presentado.

CAUSA DE LOS FISCALES DE GRANADA.

Nuestro apreciable colaborador, D. José de Castro y Orozco, nos remite para su insercion el comunicado siguiente:

«*Sres. Redactores de la* Revista de Madrid.

Muy señores mios: en la crónica del núm. 19, tomo 3.º de su apreciable periódico, dicen VV., hablando de la circular de los fiscales de la audiencia de Granada, que estos han asegurado hechos *evidentemente falsos*, y declamado en *tono revolucionario* sobre el despotismo y otros fantasmas de los tiempos presentes. No pondré en duda la competencia de VV. como periodistas para apreciar mis actos oficiales, si bien al suscribir como fiscal de S. M. en esta audiencia la circular en cuestion no pasó ni pudo pasar siquiera por mi mente la idea de que su contexto llamase tan poderosamente como lo ha hecho la atencion pública, estraviando por desgracia el buen juicio de los unos, y convirtiéndole otros en provecho propio, cuando solo me propuse por fin cumplir con mis deberes y defender los intereses de la justicia, que de todos son y á todos aprovechan igualmente. Pero las calificaciones de *falsario* y de *revolucionario* que VV. han estampado, sin datos suficientes y con visible equivocacion á mi modo de ver, son muy graves en sí mismas para que yo prescinda de decir simplemente á VV. que en manera alguna puedo consentirlas: que reales decretos expresos me prohiben entrar en polémica con los periódicos, y que respetándolos como hombre de órden y de obediencia, he escrito ya mi vindicacion y la tengo remitida al Gobierno de S. M. Creo, señores redactores, que comprenderán VV. fácilmente cuán costoso deba serme el silencio en la presente ocasion; ruego por lo tanto á VV. que, persuadidos de que no puedo romperlo por ahora, tengan la bondad de suspender su juicio hasta tanto que me sea lícito defenderme de las acusaciones que se me hagan, lo que no verificaré tampoco, cualesquiera que sean las nuevas que se me dirijan, mientras mi vindicacion pública sea incompatible con mis deberes, y entienda que pueden originarse de ella escándalos todavía mayores que los que, por una fatalidad inconcebible y causas totalmente agenas de mi voluntad, ha producido ya la referida circular de los fiscales de la audiencia de Granada.

Soy de VV., señores redactores, afectísimo seguro servidor Q. S. M. B. — JOSE DE CASTRO Y OROZCO.— *Granada* 17 *de julio de* 1844.

Mucho sentimos que el Sr. Castro y Orozco haya creido ver en nuestras palabras una ofensa, que no fué nuestro ánimo hacerle. La circular que ha dado motivo á esta polémica está sometida al fallo del Supremo Tribunal de Justicia, y la prensa no debe por lo tanto prevenir su juicio. Hablamos de ella en la crónica de nuestro número de junio bajo la impresion que nos habia causado su lectura, y la del documento publicado por la Gaceta en contestacion á las aserciones de los fiscales de Granada. Que muchas de estas eran inexactas resulta del mismo documento, y la inconveniencia del tono del escrito es demasiado evidente en nuestro concepto. Prueba de ello que la prensa progresista lo tomó al punto como arma de oposicion contra el Gobierno, dirigiendo á este cargos severísimos fundados en la confesion de sus mismos funcionarios. No siempre *es falsario* quien asegura hechos inexactos, ni tampoco es siempre revolucionario quien escribe en tono destemplado: y nosotros creemos que los fiscales de Granada no merecen ni una ni otra calificacion por mas que hayan cometido un desacierto al dirigir la circular que ocasiona esta réplica. Creemos tambien, que al obrar así los fiscales de Granada no fué su ánimo hostilizar al Gobierno, ni mucho menos dar un pretexto plausible á los periódicos de la oposicion; pero como de cualquier modo su conducta ha sido imprudente cuando menos, parécenos que nuestra censura no era tan desacertada.

Sentimos vivamente que el Sr. Castro, cumpliendo con su deber, no pueda entrar en polémica con los periódicos, y justificarse ante la opinion pública: mucho deseamos que lo haga, y sobre todo nos alegraríamos de ver rehabilitado en el ejercicio de sus funciones á un magistrado, que, aunque haya cometido una falta de prevision, tiene fama de capacidad y de rectitud.

CRÓNICA POLÍTICA.

SITUACION DE LOS PARTIDOS EN LA CONTIENDA ELECTORAL.—POLÍTICA DEL MINISTERIO.—CUESTIONES DE HACIENDA.—CONDENACION DE PERIÓDICOS.—CONSPIRACIONES.—SUSPENSION DE LA VENTA DE LOS BIENES DEL CLERO SECULAR Y DE LAS MONJAS.—CUESTION DE MARRUECOS.—VIAJE DE SS. MM. A MADRID.

Apenas se disolvieron las últimas Córtes comenzó á debatirse entre todos los partidos la cuestion electoral. Los conservadores contaron desde luego con la seguridad del triunfo, y así es que no se dieron gran prisa en preparar como otras veces los trabajos necesarios. Esta confianza no era del todo infundada, aunque en nuestro juicio no haya sido tampoco muy prudente. Contaba para obtener victoria el partido conservador con la influencia y número de sus individuos, los cuales obrarían en esta ocasion sin las dificultades y obstáculos que solia oponerle otras veces la intolerancia del partido á la sazon dominante. Y en efecto, un partido que está en mayoría en el pais, y cuyas opiniones ejercen en todas partes el saludable influjo que está reservado á las ideas progresivas y reformadoras del siglo, bien podia creer que en unas elecciones en que debe presentarse libremente á emitir sus sufragios, son suyas exclusivamente las probabilidades de la victoria. Así ha sucedido siempre que el partido moderado ha descendido á la liza electoral, sin ilegalidad ni violencia por parte de sus adversarios: así sucedió en 1837 y en 1840, y así debe suceder ahora que cuenta con que el Gobierno protegerá su libertad, y lo amparará, si los hubiera, contra los ataques de la fuerza.

Muy distinta es por cierto la situacion del bando progresista: dividido desde el pronunciamiento de mayo, fáltale la organizacion vigorosa que en otro tiempo le daba fortaleza. No cuenta tampoco con la decidida é ilegal proteccion que le dispensaba otras veces el gobierno de sus jefes y la policía municipal organizada casi expresamente para este servicio; y como su mayoría en los tiempos pasados era una mayoría amañada y ficticia, sostenida por elementos transitorios, y que debian desaparecer luego que hubiese un gobierno de órden,

vése este partido reducido casi á la nulidad política, sin dar mas señales de su existencia que la oposicion de sus periódicos, y las conspiraciones que fragua de tiempo en tiempo. No era pues extraño que al provocarse la cuestion electoral creyese como segura su derrota, y decidiese abandonar el campo pretextando su falta de libertad y el temor, sino lo hace, de ser perseguido por el Gobierno. Así cree dar á la situacion un carácter de violencia que no tiene, y proporciona para mas adelante un excelente argumento, que prueba á su juicio la ilegitimidad de las Cortes que van á reunirse. Tales han sido los cálculos maquiavélicos del partido progresista. Esta resolucion por otra parte alentaba mas la confianza de nuestros amigos políticos, y disculpaba hasta cierto punto la especie de inaccion que se ha notado en algunas provincias.

Mas para sustituir al partido progresista se ha presentado en el campo electoral una nueva raza de combatientes, retirados hasta ahora de la vida pública, y enemigos declarados de los mismos medios de que ahora se sirven para llevar á cabo sus propósitos. Hablamos del partido carlista, de ese partido defendido contra los ataques injustos de la revolucion por los hombres de nuestras opiniones, y enemigo nuestro ahora tan encarnizado como los revolucionarios. Ya en las elecciones últimas dió este partido en ciertas provincias alguna señal de su existencia, combatiendo las candidaturas del partido monárquico-constitucional. Despues ha crecido en arrojo, alentado por sus periódicos, y por la excesiva tolerancia de muchos conservadores, y ahora cree llegado el momento de disputarnos decididamente el triunfo. No carecia sin embargo del sentimiento de su debilidad, y para subsanarla trató de entrar en negociaciones con el bando progresista, á fin de trabajar unidos por una mayoría de oposicion. Afortunadamente tanto los apostólicos como los progresistas estaban desavenidos sobre la conveniencia de esta alianza, siendo el resultado que los primeros trabajan por su propia cuenta, y los segundos han permanecido en su propósito de no tomar parte en la eleccion.

Con pocos elementos cuenta en verdad el antiguo partido de D. Carlos para la grave empresa que ha tomado sobre sus hombros: este partido, por mas que se diga, es poco numeroso en España; pero esto no impide para que en algunas provincias necesiten nuestros amigos hacer un esfuerzo para vencerlo. El lema escrito en su bandera tiene muchos atractivos para las clases dolorosamente lastimadas por la reforma, y sin duda estas clases habrán de prestarles todo su apoyo. La anulacion de todo lo hecho desde 1833, la devolucion á sus antiguos poseedores de los bienes desamortizados, el restablecimiento del diezmo y de las comunidades religiosas, la abolicion de la ley

fundamental, y otras providencias igualmente reaccionarias, son un aliciente poderosísimo para esas personas que cifraban su bienestar en los abusos del antiguo régimen. Sin embargo, vivan seguros los amigos de las luces y del progreso; tranquilícense los amantes de la civilizacion, que una reaccion parecida á la de 1823 no es ya posible en España. Los carlistas serán vencidos en la lucha electoral próxima, y los diputados que vengan á las Cortes estarán tan decididos á acabar con la revolucion que todavía amenaza, como á impedir las reacciones á que nos convida el partido apostólico.

El ministerio, entre tanto, aparece tan neutral en las elecciones como nunca lo fué tal vez ningun gabinete. Dispuesto sí á hacer cumplir la ley á todos los partidos, pero sin ostentar sus simpatías por ninguno. En los varios decretos que ha publicado, ha dicho al pais su pensamiento, y aguarda tranquilo el fallo de los electores. Propónese gobernar legalmente, y mientras con una mano desbarata los proyectos sediciosos de sus enemigos políticos, prepara con la otra las importantes reformas que el pais necesita para su bienestar.

Entre estas es una de las primeras la de la hacienda y el sistema tributario, para la cual tiene mucho adelantado el ministro del ramo. Ya hemos dicho nuestro juicio sobre el arreglo verificado con los contratistas, y la conversion de sus créditos en títulos del 3 por 100. Ahora se discute la cuestion de si los intereses de la nueva deuda deben pagarse solamente en Madrid, ó si han de pagarse al mismo tiempo en las plazas de París y Lóndres. Aunque el Gobierno parece decidido por lo primero, nosotros pensamos que lo último sería económicamente mas ventajoso. Esa gran masa de deuda arrojada de una vez sobre nuestro escaso mercado, abarataría necesariamente los precios, disminuiría el número de las personas que hubieran de interesarse en la emision, é influiría desventajosamente en el crédito, al paso que distribuyéndolo entre las tres plazas ya dichas, se interesaría á muchos capitalistas extranjeros, ejercería poca influencia en los precios de nuestro mercado, y contribuiría no poco al levantamiento del crédito. El único inconveniente que á esta medida se opone es el de los gastos que tendría que hacer el Gobierno para la traslacion de sus fondos á las plazas extranjeras; pero sobre no ser este costo de gran consideracion comparado con las ventajas que por otra parte produciría la medida de que tratamos, creemos que los tenedores de la nueva deuda se avendrían á subsanar de su cuenta este leve perjuicio que hallarían suficiente compensado con el mayor valor de sus créditos.

Aun estan pendientes de arreglo la deuda centralizada y las libranzas, habiéndose suscitado cuestion entre los acreedores y el Gobierno sobre la cantidad que debe servir de tipo para convertirlas.

Pero como estos debates no han tenido suficiente publicidad, reservamos nuestra opinion para cuando esté mas adelantado el negocio.

El contrato de anticipacion celebrado por el Gobierno con el banco de San Fernando ha producido en el mes de julio los resultados mas satisfactorios. El banco anticipó en los plazos convenidos los sesenta millones estipulados, y recaudó de las tesorerías 57.646.085, sin embargo de que los intendentes destinaron á los gastos reproductivos de las rentas mas de seis millones de reales, que algunos de ellos pagaron cantidades de consideracion por cuenta de las consignaciones militares del mes anterior de junio, y que otros hicieron algunos pagos por mala inteligencia de las órdenes comunicadas. Si á estas cantidades se agregan los productos de la renta del tabaco, cuyas dos terceras partes no percibe hoy el Gobierno, y los pagos hechos por cargas de justicia, bien se puede asegurar, como ha dicho la Gaceta, que las rentas públicas han producido en el mes de julio setenta y cinco millones de reales. Así es que el Gobierno ha renovado su contrato con el banco bajo condiciones mas ventajosas, de cuya manera contará seguramente con las cantidades que vaya necesitando para cubrir las atenciones públicas, y el banco hallará al mismo tiempo un beneficio que no ceda en perjuicio del erario. Nosotros damos el parabien mas sincero al ministro de Hacienda por tan feliz resultado, y le excitamos á seguir con constancia por el camino emprendido, que es sin duda el único que conduce al término que se propone, nivelar los presupuestos sin perjuicio del Estado.

No obstante la severidad de la ley de imprenta, habíanse desmandado en su lenguaje los periódicos de la oposicion, y muy particularmente el que con el título de la *Monarquía* sustentaba los derechos de D. Cárlos. En los paises constitucionales no deben estar sujetas á discusion la forma de gobierno ni la legitimidad del monarca: era por lo tanto un escándalo, que el periódico en cuestion no solamente atacase todos los dias la ley fundamental, abogando por la monarquía absoluta, sino que combatiese con el mismo descaro los derechos incontestables de la reina doña Isabel, que lo hacia en otro tiempo la Gaceta de Oñate. Era pues indispensable denunciar estos sediciosos escritos, y el fiscal de imprenta cumplió con su deber sosteniendo la acusacion, así como el jurado satisfizo el suyo, declarándolos culpables con circunstancias atenuantes. Sabido es que el periódico carecó de fondos para soportar las multas de sus condenas, y dejó de publicarse.

Pero como cualquiera que sea el respeto que merecen los fallos del jurado, no tienen el don de la infalibilidad segun los principios constitucionales, permitido nos será opinar de distinta manera que los jue-

nos que absolvieron el artículo denunciado del *Eco del Comercio*. Habia expresiones en este escrito evidentemente subversivas á los ojos del juez mas imparcial, y sin embargo el jurado lo declaró inculpable. Mucho sentiríamos que esta sentencia diese armas á los enemigos de la institucion, á aquellos que creen que los delitos de la imprenta no deben sujetarse á esta especie de juicios. A pesar de esto, y nos complacemos en confesarlo, el lenguaje de la prensa de la oposicion es mas templado que otras veces, y en el dia en que esto escribimos es tan moderado como conviene al decoro de los escritores públicos y á la causa de las instituciones constitucionales.

Contrastaba singularmente con el tono mesurado de los periódicos de la oposicion las intrigas y conspiraciones de una parte del bando progresista, descubiertas felizmente por el Gobierno. Tiempo hacia que era cosa pública la conspiracion que preparaban los ayacuchos; sus trabajos para seducir algunos rejimientos, y sus planes de sedicion y trastorno. Esta conspiracion debia estallar en Madrid, promovida por oficiales separados de las filas, á consecuencia de los últimos pronunciamientos, y secundada por algunos batallones, á cuya lealtad hicieron un horrible agravio, imaginándose contar con ellos. Habíase repartido al efecto dinero en abundancia, y todo estaba ya dispuesto para dar el golpe. Pero descubiertos los planes por algunos de los que en ellos aparecian comprometidos, las autoridades lograron desbaratarlos afortunadamente, y aun aprehendieron á muchos de los que resultaban complicados. Sin estados de sitio ni medidas excepcionales son juzgados en este momento por sus jueces propios, y la justicia decidirá de su suerte.

La cuestion de Marruecos ha tomado en este mes un carácter de gravedad, que la complica al paso que acelera su término. Firme el emperador en su negativa á las justísimas exigencias de España y Francia, viéronse precisadas estas dos potencias á declarar rotas las hostilidades, y aprestarse con mas empeño al combate. Los moros por su parte se prepararon tambien á la pelea, y acercaron á la costa casi todo su ejército. Las familias europeas residentes en Tanger tuvieron que abandonar la poblacion refugiándose en los buques españoles surtos en la costa. La escuadra francesa recibió al poco tiempo pliegos de su gobierno, y se trasladó desde Gibraltar, donde se hallaba, á las aguas de Tanger. El 6 de este mes tuvo lugar el ataque, y al cabo de algunas horas de fuego, en que los marroquíes sufrieron mucha pérdida, quedaron arrasados los fuertes de la plaza. Este acto de hostilidad podrá ser muy provechoso para la feliz terminacion de esta contienda, porque la facilidad con que la escuadra francesa ha hecho huir despavoridos á los hijos de Mahoma, no dejará de ser una leccion provechosa para el temerario Abd-el-Rhaman, que no advierte los peligros que corre su pais y su cetro, viniendo á las manos con adversarios tan poderosos. No dudamos sin embargo de que el sultan teme la guerra; pero tambien se juzga casi forzado á hacerla por la instigacion de sus fanáticos súbditos. Teme sobre todo la rebelion de las tribus independientes del desierto, las cuales mirarían como un agravio el acceder á las pretensiones de la Francia, es decir, el internar ó arrojar á Abd-el-Kader del territorio del imperio El gobierno francés sin embargo acaba de nombrar un representante en la corte de Marruecos, esperando sin duda terminar la cuestion por medio de negociaciones.

En cuanto á las diferencias del sultan con España, las últimas no-

ticias son algo mas satisfactorias: ya empieza á ceder Abd-el-Rhaman de sus pretensiones injustas, accedi ndo á la mayor parte de nuestras exigencias: un poco de enerija y constancia, y saldremos airosos de nuestro empeño.

El último decreto del Gobierno ha sido el que manda suspender hasta la reunion de las cortes la venta de los bienes del clero secular y de las monjas, aplicando á la dotacion de la Iglesia las rentas de los no vendidos. Este decreto ha alarmado considerablemente á los periódicos de la comunion progresista, al paso que ha sido acogido con cierto desden por los órganos del bando apostólico. Dicen los primeros que el gobierno no estaba autorizado para dictar semejante providencia: que este acto es el principio de la reaccion espantosa que nos amenaza, y que con él ha recibido un golpe mortal el crédito, porque se le priva de su única hipoteca. Los periódicos absolutistas por el contrario han mirado con cierto desden esta medida, y dicen que debia haberse mandado devolver los bienes no vendidos á las iglesias á que pertenecieron. De esta manera raciocinan los partidos extremos; pero ni hay motivo para semejante alarma, ni palabras con que deplorar la ceguedad del bando reaccionario. Si la suspension no tuviese otro objeto que devolver á las iglesias los bienes no vendidos, nos parecería muy desacertada, porque esta providencia no sería suficiente para reparar el daño causado por la revolucion, y constituiría á las iglesias en una desigualdad chocante de fortunas nada provechosa para ellas. Mas si la providencia en cuestion tiene otro objeto, como suponemos, por ejemplo, reformar de una manera conveniente la ley de dotacion del culto y clero, y facilitar el concordato con la corte de Roma, no nos parece tan desacertada. El Gobierno por otra parte promete solemnemente en el preámbulo del decreto respetar los intereses creados por la reforma, declarando sagradas las propiedades adquiridas sobre los bienes desamortizados. De modo que no vemos en la medida, de que se trata, el motivo de alarma que encuentran los progresistas. La suspension con la devolucion sería perniciosa: sola es un hecho todavía insignificante, que ni puede elogiarse ni censurarse, mientras no se vean sus consecuencias.

Aliviada S. M. de las dolencias que la obligaron á ausentarse de Madrid, vuelve á él con la real familia y con el presidente del consejo de ministros separado desgraciadamente hasta ahora de sus compañeros de gabinete. El pueblo de Madrid tendrá muy pronto la satisfaccion de volver á ver su reina, y los intereses públicos ganarán mucho tambien con la union de los consejeros de la corona. Ahora no sufrirán los negocios el atraso que han experimentado hasta aquí, y no volverá á turbarse como antes la armonía entre los ministros.

10 de Agosto de 1844.

MAHOMA Y SU ALCORAN.

Artículo 1.°

Vamos á dar á nuestros lectores una idea de este personaje de funesta celebridad, y de su famoso libro, poco conocido generalmente aun entre las personas de alguna instruccion. Mahoma puede figurar muy bien al lado de Jesucristo y de Moisés, porque, como ellos, dió al mundo una religion, que aun subsiste á pesar del trascurso de los siglos, de las vicisitudes de los tiempos, y lo perecedero de todas las cosas humanas: y el Alcorán por lo mismo puede compararse en este sentido con el Pentateuco y el Evangelio, que los enviados de Dios legaron á la tierra para consuelo de la especie humana. Es tanto mas interesante para nosotros el conocimiento de todo cuanto tenga relacion con el islamismo, cuanto que los descendientes y discípulos de Mahoma conquistaron la Península y permanecieron en ella cerca de 800 años, y por consiguiente algo debió pegársenos de los usos y costumbres de un pueblo, con el que por tanto tiempo estuvimos en continua comunicacion, ya durante la guerra, ya durante la paz. Por otra parte, muchos de estos sectarios se convirtieron al cristianismo, ó voluntariamente, ó porque los príncipes cristianos en distintas ocasiones, por motivos de política ó de conveniencia pública, los pusieron en la alternativa de abjurar su religion, ó abandonar el suelo español, á no ser que los infieles fuesen todavía dueños de algunas ciudades ó provincias, en cuyo caso allí ten-

drian que retirarse, desocupando los pueblos conquistados; y bien se deja conocer que prescindiendo de las uniones impuras mas ó menos frecuentes, segun el estado de relajacion en que se encuentren las costumbres, los recien convertidos ó sus hijos debieran unirse en matrimonio con los antiguos pobladores, resultando de aquí cierta confusion entre los dos pueblos, y el interrumpirse la cadena de sucesiones, que hubiera llegado de lo contrario hasta los guerreros venidos del norte, que destruyeron el imperio romano. Muy señaladas, pues, serán las familias españolas, en las cuales la sangre de sus progenitores no se haya mezclado con la de los nuevos sectarios procedentes de la Arabia, y tal vez los Mozárabes de Toledo son los que con mas fundamento pueden gloriarse de descender de la sangre ilustre y pura de los godos del tiempo de los Leovigildos y Recaredos. A pesar de esto, y de quedarnos tantos recuerdos monumentales de estos huéspedes, son bien poco conocidas sus costumbres ni su religion, contentándose los poetas, al recordar con entusiasmo los tiempos de su dominacion, con hablarnos de sus baños, de sus jardines, de sus almenadas torres, del lujo oriental de sus alfombrados salones, de sus aromas, de su voluptuosidad, etc., etc. Por todas estas consideraciones hemos creido de algun interés para nuestros lectores el hablarles de una secta religiosa que por espacio de muchos siglos se ha compartido con la cristiana el imperio de casi todo el mundo conocido, y que estacionaria y aun en decadencia tiempo hace, conserva no obstante muy vastos dominios en la Africa y el Asia, teniendo bloqueadas, por decirlo así, las naciones civilizadas de Europa, y amenazándolas de cuando en cuando, á pesar de su impotencia y nulidad.

Mahoma, que en lengua árabe equivale á *el ensalzado*, nació en la Meca, célebre ciudad de la Arabia Feliz, y fué descendiente de la noble familia de los Corasinos, á que dió nombre Conais, oriundo de Ismael, hijo de Abrahan por parte de su esclava Hagar. No convienen los historiadores

ni aun los mismos árabes en la época de su nacimiento; pero con muy corta diferencia puede fijarse por los años de 570 de J. C., y sobre el cual se refieren tales prodigios y fabulosas patrañas, que parece imposible puedan creerlas aun los mismos mahometanos, particularmente los mas sabios y prudentes. Cuéntase, que su madre no tuvo molestia alguna durante su preñez; que lo parió sin dolor, y que fué circuncidado por el ángel San Gabriel, abriéndole al mismo tiempo por medio del pecho para purificarle el corazon. Los demonios observaron que una casa de la Meca estaba rodeada de ángeles, y que de ella subia una columna de fuego hasta el cielo, y fué para ellos la señal de que habia nacido el profeta; por entonces cayeron tambien por tierra todos los ídolos y simulacros; se disminuyó el agua del lago Saba; el torrente Samaba inundó las tierras comarcanas; se extinguió el fuego sagrado de los persas; los alcázares de la Córea se conmovieron, y 14 de sus torres cayeron por tierra. A la edad de 7 años se ocupaba con otros niños de su edad en guardar las ovejas de su madre Halima, pues su padre murió poco tiempo despues de nacer, y desde entonces principió el jóven profeta á hacer milagros; una oveja que habia sido maltratada por los otros pastores se quejó á Mahoma; éste la habló con muy dulces palabras; la tocó con sus manos, y de macilenta y seca como estaba, de repente se puso sana y robusta. Todas las ovejas obedecian sumisamente á una simple seña que hiciese. Cierto dia que se encontraba solo en una áspera selva se le acercó un leon, y agitando blandamente su cabellera le inclinó su cabeza; Mahoma le mandó que no volviese mas á aquel sitio. Al mismo tiempo Halima tuvo un espantoso sueño; en él vió que dos jóvenes de una extraordinaria altura habrian el vientre á su hijo estando guardando su ganado; la realidad comprobó las ilusiones habidas en el sueño, porque al dia siguiente, estando Mahoma en el redil con los otros pastores, llegaron los dos gigantes, lo arrebataron, y se lo llevaron á la cumbre de una montaña; allí le tendieron en tierra, le

abrieron el vientre, y le sacaron el corazon. Los otros pastores cuando vieron esto, echaron á correr, llegaron á casa de Halima, y le contaron lo que habia sucedido; esta, prorrumpiendo en amargo llanto, alarmó la vecindad, y se puso en camino precipitadamente hácia el lugar de la sangrienta escena. Pero ¿cuál fué su sorpresa cuando vió á su hijo sin lesion alguna en medio de su ganado? Irritada contra los que tan traidoramente la habian engañado, principió á desahogar su cólera, reprendiéndoles su osadía, y descargando sobre ellos violentos golpes; entonces se puso Mahoma al medio asegurando ser cierto cuanto habian referido: «Dos jóvenes, dijo, de una estatura colosal, me abrieron el vientre con un refulgente cuchillo, y arrancaron mi corazon; de él extrageron una gota negra, asegurándome que Satanás la habia depositado en mi cuerpo; despues la lavaron con agua, lo pusieron en su lugar, é imprimieron sobre él una señal con un sello muy resplandeciente; ambos me tocaron con sus manos, y me anunciaron sucesos muy venturosos; luego me pesaron en una romana en contraposicion con diez árabes, despues contra veinte, y últimamente pusieron en la otra balanza todos los árabes, y yo pesé mas que todos ellos juntos; hecho esto se marcharon hácia el cielo.»

Por este estilo se refieren, y creen los mahometanos mil otros prodigios, tan increibles como ridículos, cuya enumeracion sería obra larga; pero no queremos omitir los que ocurrieron con motivo de su casamiento con Cadiges. Era esta una señora como de unos 32 años, viuda de dos maridos, y la mas rica y poderosa de toda la Meca, la cual no habia querido entregar su corazon á los muchos y elegantes adoradores que la habian solicitado. Aconteció que cierto dia que estaba en compañía de un sacerdote judío, pasó Mahoma por delante de sus balcones, el sacerdote lo miró atentamente, llamó hácia él la atencion de Cadiges, y desde aquel instante se enamoró ésta ciegamente del jóven profeta. Abutaleb, tio de este, y á cuyo cuidado estaba encomen-

dado por la muerte sucesiva de su padre, madre y abuelo paterno, se presentó un dia á las puertas de Cadiges rodeado de todos sus parientes, segun costumbre de los árabes, para recomendarle á un nieto, con el objeto de que le nombrase administrador y apoderado general de su casa; la viuda recorrió con ansia las filas de los recienllegados, y tuvo el sentimiento de no ver entre ellos al que era ya dueño de su corazon; fueron presurosamente á buscarle, entreteniendo en el ínterin á los demás con un opíparo y espléndido convite, y le encontraron en el monte Moria durmiendo en el mismo sitio *en que habia dormido Abraham.* El enviado, llamado Abas, se extremeció al ver á su lado un enorme dragon, el cual, queriéndole acometer con la espada desenvainada, dió un salto sobre Mahoma y un fuerte rugido, con que le despertó, y desapareció; Abas oyó luego de boca del mismo Mahoma, que aquel que parecia un dragon era un ángel enviado por Dios para su custodia. Se pusieron inmediatamente en camino para la ciudad, y llegaron á casa de Cadiges precedidos de una luz tan brillante, que creyó esta que el mismo sol entraba en la habitacion. Fué obsequiado con un convite particular y mas esmerado que el de sus parientes, y despues de pasar un rato en secretos y tiernos coloquios con su amada, fué preferido por esta al nieto de su director Abutaleb para la administracion y cuidado de los negocios de su casa. Cadiges quiso entonces probar la audacia y valentía de su amado, y al efecto mandó que trajesen un camello muy fiero, sobre el que nadie habia podido montar, con el objeto de destinarlo para su caballería en la próxima carabana que iba á salir para la Siria; llegó el camello, se arrodilló á los pies de Mahoma, los besó, y articuló ciertas palabras con voz humana, todo lo cual fué atribuido á la arte mágica por las doncellas de Cadiges; pero esta las reprendió agriamente asegurándolas al mismo tiempo, que el camello poseía el don de profecía porque habia dicho: «*mi señor ha puesto su mano sobre mi.*»

Vuelta la carabana de la Siria, cuya expedicion llena

de maravillas sería larga de referir, se detuvo con todos los mercaderes que iban en ella en un sitio no muy distante de la Meca. Mahoma, únicamente estimulado por el deseo de ver cuanto antes á su adorada Cadiges, continuó su camino montado en su camello. Al llegar á la vista de la ciudad, le inspiró Dios un profundo sueño, y mandó al ángel Gabriel que sacase del paraiso un tabernáculo, que habia hecho para Mahoma dos mil años antes de crear á Adan, y que lo extendiese sobre su cabeza. Era este tabernáculo transparente, cuadrado, lleno de piedras muy brillantes y preciosas, y con una puerta en cada uno de sus ángulos; mientras que el ángel lo sacaba del paraiso, todas las doncellas que estaban en aquel lugar de delicias se pusieron á mirar, asomadas á los balcones de sus palacios, cantando himnos y alabanzas á Dios, porque ya habia enviado al mundo el gran profeta; las hojas de los árboles se agitaron suavemente, las aves manifestaron su contento con dulces y melodiosos cantos, y la naturaleza toda se regocijó en aquel instante. Rodeada Cadiges de sus damas, contemplaba desde un sitio elevado este sublime espectáculo, y mientras que estas solo divisaban una luz resplandeciente, ella veia á su amado todavía dormido con el magnífico tabernáculo sobre su cabeza, y un coro de ángeles al rededor que ondeaban por los aires banderas de muy variados y vistosos colores. Al llegar Mahoma á las puertas de la ciudad despertó, marchando diligente á casa de Cadiges, que le esperaba con impaciencia, y el ángel Gabriel y los otros ángeles se volvieron al paraiso con el tabernáculo y las banderas.

Pasados algunos dias creyeron los dos amantes que no debia dilatarse por mas tiempo la celebracion de sus bodas; pero encontraron una tenaz resistencia de parte del padre y un tio de Cadiges, que consideraban este enlace como deshonroso para su familia por la diferencia de fortunas, de consideracion y poderío; pero las lágrimas de aquella, los humildes ruegos de Mahoma, y las repetidas instancias tambien de Abutaleb y sus parientes, lograron inclinar su ani-

mo para prestar el consentimiento; mucho mas cuando aseguró Abuvacar que habia tenido un sueño, en el cual habia visto elevarse una estrella á manera de luna llena de la casa de Abutaleb, descender en la de Cadiges, y ocultarse entre los pliegues de su vestido. El dia que se celebró el matrimonio se conmovió el trono del Altísimo, y fué dia de admiracion para los ángeles, y el mismo Dios mandó á los guardas del paraiso que saliesen los niños y las niñas, los mancebos y las doncellas con vestidos de gala, y que dispusiese cálices para beber en celebridad de tan fausto suceso; mandó tambien al ángel Gabriel que colocase sobre el templo de la Meca el estandarte de la alabanza. Entonces todos los montes y valles principiaron á saltar de alegría, y toda la Meca estuvo durante la noche iluminada á manera de una brillante ascua de fuego. A la mañana siguiente fueron á casa de Cadiges todos los magnates y príncipes de las regiones comarcanas, y despues del convite se oyó una voz del cielo que decia: *Deus jam conjugio copulavit Purum cum Pura, et Veracem cum Veraci.*

A los 15 años de su matrimonio con Cadiges, refieren los autores árabes que recibió Mahoma el cargo de profeta. Muy amigo este de la soledad, acostumbraba todos los años á retirarse con su familia por espacio de un mes á los desiertos del monte Harra. Cierta noche se le apareció un desconocido, que dijo llamarse Gabriel, le puso de manifiesto un libro, le abrió, y le mandó que leyese; habiéndole contestado que no sabia, le echó por tierra, oprimiéndole y haciéndole pasar angustias mortales; volvió á decirle que leyese, y contestándole de nuevo que no sabia, le dijo airado por tercera vez: «*Lege in nomine domini tui qui creavit omnia: qui creavit hominem ex sanguine coagulato. Lege, quia dominus tuus gloriosissimus, qui docuit scrivere calamo, docuit hominem id quod nesciebat.*» «Lee en el nombre de tu Dios que todo lo ha criado, que formó al hombre de un poco de sangre congelada: lee, que tu Dios gloriosísimo, que enseñó la escritura, es quien enseñó al hombre lo que igno-

raba.» Estas palabras estan escritas literalmente en el capítulo 96 del Alcorán, las cuales fueron leidas por Mahoma, ó repetidas, por mejor decir, segun se las habia dicho el desconocido, el cual desapareció al instante, oyéndose al mismo tiempo una voz del cielo que decia: ¡*Oh Mahumete, tu es legatus Dei, et ego sum Gabriel.* Aterrado Mahoma con esta vision, y considerándola como agüero de graves males, marchó aceleradamente y casi sin sentido á referir á su esposa lo que le acababa de suceder, le consoló esta procurando desvanecer la idea de sus tristes presentimientos, recurriendo además á los consejos de su tio Varka, ciego, de avanzada edad, convertido recientemente al cristianismo, el cual le aseguró por el contrario, que aquella aparicion manifestaba claramente, que habia de ser un gran profeta de los árabes. Al volver Mahoma á la Meca, su primera diligencia fué dar siete vueltas al rededor del templo todavía consagrado á los ídolos, ceremonia observada sin duda entre los gentiles en accion de gracias á sus dioses. Tardó Gabriel en presentarse por algun tiempo, tanto que se apoderó de su ánimo tan negra melancolía, que llegó casi á rayar en una verdadera locura; buscaba con este motivo los lugares solitarios, dando en la manía algunas veces de subirse á lo mas alto de los montes y de las rocas con la idea de precipitarse; pero siempre que iba á ejecutar tan desesperado proyecto, se presentaba el ángel, y le detenia diciendo: !*Oh Mahumete, tu es vere legatus Dei.*

Las apariciones desde entonces fueron ya mas frecuentes, llegándose á persuadir que era en efecto un verdadero profeta y legado de Dios, mucho mas cuando al volver á la ciudad le saludaban las piedras y los árboles diciendo. *La paz sea contigo ¡oh legado de Dios!*

Desde entonces principió Mahoma á predicar su nueva religion segun que el ángel se la iba revelando poco á poco, pero con resultados poco felices; sus paisanos parece que no le hicieron gran caso, y por esta vez no fué desmentido el adagio *nadie es profeta en su patria.* Hubo mas, se conju-

raron contra él cuando predicando el culto de un solo Dios, les argüía de impíos é infieles, tanto que sus discípulos en número de 70 tuvieron que abandonar la ciudad y embarcarse para la Etiopia: él permaneció en la Meca esperando los preceptos de Dios. Despues de algun tiempo salió para Medina, y es de advertir aquí, que los mahometanos principian á contar los años de su Egira desde esta primera salida, la cual, segun los cómputos mas exactos, coincide con el año 631 de J. C. por el mes de marzo. En esta ciudad tuvo mejor acogida, predicó é hizo un grande número de prosélitos: por inspiracion del ángel Gabriel escogió doce á manera de jefes, tal vez acordándose de los doce apóstoles de J. C., los cuales le hicieron juramento de obediencia, obligándose á defenderle *viribus et armis*, especie de proclamacion de príncipe que se repitió mas adelante con mayor solemnidad: Mahoma en cambio de su fé y obediencia les prometió la felicidad del paraiso si morian por él.

No tratamos de continuar refiriendo minuciosamente la vida y hechos de este célebre aventurero, los cuales cansarían seguramente la paciencia del lector, creyendo por otra parte como créemos, que sacarían muy poco fruto de una lectura llena de ridículas patrañas, y en la que la historia y la fábula corren tan unidas, que es poco menos que imposible seguir el hilo de lo verdadero y de lo cierto: básteles saber, que desde el año primero de la Egira hasta el onceno en que murió, se ocupó constantemente en hacer la guerra, primero á manera de bandolero, sorprendiendo las carabanas de mercaderes que iban á la Siria y otros países de Oriente, y mas adelante al frente de ejércitos disciplinados y aguerridos, ya contra los pueblos y príncipes comarcanos, ya contra los mismos romanos que eran dueños de casi todos aquellos países. La Meca su patria no se vió libre de su furor: el año 8 de la Egira fue asaltada y tomada por diez mil hombres, y segun refieren algunos historiadores se derramó sangre, y se cometieron crueles venganzas contra una poblacion rendida é indefensa. Ma-

bom, al tiempo de su muerte, que fué el año once como acabamos de referir, ya era dueño de casi todas las ciudades, castillos y plazas fuertes de la Arabia, dejando así echados los cimientos de aquel vasto imperio, que se formó despues, y que hizo temblar á la Europa. Cuéntase que tuvo á la vez hasta 21 mujeres y 4 concubinas, de las primeras repudió 6 y murieron 5, sobreviviendo él; con las restantes no llegó á consumar el matrimonio. Cadiges fué la sola privilegiada y dueña de su corazon, porque mientras vivió no contrajo matrimonio con ninguna otra; de ella tuvo cuatro hijos, que todos murieron en su infancia, y cuatro hijas, que llegaron á contraer matrimonio; entre ellas la hermosa Fátima, que era las delicias de su padre, se casó con Alí, y es tenida por los mahometanos en tanta veneracion, que la consideran como la mas excelente de todas las mujeres. De una concubina llamada Copta tuvo otro hijo que se llamó Ebrain; pero murió á los pocos meses de nacer, y dice con este motivo uno de los autores cristianos, que parece fué providencia de Dios el no quedar de tal mónstruo descendencia varonil ¡como si no hubiera habido por eso quien propagase la plaga de su doctrina! Mahoma fué hijo único, como lo fué tambien su madre, por consiguiente toda su parentela que fué larga hasta el número de quince tios barones y hembras, descendia por línea paterna. Murió en Medina y no en la Meca como equivocadamente creen algunos, y allí está tambien enterrado en un magnífico sepulcro construido en la mezquita principal, que está en medio de la ciudad.

Vamos á hablar ya del Alcorán, de ese famoso libro ante el cual se prosternan 110 millones de habitantes como ante las aras de un Dios, y que puede compararse con el Evangelio, sino por la santidad de sus máximas y pureza de su doctrina, al menos por el grande número de creyentes que ha reunido en una misma comunion religiosa, y algun dia tambien bajo la suprema autoridad del que á la vez era pontífice de la religion y soberano temporal de

aquellos vastos dominios. La palabra Alcorán en árabe es deribada de un verbo que tiene casi las mismas significaciones que el latino *legere*, leer, escoger, y reunir, y así Alcorán será lo mismo que *leccion* ó *libro de leccion*, por cuanto en él se leen las sanciones de la secta mahometana, ó *coleccion* por cuanto en él estan reunidas todas las cosas que por espacio de 23 años fueron reveladas separadamente á Mahoma. Debemos advertir tambien que hay diferencia entre Corán y Alcorán, porque Corán significa indeterminadamente cualquier libro legible, y Alcorán significa el libro especial de la ley Mahometana. Tiene 114 *suras* ó capítulos divididos en 6196 versículos, ó 6170 segun otra edicion que tambien tenemos á la vista, á manera de los libros del antiguo y nuevo testamento; hay varios capítulos que pasan de 200 versículos, y alguno llega hasta 287, generalmente bien largos; otros por el contrario son muy cortos en todos sentidos. He aquí la primera *sura* del Alcorán y de las mas cortas, aunque todavía las hay de solos tres versículos.

Alcorani Sura 1.ª
APERIENS
Mecana
Commatum VII.

1. *In nomine Dei miseratoris, misericordis.* 2. *Laus Deo, domino mundorum.* 3. *Miseratori, Misericordis.* 4. *Regnanti dici jjuditii.* 5. *Te colimus: et te in auxilium imploramus.* 6. *Dirige nos in viam rectam.* 7. *Viam illorum erga quos beneficus fuisti, non eorum in quos iram exercuisti, neque eorum qui erraverunt.* «Capítulo 1.º del Alcorán, titulado *aperiens*, fué revelado en la Meca: contiene 7 versos. 1. En el nombre de Dios clemente y misericordioso. 2. Sea dada alabanza á Dios, señor de los mundos. 3. Clemente y misericordioso. 4. Rey en el dia del juicio. 5. A tí, Señor, es á quien adoramos, y á quien pedimos el

auxilio. 6. Dirígenos por el camino seguro. 7. Por el camino de aquellos á quienes dispensaste tus favores, no de aquellos que experimentaron los efectos de tu ira (los judíos) ni de los que se han estraviado» en estos á alude á los cristianos.

El que al tomar el Alcorán, principie á leer como es natural por el primer capítulo, se llenará de asombro al ver una doctrina tan sana y piadosa; no parece sino que se estan leyendo aquellas bellas páginas de la Biblia, llenas de ternura y de uncion santa, que son el encanto de las almas sensibles; pero el lector conocerá muy pronto que se ha equivocado, y que no lee otra cosa que el Alcorán de Mahoma. Todos los capítulos tienen un título particular tomado, ó de su primera diccion, segun costumbre de los Hebreos, ó por alguna materia particular de que trate, y muy rara vez por todo el conjunto; porque apenas hay un capítulo que hable de un asunto determinado, sino que desordenadamente van mezcladas una porcion de fruslerías sin concierto ni enlace alguno. Estas inscripciones ó títulos no son unas mismas en todas las ediciones del Alcorán, el del primer capítulo como puede verse á la cabeza es *aperiens*, sin duda porque habre ó comienza el libro; otros se titulan el capítulo *resureccion*, el cap. *Noe*, cap. *luna, los impios, el repudio, la toma de la Meca*, y así por este estilo. Estas *suras* ó capítulos fueron revelados á Mahoma mientras residió en la Meca, ó despues de trasladarse á Medina, ó parte en una ciudad, parte en otra; por eso unos se titulan mecanos, otros medinenses y otros mixtos, y aun hay algunos tambien, que ignoran los autores moslemos en cuál de las dos ciudades fueron revelados; la *sura* primera es Mecana, como puede observar el lector. Debe notarse tambien, que escepto la *sura* 9, todas las demás principian con las siguientes palabras: *In nomine Dei miseratoris, misericordis*; pero en línea separada y sin formar parte del capítulo; es una especie de epígrafe general, escepto en el 1.°, en que las mismas palabras forman un versículo.

En cuanto al estilo del Alcorán, la mejor idea que podemos dar de él es, que es muy parecido al de los libros sagrados, y que bajo este aspecto, el hombre mas entendido y de gusto mas delicado se equivocaría á veces, creyendo, al leer varios de sus capítulos, que estaba leyendo algunos de nuestros profetas ú otros escritores inspirados. Respecto á la materia, apenas puede decirse con precision lo que contiene el Alcorán, porque es una miscelánea y fárrago de innumerables cosas. Algunas son tan parabólicas y enigmáticas, que el entendimiento no las puede comprender, y dicen los mahometanos, que han sido abrogadas por Dios; otras por el contrario son claras y sencillas, que no dejan duda alguna acerca de su inteligencia, y subsisten, dicen, sin que Dios las haya revocado. Un autor célebre entre los árabes divide todo el libro por razon de los tratados en juicios, historias, y exhortaciones; á los juicios pertenecen las leyes y sanciones que versan acerca de las cosas sagradas y profanas, tales como los ayunos, las oraciones, las peregrinaciones, los matrimonios, las herencias, los tribunales, etc. Las historias comprenden varios sucesos, adulterados por supuesto, tomados ya de las santas Escrituras, ya de otros libros apócrifos, principalmente del Talmud de los judíos; las exhortaciones son para que abracen la nueva religion, escitando á los musulmanes á la guerra para defenderla y dilatarla, para que den limosnas, para que oren, y se separen de los vicios, prometiéndoles la felicidad del paraiso, y conminándoles con el rigor del dia del juicio, y con las penas del infierno. En el Alcorán unas veces se finje que habla Dios, otras el ángel Gabriel á Mahoma, á los de la Meca y otros, y otras veces el mismo Mahoma habla á sus creyentes, á los infieles judíos ó cristianos, probándoles su impiedad y perfidia, y exhortándoles á seguir su secta; tambien habla en ocasiones toda la reunion de fieles, y hasta los condenados en el infierno, y los bienaventurados del paraiso; de manera que es una especie de drama en el que hablan una porcion de personas

de todas gerarquías. Apenas hay punto histórico de los que habla la sagrada Escritura que él no toque, pero todo corrompiéndolo y adulterándolo con ridículas ficciones; él habla de Adán y Eva, de Caim y Abel, de Noe, de Henoc, de Abraham, de Isac y Jacob, de Ismael, de Moisés y Faraon, de Saul, David, Salomon, Jesucristo, la Vírgen María, Zacarías, San Juan Bautista, y de casi todas las personas de que hablan los libros revelados. Tambien trae á la escena á los siete durmientes, á Alejandro Magno, Esopo y otros personajes de la historia profana.

Una gran parte de las páginas del Alcorán se ocupa en describir las delicias del paraiso y las penas del infierno, pero mezclando una porcion de cosas fabulosas, absurdas y ridículas. La guerra contra los infieles, para extender su religion, es uno de los puntos en que mas insiste; mucho dice tambien acerca de la limosna, la oracion, la peregrinacion á la Meca, el ayuno del mes Romadan, los matrimonios y otros ritos é institutos de la ley mahometana, de que hablarémos mas adelante. Tampoco omite hablar de las virtudes morales y teológicas, segun la doctrina del Evangelio, por lo cual no puede dudarse que el que redactó el Alcorán, estaba muy versado en la lectura de las santas Escrituras. A los judíos los injuria, y trata muchas veces con escesiva crueldad; tampoco suele estar muy amable con los cristianos, y en ocasiones está hasta duro y sañudo con ellos: pero donde se vé pintada la cólera y el resentimiento, es en algunas *suras*, que pudieran mejor llamarse sátiras, en que habla contra ciertos enemigos, principalmente contra sus parientes los coraisitas, que, como hemos dicho atrás, no creyeron en sus sueños y extravagancias, y contribuyeron á hacerle abandonar la Meca y trasladarse á Medina: allí es donde la pluma destila hiel y ponzoña, y entonces es cuando el gran profeta, dejando el tono de inspiracion de que comunmente usa, se reviste de las feas pasiones de un hombre comun y despreciable.

Al tratar del Alcorán uno de los puntos mas curiosos

é interesantes que debe investigarse es, sobre quien fué su autor; para ello pondrémos primero la opinion de nuestros escritores, y despues la creencia de los mahometanos. Es opinion comun entre los nuestros, que el Alcorán fué escrito por cierto monje llamado Sergio, ó que por lo menos ayudó á Mahoma en esta empresa; pero no todos convienen en quien fuese este Sergio, ni refieren de la misma manera esta historia. San Pedro Pascasio, martir, obispo de Jaen, religioso de la redencion de cautivos, que vivía por los años 1300 de J. C., refiere en su historia Mahomptana, que cierto monje (no dice el nombre), muy docto y sabio, pero ambicioso de gloria y honores, habiendo marchado á Roma en pretensiones de esta especie, y no habiendo conseguido su intento, resentido por lo que él consideraba un desprecio, meditó dentro de su corazon el infame proyecto de conspirar contra la curia romana y la religion cristiana. Saliendo de Roma lleno de cólera, marchó á una comarca de la Arabia, que sin duda no estaba lejos de la Meca, y habiendo llegado á un pueblo que poco tiempo hacia habia abrazado la religion cristiana, para engañarlos mas facilmente, instituyó la vida eremítica, afectando grande santidad y austeridad de costumbres, retirado de las gentes, y viviendo solo en el yermo cerca de la ciudad. Allá Mahoma, jóven todavía, apacentaba los camellos de su tio, y al ver el ermitaño la viveza de aquel mozo, su travesura, su penetracion, la agudeza de su ingenio, y hasta la hermosura de su rostro, principió á tratarle con familiaridad, acariciarle, lisonjearle en sus gustos é inclinaciones, y enseñarle muchas cosas que el astuto y falso ermitaño notaba que oia con atencion y placer. Pasado algun tiempo, y bien catequizado su discípulo, le prometió que le haria un gran príncipe y señor de muchas ciudades si le era fiel; habiéndoselo prometido Mahoma, le encargó el monje, que proporcionase dos becerrillos, uno blanco y otro de colores, y una paloma blanca tambien, y le previno que todos tres animales los guardase bien ocultos en una cueva

de aquellos desiertos, que les diese el alimento por su mano, que se acostumbrase á jugar y luchar con el becerro blanco hasta echarle por tierra; que el de colores tomase siempre la comida de su seno, y la paloma los granos de trigo de su oreja derecha. Mahoma ejecutó todo esto con mucha puntualidad y acierto. Acontece, que por entonces murió el reyezuelo ó príncipe de aquella ciudad, sin dejar hijos ni herederos, y los ciudadanos tratan no solo de elejir otro, sino tambien de cambiar ó reformar la religion, porque la cristiana, que poco tiempo hacía habian abrazado, les parecia demasiado dura. Se suscitaron con este motivo grandes turbas y disensiones, y para apaciguarlas convienen todos en consultar aquel hombre ejemplar y extraordinario que habitaba en el desierto: respondió este que necesitaba ocho dias para contestar, y recibir *la luz de la divina inspiracion*, y mandó entre tanto á Mahoma, que el toro blanco lo sacase de la caverna, y le dejase en libertad por las selvas, y que colocase en cierto sitio varios cántaros llenos de agua, y los tapase con tierra. A los ocho dias vuelven los ciudadanos á buscar al santo monje, y les persuade este á que elijan por rey al que eche por tierra luchando á un toro blanco que vagaba por el desierto. Bien se deja conocer, que el toro huiría de cualquiera que lo persiguiese, y que si algunos llegaron á pararlo, y ponerle encima la mano, no conseguiría ninguno echarlo por tierra en la lucha. Mahoma lo consiguió muy facilmente como que desde jovencito lo habia acostumbrado á aquel juego, repitiendo todos los dias la operacion; y en aquel mismo acto fué elegido y proclamado rey de aquella comarca. Eran las 12 del dia, y el pueblo se abrasaba de sed; Mahoma entonces prevenido ya por el monje, hizo oracion á Dios, y le rogó que se dignase confirmar su eleccion con un milagro, el cual se verificó inmediatamente, cuando dando un golpe con una vara sobre el aparato en que estaban ocultos los cántaros, salió un gran raudal de agua, bastante para poder beber todos los presentes.

El nuevo rey y el toro blanco fueron conducidos á la ciudad, donde éste fué sacrificado á Dios en las fiestas que se verificaron en celebridad de aquel acontecimiento. Con la idea Mahoma de dar su nueva ley, mandó al pueblo orar en la iglesia por espacio de diez dias, mientras él volvia á ver y rogar al santo cenobita para que pidiese á Dios la ley que le habia de dar. En este tiempo convinieron en el modo de llevar á cabo aquella farsa que tan perfectamente les iba saliendo, para lo cual volvió al pueblo que estaba reunido en el templo, y le dijo, que por la intercesion del piadoso ermitaño habia obtenido de Dios la ley que deseaba; pero que no la habia traido consigo, porque Dios iba á enviarla por medio de un angel; en aquel instante que iba á subirse sobre el trono para predicar al pueblo, entró en el templo el toro de los varios colores, que le habia seguido de lejos, y se habia detenido un poco á la puerta. Traia el Alcorán escrito con elegantes letras de oro, atado á los cuernos con mucho primor; y saliéndole Mahoma al encuentro, el toro se arrodilló, y puso la cabeza sobre su seno, segun la costumbre que tenia de tomar allí la comida; recibió la ley con grande reverencia, y el *angel*, puesto á las puertas de la iglesia, se volvió con presteza hácia el monte. Abrió el profeta el santo libro, y leyó un poco al pueblo, habiendo rogado antes á Dios que confirmase con un nuevo milagro la autenticidad de aquella ley: mientras estaba leyendo, la paloma que habia soltado con mucha sutileza, despues de revoletear un momento por las altas bóvedas del templo, conocida la voz de Mahoma, se puso sobre su hombro, acercando el pico hácia la oreja para coger como solia los granos de trigo.

Esto es en resumen lo que acerca del monge Sergio dice el santo obispo de Jaen, muy conocedor de la historia y costumbres de los mahometanos. Otro autor mas moderno principia la historieta diciendo, que Mahoma estaba sirviendo en el ejército del emperador Heraeleo, que hubo una grande excision en la tropa, y que puesto al frente

de la que se habia amotinado, y en relacion con el monge Sergio que por la heregía de Nestorio habia sido arrojado de su patria, principió á la vez la carrera de apostól y de guerrero, engañando con sus falsos milagros á aquellas gentes ignorantes, á las que ó no habia llegado todavía la luz de la revelacion, ó estaban aun poco instruidas en la religion de J. C. Dicen otros, que fué espulsado de Constantinopla, y por consiguiente que allí debería tener su residencia, ó que á esta ciudad y no á Roma iría á promover las pretensiones de que hemos hablado antes; pero ello es, que todos convienen en la existencia del tal monge, y en la cooperacion y auxilio que prestó á Mahoma para escribir el Alcorán, y aconsejarle en sus primeras empresas. Hay mas; era opinion comun entre los de la Meca al mismo tiempo que se estaba redactando, que algun judío ó cristiano le ayudaba en este trabajo, porque en la *sura* 16, versículo 146 se dice: «*Et jam quidem novimus eos dicere: profecto docet eum homo*» lo cual quiere decir: «hemos llegado á entender que dicen (los incrédulos), que alguna persona nos enseña y dirige.» *Sed lingua ad quam illi inclinant est barbara, et hæc est lingua arabiya elegans.* Como si digese «los cristianos y judíos á que aluden, hablan el griego ó el hebreo, ú otro idioma bárbaro, por lo cual no pueden enseñarme la elegante y magestuosa lengua arábiga en que está escrito el Alcorán.» Los expositores moslemos se fatigan y hacen mil congeturas por saber quién era este *hombre* de que habla el Alcorán designándole como maestro de Mahoma, segun la voz que corria entre los incrédulos, lo cual prueba el fundamento de nuestros autores para asegurar, que el profeta tuvo en efecto un director sagaz y entendido, llámese como quiera, puesto que él mismo tuvo que ocuparse entre *sus sublimes inspiraciones* en refutar esta opinion, que debia ser muy general, cuando no la dejó abandonada al desprecio y al olvido.

Debemos llamar aquí la atencion del lector hácia el estado de la religion cristiana á la aparicion de Mahoma. Un

sinnúmero de hereges se habian levantado por todas partes desde los tiempos de J. C., oponiendo sus particulares opiniones á los dogmas y creencias de la iglesia, que tenian su fundamento en la tradicion y en las santas Escrituras. Los montanistas, novacianos, maniqueos, donatistas, arrianos, macedonianos, pelagianos, nestorianos, monotelitas, y muchos otros de menos renombre se empeñaron, contando en ocasiones con la impunidad y á veces hasta con la decidida proteccion de los emperadores y patriarcas de Constantinopla, en sostener y propagar una doctrina, que echaba á tierra por su base el edificio que poco á poco iba levantando la iglesia católica. Bien sabida es generalmente la historia de la heregía de Arnio, el tenaz empeño de algunos emperadores de Oriente en sostenerla, y la persecucion suscitada contra los pocos obispos ortodoxos que sostuvieron la fé de la iglesia, entre otros el célebre S. Atanasio; nadie ignora tampoco que por espacio de muchos siglos estubo esta avasallada, ó en una especie de tutela respecto á los emperadores, en cambio de la proteccion que estos solian dispensarla; que todavía no habia entonces un poder central bastante fuerte, que tuviese á raya á los emperadores por un lado, y por otro á los atrevidos hereges que pululaban por todas partes; que hacia ya tiempo que los patriarcas de Constantinopla no disimulaban sus pretensiones al trono pontificio, y que las instituciones eclesiásticas y los dogmas de la creencia no habian adquirido todavía aquel grado de fijeza y solidez, que solo dá el tiempo y el prestigio y fuerza moral de la autoridad. En tales circunstancias es bien fácil de concebir el atrevimiento y osadía de los herejes, porque aunque es verdad que eran condenados inmediatamente, y que en la época de Mahoma ya se habian celebrado cinco concilios generales, y un sinnúmero de otros nacionales y provinciales; pero todo esto no bastaba á veces para extinguir completamente el error, porque las convicciones no se borran con un simple decreto, y así es, que volvian á aparecer despues de algun tiem-

po, ó tomando nueva forma salian otra vez á la escena disfrazados con otros nuevos errores. Sucedia tambien en ocasiones, que los hereges contumaces, de grado ó por fuerza abandonaban unas provincias, y marchaban á otras, donde esperaban tener mejor acogida, ó donde la autoridad era mas tolerante ó mas débil, resultando de aquí, que por una parte ú otra siempre se propagaban las malas semillas, y que la fé de la iglesia no lograba arraigarse sino al través de mil dificultades y contradicciones. La Arabia era un pais muy bien situado para ser el asilo de estos hombres díscolos, que por sus errores en materia de religion, ó por otros motivos políticos, no pudiesen vivir en paz en las otras provincias del imperio; fronteriza del Ejipto y de la Siria donde las cuestiones religiosas se agitaban con mas calor, ofrecia seguridad á los vencidos, que se acogiesen á aquellos inmensos desiertos, donde los habitantes medio cristianos, medio gentiles no tenian por la religion el mismo entusiasmo que sus vecinos, y donde la fuerza de la autoridad imperial, que nunca habia podido domar completamente aquellos fieros peninsulares, llegaba ya muy debilitada, é incapaz de reprimir á los perturbadores de la paz pública en el órden político ó religioso. Con estos antecedentes á la vista, nosotros no extrañamos la aparicion de Mahoma y sus brillantes triunfos, porque consideramos la Arabia un pais muy bien preparado entonces por los hereges, que allí debieron llegar en distintos tiempos, para recibir su ley, que no es en realidad otra cosa que la fusion del cristianismo, del judaismo y del gentilismo, y es tanto menos de extrañar por lo que hace al judaismo, si se atiende á que estando la Palestina confinando con la Arabia, los judíos debieron tener allí muy fácil retirada en las distintas ocasiones, que por su tenacidad y rebeldía tuvieron que emigrar de su patria.

Concluirémos este artículo con el siguiente párrafo copiado del que publicamos en la REVISTA con el título *Los mahometanos y las Cruzadas*; él dá bastante luz para que con lo que hemos dicho pueda el lector formar una cabal

idea sobre el orígen y rápida propagacion de la religion mahometana. «La Arabia era un pueblo que jamás habia sufrido el yugo de ninguna otra nacion; ni los babilonios, ni los persas, ni Alejandro el Grande, ni los Tolomeos.... nadie habia podido conquistarla, hasta que Pompeyo, despues de haber vencido la Siria, la Palestina y otros paises del Asia, emprendió seriamente su conquista, y derrotó su rey Aretas 60 años antes de la era vulgar. En vano intentaron los árabes en muchas ocasiones sustraerse de la dominacion romana que les era muy pesada, porque los gobernadores, aunque con mucha dificultad y sacrificios, lograron siempre reprimir sus tentativas de independencia, y sujetarla á la metrópoli. Los años y los siglos no fueron bastante para hacerles olvidar su antigua independencia, creciendo su odio contra los romanos á medida que se aumentaba la vigilancia y el rigor que los gobernadores tenian que ejercer para sujetarlos, y esta nacion, siempre fiera y orgullosa, volvía á tomar las armas con mas furor siempre que se la presentaba alguna ocasion favorable, aunque fuese con pocas probabilidades de triunfo. Cerca de 700 años iban pasados, haciendo en distintas épocas inútiles tentativas para libertarse del yugo de sus conquistadores, cuando en 625 estalló la grande esplosion, que habia de dar la libertad á la Arabia, y habia de trastornar la faz de la tierra. De en medio de los desiertos salió un hombre estraordinario, que prevaliéndose del buen espíritu de aquellos habitantes, principió su inmortal carrera por acciones de guerra de muy poca importancia. Mahoma cual otro Viriato no fué al principio mas que un bandolero ocupado en hacer correrías por el pais, y seguido de muy poca gente, pero de su mismo valor y decision. Él se sabia burlar con mucha destreza de la persecucion de las legiones romanas, que al principio no debieron darle toda la importancia que en sí tenia, moviéndose en todas direcciones y por sendas difíciles, accesibles solo á su pequeña partida; él les hacia una guerra contínua, presentándose por todas partes, y desapareciendo con

suma velocidad. Ninguna carabana podia pasar por las inmediaciones donde el estuviese, sin exponerse á ser presa de su rapacidad; y el atractivo del botin, que siempre tuvo tantos aliciéntes para los árabes, fué causa de que sus filas se fuesen aumentando cada dia, llegando con el tiempo á formar ejércitos muy respetables. De esta manera, ejerciendo Mahoma el oficio de ladron, aprendió insensiblemente el de conquistador, abolió el cristianismo, al cual, segun se cree, habian sido convertidos los árabes por San Judas, y predicó una nueva religion sensual y grosera, que se extendia por todas partes á donde alcanzaba la fuerza de sus armas.

Este nuevo apostol hizo de sus soldados otros tantos discípulos, que llamó *musulmanes*, ó fieles que han entrado en el camino de la salud, inspirándoles todos los sueños y delirios de su nueva doctrina, y animados del ardiente fuego y entusiasmo que su profeta, ya no habia fuerzas en la tierra capaces de contener tan formidables enemigos. La religion de Mahoma no necesitaba para extenderse con rapidez ni los milagros de sus fundadores, ni el testimonio de los mártires, con el valor de los soldados y la sangre de las batallas habia de fructificar abundantemente, levantando por todas partes su ensangrentado pendon, y arrollando con ímpetu irresistible á los que osasen oponerse al arrojo y valentía con que se presentaban al combate. ¡Qué sentimientos tan tiernos excitan en el ánimo de un cristiano á la sola consideracion de estos sucesos! La predicacion de J. C. y sus apóstoles, sus milagros, la práctica de todas las virtudes, las máximas sublimes de la moral evangélica, los caracteres todos de una religion santa y celestial.... todos estos no fueron títulos suficientes al aprecio de un mundo corrompido y obcecado en los errores del paganismo; era preciso para que el cristianismo tomase posesion de la tierra, que sufriese largos años de persecucion y de muerte, que los Diocelcianos y los Decios y hombres poderosos del imperio descargasen los mas fieros

golpes contra el que se presentaba humilde y apacible; que se encolerízasen sañudos contra el que habia de ser su mas poderoso aliado, y que mil y mil mártires sellasen con su sangre las [illegible] que el [illegible] revelado á la tierra para la felicidad de los mortales. ¡Qué contraste hace el cristianismo al nacer, en los dias de su infancia, durante su larga carrera por toda la tierra, con la aparicion del profeta de la Arabia, sus primeras hazañas, su ejercicio de bandolero, su nueva doctrina, sus discípulos y todos sus pasos hasta echar los cimientos de un imperio, que habia de igualar en grandeza y poder al de los mismos Césares! La elocuencia seductora de Mahoma, un genio atrevido y emprendedor, pronto para concebir los mas grandes proyectos; infatigable para llevarlos á ejecucion; osado, temerario, orgulloso por el feliz resultado de sus primeras empeñiones; discípulos de su apostolado tan entusiastas y aguerridos como su maestro; la fuerza de su fulminante acero.... hé aquí los títulos de autenticidad de la religion del nuevo apóstol: estas son las pruebas y argumentos de su orígen divino y sobrenatural: con tan bien templadas armas pretende y consigue avasallar los corazones de todos sus súbditos. Con tales elementos de triunfo no tardó mucho tiempo el tan aventajado capitan, como elocuente misionero, en apoderarse de la Meca, cayendo tambien bajo el esfuerzo de sus armas los castillos y la mayor parte de las plazas fuertes de la Arabia.

PEDRO BENITO GOLMAYO.

INTERESES MATERIALES.

CAMINOS.—RIOS NAVEGABLES.

Art. 2.º

Dijimos en nuestro último artículo que las obras públicas, que tuviesen por objeto facilitar las comunicaciones generales, debian formar parte de un plan ó sistema tambien general, en el que apreciándose debidamente las necesidades del comercio y las dificultades de los agentes naturales de la comunicacion, se estableciesen para esta aquellas vías mas fáciles, directas y económicas. Así es que no puede decirse absolutamente, por ejemplo, que para que se comuniquen entre sí dos provincias, debe abrirse un canal ó un camino que lleve tal ó cual direccion, sin tener en cuenta el enlace que esta comunicacion puede tener con otras. Al emprender una obra de esta clase, es preciso atender á dos intereses, uno el de las localidades, entre las cuales se establece la comunicacion, otro el de aquellas provincias cuyas comunicaciones pueden enlazarse con ella. De otro modo no solamente resultaría mucho mas costosa cada una de estas obras, sino que todas satisfarían imperfectamente las necesidades de la produccion y del comercio. Por no haberse seguido este sistema en España, se notan tantos errores en las pocas obras de navegacion emprendidas. No ha sucedido así en Francia cuando se ha tratado del establecimiento de los caminos de hierro. Primero se hicieron algunos débiles ensayos en este medio de comunicacion sobre cortas travesías, pero luego se formó un plan general de comunicaciones, teniendo en cuenta las necesidades que hemos di-

cho, y aunque no se han emprendido á la vez todos los caminos, no se ha señalado la direccion de ninguno sin tener á la vista la de todos los demás.

Partiendo de este principio, vamos á examinar 1.º los sistemas generales de navegacion interior ideados hasta ahora en España; 2.º las obras practicadas de este género; 3.º las de mas importancia que han sido solamente proyectadas, y 4.º las providencias que en nuestro juicio debiera tomar el Gobierno para mejorar este ramo interesante de la prosperidad pública. Nos servirémos para esta tarea de los únicos datos que hemos podido procurarnos, los cuales, si bien son incompletos, bastarán para dar una idea á nuestros lectores del objeto que nos hemos propuesto.

No es esta la primera vez que se conoce en España la necesidad de establecer un sistema general de navegacion, pues ya en tiempos muy remotos, bajo el reinado de Felipe II, se comprendia muy bien que las comunicaciones particulares deben hacer parte de un sistema de comunicacion general. El primer proyecto de este género, de que tenemos noticia, es el formado por Juan Bautista Antonelli, presentado á aquel monarca en 1581. Consistia en habilitar la navegacion del Tajo desde Lisboa á Madrid, y mas arriba, por cuyo medio debian comunicarse entre sí los lugares comarcanos á dicho rio en una zona de veinte leguas. Además debia establecerse comunicacion entre Sevilla y el Atlántico con Córdoba, Andújar, Ubeda y Baeza por medio del Guadalquivir, y por el Genil entre Granada y Ecija. Habilitando tambien la navegacion del Guadiana, queria Antonelli poner en comunicacion los distritos que baña este rio, y aun el Tajo con el Guadalquivir. El Duero debia servir de lazo entre Oporto, Toro y Zamora, y aun entre Búrgos y Valladolid con el auxilio de los rios colaterales. El Ebro debia establecer comunicacion entre el Mediterráneo y Aragon, Navarra y Castilla, y aun extenderla hasta otros puntos por medio de sus colaterales. Los rios Jucar, Segura y Miño facilitarian la comunicacion de Valencia, Murcia, Galicia y

Portugal. Y por último, para completar este sistema hasta muchos rios de tercer órden que suelen dejar seca en el verano una parte de su cauce, habian de ser navegables en las estaciones en que no escasearan sus corrientes.

A ser posible la ejecucion de todo este plan, ningun sistema de comunicaciones sería mas completo y menos costoso á un tiempo. Hay en él ideas luminosas, pero tambien se nota el atraso del arte. No sabemos cómo Antonelli se olvidó en este proyecto de combinar la navegacion fluvial con la navegacion por canales, mayormente estando ya comenzado el canal de Aragon y construidas ocho leguas de él. Tambien saltan á la vista las inmensas dificultades que tendría la navegacion por ciertos rios, y mas que todo la imposibilidad de que se comunicáran unos con otros en la estacion del calor. Pero de cualquier modo el proyecto de que hablamos honra mucho al reinado en que se concibió, y prueba nuestra superioridad en aquellos tiempos sobre las otras naciones de Europa, las cuales no tenian un solo canal, cuando el nuestro de Aragon estaba ya comenzado, y no habian pensado en habilitar la navegacion de sus rios cuando Antonelli bogaba por el Tajo hasta Lisboa, y presentaba á Felipe II el plan de que acabamos de hablar.

No se llevó este á efecto por desgracia, ni volvió á pensarse en un plan semejante, hasta que los duques de Medinaceli, Infantado y Osuna y el marqués de Astorga presentaron á Carlos IV un proyecto de empresa para la navegacion interior de la Península. Destinaban á estas obras 750 millones de reales, y se proponian: 1.° concluir el canal de Castilla con arreglo á su proyecto, ó mejorarle, si del reconocimiento que se practicára en él resultaba esta mejora necesaria: 2.° concluir asimismo el canal de Aragon hasta su incorporacion con el mar por medio del Ebro y de las obras que fuesen necesarias: 3.° concluir igualmente el canal empezado desde Guadarrama hasta Madrid, y continuar el de Manzanares hasta Aranjuez: 4.° continuar este canal hasta el Guadalquivir: 5.° construir otro canal en la

Mancha, que partiendo del mismo rio atravesase parte de esta provincia, y se dirigiese á Valencia, y tomando aguas del Jucar fuera á morir á la ciudad del mismo nombre ó Cullera: 6.º abrir otro canal que principiando en la misma Mancha, y procediendo tambien del Guadalquivir, tomase aguas del Guadiana, y atravesando parte de Extremadura fuese á desembocar en el mar por Ayamonte ó sus inmediaciones: 7.º emprender otro canal de navegacion y riego desde el rio Henares hasta Madrid y el Buen Retiro, y cuyas aguas fertilizáran los campos de Guadalajara y Alcalá: 8.º unir si es posible este canal por medio del Duero con el Ebro ó el imperial de Aragon.

Este proyecto, aunque mas sencillo que el anterior, no resiste tampoco el análisis profundo de la ciencia, ni satisface por completo todas las necesidades y la produccion del comercio. No sabemos por qué motivo no llegó á ejecutarse ni volvió á pensarse en otro semejante plan, hasta que formada en 1820 una comision de canales y caminos que examinára el estado de nuestras comunicaciones, propuso un plan general de navegacion. Dividiase este en dos partes: una al Norte de la cordillera de Guadarrama, y otra al Sur. La primera por medio de un canal que llamaba del Norte, y se referia á los rios Ebro y Duero, y la segunda, con el auxilio de los rios Tajo, Guadiana, Guadalquivir y Jucar, aprovechándose para ello las obras ya practicadas, ampliándolas y mejorándolas. El medio que se proponia para unir estos grandes sistemas de navegacion, era prolongar el canal del Duero desde las inmediaciones de Almazan ó Jalon, juntándose por los campos de Barcelona con los que se ejecutasen en el Henares ó Jarama. Omitimos los pormenores de este proyecto, á fin de no prolongar demasiado el trabajo que hemos emprendido. Baste saber que, segun la opinion de muy acreditados ingenieros, es este plan el mas perfecto de los tres; aunque tambien es de presumir que, si llegára á ponerse en ejecucion, habrian de encontrarse dificultades tales, que obligáran á variar alguna de sus par-

tes. Es indudable que una vez ejecutado, se duplicaría cuando menos la riqueza de España. Por él se pondria Madrid en comunicacion con los puertos mas considerables y con las mas ricas provincias. Las Andalucías trasportarían sus frutos á los puertos y al interior de España con prontitud y baratura. Extremadura daría salida á los suyos por Portugal y Andalucía: las provincias de Castilla se acercarían unas á otras, y exportarían sus productos por las costas de Santander: Galicia y la Mancha crecerían mucho tambien en riqueza.

Mas este proyecto, lo mismo que los anteriores, no llegó tampoco á ejecutarse; y desde entonces, si bien han tenido algun impulso las obras parciales de navegacion emprendidas desde muy antiguo, no ha vuelto á idearse ningun plan general para ella. En el tiempo que ha trascurrido desde entonces, se han hecho considerables adelantamientos en las artes del ingeniero, y así es que lo que en nuestro juicio tiene que hacer el Gobierno, no es llevar á ejecucion ninguno de los proyectos formados, sino nombrar una comision que, teniéndolos presentes, y prévios los reconocimientos indispensables, forme otro nuevo con arreglo al estado actual de la ciencia. Francia, Inglaterra, Bélgica y los Estados Unidos, deben ser los modelos que estudiemos. En estas naciones se han resuelto hace poco casi todas las cuestiones relativas á este asunto con el auxilio de la experiencia y de los adelantamientos hechos en las artes de la navegacion. Preciso es abandonar el sistema incompleto seguido hasta ahora, de emprender líneas de navegacion aisladas, y formar un plan general que comprendiendo todas las que existen, reuna además las que estan por hacer.

Al formar este plan general de navegacion interior es indispensable, como ya hemos dicho, contar con las obras de este género que existen, y mejorándolas y continuándolas, enlazarlas con las que de nuevo se emprendan. Estas obras son el canal imperial de Aragon, el de Castilla, el de Guadarrama y el del Manzanares. No nos creemos bastante competentes

para examinarlas bajo el punto de vista científico, señalando uno por uno todos los defectos de su construccion, los cuales, al decir de los inteligentes, son considerables. Pero bástenos establecer que dichas obras, segun opinion de peritos, pueden aprovecharse con gran ventaja para la comunicacion, haciendo en ellas mejoras poco costosas. En un buen sistema de navegacion debe comunicarse el centro de la Península con el Océano y el Mediterráneo, haciendo que la línea navegable atraviese por aquellos puntos á donde puedan confluir mas fácilmente las provincias limítrofes. Muchas de estas circunstancias reunirán los canales de Aragon y Castilla luego que esten concluidos, segun el plan propuesto, pero les faltan otras muy esenciales. El primero (1) parte á una legua E. S. E. de Tudela, y costeando la ribera derecha del Ebro, rebasa en mas de dos leguas á Zaragoza; pero segun el proyecto, debe continuar hasta Sástago, donde se reunirá con dicho rio, que muere, como es sabido, en el Mediterráneo. De este modo se pondrá en comunicacion una parte de la provincia de Navarra con el alto y bajo Aragon y una parte de Cataluña. Mas para que este canal pudiera prestar al comercio todos los servicios de que es susceptible, debería prolongarse hasta Logroño, siguiendo una de las riberas del Ebro, de cuya manera participarían tambien de sus beneficios las dos Riojas, y aproximándose mas al centro de la Península, facilitaría la comunicacion de este con la costa.

La utilidad que este canal ofrece hoy no corresponde á los capitales en él invertidos. No alcazando sino poco mas de quince leguas, sin pasar por ningun punto importante de comercio, si se exceptúa Zaragoza, no promueve tampoco el tráfico sino entre pueblos de poca importancia.

(1) Comenzó este canal bajo el reinado de Carlos I, en 1529, en cuyo tiempo llegaron á construirse hasta ocho leguas. Quedó despues abandonado por espacio de mas de 200 años, hasta que en 1770 se encargó de su construccion una compañía holandesa, que tambien la abandonó, hasta que bajo la direccion de D. Ramon Pignatelli, á fines del siglo pasado, llegó la obra al estado casi en que hoy se encuentra.

Pueden navegar por él barcos que porteen hasta 2.000 quintales; pero esto es inútil hasta ahora por la escasez del comercio que se hace á sus orillas. Por último, ha sido tal el abandono en que se ha hallado esta obra, que habiendo crecido las malezas de su cauce, está impedida por muchos puntos la navegacion. Por fortuna saca el pais de él algun mas provecho á causa del riego que proporciona á 26.816 cahizadas de tierra, repartidas entre veinte pueblos, que dan un producto de 867,544 rs. al año. Sin embargo, para obtener esta ventaja van invertidos ya en él y la acequia de Tauste que va unida, mas de 140 millones, cuya suma es desproporcionada, si se atiende al coste que suelen tener estas obras. Tan desarreglada ha estado su administracion, y tanto ha sido el despilfarro de sus administradores. Mas si este canal llegára á concluirse, no solo se pondrian en comunicacion las importantes provincias que hemos dicho, sino que facilitaría el beneficio del riego á mas de 42.000 cahizadas de tierra desde Tudela hasta Tortosa, además de las que regaría desde aquel punto hasta Logroño.

No se ha seguido tampoco en esta obra el órden mas conveniente. Todo canal debe comenzarse por aquella parte de su curso que es mas necesaria, y puede ponerse mas pronto en uso. El objeto principal del de Aragon era sin duda la comunicacion del Mediterráneo con las provincias aragonesas y Navarra, por cuya razon en vez de empezarse por Tudela, se debió comenzar en Sástago con direccion á Zaragoza. De este modo, aun suponiendo que no se hubiese construido sino un número igual de leguas, la produccion y el comercio hallarían en ellas mayores beneficios. ¿Qué importa la correspondencia entre una parte de Navarra y Aragon, si una vez llegados los frutos á Zaragoza causa su exportacion costos inmensos?

Tampoco se ha guardado en la construccion del canal de Castilla (1) el órden mas conveniente. Principia el pri-

(1) Comenzó este canal bajo el reinado de Fernando VI, pero hasta el de Carlos III no siguió la obra con toda la actividad que su importancia re-

mer trozo de este canal llamado del Norte á 11 leguas de Reinosa en la villa de Alar del Rio, tomando aguas del Pisuerga hasta llegar al rio Carrion. Aquí empieza el trozo llamado canal de Campos, alimentado con las aguas del mismo rio; y siguiendo al Sur hasta cerca de Grijota se desvia con direccion á Rioseco hasta llegar al despoblado de Sahagun. Otro brazo se separa en Serron llamado del Sur con direccion á Palencia y Valladolid, del cual no se ha construido todavía sino un corto espacio. Mas segun el proyecto trazado, este canal debe prolongarse por un lado hasta Golmir á 12 leguas de Santander, y por otro hasta Segovia pasando por Palencia. Por cualquiera de estos dos extremos que la obra hubiera comenzado, sería mas útil hoy al comercio, pues por Golmir se acercaba todo lo posible al Océano, y por Valladolid proporcionaba desde luego á Castilla un puerto importantísimo. Discutiéronse en efecto estos dos sistemas hace todavía pocos años, y el Gobierno se decidió por el último, aunque en nuestro concepto el primero habria sido preferible, porque los frutos de Castilla habian de tener mas salida por el Océano que por el interior del reino. Sin embargo, la razon que se tuvo en cuenta para decidirlo así, era muy atendible, y fué que los costos de esta parte del canal se calculaban en 12 millones de reales y tres ó cuatro años de trabajo, al paso que la construccion del otro trozo desde Alar hasta Golmir debia costar 40 millones, cuya suma podría tal vez reunirse con los productos del ramal del Sur hasta Valladolid.

Concluido este canal, quedará en estrecha comunicacion el Océano por la parte de Santander con el centro de la Península, y relacionadas íntimamente entre sí las provincias de Segovia, Valladolid, Palencia, Leon, Asturias y Santander. Si luego fuese posible unir el ramal del Sur con el canal de Aragon por la parte de Logroño, tendríamos una vía navegable que uniese el Océano con el Mediterráneo

quería. Entonces se encargaron de su direccion los célebres matemáticos Don Antonio Ulloa, D. Fernando su hermano, y D. Carlos Lemaur.

por en medio de la Península. Y ya que esto no se hiciese, contribuiría mucho á esta union un buen camino que viniese desde Valladolid á Logroño.

Nada decimos de otros beneficios que debiera producir el canal de Castilla, porque aunque construido para navegacion y riego, está completamente inutilizado bajo este último aspecto. Abriéronse en efecto algunas acequias que regáran muchos terrenos incultos de sus orillas; pero bien fuese por vicios en su construccion ó por falta de cuidado en los directores, lo cierto es que se han cegado, y son absolutamente inútiles. Así es, que sin embargo de estar mucho mas adelantada la obra de este canal que la del de Aragon, produce solamente unos trescientos mil reales escasos, si son ciertos los datos que tenemos, al paso que el otro dá una renta de mas de ochocientos mil. Es, pues, de la mayor necesidad componer estas acequias inútiles, y abrir otras que, proporcionando riego abundante á las secas campiñas de Castilla, produzcan una renta que sería de mucha consideracion, y ayudaría en gran parte á la conclusion de la obra.

Aun hecho todo esto faltaría una línea navegable para Galicia, donde no sería difícil establecerla, aprovechando los varios ríos que cruzan por ella. Las provincias de este reino son pobres, pero no infértiles, y son las que menos comunicacion tienen con el centro de la Península. Con una aptitud para la industria, como pocas provincias de España, Galicia produce muy poco mas de lo que se consume en su territorio. Si se promoviese su comunicacion con Leon ó Asturias, venciendo las graves dificultades que ofrece la naturaleza, crecería su prosperidad de una manera prodigiosa.

Para acercar todo lo posible á Madrid el canal de Castilla, serviría mucho el de Guadarrama, sino estuviese destruido y abandonado. Comenzaba este canal entre Galapagar y las Rozas, tomando aguas por medio de una presa que llegó á arruinarse, y era su objeto conducir materiales

desde la sierra del mismo nombre hasta Madrid. Pero si el canal de Castilla llegára hasta Segovia, y el de Guadarrama se ejecutára segun el proyecto de su construccion, se disminuiría mucho la distancia entre el Norte y el Sur de la Península. No quiere esto decir que debiera desde luego trabajarse en reparar el canal de Guadarrama, sino que para trazar el plan general de comunicaciones debería practicarse en él un reconocimiento escrupuloso.

El canal de Manzanares (1), obra inutilísima en el estado que hoy tiene, podria servir de mucho para enlazar la navegacion de todo el Mediodía de España con la del Norte. Mas antes de que este enlace pueda verificarse, será necesario establecer líneas navegables en la Mancha y las Andalucías, para lo cual se han formado antes de ahora diferentes proyectos. Por eso creemos que su continuacion y reparacion no es tan urgente, sobre todo habilitando la navegacion del Tajo.

No son menos necesarias las vias navegables que deben establecerse en la parte meridional de la Península. Es la primera y mas importante la que pudiera abrirse por medio del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla, la cual pudiera hacerse extensiva hasta la Mancha por una parte, y hasta Granada por otra, aprovechando las aguas del Genil. Pero como esta prolongacion sería mucho mas difícil y costosa, vamos á tratar únicamente de la comunicacion entre Sevilla y Córdoba, sobre la cual se han formado va-

(1) En 1668 los coroneles D. Fernando y D. Carlos Grunemberg propusieron á la reina gobernadora Doña María de Austria la construccion de un canal que principiando en el Pardo, se dirigiese por Vacia-Madrid y Toledo hasta cerca del pueblo de Aceca, tomando aguas del Jarama, y atravesando el Tajo. Pero como la reina no hubiese aprobado este proyecto, no volvió á pensarse en él hasta que en 1770 D. Pedro Martinengo y compañía propusieron á Carlos III la construccion de otro canal que fuese desde el puente de Toledo hasta Jarama, y condujese la navegacion por las riveras del rio Henares ó Tajo á donde conviniese. Principióse en efecto la obra: siguió despues con algunos intervalos, hasta que hace ya muchos años quedó detenido donde hoy se halla.

rios proyectos en distintas épocas, y se trabaja ahora mismo por una empresa autorizada por el Gobierno.

Bajo la dominacion de los árabes se navegaba cómodamente por el Guadalquivir entre aquellas dos ciudades populosas, y cuentan los historiadores de la misma nacion que estaban tan pobladas las márgenes del rio, que parecian una sola ciudad de treinta y cuatro leguas de extension. Despues de este tiempo hubo de obstruirse considerablemente el paso, y bajo el reinado de Felipe II, el ingeniero Antonelli, á quien hemos tenido ocasion de citar otra vez en estos artículos, presentó una memoria á aquel monarca, dirigida á proponer un proyecto para la navegacion del Guadalquivir. Con el mismo objeto el marqués de Pozo Blanco levantó en el siglo pasado los planos del curso y márgenes de dicho rio, y en 1768 el ingeniero D. Francisco Gozar formó el croquis del mismo, estando encomendada la vigilancia de la obra al asistente de Sevilla D. Pablo Olavide. Dos ingenieros del ejército, D. Diego Tolosa y D. Vicente Ortiz, levantaron despues un plano semejante; y por último, D. Carlos Lemaur, bajo el reinado de Carlos III, hizo una nivelacion general, y proyectó un canal navegable desde Madrid hasta Sevilla. Cuentan los habitantes de Córdoba que cuando las tropas francesas dominaban en Andalucía, fueron algunas barcas desde aquella ciudad hasta Sevilla, aunque con suma dificultad á causa de las numerosas azuas que embarazaban su curso. En 1820 fué comisionado por el Gobierno el distinguido ingeniero D. Agustin Larramendi para reconocer el rio y levantar los planos de un canal navegable, y la memoria que escribió al efecto es la obra mejor y mas completa que tenemos sobre la materia. El proyecto del Sr. Larramendi no llegó por supuesto á ejecutarse; y últimamente en 1842 se ha practicado otro reconocimiento del rio, y formádose en Córdoba una sociedad que se propone hacerlo navegable.

No es nuestro ánimo examinar detenidamente todos es-

tos proyectos, porque no lo permite la naturaleza de este escrito, sino tratar de los diferentes sistemas que pueden emplearse para establecer la navegacion entre Sevilla y Córdoba, y manifestar las ventajas que sacarían de ella las provincias de Andalucía. Si hubiéramos de tratar todas las cuestiones que tienen relacion con la importante materia de que vamos tratando, y nós detuviéramos á exponer todos los hechos que conviene saber á quien se proponga estudiarla, escribiríamos un libro y no un artículo de periódico.

La primera cuestion que desde luego se suscita, es la de saber si conviene mas habilitar la navegacion del Guadalquivir, que abrir un canal lateral de navegacion y de riego. Segun se vé por lo que llevamos dicho, todos los proyectos anteriores al de D. Carlos Lemaur tenian por objeto la navegacion: este distinguido matemático fué el primero que propuso la apertura de un canal, y el señor Larramendi trató de demostrar despues las ventajas de este sistema.

Prescindiendo de esta cuestion particular, diremos que los ingenieros mas célebres de otros paises han disputado largamente sobre las ventajas y dificultades de estos dos sistemas de navegacion. Brindley, que partió con el duque de Bridgewater la gloria de haber extendido y perfeccionado la canalizacion en Inglaterra, decia que Dios habia hecho los rios para alimentar con sus aguas los canales navegables. En su opinion y en la de otros muchos que siguen su mismo sistema, el arte de hacer navegables los rios está muy poco adelantado, y no han de aguardar los pueblos á que los ingenieros fijen sus ideas sobre el particular para establecer sus comunicaciones. Dicen además los que siguen esta opinion, que la navegacion por los rios es insuficiente, mas costosa y menos segura que la de los canales. Es insuficiente, porque como los grandes rios no tienen regularmente comunicacion entre sí, no pueden proveer á todas las necesidades del tráfico sin estar ligados por medio de rios artificiales. Es mas costosa, porque para la habili-

tacion de un rio, es necesario además de destruir los molinos y otras obras de utilidad que viven de sus corrientes, y cuyos dueños deben ser indemnizados de las pérdidas que sufrieren, hacer que el desnivel del mismo rio no pase de un pié por cada 4825 de longitud, y como apenas hay rio que tenga esta circunstancia, su nivelacion suele importar sumas considerables. Es por último menos segura la navegacion fluvial, porque la situacion de los rios se altera continuamente por la fuerza de las avenidas y la constante variacion de sus raudales. Aun en las cercanías del mar ofrece esta navegacion inmensas dificultades, entre otras la formacion de tornos ó vueltas, la fuerza de la corriente, el empuje de las ondas marinas, la accion de los vientos, y las mareas que torciendo la direccion de las corrientes, é impeliéndolas hácia alguna de las márgenes, las hacen formar cauces nuevos, hasta que algun obstáculo insuperable ú otra mudanza en la combinacion de las fuerzas dirige el rio hácia la opuesta orilla.

Los amigos del sistema contrario responden á estos argumentos que es exagerada la imperfeccion que se atribuye al arte de hacer navegables los rios: que si bien muchos ensayos hechos con este objeto no han tenido buen resultado, otros han logrado un éxito favorable: que las avenidas no son tan frecuentes como se supone; que los canales no estan exentos de otros inconvenientes semejantes, tales como las grietas y las infiltraciones; que los diques que sirvan para encajonar el curso de los rios, si bien pueden aumentar el peligro de la inundacion, es cuando no estan auxiliados por otros diques longitudinales, ó por aberturas hechas en los mismos diques, las cuales deben estar cerradas mientras las aguas permanecen bajas; y por último, que los canales no son á propósito para la navegacion de vapores á causa del deterioro que estos causan en sus orillas, y este modo de navegacion es hoy indispensable para proveer á todas las necesidades del comercio.

Aunque imperitos en el arte, creemos que estas cues-

tiones no pueden resolverse *á priori* ni de una manera general y absoluta. Habrá rios cuya navegacion convenga habilitar, y habrá otros que sean mas á propósito para dar alimento á un canal navegable. Si para habilitar la navegacion del Guadalquivir se necesita, segun el cálculo de Larramendi, subir su nivel ciento sesenta pies desde Córdoba á Sevilla, y para esto construir veinte presas con sus correspondientes esclusas, parécenos que esta obra sería tanto ó mas costosa que la apertura de un canal. Las empalizadas y los diques no serían quizá suficientes en un rio cuyo curso es tan tortuoso, y sus avenidas tan frecuentes: y por otra parte sus márgenes formadas casi todas de barrancos y playas movedizas no permitirían la construccion de buenos caminos de sirga. Así pues, solamente en el caso de que la habilitacion del Guadalquivir fuese menos costosa, é igualmente duradera que la obra del canal, estaríamos por ella; pero si los costos son iguales ó mayores, ó si la navegacion ha de estar expuesta á las frecuentes vicisitudes que sufre aquel rio, el canal lateral de navegacion y de riego, propuesto por el señor Larramendi, sería muy preferible. Aunque nosotros hemos procurado estudiar esta cuestion, no nos creemos bastante competentes para resolverla, si bien estamos inclinados á la apertura del canal. El gobierno tampoco ha querido decidirla, y así es que aunque ha autorizado las obras de navegacion propuestas por una empresa particular, lo ha hecho sin perjuicio del canal que mas adelante pueda construirse.

Respecto á las consecuencias económicas de la obra importante de que tratamos, repetiremos lo que escribimos en otra ocasion á propósito de ella. «Si Andalucía, decíamos, es hoy, á pesar de la sequedad de su suelo, de la imperfeccion del cultivo y de la dificultad de sus comunicaciones, el pais mas fértil y rico de España, calcúlese cuán rica y fértil sería si el canal del Guadalquivir proporcionase el beneficio del riego á sus vegas extensas, salida fácil y barata á sus productos, y estímulo á los labradores para

perfeccionar las labores agrícolas. Las vegas orientales del Guadalquivir desde Sevilla á Alcolea, como son las de Tablada, de la Rinconada y de Brenes, multiplicarían considerablemente su produccion alimentadas en abundancia con las aguas del canal. Lora por su posicion á la falda de Sierra-Morena y sobre la orilla del Guadalquivir sería un verdadero puerto de comercio para las serranías de Cazalla, Constantina y Aracena, cuya riqueza crecería tanto como la facilidad de su comunicacion con Sevilla. Yendo pegado el canal á la sierra desde Lora á Alcolea, esto es, por un espacio de dos leguas y media, las carnes, las maderas de construccion y otros muchos elementos industriales que se crian en aquellas asperezas podrian ser trasportados á Sevilla con suma comodidad y grande baratura. Las minas de carbon de piedra que explota la compañía del Guadalquivir, y cuyos productos tienen hoy un precio exorbitante por el enorme costo de su conduccion, proveerían á multitud de fábricas, cuya produccion es hoy quizá insuficiente por la carestía de aquel combustible. Y es tan importante este punto, que mientras nuestros fabricantes no puedan obtener á precios mas cómodos el carbon de piedra, no prosperará en Andalucía la industria de que ella es susceptible. La conduccion del carbon de esta clase, que se consume hoy en Sevilla, desde Cantillana cuesta el duplo de su valor al pié de la mina, y el viaje que tiene que hacer es como se sabe de muy pocas leguas.

Abriendo pequeños ramales de caminos que fuesen desde el canal á lo interior de Extremadura, esta provincia exportaría cómodamente y con suma baratura sus granos, sus aceites, y sus lanas, cosa que no puede hacerla hoy sino con mucho costo y con escaso beneficio. A pesar de estos obstáculos la prosperidad material de Extremadura crece con una rapidez prodigiosa. Sus dehesas de pasto, que cubrian otras veces casi todo su territorio, se van convirtiendo en tierras de labor fertilísimas, los terrenos baldíos, tan numerosos hasta hace pocos años, vánse reduciendo á

cultivo, y así los granos que pudiera producir esta provincia bastarían quizá para el consumo de toda la Península. ¡A qué punto no llegaría su riqueza si pudiese comunicarse por el canal con lo interior de España!

La provincia de Córdoba no puede dar tampoco salida á sus frutos con la comodidad y baratura necesarias por la falta de buenas comunicaciones. Sin embargo, su territorio es uno de los mas fértiles y ricos de España. Sobre una extension de 444 leguas cuadradas una gran parte, sobre todo en la sierra, es de baldío, y á pesar de la falta de riego, de la escasez de poblacion y de no haber en cultivo cada año mas que una tercera parte de las tierras labrantías á causa del errado sistema de cultivar á tres hojas, todavía se calcula que el producto de los terrenos en que se cultivan granos, semillas y legumbres es por quinquenio de 4.251,000 fanegas. Del cómputo del ramo de aceite por el mismo plazo resultan 2.300,000 arrobas, y del mosto para vino, vinagre y otros usos, 2.400,000 arrobas. Si aquellos baldíos se pusiesen en cultivo; si el Guadalquivir regase sus vegas feracísimas; si se abandonase el errado método de labrar á tres hojas, y el canal proporcionase á sus frutos un trasporte barato, el trigo y el aceite de Córdoba inundarían la Andalucía y los puertos de la Península.

La provincia de Sevilla no es menos fértil ni rica que las anteriores: ganaría por lo menos tanto como ellas con esta importantísima obra. Las de Jaen y la Mancha aumentarían tambien sus exportaciones, y como cuando estas varían en cantidad y condiciones, las importaciones experimentan tambien modificaciones proporcionadas, la construccion del canal del Guadalquivir causaría una mudanza considerable en la situacion económica de toda Andalucía, mudanza de la cual habian de resentirse todos los mercados de España y muchos del extranjero.

No es fácil de calcular con exactitud el aumento de riqueza que produciría la grande obra de que vamos tratan-

do. La sociedad económica de Sevilla lo ha hecho sin embargo aproximadamente en una representacion dirigida al Gobierno, y resulta de su cálculo, que las tres derivaciones del canal regarían 120.000 aranzadas del marco de Sevilla. Como cada aranzada de secano que pasa á ser de regadío aumenta de valor 5.000 rs., el canal crearía un valor en tierras de 600 millones. Las tierras de regadío producen tres cosechas al año, y suponiendo que estas dejen un 10 por 100 mas que si se sacáran de tierras de secano, resultaría un aumento anual en la riqueza de 60 millones de reales.

Para calcular cuanto se disminuiría el precio de los frutos por razon del menor coste de los trasportes, basta tener presente que cada 266 y un tercio arrobas, conducidas desde Sevilla á Córdoba por el canal, ocuparían diariamente un solo hombre, y por tierra emplearían lo menos á seis; y que para la conduccion hecha del primer modo se necesita una sola caballería por cada 800 arrobas, y del segundo, cada caballería conduce solamente cinco arrobas. Si por suposicion el trasporte diario entre las dos ciudades fuese de 16.000 arrobas, se ahorrarían segun el cálculo anterior 560 hombres y 3180 caballos, cuyo coste puede calcularse anualmente en 6.278,000 rs.

Los productos del canal serán tambien considerables; pues suponiendo que los labradores pagasen el derecho de regadío á razon de 150 rs. anuales por aranzada, produciría una renta anual de 18.000,000. Suponiendo tambien que cada caballo hidráulico de los 2.000 que puede tener de fuerza el canal, produzca 300 rs. al año, será su total rendimiento 600.000 rs. anuales.»

Por exagerados que se supongan estos cálculos, prueban siempre que de la apertura del canal resultarían para Andalucía inmensos beneficios.

Se dirá tal vez que nada adelantaríamos aumentando nuestra produccion, si no aumentábamos al mismo tiempo nuestras exportaciones: mas esto es lo que primeramente

conseguimos facilitando los medios de comunicacion. El aumento en la produccion nace tanto de la perfeccion de los métodos industriales, cuanto del aumento en el pedido, el cual crece con la baratura de los precios, y estos menguan, como es sabido, con la facilidad en las comunicaciones. Si España fuese un pais estéril con el cual se hubiera mostrado la naturaleza avara de sus dones; si la produccion fuese en ella *naturalmente* mas costosa y difícil que en otros territorios, en vano promovería el Gobierno sus comunicaciones interiores. Pero afortunadamente España es tan feraz, y puede ser tan rica como la nacion mas favorecida por la naturaleza: fáltale únicamente para llegar al grado de prosperidad de que es suceptible, los recursos que la proteccion del gobierno y la mano del arte proporcionan hoy á los reinos mas poderosos. ¿Por qué no van nuestros trigos á Inglaterra y sí los de Rusia y Polonia? ¿Será acaso porque en aquellas regiones es mas ventajosa la produccion agrícola? No ciertamente, puesto que ni en Polonia ni en Rusia se vende mas barato el trigo que en Castilla la Vieja y otras de nuestras provincias interiores, sino porque uniendo al valor natural de nuestros cereales el aditicio del trasporte, resulta un total mayor que el valor que tienen los trigos en Odessa. ¿Por qué prefieren los extranjeros el aceite de Italia? porque está mejor elaborado y es mas bajo su precio: ¿pero cuántos capitales no se dedicarían á la mejor elaboracion del aceite, si facilitándose su exportacion ofreciese esta industria segura y mayor ganancia para el fabricante, y el aliciente de la baratura para los extranjeros? ¿Por qué no se conocen nuestros vinos fuera de España, á excepcion de dos ó tres clases de ellos? ¿Se cree por ventura que son naturalmente inferiores á los extranjeros? No ciertamente, sino porque como no tienen consumo, no se aplican á su elaboracion cuantiosos capitales, siendo esta por lo tanto defectuosa. Aun podriamos citar otros muchos productos que se hallan en el mismo caso: pero basten los dichos para demostrar que todas las causas á que se atribu-

ye la escasez de nuestro consumo, pueden reducirse á una: saber la dificultad y coste de las comunicaciones. Construido el canal del Guadalquivir, habrémos dado un gran paso en la carrera de las mejoras materiales, si bien no habrémos hecho aun bastante, pues otros canales de igual importancia reclamarían asímismo los cuidados de la administracion.

F. DE CARDENAS.

RECUERDOS DE UN VIAJE
POR EL MEDITERRANEO.

Entre las singularidades que presenta el siglo en que vivimos, y que notablemente le diferencian del que le ha precedido, es una la especie de manía que por los viajes se ha desplegado, y que en gran manera fomenta la admirable facilidad que para satisfacerla proporcionan los modernos materiales adelantos. Lo que nuestros abuelos no hacian sino á duras penas, y despues de graves y detenidas deliberaciones, es en nosotros obra de brevísimos instantes, y un viaje á París, á Londres ó á la pintoresca Italia, exige pocos mas dispendios, acarrea infinitamente menores incomodidades, que las que traía consigo en época no muy remota, trasladarse de una provincia á otra de la monarquía. Dedúcese de aquí naturalmente que un viajero no es ya un ser punto menos que extraordinario, objeto del mas profundo respeto, y cuya animada palabra instruya y deleite á los que tengan la suerte de escucharle; y contribuye tambien en gran manera á destruir la parte maravillosa, que tanto interés prestaba á sus relaciones, la perfecta similitud que entre los usos, trages y costumbres de casi toda la Europa la moderna civilizacion ha introducido. Esto no obstante, los viajes no han perdido aun todos sus encantos, y los recuerdos históricos que ordinariamente les acompañan, y el espectáculo de los monumentos que á nuestra vista presentan, bien se les considere al través de la magia de los siglos, ó como el emblema de distintas civilizaciones, imprimen una enerjía y una actividad al entendimiento,

que le predisponen asombrosamente á graves y elevadas consideraciones. Ya se deja conocer que miradas bajo este punto de vista, que no tenemos la pretension de creer que sea el mas acertado, y sí solo el que mejor á nuestro gusto cuadra, la Italia es sin disputa el pais mas interesante; y si bien por esto mismo ha sido el mas asiduamente esplotado, largo tiempo pasará todavía antes que se vean agotados los perennes y abundantes manantiales que sin cesar ofrece á la imaginacion del filósofo, del poeta y del artista.

Al amanecer de una mañana de primavera, despejada y serena, salimos de la magnífica bahía de Cádiz á bordo de uno de los vapores pertenecientes á una compañía comercial inglesa, que hace periódicamente el viaje de Gibraltar á Londres. El mar estaba sosegado, y la fuerza de doscientos caballos que nos iba reciamente empujando por su tersa superficie, nos hizo perder de vista, mas pronto de lo que pensábamos, los blancos y resplandecientes edificios del pueblo, emporio en otro tiempo de nuestro comercio, emblema al presente de nuestra pobreza y decaimiento. Cádiz, meciéndose al parecer muellemente en medio de las aguas, sin campiñas ni montes que por ninguna parte le circunden, y asido solo al continente por la lengua de tierra que comunica con la isla de San Fernando, ha sido justamente comparado á un inmenso bajel de piedra; para el que coteje las innumerables riquezas que nuestras envidiadas flotas deben haber allí depositado, lo animado y bullicioso entonces de su tráfico y comercio, y el total abatimiento en que en el dia se encuentra, Cádiz no es mas que una dolorosa ruina que aflije el ánimo, y le sumerge en tristes reflexiones. Como para procurarlas mayor alimento, y antes de haber podido traer nuestra imaginacion á la contemplacion de objetos mas risueños, la vista de Trafalgar vino á añadir todavía á la suma de aquellos desconsoladores recuerdos. No habrian pasado seis horas desde que emprendimos nuestra marcha, cuando habiendo sido advertidos de que iba á embocarse el estrecho, salimos apre-

suradamente de nuestro camarote para disfrutar sobre cubierta del agradable espectáculo que aquel ofrece. Varios de los pasageros nos habian ya precedido, y los largos anteojos de que muchos de ellos iban provistos se veian girar alternativamente á izquierda y á derecha, al paso que los que carecian de estos útiles auxiliares procuraban suplir su falta con la intensidad de la mirada y la inmovilidad de sus facciones. Sabido es que la distancia que separa las costas de Africa y España en la parte del canal mas estrecha, es de escasas siete millas, y el corazon se siente crecer al mirarse en medio de los dos antiguos y por mucho tiempo rivales continentes, que en frente uno del otro, aun parece estarse mútuamente amenazando. Descúbrese de una parte la importante plaza de Tarifa, que inmortalizó la heroicidad de un hombre, y que á su conocida nombradía añade otra, si no tan brillante, al menos igualmente justa y bien establecida. Sus mujeres son reputadas por las mas hermosas de Andalucía, y esto no deja de ser algo en un pais, en que la gracia, la esbeltez de las formas, y la incomparable expresion de las fisonomías, han llegado á ser proverbiales entre propios y extraños. Recuerdo con este motivo cierta anécdota, que por estarme bullendo en la memoria habrán de dispensarme mis lectores que deje aquí consignada.—Hallábase en Gibraltar hace algunos veranos cierto personaje extranjero, harto conocido en Madrid por la extrañeza de su figura y lo desusado de su traje y maneras, el cual, ó no teniendo suficiente confianza en lo que la fama refería, puesto que no sería la primera vez que la fama se equivoca, ó, lo que es mas probable, llevado de una simple, simplicísima curiosidad, se propuso averiguar por sí mismo lo que de cierto hubiera respecto á la celebrada belleza de las hijas de Tarifa. Metióse con este objeto en un ligero botecillo, que en pocos momentos le trasportó á aquella plaza, y saltando inmediatamente en tierra comenzó á internarse por sus intrincadas y desiguales calles. Desgraciadamente la hora, á la sazon un poco avanzada de la mañana, y la ir-

resistible fuerza de los rayos solares en toda aquella comarca, habian ya obligado á los habitantes de Tarifa á cerrar poco menos que herméticamente cuantas puertas, ventanas y balcones en la ciudad habia; y nuestro buen viajero se hubiera visto obligado á esperar largo rato antes de haber podido satisfacer su impertinente curiosidad, á no habérsele ocurrido una idea peregrina, y que fué seguida de un instantáneo y excelente resultado. Con la poca gente baldía que á su paso pudo ir reclutando, y la que igualmente se apresuró á recoger en el muelle, formó una turba numerosa, y tal cual á su designio convenia; púsose á su cabeza, y mandando prorumpir en desaforados gritos de *vivas* y *mueras*, y entonar patrióticas con toda la fuerza de sus pulmones, volvió á recorrer las principales calles, cuyos balcones y ventanas, poco antes desiertos, tuvo ahora el gusto de mirar coronados de individuos de ambos sexos, que alarmados á aquel desusado estrépito, y temiendo que algun peligroso motin hubiese estallado, se apresuraron á ver lo que pasaba. Sin perder la natural seriedad de su semblante, y á lo que es de presumir contento y satisfecho del resultado de su extratagema, siguió durante un buen espacio su marcha magestuosa, que no sabemos donde hubiera terminado, si el sonido de los tambores de la milicia nacional, que empezaban á batir generala, advirtiéndole de las consecuencias desastrosas que podria traerle aquel asunto, no le hubiera obligado á ponerse inmediatamente en salvo. Recobrado su ligero botecillo, y bien gratificada su numerosa comitiva, viósele en seguida deslizarse rápidamente hasta llegar á puerto mas seguro.

La ciudad de Ceuta no tardó en presentarse tambien á nuestra vista, y junto con ella su fuerte castillo colocado sobre la cumbre de una empinada loma. Esforzábanse mis miradas por penetrar y descubrir mas de lo que la distancia á que nos hallábamos permitia, y ya las oscuras nieblas del horizonte iban poco á poco borrando sus contornos, y confundiéndolos con la enorme masa del cerro que la sirve

de respaldo, cuando el imponente peñon de Gibraltar comenzó á aparecer distintamente á nuestros ojos. Verdadero guardian de aquellos mares, que á su vista se separan y dividen, su aspecto severo y formidable parece revelar todo su poder é importancia, y apenas los jardines del Gobernador, que orlan una parte de la costa, aciertan á darle un colorido menos tétrico y sombrío. Son harto conocidos sus inexpugnables baluartes y sus montes horadados y atravesados de troneras, que pueden ser otras tantas bocas de destruccion en caso necesario, para que nos detengamos aquí en prolijas descripciones. A poco rato nos hallamos anclados en su bahía, habiendo empleado solo nueve horas en aquella travesía, cuya extension es de cerca de noventa millas. La casualidad hizo que en la misma noche estuviese pronta á levar el ancla con destino para Malta la fragata vapor *Aqueronte*, perteneciente á la marina real inglesa, con lo que, recorrida precipitadamente una parte de la poblacion, y ajustado despues nuestro pasaje, á vuelta de corto rato nos encontramos otra vez á bordo, y entregados nuevamente «*á la merced del piélago insondable.*» El tiempo continuaba tranquilo, el cielo se ostentaba en toda su nitidez y pureza, y el viento parecia mas bien venir á deleitarnos, que á oponer á nuestro viaje el mas mínimo embarazo. Todo el siguiente dia continuamos avistando la costa, y aunque á alguna distancia, pudimos tambien percibir la deliciosa ciudad de Málaga con sus alegres y feracísimas campiñas. Al otro, la perspectiva habia completamente cambiado; nuestras miradas solo descubrian el mar, formando en nuestro derredor un inmenso círculo, y el espacio, que diáfano y trasparente le limitaba y cubria á la manera de un vastísimo fanal. El barco caminaba con una rapidez de 12 millas por hora, y solo la vista de tal cual embarcacion mercante, que de cuando en cuando aparecia surcando magestuosamente las ondas, venia á destruir en parte lo monotono aunque magnífico de aquel espectáculo. En los dias sucesivos, y despues de avistado el cabo de Gata,

las costas de Africa fueron presentándose frecuentemente á nuestros ojos, y la distancia que de ellas nos separaba era á veces tan corta, que sin dificultad pudimos observar parte de su vegetacion en algunos puntos, y tambien tal cual pequeño aduar. No faltaron personas que dotadas sin duda de una penetracion de vista extraordinaria, creyeron percibir los torbos rostros de algunos beduinos y los anchos bornoces que pendian de sus espaldas en lo que á nosotros nos parecia mas bien troncos secos ó rocas puntiagudas; cosa que no asombrará seguramente, á los que recuerden que no ha faltado tampoco quien con envidiable aplomo asegurase haber visto los alados habitantes de la luna, y aun gallinas y otros domésticos animales. Al amanecer del cuarto dia, á contar desde nuestra salida de Gibraltar, vimos descollar confusamente la ciudad Argel, que á aquella hora y en medio de aquel no interrumpido silencio, parecia perezosamente dormida al suave arrullo de las ondas que lamian sus cimientos. Biperta, en donde se ostentaba el famoso castillo de la Goleta, cuya toma tanto realzó los talentos militares del invicto emperador Carlos V, y de cuya posterior rendicion menudamente se ocupa Cervantes en su novela del Cautivo, pasó tambien ante nuestros ojos, y á alguna distancia Tunez, asentada sobre las ruinas de la antigua y poderosa Cartago. El cabo que en aquella parte forma la costa, y que era necesario doblar para continuar nuestro rumbo, conserva todavía el nombre de esta ciudad celebérrima. Por fin, despues de seis dias de navegacion, y dejadas atrás las casi desiertas islas de Pantellaria y Lampedusa, llegamos á Malta, donde nos proponíamos tener algunos de descanso.

Hállase situada la isla de Malta al Sur de la Sicilia, de la que solo está dividida por el canal de su nombre, y al Norte de la regencia de Trípoli, de la que la separa un espacio de mar no muy considerable. Colocada así en cierta manera entre los confines del Africa y la Europa, es fácil de conocer su importancia comercial y política para los ingleses, sus actuales poseedores.

La animacion de su espacioso puerto, dividido en varios brazos, y en el que se encuentra siempre una pequeña escuadra británica; el famoso castillo de Santelmo con que á la entrada se tropieza, y que tanta sangre ha costado en diferentes épocas á los Sarracenos y Turcos; el no menos célebre aunque mas moderno de Santángelo, que en otro extremo se descubre, y la pintoresca vista de la ciudad nueva llamada *La Valetta*, presentan un cuadro en extremo agradable, al paso que llenan la imaginacion de grandes y gloriosísimos recuerdos. Sabido es que cedida bajo ciertas condiciones esta isla por el emperador Carlos V á los caballeros de San Juan de Jerusalen, despues de arrojados por los turcos del asilo que se habian procurado conquistando la de Rodas, fué mucho tiempo el baluarte de la cristiandad contra el formidable poder musulman, que amenazaba imponer su yugo á la Europa entera. La increible firmeza de aquellos pundonorosos caballeros, á quienes la causa de la civilizacion tanto debe, y cuyo sufrimiento y esfuerzo han cambiado acaso la faz de la historia, es una nueva prueba de los prodigios que la fé religiosa era capaz de producir en aquella época. Abandonados en el año 1565 de los príncipes cristianos, cuya causa con la suya propia defendian, á su arrojo, mas que al tardío socorro de unas cuantas galeras españolas al mando del virey de Sicilia, se debió que la numerosa armada de Mustafá auxiliada con las tropas argelinas, que capitaneaba el célebre Dragut, terror en aquel tiempo de los mares, no se hiciese dueño de la isla. Tuvo lugar aquel sitio memorable, en que fué completamente humillado el poder agareno, y que costó la vida á los mas ilustres caballeros, siendo Gran Maestre de la órden Juan de La Valette, fundador de la parte de la ciudad, que aun conserva su nombre. Este acontecimiento, si bien uno de los mas culminantes en la historia de la órden, no fué el único en que la Europa tuvo ocasion de admirar el caballeroso denuedo de aquellos héroes de la cristiandad; en el famoso combate de Lepanto, acaecido, no

muchos años despues, sus galeras ganaron honra y prez eternas, y en cuantas luchas las potencias europeas se hallaron en la necesidad de sostener contra los fanáticos sectarios de Mahoma, vióse siempre á esta ilustre institucion prodigar generosamente su sangre y sus tesoros. Por desgracia suya, el progresivo decaimiento de sus naturales enemigos, al paso que la nueva vida á que parecia renacer la Europa, fueron poco á poco menguando su importancia, y las potencias cristianas pudieron verla sucumbir con frialdad é indiferencia ante el irresistible poder del capitan del siglo. Tres años despues (el 8 de octubre de 1800) la isla pasó á poder de los ingleses, y el tratado de Viena vino en 1814 á consolidar con su fallo este acto de verdadera usurpacion.

Entre los edificios notables que en La Veletta se encuentran, son sin duda los mas importantes el palacio, hoy dia del gobernador, antiguamente de los soberanos de la órden, y la magnífica iglesia con la advocacion de San Juan. Conservanse en los suntuosos salones del primero, adornados con columnas de mármol blanco, ricas tapicerías y pinturas de raro mérito, entre las que figura una coleccion de los Grandes Maestres y aun simples caballeros que mayor renombre supieron adquirirse en los anales de la órden. Pero lo verdaderamente digno de fijar la atencion es la sala llamada la armería, en donde se observan, dispuestas con el mayor órden y acierto, aquellas armaduras que tantas veces inutilizaron los recios golpes de los damasquinos alfanges, y bajo las cuales deben haber latido tantos y tan generosos pechos. Hállanse tambien en ella varios estandartes de la órden, y algunos que pertenecieron á las huestes infieles. ¡Gloriosas reliquias que arrancan lágrimas de entusiasmo, y traen á nuestra memoria dos siglos de esclarecidas hazañas! A la testera de la sala, y sobre dos ricas armaduras con embutidos de oro que pertenecieron á los dos grandes Maestres *Vignacourt* y *La Valette*, estan colocados sus retratos de cuerpo entero; el primero es obra de Miguel

Angel Caravaggio, y en concepto de los inteligentes una de las mas acabadas que han salido del pincel de aquel afamado artista.

El exterior de la iglesia de San Juan no presenta nada de notable, y antes bien la falta de cúpula ó cimborio le dá un aspecto un tanto mezquino, que no bastan á realzar sus dos no muy altas y simétricas torres. Pero causa una verdadera sorpresa la riqueza que ofrece á nuestra vista apenas se penetra en su ancha y magestuosa nave. Las magníficas pinturas que adornan sus techo son debidas al pincel de Matías Preti, mas conocido con el nombre del Calabrés, y representan la vida del Santo á quien la iglesia está consagrada. El pavimento está compuesto de mármol de todos colores ágata y jaspe formando mosáicos, en los que se miran los nombres y armas de 400 caballeros de los que mas se distinguieron por sus hechos. Hay además varias capillas laterales, cada una de ellas destinada á una de las *lenguas* en que la órden estaba dividida, y en las que se ostentan magníficos sepulcros ornados de figuras alegóricas, emblemas religiosos, armas é instrumentos de guerra; son en extremo notables los dos que encierran los restos de los insignes Nicolás y Rafael Cotoner, naturales de las islas Baleares, y al primero de los cuales debe Malta la parte de las fortificaciones que conserva su nombre. Ambos fueron sucesivamente Grandes Maestres de la órden por los años de 1660 hasta el 1680. La misma capilla contiene los despojos mortales del ínclito Perellós de Rocafull, uno de los mejores soberanos que ha tenido la órden, y los de otros varios caballeros españoles, cuyos nombres y blasones se miran en sus lápidas sepulcrales, formadas igualmente de mosáico. Entre las diferentes esculturas que adornan esta suntuosa iglesia, es digno de fijar la atencion el grupo de mármol que se halla junto al altar mayor, formado de una sola pieza, y que representa el bautismo de nuestro Señor Jesucristo. La capilla denominada el Oratorio, era sin disputa la mas rica de todas, ántes de que los franceses hu-

hiesen ejercido sobre ella lo que malamente se llama derecho de conquista. Entre los raros objetos que contenia de veneracion y de lujo, se hallaba una mano del Apostol San Juan, encerrada en un magnífico relicario de oro y piedras preciosas, que conservada en una iglesia de Antioquía, y llevada á Bizancio de órden del emperador Justiniano, habia sido escrupulosamente respetada por los soberanos musulmanes. Bayaceto II hizo presente de ella al Gran Maestre d'Aubupon, cuya voluntad á la sazon le importaba mucho ganar, y en el dia se encuentra en San Petersburgo, á donde fué trasportada cuando el Czar Pablo I se hizo proclamar Gran Maestre de la órden. Hay en la misma un cuadro del Caravaggio representando la degollacion del santo apostol, en el que, aunque un tanto maltratado, se revela todo el genio de aquel eminente artista; y los aficionados notan con razon su magnífico claro oscuro, y lo atrevido y firme del dibujo. La órden en merecida recompensa, y sin tener en cuenta su estraccion plebeya, no dudó en admitirle entre el número de sus miembros.—Malta posee tambien una biblioteca pública, en la que se hallan mas de 60,000 volúmenes, y un pequeño museo de antigüedades encontradas en la isla, tales como estátuas mutiladas, vasos y monedas, armas, camafeos, inscripciones, etc, etc., pertenecientes á los Fenicios unas, y otras á los Griegos, Cartagineses y Romanos, pueblos todos que subyugaron sucesivamente la isla. Entre las monedas existe una que puede figurar seguramente entre las mas antiguas, y que representa de un lado la imágen de la Diosa Isis, y del otro una figura con un tocado puntiagudo, que debe ser el Mitras de los Persas, ó el Osiris egipcio.—A la distancia de una media legua de la Valetta se encuentra la ciudad vieja, (Citta Vecchia) antigua capital de la isla, reducida en el dia á una poblacion insignificante, y con poquísimos restos que recuerden su pasada importancia; razon por la que es probable que fuese muy poco visitada de los extranjeros, á no hallarse en su recinto dos cosas que la hacen todavía

en extremo interesante. Una de ellas es la gruta de San Pablo, al pié de la cual ha sido construida la iglesia catedral, notable solo por contener algunas pinturas del Calabrés, y una imágen bizantina de aquel santo apóstol; la otra son sus famosas Catacumbas. Si creemos la tradicion que en la isla de Malta se conserva, aquellas fueron las costas contra las que vino á estrellarse la nave que salió de Cesárea llevando á su bordo al inspirado apóstol, y aquel tambien el lugar que eligió para su retiro el celoso propagador del Evangelio. Vése su estátua de mármol blanco, debida al cincel del aventajado escultor Melchor Caffa, en el fondo de la gruta, y al lado de un altar, en que se supone celebraba cotidianamente el santo el sacrificio de la misa. Una fuerte verja de hierro impide la entrada al pueblo (á no ser en señaladas ocasiones) en esta parte de la gruta, á la que se baja por una larga rampa bastante inclinada.

Aun no bien recobrado nuestro ánimo de la impresion que le habia producido este lugar venerando, y visitado por millares de extranjeros, de quienes se ven multitud de nombres escritos en sus paredes de una roca blanquísima, cuando la entrada en las Catacumbas, que allí cerca se encuentran, vino nuevamente á conmoverlo. Bájase á esta ciudad subterránea por una angosta y grosera escalera, que termina en una especie de vestíbulo, en el cual, á la luz no del sol, que allí penetra ya de una manera demasiado débil, sino de una pobre y mezquina lámpara, se descubre un sombrío religioso, cuya luenga barba y estenuada fisonomía parece recordar los antiguos habitantes de aquellos lúgubres lugares. Precedidos de este extraño personaje, y encendidas las velas de cera que puso en nuestras manos, comenzamos á internarnos por las extensas galerías que forman aquella triste mansion, fabricada toda en roca viva, y á la profundidad de unos quince pies. Todas sus paredes contienen nichos de diversos tamaños, destinados á recibir los últimos despojos de aquellos cuerpos macerados por la penitencia, y en los que la llama de la fé religiosa ardia

mas viva á medida que la persecucion era mas atroz y mas injusta. En el dia que el frio escepticismo, muerte moral del individuo, y azote de las sociedades, ha conseguido infiltrarse de una manera prodigiosa entre nosotros, apenas se concibe la sublime resignacion de aquellos primeros cristianos, que á trueque de conservar viva en sus pechos la luz de sus creencias, así consentian en consumir su existencia privados de cuanto pudiera hacerla llevadera, y hasta de la luz y del ambiente de que gozan los mas miserables reptiles. ¡Sacrificio cien veces mayor á nuestros ojos que el mismo martirio! La extension de estas galerías es tal, y tan intrincado el laberinto que forman, que muchas de ellas han sido tapiadas para evitar la renovacion de algunas trágicas escenas de que han sido teatro, á ejemplo de las de Roma, y que nuestro guia no dejó de referirnos prolijamente. Es en efecto indudable que mas de un curioso ha pagado su indiscrecion con la vida, perdiéndose en la confusion y oscuridad de aquellas lóbregas cavernas. A la extremidad de una de estas galerías se encuentra una especie de sala, cuyos techos estan sostenidos por groseras columnas sin basas ni capiteles, y en medio de la cual se mira una ancha ara, probablemente destinada á la celebracion de los sagrados ritos. Restituidos á la luz, despues de recorrida toda la parte visible de esta mansion de tinieblas, despedímonos del atento religioso que nos habia servido de guia; y volviendo á montar en los caballos del pais que hasta allí nos habian conducido, dirigímonos á la ciudad nueva donde teniamos nuestro parador; no sin visitar, aunque un poco á la ligera, porque la hora iba siendo ya demasiado avanzada, la antigua casa de campo de los Grandes Maestres. Hoy dia se halla enteramente desierta, acaso por la poco cómoda distribucion de sus habitaciones, en las que se conservan sin embargo frescos de bastante mérito representando la historia de algunos de sus antiguos poseedores; y que no dejan de ser curiosos por la reproduccion que contienen de sus trajes y ceremonias. Al pié de este edificio de formas severas y cor-

rectas, y flanqueado de cuatro simétricas torres, se extiende un vasto y frondoso parque, que hace su situacion bastante agradable, contrastando con la general aridez y monotonía de toda la isla, cuyo suelo, en su mayor parte peñascoso, hace que solo á fuerza de trabajo consigan sus laboriosos habitantes las escasas cosechas que produce. Sus natural desigualdad y aspereza es causa además de que varias de las calles de la ciudad La Valetta esten en forma de escalera; lo que unido á la variedad y confusion de trajes que resulta de la afluencia de griegos, turcos y africanos que se encuentran en la isla, y del vestido particular que usan las maltesas, compuesto de una especie de basquiña de seda negra y un manto de lo mismo llamado en el pais *faldetta*, y que nos trajo á la memoria á las tapadas de Calderon y Moreto, dan á la poblacion un aspecto en extremo original y vistoso.

No concluirémos esta rápida reseña de Malta, sin decir dos palabras de sus habitantes. Valientes, laboriosos y activos, su mala suerte y la debilidad de los estados de Italia que la naturaleza parecia haberles destinado por hermanos, les han hecho gemir constante y alternativamente bajo el yugo de diferentes dominaciones extranjeras. A pesar de esto, su carácter, bien al revés del de sus vecinos, se conserva inmaculado, y el extranjero que llega á sus playas no puede menos de admirar su hospitalidad y su generosa franqueza.

Dos sociedades particulares se han encargado de facilitar el transporte á precios no muy subidos, desde Malta á la capital de las Dos Sicilias. Una de ellas es francesa, la otra napolitana, y aunque ambas parecen haberse esmerado en proporcionar á los pasajeros todas las posibles comodidades, preferimos los vapores de la última, que tocan ordinariamente en los dos importantes puntos de Siracusa y Messua. Era de noche cuando nos trasportamos á bordo del *Herculano*, uno de los mejores barcos que posee la compañía, tanto por la fuerza de su recien construida máquina, como por la esmerada pulcritud y hasta elegancia de sus

dependencias. La hora, el bullir incesante de personas que entraban y salian, las luces que los marineros en todas direcciones agitaban para facilitar el acomodo de los equipajes, ó el ingreso de los pasajeros, y la luna reflejándose tranquilamente en el seno adormido de las aguas, daban á aquella escena cierta apariencia fantástica, que la hacia en extremo agradable. Contemplábala nuestra imaginacion con una especie de arrobamiento, cuando el sonido de la campana de á bordo vino á anunciar el momento de levar el ancla. Viéronse entonces desaparecer instantáneamente todas las personas á quienes la curiosidad, la amistad ó el parentesco habian tan solo allí conducido, y poco á poco fuéronse tambien retirando las restantes, y pasando á ocupar sus respectivos camarotes. Placianos á nosotros en extremo la vasta y silenciosa escena que se desplegaba á la sazon á nuestros ojos, y durante largo rato disfrutamos de esa vaguedad indefinible y deliciosa en que sumerge ordinariamente el alma la contemplacion de las grandes obras de la naturaleza, y que tan funestos estravíos ha producido en los modernos tiempos. Rendidos por fin del sueño, fuénos preciso atender á la satisfaccion de esta necesidad, una de las mas absolutas é imperiosas que á la mísera humanidad aquejan.

Amaneció el siguiente dia, y nos encontramos como por ensalmo en el famoso puerto de Siracusa, sepulcro del orgullo y del poder ateniense. La historia ofrece pocos ejemplos de una derrota tan completa como la experimentada por aquella célebre república á la vista de la ciudad insigne de que vamos rápidamente á ocuparnos, y que hayan acarreado á la parte vencida resultados mas funestos. Atenas, la sabia y poderosa Atenas, llegó á temer entonces hasta la pérdida de su existencia, y tuvo que ceder resignada y sin combate á los valientes y emprendedores espartanos su envidiada supremacía entre los estados de la Grecia. La fiesta que se celebra todos los años en Siracusa en el mes de mayo créese generalmente que sea en

conmemoracion de esta importante victoria. Si hemos de dar crédito á Strabon la ciudad de Siracusa contenia en los tiempos de su mayor grandeza una poblacion de mas de millon y medio de almas, y su circuito era de 180 estadios, ó lo que es lo mismo, de unas 23 millas; en el dia llega á 15.000 apenas el número de sus habitantes, y de las cinco partes de que la ciudad se componia, designada cada una con diferente nombre, conservase tan solo la mas pequeña llamada antiguamente Ortigia. La mano asoladora del tiempo ha destruido las restantes, y los pocos vestigios que de ellas han quedado, mas bien que su pasada grandeza atestiguan lo perecedero é instable de las cosas humanas.

Antes de saltar en tierra no pudimos dispensarnos de contemplar con una especie de asombro el magnífico y gigantesco monte Etna, que se destacaba á larga distancia en el horizonte, y cuya cumbre tocando en la region de las nieves, y exhalando constantemente una inmensa columna de humo que le sirve de cimera, nos trajo á la memoria aquellos robustos y bellísimos versos de nuestro Calderon:

Hipócrita Mongivelo,
Nieve ostentas, fuego escondes:
¡Que harán los pechos humanos
Si saben mentir los montes!

La primera cosa que llamó nuesta atencion apenas empezamos á internarnos por las estrechas y un tanto tortuosas calles de Siracusa, fué su iglesia catedral, edificada sobre el antiguo y suntuoso templo de Minerva, del que tantas maravillas nos cuentan los escritores latinos. Sus magníficas puertas de marfil y oro, la famosa pintura de la batalla ecuestre de Agatocles, cuyas dimensiones eran tales que ocupaba en toda su extension uno de los lados internos del edificio, y otra multitud de objetos preciosos, fueron todos presa de la insaciable codicia del Proconsul Verres, contra quien tan fuerte y elocuente se alzó la voz del príncipe de los oradores.—Conservase todavía una buena par-

te de su magnífico pórtico, compuesto de robustas columnas acanaladas, que sostienen un sencillo y elegante architravel. Los intercolumnios han sido cerrados con una gruesa pared de piedra, y forman de esta suerte los costados del edificio. En frente á la catedral se encuentra el museo, sumamente rico en fragmentos antiguos, entre los que descuellan una estátua del dios de la medicina, notable por la gracia y maestría de ejecucion de su ropage, y otra, de mármol de Paros, representando á la diosa Venus en el momento de salir del baño. Esta última, tenida justamente por una de las obras maestras de la escultura griega, á pesar de faltarle la cabeza y una parte del brazo derecho, se encontró soterrada, en el año de 1804, entre cuarenta y tantos afustes de columnas antiguas y otra multitud de fragmentos arquitectónicos. La casualidad, á que debemos descubrimientos aun mas importantes, ha sido causa de que los aficionados puedan hoy dia recrearse en la contemplacion de este precioso objeto artístico.—Son tantos los vestigios de la antigüedad, que en la ciudad de Siracusa y sus contornos se conservan, que apenas puede el viajero dar un paso sin que su imaginacion se vea asaltada por algun nuevo recuerdo histórico, y la corta ruta que es preciso hacer para visitar la famosa Oreja de Dionisio presenta frecuentes ocasiones de confirmar la exactitud de esta observacion.

Uno de los primeros objetos que hirieron nuestra vista apenas comenzamos á alejarnos de la ciudad, fué el grandioso monumento, erigido en conmemoracion de la derrota sufrida por la armada ateniense, que en figura de un cono bastante prolongado y apoyado en una ancha basa escalonada, se eleva todavía magestuoso y solemne, despues de haber visto hundirse á sus pies mas de veinte siglos. Mas allá, entre un grupo de sepulcros lastimosamente arruinados, descúbrense dos que han podido resistir en parte la accion destructora del tiempo, merced á la mayor solidez y esmero de su arquitectura; uno de ellos es de Timoleonte,

el célebre campeon de las libertades de Siracusa en tiempo del tirano Dionisio; el otro, cuya fachada la forman dos graciosas columnas dóricas, que sostienen su entablamento y ático correspondientes, es del famosísimo Archimedes, y fué descubierto á lo que se cree por Ciceron, que habla de él en la quinta de sus Tusculanas. Véase en su interior, de figura cuadrilátera, de una parte un sarcófago, y de la otra dos órdenes de pequeñas entalladuras ó nichos, probablemente destinados á contener otras tantas urnas sepulcrales.

Tratándose de una ciudad que bajo los romanos haya tenido alguna importancia, es consiguiente que entre sus ruinas deban encontrarse los restos del lugar donde celebraban los sangrientos y feroces juegos, que habian llegado á ser una necesidad de su existencia. El anfiteatro de Siracusa es notable por el buen estado de conservacion en que todavía se encuentra, y que contribuye á hacer mas sensible el contraste del silencio y la soledad que hoy reina en su espacioso recinto, con la escesiva animacion que en él se advertiría cuando el rugido de las fieras, los feroces gritos de los gladiadores, y la algazara y vocería de una numerosa plebe fuesen á atronar los aires con su confuso y discordante sonido. No lejos de él se halla el teatro, harto menoscabado y destruido desde que una gran parte de sus venerandos restos fué bárbaramente aplicada á la construccion de las murallas de la ciudad, segun asegura el escritor Claudio Arezzi en su obra de *Situ Siciliæ*. Toda la parte del proscenio se encuentra completamente arruinada; pero las graderías se conservan aun bastante enteras, y en algunas de las piedras que las componen, y en otras que yacen esparcidas por tierra, se miran diversas inscripciones griegas que contienen los nombres de las personas á quienes pertenecian los asientos en donde se hallaban colocados, notándose entre otros los de Nereidas, hija de Agatocles, Filistidas, mujer de Geron II, etc., etc. A la derecha del teatro hállase tambien la calle de los sepulcros, y la corta dis-

tancia que separa estos dos lugares á tan diferentes destinos aplicados, encierra la significacion de un profundo pensamiento filosófico, que no es de presumir se escapase á la penetracion de los siracusanos. En frente del teatro se observa el Liceo, en donde se conserva íntegro el nicho que contenia la estátua de Apolo, á quien era costumbre cantar un himno antes de que la representacion teatral comenzase: de donde no sería extraño trajesen su orígen nuestras antiguas loas, y aun tambien las fuertes diatrivas de algunos santos padres contra un género de espectáculos que se inauguraba con la reproduccion de una costumbre eminentemente gentílica.

La elevacion que en aquella parte presenta el terreno es muy á propósito para gozar en su conjunto del agradable aspecto que ofrece la hermosísima vegetacion de aquellos contornos, en los que crecen y se desarrollan con admirable lozanía los alegres viñedos que producen el famoso licór, de que es fama que los Borgías se servian para sus terribles venganzas, y que no ha perdido todavía su merecida celebridad.

La Oreja de Dionisio, de que procuraremos hacer una rápida descripcion, es sin disputa uno de los objetos mas extraordinarios y grandiosos que contiene la isla, aun despojándolo de las numerosas fábulas acerca de su construccion y destino, con que algunos de los autores que de ella han tratado se han complacido en revestirla. Su entrada, abierta en roca viva, y cuya mayor anchura es de 22 palmos, presenta realmente la figura de una oreja humana; y está circunstancia y la acreditada creencia de que el tirano Dionisio se aprovechaba del sorprendente eco que en sus concabidades se produce, para escuchar, desde un pequeño escondrijo fabricado al efecto, las conversaciones mas secretas de los reos de Estado que en ellas gemian, puede haber sido la causa de que se aplicase á esta formidable caverna el nombre que aun conserva. La repercusion que en ella forman los sonidos parece verdaderamente increíble; el rumor mas ligero crece y se dilata de un modo prodigio-

so, y la detonacion de una pistola que el *Cicerone* tiene cuidado de disparar á cada nuevo viajero que introduce, forma un estruendo de tal manera prolongado, fuerte y pavoroso, que diríase, ó que nos hallábamos en medio de la region del trueno, ó bien que aquella imensa mole extremecida y desquiciada, iba á desplomarse y confundirnos. Su planta presenta próximamente la figura de una S, y sus dimensiones son de 110 palmos de largo sobre 84 de alto. Las ruinas de otro teatro que á su inmediacion se encuentra, han dado lugar á que algunos piensen, que el objeto que presidió á la fabricacion de este singular monumento, fué el de producir los extraños y temerosos sonidos que la representacion de algunas de las tragedias de Eschilo, Euripides y otros famosos trágicos exigian; así como no falta tampoco quien asegure, quizás con mejor acierto, que la famosa Oreja de Dionisio no es ni mas ni menos que una antigua é inmensa cantera; fundándose principalmente en la semejanza que presenta con algunas otras que en la isla, y aun en casi toda la Italia, se encuentran. Verdad es que ninguna de ellas ofrece ni con mucho sus dimensiones, y que no se vé en esta el corte particular de la piedra que en las demás se observa. El temor de hacer esta descripcion demasiado pesada y enojosa nos ha movido á dejar de mencionar otra infinidad de antiguos vestigios que creíamos de mas escasa importancia; pero no podemos resolvernos á guardar igual silencio sobre la celebrada *fuente de Arcusa*, que tan ingeniosas y agradables ficciones sugirió á los antiguos poetas, y cuyos abundantes y limpidísimos raudales, que atraviesan una parte de la ciudad, vimos empañados y revueltos por una turba de alegres lavanderas, que es natural se curasen muy poco del acto de profanacion que estaban cometiendo. En la parte del mar en que la fuente se precipita y pierde, nace un manantial de agua dulce que la fecunda imaginacion de los poetas ha supuesto ser el rio Alfeo, el cual ciegamente enamorado de la delicada ninfa, viene desde la voluptuosa Arcadia, y al través de ocultas y se-

cretas vias á confundirse con ella y abrazarla. La fuente llamada *Ciane*, no deja de ser tambien algo notable, por la circunstancia de criarse en sus márgenes la planta *papirus* originaria del Nilo, y que de tanta utilidad era para los antiguos; así como por el sacrificio que es fama que hizo Hércules en ella á Proserpina, y que durante largo tiempo continuó renovándose todos los años.

La tarde comenzaba á declinar rápidamente, y el sol como fatigado de su carrera y agrandando su inmenso disco, bajaba lento y magestuoso á sumergirse en las misteriosas profundidades del Océano. Dirigíamonos á bordo á la luz incierta del crepúsculo, y la espesa columna de humo que en el espacio se elevaba perdiéndose en oscuros remolinos, nos hizo conocer que nuestro vapor se estaba ya aprestando para continuar su rumbo. La travesía era corta, y el trascurso de la noche fué mas que sobrado para que nos encontrásemos al amanecer del dia siguiente en medio del hermosísimo puerto de Messina, uno de los mas concurridos y espaciosos que posee la Italia, y adonde el ínclito D. Juan de Austria fué á reunirse con las galeras de Venecia pocos dias antes del combate famoso de Lepanto. Llamó desde luego nuestra atencion la magnífica calle que se prolonga por toda la extension del muelle en forma de anfiteatro, coronada de una vasta cadena de alegres y fertilísimas montañas, y en la que se ostenta una larga serie de edificios de suntuosa é idéntica arquitectura, bastantes por sí solos para dar una idea de la antigua importancia comercial de esta ciudad, aun en el dia de las mas ricas y florecientes de Italia. Como en el medio de esta calle, cuya extension pasa de una milla, se halla una lindísima fuente llamada de Neptuno, en cuyo centro, ocupado por un gran pedestal, de cuyos ángulos se destacam cuatro caballos marinos, se eleva la estátua colosal de esta divinidad con el tridente en la siniestra mano, y con el brazo derecho estendido y como en actitud de apaciguar las ondas irritadas; á sus pies se miran retorcidos y aherrojados los dos monstruos marinos

Scila y Caribdis, de que mas adelante habremos de volver á ocuparnos. La composicion de este grupo presenta un conjunto agradable, y la ejecucion no deja igualmente de ser bastante acertada, distinguiéndose en especial la estátua del Dios por la nobleza de su actitud y la esmerada correccion de su estilo. Sentimos no poder decir otro tanto de las dos estátuas de bronce que á los dos lados de este monumento se encuentran, representando una de ellas al Sr. D. Carlos III, de eterna memoria, y la otra á Francisco I, padre del monarca reinante. — Algo mejor, aunque tampoco de un mérito subido, es la erigida á D. Juan de Austria poco despues de aquella memorable jornada que hizo inmortal su nombre; y que se halla colocada enfrente del Palacio Real, magestuoso y vasto edificio, pero que lastimosamente no está todavía concluido, ni es probable que llegue á estarlo. La ciudad de Messina, como todas las de Italia de alguna importancia, posee un gran número de iglesias y conventos, algunos de ellos dignos de atencion bien por su arquitectura, bien por las pinturas y otros objetos de arte que contienen. Pero á todos los ofusca y oscurece su imponente iglesia catedral, cuya época de fundacion no se sabe á punto fijo, aunque se supone tuviese lugar bajo la dominacion normanda. Su interior está compuesto de tres naves, una de las cuales se halla sostenida por 26 columnas de granito de Egipto, que se cree pertenecieron á un templo de Neptuno que en la ciudad habia, y choca desde luego la extraña confusion y amalgama de estilos que en su construccion se advierte, merced á los repetidos terremotos de que la ciudad ha sido teatro, que arruinaron en gran parte este soberbio edificio, y á la poca inteligencia de las personas llamadas á reparar sus estragos. Esto no obstante, es tal la belleza de algunos de sus accesorios, entre los que se cuentan bajos relieves de un mérito subido, la multitud de estátuas y pinturas notables muchas de ellas por su correccion y estilo, y en una palabra la riqueza y profusion de sus adornos, que

el ánimo se siente agradablemente embargado al contemplar su estrafalario, sí, pero al mismo tiempo magnífico conjunto. Las calles de Messina anchas, largas, perfectamente enlosadas y adornadas con soberbios edificios, son sin embargo en extremo solitarias y tristes, aunque encierran una poblacion de mas de 70,000 almas, y este achaque, harto comun en las ciudades esencialmente comerciantes, contribuyó á que sin el menor sentimiento, y al cabo de una detencion de 24 horas, viésemos desaparecer rápidamente su apiñado y vasto caserío, y perderse entre las brumas del horizonte las desiguales torres de sus templos. El tiempo, hasta entonces generalmente bueno, comenzó á sernos menos propicio; oscurecióse el cielo, rodaban por el espacio gruesos y confusos nubarrones, y el viento que agitaba y conmovia el mar poco antes tan tranquilo, sacudia tambien nuestras cabezas de una manera en verdad harto ingrata y desapacible. Esto no obstante, resolvimos permanecer sobre cubierta mientras el barco atravesaba las tormentosas aguas del célebre Faro, en las que con frecuencia se verifica el singular fenómeno conocido con el nombre de la *Fata Morgana*, que nuestros ojos desgraciadamente no tuvieron el gusto de contemplar.

A la distancia de unas 12 millas del puerto, y en la extremidad del estrecho, que lo es tanto en aquella parte que apenas tendrá mas de dos millas, hállanse los dos célebres escollos Scila y Caribdis, que personificados por los antiguos, como todos los objetos que herian vivamente sus enérjicas imaginaciones, y representados bajo las formas mas espantosas y terribles, aumentaban en los navegantes el terror que la realidad entonces del peligro ya de suyo excitaba. Ulises, el protegido de los Dioses, viése arrebatar por el formidable Scila, y conducir á las profundidades de su áspera y oscura caverna á seis de sus mejores guerreros, y solo el divino Jason, asistido de la poderosa Juno, pudo atravesar antes de él aquellos fatídicos lugares, á los que las mismas aves no osaban acercarse. En el dia estos recuerdos solo sirven pa-

ra conmover la imaginacion y exaltarla, y los adelantos de la ciencia náutica burlan con facilidad las corrientes que en aquellos parajes se advierten, y la impetuosidad del mar que las costas de Sicilia y Calabria en aquella parte notablemente estrechan y comprimen. El temporal en tanto habia ido poco á poco arreciando, los violentos balances del barco iban produciendo un repentino cambio de color en todos los rostros, al paso que imprimian una expresion particular á las fisonomías, y pronto se vió la cubierta sin mas gente que la puramente necesaria para la escasa maniobra que un vapor exige. No fuimos nosotros de los últimos en sentir aquellos desagradables efectos, ni por consiguiente en encerrarnos en nuestro camarote; y en él permanecimos quieta y tranquilamente hasta que la voz del Capitan vino al siguiente dia á anunciarnos la entrada en el magestuoso y pintoresco golfo de Nápoles, que no falta quien suponga ser el crater de algun antiguo é inmenso volcan, que las islas de Capre, Ischia y Procida parecen cerrar en parte. Pocos momentos despues nos hallábamos en su magnífico y concurridísimo puerto, en donde se mecen cien y cien embarcaciones de distintos y lejanos paises, y á la vista de aquella ciudad incomparable, tercera de Europa por su suntuosidad y magnificencia, única en el mundo, si se atiende á los inagotables tesoros de que parece que la naturaleza, allí en su vigor primitivo, se ha complacido en colmarla. El Vesubio, los nombres de Pompeya y Herculano, Puzzuoli y tantos otros de que este privilegiado suelo es aun depositario, excitan sobrados recuerdos, consideraciones harto variadas y profundas, para que puedan tener lugar á continuacion de un artículo ya de suyo prolijo y tal vez enojoso. Quédense pues para mas esperimentadas plumas, ó bien para momentos en que con mayor detencion y recojimiento, nuestra imaginacion pueda evocarlos sin temor de una profanacion indisculpable.

CAYO QUIÑONES DE LEON.

Nápoles 15 de julio de 1844.

DE LA PROYECTADA VARIACION DE ALGUNAS DE NUESTRAS LEYES POLÍTICAS.

Adrede elijo el encabezamiento del presente artículo, rodeado y algo confuso, en vez de usar uno breve y claro diciendo: «*de la proyectada reforma de la Constitucion*», porque expresándome de este último modo cometería la equivocacion que en otros censuro, ya vaya acertado, ya descaminado en mi juicio. Porque mi opinion, valga poco ó mucho es, que con variar algunas leyes políticas, no se altera ó reforma la verdadera Constitucion de nuestra monarquía, segun es en el momento presente, siendo las enmiendas ó mudanzas proyectadas, de aquellas que pueden ó deben hacerse en la legislacion, las cuales, aunque sean de consideracion no leve en su esencia ó en sus efectos, por razones tanto cuánto sólidas de pública conveniencia, no han de ser llamadas reforma de la Constitucion, pues calificándolas así, en parte erróneamente y en parte con imprudencia, queda con gran menoscabo el respeto debido á la ley verdaderamente constitucional de un estado.

No se crea que expresándome así declaro á la monarquía la parte única de la actual Constitucion de España. Es la primera en mi sentir, porque monárquico es nuestro gobierno; pero la única no, y quien tal la repute, segun mi corto entender, yerra gravemente; y quien tal intentase hacerla, ya procediese con justicia ó acierto, ya con injusticia ó desatino, vendría, no solo á reformar, sino á mudar completamente la Constitucion del Estado. Ya sea en mí timidez vituperable, ya justa cautela, rehuyo dar mi

parecer sobre si sería ó no conveniente efectuar ahora una mudanza radical en la índole ó formas principales del Gobierno existente. Me contento con mirar la Constitucion como si consistiese en ser España una monarquía hereditaria, donde el rey no puede hacer, abolir, ni reformar las leyes sin anuencia de las Cortes, en las cuales ha de haber cuando menos un cuerpo elegido por una parte crecida del pueblo. Bien sé que esta definicion de lo que tengo por constitucional satisfará á pocos, aun cuando con ella no alcance á satisfacer los deseos, y conciliarse las opiniones de constitucionales celosos ó escrupulosos; pero tal cual es no comprende á la monarquía pura calificada con mejores ó peores razones de absoluta, y en la cual, aunque el rey se atenga á las leyes y se diga obligado á guardarlas, puede hacer en ellas variaciones por su sola autoridad, y asimismo quebrantarlas, sin que por las vias legales haya quien pueda ponerle estorbos cuando intenta ó lleva á efecto el quebrantamiento en cosas leves ó graves, y, ó rara vez, ó con frecuencia. Ni contentará mi modo de pensar á los apasionados á una monarquía sin tachas visibles, á los cuales diré, no para propiciármelos, sino por ser así lo justo, que no trato yo en este momento de impugnar sus doctrinas, sino meramente de decir lo que es verdad clara, á saber, que no son conformes á las leyes que hoy en España rigen. Cuentan que un eclesiástico, célebre por su ingenio agudo y no por su virtud, cuando apeló á su juicio en gran monarca sobre puntos de fé y disciplina, mostrándose parcial de ciertas doctrinas favorables á las regalías de la corona, con notorio detrimento de la autoridad pontificia, respondió: «Lo que V. M. sustenta no es la Religion Católica Apostólica Romana, y queriendo atenerse á ella, mal puede sustentarse; pero si le acomoda otra religion á su modo, dígalo V. M., y entre los dos la compondremos.» De la misma manera personas puede haber que aconsejen para nuestra España otro gobierno de especie diferente del que hoy de derecho y no de hecho la rige; pero ¿hablarían en pro-

tender que tanto se hiciese protestando que la verdadera Constitucion quedaba ilesa. Y en verdad ni lo pretenden, por lo cual la disputa con ellos, si la hay, versa, no sobre si la Constitucion debe ser enmendada, sino sobre si debe ser abolida.

A mi doctrina pondrán los constitucionales una objecion, cuyo peso no se me oculta. Pues Constitucion escrita tenemos (dirán), y pues ella contiene varias leyes, su texto determina que es verdaderamente constitucional, y que no, y debe calificarse de argucia la idea de pretender que no es reforma de la Constitucion variarla, aunque sea para mejorarla. A este reparo solo puedo dar por respuesta en defensa de mi opinion, que estimo yerro el acto de hacer constituciones largas, y creo que aun en ellas parte hay no esencialmente constitucional, y es la que puede mudarse por medios ordinarios. Ahora, pues, que hay en la Constitucion vigente artículos que admiten enmienda, nadie lo duda. Pretender que ni á uno solo de sus artículos es posible tocar sin destruirla, es dislate que no ha dicho ni el constitucional mas sincero ó mas hipócritamente escrupuloso. La Constitucion de 1812 preveia la posibilidad de su enmienda, y solo pedia ocho años en que hubiese de ser respetada su integridad, pasado el cual plazo señalaba medios para el acto de corregirla ó alterarla sin demarcar límites á las futuras posibles variaciones. No es de creer que la mas modesta ley constitucional de 1837 tuviese la arrogancia de aspirar á permanecer íntegra y cabal por dilatados siglos, si ya no mientras dure el mundo. Con no especificar el modo de hacer en ella mudanzas, harto ha dado á entender, que por el rey y las Cortes pueden hacerse en ellas las que se creyesen convenientes. Esto lo declara en su texto con su silencio, y lo declararon en términos expresos sus autores cuando en las Cortes fué discutida y aprobada. Pero ni al mas rudo puede encubrirse, que las variaciones ó reformas que en ella se intenten, han de estar ceñidas dentro de ciertos términos. Por ejemplo, suprimir las Cortes dando

al rey sólo la facultad de legislar, sería acto de otra especie que el de cambiar la forma, ó dilatar, ó estrechar las atribuciones del senado. Ahí el juicio comun hace la distincion entre lo esencialmente constitucional, y lo que es variable sin destruccion completa de la obra toda.

Pero (podrán decirme) aun admitiendo la diferencia en importancia entre los varios artículos de la Constitucion, todavía no se prueba lo que no es posible probar, y es no ser artículos constitucionales todos cuantos en la Constitucion estan comprendidos. Verdad será, y aun por verdadero se confiesa, que cuando se trate de variar la ley fundamental del Estado, la prudencia aconseja, y hasta manda la justicia, que no sea destruccion lo apellidado meramente mudanza ó reforma, y que no se enmiende lo esencial sustituyéndole otra cosa, ó contraria ó muy diferente. Reglas son estas, por las cuales debe guiarse el reformador, y quienes en la reforma consientan; pero la reforma no por eso deja de ser efectiva y evidente, y con negarla cuando claramente se efectua, se incurre en el feo pecado de hipocresía descarada, esto es, de un mal proceder patente abonado con razones que de él disuenan. Pues es legítimo reformar la Constitucion, al hacerlo debe declararse sin rebozo.

En mi pobre concepto, encierra graves inconvenientes la idea de que la constitucion de un pueblo se reforma: casos hay en verdad en que es indispensable hacerlo, y hasta decirlo, pero son casos raros, y debe escusarse que ocurran. El bando vencedor en Setiembre de 1840 no reformó la Constitucion. Verdad es, que aun concediendo á su alzamiento el título de glorioso, puesto hasta por decreto al sustantivo no castellano que tomó por nombre, mal podia negarse que de la Constitucion era un singular suplemento y variacion no leve, que por resolucion de la milicia nacional, algunos particulares, varios cuerpos del ejército, y las juntas por estos creadas, quedasen derogadas leyes hechas en cortes, y sancionadas por el monarca con arreglo

á los trámites constitucionales. Sin embargo la Constitucion quedó entónces intacta, segun el lenguaje de oficio. Edificó á sus devotos, que tambien eran aprobadores del recien hecho levantamiento, el tono respetuoso con que el Ministerio-Regencia habló de la integridad constitucional, cuando se negó á romper el nada cómodo instrumento del Senado. Vino otra época en que ya este cuerpo, estorbo terrible en la máquina constitucional, lo era al complemento de una revolucion nueva, y fué él roto y desarmado para componerle de nuevo, sin que de haberse reformado la Constitucion hubiese quejas graves. La verdad es que el sistema constitucional siguió á pesar de eso: siguió, y sigue mal, nunca de veras asentado, y como sigue en tiempos revueltos, en los cuales son una palabra vaga, y cuando mas una promesa ó una esperanza las constituciones. Pero díganme si bajo el ministerio presidido por el Sr. Lopez, la Constitucion, quebrantada en sus artículos, no permanecia entera y á satisfaccion de varios de sus mas ardientes y celosos apasionados.

En verdad, conviene y aun es justo, que la reverencia á la ley suprema, ó constitucional, ó fundamental de un estado, sea grande y sincera en cuanto cabe, y eso no se consigue cuando se la juzga ó declara obra reformable á cada paso. Pero por otro lado, dejar por respeto á la Constitucion subsistir leyes claramente malas, es proceder contra el público provecho. A fin de conciliar, pues, (y no perfectamente, sino con la menor imperfeccion posible) la estabilidad que infunde respeto y causa amor, con la capacidad de admitir mejoras, bueno es que se tenga por verdaderamente constitucional lo poco esencial á la clase de gobierno existente, y por no constitucional las demás leyes aunque sean políticas. Cuerdamente se consideró en 1837 que la ley electoral no debia ser parte de la Constitucion, y con todo al determinar quienes han de ser electores, y quienes pueden ser elegidos, tanto puede hacerse, que llevando el Gobierno por el dilatado campo de la mesocracia,

se le anime, ó aun se le pase á los términos ya de la aristocracia ú oligarquía, ya de la democracia ó imperio de la muchedumbre.

El comun juicio de los hombres, y cierto como instinto de los pueblos prueban, lo repito, lo verdadero de estas mis observaciones. Cuando de veras se apasiona una nacion á su ley constitucional, no ama con arrebato á los cincuenta ó mas artículos de un librito ó cuaderno, sino á una forma de gobierno, la cual vivifica y rige toda aquella obra, pudiendo decirse de la primera «*spiritus hos reget artus.*»

Por todas las razones que de dar acabo, desapruebo, (sin pretender que mi desaprobacion valga mucho) que se haya calificado de reforma de la Constitucion, la que lo será de las leyes políticas, y que dejará la Constitucion entera. Bien conozco que el ministerio, proponiendo á S. M. el decreto de convocacion de las nuevas cortes, ha querido acreditarse de franco y valiente, envistiendo de frente á obstáculos difíciles de vencer, y que ha logrado por su sinceridad y arrojo alabanzas de sus amigos, si bien no indulgencia de sus contrarios. Pero acaso habria valido mas sentar el sano y verdadero principio de la omnipotencia de la corona con las cortes en toda su latitud, enseñando que la verdadera constitucion actual de España consiste en la potestad legisladora de su parlamento, de que es el rey parte principal ó cabeza.

Saliendo ya de esta cuestion, que calificarán de ociosa algunos, y otros de confusa, aunque en mi sentir como todas las cuestiones encierra en la teoría las razones de la práctica, bien será pasar á decir cuales enmiendas en mi pobre concepto será no solamente útil sino aun necesario hacer á las leyes en la Constitucion contenidas.

Mas cosas conviene y urge suprimir que variar; y, con arreglo á mis doctrinas, con acortar las llamadas constituciones, en vez de daño se les hace provecho, pues lo que se les quite puede ser restablecido por leyes ordinarias, si es ó parece su restablecimiento provechoso.

Preciso es ante todo, que desaparezca el artículo en virtud del cual pueden juntarse las cortes en cierta época del año, si antes no han sido convocadas por real decreto. Este artículo es inútil de todo punto. El rey que se resuelva á no juntar cortes en un año, bien cuidará de proveer medios para estorbar que se junten ellas. Suponer este caso, es suponer en una constitucion la guerra civil. Que esta nazca de encontradas pasiones y de opuestos intereses, probabilísimo es en ciertas ocasiones, pero no es razon buscar modos de provocarla, y traerla en vez de tirar á alejarla. Con dar á las cortes la facultad exclusiva de votar las contribuciones, y mas todavía, con empeñar á un pueblo todo en las discusiones y resoluciones de su parlamento, se hace casi imposible que el rey, representante de la opinion general y del interés comun, deje de buscar en los cuerpos deliberantes un apoyo. Me dirán que en España de algun tiempo á esta parte se estan cobrando los tributos, sin ser votados por las cortes, y á eso responderé que así es, y que cometiéndose tanto desafuero con notorio quebrantamiento de leyes no derogadas, de presumir es que no se tuviese mas respeto á la ley que mandaba á las cortes congregarse á presencia de un trono á ellas contrario. Ocioso me parece detenerme mas en probar lo malo de un artículo, sin igual ó semejante en otras constituciones, y del cual los mas entendidos entre los legisladores de 1837 no hablaban sino de un yerro voluntario, hijo de su condescendencia con las preocupaciones de varios de sus colegas algo atrasados en conocimientos.

No es menos evidente á mis ojos la necesidad de abolir la ley que dió á los jurados el conocimiento de los delitos cometidos por la via de la imprenta. Mucho puede decirse contra el jurado en general, y algo asímismo en pro; pero no es mi propósito entrar de lleno en cuestion tan peliaguda para salirme de ella dando un juicio despues de haberla examinado de carrera y superficialmente. Baste decir que en nuestra patria y en el momento presente el juicio

por jurados es un medio segurísimo de que no se administre la justicia. Los parciales de semejante tribunal le alaban por suponer en él expresados el buen juicio y la opinion moral de los pueblos; pero hoy entre nosotros solo puede expresar y expresa el miedo ó la ira de quienes son llamados á hacer de jueces ó contra su gusto, ó con demasiado gusto, como yendo á cebarse en un contrario. Si en época posterior, con la experiencia de lo que fuera de España sucede, y por otra parte, mas sosegadas nuestras pasiones, mas morigeradas nuestras costumbres, fuertes el gobierno y las leyes para protejer los fallos judiciales se descubre ser el jurado ventajoso, establézcase enhorabuena por ley especial, pues no ha de faltar legislador para hacerlo, ni opinion cuyo influjo domine y guie á los legisladores. A lo menos si el caso que preveo llegare, no se agregará entonces á las dificultades que la cuestion de suyo presenta, la de examinar y decidir no solo si un modo de resolverla es malo ó bueno, sino si es ó no conforme á una inflexible constitucion, á la cual haya que ajustar perfectamente la disposicion legislativa.

Menos embarazo debe causar resolver que la milicia nacional desaparezca. La experiencia ha acreditado en esto lo que debería haber enseñado una juiciosa teoría, y es haber completa incompatibilidad entre semejantes cuerpos militares y un gobierno verdadero. Enhorabuena si, lo que no es de desear, las discordias y revueltas vuelven y llegan á ser guerra civil, arme cada bando á los suyos, ya con paga permanente, ya sin ella, ya sujetándolos al yugo de la disciplina, ya excitando en vez de esta el entusiasmo, dando á su gente armada el órden y arreglo que mas guste ó convenga, pues cuando se llega á pelear, sino todos los medios, muchos son buenos y aun lícitos para conseguir y asegurar la victoria. Pero de un estado legal, de una legislacion política, considero la milicia nacional contraria y no parte. El juicio de mis compatricios está en general tan acorde conmigo en este punto, que solamente la idea de que

semejante instrumento de desórden pueda volver á ponerse en uso, aflige y asusta á la gente honrada, pacífica, laboriosa, en la cual consiste la fuerza verdadera y el honor de los pueblos modernos. Esto sin contar los daños económicos y morales que causa tener á las clases productoras ocupadas algunos dias en el trabajo ocioso de los cuerpos de guardia, y á las personas no productoras ganando jornal en el poco útil afan de estar de centinela, de lo cual la riqueza pública no recibe aumento.

En las cosas de que acabo de hablar basta suprimir en la Constitucion los artículos á ellas referentes. No así en otro punto, en que es preciso que á la destruccion de lo existente acompañe la creacion de otra cosa nueva que lo sustituya. Ya se alcanza que trato del Senado.

De la imperfeccion de este cuerpo tal como está, nadie hay que dude, y hasta es general no encubrir la opinion que le declara en alto grado defectuoso. Se creó el Senado, como suelen crearse los cuerpos en dias de pasiones á impulsos de afectos de miedo y odio. Se propuso de un modo, y salió de otro diferente. Muchos de sus padres no querian tener semejante hijo por creer su existencia perjudicial á la de su predilecto el Congreso de diputados. Así el malaventurado cuerpo legislador nació desde luego sin belleza ni robustez, y en su corta vida no ha llevado pocos desaires, ni experimentado escasos desdenes, hasta punto de verse pisado á menudo, y al cabo muerto, aunque despues haya sido vuelto á la vida con las condiciones de resucitado, que nunca equivalen á las del vivir primero.

En verdad, la teórica de que es hija el Senado no le hace mas que un estorbo. Ni se crea que uso esta voz en sentido de vituperio. Bueno es servir de estorbo al mal, y mal es la precipitacion con que suelen proceder los cuerpos deliberantes al hacer leyes, ó dictar otra clase de providencias. Al mismo tiempo, dolorosa pero imprescindible condicion viene á ser del obstáculo que lo es á la precipitacion, y serlo asimismo á la celeridad en algunos casos conveniente.

Estorbo es como el Senado la cámara de los Pares de Inglaterra; y como estorbo unas veces aprovecha y otras daña; pero tambien es algo mas que estorbo siendo representacion de un poder de la sociedad, y de este requisito carece el Senado, y adrede se dispuso que carezcase.

Ahora pues en los impedimentos que encontramos en nuestro camino puede estorbo en nuestro ánimo la naturaleza de la cosa que nos empece. En lo físico se respeta á un monte y se le dá vuelta, y á unos tronces ó piedras se destruye y echa á un lado. En lo moral respetamos el freno que á nuestros apetitos, aun siendo justos, pone una persona venerada, y tras de irritarnos despreciamos ó resistimos á un sugeto de escaso valer que nos contradice ó intenta tener á raya.

El Senado con razon ó sin ella pasa por de valor corto, y no ocupa muy alto lugar en el general afecto y reverencia. El horror á la aristocracia en sus creadores causó, hasta que le escatimasen facultades y honores como cuerpo. El temor de que llenándole de gentes de la parcialidad llamada progresista á la sazon dominante, con ser de número fijo viniese á hacerse obstáculo insuperable á la dominacion de los monárquico-constitucionales, llevó á estos en 1837, no sin algun quebrantamiento de las doctrinas de su propia fé, á abogar porque fuesen amovibles los senadores. Las revueltas y continuas elecciones han seguido deteriorando el Senado. Algunos dias de brillo ha tenido, y algunos hombres de mérito y dignos de respeto contiene; pero esto no basta á un cuerpo cuya duracion debiera ser perpetuo, y en cuya composicion convendria emplear solo materiales de precio, esto es, de *precio social*, que se encuentra subido en objetos de naturaleza diferente. En suma, el senado convendria que fuese *aristocrático*, no entendiendo la voz en el significado de ser los mejores solamente los hombres de ilustre cuna ó antigua distinguida prosapia, sino dándole la acepcion que comprenda con las familias de la nobleza antigua todo lo que por varios títulos ha llegado á pasar por

eminente en el estado, y que no solo en el sistema político, sino en el social, ocupa un puesto preferente. En vez de esto nuestro Senado es democrático, lo cual no le es deshonra, pero no le cuadra, y como en democracia tiene un rival, ó diciéndolo con propiedad, un superior en el Congreso, viene á servir á este de un dependiente á veces indócil. Ha habido ya que romperle como va dicho, y su rotura ha excitado pocas quejas. Cada vez que se llenan sus huecos va siendo si cabe menos el cuidado respecto al modo de llenarlos.

Que el Senado ha menester reforma, es cosa en que todos convienen; pero la dificultad consiste en cual ha de ser la forma que se le dé para lo venidero.

Hacerle vitalicio parece lo racional, y eso fué lo que propuso la comision de las Cortes de 1837 apellidadas constituyentes, al proponer la ley constitucional que hoy rige.

Pero á lo vitalicio acompañó á dicho proyecto lo electivo, y ser de número fijo, lo cual sería desvariado y funesto. Si por malas pasiones fué esto desechado, acertaron las malas pasiones, sucediendo lo que á menudo pasa, y es nacer útiles y aun justos efectos de malos ó cuando menos interesados motivos. Un Senado cuyo número es fijo en una mudanza política es embarazo tal, que hacerle pedazos no puede evitarse. Con cuerpo semejante están de mas el Congreso y hasta el trono.

Prescindo aquí de otro yerro, y es el que haciendo el Senado electivo, encomendó su formacion al mismo cuerpo electoral de que habia de nacer el Congreso de Diputados, y aludo ahora á este punto, porque en caso de dejarse un Senado por eleccion, en mi concepto debería 1.° ser disuelto siempre que lo fuese el otro cuerpo legislador, y 2.° ser elegido por electores cortos en número y altos en categoría. Lo primero le haria flexible como debe serlo todo cuerpo político; lo segundo le daría dignidad haciendo no solo su composicion mas escogida, sino hasta su orígen de mayor respeto. Pero con todo no será esta la forma que yo acon-

sejo dar al Senado, aunque sí por cierto la que en mi sentir ménos mal le estaria en caso de no ser de real nombramiento.

Esto último es lo que opino que conviene y se necesita. Parecerá trivial, demasiado sencillo, poco original por otra parte, pues es idéntico á lo que hay en Francia con el nombre de Cámara de Pares, y casi volver al Estamento de Procures. Me voy yo más allá como esto último. Y en verdad, del Estatuto Real de 1834 la parte relativa al Estamento de Procures me parecia la mejor; y no solo la mejor allí, sino óptima, atendiendo al estado de España en aquellos dias. Pero las leyes son hijas de las circunstancias, y deben tener mucho de sus madres. Que en algunos á lo menos sea hereditaria la dignidad de miembro del alto cuerpo legislador, en mi sentir conviene á la libertad civil, á la firmeza de la sociedad y del estado, en suma á todo buen interés del procomum, y sin embargo opino que esta doctrina debe predicarse, sin proceder con arreglo á ella hasta que pase generalmente por cierta y provechosa. Esto dijo el ministerio francés presidido por Casimiro Perier, y yo sin pretender pasar por original, creyéndolo bueno, lo repito y ensalzo, seguro de que en mi dictámen convienen no pocos agudos é ilustrados entendimientos.

Por ahora el nombramiento Real bastaria. Habria de tener el senador su dignidad por vida, y de ser limitado el número de los que compusiesen el Senado. En cuanto á categorías, aunque soy opuesto á ellas, las juzgo indispensables en el dia y en nuestra nacion, cuando todas las ambiciones á todo aspiran, y debilísimo el poder se ve forzado á satisfacer á todos los ambiciosos de su propio bando. Convendria que estas categorías fuesen pocas y bien definidas. Deberia contarse entre ellas la del goce de ocho mil duros de renta en bienes raices, renta que estuviese bien acreditada. En cuanto á la edad, la que se necesita para ser diputado seria suficiente. Siendo el Senado aristocrático, no vendria bien quitarle el viso que le pudiesen comunicar los jóvenes de esfera elevada.

El nombre de Senado debería seguir, pues valiendo tanto cuanto otro, tendría la ventaja de no dejar un nombre mas que aclamar para hacer revoluciones.

Con las supresiones y variaciones que he expuesto, y con quedar asentado como doctrina corroborada con un gran precedente, que todo en las leyes constitucionales puede variarse por el rey con las Cortes (salvo la necesidad de hacer las variaciones de comun acuerdo, en lo cual consiste la Constitucion misma), me parece que debiera quedar completo el trabajo de reforma anunciado, y deseado por algunos, así como por otros temido.

Resta dar mi parecer (ya que á tanto me arrojo, sin excusarme de la nota de presuntuoso) sobre el medio de hacer la reforma. Juzgo oportuno hacerla por un proyecto de ley que incluyese las supresiones y nueva planta del Senado, todo ello discutible en un artículo. Con ello y con pedir en otro artículo por un solo voto la autorizacion para poner en ejecucion varias leyes administrativas, quedaría medianamente arreglado el Estado en las Cortes que van á abrirse.

No estará de mas repetir aquí mi eterna protesta, de que en punto á gobierno y leyes no hay que prometerse grandes cosas ni venturas. Lo que sí importa es, dueño ya de facultades el poder gobernador, usarlas con firmeza y tino, poniendo término á los escándalos que en la administracion se notan. Son ellos tales que enumerándolos se haria una larga lista, y hablando del asunto sería forzoso tomar el tono de los satíricos mas mordaces. Baste decir que el descontento público es grave y no infundado, que como toda pasion, á la par justa y violenta busca remedios con razon, y no suele tenerla en cuanto á los que por tales escoge, siendo hasta muy de temer, si las cosas no mejoran, que un gran trastorno de cualquiera especie sea promovido con buen éxito por unos pocos, locamente aprobado por muchos, y por los mas consentido, sino con gusto, con una amarga indiferencia.

ANTONIO ALCALA GALIANO.

GERFAUT.

(Continuacion.)

XVIII.

Algunos minutos antes que el reloj del castillo hubiese dado las cuatro, un hombre saltaba el foso que servia de cercado al parque en lo alto del valle. Lambennier, que así se llamaba aquel que cumplia su promesa con tanta exactitud, se dirigió primeramente al través de la maleza hácia el ángulo del bosque de la Corna, sitio que habia señalado á Marillac; pero despues de haber andado algun rato, se vió obligado á retrocederi Los cazadores, cuyo ruido habia oido antes de entrar en el parque, se aproximaban á él en aquel momento, porque la liebre levantada hacia poco trataba de ganar las alturas por aquel instinto natural que á favor de la construccion de sus patas les hace conocer la ventaja que tienen sobre los perros al subir una cuesta. El leguaeño, conoció desde luego que de continuar su camino en la direccion con que le habia principiado, caeria indudablemente en medio de los cazadores, y á pesar de su insolencia, temia demasiado al baron para presentarse delante de él, y exponerse á recibir de nuevo la correccion que otra vez le habia impuesto. Volvióse pues atrás, y dando un pequeño rodeo por el soto, cuyas mas recónditas veredas conocia perfectamente, bajó al lado del rio con intencion siempre de salir á subir al sitio prefijado para la cita, luego que los cazadores se hubiesen alejado un poco.

Al llegar al prado cubierto de árboles que se extiende sobre la ribera de Gué, y al desembocar en medio de unos cuantos de aquellos, cuya corta estaba recientemente empezada, vió dirigirse hácia él á pasos muy precipitados dos hombres, cuyo encuentro en aquellos sitios le causó una impresion bastante desagradable. Era el primero el cochero de la señorita de Coriandeuil, el *automedonen* mas monstruoso que jamás se sentó en pescante alguno de berlina ó landó. Andaba con las manos metidas en los bolsillos de su enorme chaqueta,

ostentando sus desmesuradas espaldas, como si hubiese sido destinado para reemplazar á Atlante. Su galoneada gorra, colocada militarmente sobre la oreja, sus severas cejas, y sus abotargadas mejillas, daban á entender que trataba de ejecutar alguna accion importante que le preocupaba vivamente. A su lado iba Leonardo Rousselet manejando sus piernas con la misma gracia que una araña zancuda, y recogiendo cuidadosamente, como si fuesen un vestido talar, los faldones de su prolongada casaca, cuyo frote contra las cepas que cubrian el terreno hubiera podido comprometer su maltratada existencia.

A su vista, quiso Lambernier retroceder hácia el soto de donde acababa de salir, pero fué detenido en su retirada por una amenazadora interpelacion, á la manera que un bergantin, á quien otro corsario dá caza, recibe á guisa de órden de amainar una senda descarga que lo desmantela.

—Chuchumeco, le gritó el cochero con una voz casi tan estrepitosa como el estampido de una pieza de á cuatro; alto y frente á retaguardia! Si sales al trote, salgo yo al galope!

—¿Qué se ofrece? respondió el obrero con un aire medio enfadado, medio receloso; nada tengo yo que ver con vos.

—Pero yo sí contigo, replicó el obeso criado colocándose en frente de él, y balanceándose tan pronto sobre el talon como sobre las puntas de los pies, como los caballos de madera que se le dan á los niños. Aproximaos, Rousselet, estais por ventura asmático ó aspeado ya?

—No; pero no tengo la fuerza que vuestras bestias, respondió el viejo, llegando por fin enteramente falto de resuello, y quitándose su gran sombrero para enjugarse la frente.

—¿Y qué significa eso de asaltarme como dos asesinos en la revuelta de un bosque,? preguntó Lambernier, previendo que semejante principio acarrearía alguna escena, en la que se veia amenazado á representar un papel muy poco agradable.

—Esto significa en primer lugar, que como Rousselet es cojo á la izquierda, yo no necesito de nadie para arreglármelas con un danzante como tú; segundo, que ahora mismo vas á recibir tu revancha en dos tiempos y cuatro movimientos.

A estas palabras, calóse la gorra hasta los ojos, y se levantó las vueltas de las mangas para dar mas libertad de accion á sus dos manos tan gruesas y anchas como panes de á libra.

Nuestros tres hombres se hallaban precisamente en un sitio donde el año anterior habian estado haciendo carbon. El terreno, que habia por consiguiente conservado un color negro y pegajoso, era mas llano que lo demás donde se hacia la tala, y parecia sumamente fa-

vorable para un combate á puñetazos ó cosa semejante. Viendo los belicosos preparativos del cochero, Lambernier depositó su chaqueta y su sombrero sobre una cepa, y se colocó en frente de su adversario con aire decidido á pesar de la palpable desproporcion de fuerza. Pero, antes de que se hubiesen roto las hostilidades, se adelantó Rousselet, extendió su grande brazo como podia haberlo hecho un heraldo interponiendo su maza de armas, y tomó la palabra con cierta solemnidad, acrecentada por la gravedad de la circunstancia.

—No soy de opinion, dijo, que querais desquijararos simultáneamente, en atencion á que nadie, sino las gentes sin educacion, son las que se portan de una manera tan vulgar; explicaos el asunto amistosamente, y tratad de arreglarlo lo mejor posible. De este modo se sustanciaban tales cosas en los tiempos en que yo servía en la 25.ª media-brigada.

—La explicacion es, dijo el cochero, que este es un saboyano, que no desperdicia ocasion de despreciarme á mí y á mis caballos, y he jurado sacudirle el polvo la primera vez que cayera en mis manos. Así pues, tio Rousselet, á un lado la conversacion. Ahora verá si soy un ciruelo: verdes encontrarás las ciruelas!

—Si os servísteis de tan descomedida expresion, observó Leonardo volviéndose hácia el lugareño, sois culpable, y debeis pedir perdon como es de costumbre entre gentes bien educadas.

—Es falso, respondió Lambernier; además de que todo el mundo llama así á los Corandeuils á causa de sus libreas.

—No dijisteis el domingo á la tia *sin cabeza*, delante del tejero y de Tiedot el del molino, que todos los criados del castillo eran un ato de holgazanes y de vagos, y que si encontrabas alguno que se atreviera á mirarte solamente, le hundirías las espaldas de un garrotazo?

—Si dijisteis eso, fué en verdad una descortesía, observó segunda vez Rousselet.

—A Tiedot le hubiera estado mejor mantenerse quieto en su casa, refunfuñó el obrero cerrando los puños.

—Gracioso está, que semejantes galopines insulten á gentes como nosotros, repuso el lacayo con tono imponente.... ¿Y no has dicho tambien, que cuando yo acompañaba á la señorita á misa, parecia un sapo verde sobre el pescante, tratando así de deshonrar mi físico y mi traje? Dí, ¿no has dicho eso?

—Sí; pero eso ha sido siempre una broma por el color de vuestra librea. Si á eso vamos, tambien llaman á los otros salmonetes y cangrejos.

—Las cosas deben decirse como son, respondió el cochero imperativamente; si eso les incomoda, dientes tienen. Pero yo, no sufri-

ré que ataquen á mi honor y al de mis bestias, llamándolas rocines, y eso es precisamente lo que tu has dicho, monicaco!... ¿Y no has añadido, que yo mandaba á Remiremont sacos de avena para venderlos, ocultándolos en los carros de yerba, y que de un mes á esta parte, Bewerley enflaquecía palpablemente? ¿Puede darse un tunante parecido á este, tio Rousselet? atreverse á decir que atento contra la vida de mis caballos!—¿No has dicho eso, parlanchin?—¿Y no has dicho, que yo y la Mariana estábamos de acuerdo, y que temiamos en su cuarto bromazos y francachelas, siendo esta la causa de que yo comiese tan pocas veces en la mesa con los demás? Mientras que, ahí está Rousselet, que ha sido médico, y que sabe muy bien el régimen que observo á causa de lo débil de mi estómago.— A semejantes palabras el encolerizado criado dió un terrible puñetazo en un pecho mas ancho todavía que el de sus caballos.

—Lambernier, dijo Rousselet frunciendo los labios con gesto de desaprobacion, es menester confesar que habeis usado de frases demasiado *sueltas* para un hombre bien criado.

—Decir que me como la avena de mis caballerías, exclamó el cochero en el último grado de exasperacion.

—Mejor hubiese hecho en decir que te la bebias; respondió Lambernier, á media voz con su risita sardónica de costumbre.

—Rousselet, por el flanco derecho, y no os pongais bajo mis ruedas, gritó el enorme faeton al oir aquel nuevo insulto. No moviéndose con bastante prisa el viejo para dejarle el campo libre, le cojió por el brazo, y haciéndole dar una pirueta en el aire, le envió á diez pasos de distancia contra el tronco de un árbol.

En aquel momento, un nuevo personaje vino á complicar la escena, mezclándose en ella, si no como actor, al menos como espectador muy atento. Si los dos campeones hubiesen olfateado su presencia, habrian probablemente aplazado su querella para un momento mas oportuno, por grande que fuese su cólera actual, porque el dicho espectador era nada menos que el baron en persona conducido allí por la casualidad de la cacería. Al ver gesticular á los tres de una manera tan animada, y habiendo oido algunas palabras del debate, conoció que se preparaba una escena de las mas borrascosas. Deseaba ya hacia mucho tiempo poner freno al genio belicoso de los criados del castillo, y se alegró mucho de pillar á uno de ellos en fragante delito para hacer un ejemplar, castigando al mismo tiempo la insolencia de Lambernier. En vez de presentarse, se detuvo y permaneció oculto en la maleza pronto á intervenir cuando juzgase conveniente.

Viendo desplomarse sobre sí aquel gigante con el puño levantado, el lugareño dió un salto de costado, semejante á un tigre que vé el

pié de un elefante sobre su cabeza. El porrazo que dió el cochero fué en vago, y él mismo se resbaló arrastrado por la fuerza de su arranque. Aprovechando Lambernier aquella posicion para reunir todo su vigor, se arrojó á su vez sobre su adversario cogiéndolo por el costado, y empujándole con tal violencia, que le hizo caer de rodillas. En seguida, con una ligereza extraordinaria, le dió media docena de puñadas en la cabeza con la misma fuerza que si pegase sobre un yunque, esforzándose en derribarle enteramente.

Si el cochero no hubiese tenido la caja cerebral tan dura como el casco de un corazero, no hubiera recibido impunemente semejante descarga de cachetes; pero afortunadamente para él tenia una de aquellas escelentes cabezas bretonas acostumbrada á romper los palos que reciben. Escepto un pequeño aturdimiento, salió por lo demás sano y salvo de aquel peligro. Lejos de perder su presencia de ánimo, en la desventajosa posicion en que se encontraba, puso la mano izquierda en tierra, y haciendo de ella un punto de apoyo tan sólido como una estaca, pasó el otro brazo por detrás de él, abrazando de este modo las dos piernas del obrero, el cual se encontró sin saber cómo un momento despues, y á pesar de su resistencia, derribado de espaldas ante su adversario, Sujetándole entonces este con sus vigorosas manos, apoyó sobre su pecho una rodilla tan ancha como un plato, quitóse en seguida su gorra atracada hasta los hombros por los golpes de su enemigo, y se puso en disposicion de proceder á un acto de entera y plena justicia.

—Ah! ¿con que querias cogerme á traicion, eh? pues aguarda un poco, dijo, haciendo por mofa crugir su lengua como si quisiera moderar el ardor de sus caballos.—Ya sabes que cuenta y razon conserva la amistad.—Anda, rueda lo que quieras, pero yo ya te tengo seguro, chiquito.—Pero óla, si vuelves á morderme la mano, te pongo un cabezon con estos dos dedos, y te aprieto el gaznate en términos que te preservo del muermo para toda tu vida, ¿lo entiendes? Por lo tanto, atencion! Voy á pagarte tus atrasos, y á frotarte la cabeza para enseñarte la política francesa.

—Toma, por lo de sapo verde, toma por lo de la yegua bewerley, toma por la Mariana.

Pegando é injuriando á la vez á su enemigo á semejanza de los héroes de Homero, acompañaba cada *toma* con una senda bofetada de su mano de Goliat. A la tercera, la sangre corria abundantemente de la boca del lugareño que bregaba bajo la rodilla de su adversario como un búfalo ahogado por una *boa;* consiguiendo por último meter la mano en el bolsillo del pantalon.

—Ah! pillo, soy muerto! gritó de repente el cochero dando un buelco hácia atrás.

Lambernier aprovechó la libertad en que se encontraba, y se levantó rápidamente. Sin hacer caso de su adversario que acababa de caer de rodillas, apoyando la mano en su costado izquierdo recogió su sombrero y su chaqueta, y se escapó saltando por encima de las cepas y de los troncos derribados al trevés del prado. Al alarido de su camarada, Rousselet, que hasta entonces se habia mantenido prudentemente á una distancia respetable, quiso detener al obrero; pero este blandió á sus ojos un compás de hierro teñido de sangre con tan feroz mirada, que el viejo le franqueó el paso, y se desvió mucho mas de prisa que habia corrido á su encuentro.

A tan trájico como imprevisto desenlaze Bergenheim, que se disponia ya á salir de detrás del árbol donde estaba oculto para interponer su autoridad, se arrojó por un movimiento involuntario en persecucion del asesino. Segun la direccion que le vió tomar, comprendió que trataría de ganar el rio para pasarle por el vado. Conociendo perfectamente el terreno, creyó que siguiendo la senda en que se encontraba, le cortaría infaliblemente el paso. Echó pues á correr hácia aquel lado, con la escopeta á la espalda. Bien pronto llegó á una plataforma descubierta al borde del precipicio de que hemos hablado y á la entrada de la escalera cortada en la roca que bajaba á la gruta. Aquel era el único sitio por donde el obrero pudiera salir del parque. Para mejor apoderarse de él, Cristian se agazapó detrás de un matorral que se avanzaba sobre el rio, y en este momento fué cuando Gerfaut, colocado á cuarenta pies mas abajo que él, le descubrió, sin poder adivinar la razon de semejante actitud.

Bergenheim conoció lo bien que habia calculado, oyendo poco despues en la maleza un ruido semejante al que hace un jabalí que en su carrera quebranta y destroza las crecidas ramas como si fuesen matas pequeñas. En seguida apareció Lambernier á la entrada de la plataforma con la mirada desencajada y feroz, y el rostro ensangrentado por los golpes que habia recibido. Detúvose un instante para tomar aliento, limpió su compás en la yerba ocultándolo en seguida en su bolsillo, enjugó despues con un pañuelo la sangre que le salia de la nariz y de la boca, y despues de haberse puesto la chaqueta, se adelantó á pasos agigantados hácia la senda.

—Alto ahí! gritó el baron, levantándose de repente, y oponiéndose á su paso.

El obrero aterrorizado dió un salto atrás; luego, sacando segunda vez el compás, hizo un movimiento para arrojarse sobre su nuevo adversario con la determinacion de un hombre desesperado.

Viendo aquella amenazadora pantomina, Cristian montó su escopeta, y se la echó á la cara con tanta exactitud y sangre fria como si estuviese enseñando la carga en once voces á una mitad de infantería.

Armas á tierra! gritó con su terrible voz de mando, ó sino te abraso vivo.

Al ver tan próximos á sus ojos los dos tubos dispuestos á saltarle el cráneo, el lugareño dió un rujido sordo. Y asegurándose que no habia medio de escapar ni de oponer la menor resistencia, apretó convulsivamente su compás arrojándole por un movimiento de rabia delante de Bergenheim.

—Ahora, dijo este, vas á marchar delante de mí hasta el castillo: si te sales un solo paso á derecha ó izquierda de la senda, ten por seguro que te planto los dos tiros en las espaldas. Así pues media vuelta á la izquierda! y marchen!

Diciendo estas palabras, y sin perder de vista ni un solo movimiento del obrero, se bajó, recojió el compás, y lo guardó en el bolsillo.

—Señor baron, el cochero fué quien me provocó; yo no he hecho sino defenderme, tartamudeó Lambernier.

—Está bien, está bien; ya lo veremos despues. Adelante.

—Quereis entregarme á la justicia. ¿Soy acaso algun criminal?

—Un pícaro cobarde de menos, respondió Cristian, repeliendo con menosprecio al obrero que se habia precipitado á sus pies.

—Que tengo tres hijos, señor baron.... tres hijos, repitió con una voz suplicante y angustiosa.

—Vamos, anda! respondió imperiosamente Bergenheim haciendo un ademan con su escopeta como para pegarle.

Lambernier se levantó bruscamente; el terror impreso en su rostro se cambió en una expresion de firmeza mezclada de encono y de ironía.

—Pues bien, prorrumpió, marchemos! pero acordaos de lo que os voy á decir; si me haceis prender, vos sereis el primero en arrepentiros por mas baron que seais. Si me entregais á la justicia, contaré cierta cosa que os costará muy cara. Y el domingo dieron una cencerrada á Jacquin y á su mujer, con que cuidado no hagan otro tanto en vuestro castillo.

Eran aquellas palabras una grosera alusion á cierto mal suceso conyugal, al que los habitantes de la Alconería habian administrado recientemente justicia, en virtud de aquel uso singular que ahora, gracias al progreso de la civilizacion, ha pasado.

Bergenheim miró fijamente al lugareño.

—¿Qué significa tamaña insolencia? le preguntó.

—Si me prometeis dejarme pasar, os diré lo que sé; si me entregais á la gendarmería, os repito que mas de una vez os arrepentireis de no haberme escuchado ahora.

—Algun cuento para ganar tiempo; pero no le hace, habla, ya te escucho.

El obrero lanzó sobre Cristian una mirada de desconfianza.

—Dadme vuestra palabra de honor, de dejarme marchar despues.

—¿Si así no lo hiciera, no quedas dueño de repetir tu historia? respodió el baron, quien á pesar de su involuntaria curiosidad no queria empeñar su palabra con un malvado cuyo principal conato era probablemente el de engañarle para fugarse en seguida.

Esta observacion llamó la atencion de Lambernier, que despues de un momento de reflexion, pareció recobrar una sangre fria y una serenidad extrañas enteramente á la posicion en que se encontraba; en primer lugar, miró á todas partes para ver si alguno se aproximaba, bajóse en seguida, y permaneció un instante con el oido contra la tierra. Ni el mas leve ruido se oia ya; los lejanos ahullidos de los perros habian tambien cesado. El mas melancólico silencio reinaba en todo el espacio; por debajo de la estrecha plataforma el rio corria rápido y profundo, y en la apariencia ningun ser viviente asistia á aquella escena, ni podia sorprender las confianzas que iba á revelar; porque Gerfaut, en el hueco de la peña en que permanecia oculto, era completamente invisible para los actores, él mismo no podia ya apercibirlos, desde que Bergenheim habia abandonado el borde de la roca; de vez en cuando sus voces llegaban hasta sus oidos, pero sin que pudiese distinguir el sentido de sus palabras.

Apoyada una mano en su escopeta, Cristian aguardaba que el obrero empezase su narracion, fijando sobre este una mirada penetrante, en la que se veia claramente una vaga amenaza. Lambernier sostuvo aquella sin bajar sus parpados y con un aire de seguridad muy parecido á la insolencia:

—Ya sabeis, señor baron, dijo, que cuando se compuso la habitacion de la señora, fuí yo el encargado de restaurar las esculturas de su cuarto. Cuando quité la antigua ensambladura, ví que la pared que hay entre los dos balcones se hallaba construida á escuadra móvil, y yo pregunté á la señora si quería que la nueva plancha se clavase como estaba la otra, ó si preferia que se abriese, lo que hecho así, forma un armario. Respondióme que la dejase abierta por medio de un resorte secreto. Hicé pues la plancha con goznes ocultos en las molduras y con un botoncito que se encuentra en medio del roseton de abajo; no hay sino apretarle despues de haberle vuelto á la derecha, y la ensambladura se abre como una puerta.

A semejante principio, Critian prestó mayor atencion.

—El señor baron se acordará que por entonces se hallaba en Nancy para el jurado, y que el cuarto de la señora se compuso durante su ausencia. Como ningun otro trabajaba en aquella obra sino yo, porque los otros obreros no eran capaces de cincelar las molduras como la señora las queria, nadie supo tampoco sino yo que la plancha no estaba clavada por todas partes.

—Y qué mas! preguntó el baron con impaciencia.

—Y qué mas! respondió Lambernier con desden, que si á causa del desgraciado golpe que he dado al cochero, me fuese necesario aparecer ante la justicia, pudiera tal vez decir, para vengarme, lo que ví en el tal armario no hace todavía un mes:

—Acaba pues, dijo Bergenheim, apretando maquinalmente el cañon de su escopeta.

—La camarera Justina me condujo un dia al cuarto de la señora para arreglar los cortinas, y como necesitase algunos clavos para hacerlo, fué á buscarlos, examinando yo entonces la ensambladura que desde que se hizo no habia vuelto á ver, advertí que el cedro estaba desgastado en cierto sitio, porque no estaba bastante seco cuando se sirvieron de él. Apreté pues el resorte, y cuando el armario se halló abierto, ví sobre la tablita que sirve de estante un paquete de cartas; parecióme muy singular que la señora escogiese aquel sitio para poner sus cartas, y al momento se me ocurrió la idea de que sin duda queria ocultaroslas.

Bergenheim interrumpió al obrero con una mirada centellante, pero se contuvo haciéndole señal de continuar.

—Decíase ya que queriais despedirme del castillo; no sé como fué, pero me figuré que el tener alguna de aquellas cartas, podria acaso serme útil, y por lo tanto cogí la que primero me vino á la mano en medio del paquete, despues, apenas tuve tiempo para cerrar el armario, pues Justina estaba ya en la pieza inmediata.

—¿Y qué relacion hay entre esas cartas y la justicia? preguntó Cristian con un tono conmovido á pesar de sus esfuerzos para aparentar serenidad.

—Oh! nada absolutamente, respondió el carpintero con una expresion de indiferencia; pero me imaginaba no querriais que se supiese que la señora tenia un amante.

Extremecióse Bergenheim como si un frio mortal le hubiese sobrecojido, y su mano, al levantarse sobre el obrero, dejó escapar la escopeta que cayó en la yerba.

Por un movimiento tan rápido como el pensamiento Lambernier se bajó, y se apoderó del arma, pero no tuvo tiempo de servirse de ella aun cuando tal hubiese sido su intencion. Asido por el cuello con un furor que hacia inútil toda resistencia, y medio estrangulado por dos manos de hierro, escasamente le quedó la fuerza necesaria para arrojar la escopeta hácia la maleza.

—Esa carta! esa carta! le dijo Cristian con temblorosa y apagada voz, aproximando su rostro al del carpintero, como si temiera que pasando entre ellos un leve soplo se apoderase de sus palabras para llevárselas y repetirlas.

—Soltadme, soltadme.... ya no puedo respirar.... tartamudeó el obrero, cuyo rostro se habia amoratado, y cuyos ojos estaban ya casi fuera de su órbita, cual si los dedos de su adversario hubiesen sido cuerdas.

—Llegando este, en fin, á dominar un poco la violencia de sus impresiones, accedió á aquella súplica casi ininteligible; desasieron sus manos el cuello del carpintero, pero le cogió de nuevo por la chaqueta, á fin de que le fuera imposible escaparse.

—Esa carta! repitió en seguida con un acento, cuya emocion queria en vano disimular.

Aturdido del sacudimiento que acababa de sufrir y en la imposibilidad de reflexionar, obedeció Lambernier maquinalmente aquella órden; rebuscó durante un momento en sus bolsillos, y sacó por último del de su chaleco un papel cuidadosamente doblado, diciendo con atolondramiento.

—Ahí vá ese trapo: diez luises vale como diez ochavos.

Cristian arrebató el papel con avidez, abriéndole con los dientes, porque no podia usar de ambas manos sin dar libertad á su prisionero. Era pues una de aquellas innumerables cartas que todos los dias se reparten en París con fraude manifiesto de los derechos de la renta de correo. La pequeñez á que el papel habia sido reducido por la multiplicacion de dobleces, indicaba que habia sido directamente entregado á la persona á quien estaba dirigido por uno de los mil medios contra los que la alta policía de los salones se vé precisada á reconocer su impotencia. Tal vez, por mutuo acuerdo, habria pasado de un guante amarillo á otro blanco en medio de una cadena inglesa, protectora figura de los amantes; acaso, se habria traidoramente escondido en un pañuelo de puntas bordadas, olvidado sobre un piano, ó introducido quizá bajo los pliegues de un vestido bondadosamente extendido por los bordes de un *divan*, ó en uno de aquellos manguitos tan forrados de intrigas como de marta ó de armiño. Por lo demás ningun indicio particular podia aclarar la curiosidad del lector. Era un billete como todos los de aquel género, sin sello ni firma; diferenciándose solo de los demás por la elegancia y naturalidad del estilo. Ardientes protestas, dulces y tiernas quejas, seductoras palabras usadas tan solo con la mujer á quien se adora, y en fin mil alusiones de circunstancias enteramente incomprensibles para otro que no fuera de los iniciados en aquellos misterios, anunciaban un amor que aun tenia mucho que desear, aunque tambien mucho que esperar. La letra era enteramente desconocida para Bergenhelm; pero el nombre de Clemencia repetido varias veces no le permitia dudar que el tal billete hubiese sido realmente escrito para su mujer: concluida pues su lectura, lo guardó en su bolsillo con una tranqui-

lidad aparente, y miró en seguida fijamente al carpintero, el cual durante este tiempo habia permanecido inmóvil bajo la pesada mano que lo aprisionaba, sin hacer la menor tentativa para escaparse.

—Os habeis engañado, Lambernier, le dijo: es una carta mia anterior á mi casamiento.—Esforzóse en sonreir, pero sus labios se negaron á una mentira semejante, y algunas gotas de sudor frio humedecieron sus sienes.

Indiferente en la apariencia, Lambernier habia observado la alteracion de las facciones del baron durante aquella lectura. Una irónica y grosera sagacidad le persuadió que podria muy bien volver en su favor la precision de sus observaciones; creyó que el momento era llegado de tomar su revancha y de dictar la ley, manifestando cuan perfectamente comprendia la importancia del secreto, cuya revelacion acababa de hacer. Y con una mirada de incrédula y satírica inteligencia respondió:

—Preciso es que la letra del señor baron haya cambiado completamente; recibos tengo suyos que se parecen á esa carta como un vaso de agua á otro de vino.

En balde buscó Cristian una respuesta que dar; sus cejas se contrajeron insensiblemente, como si un fuego interior las hubiese herizado.

Sin inquietarse Lambernier por aquel síntoma que amenaba una borrasca próxima á estallar, respondió con una serenidad cada vez mas marcada.

—Cuando dije que esa carta valia diez luises, quise decir para un forastero, y bien seguro estoy de que sin ir muy lejos le encontraría en seguida; pero el señor baron parece demasiado razonable para no conocer el valor de un secreto como ese. No lo digo por exigir un premio de ello, pero viéndome obligado á escaparme por causa del cochero, y hallándome sin dinero....

No tuvo tiempo de acabar: cogiéndole Bergenheim con las dos manos por en medio del pecho, le hizo describir un medio círculo horizontal sin tocar en el suelo, arrojándole de rodillas al borde de la senda; cuyos escalones desigualmente cortados, bajaban cuasi en punta todo lo largo del derrumbadero. Lambernier vió de repente reflejar su desencajada cara en el rio que corria á unos cincuenta pies mas abajo. El sombrío color del agua indicaba su profundidad, y la corriente era tan rápida que quebrantada á la vista su superficie en una infinidad de culebreantes lirios, parecia una inmensa y desarrollada cabellera. A semejante vista, y sintiendo sobre sus espaldas una poderosa rodilla que le encorvaba hácia el abismo como para hacerle apreciar todo su horroroso peligro, el obrero lanzó un grito de espanto; sus convulsivas manos agarraron las matas, y las raices de

las plantas que crecian aquí y allá en el borde de la roca, combatiendo con todo su vigor para ganar de nuevo el terreno en que poco antes se encontraba. Pero en vano ensayó luchar contra la superior fuerza de su adversario; sólo sirvieron sus esfuerzos para empeorar su posicion. Al cabo de dos ó tres tentativas completamente inútiles, encontróse enteramente boca abajo con mas de la mitad del cuerpo fuera del precipicio, y no teniendo por garantía de una caida mortal mas apoyo que Bergenheim, cuya mano le detenia por el cuello impidiendo al mismo tiempo que se levantára:

—¿Has dicho á alguno una sola palabra de todo esto? le preguntó el baron, asiéndose al mismo tiempo á un robusto avellano, y poniéndose de firme sobre el peligroso terreno que habia escogido para teatro de semejante discusion.

—A nadie.... ¡ay! que me da mil vueltas la cabeza, respondió el carpintero cerrando los ojos aterrado; porque enteramente aturdido por la sangre que aquella postura le hacia venir á la cabeza, le parecia ver que el rio subia insensiblemente hasta él, y que las olas se abrian aquí y allá como otros tantos sepulcros donde debia quedar sumergido.

—Ya ves que al menor de mis movimientos eres hombre perdido; repuso el baron encorvándole mas profundamente.

—Primero quiero verme entre gendarmes, y no decir una palabra de las cartas; tan cierto como hay Dios no despegaré mis labios. Pero no me solteis; agarradme bien; no me solteis; que me escurro; hay! vírgen santísima!

Agarrándose bien al arbusto á que estaba asido, Cristian se enderezó levantando en seguida á Lambernier, incapaz de hacerlo por sí solo á causa del pánico terror que el aspecto turbulento de la corriente habia infundido en él. Una vez puesto de pié, tambaleóse dos ó tres veces, negándose sus piernas á sostenerle cual si estuviese borracho.

Miróle el baron un instante en silencio, y la expresion de sus ojos llevó al último grado el terror del obrero, tan visiblemente marcado.

—Vete, le dijo por último, abandona este pais inmediatamente, aun tienes tiempo de hacerlo antes que pueda verificarse ninguna diligencia en tu persecucion. Pero ten presente, que si alguna vez cuentas á alguien, sea quien quiera, una sola palabra de lo que me has revelado, ó de lo que acaba de pasar entre nosotros, sabré buscarte aunque sea en el fin del mundo, y despedazarte entre mis manos.

—Así lo juro por la vírgen y por los santos..., tartamudeó Lambernier, convertido de repente en fervoroso católico de resultas del peligro que acababa de correr.

Cristian le señaló con el dedo la escalera de piedras sobre la que se hallaban.

—Ese es tu camino; atraviesa el vado, gana el bosque de fresnos, y corre hácia la Alsasia. Si te portas bien, aseguraré tu suerte.—Pero no lo olvides:—una sola palabra indiscreta te costará la vida.

A estas palabras, le empujó hácia la senda indicada, por uno de aquellas movimientos nerviosos, cuyo efecto no calculan siempre los hombres de un vigor extraordinario. Lambernier, cuyas fuerzas se hallaban completamente estenuadas por las sucesivas luchas que acababa de sostener, y que apenas podia ya tenerse en pié, perdió el equilibrio con tan fuerte como inesperado sacudimiento. Tropezó en el primer escalon, dió una vuelta al tratar de asegurar los pies, y cayó por último de cabeza por el derrumbadero semi-vertical. Una parte saliente de la escarpadura contra la cual fué á pegar primero, le arrojó sobre la tremenda roca, escurriéndose lentamente hácia la profundidad, y dando lamentables ayes; agarróse un momento á una pequeña mata que crecia en una grieta de la peña, pero su brazo roto ya por dos partes no conservaba la fuerza necesaria para aprovecharse de aquel postrer remedio de salvacion; escapósele repentinamente de la mano, lanzó el último grito de dolor y de desesperacion, rodó dos ó tres veces sobre sí mismo, y cayó pesadamente en el torrente, sumergiéndose en él como una inerme masa.

XIX.

El comedor principal era una de aquellas piezas del castillo que habian sido respetadas por el gusto moderno, y por el espíritu de innovacion de la baronesa de Bergenheim. Situada aquella habitacion en el piso bajo, y dando todas sus ventanas al gran patio, podia hacer juego con el salon de retratos. El mismo estilo de adorno, idéntica fisonomía, pomposa y sombría, iguales ensambladuras de castaño, tan oscurecidas por el tiempo, que parecian de caoba. El techo estaba dividido en cuadrados formados por grandes maderos entrelazados con otros mas pequeños y dispuestos entre sí como las costillas adyacentes á la columna vertebral. Festones de pámpanos groseramente esculpidos en los ángulos de las vigas se unian con una especie de parra, con que una mano suficientemente inhábil habia decorado cada una de las planchas de la pared. Aquella escultura, probablemente alegórica, ofrecia un diluvio de figurillas medio ocultas entre las hojas, á caballo sobre los racimos, ó trepándose por las cepas, que podian ser tomados libremente lo mismo por querubines que por cupidos. En fin, por decirlo así, gracias al cincel del artista y al ennegrecido color de la

madera, aquellos diminutos personajes mas parecian ratones comiéndose las ubas, que una cuadrilla de ángeles vendimiando en la celeste Jerusalen, como es de presumir quiso suponer el autor.

Si el aspecto de ambos salones ofrecia á primera vista una simetría idéntica, sus adornos formaban una notable oposicion. Los retratos de familia del piso principal estaban remplazados en el bajo por una coleccion de astas de ciervo y de venado, mezcladas de trompas de caza, cuchillos de monte, escopetas colocadas en pabellones, y trofeos de toda especie. En los dias de gran festividad las enrramadas astas, cuyos mogotes servian para poner en ellos dorados candeleros, ayudaban con su fulgor á la araña colocada en medio del techo. Cada uno de aquellos raros candelabros poseia su historia peculiar, procediendo siempre de alguna célebre cacería, fielmente transmitida de generacion en generacion. Cuando todos ardían, su claridad se reflejaba en mil accidentes sobre los pabellones de armas, en las gigantescas trompas, sobre las esculturas de la ensambladura, circumbalando la sala con una iluminacion tan pintoresca como original.

Una chimenea de granito tan pulido como el mármol, y cuya campana era mas elevada que la estatura regular de un hombre, formaba en frente de las ventanas un saliente de mas de cinco pies. Un cuadrado de ladrillos embutidos en el entarimado avanzaba á la misma distancia, y esta precaucion sin duda fué tomada contra los peligros de un incendio, á que tan expuesto se estaba en los tiempos en que se hacian allí enormes fogaratas, á las que, en nada cedia por cierto la que ardia en la actualidad. Un tronco cuyos solos nudos hubiesen podido sin disputa calentar á una familia pobre durante un invierno, rodeado ademas de un haz de leña menuda, se elevaba sobre dos morillos de cobre, raramente trabajados, y que serian probablemente la obra maestra de alguno de los artistas de fragua que inundan los valles de los Vosges. Los referidos morillos se hallaban terminados por dos cabezas de diablos coronados de cuernos retorcidos, y cuyas mandíbulas abiertas de un modo espantoso, parecian quererse tragar los pies de las personas que se aproximasen al fuego. Nada de particular ofrecia lo demás de la chimenea, sino la siguiente inscripcion embutida en la piedra de en medio, cuyas doradas letras medio ennegrecidas por el humo, decian así:

A flammis Gehennæ
Libera nos, Domine!

En armonía esta oracion con los diablos del hogar y con su terrible fuego daban del infierno una idea mas idéntica que la elocuencia de Bridaine ó de Bourdaloue. En medio del torbellino de llamas,

azules, amarillas ó rojadas, que silbando se lanzaban de aquel montou de leña encendida, los dos morillos que por el frote continuo mantenian una brillantez admirable, parecian exactamente dos secuaces de Belcebut, aguardando un alma pecadora para arrojarla en la hoguera.

Sentados aquella noche los convidados al rededor de una mesa ovalada, frente por frente á la chimenea, parecian completamente indiferentes á las ideas religiosas, que tal vez en el mismo sitio habrian afligido la conciencia de sus antepasados. Los alborozados goces, escitados por un dia de cansancio, y á los que el claro fuego daba nuevo aliciente, absorbian tan exclusivamente su atencion, que les habria sido imposible ocuparse en otra cosa. La mayor parte de ellos se hallaban sumergidos en cuerpo y alma en las delicias de una cena mas confortante que esquisita, pero en la que cada plato iba sellado con una bondad positiva, sólida y sin rebozo, esencialmente en armonía con el sobrenatural apetito que se puede conceder á una docena de cazadores.

Ninguna mujer de las del castillo asistió á semejante banquete; aquel uso bastante inglés habia sido adoptado por la baronesa con respecto á las cenas que servian de conclusion ordinaria á las cacerías de su marido. En tales dias no se presentaba en la mesa, fuese porque le pareciese demasiado fastidioso presidir aquellas interminables sesiones, en que la astucia de la liebre, la muerte del ciervo y las relevantes hazañas de los perros alimentaban invariablemente la conversacion, ó fuese porque quisiera dejar con su ausencia en completa libertad á caballeros, mas á propósito en general para derribar de un tiro una perdiz, ó para vaciar una botella, que para prodigar sus obsequios á una mujer de la alta sociedad. En efecto; llegando á la mesa la mayor parte de las veces, destrozados de fatiga, empapados en sudor ó en agua, muertos de hambre, y en un desórden tan completo en sus vestidos como en sus estómagos, no debian echar mucho de menos el yugo de la etiqueta que la presencia de la señora de la casa impone siempre á los mas descarados tragones. Entregábanse pues la mayor parte á los placeres del festin, con aquel abandono de cuerpo y alma, cuyos encantos son tan solo apreciables para aquellas personas, que durante un dia á lo menos fueron cinchados con la correa de un morral.

Habia llegado la cena á uno de aquellos períodos que no tienen nombre exacto en el idioma gastronómico, y durante el cual las disposiciones metódicas y las sabias teorías del director de cocina son violadas á cada momento por las revolucionarias fantasías de los convidados. Los postres habian sido servidos sin que se hubiesen llevado los intermedios, y aun quedaban haciendo frente, aquí y allá, algunas entradas, que á guisa de reductos inexpugnables sostenian los

reiterados asaltos de uno ó dos comilones rezagados, herederos del famoso apetito de Gargantua. Parecia el banquete una carrera de caballos en su última vuelta, en que los unos quedan de los otros á una distancia irregular, diseminados en la arena, segun la respectiva fuerza de sus piernas. Nuestros huéspedes habian procedido á semejanza de aquellos con desigual presteza de dientes, segun el ardor ó la tenacidad de su apetito combinado con la capacidad de sus estómagos. Cuando la mayoría trataba ya de reanimar su embotado gusto á favor de la salada acritud del queso de Roquefort, ó de las jugosas peras de Saint-Germain, la retaguardia mordisqueaba aun los trufados pedazos de una empanada de Strasbourgo. La misma irregularidad se notaba en cuanto á las bebidas. Algunos sobrios, por gusto ó por necesidad, se obstinaban en mezclar con doble racion de agua el simple Mâcon del primer servicio, mientras que el mayor número saboreaba los vinos de Burdeos y del Rhin en los vasos consagrados regularmente á la cerveza de la Alsacia.

Entre los mas fervorosos satélites de aquella carnavalesca religion, Marillac, con los ojos centellantes, y las mejillas mucho mas encendidas aun que de constumbre, sobresalia en primer término. Colocado entre un enorme notario y otro buen compañero, capaces ambos, con su ejemplo y provocaciones de emborrachar á un obispo, llenaba vaso sobre vaso, blanco despues del tinto y tinto despues del blanco, todos ellos con acompañamiento cada vez mas y mas estrepitoso de carcajadas, chistes y zumbas de toda especie. A cada instante su cabeza se calentaba en medio de tantas libaciones destinadas á refrescar su paladar, sin notar el complót tramado por sus vecinos, que se divertian sobremanera en poner calamocano á un elegante de París. Pero no era él solo quien se dejaba arrastrar hácia el escurridizo declive que termina en el abismo de la embriaguez. La mayor parte de los convidados participaban de su imprudente abandono y progresiva exaltacion, y de un ángulo á otro de la mesa el furor de Baco presidia, haciendo presagiar para remate de la sesion una cosa muy parecida á una orjía.

En medio de aquel desórden hacia el baron los honores de la mesa con una especie de frenesí nervioso, que podia pasar muy bien por una alegría escesiva á los ojos de sus huéspedes, incapaces en aquel momento de estudiar su fisonomía; pero un observador sereno hubiera comprendido fácilmente al través de aquella máscara, que los violentos esfuerzos de broma y de buen humor del baron servian solo para disimular algun terrible pesar. De tiempo en tiempo, en medio de una risa ó de una frase comenzada, parábase súbitamente; los músculos de su cara se descomponian como si el resorte que los movia se hubiese roto; la expresion de su mirada se volvia

feroz y sombría, arrellanábase en su silla, y permanecia en ella inmóvil, extraño á cuanto le rodeaba, y entregado á cierta mortificacion contra la que era inútil toda su resistencia. De repente parecia despertarse de un sueño lúgubre, sacudíase de él por un esfuerzo convulsivo, y lanzábase en la conversacion con voz decisiva, dura é incoherente; animaba el bullicioso humor de sus convidados, escitábales á las locuras de la embriaguez, dándoles él mismo ejemplo; despues la misma idea desconocida cubría su rostro con siniestro velo, y volvia á entrar en el suplicio de un pensamiento, que debiera creerse horrendo si se juzgára por su reflejo esterior.

Uno solo entre los convidados, sentado casi en frente de Bergenheim, parecia estar en el secreto de su preocupacion, estudiando sus síntomas con una atencion disimulada aunque profunda. Gerfaut, de quien hablamos, poseia en aquel exámen un interés que dominaba sobre su propia fisonomía; ora fuese porque la general animacion hiciese sobresalir la serenidad de su rostro, ora porque una emocion detenida empalideciese sus mejillas, concentrando la sangre hácia el corazon, el resultado era estar mas descolorido que de costumbre. Sus facciones parecian alteradas, y su frente se plegaba á cada instante pensativa ó dolorosamente. Existia una complicidad marcada entre la inquietud de su observacion y la constante distraccion de Cristian. Sin saberlo este último, una idea comun martirizaba á aquellos dos hombres con sus emponzoñados sacudimientos, semejante á la serpiente del grupo de Laocoonte, que enlazando con su cuerpo á una de sus víctimas, clava sus aguzados dientes en el costado de la otra.

—Cuando ví que la liebre ganaba la vereda alta, dijo uno de los convidados, festivo anciano de cabello canoso y de rubicundas mejillas, corrí inmediatamente hácia el nuevo plantel para aguardarla en su vuelta. Bien persuadido estaba de que se escaparía sana y salva de entre vuestras manos, notario. Es sabido que sobre vuestra escopeta, está escrito: *No serás homicida*!

—*Liebricida* ó *lobicida* querreis decir, gritó Marillac desde el extremo opuesto de la mesa, vamos, notario, defendeos: una, dos! en guardia!

—Señor de Camier, respondió risueñamente el cazador, cuya habilidad se acababa de poner en duda de aquel modo; no pretendo en verdad pasar por cazador tan diestro como vos. Nunca he matado ninguna pieza tan grande como la que matasteis en la última cacería en que estuvimos juntos.

Esta respuesta aludia á cierta aventurilla recientemente sucedida al primer interlocutor, á quien su cortedad de vista habia hecho tomar un becerrillo por un corzo. Las risotadas prodigadas en un prin-

cipio contra el notario, cayeron en seguida sobre su contendor.

—¿Cuántos pares de botas os mandasteis hacer con la piel de vuestra presa? preguntó uno de ellos.

—Señor de Camier, gritó de nuevo el artista, buena suerte teneis de que no estemos en Ejipto en tiempo de los Faraones, porque hubieran hecho con vos un auto de fé en holocausto del buey Apis.

—Señores, dijo un jóven cuya metódica figura tenia cierto gesto austero é imponente, hasta ahora no podemos formarnos sino congeturas muy vagas, sobre la ruta que puede haber seguido Lambernier para salvarse. Permitidme, que os diga, que esto es mas importante que la liebre del notario ó el becerro del señor de Camier.

Al oir aquella observacion, Bergenheim, que hacia largo rato no tomaba parte en la conversacion, se incorporó en la silla.

—Un vaso de vino de Soterne, dijo bruscamente, ofreciendo de beber á los mas próximos de sus convidados.

Gerfaut le miró un instante á hurtadillas, y bajó inmediatamente los ojos, como si temiese que hubiese sido notado aquel movimiento.

—El procurador del rey tiene ya conocimiento del delito, dijo el notario, y no perderá la pista al acusado. En las próximas juntas tratarémos probablemente de este asunto.

El señor de Camier puso su vaso sobre la mesa, sin acabárselo de beber.

—Mal haya el jurado!—exclamó agriamente, soy de la primera sesion, y apostaría la cabeza á que me toca la suerte. ¿Qué gusto me dará! Abandonar mi casa y mis negocios en medio del invierno para ir á juzgar durante quince dias una turba de bribones.... Ahí teneis una de las diversiones que nos proporciona vuestro gobierno constitucional. Una porcion de simplezas del tiempo de los griegos que nos presentan como descubrimientos sublimes. ¿De qué nos sirve pagar magistrados, si los propietarios estamos obligados á egercer sus funciones? Los antiguos parlamentos, contra los que tanto se ha gritado, valian cien mil veces mas que todas esas trapisondas de juntas extraordinarias.

A semejante salida, Marillac, que se divertia él solo en dar el fá mayor, mientras mondaba una pera, interrumpió su operacion con grave alivio de un galgo echado á sus pies, cuyos nervios irritaba extremadamente aquel.

—Señor de Camier, dijo, sois un enorme propietario, elector y realista, ayunais los viernes, vais á misa á vuestra parroquia, y matais de vez en cuando un becerro en lugar de un corzo; os estimo y os respeto; pero permitidme deciros que acabais de hacernos una relacion antidiluviana. ¿Y Calas, y Sirven? ¿y el caballero de Labarre?

—¿Y Lesurque? respondió con no menos vivacidad el propietario campesino.

—Señores, dijo el procurador del rey, adoptando su voz de audiencia, y midiendo con el índice cada frase; por un lado mi profundo respeto á los antiguos parlamentos, dignos modelos de la magistratura, incorruptibles defensores de las franquicias nacionales, y por otro, mi veneracion no menos grande á las instituciones emanadas de nuestra constitucion política, no me permiten adoptar una opinion exclusiva. Sin embargo, sin pretender proclamar de una manera demasiado absoluta la superioridad del antiguo sistema, ni derramar sobre el actual una crítica irreflexiva, creo poder participar hasta cierto punto de la opinion del señor de Camier. No hay juntas en que la accion de las leyes no se halle paralizada por una mansedumbre que mas debiera calificar de debilidad, agobiándose muchas veces bajo el peso del mando que la vindicta pública le confió.

—Los procesos de la prensa son los que os dan el cólera morbo, interrumpió la republicana voz de Marillac, cada vez mas atronadora por las contínuas libaciones.

—No es eso, dijo á su vez el notario, guiñando el ojo, y aspirando lentamente un polvo; á lo que ahora se alude, es á la absolucion de aquellos tres ladrones que el ministerio público aun no ha digerido.

—El robo mas manifiesto, el mas esclarecido debate, respondió el magistrado con sentido acento, declaraciones, puras como la luz del dia, cómplices contradiciéndose á cada palabra, un monton de pruebas fulminantes, todo, todo se convirtió en un fallo de inculpabilidad! Vos érais del jurado, señor de Bergenhelm; sin duda disteis vuestro voto para la absolucion, porque el fallo se acordó por una mayoría de nueve contra tres. Y he aquí unos malhechores arrojados de nuevo en la sociedad, prontos á perturbarla con el ejercicio de su criminal industria. Señores, señores, mucho cuidado! de esa manera no se consigue nunca el órden y la paz pública. Si quereis veros libres del puñal asesino no embotéis el filo de la espada de Themis.

—Oh! oh! Themis! repitió el artista volviéndose al que tenia á su izquierda, ya puede vuestro ministerio público jactarse de poseer una mitología soporífera.

Bergenheim habia levantado la cabeza al oir la interpelacion del orador.

—Los condené, exclamó con estravagante tono, cuando aquel hubo concluido su período; os juro que los condené.—Respeto mucho las leyes, y seguramente es menester castigar al culpable. Bebed, pues, caballeros. A la salud de la señora de Camier!

Para dar ejemplo, bebió él primero su vaso, se pasó la mano por

la frente diferentes veces, y en seguida dirijió en rededor de sí una mirada firme y terrible que pudiera tomarse por una provocacion.

—¿Habrá ya pisado la viña del señor nuestro patron de la casa? preguntó, el señor de Camier á su inmediato; esta extraordinario esta noche. Qué idea tan original de brindar por la salud de mi pobre mujer qué hace diez y ocho meses se halla postrada en cama!

—Imposible me parece, replicó el convidado á quien se dirigía esta pregunta. Ya podria decirse que las cubas se emborrachaban. Yo le creo capaz de ponernos á todos como ubas, y quedarse él en disposicion de volver aun á la carga.

—Bah! ya conozco yo uno, capaz de hacerle frente, respondió el hidalgo, cuya nariz y coloradas mejillas anunciaban un campeon aguerrido en los combates de Baco;—estilo mitológico del procurador del rey.

—Pero si mal no me acuerdo, dijo el notario, en el asunto de que hablamos, los objetos robados desaparecieron; no existia, pues, cuerpo de delito, y ante el jurado el cuerpo del delito es de suma importancia.

—¿A quién le contais eso? repuso el magistrado contentísimo de que se promoviese de nuevo una discusion que le era peculiar; uno de los grandes vicios del jurado provincial proviene de la costumbre que la mayor parte de sus miembros tiene, de exigir, para formar su conviccion, pruebas materiales por decirlo así. La relacion é interpretacion de los hechos, sus rigurosas deducciones, la evidencia moral que resulta del raciocinio, en una palabra, toda la parte filosófica y lógica de los argumentos, se les escapa, y necesitan como Santo Tomás ver para creer. Pero yo aseguro, que en cuanto á Lambernier, no se me negará el cuerpo del delito, allí está palpitante y visible; aun brota sangre la herida de la víctima.

—Tran lan la ran, gritó el artista, tocando alternativamente con su cuchillo el vaso y la botella.—Confesemos que hemos escojido por conversacion un asunto tan alegre como unas castañuelas. Verdaderamente somos unos convidados chistosísimos; allí está Bergenheim que se parece á Macbeth viendo la sombra de Banquo; aquí, mi amigo Gerfaut bebe agua pura con una profunda tristeza.

—¡Boto á brios! señores mios, á un lado las majaderías de los tribunales. Que le corten la cabeza á Lambernier, y que se acabe esa cuestion.

Le vin, le jeu, les belles,
Voilá mes seuls amours.

—Qué tal! que buen jurado haría el señor! dijo el propietario Camier al rígido magistrado; lástima es que no se halle en mi lugar en las próximas juntas; lo mismo habla de cortar cabezas que otros de condenar á un reo á ocho dias de prision.

—La pena de muerte no es aplicable sino en su caso, respondió el procurador del rey, á quien dificilmente se le sacaba de la fraseología judicial; la pena que recaiga sobre el atentado de Lambernier está sujeta á la eventualidad del estado de su víctima. Si la herida no causa una enfermedad ó incapacidad de trabajo durante veinte dias, la pena se reduce desde un mes á dos años de prision, ó de dos años á cinco, segun sea la cuestion de premeditacion admitida ó rehusada. Y no se crea, señores, que por imposibilidad de trabajo se entiende la de un trabajo cualesquiera, sino la imposibilidad del ejercicio de la profesion; en consecuencia, consistiendo la profesion de cochero en conducir un carruaje yendo sentado en el pescante, y hallándose la herida que ha recibido precisamente en la region inferior del anca, en la parte que está en contacto directo con el asiento, es muy probable que siendo profunda, y pudiendo haber atacado algun nervio no se hallará cicatrizada antes de espirado el plazo de los veinte dias, y causará por consiguiente la incapacidad del trabajo mencionado por el código penal. En este caso, y admitiendo como me parece indudable, la premeditacion, el acusado será condenado á trabajos forzados por tiempo determinado, artículos 309 y 310 del código.

—Dejadnos en paz, por Dios y por los santos, magistrado del diablo! gritó Marillac con voz de trueno, medio levantándose de su silla: pues, qué ¿ quereis hacernos creer que serán menester veinte dias para que se cicatrize un arañazo en una masa de carne tan voluminosa como el cuarto trasero de un buey? Y en cuanto á la premeditacion, la niego: *Nego.*

Para dar mas fuerza á su opinion, bebió todo su vaso poniéndole despues sobre la mesa estrepitosamente, y lanzando al preopinante una mirada que parecia desafiarle á una lucha de elocuencia jurídica. A semejante interrupcion dió el fecundo magistrado una especie de relincho, como el caballo de Job al sonido de la trompeta.

—La premeditacion, caballero, repuso con una mezcla de gravedad y calor, la premeditacion es tan facil de probarse, que vos sereis el primero en admitirla despues de un momento de reflexion. Me contentaré con indicar dos medios de prueba para convenceros de la manera mas victoriosa. El primero, deducido de la misma presencia del acusado en el sitio donde se ha verificado el atentado, el segundo de la clase de arma de que se sirvió. 1.° Vista la prohibicion hecha á Lambernier, por el señor de Bergenheim, presente, de parecer en sus dominios, es evidente que un motivo grave ó un proyecto meditado de antemano pudieron solo determinarle á quebrantar semejante prohibicion. Luego, si este motivo no se esplica por el acusado plausible, clara y perentoriamente, debe ser por necesidad, *ipso facto*, interpretado en contra suya. 2.° En cuanto al arma de que Lambernier debió

servirse, si fuese una navaja que se cierre, yo sería el primero en reconocer la poca probabilidad que habria en la premeditacion, atendida la costumbre que los jornaleros tienen de servirse de tales navajas para cortar los alimentos que comen en campo raso. Las declaraciones de los testigos no dan suficientes datos sobre esto. El cochero recibió el golpe sin ver la clase de arma que le hirió; Rousselet vió brillar en manos del asesino una hoja cuya forma no puede determinar á punto fijo. La instruccion carece pues de explicacion comprobante en este particular; pero resulta del examen de la herida que yo mismo he verificado, que fué hecha con instrumento agudo, estrecho y triangular de los que llaman puñaletes ó bayonetas. Luego, señores, el porte de semejante arma, prohibida por los bandos de policía y buen gobierno, y contraria á todas las costumbres de un hombre de la clase de Lambernier, ¿no prueba suficientemente en él la intencion de servirse de ella? ¿Y contra quién pensaba hacerlo sino contra el cochero con quien tantas reyertas habia tenido, y que nos dan por resultado tan deplorable accidente? Creería abusar de la atencion de la junta y del jurado, si me obstinase en probar esto de una manera mas esplícita.

La imaginacion del magistrado, exaltada por la superabundancia de libaciones contrarias á sus costumbres de sobriedad, le habia transportado delante de la junta al final de su arenga. Mientras tomaba aliento, el artista inclinó la cabeza á derecha é izquierda, tratando de llamar la atencion de sus vecinos por medio de una sonrisa confidencial.

—El procurador del rey, dijo en voz baja, abusa del permiso que se le ha concedido, sin pensar que ya empieza á ver dobles los objetos. Observad de qué modo voy á pulverizarle.

Despues de este preámbulo, Marillac bebió todo lo que tenia su vaso, y se levantó. Apoyando el codo derecho en la palma de la mano izquierda, y accionando con el antebrazo como si quisiese rociar al auditorio con agua bendita, tomó la palabra con voz clara é inteligible.

—Pido al funcionario público el permiso de refutarle en pocas palabras: *Et in Arcadia ego*! ó si os place mejor *Anch io son pittore*, ó en fin, para hablar en vuestra prosáica y parlamentaria lengua. Yo tambien he estudiado leyes. ¿Te acuerdas, Octavio, de aquellos felices tiempos? La *Chaumière* del Monte Parnaso! Frascati! el parterre del'Odeon! y en los dias de prosperidad *le petit Rocher de Cancale*, las comidas á quince cuartos en casa del fondista Hicoteaux, en los períodos de infortunio, Y mujeres como diosas!

—Æterni Dei! qué mujeres y qué amores! —¿Octavio, te acuerdas de Anastasia? no la rubilla, sino aquella hermosa morena de la

calle de la Paz; aquella á quien yo enseñé á fumar, y que me dió un par de bofetones en el baile de Sceaux, porque bailaba con Enriqueta. ¿No te acuerdas de Anastasia? mi hermosísima Anastasia?

—Segun las trazas era una señora ó una señorita muy amable, dijo el notario, llenando el vaso del artista, á su salud!

—A su salud! repitió este; pero, notario, continuó mirando á su vecino con aire melancólico, si quereis brindar por la salud de todas las encantadoras criaturas que amenizaron con su amor la vida del que os habla, haced traer un tonel lleno, y arrojaos vivo dentro de él como Clarencé, porque he vivido mucho y muy de prisa. Siendo como sois unos pobretes palurdos, no podeis comprender tan borrascosa y picante existencia. Yo soy un hombre cuadrado por su base; pero á veces expío la exagerada riqueza de mi organizacion. Momentos hay sin embargo en que me agobio bajo el peso de la desenfrenada vida que he hecho, y otros en que el poder de mis recuerdos me abisma en una especie de cansancio opaco y triste, y el presente es uno de ellos. Paréceme tener un velo que me rodea la cabeza, y un peso sobre el corazon que me ahoga.

—No es extraño! dijo en el otro extremo de la mesa el señor de Çamier, con cuatro ó cinco botellas que se ha embutido entre pecho y espalda, no es á fé mia de admirar que tenga la vista turbia y la respiracion dificultosa. A pesar de todo, el vino no le priva de la palabra.

—Qué impolítico es ese sugeto, murmuró el procurador del rey, que se impacientaba porque el artista le habia arrebatado su fuego en la conversacion.

Sin responder á estas críticas observaciones, Marillac echó al rededor de sí una lánguida mirada, en la que ya ondeaban las primeras chispas de la embriaguez, y volvió á tomar la palabra, meciéndose como un álamo blanco dulcemente impelido por el viento.

—Una esquisita y devoradora sensibilidad es una peste terrible cuando cae entera y verdadera sobre un hombre como yo. La mision de un hombre semejante es la del meteoro; tropieza con los tranquilos planetas en medio de sus órbitas regulares, y los tambalea. Las criaturas de amor que encuentra en este valle de lágrimas vienen á estrellarse cual frágiles vasijas de barro contra el tremendo cántaro de hierro. Porque sus besos devoran, sus abrazos ahogan, sus caricias infestan. Y yo pertenezco á esa raza de hombres exaltados, diabólicos, ángeles rebeldes y cuadrados por su base. Mi juventud es un castillo, donde feneció por su respectivo turno la existencia de innumerables mujeres.—Pero la hora de los remordimientos se aproxima, sí, se aproxima la hora de los remordimientos.—Veo pasar, como D. Juan, la sombra de mis víctimas—aterradora y lúgubre pro-

cesion—Isaura! Enriqueta! Anastasia! Carolina!—un batallon numeroso en pié de guerra; seis compañías del centro, granaderos y cazadores!—Anastasia va entre los granaderos en razon á sus bigotitos—gran Dios—he adorado bastante lo que se merecen los tales bigotitos! —Don Juan!—Yo soy D. Juan.

Don Giovani á cenar teco
M'invitasti, é son venuto

Pentiti!—No.—No.—no, mil veces no! Marillac no se aterroriza.

Ábrid los quintos infiernos, yo me rio de eso como de mis chinelas, porque soy un hombre cuadrado por su base.—El principio del *Requien* que han colocado al final del D. Juan de la ópera, no produce el efecto que se creia—No confundamos los géneros!—En el teatro la música dramática, en la iglesia la religiosa.

Requiem æternam dona eis Domine.

Al oir este versículo berreado con lúgubre voz, una reclamacion general se oyó por todas partes. Estrepitosas interpelaciones, golpes en los vasos y botellas, gritos de toda especie llamaban por fin al órden al beodo orador.

—Señor de Marillac, gritó el procurador del rey, con tono zumbon, y dominando el tumulto con su voz magistral, habeis anunciado la intencion de refutarme. Y sin embargo, me parece que el calor de la improvisacion os ha arrojado bastante lejos de vuestro objeto.

Miróle el artista un instante, con asombro y admiracion.

—¿Pues qué debia yo deciros alguna cosa? le preguntó; en tal caso sostengo mi palabra. Tened tan solo la bondad de decirme de lo que se trata.

—Es,... sobre ese asunto de Lambernier, y relativamente á la cuestion de premeditacion, le dijo por lo bajo el notario llenándole el vaso.—Animo! mejor improvisais que Berryer. Si desplegais vuestra elocuencia, el procurador del rey está perdido.

Marillac dió las gracias á su vecino con una sonrisa y un movimiento de cabeza que queria decir: tened confianza en mí.—Bebió en seguida todo el vaso con aquel imprudente abandono que hacia ya algun tiempo le arrastraba en el veloz camino de la orgía; pero, por un efecto extraño, aunque bastante frecuente en tales casos, esta libacion en vez de acabar de privarle, le dió por un momento una especie de tranquilidad y de razon.

—La acusacion del funcionario público, repuso con toda la sangre

fria de un antiguo abogado, se apoya en dos puntos: 1.° en la no motivada presencia del acusado en el sitio donde se perpetró el delito; 2.° en la clase de arma de que se sirvió.—Dos respuestas sencillas pero categóricas van á destruir el edificio que han creido fundar sobre esa doble presuncion. 1.° Lambernier tenia una cita en el sitio y hora en que el atentado de que se le acusa tuvo lugar: semejante hecho será probado por los testigos, y sostenido en el debate de la manera mas incontestable. Su presencia, pues, en aquel sitio se halla suficientemente explicada por sí sola, sin que de ningun modo pueda ser interpretada en contra del delincuente. 2.° El funcionario público confiesa, que el llevar una arma de la que Lambernier tuviese costumbre de servirse, no podia, por esto mismo, ser invocado en favor de la premeditacion; luego, este es precisamente el caso de que se trata en la actualidad. En efecto, esta arma no es ni puñalete, ni bayoneta, ni cuchillo triangular, ni nada de cuanto la fecunda imaginacion del señor procurador del rey pudiera suponer; no es sino un simple instrumento de la profesion del acusado, cuya existencia en su bolsillo es tan fácil de concebirse, como la de una caja de tabaco en el chaleco de mi amigo el notario, que toma veinte polvos por minuto. La tal arma, señores, es un compás de carpintero.

—Un compás! prorrumpieron muchas voces á la vez.

—Un compás, exclamó el baron, haciendo un movimiento sobre su silla, y mirando fijamente al artista. Por una accion que no pudo reprimir, echó la mano al bolsillo de su chaqueta de caza, pero retiróla precipitadamente al sentir en él el compás del obrero que tenia allí, desde la trágica escena sucedida en la Roche-du-Gué.

—Un compás de hierro, repitió el artista, de diez pulgadas de largo poco mas ó menos, cuando está cerrado.

—Explicaos, caballero, gritó el procurador del rey con un vivo acento de interés; ¿habeis, pues, presenciado el crímen? En este caso, sereis citado como testigo fidedigno. La justicia es imparcial, señores, Themis no tiene dos balanzas.

—Mal haya vuestra Themis! respondió furiosamente Marillac, es menester venir de Tomboucton para emplear tan añejas metáforas.

—Declarad, testigo: os requiero en nombre de la ley, replicó el magistrado, cuya creciente borrachera era tan digna y solemne, cuanto la del artista era patética ó bullanguera.

—Nada tengo que declarar, porque nada he visto!

Al oir esto, el baron respiró con toda su fuerza, como si aquellas palabras devolviesen á sus pulmones el aire que les faltaba.

—Pero yo sí he visto! dijo para sí Gerfaut, contemplando la marcada ans edad de la fisonomía de Bergenheim, quedando absorvido despues en una profunda meditacion.

—Hablo en hipótesis, y por presuncion, dijo el artista. Hace ya unos dias que tuve yo una pequeña contienda con ese mismo Lambernier, y á no haber sido por mi magnífica hoja de Génova, hubiera podido terminarse aquella de una manera idéntica á la que hoy ha tenido lugar, porque ese truan parece estar siempre pronto á desembainar sus armas.

Contó entonces su encuentro con Lambernier; pero á causa de las precauciones debidas al honor de la señorita Gobillot, usó de tal diluvio de reticencias, de disfraces y de circunloquios, que hicieron su narracion del todo incomprensible para el auditorio.

—Sufficit! gritó por conclusion, dejándose caer sobre su silla, no diré ni una palabra mas por todo el imperio del Mogol. Bebamos, notario, pues que nadie sino vos teneis miramientos conmigo.—Lo mas extraordinario que hay en todo esto, es que yo gano diez luises con la aventura de ese galopin.

Estas palabras llamaron sobremanera la atencion del baron, y le recordaron las que el carpintero le habia dicho, cuando le dió la carta.

—Diez luises, preguntó bruscamente, mirando á Marillac como si hubiese querido penetrarle con su mirada.

—Doscientos francos si os parece mejor. Pero ya hemos hablado bastante, mio caro, os engañais si quereis hacerme charlar. A buena parte venís con esas! no me dejo yo embaucar tan facilmente. Estaré mudo y silencioso como la tumba.

Bergenheim no insistió mas, pero se apoyó contra el respaldo de la silla, é inclinó la cabeza sobre el pecho. Permaneció durante algun tiempo estraviado en sus ideas, y tratando de ligar las oscuras palabras que acababa de oir con las incompletas revelaciones de Lambernier. A escepcion de Gerfaut, que no perdia un solo movimiento de su huesped, y que estudiaba la mas mínima variacion de su fisonomía con el interés de un médico que presencia una penosa agonía, los convidados mas ó menos absorvidos en sus propias sensaciones, ó no hicieron el menor caso de la extraña actitud del amo de la casa, ó bien, como el señor de Camier, la atribuyeron á la soñolienta influencia del vino. Volvió la conversacion á su alborotado curso, discordante, disputado é interrumpido á cada instante por las estrepitosas ocurrencias de algun asistente mas animado; porque al final de un festin en que no reina la sobriedad, cada uno se cree con derecho de imponer á los demás el despótico yugo de su embriaguez y la pesadez de sus alucinaciones particulares. No tardó Marillac en llevarse el premio entre los mas parlanchines, gracias al vigor de sus pulmones, á la infatigable volubilidad de su palabra meridonial, y á una descabellada originalidad, que forzaba á veces á sus mismos ad-

versarios á escucharle con atencion. Por último, quedó casi en la totalidad dueño del campo de batalla, lanzando á derecha é izquierda las andanadas de su avinatada elocuencia, semejante á una pieza de cuarenta y ocho, que ha desmontado por sí sola una batería enemiga.

—Lástima dá, gritó de repente en medio de su triunfo, y paseando por todas partes una mirada vencedora y desdeñosa, lástima dá positivamente escuchar vuestra conversacion, señores mios. Imposible es imaginarse nada mas mezquino, mas prosáico, ni mas lugareño. Esta es enteramente la lógica de un carbonero. ¿No os place entregaros á una discusion de un órden mas elevado? arriba poetas! *sursum corda*! pues qué, no somos un cenáculo? démonos la mano, y hablemos de arte y poesía. Ansioso estoy de conversacion artística; sed tengo de que luzcais vuestro talento é inteligencia.

—Bebed pues si teneis sed, dijo el notario, llenándole el vaso hasta arriba.

El artista le bebió, y volvió á tomar la palabra con lánguida voz, mirando á su obeso vecino con ternura.

—Empiezo pues nuestro propósito artístico. ¿Conoces el país donde florecen los limones?

—Mas calor hace allí que en el nuestro, respondió el notario poco familiarizado con la romanza de Mignon; echándose en seguida á reir de mala manera, y haciendo á sus inmediatos un guiño de ojo, que sin duda queria decir:

—Aguantad el chubasco.

Marillac se inclinó hacia él con el candor de un cordero que presenta su cabeza á la cuchilla, y le apretó simpáticamente las manos.

—O poeta, repuso, no sientes como yo por las tardes á la hora del crepúsculo una vaga necesidad de una vida calurosa, perfumada y oriental? ¿Quieres abandonar esta ingrata patria, y bogar hácia el país donde el azulado cielo se refleja en la azulada mar? Venecia! El Rialto, y el puente de los suspiros; el Lido, y San Marcos; los gondoleros cantando las estrofas del Tasso, y la atroz schlague austriaca!—Roma! El Coliseo y San Pedro; las tribunas del Vaticano y el Panteon; el amarillo Tiber y los encarnados cardenales; la melancolía de la campiña de Roma y el *mal aria*.—Nápoles! los lazaroni y el Vesubio, San Carlos y la Chiaja.—Bah! la Italia! la sé yo de memoria. Caspita!—Pero no, mejor irémos á Constantinópla. Tengo sed de sultanas, tengo sed de hurís, tengo sed de....

—Bebed pues, si teneis sed.

—Con mucho gusto. Jamás me niego á eso. Tengo sed de voluptuosidades exorbitantes, porque yo soy un hombre cuadrado por su base, desprecio el amor con gorro de algodon, y adoro el peligro. Quiero

escalas de seda tan largas como las de Jacob; ciudadelas que asaltar; leves pisadas sobre las secas hojas, por la noche á la luz de la luna; besos inflamados, tambien de noche y á la luna, en las propias barbas de los maridos y de los eunucos negros; y si no tienen barba los eunucos negros, me importa un bledo, porque barbudos ó imberbes los desprecio altamente. Quiero por techo de mi cama una bóveda compuesta de quinientos puñales.... Sí, sí, vámonos á Constantinopla. En un periquete me apoderaré del serrallo, y me proclamaré Marillac-bey, ó Marillac-bajá, ó acaso, acaso sultan Marillac.—Oh! oh! famosa idea!

D'un bel uso di Turchia.

—Os suplico, señores, no le hagais beber mas, dijo Gerfaut al notario desde el otro lado de la mesa donde estaba sentado.

Miró el artista algun tiempo á su amigo con aire sério diciéndole en seguida.

—Razon tienes, Octavio, en no querer beber mas, iba á aconsejártelo. Ya te has escedido hoy bastante, y me temo que te haga mal porque tu salud es algo endeble, y porque además tú no eres un hombre cuadrado por la base como yo.—Figuraos, señores mios, que ese pálido jóven que tengo el honor de presentaros, el señor vizconde de Gerfaut, hijodalgo de Gascuña y estrella literaria de primer órden, está dotado por la naturaleza de un estómago que nada de comun tiene con el del avestruz; necesita usar de grandes precauciones. Por eso le abrebamos principalmente con agua de Seltz, y le alimentamos con pechugas de ave. Además, conservamos tan precioso fenómeno entre dos cubiertas de lana sobre una caldera de agua hirviendo. Es un gran poeta cuando usa del baño de maría. Y yo tambien, señores, soy un gran poeta.

—Y creo que yo tambien lo soy, interrumpió el notario.

—Vos sois Stenio; porque habeis de saber señores, que in *illo tempore*, no habia sino poetas en verso, y hoy los hay en prosa. Y tambien hay otros que ni estan en prosa ni en verso; silenciosos poetas que jamas confiaron á nadie su secreto, y que se alimentan como buenos egoistas de su poesía, como el oso de la grasa de sus patas. Cosa muy facil es por cierto ser poeta cuando se sienten en el alma transportes indescriptibles, cuando hierven á borbotones los pensamientos inesplicables, y late fuertemente bajo la tetilla izquierda un noble corazon de hombre en su blanco pecho de mujer.

—Mas calamocano está ya que treinta y seis mil suizos; dijo Camier bastante alto para ser oido.

Volvióse majestuosamente Marillac hácia el interlocutor:

—Anciano, le dijo, vos sois quien estais calamocano. Además, la palabra es impolítica: si hubieseis dicho borracho, no os hubiese replicado. Borracho, en latin *ebrius*, y en italiano *ubriaco*.

Ubriaco! ma perche?
Perche d'un che poco in se.

Sendas risotadas provocadas por una vóz, á la que los báquicos vapores inspiraban las mas extravagantes modulaciones, interrumpieron al cantor en medio de su frase musical. Lanzó en rededor de sí una mirada amenazadora, púsose la mano en la cadera, y tomó la actitud de un capitan, que busca un enemigo sobre quien desfogar su cólera.

—Muy bonito, señores, muy bonito! dijo; si alguno de vosotros pretende que estoy borracho, *ubriaco*, declaro que es un tremendo embustero, y que le tengo por un antropófago, por un huraño, por un truan, por un mostrenco.... por un académico! concluyó dando una gran carcajada, creyendo haber confundido á los zumbones con este último golpe.

—Por lo menos vuestro amigo tiene un vino alegre, dijo el notario á Gerfaut; pero el señor de Bergenheim, sin haber bebido la mitad, parece que está asistiendo á un entierro; le creia con mas resistencia para esta clase de batallas.

La voz de Marillac que resonó con mas fuerza que nunca no dejó oir la respuesta de Octavio.

—Eso sí que está bueno. Han bebido todos ellos como cocheros simones, y ahora dicen que soy yo el borracho. Pues bien! á todos os desafio; ¿quién quiere argumentar conmigo? *quidquid dixeris argumentabor, doctissime condiscipulæ*. Quereis discutir sobre artes, literatura, política, medicina, música, filosofía, arqueologia, jurisprudencia, magnetismo....

—Jurisprudencia, gritó con embotada voz el procurador del rey, á quien aquella eléctrica palabra sacó del letargo en que hacía algunos instantes le habia sumergido la fatiga de la digestion; hablemos de jurisprudencia. ¿Cuál es vuestra opinion acerca de la última sentencia dada por el tribunal de Cassacion?

—Quereis, continuó Marillac sin hacer caso de aquella interrupcion, que os improvise un discurso sobre la pena de muerte ó sobre la templanza? ¿quereis que os cuente á Robert-Macaire? ¿quereis que en cinco minutos os trace el plan de un drama en cinco actos? ¿apeteceis que os cuente un cuento?

—Un cuento! dijo una voz.

—Un cuento! un cuento! repitieron en coro la mayor parte de los convidados.

—Hablad, decid lo que quereis, repuso el artista frotándose las manos con aire marcial; ¿deseais un cuento de los tiempos de la edad media, ó de la *renaissance*? ¿de los de la Pompadour, ó de la actualidad? ¿Un cuento fantástico, oriental, jocoso, fisiológico, ó íntimo? Debo advertir que estos últimos son los menos añejos.

—Sea pues un cuento íntimo, dijeron las mismas voces.

—Bueno. Pues ahora bien, decidme si este cuento íntimo ha de ser chino, árabe, español, judío, ó tártaro.

—Francés! gritó el procurador del rey.

—Yo soy francés, tú eres francés, aquel es francés.... Magistrado, tú te llamas Chauvin.—Tendreis pues un cuento francés.

Apoyó Marillac su frente sobre las manos y los codos sobre la mesa á fin de reunir sus ideas. Despues de algunos momentos de meditacion, levantó la cabeza, y con singular sonrisa miró alternativamente á Bergenheim y á Gerfaut.

—Muy original sería murmuro entre dientes, como si se respondiese á sí mismo, sí, muy original. Idea es digna de conservarse para la primera pieza que escriba; una escena cómica del género de las de *Hamlet*. Pero es preciso que no sea tan verdadera que se reconozcan los personajes, y griten como Claudius: *Ligths*! *Ligths*!

—Vamos, ese cuento! dijo uno de los convidados mas impaciente que los demás.

—Presente, respondió el artista apoyando de nuevo los codos sobre la mesa. Ya sabeis, señores, que lo mas difícil, es encontrar el título. Pero para no haceros aguardar, escogeré uno conocido. Así pues, mi cuento se llamará, si gustais, el Marido, la Mujer y el Amante. Tambien habría tomado de Paul de Kock el título de cualesquiera otra de sus novelas, pero hay ciertas razones que me impiden hacerlo.

—No todos los que aquí estamos somos solteros, y hay un proverbio que dice: no mentad la cuerda....

A pesar del extraordinario trastorno de sus ideas, se detuvo el artista sin acabar el refran. Un resto de razon le hizo ver que marchaba sobre un terreno peligroso, y que estaba á punto de cometer una indiscrecion imperdonable. Afortunadamente el baron no prestó ninguna atencion á aquellas palabras; pero Gerfaut, justamente alarmado por las habladurías de su amigo, le lanzó una mirada, en la que iban envueltas las mas enérjicas y amenazadoras recomendaciones de prudencia.

Comprendiendo Marillac vagamente su yerro, se intimidó con la mirada de Gerfaut, á la manera de un estudiante severamente inter-

rogado por su profesor; inclinóse por delante del notario que le separaba de su amigo, y dijo á este con un tono de voz, que aunque confidencial á su parecer, se oyó de un extremo á otro de la mesa.

—Tranquilízate, Octavio, lo contaré disfrazándolo de tal suerte que no aparecerá sino el fuego de la inspiracion. Es una escena para un drama que tengo en la cabeza.

—Acabarás por ponerte malo á fuerza de beber y de hablar, respondió Gerfaut cada vez mas inquieto; cállate ó vente conmigo.

—Cuando yo te digo, que hablaré encubierta y alegóricamente, respondió el artista. Te juro que voy á disfrazarlo de manera, que ni el mismo diablo lo podría conocer.

—¡El cuento! ¡el cuento! gritaron muchas personas que se divertian con la incoherente charlatanería del artista.

—Allá vá, dijo este, sentándose de nuevo en su silla, no sin alguna dificultad, ni sin cierto miramiento á las nuevas instancias de su amigo. Pues señor, como decíamos: el Marido, la Mujer y el Amante, cuento íntimo francés. La escena representa cierta corte pequeña de Alemania.—Heim, dijo mirando á Gerfaut y guiñándole el ojo con malicia; ¿no te parece que está bien disfrazado?

—No señor, nada de aleman; habeis prometido un cuento francés, observó el procurador del rey, siempre dispuesto á hacer la oposicion al orador, que le habia reducido al silencio.

—Pues bien! un cuento francés, pero la escena pasa en Alemania, respondió con sangre fria el artista. ¿Pretenderíais por ventura enseñarme mi oficio? Sabed que nada hay mas elástico que una corte de Alemania; se mete en ella todo lo que se quiere, como que si me acomoda soy capaz de colocar allí al gran chamberlan de Persia y al emperador de la China, sin que tengais la mas mínima observacion que hacerme. Si á pesar de todo, preferís una corte italiana, me es enteramente igual.

No habiendo tenido contestacion esta conciliadora proposicion, Marillac empezó, levantando los ojos de modo que no dejaba ver sino el blanco de ellos, y como si buscase sus palabras en los maderos del techo.

—Y marchaba lentamente por la misteriosa arboleda al borde del espumoso torrente.... la princesa Borinska....

—Borinska! ¿es polaca, esa señora? interrumpió á su vez el señor de Camier.

—Oh qué demonio de viejo! no me cortéis la palabra, exclamó impacientemente el artista.

—Verdad es. Silencio, señores.

—Teneis la palabra, dijeron á la vez muchos oyentes.

—.... Y estaba pálida, y suspiraba convulsivamente, retorciendo

sus delicadas manos, y una blanca perla corria bajo las negras pestañas de sus castaños ojos, y....

—Pero ¿por qué comenzais todas las frases con la conjuncion y? preguntó el procurador del rey, con el quisquilloso purismo de su inexorable crítica.

—Porque es mas bíblico, mas cándido, y porque lo cándido y lo bíblico es todo lo que hay de mas actual. ¿No os parece esto lo mismo que un cuadro de Cimabue ó del Peruggino?

—Lo que me parece son unas frases sin construccion lógica ni gramatical; es evidente que la conjuncion y no puede ser colocada sino entre dos palabras para ligarlas entre sí.

—Coméos una yema acaramelada por vuestra ligazon, y dejadme en paz, respondió Marillac con soberbio desden. Vos sois golilla y yo artista; ¿qué relacion hay entre nosotros? Prosigo y digo:—Y él la vió pasar á lo léjos, pensativa y taciturna.... y le dijo al príncipe.... Borinski: O príncipe, una raiz de pino contra la que he tropezado, ha desgarrado mi pierna, permitid que me retire al palacio. Y el príncipe Borinski le dijo: ¿Quereis que mis lacayos os lleven en un palanquin? y el socarron de Octavio respondió....

—Tu historia no tiene sentido comun, y eres un fastidioso sin límites, interrumpió bruscamente Gerfaut. Señores ¿hemos de pasar la noche sentados á la mesa?

Diciendo esto se levantó; pero nadie siguió su ejemplo. Bergenheim, que ya hacia algunos instantes escuchaba la narracion del artista, miró alternativamente á los dos amigos con aire sombrío y observador.

—Dejadle hablar, dijo el magistrado con una irónica sonrisa; me gusta mucho eso de los palanquines en una corte de Alemania. Sin duda es lo que los señores románticos llaman la tinta local.

—Ah! ah!—O Racine!

Sin dejarse esta vez intimidar por la centellante mirada de Gerfaut, repuso Marillac con toda la obstinacion de la borrachera, y con voz cada vez mas chillona:

—Si te he jurado disfrazar la alegoría, á qué incomodarme de ese modo. Nosotros los artistas no somos unos hombres cuadrados por la base ¿cómo quieres que estos miserables lugareños nos comprendan?—Pues sabed, señores mios, que cometí un error llamando Octavio al amante de mi cuento.... Y es tan claro como el dia, que se llama Boleslas.... Boleslas Matalowski del ducado de Varsovia.... herido en Grochovo.... Tan poca conexion hay entre él y mi amigo Octavio, como entre mi otro amigo Bergenheim y el príncipe Kolinski Woginski.... ¿Cómo demonios se llama mi príncipe? al que diga su nombre se le dará un buen hallazgo.

—Es un cargo de conciencia abusar de su estado, y hacerle hablar mas, interrumpió nuevamente Gerfaut, á quien las últimas palabras de su amigo habian asustado é inquietado hasta el último grado.—Cállate y vente conmigo, dijo en seguida bajándose hácia aquel, y cogiéndole por el brazo para hacerle levantar. Pero esta tentativa no hizo mas que irritar á Marillac, en vez de persuadirlo; se agarró al borde de la mesa, y asido á él con toda su fuerza gritó desaforadamente:

—No! quinientas noventa y nueve mil veces no! quiero acabar mi cuento. Presidente, sostenedme la palabra.—Nada de lictores en el santuario de las leyes.—Ah, ah, quieres impedirme hablar, porque sabes que cuento las cosas mejor que tú, y porque entusiasmo á mi auditorio. Nunca podrás imitar mi gracia narrativa; envidioso! Ya te conozco, ya te conozco, basilisco.

—Te ruego que me oigas, si me quieres, respondió Octavio, quien, á pesar de hallarse inclinado sobre los hombros del artista, notaba con ansiedad la extremada atencion que el baron prestaba á aquel debate, y lo siniestro de su fisonomía.

—No señor! ya he dicho que no! berreó de nuevo Marillac con una voz capaz de hacer desplomar el techo, y acompañando aquella palabra con el mas espantoso juramento que se conoce en la lengua francesa. Levantóse, empujó bruscamente á Gerfaut, y se apoyó sobre la mesa riendo como un loco.

—Tranquilizaos y regocijaos, poetas, dijo; os acabaré de contar mi cuento, á pesar de la serpiente de la envidia. Pero echadme de beber, porque mi gaznate está como una caja de fósforos. Nada de vino, repuso viendo al notario armado de una botella, y pronto á llenar su vaso. Ese maldito vino me dá sed en vez de refrescarme; además que yo soy tan sobrio como San Juan Bautista.

Con la desesperada perseverancia de un hombre que vé próximo el momento de ahogarse, le cojió Gerfaut de nuevo por los brazos, apretándoselos de manera como si hubiese querido incrustar los dedos en la carne, y tratando de fascinarle por medio de aquella mirada fija y dominante, con la que el médico de una casa de locos abate el furor de sus enfermos. Pero no obtuvo por respuesta de su muda y amenazadora súplica, no una sonrisa inteligente, y estas palabras confusamente cacareadas:

—Dame de beber, Boleslas.... Marinski.... Graboski.... Se me figura que Satanás ha encendido sus carbones en mi pecho.

Las personas que se hallaban junto á los dos amigos pudieron perfectamente oir un silbido de furor que se escapó de los apretados labios de Octavio. De repente alargó el brazo sobre la mesa, escogió entre otros muchos un frasquito de cristal, y llenó hasta la superficie el vaso que le presentaba Marillac.

—Gracias, dijo este, tratando de guardar el perdido equilibrio; eres mas amable que un angelito. Tambien puedes estar tranquilo, tus amores no corren el menor riesgo. Voy á disfrazarlo todo con un diabólico velo.—A vuestra salud, truanes!

Bebióse las dos terceras partes de lo que el vaso contenia, poniéndole en seguida sobre la mesa; sonrióse despues, saludando á su auditorio con real cortesanía: pero su boca permaneció entreabierta como si sus labios se hubiesen petrificado, agrandáronse sus ojos de una manera desmesurada, y su mirada tomó bien pronto una expresion desencajada; la mano que habia alargado, resbaló á su lado, y un momento despues titubeó y cayó sobre su silla, atacado en la apariencia de una apoplegía fulminante.

Gerfaut, que no habia apartado sus ojos de él desde que bebió, y que examinaba aquellos síntomas con una ansiedad inexplicable, le sostuvo en sus brazos; pero á pesar de la zozobra ó interés que este pronto socorro anunciaba, no pudo ocultar su satisfaccion al observar la muda inmovilidad de Marillac, y la imposibilidad en que parecia hallarse de volver á tomar la palabra.

—Es cosa singular, observó el notario ayudando á alejar de la mesa á su vecino fuera ya de combate, que ese vaso de agua le haya hecho mas efecto que cuatro ó cinco botellas de vino.

—Jorge, dijo Gerfaut á uno de los criados, haced calentar su cama, y ayudadme para llevarle á ella; ¿el señor de Bergenheim tendrá sin duda botica en casa, por si hubiese necesidad de algun medicamento?

Levantáronse la mayor parte de los convidados á tan inesperado accidente, y muchos de ellos se agruparon al rededor de Marillac, estendido sobre la silla, sin ningun movimiento. A pesar del agua con que le bañaban las sienes, de un frasco de sal que le hacian respirar, y á pesar tambien de haberle desembarazado de la corbata y de todo cuanto podia estorbar el juego de los pulmones, no recobró el conocimiento. La extremada palidez de su rostro daba á sus facciones una expresion de sufrimiento que le puso casi desconocido.

En vez de unir sus socorros á los de los demás, se aprovechó Bergenheim de la confusion general para abalanzarse sobre la mesa, y empapó un dedo en el vaso del artista, donde aun habia quedado un poco de líquido llevándolo en seguida á sus labios. Este movimiento no fué advertido sino por el notario, hombre curioso y observador por naturaleza. Encontrándolo bastante extraordinario, cogió á su vez el vaso, y bebió algunas gotas del líquido que contenia.

—Canario! dijo en voz baja á Bergenheim, ya no me admiro de que el gran trago que bebió le haya afixiado en el acto. Sabeis, señor baron, que si Gerfaut hubiese bebido otra cosa mas que agua

durante la cena, creería yo que él era el mas borracho de los dos; ó si fuesen menos amigos, supondría que habia querido envenenarle para cortarle la palabra. ¿Habeis observado, qué poco contento estaba de oir esa historia?

—Ah, vos tambien! pues todo el mundo lo sabrá! exclamó Cristian con una especie de furor.

—Tomar una botella de Kirsch, por una de agua pura, repuso el notario sin advertir la turbacion de su interlocutor;—diantre! diantre! sería bueno emplear al instante algun emético; ese pobre mozo tiene en el estómago una dosis de áccido prúsico capaz de envenenar á un buey.

—¿Quién ha hablado de envenenamiento y de áccido prúsico? gritó el procurador del rey, corriendo desde la otra extremidad de la mesa con mal asegurado paso, porque la cabeza del magistrado no habia resistido mucho mas que la del artista á las frecuentes libaciones, y empezaba ya á salirse de su esfera normal y jurídica!—¿quién ha sido envenenado? yo soy el procurador del rey; á mí me toca instruir la sumaria. ¿Se ha hecho ya la autopsia del cadáver? y ante todo, ¿dónde le han encontrado? ¿en el campo, en un bosque, ó en el rio?

—Es mentira, no hay ningun cadáver en el rio, gritó Bergenheim con voz aterradora, y cogiéndole por el cuello como si estuviese frenético.

Incapaz el magistrado de oponer la menor resistencia á la poderosa mano que le estrangulaba, sufrió dos ó tres sacudimientos como un corderillo arrebatado por el lobo. De repente el baron se detuvo, dándose una palmada en la frente por un movimiento familiar á las personas que sienten su razon turbada por un parosismo de indomable pasion.

—Estoy loco, dijo con mucha emocion. No me creais desesperado, caballero. Realmente hemos bebido demasiado. Os pido mil perdones por lo que os he hecho.—Os dejo por un momento.... tengo necesidad de respirar el aire libre.

Dijo, y salió precipitadamente, atropellando á su paso á las personas que llevaban á Marillac á su cuarto. El procurador del rey, cuyas ofuscadas ideas se habian embrollado completamente á consecuencia de aquel ataque tan ageno de su dignidad, se dejó caer desmayado sobre una silla.

—Tristes bebedores! dijo al notario el obeso señor de Camier que habia quedado solo con él, porque medio sofocado por la indignacion y por la borrachera el magistrado, ya no podia contársele como convidado.—Por un dedo de vino, que han tomado, estan ya rodando por debajo de la mesa ó medio locos.

El notario sacudió dos ó tres veces la cabeza con aire misterioso.

Hasta cierto punto eso es cierto, dijo en seguida; que el señor Marillac no tenga la cabeza muy sólida que digamos, y que cuando está borracho, cuente historias que hacen dormir, que su amigo tome un vaso de Kiesch en lugar de tomar uno de agua, todo lo comprendo perfectamente; pero el baron es quien mas me llama la atencion. ¿No habeis visto cómo zamarreó á nuestro vecino hasta casi dejarlo caer en tierra?

—Con eso estaría la tierra sobre la tierra, dijo con una campanuda risotada el señor de Camier.

—No está mala la idea. Pero con respecto al baron que para escusarse pretende estar borracho, no me acomoda creerlo, máxime cuando no ha bebido sino agua. Momentos ha habido durante la noche, en que tenia una facha muy singular. Alguna trapisonda hay aquí, señor de Camier; estad seguro de que alguna trapisonda hay en todo esto.

—Yo soy el procurador del rey, yo, y sin mí nadie se atreva á levantar el cadáver, tartamudeó con débil y balbuciente voz el magistrado, quien despues de varios esfuerzos para mantener el equilibrio, justificó la idea de que habia sido objeto, cambiando su silla por el suelo del salon.

XX.

Era Cristian de Bergenheim uno de aquellos hombres cuya raza, gradualmente estinguida desde los tiempos feudales, habia sido hasta cierto punto resucitada por Napoleon; hombre exclusivamente de accion, que jamás malgastó su imaginacion en cosas supérfluas, sin llevarla nunca mas allá de donde alcanzase su sable. La completa ausencia de aquel sentido, que llaman algunos irascibilidad enfermiza, y otros poesía, habia conservado á los resortes de su carácter toda su ruda y natal inflexibilidad. Faltábanle á su alma alas para salir del mundo positivo; pero semejante falta tenia su recompensa; imposible fuera oponer brazo mas vigoroso que el suyo á todo lo que opusiese una resistencia material. Jamás vivió, ayer ni mañana, sino siempre hoy. Indiferente á lo pasado y al porvenir, desplegaba en el momento deseado una enerjía tanto mas poderosa, cuanto que ningun desperdicio intempestivo de emocion debilitaba su accion. Las extrañas ideas que encerraba su cabeza habian adquirido por efecto de su misma rareza un desarrollo pronunciado, duro é impenetrable, semejante al diamante. A la luz de aquellas es-

trellas fijas caminaba en todas sus cosas, como se camina en medio del dia con la cabeza erguida, y pronto á hollar todos los obstáculos que le detuviesen en su marcha, ó que le desviasen de su camino.

Sin embargo, á pesar de semejante temple de alma, estuvo Bergenheim en aquel momento á punto de sucumbir bajo el golpe que acababa de recibir. En vez pues de unir sus esfuerzos á los de las personas que transportaban á Marillac, se dirigió á los jardines, porque la necesidad de aire que pretestó para dejar á sus héspedes habia sido mas bien una realidad, al mismo tiempo que una escusa. Sentíase oprimido y sofocado por las emociones de que era presa hacía algunas horas. El disimulo, que la prudencia hacía necesario, agrababa aun mas y mas su tormento. Las penas del hombre tienen este grado de refinamiento, que las hace completas é incomparables; pesando sobre el alma en toda su extension, y negándoles el desahego. Despues de los gladiadores romanos adiestrados á morir con resignacion, estableciose cierta etiqueta para el sufrimiento que le condenó al silencio. Es menester convertir la plancha de plomo que nos agobia en un manto que oculte nuestro suplicio. Descubrirse un solo instante para gemir libremente ó para manifestar á los demás las sangrientas heridas que nos afligen, sería reputado por debilidad, falta de pundonor, y aun por cobardía! Permítesele gritar al niño, llorar á la mujer, y se condena al hombre á beber su propia sangre, como hizo Beaumaudir, para que nadie vea su herida, y se ria de él porque está herido.

Largo rato anduvo Bergenheim á pasos agigantados por las sendas y revueltas del parque. Exponiendo al fresco viento su desnuda y acalorada cabeza, trataba de calmar aquel desasosiego interior, torrente de sangre, en medio del que la razon flota y lucha, semejante á un navío próximo á naufragar.

Bergenheim luchó con enerjía contra aquel vértigo, en el que sentia sumerjirse su espíritu; pero no pudiendo separarse enteramente de aquel suplicio, trató al menos de desembarazar de él su cabeza. Empleó cuanta fuerza tenia para recobrar su sangre fria, para dominar los peligros y dolores, de que se veia rodeado, con una mirada firme sino indiferente, para reconquistar, en fin, el imperio sobre sí mismo, que tan habitual le era, y que durante la cena le habia abandonado con bastante frecuencia. No fueron vanos sus esfuerzos. Su alma vigorosa, derribada un instante por la violencia de sus pasiones, no tardó en sobreponerse á ellas.

Contempló su posicion, sin debilidad, exageracion, ni acaloramiento, como si hubiese examinado la de otro. Dos hechos, uno consumado y el otro incierto se presentaban á sus ojos con todo el horror de una vision fúnebre: por un lado el asesinato, por otro el adul-

terio; la tumba en el torrente, el lecho nupcial ultrajado. Ningun poder humano pudiera remediar la primera de aquellas desgracias, ó detener sus consecuencias; adoptólo pues de la misma manera que el criminal ofrece el cuello á la cuchilla sobre el cadalso; pero apartó su imaginacion de aquella idea para reflexionar en otro suplicio.

Aguardando el próximo dia, tal vez de la expiacion, pidió una tregua al cadáver para pensar solo en su mujer. Sometió pues á un principio de inflexible y orgulloso honor, primera religion de su alma, la conducta que debia observar con respecto á aquella. Hasta entonces, solo presunciones existian contra ella, graves á la verdad, si se cotejaban las revelaciones de Lambernier con las extrañas indiscreciones de Marillac. Conocer ante todo la verdad tal cual en sí fuese, le pareció su primer deber para consigo mismo y para con ella: si era inocente debia ser perdonada, si culpable castigada.

—Un abismo se me presenta tal vez en el fondo, dijo para sí; pero nada importa, bajaré á él.

Cuando volvió al castillo, su fisonomía habia recobrado su calma habitual. El hombre mas observador hubiera apenas descubierto la mas mínima alteracion en sus facciones; la mano mas hábil no hubiera podido contar las pulsaciones de la fiebre que le devoraba. El campo de batalla del comedor habia sido por fin abandonado. Vencedores y vencidos se habian retirado á sus cuartos. Subió en primer lugar al del artista, á fin de que ninguna singularidad en su conducta llamase la atencion; porque en su calidad de amo de casa debia forzosamente visitar ante todo á uno de sus huéspedes, que sino estaba muerto le faltaba poco. Los cuidados prodigados á Marillac le salvaron del peligro que pudo originar su imprudente embriaguez, y la especie de veneno que la coronó. Extendido en medio de su cama en la misma postura que le habian colocado, dormia con el pesado y fatigoso sueño que sirve de expiacion á los escesos baquícos. Sentado junto á una mesa, y á cierta distancia, escribia Gerfaut, dispuesto á velar toda la noche, cumpliendo así con los deberes de la amistad y las funciones de enfermero.

A la llegada del baron se levantó Octavio; su semblante en que tantas emociones se pintaron durante la cena, habia recobrado tambien una singular apariencia de reserva. Ambos pues se saludaron con igual frialdad.

—¿Duerme? preguntó Cristian obedeciendo á la seña que le hizo su huésped para que guardase silencio.

—Hace ya un rato, respondió este; ahora sigue bien, y mañana no tendrá ya nada. Pero me figuro que esto os servirá de leccion, y mantendrá en lo sucesivo en justos límites vuestra regia hospitalidad. Vuestra mesa es en verdad temible.

—No me echeis á mí la culpa, replicó el baron afectando el mismo buen humor. Si mañana vuestro amigo quiere exigir satisfaccion á alguno, á nadie debe hacerlo sino á vos que le disteis en vez de agua que necesitaba, Kirschen de 1765.

—Positivamente era yo el mas borracho de los dos, interrumpió Octavio con una vivacidad que disimulaba hasta cierto punto su turbacion; hemos escandalizado completamente al señor de Camier, que de seguro habra formado una pésima idea de las cabezas y estómagos parisienses.

Despues que hubo mirado un momento al artista dormido, Cristian se aproximó á la mesa donde se hallaba sentado Gerfaut, echando una mirada sobre lo que escribia este.

—¿Siempre trabajando? le dijo, mientras que sus ojos permanecian fijos sobre el papel.

—En este momento hago tan solo el modesto oficio de copista. Son unos versos que la señorita de Corandeuil ha tenido la bondad de pedirme.

—Hacedme un favor. Ahora mismo voy á su cuarto, dádmelos para que yo mismo sea quien se los entregue. Desde la desgracia ocurrida á Constanza, me aborrece de muerte, y me alegraría presentarme á ella con tan poderoso auxiliar.

Escribió Gerfaut las dos ó tres líneas que le faltaban, y entregó el papel á Bergenheim. Miróle este atentamente durante algun tiempo, le dobló en seguida con mucho cuidado, y se lo guardó en el bolsillo.

—Mil gracias, caballero, dijo; os dejo pues entregado á los deberes de la amistad.

El tranquilo acento con que fueron pronunciadas aquellas palabras, y la profunda cortesía con que las acompañó, tenian tanto de circunspecto y grave en su misma urbanidad, que Gerfaut permaneció confuso, por decirlo así, cuando el baron hubo salido; pero sin embargo esta impresion fué pasajera, porque no comprendió la malicia que encerraba.

Al entrar Bergenheim en su cuarto, abrió por segunda vez el papel que le acababa de dar Gerfaut, y lo comprobó con el billete que le habia entregado Lambernier. Las sospechas que un exámen separado le hicieron concebir se hallaron confirmadas por aquella confrontacion; ya no habia duda; la carta y los versos estaban escritos por la misma mano.

Despues de reflexionar algunos instantes, bajó Cristian al cuarto de su mujer.

La deliciosa serenidad que ofrecia la habitacion de Clemencia, formaba con las borrascosas escenas de que el comedor habia sido teatro el mismo contraste que se esperimenta cuando sofocado en me-

dio de una turba reunida en un estrecho local, escapa uno para respirar bajo las frondosas lilas el fresco de una noche de primavera. En vez de los calurosos vapores de la orgía, gozábase desde la entrada de un no sé qué indefinible que dominaba aquella atmósfera, perfume sin nombre y tan peculiar á las habitaciones de las mujeres, que puede creerse, sin ser acusado de exagerado, que es su presencia quien lo produce. En medio de tan suaves olores, con los que armonizaba una lámpara de alabastro, de las agradables y dulces tintas de la tapicería y de un silencio que expresaba el recogimiento, estaba Clemencia sentada con abandonó en un confidente, situado en un ángulo de la chimenea. Un soberbio dechado y algunos libros colocados sobre una mesa próxima á ella, anunciaban intenciones de trabajo ó de lectura, interrumpidas por una de aquellas seductoras meditaciones á las que las imaginaciones ardientes no saben resistir. Las mujeres á quienes hace esclavas su condicion y su naturaleza, ansiosas de libertad, son sobre todo incansables y pensadoras. Porque las ilusiones son la prision que se abre y el alma que se escapa: y cuanto mas estrecha es la prision, mas vuelo toma el alma en el imaginario rescate. Una mujer á quien las gentes juzgan fria, horrorizaría por la audacia de sus secretos pensamientos; otra que en realidad no delinquió jamás, se entrega sin reserva en ciertas horas solitarias á aquel que nada habia obtenido cuando se hallaba presente.

La baronesa de Bergenheim sufria en aquel momento la irresistible fuerza de la corriente de la imaginacion cuando rompe sus diques. Jamás habia dado tan libre curso á sus sentimientos ni á sus atrevidas reflexiones. Lo sucedido durante el dia le habia hecho franquear una distancia en su pasion, de que se hubiera horrorizado si hubiese podido recobrar por un momento bastante serenidad para apreciarla. Pero exigir la serenidad á un corazon que ama, es pedir una luna brillante á un cielo tempestuoso. Aunque su amante no estaba allí, encontrábase ella sin embargo dominada por aquella tan abrasadora pasion que correspondia á la vez á las necesidades de su alma, á la delicadeza de su gusto, á la actividad de su inteligencia.

Alegrábase de vivir en tan dichosa hora, y no habia pensamiento triste que no cayese desbaratado ante esta mágica palabra: me ama! Por el raro y feliz éxito que habia tenido su reconciliacion con Octavio, todos los detalles y pormenores de ella le agradaban; nada pues hubiera querido disminuir ni aumentar en ellos; habia llegado al punto que deseaba, y en él se detuvo saboreando su triunfo. Vióle sumiso como en los primeros dias de su amor, reconociendo su soberanía, y sin reservarse para sí otro derecho que el de amar y suplicar. Sin duda que al recordar las concesiones que habia tenido necesidad de hacer para obtener este triunfo, no podria impedir que un ligero ru-

bor colorease sus mejillas; sin duda se vería obligado su orgullo de mujer á reconocer que habia permitido ó tal vez concedido demasiado; pero la memoria de la delicadeza de su amante tranquilizaba su conciencia, haciéndole menos penosas las reconvenciones de su pudor: perdonábase á sí misma haberle hecho conocer la fuerza de su ternura, porque la generosidad que él habia ostentado probaba que jamás abusaría de semejante confesion. De manera que con tal que su virtud quedase sin mancha, poco la importaba que su salvacion se debiese á sus propios esfuerzos ó á los de su amante.

Segun costumbre de la mayor parte de las mujeres, que cuando no rompen sus cadenas tratan á lo ménos de alargarlas para juguetear con ellas, concluyó Clemencia por ver el crímen en un solo hecho. Hasta entonces, la inocencia le pareció posible y la virtud practicable; insensiblemente, miró como nimios y perdonables pecados aquellos delitos demasiado deliciosos al cometerlos, á los que nuestros antepasados en su estilo expresivo llamaban gajes del amor. Con la reserva de una imaginacion casta, y la seguridad de un corazon que se cree infalible, levantó una barrera ante el término al que se dirijen todas las pasiones, á la manera que se coloca un guardacanton al borde de un precipicio; cubrió con un velo la referida barrera, á fin de no descubrir siquiera el peligro mismo; y volviendo los ojos al terreno en que le eran permitidos ciertos goces, dijo para sí: esto me pertenece. En la sencillez de su error creyó conciliables dos cosas, que nuestras costumbres han separado constantemente: la pasion y el deber; y para unirlas despojó á ambas de sus incompatibles asperezas, haciendo á la pasion sobria y al deber tolerante.

El ruido que hizo al abrirse la puerta del dormitorio interrumpió aquella peligrosa meditacion, de la que cada ola rociaba mas y mas atrevidamente las halagüeñas márgenes de la tierra prohibida. La de Bergenheim volvió la cabeza con rabia; pero, cuando en vez de su camarera, á quien se disponia á reprender, vió á su marido, la impaciencia pintada en su semblante hizo repentinamente lugar á una expresion de temor. Por un movimiento que no pudo contener, se levantó como si hubiese apercibido á un extraño, y permaneció de pié contra la chimenea en una actitud, en la que el mas obcecado observador hubiese notado la turbacion y el embarazo.

Nada se veia en el exterior de Cristian que justificase la impresion que su vista causaba á su mujer. Adelantóse con aire tranquilo, sonriéndose de una manera demasiado costosa para él; especie de flor hipócrita de vistosa corola y de venenosa raiz. La risueña expresion de aquella fisonomía, en vez de tranquilizar á Clemencia no hizo sino cambiar la naturaleza de su temor. Bruscamente despertada en medio de un sueño culpable, su primera mirada le representó a un

marido ultrajado pronto á castigar, despues creyó ver otro objeto no menos repugnante; un esposo apasionado y dispuesto á reclamar sus privilegios. Palpitante aun por las caricias de Octavio, hubiera preferido encontrar un puñal en las manos de Cristian, mas bien que un beso en sus labios; en aquel momento, la fidelidad para su amante le parecia un deber, y el abandono para el marido un adulterio. Asustóse del horror que este último le inspiró súbitamente; pero la necesidad de evitar el suplicio de que se veia amenazada acallaba otro cualesquier sentimiento. Con aquella presencia de ánimo de que en semejantes casos estan dotadas todas las mujeres, se dejó caer de nuevo sobre el confidente, tomando la palabra con un lánguido y doliente tono, mezclado de cierta expresion de reconvencion.

—Me alegro en el alma de veros un instante para reprenderos, le dijo, esta noche he echado de menos vuestras atenciones de costumbre. Se os ha olvidado que el ruido del comedor se oye aquí perfectamente.

—¿Has estado incomodada? dijo Cristian mirándola atentamente.

—A menos que tuviese una cabeza de hierro.... parece que esos caballeros han abusado un poco de la libertad permitida en el campo. Segun me ha dicho Justina han sucedido cosas dignas de que hubiesen tenido lugar en la taberna de la Femme-Sans-Tête.

—¿Con que tanto padeces?

—Una jaqueca horrible. Quisiera poder dormir un poco.

—Muy mal he hecho en no prever todo eso. Pero me perdonas ¿es verdad?

Inclinóse Bergenheim sobre el confidente, y pasando el brazo por detrás de las espaldas de su mujer, apoyó sus lábios sobre la frente de aquella. Por la primera vez de su vida, fingía para con ella, observando con una atencion implacable la menor expresion de su rostro, las mas fugitivas revelaciones de su exterior. Notó que se extremecía bajo el brazo que la ceñía, y su boca encontró, pronta á escaparse y fria como el mármol, la frente que apenas habia tocado.

Se incorporó y dió muchas vueltas por la habitacion, evitando siempre mirar á su mujer, porque la aversion que le anunciaban aquellos síntomas le pareció que corroboraban bastante sus sospechas, y temió no poderse contener.

¿Qué teneis? preguntó la jóven, notando la inquietud de su marido.

Estas palabras devolvieron al baron toda la prudencia de que tanto necesitaba, y aproximándose á ella la respondió con una especie de indolencia.

—Me hallo un poco disgustado por un motivo bastante frívolo, con respecto á tu tia.

—Ya lo sé. Furiosa está contra vos por la doble desgracia acaecidas á su Constanza y á su cochero. En cuanto á la primera confesad que sois culpable.

—No solamente no se contenta con estar furiosa, sino que me amenaza con un completo rompimiento. Toma, y lee.

Diciendo estas palabras, la entregó una carta doblada singularmente y sellada con las armas de Corandeuil. El escudo acompañado de cimera y rodeado de la antigua y romántica divisa: *Corandeuil, coeur en dueil!* parecía mas bien por sus dimensiones el sello de un diploma que el de una carta particular; daba una grave idea del contenido, y esta impresion tanto se hallaba inmediatamente confirmada por un escrito, austero y rígido, como tambien por una buena ortografía de viuda que proscribia sin piedad las a volterianas, y que empleaba sin rebozo las z en vez de las s.

Clemencia leyó el billete en alta voz.

«En vista de los inauditos é incalificables sucesos de este dia, el partido que creo deber tomar, no será tal que pueda sorprenderos; sabreis que ni quiero ni podría permanecer por mas tiempo en una casa, en que la vida de mis criados y de otras criaturas que me son muy queridas, están expuestas á las mas deplorables asechanzas. Desde hace mucho tiempo sé, aunque haya querido pasarlo por alto, que se formaban diarias maquinaciones contra todo lo que lleva la librea de los Corandeuil. Me figuro, sin embargo, que si yo no me viese forzada á poner un término á todo ello, vos os encargaríais de este cuidado; pero parece que los miramientos y el respeto para con las señoras no forman hoy dia parte de los deberes de un caballero. Debo, pues, evitar con una completa ausencia semejantes procederes, y velar por mí misma la seguridad de las personas y criaturas que me pertenecen. Mañana marcho á París. El estado en que Constanza se encuentra me hace creer podrá soportar las fatigas del viaje; pero la herida de Bautista es demasiado grave para exponerlo á aquellas molestias. Me decido, pues, en consecuencia, aunque con disgusto, á dejarle aquí hasta que pueda ponerse en camino, recomendándolo á la humanidad de mi sobrina.

Recibid, caballero, con mi sincera despedida, todo el profundo agradecimiento debido á vuestra *cortés hospitalidad*»

Yolande de Corandeuil.

—Tu tía abusa un poco del permiso de ser loca, dijo el baron cuando su mujer acabó la lectura de la carta, levanta el campo recomendándome los heridos como se hace al enemigo despues de una batalla.

—Pero aun no hace dos horas que yo la he visto, y aunque estaba muy ceñuda, no me ha hablado una palabra de semejante marcha.

—Es que no hace mas que un momento que Juan me ha entregado esta carta, por cierto de gran librea, y con la importancia de un embajador que pide sus pasaportes. Es menester, amiga mia, que vayas á hablarla, y que emplees tu elocuencia para hacerla cambiar de proyecto.

—Voy al instante, respondió Clemencia levantándose.

—Sabes que tu querida tia es demasiadamente testaruda cuando toma una manía. Si persiste en esta, dale una razon que comprenda todo su valor. Mañana por la mañana tendré necesidad de ir á Epinal con el señor de Camier para asistir á la venta de cierta porcion de leña, y estaré ausente tres dias á lo menos. Conocerás, por lo tanto, que es imposible que tu tia te deje sola durante mi ausencia, á causa de esos caballeros que tenemos de huéspedes.

—Ciertamente, respondió Clemencia con prontitud.

—Por mi parte no veo en ello ningun inconveniente, repuso el baron procurando sonreirse; pero es menester ante todo obedecer al qué dirán. Un ama de casa tan jóven y bonita no puede estar sin rodrigon, y Alina en vez de servirte de algo sería un inconveniente mas. Es absolutamente necesario que tu tia permanezca aquí hasta mi vuelta.

—Y mientras tanto, Constanza y Bautista estarán ya buenos, y la cólera de mi tia olvidada. Aun no me habíais hablado de ese viaje á Epinal, ni de semejante venta de leña.

—Ves al cuarto de tu tia antes que se acueste, respondió Bergenheim, sin detenerse en aquella observacion, y sentándose en el confidente; aquí te aguardo. Marcharemos muy de mañana, y quiero saber esta noche en qué quedamos.

En el momento que la de Bergenheim cerró la primera puerta del gabinete, se levantó Cristian, corrió precipitadamente al sitio del armario consabido, buscó en el roseton de la ensambladura el boton secreto de que le habia hablado Lambernier. Muy pronto le encontró; á la primera presion, el resorte hizo su efecto, y las portezuelas se abrieron. El cofrecito de palisandro estaba allí, y habiéndole tomado, examinó algun tiempo con mucha atencion las cartas que contenia. La mayor parte de estas se parecian por su forma á aquella que yo poseia; algunas tenian el sobre dirijido á la señora de Bergenheim, y estaban selladas con unas armas que reconoció ser las de Gerfaut. La identidad de la letra era incontestable; las dudas por consiguiente, si aun conservaba algunas, debian disiparse ante la evidencia. Luego que hubo echado rápidamente una mirada sobre algunos de aquellos billetes, los volvió á poner en la cajita, y esta sobre el estante, cuidando de que cada cosa quedase en su sitio. Cerró el armario con igual sigilo, y volvió á sentarse al lado de la chimenea.

Cuando Clemencia volvió á entrar, parecia estar su marido entregado enteramente á la lectura de uno de los libros que habia hallado sobre la mesa, jugando al mismo tiempo con una copita de bronce, donde su mujer ponia ordinariamente al desnudarse sus sortijas y sus pendientes.

—He ganado el pleito, dijo la baronosa alegremente, mi tia se ha convencido con las razones que la he dado, y diferirá su marcha hasta que volvais.

Cristian no respondió.

—Es decir, que ya no se irá, porque durante tres dias su extraordinaria cólera habrá tenido tiempo de calmarse; y como en el fondo es tan buena.—Pero de cuando acá sabeis el inglés? continuó, notando la atencion con que su marido tenia la vista fija en un tomo de las obras de lord Byron.

Levantó Bergenheim la cabeza, arrojó el libro sobre la mesa, y procuró mirar á su mujer con tranquilidad y calma. A pesar de sus esfuerzos, su rostro marcaba una expresion que la hubiese atemorizado si la hubiese echado de ver; pero sus ojos se habian detenido en la copa que su marido tenia aun en la mano, y á la que desbarataba como si hubiera sido de barro.

—¡Dios mio! que teneis, Cristian, ¿qué os ha hecho esa pobre copa? preguntó Clemencia con una sorpresa que participaba un poco de aquel miedo pronto siempre á despertarse en un corazon que no se halla sin mancha.

Levantóse de repente, y puso sobre la chimenea el desfigurado bronce.

—No sé lo que tengo esta noche, dijo haciendo un esfuerzo, pero siento los nervios irritados. Os dejo, porque tambien yo necesito descansar. Mañana, mucho antes de que os hayais levantado, marcharé, y hasta el miércoles no estaré de vuelta.

—No tardeis mas, eh? dijo Clemencia con una dulzura de la que pocas mujeres tienen la lealtad de abstenerse en semejantes circunstancias.

Salió Cristian sin responderla, porque temió no poderse contener, y al oir aquella especie de hipócrita caricia, tuvo tentaciones de acabar el asunto, y matarla en el acto.

XXI.

Habian pasado veinte y cuatro horas. El baron habia partido de madrugada y lo mismo sus huéspedes, excepto Gerfaut y el artista.

El dia se arrastraba lento, fastidioso, monotono; una frialdad general habia constituido en el aislamiento al corto número de personas que habian quedado en el castillo. Alina estaba picada con su cuñada desde la conversacion del gabinete: la señorita de Corandeuil, dedicada esclusivamente al cuidado de Constanza, apenas habia asistido un momento á la mesa; Marillac, atracándose de té, y no atreviéndose á presentar su rostro lívido por los escesos de la víspera, se fingia algo mas enfermo de lo que estaba en realidad, á fin de retardar todo lo posible el momento de comparecer ante la señora de la casa, cuya severidad exigente y aristocrática temia fundadamente.

Por último, la señora de Bergenheim sin separarse de su tia evitaba así el quedarse sola con Octavio, á quien estas diferentes circunstancias favorecian en verdad. De modo que la ausencia de Cristian lejos de ser para los amantes un motivo de libertad, que les proporcionase ocasiones de estar juntos, los habia dividido algo, porque le parecia á Clemencia un rasgo de impudor abusar en cierta manera de la mayor libertad que su marido la dejaba. Así es que todo el dia estuvo mas sobre sí por lo mismo que tenia mas frecuentes ocasiones; pero por la noche, cuando se retiró sola á su aposento, desapareció en ella todo este rigor ficticio. Inflexible se habia mostrado con él, pero su recuerdo la halló dulce y apasionada, creyéndose como se creia resguardada de sus seducciones. Poniendo otra vez en práctica la capitulacion de conciencia que permitia á sus pensamientos tomar la línea oblicua, siempre que sus acciones no se apartasen del camino derecho, compensó en sí misma con la honrada rigidez de su conducta aquellas sabrosas faltas de su imaginacion, pérfidas silfides que coloran con las caricias de sus alas las frentes mas inocentes. Recostada mas bien que sentada pasó largo rato en su divan pensando en Octavio, hablándole como si la hubiera podido contestar, haciéndole mil confesiones á cual mas tiernas y apasionadas, obsequiando en fin en el santuario de su corazon al que desterraba de sus ojos.

Esta exaltacion fué luego desvaneciéndose. Desde por la mañana, habia en la atmósfera esa pesadez eléctrica que causa una sensacion molesta á las organizaciones nerviosas. La tormenta largo tiempo contenida, rugia entonces con violencia: retumbaba el trueno repetido por los infinitos ecos de la montaña; sacudia la lluvia sin descanso las ventanas á cada instante, alguna rafaga de viento arrancaba lastimeros chirridos á las veletas de las chimeneas, á las persianas mal cerradas, á todo lo que ofrecia resistencia á su impulso aéreo. Otras veces, una bocanada mas penetrante se introducia hasta los corredores interiores, recorriéndolos como el sonido de una nota lúgubre en los tubos de un organo gigantesco. Un alma serena no hubiera podido escuchar sin conmoverse aquellas voces extrañas,

que se lamentaban en medio de la noche. La sensibilidad excesiva de la de Bergenheim, exaltada extraordinariamente con una lucha moral, que sostenia hacia ya algun tiempo, acabó de afectarse enteramente, á su pesar: tomaron sus pensamientos un giro melancólico en armonía con la tristeza de la tempestad, y se desvanecieron los dorados sueños de su mente, reemplazándolos un abatimiento sombrío.

En estos accesos de desaliento que iban haciéndose frecuentes, una mirada desencantada la mostraba los abismos que en otras ocasiones no habia querido ver, ó por lo menos habia creido poder salvar. Mientras que luchando de buena fé, habia mirado á Octavio como á un adversario, habia soportado su presencia, porque esta le distraia solamente; pero desde que se unió á él como quien se pasa al enemigo, y habia preferido su alma el partido del amante contra el marido, ya era este quien se le aparecia y quien triunfaba, porque se juzgaba débil, culpable, vencida antes de combatir. Cuando se la ocurria que su esposo podia repelerla con horror, cuando pensaba en esa sociedad que nunca perdona á la que el marido lanza su anatema, un sudor frio circulaba por sus venas, porque solo por él conservaba ella su dignidad. Si le placia á él retirarla su brazo, caia entonces de su posicion, sin que ningun poder humano fuera bastante á levantarla. El mundo condena á la esposa proscripta, y une á la sentencia del marido otra sentencia mas terrible tal vez, porque no hay cielo sereno, ni brisa indulgente, ni manos protectoras para las pobres criminales. Aunque humildes en su falta, hallan siempre mil pies que la pisoteen, mil gusanos que la roen, mil reptiles que la envenenan.

Una vez caida de la esfera de la ilusion á la de la realidad, la de Bergenheim se heria á cada paso. El mas amargo desaliento se apoderaba de ella al pensar en la imposibilidad de la dicha á que la condenaba una deplorable fatalidad. Su casamiento y su amor se disputaban su existencia; impotentes ambos para conquistarla enteramente; hábiles no mas que para herirse mútuamente. El matrimonio hacía un crimen del amor; este un tormento del matrimonio. Veíase arrastrada por su cadena sin virtud para llevarla, sin audacia para romperla, y no columbraba en su doloroso camino un término honroso á la par que dulce. Su eleccion estaba entre dos abismos; la vergüenza en la ternura, la desesperacion en la virtud.

En medio de sus ardientes meditaciones, habian pasado las horas velozmente; marcaba el reloj mas de media noche, y la de Bergenheim creyó que ya era tiempo de procurar el sueño que hasta entonces habia huido de ella. En vez de llamar á su doncella, cuya presencia importuna siempre esa necesidad de estar solos que el amor ins-

pira, dirigióse á la biblioteca á buscar un libro que sirviese de narcótico. Al abrir la puerta del gabinete vió en el suelo un objeto brillante como una piedra preciosa, y que se figuró sería alguno de sus anillos; pero al bajarse se convenció de su error; era un alfiler de rubíes montados en una chapita de oro esmaltado. A la primera ojeada recordó que pertenecia á Gerfaut; se le habia visto muchas veces en la corbata, porque las mujeres escudriñan siempre cuanto tiene relacion con sus amantes. Cogió el alfiler, y se retiró á su aposento con una precipitacion muy parecida á una fuga.

En un momento agotó su imaginacion mil conjeturas contradictorias, para explicar el hallazgo de aquel objeto en aquel parage. Sin duda habia entrado Octavio: ¿luego Octavio podia penetrar á su placer en tan reservado santuario? luego si lo habia hecho una vez ¿quién le impedia que lo repitiese cuando quisiese? ¿No podria por consiguiente aprovecharse, si se le antojaba, de la ausencia de Cristian? El terror de esta idea disipó como un baño de hielo la embriaguez de sus pensamientos; porque, como casi todas las mujeres, tenia mas valor en sueños que en accion, y si el espíritu se complacía alguna vez animando su pasion con incidentes romancéscos y peligrosos, llegada la crisis la encontraba trémula y enervada. Un momento antes evocaba la imágen de Octavio, y la sentaba amorosamente á su lado; pero la realizacion de este deseo la asustó luego que lo creyó posible, y solo pensó ya en sustraerse de él.

La idea de la puerta del corredor secreto fué un rayo de luz; se acordó de que esta puerta no solia estar cerrada, por estarlo siempre la de la biblioteca: sabia que Octavio tenia una llave de esta, y ya no dudó por dónde habia penetrado. Concentrando todo su valor se encaminó á la escalera con paso mal seguro, y echó el cerrojo á la puerta con desesperada resolucion. Consumado este acto de defensa volvió á su habitacion, y se dejó caer sobre el divan, como si aquella expedicion hubiera agotado sus fuerzas.

Poco á poco fué calmándose aquella emocion exagerada; Clemencia respiró con mas desahogo, y le pareció su terror una niñería cuando se juzgó libre del peligro; se propuso echar un buen sermon á Octavio para quitarle las ganas de repetir su tentativa; pero renunció despues al leve placer de esta riña, pensando que para gozarla necesitaba confesar el descubrimiento del alfiler, y restituírselo por consiguiente: siendo así que estaba firmemente decidida á guardarle para sí. Hacía tiempo que profesaba al tal alfiler una pasion de niño: la parecia la alhaja mas rica del mundo, y habia sido irresistible su tentacion por apropiársela. El mas vivo placer se apoderó de ella á la idea de esta mala accion, y rodeándose al cuello una corbatita de raso negro, clavó en ella el precioso rubí, despues de haberle besa-

do con mas devocion que á una reliquia, y corrió á juzgar en el espejo del efecto que hacía en ella la alhaja robada.

—¡Qué bonito está! ¡cuánto me gusta! dijo; pero ¿cómo haré para poderlo usar sin que lo vea?

Antes de que esta dificultad estuviese resuelta, sonó un ligero ruido, y quedó como petrificada delante del espejo.

—Es él! pensó, y despues de permanecer como absorta, se dirigió de puntillas hácia la escalera, escuchando con atencion. Al pronto no oyó mas que el precipitado latir de su corazon; pero en seguida el mismo ruido se hizo sentir con mas claridad. Era que retorcian el boton de la puerta de abajo para abrirle; el obstáculo imprevisto del cerrojo irritaba sin duda demasiado á la persona que queria entrar, porque insistió al fin con extremada violencia, pugnando por romper los goznes ó el pestillo.

La primera idea de Clemencia fué refugiarse en su alcoba y encerrarse; la segunda le mostró el peligro de la exasperacion de Octavio, y la desgracia que podría resultar si se oyese algun ruido desde fuera. No habia un minuto que perder en contemplaciones, y movida por una de esas resoluciones súbitas, que la necesidad inspira á los caracteres mas tímidos, bajó la jóven tímidamente la escalera, y descorrió el cerrojo.

La puerta se abrió, y se volvió á cerrar con la mayor precaucion. La lámpara de alabastro daba luz á los últimos escalones; pero los inferiores estaban en completa oscuridad, y con el corazon mas que con los ojos reconoció á Octavio: él tampoco divisaba apenas á la de Bergenheim, apoyada en el pasamano y temblando. Habia creido sorprenderla, y la hallaba alerta: la idea del papel un tanto desleal que en aquel momento representaba, agolpó á sus mejillas el carmin de la vergüenza, y por un momento perdió su aplomo habitual. Buscando en vano una frase que fuese capaz de justificarle desde luego, y conquistarle como un derecho lo que intentaba como delito, recurrió á un medio, que se emplea á falta de elocuencia: se inclinó para hincar la rodilla apoderándose de la mano de su amada: parecia que la violencia de sus sensaciones le impedia explicarse de otro modo que con una adoracion silenciosa.

Al sentir la mano que estrechaba la suya, retrocedió Clemencia, y dijo con sordo acento.

—Me causais horror!

—Horror! repitió incorporándose.

—Sí, y digo poco, añadió con una voz que efectivamente respiraba indignacion, debiera decir desprecio en vez de horror. Me habeis engañado diciéndome que me amabais, engañado indignamente!

—¿Eso dices cuando sabes que te adoro? exclamó con vehemencia: ¿qué pruebas quieres de mi amor?

—Salid, salid al punto. ¿Una prueba decís? Esta no mas, que salgais, os lo mando.

En lugar de obedecer la asió en sus brazos á pesar de su resistencia.

—No, no, la dijo, mándame que me mate á tus pies, y lo haré gustoso; pero salir no, eso no....

Clemencia luchó por desasirse, pero en vano.

—Oh! sois implacable, le dijo débilmente, os aborrezco, matadme!

Conmovióse Gerfaut del acento de angustia con que fueron pronunciadas estas palabras, y la dejó en libertad; pero al retirar sus brazos, sintió que vacilaba, y tuvo necesidad de sostenerla.

—¿Por qué me haceis tanto mal? murmuró con voz desfallecida, cayendo desmayada sobre el pecho de su amante.

Sosteniéndola en sus brazos subió, no sin dificultad, por la estrecha escalera, depositándola sobre los almohadones del divan. Habia perdido enteramente el sentido, y aun por la extrema palidez del rostro, hubiérase podido creer que estaba muerta, á no ser por un ligero extremecimiento que de vez en cuando agitaba sus miembros, y daba márgen á presagiar una crisis nerviosa. Prestóla Octavio los auxilios que su situacion reclamaba, como hombre familiarizado con los desmayos mujeriles. La doncella mas esperta no hubiera quitado mas pronto los corchetes y la corbatita que dificultaba su respiracion. A pesar de su ansiedad, no pudo reprimir una sonrisa al conocer su alfiler, que no esperaba por cierto hallar en el cuello de Clemencia, despues de los hostiles aprestos con que fuera recibido. Arrodillado á sus pies, la bañó con agua fria las manos y la sienes, y la hizo respirar un frasquillo de vinagre que por acaso halló en el tocador.

Estas atenciones produjeron su efecto; se calmaron las convulsiones nerviosas; los dientes apretados permitieron el paso á un débil hálito, y un ligero color animó el semblante de la baronesa. Abrió lánguidamente los ojos, y los volvió á cerrar como si la luz la ofendiera, y tendiendo uno de sus brazos rodeó el cuello de Octavio, permaneciendo así un breve espacio, respirando dulcemente, y durmiendo en la apariencia con el mas pacífico sueño.

—Me regalas tu alfiler, ¿no es verdad? dijo de pronto, dirigiéndose maquinalmente á su amante.

—No es tuyo cuanto tengo! respondió este con voz muy baja, en tanto que elevaba los mas fervientes ruegos porque no despertase de su sueño.

—Mio! prosiguió con voz débil y amorosa, vuelve á decir que me perteneces, que eres mi bien! mi existencia!

—¿Con que ya no me despides? ¿quieres que esté á tu lado? preguntó con dulce ironía.

—Quédate, sí, muy cerca! siempre....

Y estrechó mas la distancia que la separaba de Octavio; pero el ardor con que contestó á este movimiento involuntario de ternura, fué demasiado vivo para que pudiese resistir el sueño de Clemencia. Se incorporó en su asiento, abrió los ojos, y miró un instante en derredor con silencioso asombro.

—¿Qué ha sucedido, dijo por fin, ¿cómo es que estais aquí? oh! eso es horrible, con demasiada crueldad castigais mi flaqueza.

Esta severidad súbita despues de tanto abandono, tornó en irritacion el éstasis de Octavio.

—Vos sí, la respondió, vos sí que sois refinada en vuestra crueldad. ¿A qué dejarme entrever la dicha, si quereis arrancármela en seguida? Ya que sólo en sueños me amais, dormios por Dios otra vez, y no desperteis nunca. Me quedaré á vuestro lado custodiando vuestro sueño. Hace un momento eran tan dulces vuestras palabras! ¿por qué las desmentís ahora?

—¿Pues qué he dicho? preguntó titubeando y con inquieto rubor.

Pero estos síntomas que el creyó de mal agüero, acrecentaron su despecho: se levantó, y respondió con amargura:

—Nada temais; no abusaré de las palabras que se os han escapado, por muy lisonjeras que hayan sido para mí; decíais que me amabais, pero no, no lo creo; estais conmovida, sí, es verdad; pero es de miedo, no de amor.

Clemencia se separó algun tanto, y cruzados los brazos sobre el pecho le miró en silencio:

—¿Tan incompatibles son esos dos sentimientos? dijo: sois el único hombre que me inspira miedo, y á fé que otros no se quejarían de eso.

Tenia tan irresistible gracia en su acento y su mirada, que el mal humor de Gerfaut se desvaneció como el humo. Tornóse á hincar de rodillas, asió las manos de Clemencia, y quiso estrecharlas entre las suyas; pero ella en vez de consentirlo quiso hacerle que se levantára.

—Me hallo tan bien á vuestros pies! dijo resistiéndose dulcemente para conservar su posicion. Todo el mundo puede sentarse á vuestro lado; pero yo solo tengo el derecho de estar de rodillas. No me priveis de este derecho.

Clemencia desprendió una mano y la levantó, extendiendo el dedo con ademan amenazador.

—Acordaos algo menos de vuestros derechos, dijo, y mas de vuestros deberes. Os aconsejo que me obedezcais, y que os aprovecheis de mi indulgencia, que os permite sentaros á mi lado. Podria ser mas severa, y si os tratase como mereceis....

No le dejó tiempo para concluir. La precipitacion con que se levantó motivó una leve sonrisa, que cambió pronto en otra llena de tristeza, al paso que Octavio se envanecia con su triunfo. Sin embargo, al mirar á Clemencia no dejó de chocarle el sentimiento de amargura que sus rasgados ojos revelaban.

—Mucho me despreciais, dijo ella gravemente, cuando os habeis propasado á dar este paso! Y quién sabe si pensais mal de mí por esta misma flaqueza que no puedo ocultaros. Oh! peor que la muerte fuera el que me despreciáseis, porque os amo!

Cuando una mujer, ahogando las lágrimas, prorumpe en una queja que brota del corazon, no hay respuesta posible. Las súplicas, los juramentos son de hielo, y entonces quisiera uno poder morir para probar que es digno de amar. Oidas las palabras de Clemencia, contestó Gerfaut abatido:

—Ah! ¿por qué he merecido tan dura reprension?

Esta tristeza produjo mas efecto en la baronesa, que las protestas mas apasionadas.

—Perdonad, dijo, os he causado mucha pena; perdonadme, repito. Pero vos tambien habeis sido tan cruel! ¡Cuánto os amo! ¿Y no son las únicas escusas de mi conducta, la verdad, el esceso de mi ternura? Escusas débiles, lo sé, y que no me justifican! pero al fin se me figura que soy menos culpable en ceder á un sentimiento extremado.

—¿Con que me amas?

—Oh! Dios mio! bien sabeis que no es culpa mia, porque bastante he luchado! No me juzgueis con demasiada severidad, Octavio; necesito vuestra estimacion, porque ¿qué me quedará si me juzgais como yo me juzgo á mí propia? Ay! es muy triste mi situacion: cada prueba de afecto que de mí recibís, os dá derecho para respetarme menos.

—¿Por qué os complaceis en atormentarme, exclamó Gerfaut? ¿Quién os dá derecho para suponerme ingrato ó insensible? ¿respetaros menos porque me amais mas? ¿hacerme impío con mi divinidad cuando escucha mis votos? No, Clemencia, no sé dividir en dos partes mi alma, y separar el ardor de mis deseos de la veneracion que necesito tributaros: no reduzcais á tan mezquinas proporciones el sentimiento que me habeis inspirado. Cuando os llamo ángel y reina, hablo palabras con mi corazon, no con mi memoria, y si no estuvieran estas palabras á merced de las profanaciones del vulgo, las habria inventado para

vos, porque ellas solas expresan una débil idea de lo que sois á mis ojos. Puedes estar segura de que te amo respetuosa, apasionadamente; y no extraño tu incredulidad, porque no tengo palabras con que explicarte lo que siento. ¿Temes comprometer tu imperio haciéndome dichoso? Esa es una de las mentiras que el vulgo propala, y de que se indignan los que saben amar. Tranquilízate, no romperé tu cadena porque la hayas dorado: los reyes se arrodillan para su consagracion, y se levantan luego que estan coronados; pero yo, si tu mano me corona, me quedaré de rodillas.... de rodillas ahora, de rodillas siempre!

Ya Clemencia no le obligó á levantarse, porque le agradaba verlo á sus pies.

—Si os digo que salgais ¿me obedecereis? dijo despues de una breve pausa.

Tituveó Octavio, y la miró con ojos suplicantes.

—Obedeceré, dijo, pero ¿tendreis valor para mandar?

Las miradas de entrambos se confundieron. La inquietud que se pintaba en los ojos del amante, daba nuevo realce á su elocuencia ordinaria, al paso que la determinacion que animára un instante los de Clemencia, se iba extinguiendo en una mirada lángida y desarmada.

—Os permito quedaros hasta las doce y media, dijo echando una mirada al reloj, y Gerfaut siguiendo la direccion de esta mirada vió que apenas le concedia un cuarto de hora: sin embargo, era demasiado hábil para hacer la menor observacion, y sabia que el segundo cuarto de hora es mucho mas dificil de conseguir que el primero. La hermosa, por su parte, se arrepintió de la concesion que habia hecho; pero en vez de manifestar su inquietud, creyó deber hacer alarde de indiferencia.

—Estoy segura, dijo, que os he parecido hoy muy caprichosa; pero teneis que perdonarme, porque es achaque de familia. Ya sabeis el refran: *Capricho de Corandeuil!*

—Pues yo quiero que se diga: *Amor de Gerfaut!*

—Haceis bien en ser amable y decirme palabras dulces, porque las necesito esta noche. Me siento triste, abatida, y me acosan los mas negros pensamientos. Yo lo atribuyo á la tempestad. Son tan lúgubres los truenos! parecen precursores de la desgracia.

—Siempre vuestra imaginacion es la misma, dijo Gerfaut, sediento de sensaciones tristes. Si empleais el mismo afan en ser dichosa que en crearos penas, nuestra vida sería un vergel. ¿Qué importa la tempestad? Aun cuando os parezca emblema, ¿es acaso terrible? La nube es un vapor, el trueno un sonido, y entrambos igualmente efímeros: solo es eterno el azul del firmamento que por un momen-

tó pueden oscurecer. El cielo es el amor. ¿No crees como yo en su soberana inmortalidad?

—¿No habeis oido nada? dijo la de Bergenheim extremeciéndose y escuchando con terror.

—Nada ¿qué ha sido?

—Temo que Justina baje; es insoportable con sus atenciones... se levantó, y fué á mirar á la alcoba, cuyas puertas cerró con llave por via de precaucion.

—Justina está durmiendo, dijo Octavio: no me he arriesgado á venir hasta que ví apagada la luz de su habitacion.

—Dios mio! ¡cómo me late el corazon! Y vos sois la causa de estas palpitaciones que ahora siento á cualquier cosa. Sé que ningun peligro corremos, que á estas horas nadie entrará; y sin embargo, me domina un terror vago. Dicen que hay mujeres que se acostumbran á este tormento, y que saben ser culpables y estar tranquilas; pues bien, á veces sufro tanto que concibo el indigno deseo de ser como ellas. Mas ay! yo no sé como familiarizarme con el mal: habia nacido para ser virtuosa.

Y volvió la cabeza para ocultar el llanto que brotaba de sus ojos.

—¿Lloras? dijo Octavio con pasion: oh! no me desesperes diciendo que mi amor te hace desgraciada.

—Desgraciada, sí, mucho! Y con todo, no cambiaría esta desgracia por las mas espléndidas felicidades de otras. Esta desgracia es mi tesoro, mi vida. ¡Ser amada por vos! ¡pensar que ha habido un tiempo en que esta delicia hubiera sido legítima!.... Oh! que fatalidad nos persigue, Octavio! ¡Por qué hemos tardado tanto en conocernos! A veces sueño, sueño una cosa divina; que soy libre, y que vos.... triste de mí!

—Libre eres todavía, si me amas.... Es la lluvia que golpea la ventana, continuó viendo la inquietud con que Clemencia aplicaba el oido, como si algun ruido inesplicabe despertára de nuevo sus temores.

Escucharon un momento, pero no se oyeron mas que los monotonos silbidos de la tempestad.

—¡Ser amada por vos y no avergonzarse! repuso despues que se hubo tranquilizado, mirándole con ardor; confesar vuestra ternura como la gloria de mi vida; ¡vivir juntos sin estar temiendo siempre que un acaso nos separe! Esta sería una de esas felicidades celestes, de que solo en un sueño gozamos.

—Sí, sueño cuando estoy lejos de tí; pero cuando me ves á tus pies, cuando nuestros corazones laten á compás, no recuerdes para distraernos de la dicha presente la imágen de lo que está en nuestro

poder. Piensas que existan lazos que puedan unirnos mas estrechamente. ¿No soy tuyo? y tú que me hablas del don de tu alma como de un voto que no puede realizarse, ¿no me la has dado ya toda entera?

—¡Sí; toda entera! respondió, y con justicia. No comprendo la vida sino desde el dia que la recibí de tus ojos; desde entonces he vivido, y ahora puedo morir. Tú me has creado, y te adoro.

Recibióla en sus brazos á donde se habia refugiado para ocultar el rostro: apoyada así, permaneció un instante; pero se incorporó de pronto, asió las manos de Octavio, y las apretó convulsivamente.

—¡Estoy perdida! dijo con voz tan débil como si estuviera moribunda.

Instintivamente siguió la direccion de los ojos de Clemencia, que estaban fijos en la puerta vidriera. Una ondulacion casi imperceptible de la muselina que formaba el cortinaje fué cuanto pudo distinguir. En este instante un ruido casi imperceptible de pisadas, de roce de un pestillo corriéndose con la mas esquisita precaucion se dejó oir, y se abrió la puerta silenciosamente, como si una sombra la hubiera puesto en movimiento.

(*Se continuará*).

REVISTA LITERARIA.

Los misterios de Paris, *traducidos por D. Antonio Florez.* — **Madrid y sus misterios**, *por un desconocido.* — **Los misterios de Madrid**, *por D. J. M. Villergas.* — **El Judío errante**, *por Eugenio Sue* (traduccion). — **Historia de Granada**, *por Don Miguel Lafuente Alcántara.* — **Manual histórico-topográfico administrativo y artístico de Madrid**, *por D. Ramon Mesonero Romanos* — **Sevilla pintoresca**, *por D. José Amador de los Rios.*

Si hubiéramos de analizar detenidamente todas las obras que sirven de epígrafe á este artículo, necesitaríamos ocupar muchos números de la Revista. Pero como la crítica corre hoy parejas con la literatura, no se extrañará que la nuestra sea tan ligera como ella. Además nuestro propósito en este momento no es hacer un juicio profundo de todas las obras que se publican, pues esto como se vé no sería posible, sino tener al corriente á nuestros lectores del movimiento literario en España, apuntando nada mas sobre cada obra nuestras opiniones, formadas por una rápida y primera lectura. Y aunque quisiéramos hacer otra cosa no lo lograríamos, pues que tenemos que hablar de muchos libros, cuya publicacion no está mas que empezada, y de algunas de las cuales se debe temer que nunca lleguen al fin. Tal y tanta es la estéril abundancia de nuestra literatura.

Verdad es, que cuando hablamos de nuestra literatura no damos este título solamente á las escasísimas pro-

ducciones originales, que de tiempo en tiempo ven la luz en España, sino de todos los libros que se publican en nuestro idioma, de los cuales la mayor parte han nacido mas allá del Pirineo. Los varios títulos de obras que encabezan este artículo son una muestra fidelísima del estado de nuestra literatura. Traducciones, imitaciones serviles, reimpresiones y casi ninguna obra original. Si preguntamos á los autores la causa del estado lamentable en que se hallan las letras españolas, nos dirán que es la poca aficion del público á la lectura, y la escasa retribucion que por este motivo obtienen los trabajos literarios. Si hacemos la misma pregunta al público, nos dirá por el contrario que los autores tienen la culpa del atraso de la literatura, y nosotros creemos que unos y otros tienen razon por mas que ambos exageran la verdad. Ni los autores trabajan bastante para el adelantamiento de las letras, ni el público los estimula tampoco todo lo que sería necesario para el fomento que ellas exigen. Así es que por mas trabajo que nos cueste confesarlo, una nacion vecina nos provee de las obras que necesitamos para nuestra instruccion y recreo, y apenas hay autor que pretendiendo ser original, no tome sin embargo de fuentes extranjeras la sustancia de su doctrina. Esta es una necesidad deplorable, pero que no censuramos de ninguna manera. Quisiéramos, á fuer de buenos patricios, que España estuviese á la cabeza de las naciones civilizadas, é impusiese su ley á los demás pueblos de Europa, en punto á progresos intelectuales; pero ya que no sucede así, mejor es que siga la huella de la civilizacion de otros paises, que no que se quede estacionaria despreciando sus adelantamientos por hacer alarde ridículo de un mal entendido patriotismo. Con sumo gusto veríamos que los catálogos de nuestra librería no anunciáran sino obras originales; pero ya que esto no es posible, mas vale que nuestras prensas suden copiosísimas traducciones.

Bien sabemos las objeciones que nos harán otros críticos mas severos. Si se tradujeran menos libros franceses, nos

dirán, nuestros autores tendrían mas estímulo para escribir obras originales. Pero como por una parte apenas se publica algun libro en Francia se apoderan de él los traductores españoles, y como por otra el público suele preferir los libros que vienen de allende el Pirineo á los que se hacen en nuestra tierra, sin otro motivo que su orígen extranjero, no se atreven nuestros autores á rivalizar con tales adversarios. Este argumento es exactamente igual al que emplean ciertos economistas para demostrar que el modo de que adelante la industria indígena es prohibir la importacion de los productos de la extranjera. La respuesta por lo tanto debe ser análoga. Así como los consumidores tienen el buen sentido de preferir ciertas manufacturas extrañas á las propias, por la sencilla razon de encontrarlas mejores y mas baratas, del mismo modo el público literario suele estar mejor prevenido en favor de las obras que se escriben en el pais mas civilizado de Europa, que de las que se dan á luz en una nacion atrasada en ciencias y literatura. Corramos el camino que nos falta para ponernos á su nivel, y verémos como se verifica el fenómeno contrario.

Se dirá tambien que las traducciones acabarán con la pureza y hermosura de nuestro idioma, y que merced á ellas está hoy tan corrompida el habla bellísima de Cervantes. Todo esto es verdad hasta cierto punto, pero no mas allá. No puede dudarse de que la mayor parte de las personas ocupadas hoy en traducir del francés saben mal este idioma, y no mucho del suyo propio: tambien es cierto que ven la luz ciertos libros traducidos, que no parecen escritos en castellano; pero no lo es que sea esta la causa principal de la corrupcion de nuestra habla. Con la civilizacion y costumbres francesas que en España van introduciéndose, viene unido tambien el uso de la lengua de Francia. Hablamos casi á su estilo: ¿cómo es de extrañar que los traductores cometan escribiendo las mismas faltas? Nadie deplora mas que nosotros el fatal decaimiento de nuestro idioma; pero tambien conocemos que el remedio es por

desgracia imposible; y nos consuela sobre todo el ver que entre las malas traducciones que ven la luz pública hay algunas que no merecen tan grave censura.

Los misterios de Paris, que acaba de publicar el señor Florez, no pertenecen exactamente á esta última especie de traducciones, ni tampoco pueden colocarse entre las primeras; son un término medio entre lo malo y lo bueno. Esta novela, que es sin duda la que mas boga ha alcanzado en estos tiempos en Europa, ha sido introducida en España por tres ó cuatro conductos, es decir, por tres ó cuatro distintas traducciones, y la mejor entre ellas es sin duda la que ha hecho este apreciable escritor. Un libro que tanta curiosidad ha despertado, y que á estas horas se halla traducido á casi todos los idiomas europeos, bien merece le dediquemos algunas palabras aunque breves.

Varias cosas hay que considerar en *Los misterios de Paris*: su idea filosófica, su fábula, sus personajes, y su desempeño literario. Eugenio Sue corresponde á esa escuela de reformadores modernos, que persuadidos de que todos los males que experimentamos provienen de la mala organizacion social, pretenden cambiar de una plumada la obra de los siglos, organizar bajo una base y principios diversos la sociedad existente, mejorando la condicion de las clases obreras, utilizando las fuerzas productivas que poseen los ricos, y haciendo por último (y este es el término de su sistema) amable y placentero el trabajo, morigeradas é instruidas á las clases menesterosas, útiles en beneficio del procomun á las clases ricas, hijas de sus obras á las clases aristocráticas. Digno y laudable propósito, pero de cumplimiento imposible, como contrario que es á las leyes de la naturaleza humana. Eugenio Sue, sin embargo, atiende menos al remedio que á la manifestacion de la enfermedad, y hé aquí la causa de la popularidad que ha alcanzado su obra. La crítica que contra la sociedad presente lanzan los socialistas, por mas que sea exagerada, tiene mucho de cierto, y por eso el autor que se hubiera propuesto ha-

cerla, vistiéndola como Eugenio Sue con las formas de la novela, habia de haber sido muy leido, porque todos, cual mas cual menos, este en un pasage, aquel en otro, habian de hallar verdadero el pronóstico de la enfermedad reinante.

El escritor francés en la revelacion de cada uno de sus misterios ha descubierto un vicio de la sociedad presente, y señalado su causa. Ha hecho ver cómo la virtud mas pura se encuentra tambien en las clases inferiores; cómo el vicio y la corrupcion que en estas mismas clases suele hallarse, traen su orígen de la pésima organizacion del trabajo, y del mal uso que el gobierno hace de su poder. Hasta de los corazones mas corrompidos hace saltar de tiempo en tiempo centellas de virtud. La consecuencia de su libro es, que porque en la sociedad actual estan mal distribuidas las penas y las recompensas, salen de las clases ínfimas monstruosos criminales, de las medias hipócritas ó desgraciados, de las altas gente muelle, frívola ó corrompida. Dedúcese tambien que para ser virtuoso, á pesar de tantas causas de vicio y depravacion como nos rodean, se necesita una organizacion superior á la ordinaria, un alma mas elevada que suele serlo la de la muchedumbre, ó un corazon mas noble y puro de lo que es comun. Consecuencia á la verdad desconsoladora, pero contra la cual oponen los socialistas remedios, en su concepto eficaces, y son por ejemplo la llamada organizacion del trabajo, la reforma de las leyes penales, la construccion de falansterios, y todo lo que es consiguiente á un nuevo estado social. Y se infiere por último del libro de Sue, que muchos de estos corazones depravados son susceptibles todavía de una enmienda completa, cuando se saben aprovechar las propensiones hácia el bien que naturalmente encierran, y pasan por lo comun desapercibidas á los ojos de los legisladores, y las personas encargadas de la tutela de la sociedad.

Hé aquí la sustancia filosófica, si así puede decirse, el pensamiento moral de los *Misterios de Paris*. Este pensamiento, cuya principal falta no es ciertamente la complica-

cion, se desenvuelve y deslie en una larguísima relacion de sucesos, en un conjunto de innumerables episodios, que ocupan nada menos que diez tomos. Deseoso el autor de dar á su obra mas extension de la que debia tener naturalmente, y aun de la que él mismo pensó al principio darle, se ha visto forzado á repetir cien veces la idea moral de su novela, variando únicamente, y eso con poca originalidad, la forma de su manifestacion. Así es que cuando el lector concluye la primera parte deduce las mismas consecuencias, que cuando ha acabado de leer la última, á saber: todos los males de la sociedad provienen de su viciosa organizacion: todos los hombres serían buenos si la sociedad estuviese bien organizada.

Los socialistas pretenden remediar estos males con la intervencion de los legisladores y del gobierno, y para hacer ver cuan eficaz sería su influjo en esta reforma social, presenta Sue una muestra de lo que pueden conseguir las fuerzas solas de un individuo. Al efecto reviste de sus propias ideas al hijo de un soberano de Alemania, el cual no cuenta con otros recursos que con los de una mediana riqueza, y lo pone á investigar las desgracias y miserias de la vida en todas las gerarquías sociales, para aliviarlas ó prevenirlas segun los principios de su sistema. Rodolfo, el príncipe heredero de Gerolstein, es la providencia socialista que socorre al desgraciado de la manera mas propia para hacer su fortuna; que ampara al desvalido contra las injusticias de la organizacion social existente; que castiga á los criminales del modo mas adecuado para producir su enmienda, cuando es todavía posible, y que premia la virtud en cualquier estado y condicion que la halle. Rodolfo es un caballero andante de los tiempos presentes, y los *Misterios de Paris* el libro de la caballería del siglo XIX. Los caballeros andantes de la antigüedad recorrian el mundo para desfacer agravios y enderezar entuertos, que las leyes muy imperfectas entonces, y las costumbres un tanto anárquicas eran incapaces de enderezar y desfacer: Ro-

dolfo vá á París, que es el mundo de la civilizacion moderna, para remediar los males que esta misma civilizacion, imperfecta y atrasada de suyo, es incapaz de prevenir. ¿Qué diferencia hay entre D. Quijote y el héroe de los *Misterios de Paris*? Se dirá que D. Quijote era la exageracion de la caballería: ¿pero acaso Rodolfo no es tambien la exageracion de la filantropía socialista? D. Quijote creia que una docena de buenos caballeros serían bastantes para hacer frente al turco; y Rodolfo, ó lo que es lo mismo, los socialistas, creen que basta la organizacion falansteriana para poner remedio á todos los males que aquejan á la humanidad.

Como no es nuestro propósito hacer un juicio crítico completo de la obra, no llevamos adelante la comparacion, ni nos detenemos á refutar parte por parte todo el sistema furrierista, del cual se muestra decidido neófito Eugenio Sue. Bástenos decir, que los males que deploran los socialistas son tan verdaderos, como los que inspiraban sentimientos tan generosos á los caballeros de la edad media; pero que ambos han sido igualmente exagerados, unos por los escritores de aquella escuela, otros por los autores de los libros de caballería, y que para remediarlos nos parecen tan ineficaces los falansterios y la organizacion del trabajo, como las empresas atrevidas de los Rolandos y de los Amadis.

Si añadiéramos ahora los defectos y bellezas de esta obra, tal vez no diríamos nada que nuestros lectores no supieran, pues sobre ser los *Misterios de Paris* universalmente leidos, sus cualidades se alcanzan á cualquiera. ¿Quién no conoce que su fábula es ingeniosa é interesante, aunque sin union ni enlace alguno; que sus personajes estan perfectamente caracterizados, aunque careciendo de verdad casi todos ellos; que la accion en muchos episodios suele ser lánguida y pesada; que por último las reflexiones y consideraciones morales abundan en la obra mas de lo que debieran? Todo esto es sabido, y no necesita por consiguiente de explanacion. Es, sin embargo, merecido el éxito que ha logrado en toda Europa la obra de que tratamos, lo cual no

se debe atribuir ciertamente al sistema social y humanitario, que se desenvuelve en ella, sino á las cualidades literarias que todos la conceden con justicia. La accion interesa en muchos episodios, y cuando este interés cesa, queda todavía el de los personajes, hácia los cuales sabe atraer Eugenio Sue todas las simpatías del lector. ¿Quién ha leido esta novela sin enamorarse de Rodolfo, de Rigolette, de *Flor celestial* (*Fleur de Marie*), y de la familia de Morel? ¿Quién que no se haya interesado por German, madama D' Harville y *el Terrible*? Esto bastaba para que la obra fuera recibida como lo ha sido.

Despues de ella otros escritores de poca nota han tratado de revelar al público los misterios de otros paises; pero el público sensato ha manifestado poca curiosidad por ellos. *Los pequeños misterios de Paris* son una especie de rebusco en materia de misterios, son como sí dijéramos misterios inocentes y sin consecuencia. Hay despues los *Misterios de las provincias*, los *Misterios de Londres*, los *Misterios de Lisboa*, los *Misterios del teatro de la Opera*, y Madrid mismo tiene en este momento tres descubridores de sus misterios. Decir nuestro juicio sobre estas obras, sería cosa imposible, porque ni lo hemos formado, ni puede con acierto formarse estando todas al principio. La que tiene por título *Madrid y sus misterios* está llena de alusiones picantes y atrevidas, segun el parecer de personas que se dicen bien informadas de los misterios de la capital, y son una imitacion con honores de parodia de los que escribió Eugenio Sue. Los *Misterios de Madrid*, que se publican sin nombre de autor, son una crítica insulsa, vulgar y descolorida de nuestras costumbres: los *Misterios de Madrid* por el señor Villergas anuncian á nuestra sociedad amarguísimas verdades, y si hemos de juzgar por la reputacion de franqueza que goza su autor, bien puede esperarse que cumplirá su palabra. Misterios hay en Madrid para escribir una obra de diez volúmenes; pero el que hoy llama mas la atencion de algunas personas sin poderlo descubrir ninguna, es

el que encierra los nombres de los autores de los dos primeros *Misterios*. ¿Quién es el autor de *Madrid y sus misterios*? Hé aquí el primer misterio de esta obra. Si otras del mismo género se publican mas adelante, pronto llegará el dia en que pueda escribirse un libro titulado los *Misterios de los misterios de Madrid*.

Y pues que hablamos de los *Misterios de Paris*, no podemos dejar de hacer mencion de otra novela del mismo autor que apenas empezada goza ya de gran boga, aunque, si hemos de juzgar por los dos tomos publicados, esta boga es menos merecida que la de la obra de que acabamos de hablar. El *Judío errante* ha dado al *Constitutionnel*, único periódico que lo publica en París, 12400 suscritores; es traducido simultáneamente á casi todos los idiomas extranjeros, y en Madrid contamos de él á esta hora una media docena de traducciones. No podemos formar juicio sobre una obra que está todavía tan al principio; pero hablando de ella una Revista extranjera. «Dios nos guarde, dice, de detener un momento al *Judío errante* en su viaje al rededor del mundo. El *Judío errante* es el cólera: ingenioso medio por cierto de meter miedo á la crítica. Ha crecido muy poco el interés de esta novela en los dos tomos que van publicados, y no adelantar en estos casos es retroceder. ¿Los complicadísimos sucesos que se dejan entrever hasta ahora bastarán para despertar la curiosidad del lector? es por lo menos dudoso. El género fantástico no es en el que mas sobresale Eugenio Sue. La mayor parte de los personages de los *Misterios de Paris* no tenian realidad humana, pero el lector se deja sorprender por las apariencias de vida que encuentra en ellos, y aun llega á interesarse en particular por cada uno. Pero el judío errante y sus fantásticas aventuras dejan frio al lector. ¿Llegarán á interesar los demás personajes? La sombra del judío que en todas las situaciones difíciles esperamos será un obstáculo para ello. Las dos niñas, tan jóvenes, tan cándidas, tan desgraciadas, deberían enternecer al lector mas empedernido;

pero como el judío errante y Gabriel, que no conocen obstáculos materiales, derriban las puertas de las prisiones, y cruzan las distancias con la rapidez del viento, velan por ellas, estamos seguros de que no ha de sucederles ninguna catástrofe. Esta es una falta tan grave, que difícilmente podrá enmendarla el autor en los ocho volúmenes que le quedan.» Esta crítica, aunque no es enteramente infundada, nos parece un tanto severa. Es cierto que la ubicuidad y omnipotencia de los protectores de las huérfanas disminuyen el interés que de otro modo tomaría el lector por estas interesantes criaturas; es verdad que las escenas de Java y la India, la vida del general Simon, y un poco de las escenas de la quinta de Cardoville, son algo pesadas y sin interés; pero desde que han aparecido los dos interesantes personajes, la princesa de Saint Dizier y Adriana de Cardoville, la novela interesa sobremanera. El lector presume que el judío salvará á su familia de las asechanzas que se supone le dirige la compañía de Jesus; pero no preve los medios de que se servirá para conseguirlo, ni menos las vicisitudes por las cuales pasará esta familia antes de deshacerse de un enemigo tan poderoso. ¿Quién lee el *Judio errante* sin estar curioso por descubrir el misterio que encierra la convocacion de esa familia cosmopolita para el trece de febrero en París? ¿Quién no desea saber el motivo que tienen los jesuitas para perseguir tan encarnizadamente á esta familia desgraciada?

Entre las obras originales que hoy se publican, no podemos dejar de hacer mencion de la HISTORIA DE GRANADA que D. Miguel Lafuente Alcántara dá á luz en la misma ciudad. Comprende esta obra la historia de todos los sucesos ocurridos en las provincias de Almería, Jaen, Granada y Málaga desde la invasion de los fenicios hasta nuestros dias, con gran copia de documentos que los acreditan, algunos de ellos hasta ahora inédítos ó poco conocidos. El Sr. Lafuente ha hecho un estudio concienzudo de los escritos de D. Justino Antolinez, Luis del Marmol, D. Diego de Mendoza, Pe-

draza, el P. Chica, el P. Echavarría, D. Simon Argote, y de cuanto se ha publicado hasta ahora relativo á la historia de su pais. Unido este estudio con el no menos detenido que sin duda ha hecho tambien de los documentos originales, ha podido escribir un libro notable por su erudicion y por su crítica juiciosa y profunda. Empieza por la clasificacion de las antiguas razas, describe las revoluciones, guerras, rasgos magnánimos, crímenes, instituciones, monumentos notables en las diversas épocas de la dominacion fenicia, cartaginesa y romana en el reino que es objeto de su libro. Cuenta despues los progresos que hizo en él el cristianismo, y el trastorno ocasionado por la irrupcion de los bárbaros en el siglo V. Pinta en seguida la voluptuosa corte de los árabes, y refiere las caballerescas aventuras de Abd-el-Rhaman, las proezas del Cid, y las hazañas de los ínclitos reyes de Castilla, y de los muchos caballeros que siguiendo el pendon de la cruz se grangearon fama y riqueza, intentando la reconquista del pais granadino. Materia interesante para la historia que ha sabido aprovechar el Sr. Lafuente, narrando los sucesos con viveza y animacion, presentándolos bajo su aspecto mas dramático, sin separarse un punto de la verdad histórica, y manteniendo siempre despierta la curiosidad del lector, no solamente por el interés que de suyo tiene el asunto, sino por el arte y maestría con que ha sabido tratarlo. Lástima es que con las buenas cualidades que tiene el Sr. Lafuente haya descuidado, aunque pocas veces, la correccion y gala del estilo, que sienta tan bien en las obras históricas. Sin embargo, hemos leido con sumo gusto los dos tomos publicados, y aguardamos con impaciencia los restantes.

El Sr. Mesonero Romanos, tan ventajosamente conocido en la república de las letras, acaba de publicar una nueva edicion de su *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*. Saben nuestros lectores que el Señor Mesonero es un escritor muy entendido en los monumentos y antigüedades de la capital, siendo además una

prueba de esto que decimos el haberse agotado cuantas ediciones ha hecho hasta ahora del libro que reimprime, ó casi publica de nuevo. Las vicisitudes políticas, y el grande desarrollo que así en riqueza como en poblacion, y todo género de intereses materiales ha adquirido la villa de Madrid, habian dejado incompletas las últimas ediciones del *Manual*. El Sr. Mesonero ha llenado estas lagunas, y conseguido hacer, en su género, un libro tan completo, que no le exceden los mejores de su clase de las capitales extranjeras.

Otra obra del mismo linage que la anterior, aunque mucho mas limitada en su objeto, publica en Sevilla D. José Amador de los Rios, jóven muy ilustrado y con dotes de buen escritor. SEVILLA PINTÓRESCA es su título, y su objeto describir las antigüedades y monumentos artísticos que encierra esta interesante ciudad. Sevilla, cómo dice muy bien el autor, ofrece en sus edificios y monumentos multitud de asuntos dignos de admiracion, y abundantes materiales para escribir la historia de las artes. Su alcazar, su catedral, sus iglesias, su consulado, sus pinturas son un testimonio evidente de los grandes progresos que los Españoles hicieron en otro tiempo en las artes. Así, pues, un libro que cuente la historia de estos monumentos, los describa escrupulosamente, y señale sus bellezas, será un fragmento importantísimo de la historia general de las artes. Tal nos prometemos que sea la obra del Sr. Rios, si bien estando ahora tan al principio, no podemos formar de ella un juicio acabado.

Bien quisiéramos citar aquí otras muchas obras que tambien se publican en la actualidad; pero como este artículo va haciéndose ya demasiado extenso, lo dejamos para otro número, en el cual ablarémos de la BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION, la HISTORIA DE FELIPE II escrita por D. Evaristo San Miguel, y otras.

CRÓNICA POLÍTICA.

Las elecciones.—Contrato del gobierno con el Banco de San Fernando.—Proyecto de un nuevo sistema tributario.—Acusacion de algunos periódicos contra el consul de España en Gibraltar.—Establecimiento de un Banco en Barcelona.—Cuestion de Marruecos.—Reformas en la ordenanza de presidios.

Las elecciones que acaban de pasar encierran una leccion provechosa para todos los partidos, porque ponen de manifiesto la verdadera situacion del pais. Cada uno de los bandos políticos en que está dividida la nacion, ha aparecido en ellas tal cual es con sus vicios y sus defectos, y cada uno de los intereses que pugnan por ser satisfechos, se ha mostrado de la misma manera con toda su fuerza y verdad. El que quiera conocer el estado moral, político y económico de un pais, no tiene mas que examinarlo, si hay en él gobierno representativo, en una de estas épocas en que las cuestiones electorales ponen en movimiento todas sus fuerzas, revela sus pensamientos, y descubre sus males mas íntimos, y sus mas secretos recursos. Mas para que las elecciones den bien á conocer la verdadera situacion de un pais, es indispensable que se hagan con toda la libertad posible, lo cual acaba de suceder en España, por mas que se diga, porque el ministerio que podia haber influido en ellas, ha tenido sobre este punto una reserva escrupulosa. Habrá influido sin duda alguna de sus autoridades; pero como al obrar estas así no han representado la voluntad del gobierno, han tenido que apoyarse en algun interés local en con-

traposicion con otro, y no han sido en esta cuestion sino electores un poco mas influyentes.

Al consultar el Gobierno la opinion del pais cada partido ha dicho la suya, y la ha dicho con toda la franqueza posible, de modo, que quien quisiera averiguar por estas elecciones cual es la opinion pública sobre las mas graves cuestiones que hoy se agitan, fácilmente podría conocerla. Y como no solamente los partidos en masa, sino cada una de sus fracciones ó matices ha dicho tambien la suya, tampoco debe caber la menor duda sobre el estado interior político de cada uno de ellos. Estos partidos han luchado despues para el cumplimiento de sus respectivos fines, y en la lucha ha hecho alarde cada uno de sus fuerzas y sus recursos manifestando así los vicios de muerte que los minan, ó los gérmenes de vida que los rejuvenecen. Así el resultado de la gran cuestion que acaba de decidirse, encierra un juicio imparcial y severo de todos los bandos políticos que han contribuido á dilucidarla.

¿Qué quiere el partido moderado? Hé aquí el primer problema resuelto por la última eleccion. El antiguo partido moderado es uno en el fondo de sus principales doctrinas, pero vario al mismo tiempo por multitud de accidentes, los cuales sin embargo no varian de manera alguna su esencia. La monarquía constitucional, el respeto á los intereses creados, las reformas prudentes y civilizadoras fueron siempre como ahora su divisa. Pero este partido ha atravesado desde 1840 vicisitudes crueles, que han debido producir en muchos de sus individuos modificaciones importantes. En unos, las persecuciones han ocasionado irritacion y despecho, haciéndolos sobrado recelosos de sus adversarios; á otros, los escesos cometidos en nombre de la libertad les han separado un poco del justo medio en que estuvieron colocados hasta entonces; las cuestiones de intereses locales han producido tambien en algunos frialdad é indiferencia; y mas consecuentes muchos con las doctrinas, que profesaron siempre, mantienen ileso el depósito de su antigua fé política,

defendiéndole con conviccion profunda y hasta con entusiasmo. Mas estas ligerísimas diferencias no significan que el antiguo partido conservador esté fraccionado ó disuelto, ó, como los progresistas han llegado á suponer, que este partido no existe, sino que en tres años de persecucion y desgracia han perdido los hombres que lo componen la organizacion y disciplina que fueran convenientes, ó bien, que el partido conservador es tan numeroso, que no está unido sino por los vínculos de doctrinas generales, dividiéndose despues sobre puntos secundarios en fracciones diferentes. Esto mismo sucede en Francia y en Inglaterra, y sin embargo á nadie se le ha ocurrido decir que el partido conservador en estas naciones esté disuelto. Este partido así en la cámara de los comunes como en la de los diputados está unido y compacto en las votaciones importantes que afectan á sus doctrinas políticas ó á sus intereses esenciales, mas en las cuestiones que no tienen este carácter, cada uno de sus individuos obra con entera independencia, y vota por aquella solucion que mas acertada juzga.

La doctrina que dejamos sentada, acaba de confirmarse completamente en la eleccion que acaba de verificarse en España. Hay en el partido conservador quienes juzgan inoportuna la reforma constitucional, y quienes la desean con ahinco; hay quien tiene por desacertada la suspension de la venta de los bienes del clero, y quien la estima necesaria ó conveniente: hay quien desea en el Ministerio mas enerjía y actividad en la realizacion de su política, y quien juzga oportuna su reserva y comedimiento; hay quien se lastima de que no se restablezcan los fueros de las Provincias Vascongadas, y quien desea su completa abolicion; pero todas estas discusiones afectan poco ó nada al dogma político del partido, pues todos los que difieren sobre estas cuestiones de órden secundario, convienen en la necesidad de conservar el régimen constitucional; de reprimir la revolucion con las armas de la ley; de hacer en la administracion juiciosas reformas, y de suprimir ó des-

virtuar para ello el pernicioso influjo que tuvo antes de ahora la milicia nacional. Véase sino cómo las candidaturas votadas por mayoría en todas las provincias á excepcion de Navarra, representan estas ideas capitales, sin embargo de significar opiniones distintas respecto á las cuestiones que apuntamos anteriormente: véase cómo á pesar de las disensiones parciales ó diferencias sobre personas, han quedado ilesos los principios, los cuales ni siquiera han sido puestos en disputa entre los individuos de nuestra comunion política.

¿Qué quiere el partido absolutista? Este es el segundo problema resuelto por la contienda electoral. Este partido, mientras temió ó sufrió las persecuciones injustas del bando revolucionario, tuvo habilidad bastante para hacer en ciertos puntos capitales causa comun con nosotros, poniéndose bajo nuestra egida, é implorando nuestra defensa. Nosotros se la ofrecimos leal y sincera, porque así cumplíamos un deber de justicia, y no porque recibiésemos en cambio gratitud ni beneficio. Hablamos en favor de la iglesia y del clero, porque el clero y la iglesia eran respetables para nosotros, y merecian ser tratados con mas miramiento; y abogamos por el cumplimiento del tratado de Vergara, porque así lo exigía el honor del pais y el interés de la patria. Mas cuando los absolutistas han sacudido, merced á nosotros, el yugo revolucionario, y creido remoto el peligro de volver á sufrirlo, han arrojado la máscara con que han estado cubiertos, y en vez de mostrarse considerados con aquellos que les protegieron en la adversidad, se declaran sus enemigos implacables, haciéndoles la guerra no solamente por los medios constitucionales de que como ciudadanos disponen, sino por otros vedados, de cuya insuficiencia deberían estar convencidos. Puestos en la palestra, significan sin rebozo su pensamiento, y manifiestan sus pretensiones absurdas con una audacia increible. Piden á voz en grito la completa abolicion del régimen parlamentario, la anulacion de todos actos del gobierno constitucional des-

de 1834, la destruccion de todos los intereses creados en este tiempo, bajo la proteccion de las leyes, el restablecimiento del diezmo, y ¡quién lo diría! hasta la vuelta de los jesuitas. Pretextan para obrar así su libertad política como ciudadanos; y las mismas garantías constitucionales por cuya abolicion trabajan. Pero tengan entendido los nuevos campeones de la causa de D. Carlos, que esa libertad tiene un límite en todos los paises constitucionales, y que este límite está en la misma ley fundamental. Todo puede discutirse menos aquello mediante lo cual existe la misma discusion, es decir, menos la forma de gobierno y las partes esenciales de la ley fundamental. Los absolutistas han traspasado este límite con el ardor impetuoso de los revolucionarios, sin advertir que el resultado de semejante paso habia de serles funesto, y han conseguido que muchos pasen de la indiferencia á la animosidad contra ellos, sufriendo al mismo tiempo un desengaño amargo aun de aquellas provincias con excepcion de una, en las cuales contaban por mas segura la victoria. Así los carlistas han hecho de su fuerza un alarde impotente, y provocado en contra suya una reaccion tan poderosa, como ellos quizá no hubieran temido en el caso de salir victoriosos.

¿Qué quieren los progresistas? Este partido es el que en la ocasion presente ha manifestado menos franqueza; pero su conducta revela bien claro su pensamiento. Ha dicho en todos sus periódicos que no tomaba parte en las elecciones porque le faltaba libertad para hacerlo, porque el gobierno lo perseguiría si osaba contrariarlo, porque el partido dominante no toleraría contradiccion de ninguna especie, estando ahora en el apogeo de su triunfo. Pero fácilmente se conocerá que estos son pretextos para ocultar intenciones que la ley no permite manifestar por escrito, ni conviene tampoco hacer públicas á los partidos que las alimentan. No es el temor de provocar excesos y violencias lo que aleja á los progresistas de las urnas electorales, pues bien sabe este partido que aunque el gobier-

no estuviese dispuesto á cometerlos, serían insuficientes para falsear el voto de la nacion; bien sabe tambien que las elecciones de 1840, en las cuales luchó desesperadamente con nosotros, no ocasionó á sus individuos persecuciones ni padecimientos. Otro es el motivo de esta resolucion, motivo que se guardan muy bien de decir los periódicos de ese partido, pero que por fortuna se conoce y se descubre aun á pesar suyo. Creen los progresistas que ausentándose de las elecciones, podrán protestar contra la legitimidad de las Cortes que van á reunirse, y que para demostrar esta ilegitimidad habrá de bastarles decir, que un partido constitucional y numeroso no ha podido intervenir en su nombramiento. Ya comienzan á asegurar sus periódicos, que estas Cortes son fruto de las intrigas y amaños del ministerio; que no representarán legal ni moralmente la verdadera voluntad del pais, y pronto concluirán sin duda como en 1840, que no son Cortes, ni su poder es legítimo. Argumentos y pretextos semejantes emplearon hace cuatro años para justificar la revolucion de Setiembre. Entonces decian tambien que aquel Congreso no representaba la voluntad de la nacion, y que las elecciones no habian sido tales sino en vaga apariencia. Nosotros les contestábamos entonces, que su partido las habia sancionado con su presencia; que ellos habian luchado con nosotros, y si bien en la mayoría de las provincias habian triunfado nuestros candidatos, en otras eran los suyos los que habian obtenido la victoria. Para impedir que podamos hacerles ahora los mismos argumentos, es para lo que han predicado á sus partidarios que se abstengan de acudir á los colegios electorales. En 1840 deducian los progresistas de la ilegitimidad de las Cortes la necesidad y la justicia de un pronunciamiento: ¿será temeridad el decir que aspiran á sacar ahora las mismas consecuencias? Siendo los precendentes los mismos ¿no se puede temer con razon que los resultados sean semejantes? Así no se equivocará quien piense que lo que quiere el partido progresista es la revolucion, y que su conducta en las elecciones que acaban de verificarse, es una es-

pecie de preparacion para ella. El partido progresista irá justificando nuestro aserto, y quiera Dios que el Gobierno tenga siempre la fuerza y prevision bastante para impedir el cumplimiento de sus esperanzas.

Las cuestiones de Hacienda han adelantado poco desde que escribimos nuestra última crónica. Aun no se ha publicado la resolucion del Gobierno sobre la cuestion entonces pendiente de si los intereses del 3 por ciento habian de pagarse solamente en Madrid, ó tambien en las plazas de París y Londres; aunque extraoficialmente se asegura haberse decidido el Sr. Ministro del ramo por el primero de estos extremos. Hemos dicho nuestro parecer sobre esta cuestion en la Revista última, é insistimos todavía, á pesar de las razones contrarias alegadas por los que opinan de diversa manera.

El contrato celebrado con el Banco de San Fernando, que terminó á fines del mes último, ha sido renovado para los de setiembre y octubre, aunque bajo condiciones que ignoramos todavía por no haberlas aun publicado el periódico del gobierno. La recaudacion del mes de agosto no ha subido de 44 millones, á pesar de ser de 50 el tipo fijado para dicho mes. Pero esto no es extraño, porque el que acaba de pasar es el mas escaso de todos los del año para la recaudacion de las rentas públicas, y porque en el anterior todas las provincias hicieron un grande esfuerzo para cubrir parte de sus atrasos. Tenemos sin embargo entendido que en el presente mes la recaudacion vá siendo cuantiosa, y excederá tal vez con mucho á la última. Desde luego anunciamos que este sistema de recaudacion y anticipos por medio del Banco nos parecia conveniente, y la experiencia ha venido en apoyo nuestro.

Tambien ha presentado su dictámen la comision nombrada por el ministerio anterior para el arreglo de sistema tributario. Esta comision propone sustituir las contribuciones de culto y clero, paja y utensilios, frutos civiles y servicio de Navarra y Provincias Vascongadas, con una con-

tribucion directa sobre el producto de la riqueza inmueble y sobre la industria. Su sistema de recaudacion, reparto y asiento es tambien muy diferente del imperfecto seguido hasta ahora. Establece una renta de registro ó derecho de hipotecas como medio de comprobar la riqueza inmueble, asegurar su posesion, y procurar al Estado un nuevo recurso. Tambien propone una contribucion de consumos sobre determinados artículos. Pero como no sería bastante aumentar los ingresos si por otra parte no se reducian los gastos, la comision ha calculado que la principal reduccion debia recaer sobre el presupuesto del ministerio de la guerra y el de la caja de amortizacion. El primero que asciende hoy á sumas desproporcionadas queda reducido, segun dicho dictamen, á doscientos cincuenta y cuatro millones, esto es, á la misma cantidad que se señalaba para este ramo en el presupuesto del ministro Ballesteros, aunque en atencion á las circunstancias presentes se asignan treinta millones mas para el pago de las clases pasivas del mismo ministerio. Aun así resultaría un inmenso déficit si no se hiciese otra rebaja considerable en los intereses de la deuda. No es justo por cierto que queden desatendidos los interesados en esta última; pero tampoco es posible dedicar al pago de sus réditos los trecientos treinta y nueve millones que le estaban destinados en el presupuesto de 1843.

La principal ventaja que hallamos en el sistema tributario propuesto por la comision consiste en la igualdad que establece entre las diversas provincias del reino, sujetas hoy á un diverso régimen de contribuciones. Aragon, Navarra, las Provincias Vascongadas y Castilla, contribuyen de un modo desigual y diverso á los gastos generales del Estado. Es necesario que esta diferencia desaparezca, por el embarazo que opone á la unidad política y territorial de la monarquía. Ya que nuestra revolucion ha sido tan estéril que ni siquiera ha contribuido á hacer de España una sola nacion, menester es que el Gobierno se resuelva á hacerlo por sí mismo, arrostrando los peligros que sin

duda tiene la realizacion de tan importante propósito. Arriesgadas son ciertamente las innovaciones en el sistema tributario de cualquier pais, mas entre nosotros han llegado á ser tan urgentes, que no es posible ya aplazarlas por mas tiempo.

La comision calcula que los productos de la nueva contribucion que debe sustituir á la de frutos civiles, paja y utensilios etc., etc. podrán ascender á 300 millones de reales, y á 200 el rendimiento de la nueva contribucion sobre consumos. Quedarán sin duda con los nuevos impuestos algo recargados los contribuyentes, y esto es preciso si alguna vez han de igualarse los gastos con los productos; mas ciertamente no los aprobarían las cortes, si por otra parte no se hiciesen las economías que son indispensables. De otro modo á pesar del sacrificio que se imponga á los contribuyentes, seguirá el deficit siendo cuantioso, y el patrimonio de la nacion en el mismo desórden que ha estado hasta ahora.

Un suceso que á ser cierto hubiera sido de la mayor gravedad, ha llamado la atencion pública, y alimentado la polémica de los periódicos. Díjose que nuestro consul en Gibraltar, de acuerdo con un emigrado progresista, hombre de mala nota y peores costumbres, habia provocado á los otros emigrados á hacer un desembarco en las costas de Málaga, suponiendo que serían recibidos en ellas por sus amigos políticos, y con el infame propósito de entregarlos á las autoridades del gobierno. Suponian tambien que en poder del gobernador de Gibraltar obraban documentos fehacientes que probaban la complicidad de nuestro encargado, y con este motivo muchos periódicos aun de diferentes opiniones políticas llamaron la atencion del Gobierno, y pidieron se diese una satisfaccion solemne á la moral y á la justicia pública. Las reclamaciones de la prensa causaron al punto su efecto. El gobernador de Gibraltar publicó en los periódicos de esta plaza una justificacion del consul de España, y aquellos diarios de Madrid, que sin miras de oposicion al

Gobierno, habian censurado la conducta atribuida á aquel funcionario, se han mostrado satisfechos. Mucho nos alegramos de que no hayan sido ciertas las graves faltas atribuidas á nuestro consul, aunque sentimos que para acabar de confundir á los interesados en esta calumnia, no haya sido mas esplícito en la justificacion de su conducta.

Tampoco podemos dejar de hacer mencion del establecimiento del banco de Barcelona, decretado por el anterior ministerio, y llevado á cabo por este. En ninguna provincia de España era mas necesaria que en Barcelona esta nueva institucion de crédito, porque en ninguna tampoco tienen y necesitan mas movimiento los capitales. Otras provincias seguirán sin duda el mismo ejemplo, y así no dudamos que dentro de poco se hayan desenvuelto y crecido de una manera considerable los infinitos gérmenes de prosperidad que esta nacion encierra. Las bases sobre las cuales se ha autorizado el establecimiento del banco, nos parecen acertadas y conformes con lo que la experiencia enseña sobre esta materia.

Aunque nada ha publicado aun el Gobierno sobre el arreglo de nuestras diferencias con el emperador de Marruecos, es indudable que esta cuestion esté por ahora terminada. Tal vez se espera para que lo sea de una manera oficial y definitiva á que el gobierno francés tenga mas adelantada la suya. Y como segun las noticias últimamente recibidas, la cuestion marroquí-francesa está tambien á punto de terminarse; no tardará mucho en informarnos la Gaceta de las negociaciones seguidas últimamente entre el sultan y nuestro gobierno. Mas para llegar á este punto la cuestion con Francia, han precedido el bombardeo de Mogador, y la ocupacion de la isla del mismo nombre por las tropas francesas. Abandonada la ciudad por sus moradores, ha sido saqueada por los Kabylas. Los daños causados al emperador han sido inmensos: como el príncipe de Joinville habia recibido instrucciones de su gobierno que le permitian obrar con cierta latitud, se aprovechó con mu-

cho acierto de esta feliz circunstancia. La accion de Isly no ha sido menos gloriosa para las armas francesas. 10.000 hombres del mariscal Bugeaud han resistido el ataque de toda la caballería marroquí: la mortandad en los mahometanos ha sido horrorosa, y la pérdida de los franceses de alguna consideracion.

Pero cuando la cuestion de Marruecos iba perdiendo importancia, adquiríala la de Otaiti entre los gobiernos de Francia é Inglaterra. Sabido es el orígen de esta cuestion, y que por el extrañamiento de aquellas remotas islas del misionero inglés Mr. Pritchard, habia serias reclamaciones por parte de su gobierno contra el de Francia. Hubo un momento en que esta cuestion llegó á adquirir una gravedad peligrosa, mas por fortuna se ha terminado tambien á satisfaccion de los dos gobiernos. Mr. Pritchard no volverá á Otaiti, ni los señores Bruat y d'Aubigny serán exonerados de sus cargos: el antiguo consul inglés será indemnizado de los perjuicios que personalmente se le hubieren irrogado durante su prision por las autoridades francesas, y el gobierno de la misma nacion será libre de obrar respecto á sus mandatarios de la manera que crea conveniente.

Un decreto de grande importancia acaba de publicar el ministro de la Gobernacion sobre la reforma de la ordenanza de presidios. Redúcese por él el número de estos establecimientos, y se remueven algunos obstáculos que segun la legislacion vigente dificultaban otras reformas de mayor trascendencia. Otras esperamos del mismo género en la administracion pública, si bien de aquellas que pueden hacerse sin la intervencion de las Cortes.

16 de Setiembre de 1844.

POZOS ARTESIANOS.

I.

Si las revoluciones políticas en que se ha visto envuelta la España desde principios del presente siglo no hubieran distraido nuestra atencion de las mejoras de que es susceptible el pais, y en las cuales otros nos han adelantado con buen éxito; si como las demás naciones la España hubiera gozado tranquila de los beneficios que la paz proporciona, sería inconcebible que no se hubiese hecho en una extensa escala la aplicacion de los pozos artesianos, invencion que tan ventajosos resultados produce. Pero es condicion fatal de las revoluciones impedir desde luego todo adelanto provechoso; y nótese que aun cuando aquellas se hacen las mas veces en nombre de las reformas y mejoras, ni unas ni otras suelen conseguirse hasta despues de restablecida la tranquilidad, es decir, hasta despues que la revolucion ha pasado. Esto no prueba que todas las revoluciones sean estériles; pero demuestra hasta la evidencia que no deben ser frecuentes ni largas. La nuestra, ó mejor dicho, las nuestras, creemos que han durado lo suficiente para dejar á los españoles hartos por muchísimo tiempo de convulsiones políticas; es por tanto llegada la época de pensar en las mejoras materiales. Una de ellas, de mas segura y ventajosa aplicacion, es sin disputa el establecimiento de pozos artesianos, principalmente en nuestras provincias del centro, que faltas de agua por lo general, no han podido todavía llegar al grado de prosperidad que se advierte en otras, mas favorecidas por la naturaleza con este precioso elemento. El que haya visitado la Mancha, el que haya recorrido los áridos campos de Castilla y parte de Extremadura, ese solo podrá formarse una idea de la inmensidad de pérdidas que causa la falta de agua en aquellos terrenos, y de las innumerables ventajas que produciría la abundancia de ella. No creemos, pues, fuera del caso dedicar un artículo al objeto importante que hemos anunciado, y ojalá estas líneas estimuláran sino al Gobierno, á las sociedades, á los propietarios de terrenos, á las empresas particulares, á poner en práctica la invencion de que vamos á dar una idea.

Entre los pozos artesianos que se conocen en el extranjero, el de Grenèlle es el que ha dado hasta ahora mejores resultados. El distrito y barrio de Grenèlle estaban privados de agua: las autoridades de París encargaron á M. Mulot la formacion de un pozo artesiano. Antes de principiar su trabajo no quiso aquel abandonar á la casualidad el éxito de su empresa, y la confianza con que continuó su obra, á pesar de los tiros de la ignorancia y las reticencias nada estimulantes de algunos sábios, estaba basada sobre conocimientos geológicos positivos y una larga experiencia.

Dos condiciones son necesarias para el establecimiento de un pozo artesiano: primera, la existencia de una capa de tierra permeable, como la arena, entre dos capas impermeables, como la arcilla; segunda, la infiltracion de las aguas en la capa permeable por un punto mas elevado que aquel en donde deben salir. ¿Se reunian estas dos condiciones para asegurar el éxito en el taladro de Grenèlle? Esto es lo primero que vamos á examinar.

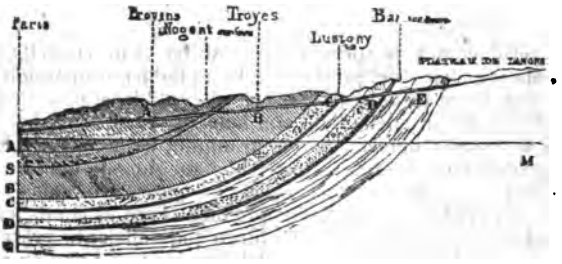


FIGURA 1.ª

(Seccion geológica por medio de un plano vertical que pasa por París y Troyes en Champaña).

AA, terrenos terciarios mas elevados que la greda. — BB, greda ó calcáreo cretáceo. — CC, arenas verdes y arcillas del Gault. — EE Oolito, calcáreo jurásico, etc. — AE, inclinacion general del terreno desde la llanura de Langres á París. — AM, nivel del mar.

Representémonos la llanura de París bajo la forma de un cimiento profundo (figura 1.ª BB) formado por la greda, y sobre el cual se han depositado sucesivamente los diversos terrenos llamados *terciarios* (AA), en cuyo centro está situado París. En un espacio circular, cuyo contorno está formado por Leon, Mantes, Blois, Sancerre, Nagen-sur-Seine y Epernay existen estos terrenos en la superficie del suelo, y ocultan de nuestra vista el terreno gredoso; pero saliendo de la circunferencia de las ciudades que acabamos de citar,

se llega á los límites del cimiento, y la greda se manifiesta generalmente en la superficie del suelo.

Estudiemos ahora la sucesion de terrenos terciarios, sobre los cuales está edificado París, para comprender los obstáculos que M. Mulot habia de vencer, y las probabilidades que tenia de buen éxito. Sin hablar de las colinas que rodean la capital de Francia, trataremos solamente del terreno y la llanura de Grenèlle. Hállase formado en su superficie por arenas, guijarros y restos de rocas que han sido llevadas allí por las aguas en épocas muy anteriores á los tiempos históricos; por bajo de este *terreno movedizo*, que así es llamado, se encuentra en algunos distritos el *calcáreo grosero*, cuya fuerte union de partes produce las piedras para la construccion de edificios. Pero varias inducciones geológicas y trabajos ejecutados antes, indicaban con seguridad que esta especie de terreno no existia en Grenèlle, sino que estaba representado por la marga y la arcilla. M. Mulot sabia tambien que no encontraría las corrientes artesianas (fig. 1.ª S) que se dirigen por las arenas inferiores al calcáreo grosero, y que abastecen los pozos de Saint-Ouen, Saint-Denís, y de Stains, pues que de antemano habia anunciado que el pozo de Grenèlle tendría lo menos cuatrocientas varas de profundidad. Debajo de estos terrenos que hemos dicho debian hallarse en vez del calcáreo grosero, la sonda tenia que atravesar arenas puras y arcilla plástica, que se usa para el embaldosado de las fuentes, y la emplean tambien los escultores, y en fin la greda, es decir, al fondo del cimiento en que los terrenos terciarios estan depositados. ¿Cuál era el espesor de esta capa de greda, única que por su fuerza y duracion podría oponer grave obstáculo á la sonda artesiana? No habia medios de saberlo. Los pozos abiertos en Elbeuf, Ruan y Tours no daban sobre este punto mas que indicios insuficientes. La fortaleza, es decir, el espesor de la greda que existia bajo Grenèlle, era el único elemento geológico desconocido que podría retardar la perforacion mas tiempo del presupuesto por M. Mulot. Pero vencido este obstáculo, ¿tenia la certeza de hallar agua bajo aquella masa de greda? En primer lugar los terrenos subyacentes á la greda (figura 1,ª CD) reunen, como vamos á ver, todas las condiciones necesarias para la existencia de las corrientes artesianas, á saber: una sucesion de capas de arcilla y arena, es decir, de capas permeables é impermeables. En segundo lugar M. Mulot podia apoyar su opinion en la experiencia anterior de los pozos abiertos en Ruan, Elbeuf y Tours, donde se habian hallado corrientes copiosas de agua por bajo de la greda, entre las capas de arcilla de que hablamos, y las que llevan el nombre de arcilla *del Gault*.

Pero es necesaria otra condicion para que el agua pueda elevarse en un pozo artesiano, y es que los puntos de infiltracion estén mas elevados que el orificio, por cima del cual ha de salir el agua. Esta condicion existia tambien en Grenèlle. En efecto, M. Arago habia demostrado que el agua de la corriente de que tratamos, debia necesariamente llegar á la superficie del suelo; porque en el pozo de la ciudad de Elbeuf, que se halla á ocho varas por cima del nivel del mar, el agua podia elevarse de veinte y cinco á veinte y siete varas sobre el suelo, y por consiguiente de treinta y tres á treinta y cinco sobre el nivel del Océano: ahora bien, el orificio del pozo de Grenèlle no está mas que á treinta y una varas por cima de este mismo nivel; por consiguiente si se encontraba la misma corriente, ésta ne-

cesariamente habia de subir á la superficie del suelo en aquel barrio. M. Walferdin obtuvo igual resultado por otro camino distinto: propúsose hallar los puntos de infiltracion, es decir, los puntos en que las capas arcillosas y las de arena verde subyacentes á la greda se presentaban en la superficie del suelo. Siguió M. Walferdin en esta investigacion las corrientes de agua superficiales del Sena y del Marne, pensando que hasta cierto punto podian ser consideradas como el indicio exterior de las corrientes subterráneas. Subiendo pues en direccion de estos dos rios, halló en las inmediaciones de Lusigny (figura 1.ª), como á tres leguas de Troyes, la arcilla y la arena verde, en que esperaba hallar la corriente de agua de París. Ahora bien, este punto en que la arena verde sucedia á la arcilla en la superficie del suelo, está de noventa y cinco á cien varas mas elevado que la llanura del Grenèlle, y todos los puntos en que estas arenas verdes han sido observadas como la Charité, Allichamps cerca de Vassy, Chateau-Lavallière y Parigne se hallan en condiciones análogas.

Así pues no solamente existian las mayores probabilidades de encontrar una corriente de agua en la arcilla subyacente á la greda, sino que podia presumirse tambien con toda la certeza de los datos físico-geológicos que aquella corriente subiria á la superficie del suelo.

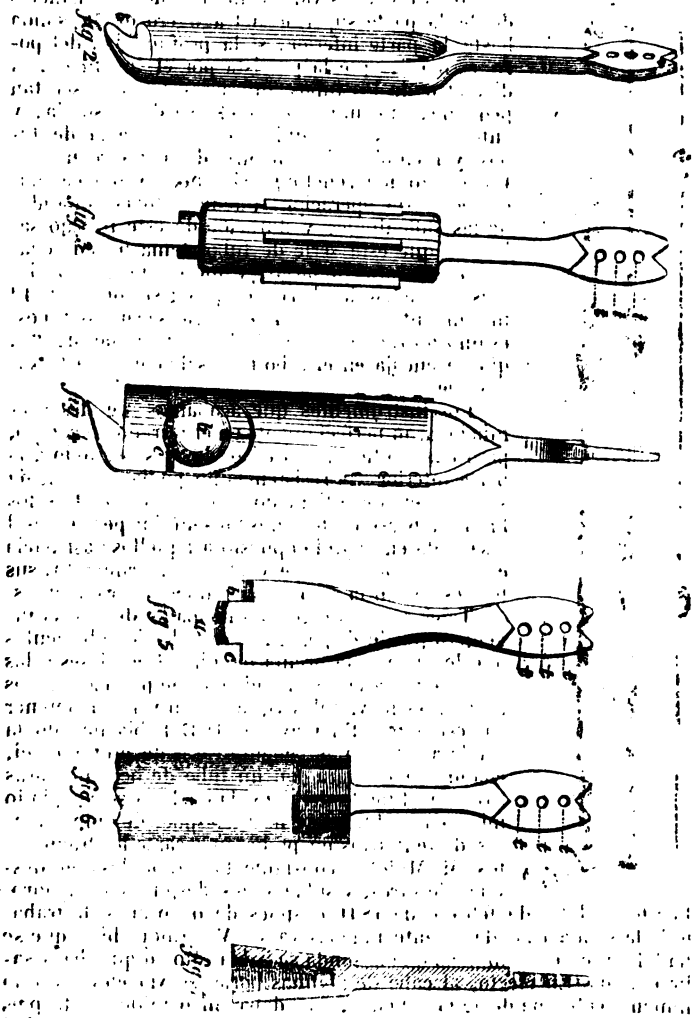
Ya que conocemos el cálculo de M. Mulot, y tenemos una idea de la sucesion de terrenos que debia atravesar para llegar á la corriente de agua subyacente á la greda, veamos de qué modo venció todos los obstáculos para buscarla en la inmensa profundidad de quinientas cuarenta y ocho varas bajo el suelo de París.

II.

La sonda artesiana se compone de una série de tubos de hierro de veinte y cuatro pies de longitud, y sujetados, ó mas bien clavados, esto es, penetrando los unos en los otros como una cuña en la muesca, y asegurados por medio de tornillos (gruesos clavos que se introducen en los agugeros t, t, t, fig. 3, 5 y 6) A la extremidad de estos tubos se fijan los instrumentos que se quieren emplear. Para hacer bajar ó subir el aparato, se le suspende de un gancho, (fig. 9, C.) sostenido por una garrucha M., y comunicando por medio de las poleas PP. con el torno por donde se maneja el instrumento. Para perforar, se emplea otro torno que imprime á la sonda un movimiento de rotacion.

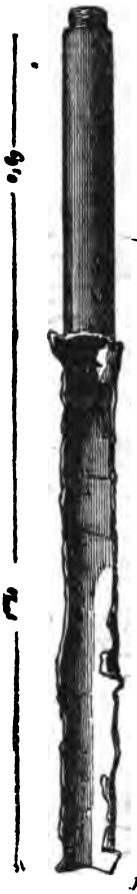
Los terrenos poco resistentes como la arcilla se perforaron fácilmente con un taladro (fig. 2.) en forma de cilindro hueco, abierto por la parte inferior, y armado de una punta b. que penetra en la arcilla; esta pasa á lo interior del cilindro, y de este modo puede sacársela á la superficie. Pero en las arenas y arcillas casi liquificadas por el agua que las deslie, se recurre á la *cuchara de válvula* (fig. 4.), de que presentamos aquí la seccion longitudinal: es un cilindro análogo al primero; pero que tiene en lo interior una abertura de diámetro menor que el del cilindro: por cima de esta abertura hay una bola de hierro movible, pero que la cierra exactamente. Cuando la cuchara penetra en la arena, ésta estrechada por aquel peso enorme levanta la bola y penetra en el cilindro; pero cuando se principia á retirar la sonda, la bola cae por su propio peso, cierra el orificio del cilindro, y proporciona así el medio de subir á la superficie la arena de que se ha llenado.

Si no hubiese cuidado de sostener la tierra que circunda la abertura que hace la sonda á medida que ésta adelanta, se desmoronaría y cerraría bien pronto el taladro. Para evitar esto, se usan tubos de hierro fundido ó batido encajados uno en otro en forma de catalejos.



Mas para colocar estos tubos, es preciso ensanchar la abertura, lo que se consigue por medio de un cilindro macizo (fig. 3.) guarnecido en su superficie de láminas de hierro verticales, que van cortando circularmente la tierra, y produciendo de este modo el efecto. Para in-

troducir los tubos se usa de un *tapon* ó cilindro con un reborde superior circular: el tubo se encaja en el cilindro hasta el reborde circular que le detiene, y así se le baja al pozo.



Como los tubos van disminuyendo de diámetro desde la parte superior del agugero de la sonda hasta la parte inferior, si la profundidad del pozo es mayor que la prevista por el ingeniero, el diámetro de los tubos inferiores viene á ser tan pequeño, que imposibilita el uso de la sonda, y entonces es preciso quitar todo el sistema de tubos, y reemplazarle con otro de diámetro mayor. En el pozo de Grenèlle ha sido necesario hacer cinco veces esta operacion. Puede formarse una idea de las dificultades y duracion de este trabajo sabiendo que esta série de tubos tenia mas de cuatrocientas varas de largo, y que era necesario además ensanchar la abertura en toda su longitud. El instrumento que se emplea para sacar los tubos, es un *taladro* cilíndrico de filete triangular (fig. 6.), que se encaja en el tubo t, y sale con él á la superficie.

Los instrumentos que acabamos de describir funcionaron perfectamente en el terreno *movedizo*; pero cuando llegaron á la greda, y sobre todo á la parte inferior, la resistencia no podia ser vencida sino por el cincel llamado *trepano* (fig. 5). Los dos biseles a b estan en el mismo sentido; pero el bisel c se halla en sentido opuesto á aquellos; así hácia cualquiera parte que se vuelva el instrumento, sus biseles cortan la roca, y la reducen á fragmentos.

Tales son los medios principales de que el ingeniero puede disponer; pero todos los obstáculos que le oponen la arcilla de diferentes clases ó las rocas refractarias, son nada en comparacion de los accidentes inevitables, que suelen venir á detener sus esfuerzos. En mayo de 1837 habia llegado la sonda á trescientas ochenta varas de profundidad, cuando la cuchara con un tubo de ochenta varas cayeron al fondo del pozo: la cuchara se rompió lo mismo que el tubo, y hasta despues de quince meses de tentativas no pudieron sacarse los fragmentos. M. Mulot lo consiguió taladrándolos unos despues de otros, y subiéndolos despues con taladro. Por fin, el 26 de febrero de 1841 despues de ocho años de trabajos, la sonda bajó de repente muchas varas. M. Mulot, hijo, que se hallaba presente, anunció que la sonda se habia roto, ó que iba á salir el agua. En efecto, al cabo de algunas horas se vió elevarse una inmensa columna de agua caliente, que daba cinco millones de pies cúbicos por hora (fig. 9). Se habia llegado á la inmensa profundidad de quinientas cuarenta y ocho varas, es decir, mas de cinco veces la altura de la torre de los Inválidos, mas de ocho veces las de Nuestra Señora, y trece veces la de la columna de la plaza de Vendome. El pozo baja hasta quinientas diez y siete varas del nivel del mar, y su extremidad inferior corresponde al punto E. de la fig. 1.ª

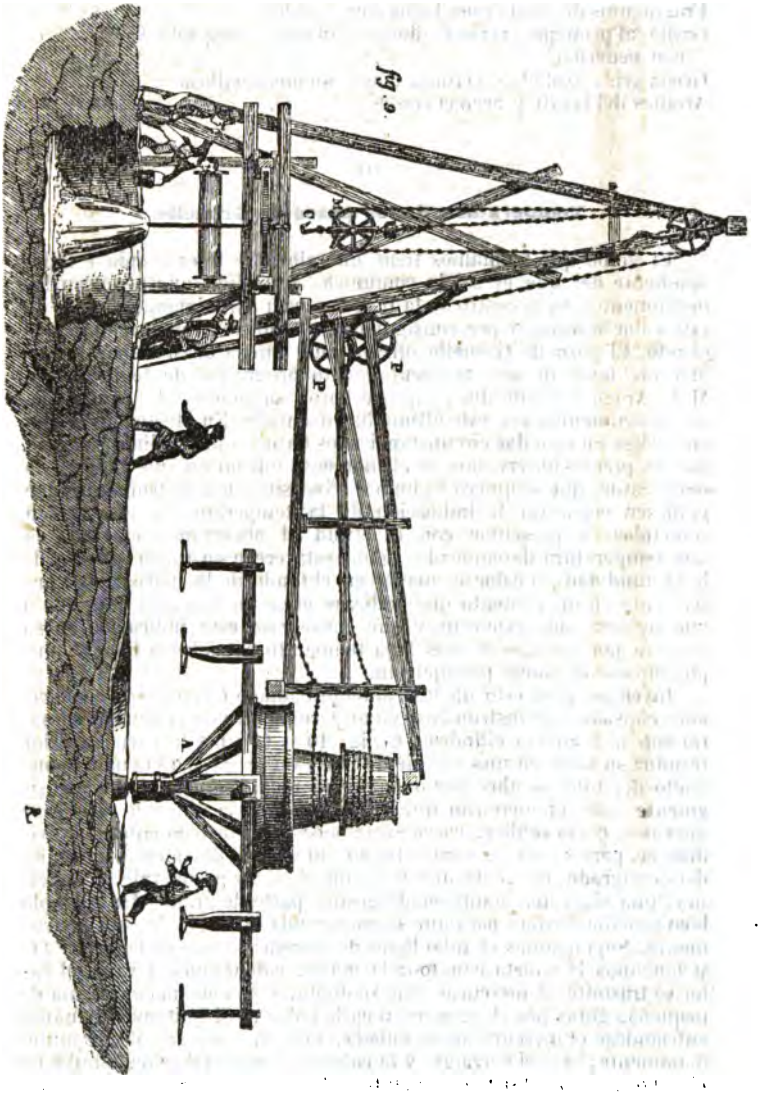


Fig. 9.

Véase el espesor de las diferentes capas atravesadas por la sonda.

Terreno movedizo, arena y guijarros.	10	varas.
Arenas, arcillas representando el calcáreo, en piedra. . .	30	
Fragmentos de greda mezclados con la arcilla.	5	
Greda al principio arenosa, despues blanca, compacta y con pedernal.	420	
Greda gris, azulada y verdosa mas ó menos arcillosa. . .	27	
Arcillas del Gault y arenas verdes.	56	
	548	

III.

Temperatura de los pozos de Grenelle.

El globo que habitamos tiene un calor que le es propio é independiente del que el sol le comunica. A medida que penetran los instrumentos en el centro de la tierra, se van aproximando al foco de este calor interno, y por consiguiente la temperatura vá siempre creciendo. El pozo de Grenêlle ofrecia muy buena ocasion para estudiar las leyes de este acrecentamiento progresivo de temperatura. MM. Arago y Walferdin la aprovecharon sirviéndose de los ingeniosos instrumentos que este último ha inventado. En efecto, no podian emplearse en aquellas circunstancias los termómetros ordinarios, pues que es preciso observarlos en el momento mismo en que indican la temperatura que se quiere examinar. Necesitábanse instrumentos que pudiesen conservar la indicacion de la temperatura á que fuesen sometidos, y presentar con exactitud al observador el grado de una temperatura desconocida. Como está crece en razon directa de la profundidad, el calor es mayor en el fondo de los pozos. Por consiguiente un instrumento que indicase el grado mas alto de calor á que hubiera sido expuesto, y que conservase esta indicacion en su tránsito por parages de mas baja temperatura, debería llenar cumplidamente el objeto presupuesto.

Inventóse para esto un instrumento llamado *termómetro à maxima*: consiste este instrumento en un termómetro de mercurio ordinario con una cubeta cilíndrica C (fig. 10 y 11); por la parte superior termina su tubo en una especie de bolsa P (fig. 11) en la cual el conducto del tubo se abre por un agugero muy pequeño D. Por consiguiente todo el mercurio que se escape por la punta D, ó que se *derrame*, como se dice, caerá en la bolsa P. El instrumento está dividido en partes, de las cuales 10, 20, 40 y mas equivalen á un grado del centígrado, de modo que cada una de estas partes vale una décima, una vigésima, ó una cuadragésima parte de grado. Un ejemplo bien sencillo bastará para que se comprenda la teoría de este instrumento. Supongamos el tubo lleno de mercurio como en la figura 11: si tomamos la cubeta con toda la mano, calentamos el vaso, el calor se trasmite al mercurio, éste se dilata, y se derrama en forma de pequeñas gotas por el agugero D en la bolsa P. Si quitamos la mano, enfriándose el mercurio de la cubeta, toda la masa se contrae inmediatamente; cesa el derrame, y la columna mercurial se disminuye en el tubo (fig. 10). Así pues, mientras el calor ha ido creciendo, el mercurio se ha derramado, y cuando ha cesado el calor *máximo*, es decir, desde el momento en que ha comenzado á bajar, se ha disminui-

do la columna mercurial. Lo mismo sucede en el pozo de Grenelle; á medida que el termómetro penetra en lo interior de aquel, la temperatura va creciendo, y el mercurio se derrama por último en la bolsa; pero cuando ha llegado al punto en que se detiene la sonda, como la temperatura no crece mas, el derrame cesa, y cuando se saca el instrumento, al atravesar temperaturas mas ó menos frias, el mercurio se contrae, y la columna mercurial baja al tubo termométrico.

Para conocer el grado máximo de temperatura que ha indicado el instrumento, se le sumerge en una vasija de agua con un termómetro ordinario y bien hecho: si este indica, por ejemplo, 13 grados en la temperatura del agua, y al mismo tiempo la columna del termómetro *à máxima* se detiene en la parte que marca 80 (fig. 10), el maximum de la temperatura en el fondo del pozo habrá sido igual á 13° mas el número de grados indicados por el número de divisiones entre la 80.ª, donde el mercurio se ha detenido, y la última, ó sea la 120.ª; porque cuando el termómetro estaba en el fondo del pozo, es decir, espuesto al maximum de calor; el tubo estaba necesariamente lleno hasta la punta. Así, pues, si diez partes ó divisiones del termómetro *à maxima* equivalen á un grado del centígrado, el maximum de calor á que aquel ha estado sometido, será de 13° + 4°, esto es 17°.

Si se quiere preparar el instrumento para una nueva experiencia, se le caldea hasta que el mercurio se derrame por el punto D (figura 11); despues se le inclina (fig. 12), y el mercurio que ha quedado en la bolsa P viene á cubrir el agujero; entonces se refresca la cubeta; el mercurio que contiene se contrae, y el de la bolsa vuelve á entrar en el tubo y á llenarle. No basta bajar un solo termómetro al fondo del pozo, porque el observador no debe fiarse de un solo testimonio. MM. Arago y Walferdin han empleado muchos á la vez, y su concordancia, á veces maravillosa, es una prueba de la exactitud de sus indicaciones. Estos observadores no han despreciado otra precaucion, á cuyo olvido se debe el error de la mayor parte de las observaciones de este género que han hecho otros antes. Supongamos un termómetro, cuya cubeta sea de goma elástica; es evidente que si se la comprime sin calentarla, la columna mercurial subirá en el tubo como si se la calentase. Lo que puede decirse de la goma elástica es aplicable al vidrio, aunque en grado infinitamente menor; el vidrio, así como la goma elástica, cede á la presion; ahora bien, la presion es considerable en una columna de agua de muchos centenares de varas; por consiguiente, si los termómetros no estuviesen protegidos de la presion, derramarían el mercurio por causa de esta y por causa de la elevacion de temperatura, y sumados ambos efectos, indicarían un maximum de temperatura mayor que el verdadero. Para destruir esta causa de error, M. Walfredin mete el termómetro en un tubo de vidrio herméticamente cerrado, el cual protege eficazmente la cubeta contra toda presion exterior, sin impedir la accion del calor, con tal que se mantenga introducido el instrumento en el pozo el tiempo suficiente.

MM. Arago y Walfredin hallaron en la greda á 402 varas de profundidad una temperatura de 23°,5, y á 505 varas en las arenas verdes, una de 26°, 43. Deduzcamos de este último experimento la ley del acrecentamiento de la temperatura con la profundidad. Los termómetros colocados en los subterráneos del Observatorio de París

que están á 38 varas bajo de tierra, marcan invariablemente 11°, 7. Tomemos esta profundidad y esta temperatura invariable por punto de partida, y hallaremos que descendiendo á 477 varas bajo de tierra, se ha encontrado un aumento de calor de 14°, 73, y por consiguiente que es preciso penetrar 32 varas para tener un aumento de un grado del centígrado. Si han podido quedar algunas duda acerca de la exactitud de esta ley, la temperatura del agua que sale actualmente de los pozos las ha disipado para siempre. Cuando se presentó el agua, habíase llegado á 548 varas de profundidad: ahora bien, segun la ley del aumento de calor en la temperatura, deducida de la observacion hecha á las 505 varas, el calor en aquella profundidad debia ser de 27°, 73. El agua que sale, presenta una temperatura de 27°, 67 en la superficie de la tierra. Semejante concordancia entre el resultado deducido del último experimento y la observacion directa, es una prueba concluyente de la exactitud de estas observaciones; porque bien se concibe que el agua, elevándose en un tubo de 548 varas de altura, pueda perder una centésima parte de grado de su calor, y no tenemos noticia de experimentos termométricos hechos en grandes profundidades, que puedan presentar una precision tan notable.

Muchos se han lamentado de que fuese necesario buscar el agua en el pozo de Grenèlle á tan gran profundidad; y ahora es sensible que esta profundidad no sea mas considerable. En efecto, supongamos que no se hubiese encontrado el agua hasta las 694 varas; entonces habría tenido próximamente unos 40° de calor, y habría podido servir inmediatamente para los establecimientos de baños, para el lavado y para la fabricacion de productos químicos: y es tanto mas adáptable á estos diversos usos, cuanto que apenas contiene sino vestigios de sales de potasa y de cal, y esta carencia de materias extrañas, y particularmente del yeso ó sulfato de cal, la hace muy estimable para las calderas de las máquinas de vapor. Sabido es que en las paredes de estas calderas, así como en algunas vasijas de nuestras cocinas, se depositan capas de sal terrosa, las cuales, siendo muchas veces demasiado espesas, forman una costra que impide al calor evaporar con la rapidez necesaria el agua contenida en la caldera, siendo por esto mismo necesario mas fuego para conseguirlo; pero si una porcion de esta costra se desprende, el agua que se halla en contacto inmediato con las paredes metálicas de la calderas que las mas veces estan albeando, pasará al momento al estado de vapor. Esta es una de las aplicaciones mas importantes que hacerse pueden del agua de los pozos de Grenèlle. En cuanto á propiedades medicinales, no tiene ninguna, precisamente porque carece de principios extraños; pero fria y aireada, será tan buena, si no mejor, para bebida como la del Sena, la de las fuentes y la de los receptáculos.

Cuando se reflexiona en la enorme cantidad de agua que sale de este pozo artesiano, es imposible dejar de pensar si llegará á disminuirse algun dia. El razonamiento y la experiencia se reunen para tranquilizar á la imaginacion. En efecto, la corriente artesiana de las arcillas del *Gault* está formada por la infiltracion de las aguas en una circunferencia, cuyo radio es de 30 á 40 leguas próximamente. Los pozos de Elbeuf, de Tours y de Ruan, que se proveen de la misma corriente, y que estan abiertos hace muchos años, dan siempre la misma cantidad de agua. La fuente artesiana de Lillers en el depar-

tamento de Pas-de-Calais existe desde el año 1126, sin que haya variado la cantidad de agua que de ella sale; la del monasterio de San Andrés despide el mismo volumen de líquido desde hace un siglo. Los pozos artesianos que comunican con pequeñas corrientes y á veces con simples arroyos que corren en formacion geológica, son los únicos que se agotan con el tiempo, ó por consecuencia de una sequía prolongada.

Algunos pozos artesianos tienen un nivel variable. En Nogelle-sur-Mer y en Fulham cerca de Lóndres hay pozos artesianos en los cuales el agua sube ó baja con la marea, lo mismo que la de todos los pozos de Abbeville. Admitimos con M. Arago que el rio subterráneo de donde se provee una fuente artesiana desaüge así parcialmente en el mar ó en un rio sujeto al reflujo, y esto por una abertura bastante grande comparada con sus propias dimensiones. La explicacion de este hecho extraordinario en apariencia, es muy sencilla: en efecto, cuando sube la marea, tapa la abertura, y se opone á la corriente del agua, la cual por consecuencia se eleva entonces en el pozo artesiano para descender cuando la marea ha bajado; y descubierto el orificio del conduto subterráneo, este desagua sin obstáculo en el Oceano.

MAHOMA Y SU ALCORAN.

Artículo 2.°

Concluimos el primer artículo poniendo de manifiesto la opinion de nuestros escritores, y nuestras particulares conjeturas acerca del autor del Alcorán, y el origen y propagacion de la religion mahometana; vamos á exponer ahora las doctrinas y creencias de los mahometanos acerca del mismo particular. Niegan estos en primer lugar que el Alcorán haya sido escrito por Mahoma, porque era este, dicen, un *profeta idiota* que ignoraba absolutamente el arte de leer y escribir, así como niegan igualmente que haya sido escrito por ningun otro hombre ni extranjero ni árabe, porque es un libro de tanta excelencia, que, segun el mismo Alcorán, sura 17, v. 91: «Si se juntasen todos los hombres y los demonios para hacer una cosa semejante, no lo podrian conseguir, aunque se ayudasen mútuamente.» *Si simul congregarentur homines et demones, ut facerent aliquid simile huic Alcorano, nunquam id efficere possent, etiamsi mutuo sese ad hoc adjuvarent.* Es pues entre ellos artículo de creencia general, que así como el Pentateuco fué inspirado por Dios á Moisés, y el Evangelio á J. C. y otros libros sagrados á los profetas, así el Alcorán fué entregado á Mahoma por el mismo Dios: hé aquí de qué manera.

Primero: creen firmemente que el Alcorán es eterno, y algunos avanzan hasta afirmar que es increado, y que siempre estuvo ante el trono de Dios en cierta tabla ó libro de

inmensa magnitud que llaman *la tabla reservada*, tabulam custoditam, en la cual estan escritas todas las cosas presentes, pasadas y futuras. No faltan tampoco algunos que aseguran que el Alcorán estaba guardado en la misma esencia de Dios.

Segundo: creen que en el mes Romadan, sagrado para ellos por razon del ayuno, en cierta noche que llaman noche de *disposicion*, porque en ella se disponen y determinan por Dios todas las cosas que han de suceder en aquel año, fué bajado el Alcorán por el ángel Gabriel desde es trono de Dios hasta el cielo de la luna. «Ayunad el mes de Romadan (sura 2.ª), en el cual fué bajado el Alcorán desde el cielo para conducir el pueblo por el buen camino; él contiene los preceptos del derecho divino, y distingue el bien del mal; todos los que lleguen á este mes deben ayunar....»

Tercero: que desde el cielo de la luna revelaba Gabriel á Mahoma uno por uno ó muchos juntos, todos los versos del Alcorán en la Meca ó Medina por espacio de 23 años, segun lo exigia la necesidad, ó cuando acontecia alguna cosa particular que hiciese precisa la presentacion del ángel al profeta.

Cuarto: afirman, que cuando se revelaban algunos versos á Mahoma, mandaba este á un amanuense que los escribiese y guardase, lo cual hacia colocándolos confusamente en una cajita sin órden ni concierto alguno, por lo cual no pudiendo saberse con certeza en qué tiempo fué revelado cada versículo, los expositores se afanan por adivinarlo; así es que aseguran muchos, que el primero fué aquel de que ya hemos hablado, del capítulo 96: «Lee en el nombre de tu Señor, que todo lo ha criado» que fué cuando se le presentó el ángel por primera vez estando en el monte, el mes que tenia costumbre de retirarse allí todos los años con su familia, y le puso de manifiesto un libro, y le mandó que leyese.

Quinto; no solo los amanuenses de Mahoma sino tambien muchos del pueblo, cuando se les recitaban algunos

versos, los anotaban en cartones ó pergaminos, contentándose otros con guardarlos en la memoria.

Sesto: es seguro entre ellos, que Mahoma no dejó ningun Alcorán íntegro y perfecto: consta esto ya de lo que hemos dicho, ya porque, segun el mismo Alcorán, Mahoma acostumbraba á recitar sus versos repitiéndolos á manera de cómico, segun el ángel se los iba revelando, y ya porque el mismo ángel se lo mostró una vez todos los años, y dos veces el último de su vida.

Sétimo: es incontrovertible igualmente entre los mahometanos que despues de la muerte de Mahoma, su padrastro Abubeker, que contra sus últimas disposiciones le sucedió en el imperio contra el derecho de su yerno Alí, viendo que el Alcorán únicamente se conservaba en pedacitos sueltos de pergamino ó de papel, ó en la memoria de los hombres, reunió tan extraños originales, y formó un código que fué entregado para que lo guardase á Hapsa, una de las viudas de Mahoma. Extraño parecerá al lector que documento tan sagrado se entregase á ningun particular, y menos á una mujer; pero bien ridículas y extravagantes son muchas de las cosas que vamos refiriendo, y no obstante pertenecen al símbolo de la fé, ó forman parte de las doctrinas ú opiniones recibidas entre los sabios; hé aquí sino lo que entre otros refiere en la vida de Abubeker el muy docto entre los moslemos Ismael Esciahinscia: «Viendo Abubeker la multitud de los que habian muerto (batalla de Gemanza) mandó que se reuniese el Alcorán en un volúmen, consultando la memoria de los hombres, y recogiendo las membranas de palmas y de pieles que andaban dispersas, y lo depositó en poder de Hapsa, hija de Homar, y mujer de Mahoma; pero habiendo subido al imperio Othmar, notando que los fieles estaban muy discordes entre sí por la variedad de códices, mandó escribir varios ejemplares, conformes con el que guardaba Hapsa, y los repartió por las provincias aboliendo todos los demás.»

Desde luego ocurre á cualquiera que lea el Alcorán, y

en esto convienen los mismos Mahometanos, que las suras y versículos no estan colocados por el órden que se finge fueron revelados por el ángel; pero dicen que así se le mandó á Mahoma por este ó por el mismo Dios. Mas es una respuesta muy frívola, porque, segun ellos. Mahoma no dejó Alcorán alguno, ni colocó por órden las suras y períodos, de lo contrario hubiera sido inútil esta recoleccion hecha por Abubeker, de que acabamos de hablar.

Es de advertir tambien, que en el Alcorán hay muchas cosas opuestas y contradictorias; y fingen los mahometanos para libertar á su profeta de esta nota, que las unas estan derogadas por las otras, habiéndolo así mandado Dios, por no considerarlas ya convenientes. Así, por ejemplo, en unas partes se prohibe el vino por haber en él grande iniquidad y ser cosa abominable, y en otras se recomienda como un beneficio de Dios y un argumento de su poder y providencia. «Te preguntarán acerca del vino y los juegos de azar, (sura 2.ª v. 218); díles que se encuentra en ellos muy grande pecado, y utilidad tambien para los hombres, pero que el mal que causan es mayor que la utilidad que traen.» «¡Oh, vosotros los que creeis en Dios (sura 5.ª); sabed que el vino, los juegos de azar, los ídolos, y las suertes y adivinaciones son inmundicias, y estan manchadas por el diablo; alejadlas de vosotros, y entonces sereis hombres de bien: el diablo quiere poner entre vosotros el ódio y el vino y los juegos de azar, para impediros de acordaros de Dios, y de hacerle oracion, dejad el vino y los juegos de azar, y obedeced á Dios y al apostol su profeta.» Tan inexorable como está aquí el profeta comparando el vino con el ódio y el culto de los ídolos, y considerándolo como obra de Satanás en el capítulo 16, se esplica de muy distinta manera: «Dios envia, dice, la lluvia del cielo para refrescar la tierra; esta es una señal evidente de su omnipotencia para los que escuchan su palabra; teneis tambien otra señal de su omnipotencia en los animales que os dan leche para alimentaros, y otra señal en los frutos de la tierra y en el fruto

de las palmas y de la viña, de la que sacais el vino para vuestra utilidad.» En otra edicion se dice: «de la que sacáis un buen alimento, y el vino con que os embriagais.» No debe pasar desapercibido que en la sura 2.ª es donde se prohibe el uso del vino, y en la 16 donde se ensalza su utilidad, como la lluvia del cielo y la leche de los animales; y debiera creerse por consiguiente que el capítulo anterior está derogado por el posterior; pero no es así, porque la ley vigente y constantemente observada entre los mahometanos es la prohibicion del uso del vino, y dicen para salvar esta contradiccion, que la sura 16 fué revelada antes que la 2.ª y 5.ª, cuando el uso del vino no se habia hecho perjudicial, porque no se bebia con esceso; sin que deba extrañarse nada de esto por el modo con que fué revelado el Alcorán por espacio de 23 años, y por la confusion en que quedó á la muerte del profeta. Pero cualquiera conoce que esto no pasa de ser una fábula mal forjada, con el objeto de salir de esta y otras dificultades, y que es improbable y aun increible que Mahoma no consignase en un volúmen los sueños de su fantasía, para no dejar á sus sucesores el trabajo de adivinar, si el verso fué revelado en la Meca ó en Medina, si es *abrogante* ó *abrogado*, y si su colocacion está ó no por el órden que suponen fué revelado, cosas en que los expositores se afanan y fatigan, sin poder á veces entenderse ni salir de semejante laberinto. Además que el mismo Alcorán habla muchas veces de sí mismo como de un libro acabado y perfecto que Mahoma mostraba y leía á los suyos, provocando á sus contrarios á que hiciesen una cosa semejante, lo cual no podrian conseguir, «aunque para ello se juntasen todos los hombres y los demonios.» «Cuando leas el Alcorán (sura 16, v. 106) pide á Dios que te libre de la malicia del diablo» «En este libro (sura 2.ª, v. 1.º) no encontrarás ninguna duda; él conduce por el buen camino á los que creen lo que no ven, á los que hacen sus oraciones con devocion, y gastan en limosnas una parte de los bienes que les hemos dado.» «Yo te he enviado desde el

cielo el Alcorán (sura 17, v. 111) para anunciar los placeres del paraiso y los tormentos del infierno; yo le he enviado para que tú lo enseñes al pueblo; yo le he enviado claro é inteligible para hacerle comprender segun sus necesidades.» «Yo he impreso la mentira en el corazon de los malvados (sura 26, v. 198), ellos no creerán lo que está escrito en el Alcorán hasta que vean el castigo preparado para los infieles en el dia del juicio; este dia vendrá de repente, cosa que ellos ignoran; pero, dicen, esperémos, y no creamos todavía en lo que está contenido en este libro.» ¿Quién puede dejar de creer en vista de estos y otros muchos pasajes de que está lleno el Alcorán, que es una fábula inverosimil, cuanto los autores mahometanos aseguran acerca de la sucesiva y lenta revelacion por suras y aun versículos en tan largo número de años? ¿Quién no se reirá de lo que dicen sobre la colocacion y confusion de los versículos en una cajita despues de escribirlos el amanuense segun se lo iba revelando el profeta, y de la recopilacion que de todos ellos hizo despues de su muerte su sucesor en el imperio Abubeker?

Es indecible en cuánta veneracion tienen los mahometanos al Alcorán, el profundo respeto con que pronuncian tan sagrado nombre, y las exageradas alabanzas con que ensalzan el inestimable tesoro de sus leyes y de su fé: le llaman por antonómasia *el libro de Dios*. El mismo Alcorán se llama á sí mismo é igualmente sus expositores el sacrosanto, el inimitable, el mas excelente de los libros sagrados, la antorcha refulgente, el milagro perpétuo, el milagro de los milagros, y otros epítetos por el estilo. Siendo tan portentosas las maravillas, que segun ellos contiene, y creyendo como firmemente creen en todas sus extravagancias, no debe extrañarse que le miren y conserven con una superstición que raya en idolatría; así es que no permiten que nadie sino ellos le lean, le tengan, ni aun le toquen; y costaría muy caro á cualquiera cristiano, judío, ó quien quiera que no fuese mahometano, si en su poder se

encontrase un Alcorán. Ellos jamás le leen ni le tocan, si no están purificados; por lo cual en el forro exterior ponen estas palabras: *Ne attingant eum nisi purificati*: de él usan para sus juramentos, á él recurren para consultarlo en los negocios árduos, lo llevan en la guerra á manera de un ángel tutelar; sus sentencias las estampan en los estandartes militares, y suelen tambien adornarle con oro y piedras preciosas. ¡Ojalá, dice un autor cristiano, que los cristianos, y principalmente los reyes y príncipes, tuviesen en tanta estimacion el Evangelio de Cristo como los mahometanos tienen su Alcorán!

Mahoma pretende probar la verdad de su secta por el testimonio de los libros del antiguo y nuevo testamento, porque aunque tan solo hace mencion del Pentateuco y del Evangelio, bajo la palabra Pentateuco es indudable que comprende todos los libros del antiguo testamento, como ya lo acostumbraron los hebreos; del mismo modo que bajo la palabra Evangelio comprende sin duda los demás libros del nuevo: así se esplica un autor muy célebre entre los mahometanos, el doctor Ahmed, en su apología de la religion mahometana, además que en el Alcorán se mencionan tambien en muchas partes los salmos de David, las profecías de Isaías, y otros libros de los demás profetas. Apenas hay página en que no se hable de ellos con grande alabanza, considerándolos como la palabra de Dios y regla infalible de verdad necesaria para conseguir la felicidad eterna. Hé aquí algunos pasages: «todo lo que está en los cielos y en la tierra le obedece por grado ó por fuerza (sura 3.ª, v. 83 y siguientes); y vosotros sereis todos presentados ante él para ser juzgados en el dia del juicio. Dile, nosotros creemos en Dios, en lo que él nos ha inspirado, en lo que ha revelado á Abraham, Ismael, á Isad y Jacob, y á las tribus, en lo que ha sido ordenado por Moisés, por Jesus, y generalmente por todos los profetas de parte de Dios, y estamos enteramente sujetos á su voluntad.... Los que son impíos hácia Jesus (los judíos), despues de haber creido

en los libros de Moisés, y aumentar su impiedad hacia Mahoma, no se convertirán jamás, ellos serán eternamente desgraciados» «Yo te he enviado mis inspiraciones (sura 4.ª v. 162 y siguientes) como las he enviado antes á Abraham, á Ismael, Isac, Jacob, á las tribus, á Jesus, Job, Jonás, Aaron y á Salomon, y he dado los salmos á David. Yo te he dicho cuáles son los profetas que te han precedido, pero no te he hablado de los méritos de todos.... ¡Oh pueblo! Un profeta hay en medio de tí que te predica la verdad de parte de tu Señor, cree en él, bien harás en ello; si no crees en él, sabe que todo cuanto hay en el cielo y en la tierra es de Dios, y que Dios sabe todo cuanto tú haces. ¡Oh vosotros los escriturales (1), obedeced los mandatos de Dios, y no hableis de su divina Magestad sino con verdad; el Mesías, Jesus, hijo de María, es profeta y apostol de Dios su verbo, y su espíritu que ha enviado á María. Creed en Dios y en sus profetas, y no digais que hay tres dioses; poned fin á esta cuestion, bien hareis en ello, porque no hay mas que un solo Dios: ¡sea Dios alabado! él no tiene hijo, y todo cuanto existe en los cielos y en la tierra le obedece.» «¡Oh vosotros los *escriturales*, no tendreis mérito alguno (sura 5.) sino observais el antiguo testamento, el Evangelio, y las escrituras que Dios nos ha enviado. Muchos de entre ellos alteran por impiedad ó por ignorancia lo que está contenido en la escritura; no te aflijas por las acciones de los impíos. Los judíos, los samaritanos, los cristianos, todos los que han creido en Dios, en la resureccion de los muertos, si han hecho buenas obras estarán exentos de afliccion, ellos nada tienen que temer en el dia del juicio.» «Yo os he enviado á Jesus, hijo de María (sura 5.ª, v. 54) despues de muchos otros profetas; él ha confirmado las antiguas escrituras; yo le he dado el Evangelio lleno de luz para conducir al pueblo por el buen camino con la confirmacion del antiguo testamento, guia é instruccion

(1) Llama así á los judios y cristianos.

para los buenos. Los que siguen el Evangelio, deben juzgar como está mandado en el Evangelio; los que no juzgan conforme á lo que Dios les ha enseñado, son desobedientes á su divina Magestad» «Ellos obtendrán lo que Dios les ha prometido en el Pentateuco, en el Evangelio, y en el Alcorán (sura 10). ¿Quién satisface lo que promete mejor que Dios?».

Creemos inútil aglomerar mas testimonios, y que bastan los que ya hemos presentado para probar que los mahometanos reconocen el Pentateuco y el Evangelio como libros revelados, y que bajo estos nombres, segun los intérpretes del Alcorán, se comprenden generalmente todos los del antiguo y nuevo testamento (1); además que el mismo Alcorán habla expresamente de casi todos nuestros profetas, si bien atribuye falsamente este carácter á Ismael y á Aaron. Mahoma asegura repetidas veces en su libro, que él habia sido anunciado en el Pentateuco y en el Evangelio, y lo asegura con tanta confianza, que exhorta á sus sectarios á que se acerquen á los judíos y cristianos, y les consulten y pregunten sobre si es ó no verdad lo que les dice. En la sura 10, v. 93 introduce á Dios, hablándole de esta manera: «Yo he hecho habitar á los hijos de Israel en lugares llenos de delicias, y les he enriquecido con bienes de la tierra.... tú, Señor, los juzgarás en el dia del juicio. Si tienes duda sobre lo que te he enseñado, dirígete y pregunta *á los que han leido la escritura antes que tú*; lo que tu Señor te ha enseñado es la verdad; no seas de los que dudan de ella, ni de los que desmienten los preceptos de Dios; tú serias entonces del número de los réprobos.» Conoció Mahoma que esto podria ser peligroso, y que los cristianos y los judíos no podrian menos de desmentir todas sus mentiras y patrañas, si sus sectarios les preguntasen acerca de su venida,

(1) Debemos advertir que en una de las dos ediciones que del Alcorán tenemos á la vista, se habla siempre del *antiguo testamento*, y en la otra solo del *Pentateuco*, que es los cinco libros de Moisés; lo cual prueba, como ya hemos dicho antes, que bajo la palabra Pentateuco se comprenden todos los libros revelados al pueblo hebreo.

y sobre si en los sagrados libros habia predicciones acerca de él; entónces mudó de parecer, y les mandó que no aprobasen ni reprobasen lo que los judíos les leyesen del Pentateuco y los cristianos del Evangelio, y les amonesta de esta manera en el cap. 29, v. 46: «No disputeis con los *escriturales*, escepto los impíos que hay entre ellos, si no con palabras dulces y modestas, diciéndoles: Nosotros creemos en el libro que se nos ha revelado, y en los libros que han sido revelados á vosotros; vuestro Dios y el nuestro es un solo Dios; nosotros estamos resignados á su divina voluntad. Yo te he enviado el Alcorán como les he enviado á ellos el Pentateuco; los que saben el Pentateuco creen en la verdad del Alcorán; tú no lo has escrito de tu mano; si lo hubieras escrito, hubieras puesto en duda los que la quieren aniquilar:» si hubiera de juzgarse del Alcorán por estas palabras aisladas, podria creerse con mucho fundamento, que su objeto en ellas era predicar la conciliacion y la tolerancia de las religiones: pero no es así; su autor únicamente trata de evitar la controversia con los contrarios, para que no se descubran sus imposturas, y sobre todo se trasluce los vivos deseos de atraerlos á su secta por la suavidad y la contemplacion.

Al ver Mahoma que se envolvia en contradicciones por constarle que en el Pentateuco y el Evangelio nada se decia con relacion á él, ataca á los judíos y cristianos echándoles en cara que habian abolido ú ocultado maligna y sacrílegamente los vaticinios acerca de su venida, y les increpa así en la sura 5.ª, v. 16 y siguientes: «Yo he recibido tambien las promesas de los que se dicen cristianos, pero ellos han olvidado lo que habian prometido; ellos han *alterado* lo que les ha sido enseñado, y yo he sembrado entre ellos la discordia y el odio hasta el dia del juicio. Dios les hará conocer en este dia todo lo que han hecho para castigarlos. ¡Oh los *escriturales*! Nuestro profeta ha venido para poner en evidencia muchas cosas de la escritura *que teneis ocultas*; él deja en silencio muchas otras que no es tiempo

de manifestarlas. Dios os ha enviado un libro (el Alcorán) lleno de luz para conducir por el buen camino á los que le aman, para sacarlos de las tinieblas, y guiarlos por el camino de la salud.» «Despues que Dios les ha enviado el libro (sura 2.ª, v. 88) que confirma las escrituras que antes habian aprobado, pidiendo auxilio contra los impíos, cuando el auxilio les ha llegado, ellos no lo han conocido, ó no lo han querido recibir; ¡maldicion de Dios sobre los infieles! principalmente sobre los que han vendido sus almas, y que por envidia no obedecen á sus mandatos.»

Como nada podia adelantar Mahoma con decir que los *escriturales* habian ocultado los vaticinios que hablaban de su venida, porque ni remotamente se hacía alusion á él ni en los libros de los judíos, ni en los de los cristianos, finge dos pasajes en el Alcorán, como si existiesen realmente en el antiguo y nuevo testamento; el primero, sura 7, v. 158, despues de referir la adoracion del becerro de oro por los israelitas, la cólera de Moisés rompiendo las tablas de la ley, y el perdon que éste pidió al Señor por el pecado que habia cometido su pueblo, introduce á Dios hablando de esta manera: «Yo castigaré á quien bien me parezca, á pesar de que mi misericordia se extiende á todo el mundo; ella es para los que me temen, para los que pagan los diezmos, para los que obedecen á mis mandatos, que siguen por el buen camino, *que creen en el profeta que no sabe leer ni escribir, y en lo que está escrito en él, en el Pentateuco y el Evangelio*; él les mandará cosas honestas, y les prohibirá las que no lo son; él les enseñará los manjares que son mundos, y les prohibirá comer los que son inmundos; los librará de ceremonias pesadas y enojosas y de las cadenas, que les tendrán estrechamente atados; los que crean en él y le honren, y le defiendan de sus enemigos, y sigan la luz que les hemos enviado, serán bienaventurados.» El otro pasaje es, sura 61, v. 6: «Acuérdate que Jesus, hijo de María, ha dicho á los israelitas: yo soy un mensajero de Dios, él me ha enviado para confirmar el antiguo testamento, y

para anunciaros que vendrá un profeta despues de mí que tendrá por nombre *Mahoma*. Cuando este ha venido con milagros, con razones muy claras, y con argumentos infalibles, ellos han dicho que era mágico. ¿Quién es mas impío que el que blasfema contra Dios? Dicen los mahometanos que estos y otros testimonios que se encontraban en el Pentateuco y en el Evangelio han sido quitados maliguamente por los judíos y cristianos, de lo cual no puede dudarse, segun ellos, cuando tan expresamente se afirma en el Alcorán, razon con la que el lector no dejará de quedar muy satisfecho.

Digimos en el primer artículo que la religion mahometana no era realmente otra cosa que una miscelánea muy mal hecha y medidada de la religion judáica y la cristiana, con varias prácticas del pugamismo, vigentes entre los árabes, de lo cual se convencerá el lector cuando lea en seguida el resúmen de sus principales dogmas y prácticas religiosas. Los mahometanos creen en la existencia de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, remunerador de los buenos, y juez severo de los malos, que ha creado el paraiso para recompensar á los unos, y el infierno para castigar á los otros, y que Mahoma es el gran profeta que Dios ha enviado al mundo para enseñar á los hombres el camino de la salud. Creen en el decálogo de Moisés, y están obligados á observarle; el viernes es su dia de fiesta en la semana, como entre los judíos y cristianos lo es respectivamente el sábado y domingo: en este dia á las 12 se reunen en el templo para hacer sus oraciones. Tienen obligacion de orar cinco veces al dia, á saber, por la mañana, á medio dia, á la hora de vísperas, al ponerse el sol, y una hora despues de anochecido, volviéndose siempre hácia la Meca: ayunan el mes llamado entre ellos Ramadan, durante el cual no comen ni beben en todo el dia hasta despues de puesto el sol, pero por la noche comen y beben cuanto quieren, pudiendo mezclar carne y pescado, escepto la carne de puerco y el vino, que les estan prohibi-

dos en todo tiempo. Despues de este ayuno tienen la fiesta del gran Bairan, como los cristianos la pascua despues de la cuaresma; son muy inclinados á fundar templos y hospitales, y estan obligados á dar á los pobres el primer dia del año el diezmo de lo que han ganado en todo el año precedente. Creen que despues de haberse lavado bien el cuerpo diciendo alguna oracion acomodada á esta ceremonia, limpian tambien su alma de toda mancha y pecado, lo cual es causa de que se laven y se bañen muchas veces, principalmente antes de hacer oracion. No tienen ningun sacramento, sino la circuncision, la cual reciben sus hijos en cuanto pueden pronunciar estas palabras *la ilha allha Mehemed rasoul allha*, que quiere decir: «no hay mas que un solo Dios, y Mahoma es su profeta.» Esta es su profesion de fé; pero es de advertir que no se hace mencion de la circuncision en ninguna parte del Alcorán, y dicen ellos que la observan á imitacion de Abraham, cuya ley les fué recomendada por Mahoma. Creen que el Alcoran, como ya hemos dicho antes, le fué revelado en diversas veces por el ángel Gabriel en la ciudad de la Meca ó en la de Medina, porque los judíos y cristianos habian alterado las santas escrituras y la ley de Dios.

Les es permitido tener cuatro mujeres á la vez, y tantas concubinas, cuantas puedan mantener; pueden abandonar sus mujeres cuando les parezca, pagándoles lo que les han prometido por el contrato esponsalicio, y volverse á casar si les acomoda; pero las mujeres antes de volverse á casar tienen que aguardar hasta cerciorarse que no estan embarazadas; los maridos estan obligados á criar y educar los hijos, tratando los de sus esclavas de la misma manera que los de sus mujeres propias, y todos son tenidos por legítimos.

Tienen templos, hospitales y colegios con buenas rentas, y conventos de religiosos que viven muy ejemplarmente; estos obedecen con mucha sumision á sus superiores, y danzan al son de flautas y otros instrumentos cuando hacen

sus oraciones; tienen tambien otra clase de religiosos vagabundos muy ridículos en su trage, y llevan á veces descubiertas sus carnes por varias partes del cuerpo; son tenidos por santos, y viven de limosna, que jamás les es negada: tanto estos como los otros se llaman *Dervis*; son conocidos por sus vestidos, y pueden salir y casarse cuando les acomode.

No creen que J. C. sea Dios ni hijo de Dios, ni en el misterio de la Santísima Trinidad; dicen que J. C. fué un gran profeta nacido de la Vírgen antes y despues del parto; que fué concebido por inspiracion divina ó por un soplo sin padre, como Adan fué creado sin madre; que no fué crucificado, y sí elevado por Dios al cielo, de donde volverá á la tierra al fin del mundo para confirmar la ley de Mahoma: afirman tambien que creyendo los judíos crucificar á J. C., crucificaron realmente á un hombre de entre ellos que se le parecia mucho.

Oran por los difuntos; invocan sus santos, de los cuales tienen un gran catálogo; sin embargo no creen en el purgatorio, y muchos de ellos juzgan que las almas y los cuerpos permanecen juntos en la tumba hasta el dia del juicio. Tienen en grande veneracion á la Meca y Medina, por haber nacido Mahoma en la primera, y estar enterrado en la segunda; hacen á ellas grandes peregrinaciones, y tienen esta tierra por santa; tambien tienen grande respeto á la ciudad de Jerusalen, por haber sido cuna y residencia de muchos profetas.

No usan campanas: á la hora de sus oraciones suben los sacerdotes á lo mas alto de una torre, que está en uno de los lados del templo, y llaman en alta voz al pueblo, cantando ciertos himnos ú oraciones compuestas para este objeto. Tampoco en sus mezquitas se encuentra una sola imágen, ni de pintura ni de escultura, porque su culto es considerado por ellos como idolátrico y detestable; tambien estan vigentes la mayor parte de las leyes de los judíos respecto á la clasificacion y comida de los animales mundos

é inmundos, como igualmente la pena del talion, y otras sanciones pertenecientes al derecho civil de que hablaremos despues.

La peregrinacion.

«Cumplid con la peregrinacion que os está mandada (sura 2.ª), si no os lo impiden vuestros enemigos, ó careceis de los medios necesarios para verificarla: no rasureis vuestras cabezas hasta que lleguéis al lugar destinado para los sacrificios: si alguno de vosotros está enfermo ó padece enagenacion mental satisfará con ayunos, limosnas y sacrificios..... Los que no puedan cumplir con la peregrinacion ó no tengan bienes para satisfacer á los sacrificios prescriptos, ayunarán tres dias durante ella, y despues á la vuelta siete dias mas..... Temed á Dios, y sabed que él no abandona á los que le temen..... Los que hagan la peregrinacion á la Meca harán mal en no visitar los dos montes Safa y Merva; los que obedezcan harán bien.»

Esto es lo mas notable que sobre la peregrinacion á la Meca se previene en el Alcorán. No fué esta instituida por Mahoma, como generalmente se cree, sino que fué recibida de los gentiles árabes, entre los cuales estaba en uso; y si hemos de creer á los escritores mahometanos, fué practicada ya por Adan y los antiguos patriarcas y profetas. Estan obligados á hacer la peregrinacion todos los que hayan llegado á la edad adulta, que tengan robustez y sano juicio, como igualmente vituallas y camello para el camino, dejando además todo lo necesario para los gastos de su casa y familia durante su ausencia: es tambien circunstancia precisa que el camino esté seguro de toda clase de peligros. Es permitida á las mujeres, con tal que vayan acompañadas de su propio marido ú otra persona de confianza; sin este requisito no les es lícito emprender la peregrinacion. Antes de partir se lavará el peregrino, y añadirá la sagrada purificacion, de la cual hablarémos despues; pero bastará la locion; se pondrá dos vestidos nuevos ó lava-

dos, y la faja y el palio, que es la especie de capota de que usan los mahometanos; se frotará con flores ó cosas odoríficas si las tuviese; orará haciendo dos profundas inclinaciones, y dirá: «¡Oh mi Dios! yo quiero hacer la peregrinacion á la Meca, permite que sea próspera y feliz, y dígnate recibirla de mí.» Despues de haber orado dirá: *Ecce adsum tibi obediens.* «Aquí me tienes á tu obediencia.» Si la expedicion la hiciese solo, y no en las carabanas en que vá una multitud de devotos, proferirá las mismas palabras con intencion de peregrinar, diciendo: *Ecce adsum tibi obediens; Oh deus!: Ecce adsum tibi obediens: Ecce absum tibi obediens: Non est tibi socius in divinitate: Ecce adsum tibi obediens: Certe laus et felicitas tibi et regnun: non et tibi socius in divinitate:* «dios mio, aquí me tienes á tu obediencia.... En la divinidad no tienes compañero. A tí solo te pertenece la dominacion y la felicidad, tú solo debes ser adorado, etc., etc.» No se debe omitir ninguna de estas palabras, aunque se pueden añadir las que se quieran. Despues de proferirlas, y dispuesto ya para la sagrada peregrinacion, se abstendrá del uso del matrimonio, y generalmente de toda clase de trasgresiones y de pecados. No matará en el camino ningun animal de caza, ni los mostrará á los compañeros por señas ú de otra manera para que los mate. No se pondrá túnica, ni medias, ni turbante, ni cogulla, ni túnica pérsica, ni zapatos, pero sí puede calzarse sandalias, cortándolas por los talones. Tampoco puede cubrir su cabeza ni su cara, ni tocar cosas odoríferas, ni cortarse las uñas, ni afeitarse nada de la barba, ni la cabeza, ni ninguna parte del cuerpo: se les prohibe usar vestidos de ciertos colores, y si tuviesen que tirarlos por cualquier motivo, es preciso que antes los laven. Despues de hacer oracion, y cuantas veces subiese á cualquier sitio elevado, ó descendiese á algun valle, dirá: *Ecce adsum tibi obediens.*

Al entrar en la Meca se dirigirá inmediatamente al templo, y en cuanto lo divise dirá: *Non est Deus, nisi Deus: Mahometus est legatus Dei.* «No hay mas que un solo Dios,

y Mahoma es su profeta: despues se pondrá delante de la *piedra negra* (1) para alabar á Dios, elevará sus manos y la tocará con ellas, ó la besará si pudiere sin incomodidad de los demás. Despues, dejando la capota en el suelo, y principiando por su derecha, dará siete vueltas al templo por el muro que le rodea; las tres primeras marchará con celeridad, las otras cuatro lentamente, teniendo cuidado cada vez que llegue á la piedra negra de tocarla con la mano ó besarla; luego entrará en el templo y orará, haciendo dos inclinaciones con todo el cuerpo. Este circuito se llama *el circuito de la llegada*, porque se hace á la llegada de los peregrinos, aunque no es de necesidad; así es que los habitantes de la Meca no suelen hacerlo.

Despues se pondrá en camino para el monte Safa, inmediato á la ciudad, y en llegando á su cumbre, mirando hácia el templo de la Meca, alabará á Dios diciendo: *Non est Deus, nisi Deus*, y orará por el profeta, tambien orará por sus necesidades, y bajará con paso lento hácia el monte Merva. Al llegar á lo mas profundo del valle principiará á correr velozmente por espacio de dos millas entre la sombra de los árboles, haciendo en lo alto de su cumbre lo mismo que hizo en el monte Safa, dando despues siete vueltas de uno á otro. Acabada esta ceremonia se volverá á la Meca, y allí permanecerá en clase de peregrino, dando tantas vueltas al rededor del templo cuantas fuesen de su devocion.

El dia ántes de beber el agua del pozo Zamzah, el Emamo (2) tiene una oracion para instruir á los peregrinos acerca de otra expedicion al valle de Mina, y sobre la oracion en el monte Arafat. Despues de hacer la oracion de la aurora el dia en que se bebe el agua de este pozo, salen los peregrinos para el valle de Mina, y allí permanecen hasta despues de la oracion de la aurora del dia siguiente, en que se di-

(1) Sitio en la parte exterior del templo, de mucha devocion entre los musulmanes.

(2) Así llaman á sus sacerdotes.

rigen al monte Arafat, donde permanecen hasta la caida del sol. El Emamo entonces hace con los peregrinos la oracion meridiana y posmeridiana al mismo tiempo, despues de haberles antes predicado acerca de la oracion y parada en los montes Arafat y Mordalefat, el tiro de las piedras, y el sacrificio de los animales. En el primero de estos montes, montado el Emamo sobre su camello, y despues de haberse lavado, reune á su al rededor á los peregrinos, y les instruye acerca de los sagrados ritos. Despues de puesto el sol se vuelven á paso lento y cómodo hácia Mordalefat, y en una colina inmediata hacen las oraciones de vísperas y puesta del sol á voz de pregon y en pié. Al apuntar la aurora hacen su correspondiente oracion, y antes de salir el sol se vuelven á poner en camino para el valle de Mina donde se hace la ceremonia *del tiro de las piedras*. Es ceremonia esta bien ridícula y supersticiosa en verdad, reducida á tirar siete piedras por debajo de las piernas, con las cuales piensan que apedrean al diablo; á cada piedra que tiren alabarán á Dios diciendo: *¡Oh Deus! Ecce adsum tibi obediens:* «Aquí me tienes, Dios mio, á tu obediencia;» siendo precisa condicion que esta operacion no se interrumpa. Despues se hace la inmolacion de los animales destinados al sacrificio, y se afeitan la cabeza, ó únicamente se cortan el pelo; pero es mas recomendable lo primero. En aquel mismo dia ó los dos siguientes se vuelven á la Meca, y dan otras siete vueltas al rededor de la mezquita, y es el circuito que llaman de *visitacion*. Si despues del circuito de llegada corrió velozmente entre el monte Safa y Merva, no hay obligacion de correr en este, y les es lícito desde este instante usar del matrimonio. El circuito de visitacion está establecido en la ley de la peregrinacion, y lo mas que puede dilatarse es tres dias; si pasan estos, *jam erit reus sanguinis*, es decir, está obligado en satisfaccion á inmolar una víctima.

Son varios los dias destinados para los sacrificios, en los cuales se repite hasta tres veces la ceremonia de *apedrear al diablo*, y últimamente hacen el circuito llamado *sadar* ó *de*

la vuelta, porque concluido pueden ya volverse á su casa, dando por concluida la peregrinacion; este circuito es de necesidad para todos, excepto los habitantes de la Meca. Las mujeres estan obligadas á practicar los mismos ritos que los hombres, excepto el llevar cubierta la cabeza, el no decir en alta voz: *¡Oh Deus! Ecce adsum tibi obediens*, y el no correr nunca velozmente, ni raerse la cabeza. Estas son las particularidades mas notables de la peregrinacion general, porque hay tambien peregrinaciones particulares, que tienen un ceremonial especial, por decirlo así.

Lo que es digno de notarse es las penas establecidas contra el que falta al sinnúmero de preceptos y reglas que tienen que observar los que emprenden la peregrinacion; las penas con que se expían estas faltas son ayunos, limosnas y ofrendas de animales en sacrificio. Si el peregrino no usa de la clase y color de vestido de ordenanza; si se rae la cabeza ó parte de ella; si no la lleva descubierta; si se corta todas las uñas de pies y manos, ó solo cierto número de ellas; si usa de ungüentos ú aguas odoríferas; si usase del matrimonio antes del tiempo prescrito, ó antes ó despues de tal y cual ceremonia del primero ó el segundo circuito; si omitió toda ó parte de la carrera en las varias veces que tienen que hacerla, ó si la hiciere *pollutus semine* ó *coinquinatus excrementis*; el que no tirase el número de piedras, y las veces que debe hacerlo.... en estos y otros innumerables casos el peregrino está obligado á ayunar tantos ó cuantos dias; á dar limosna en tal cantidad ó tal especie de frutos, ó á ofrecer una oveja ó un camello. A veces se le permite la conmutacion de la pena, y si debe v. g. una oveja, puede ayunar tantos dias, ó dar tal ó cual limosna: *qui lividinose osculatus fuerit, aut tetigerit, debet sanguinem*, está obligado á ofrecer en espiacion una oveja.

Si el peregrino mata á la ida ó vuelta de la peregrinacion algun animal de caza, sea de intento ó por inadvertencia ó descuido, ó lo muestra á otro para que lo mate, está

obligado á la restitucion. Se reduce esta, segun los autores mahometanos, á apreciar el animal en el lugar en que fué muerto ó en el inmediato, y si fuese en algun desierto será tasado por un hombre justo é inteligente, quedando entonces á eleccion del matador el ayunar los dias de la tarifa, ó comprar con aquel dinero una oveja, un buey ó un camello para inmolarlos en la Meca, y si el dinero no alcanzase para tanto, comprará con él cierta cantidad de trigo, dátiles ú otros frutos, y lo dará á los pobres. Si únicamente hiriese el animal ó le arrancase plumas, lo encojase, etc., está obligado á todo el precio del animal, lo mismo que si le deshiciese el nido, quebrándole los huevos; siendo de advertir que si el pollo estuviese muerto, pagará el precio del animal vivo. Si matase animal, cuya carne no se come, como un leon, tambien está obligado á la restitucion; pero la tasacion no pasará del precio de una oveja, si interviniesen muchos en la muerte; todos estan obligados al todo del animal. Hasta se prohibe al peregrino cortar una espiga, y arrancar árbol ó planta, aunque no sea de propiedad particular, y aunque nadie la haya sembrado ni plantado.

Hay tambien estatutos especiales acerca de los que habiendo emprendido la sagrada peregrinacion no pueden continuarla, impedidos por los enemigos, por enfermedad ú otras causas: estos cumplirán con enviar una oveja para inmolarla en la Meca; pero si cesa el impedimento debe proseguir la peregrinacion, y visitar los sagrados lugares. Los peregrinos, ó por obligacion ó por devocion, suelen llevar á la Meca á manera de ofrenda algun animal, oveja, buey ó camello; pero es preciso que no tengan ningun clase de imperfeccion, y que vayan adornados con flores, excepto los que se envian por los impedidos en el camino ó en pena de algun delito.

Parémonos un poco á reflexionar sobre estas célebres peregrinaciones á la Meca, que es una de las prácticas religiosas mas solemnes entre los mahometanos, y que han llamado la atencion en todos tiempos por lo extraordinario

de sus ritos, y el grande número de devotos que á ellas concurren. Juzgan los mahometanos, y tienen una especie de vanidad en decirlo, que no hay peregrinacion que se parezca á la suya por lo solemne y aparatosa; y tienen razon en cierta manera, porque no la hay que prescriba cosas mas absurdas y ridículas. Es opinion muy constante entre ellos, que esta peregrinacion trae su oríjen de Adan, y cuando se les objeta que es imposible, porque el templo de la Meca, segun su Alcorán, fué construido por Abraham é Ismael, se quedan muy satisfechos con decir, que el templo que visitó Adan, fué trasladado al cielo por los ángeles en tiempo del diluvio, y que Abraham construyó otro semejante por mandado de Dios, el cual visitó despues el mismo Abraham y los profetas.

Acabamos de hablar de los ritos con que se preparan para la peregrinacion; lo que deben observar en la visitacion del templo y otros lugares que tienen por sagrados; de las cosas de que deben abstenerse, y de lo que tienen que ofrecer para el sacrificio, que mas bien es una especie de donacion, y desde luego ocurren las reflexiones siguientes. En la preparacion entre algunas cosas laudables y santas se mezclan muchas otras frívolas y supersticiosas, como son, no ponerse medias ni zapatos, y usar de sandalias ó especie de alpargatas partidas por los talones; no cubrirse la cabeza ni la cara, ni tocar cosas odoríficas, ni raerse la cabeza, ni cortarse las uñas, y otras fruslerías que mas bien excitan la risa que la piedad.

Aquella carrera precipitada saltando y moviendo los hombros en el circuito de Caba tiene algo de indecente, y con razon se prohibe á las mujeres, y es ridículo tambien correr y saltar las tres primeras vueltas, y las cuatro restantes andar lentamente como quien se va paseando. La misma supersticion debe notarse en la visita de los dos montes Safa y Merva, en los cuales ningun otro vestigio hay de religion, sino que allí estuvieron en otro tiempo los simulacros de dos ídolos, que adoraron en otro tiempo los de la

Meca. Es tambien por demas supersticioso el tiro de las piedras, con las cuales creen neciamente que apedrean al diablo, creyendo por lo mismo, que cuanto mas grandes sean ellas mas daño le causan. Parece ser que esta ceremonia la tomaron los árabes idólatras de los indios, idólatras tambien, y Mahoma que la encontró en observancia entre los suyos la estableció por ley de la nueva religion, con la diferencia que entre los idólatras era en honor de Venus, y segun refiere el autor del *Espejo historial*, las piedras se tiraban *sub genitalibus membris, eo quod Venus illis maxime dominetur*; y Mahoma, conservando aquel rito idolátrico, dijo que era para apedrear al diablo. Esto confirma lo que tantas veces hemos dicho, á saber, que la religion mahometana es una fusion del cristianismo, judaismo é idolatría, y pudiera pensarse con fundamento que Mahoma, que tanto predica en el Alcorán contra la idolatría, no pudo desarraigar ciertos hábitos y supersticiones de aquellos gentiles, ó que tal vez por cálculo juzgó conveniente tolerarlos, á trueque de atraerlos hácia sus nuevas doctrinas.

Las cosas que se prohiben en la peregrinacion, son tambien frívolas y ridículas, principalmente las que versan acerca de los animales de caza; pero admírese el lector; no solo se prohibe la muerte de esta clase de animales, sino tambien la de las moscas, hormigas, langostas, y hasta los piojos; al paso que se permite la del cuervo, el milano, el lobo, la pulga y los mosquitos. ¿Se habrá visto supersticion mas extravagante y despreciable? Los mahometanos, para esplicar estas bagatelas y contradicciones, dicen que todo tiene su significacion, y que la peregrinacion, aun en las cosas mas pequeñas, tiene sus misterios; pero cualquiera se reirá de su peregrinacion y de sus misterios y de tanta supersticion como por todas partes se observa en sus ceremonias. La mortandad de ovejas, bueyes y camellos nada tiene tampoco de grande ni sorprendente, sino el excesivo número de víctimas, que parece llega algunas veces á 300 ó 400 mil; pero ni esto es un

sacrificio, porque los mahometanos afirman unánimemente que Mahoma no instituyó ninguno, ni es realmente otra cosa que la provision necesaria para alimentarse aquella inmensa multitud de gentes que ejercen un acto exterior de caridad fraterna, dando á los pobres el sobrante de sus mesas.

Los que nacen durante la peregrinacion son tenidos por nobles, como si fuesen descendientes de Mahoma, y por esta causa procuran los devotos tener prole, ó de su propia mujer ó de cualquiera otra, con la que para este efecto contraen matrimonio temporalmente, y dura tan solo el tiempo que permanecen en la Meca.

Es de advertir, por fin, que esta peregrinacion no se hace solo por devocion y piedad, porque, como dice Gabriel Bremond, unos tienen por objeto la piedad, otros la especulacion y comercio, y muchos de entre ellos, los magnates principalmente, el libertarse de las penas que merecen por algun delito, porque esta peregrinacion absuelve de toda culpa, y el que quiera evitarla para no ser cogido, se esconde entre la turba de peregrinos, y despues de volver de la Meca, nadie puede perseguirle, á no ser que el gran sultan quiera á todo trance su cabeza, ó la pena á que se haya hecho acreedor.

PEDRO BENITO GOLMAYO.

GERFAUT.

(Continuacion.)

XXII.

Quiso levantarse la señora de Bergenheim, pero le faltó fuerza para hacerlo; sus rodillas se doblaron, y cayó á los pies de su amante. Sin detenerse en sostenerla, se precipitó este del divan, y sacando un puñal, saltó por encima de aquel cuerpo tendido á sus pies.

Apareció Cristian en el umbral de la puerta, y allí permanecia inmóvil. Hubo un momento de grave y terrible silencio, interrumpido solo por el rugido de la tormenta, que redoblando su violencia, aparentaba tomar parte en aquella escena, ó por un vago estremecimiento causado por la convulsion nerviosa de la desmayada jóven. Revolcábase esta por el suelo, haciendo rechinar con sus dedos la seda del divan en que quisiera apoyarse; pero pronto cesó este ruido, porque perdió el conocimiento, y quedó sumida en la inmovilidad de la muerte. Solo los ojos de aquellos dos hombres hablaban: fijos, aterradores é implacables los del marido; centelleantes y llenos de desesperada arrogancia los del amante.

Un instante despues de aquella mútua fascinacion, hizo el baron ademan de entrar.

—Si dais un solo paso, sois muerto! dijo Gerfaut con voz sorda, apretando el cabo del puñal, y apoyando fuertemente el dedo pulgar en la cruz que lo terminaba.

Una sola mirada sirvió de contestacion á semejante amenaza; pero mirada terrible, desdeñosa y tan imperiosa, que otra acerada hoja blandida contra la saya hubiera sido menos tremenda para el amante. Avergonzado de su ancion en presencia de tanta calma, Octavio envainó el arma, imitando de aquel modo la despreciadora actitud de su adversario.

—Venid, caballero, dijo este en voz baja dando un paso atrás.

En vez de obedecerle, volvió Gerfaut los ojos hácia Clemencia. Yacia esta sumergida en tan profundo desmayo, que en vano trató aquel de inquirir si respiraba. Arrastrado por un movimiento irresistible de amor y de piedad, se inclinó hácia ella; pero en el momento de asirla por el brazo para colocarla sobre el divan, la mano de Bergenheim le detuvo. A pesar de la poca impresion que hicieron en él aquellos dedos de yerro, que casi le quebrantaron el brazo, bastó aquel contacto para recordarle el deber que el honor le imponia en tan funesta circunstancia. La mas leve señal de interés, el mas fugitivo indicio de ternura aparecia como un nuevo ultraje en presencia del hombre á quien habia insultado, é incurrir en él hubiera sido en verdad una villanía. Si existe en la tierra un ser á quien mas miramientos y respetos sean debidos, es precisamente aquel á quien nuestra falta convirtió en enemigo. Ahogó pues en su corazon el apasionado dolor que le devoraba, y obedeciendo á la señal que le habia detenido, se levantó Octavio, y dijo con aire grave y resignado:

—Caballero, estoy á vuestras órdenes.

Indicó Cristian la puerta como invitándole á pasar el primero, conservando de este modo, y con una sangre fria extraordinaria, aquella política que una buena educacion convierte en una indeleble costumbre, pero que era en aquel momento mas imponente aun que la mas furiosa cólera.

Segunda vez miró Gerfaut á Clemencia, y señalando hácia ella, dijo con tono cuasi suplicante:

—¿La dejareis en ese estado sin prodigarle ningun socorro? Muy cruel fuera abandonarla en este momento.

—No habria en ello crueldad ninguna, sino piedad, respondió friamente Cristian; demasiado pronto volverá en sí.

Oprimióse el corazon de Octavio; pero su exterior no manifestó la menor emocion. No titubeó mas y salió. Siguióle el marido sin mirar siquiera á la infeliz mujer á quien tan despiadadamente acababa de condenar, y que tendida en el frio suelo permanecia en él como en la tumba.

Bajaron los dos hombres la escalera de caracol que conducia al gabinete, escasamente alumbrados por la pálida claridad que arrojaba la lámpara de alabastro. Cuando llegaron á la puerta de la biblioteca, la oscuridad fué completa; pero provisto Cristian de antemano de una linterna sorda, proporcionó por medio de ella una luz suficiente para guiar sus pasos. Atravesaron silenciosos la galería de cuadros, el vestíbulo y la escalera principal. Al ver pasar en medio de las tinieblas aquellas dos figuras, cuyas facciones iluminaba tristemente el vacilante y amarillento reflejo de la linterna, presentíase involuntariamente alguna lúgubre escena, en la que cada cual de ellos debia

representar su papel. Nó marchó Dante, siguiendo á Virgilio por las erdorosas sendas de la ciudad doliente con tan silencioso paso ni con tan pálida frente, como Gerfaut guiado por su huésped por en medio de los luengos corredores del castillo. Precedíale este con igual prevencion. Temeroso de que el mas leve ruido despertase á alguno de los criados, buya curiosidad hubiera sido escitada de un modo extraordinario por aquel paseo nocturno, contenia la respiracion, deslizándose como una sombra, mientras que su mirada escudriñaba con inquietud la oscuridad de los lugares que atravesaban.

Por último, llegaron al aposento del baron, sin que nadie los encontrase, y sin que nada hubiera infundido la menor sospecha. Con la misma sangre fria, con la misma aparente tranquilidad con que diasta entonces habia caracterizado su conducta, cerró Cristian cuidadosamente todas la puertas, encendió un candelabro cargado de bugías, que se hallaba sobre la chimenea, y se volvió en seguida hácia su compañero mucho menos sosegado que él.

En las circunstancias que exigen una rápida resolucion, en medio de las raras pero solemnes crísis de la vida en que la mas leve reflexion fuera fatal retardo, en que la espontaneidad de accion se convertiria en imperiosa necesidad, los hombres de un talento poético tienen una desventaja singular: su imaginacion tan enérgica en las meditabundas horas de soledad, se transforma en un enemigo fatal; hay en aquella facultad una espansion que malgasta gran cantidad de fuerza vital; á cada idea que la acomete salta refractada en divergentes surtidores, estendiéndose en imperceptibles ramificaciones. Pero tanta riqueza de comprension, tan excesiva dilatacion de los poros del alma, no sirve sino para empobrecer su vigor, produciendo solamente una especie de sudor, que si bien fertiliza, por decirlo así, la concepcion, debilita extraordinariamente la accion. Entonces la imaginacion se eleva de tal modo sobre todo, que concluye por no comprender nada; se evapora, se deslumbra con su propia luz, y se pierde en lo infinito que ella misma se creó antes de llegar á su término. Es una arma que se abre paso, cuyos golpes se hacen tanto mas impotentes, cuanto mayor es el espacio que abrazan.

Desde que salió del gabinete, era víctima Gerfaut de un martirio terrible. Por un inexplicable fenómeno fisiológico, en vez de penetrar su espíritu en lo mas vivo de tan crítica como imperiosa escena, penetró como el águila en los innumerables espacios de todo el drama; en un instante deboró lo pasado y el porvenir de su pasion hasta el punto de olvidar cuasi enteramente lo presente. Su primera entrevista con Clemencia, los diversos sucesos de aquel año tan lleno de recuerdos, el éxito de su ternura hora por hora, las mil conquistas que fueron preludio de la postrera, y por último aquel dia en-

cantador convertido en noche horrible, aquella mujer de su corazon, perdida por él y para siempre; aquel hombre á quien se veia obligado á dar una satisfaccion de sangre; todas estas imágenes se presentaban á su vista semejantes á las secas hojas de un árbol que el torbellino levanta y arremolina en confusa espiral.

Invencibles emociones de pesar, una piedad llena de desesperacion, el presentimiento de catástrofes humanamente inevitables, debilitaban su corazon fascinando su espíritu. Entonces vió bajo el mas odioso colorido, el egoismo de su amor y de aquella pasion que le impuso como un deber para consigo mismo la consumacion del triunfo. Semejante exigencia, hija de la vanidad, le pareció la mas despreciable villanía. La última mirada de Clemencia al caer desmayada á sus pies, mirada de perdon y de amor, le atravesó el corazon como un puñal. Perdia la mujer que amaba! la reina de su vida! el ángel de su adoracion! todo lo perdia!! Idea infernal! Durante algunos instantes no pudo dominar su turbacion: asaltóle un desvarío cruel á la vista de aquel abismo abierto por su mano, y en el que habia precipitado la mas preciosa porcion de su alma. Agobiado por un movimiento de horrorosa embriaguez, su cabeza se desalentó por la fuerza de los remordimientos. El latido de sus arterias, la convulsiva contraccion de sus nervios trastornaron enteramente su impresionable organizacion. Terribles instantes eran aquellos para él, porque la violencia de sus sensaciones no le impedia desconocer lo crítico de su situacion; y notó que temblaba sin poder decir como Bailly: es de frio.

Al lado de aquel pálido rostro, en el que mil violentas emociones se sucedian con la rapidez que los nubarrones en un dia tempestuoso, la frente de Bergenheim permanecia sombría y fria, cual el cielo del norte, parecia una estátua de mármol, cuyo contacto es glacial, al lado de otra de bronce roja aun de la fundicion. En aquel momento el poeta era inferior al soldado, la elevada inteligencia se hallaba vencida por el talento vulgar, el alma entusiasta por el temperamento prosáico pero imperturbable.

Cuando la mirada de Bergenheim encontró la de Octavio, significó tan implacable venganza, estaba tan llena de venenoso rencor, que este se extremeció como si hubiese tocado una víbora. Al frente de aquel ultrajado esposo, cuya fisonomía era á la vez tan imponente y serena, sintió el amante la inferioridad de su posicion; pero una punzante emocion de despecho y vanidad le devolvió todo su valor. Dejó pues las penas para mejor ocasion; porque tan tristes expiaciones le estaban prohibidas en aquel momento; y otro solo y único deber le llamaba. Tal es el imperio de la costumbre. Para ciertos ultrajes no hay reparaciones posibles.

Una vez abierto el camino, es necesario llegar al fin, el perdon de la ofensa solo se halla en la tumba.

Sometióse Octavio á tan dura necesidad. Ahogando en su alma todo desfallecimiento de conciencia capaz de disminuir su firmeza, recuperó aquel exterior desdeñoso que le caracterizaba. Devolvieron sus ojos á los de su enemigo aquella mirada de mortal reto, y tomó la palabra como hombre acostumbrado á dominar los sucesos de su vida, y no permitir á nadie que marchase delante de él en ninguna circunstancia.

—Ante todas cosas, dijo, debo manifestaros bajo mi honor, que en este asunto no hay más que un culpable, y ese soy yo. La mas lijera reconvencion dirijida á la Baronesa sería por vuestra parte el mas injusto ultraje, el mas deplorable error. Sin que ella lo supiera, y sin haber sido autorizado por ningun concepto me he introducido en su cuarto. Acababa de entrar cuando habeis llegado. La necesidad me obliga á confesaros una pasion que para vos es un ultraje; pronto estoy á repararlo por cualquier clase de satisfaccion; pero al ponerme á vuestra disposicion en ese punto debo disculpar á la Baronesa de todo cuanto pudiera menoscabar su virtud ni su reputacion.

—En cuanto á su reputacion, respondió Cristian, yo cuidaré de ella; en cuanto á su virtud...

No concluyó, pero su fisonomía tomó toda la expresion de incrédula ironía.

—Os juro, caballero, repuso Octavio con emocion, que está libre de toda seduccion, como debiera estar de todo insulto; os lo juro.... ¿Qué juramento queréis que haga para que me creais?

Os juro que la Baronesa no ha hecho traicion á ninguno de los deberes que para con vos tiene; que jamás recibí de ella la menor prueba que me alentase; que tan inocente está de mi locura como pueden estarlo los ángeles del cielo.

Por toda respuesta, Cristian sacudió la cabeza con despreciable sonrisa.

—El dia de hoy será para mí un motivo de desesperacion para lo restante de mi vida, si no me creeis, continuó Gerfaut cada vez con mas vehemencia, os digo, caballero, que está inocente, ¡inocente! ¿lo entendeis? Una pasion insensata y desdeñada me alucinó. He querido aprovecharme de vuestra ausencia. Sabeis que tengo una llave de la biblioteca; me he servido de ella sin que pudiera vuestra señora sospecharlo. Ojalá hubieseis presenciado nuestra entrevista para que os convenciera is de lo que os digo. ¿Es acaso posible impedir á un hombre entrar en el aposento de una mujer, cuando este hombre ha sabido proporcionarse los medios para conseguirlo? Os repito...

—Basta, caballero, respondió friamente el baron. No haceis en este momento sino lo que cualesquiera otro hiciera en vuestro lugar, lo que yo mismo haría; pero esta discusion es enteramente inútil, dejad á esa mujer el cuidado de disculparse á sí misma. En este momento solo debemos entendernos los dos.

—Cuando os protesto bajo mi honor....

—Caballero, en semejantes circunstancias un juramento en falso no deshonra. Tambien yo he sido soltero, y sé muy bien todo lo que es permitido cuando se trata de un marido. Dejemos eso á un lado, y vamos á el hecho. Me considero insultado por vos, y debeis reparar este insulto.

Octavio hizo en silencio un gesto afirmativo.

—Uno de los dos debe morir, repuso Bergenheim apoyando el codo negligentemente sobre la chimenea.

Segunda vez inclinó el amante la cabeza con gesto grave.

—Os he ofendido, dijo, á vos toca arreglar la clase de reparacion que necesiteis.

—Solo una es posible, caballero. La sangre únicamente lava semejantes manchas: lo sabeis tan bien como yo. Me habeis deshonrado, y me debeis por ello la vida. Si la suerte os fuere favorable, os desembarazareis de mi persona, y yo perderé en todos conceptos.—Hay sin embargo ciertas condiciones que arreglar, y vamos á ocuparnos de ellas ahora mismo si así os place.

Adelantó un sillon ofreciéndoselo á Gerfaut, y tomó despues otro para sí. Sentáronse uno á cada lado del bufete que ocupaba el centro del salon, y con igual apariencia de imperturbable sangre fria y de altanera política se dispusieron á discutir aquel debate de muerte.

—Ninguna necesidad tengo de repetiros, dijo Octavio, que accedo desde luego á cuanto os convenga decir en el particular: armas, sitio, testigos....

—Escuchadme, interrumpió Bergenheim, hace poco me habeis hablado en favor de esa mujer de una manera que me ha hecho creer que no quereis deshonrarla á los ojos de la sociedad; por consiguiente pienso que aceptaréis la proposicion que voy á haceros. Un combate ordinario entre nosotros despertaría alguna sospecha que conduciría indudablemente al descubrimiento de la verdad; buscaríase un pretexto plausible, cualesquiera que fuese el motivo que nosotros fingiésemos ante los testigos. Entre un jóven acojido en una casa y un marido, sabeis perfectamente que al momento se adivina la causa de su desafio. De cualesquier modo que el nuestro se concluyera, el honor de mi mujer quedaría en duda, y esto es precisamente lo que yo quiero evitar, porque al fin lleva mi nombre.

—Explicadme vuestra intencion, respondió Octavio, no pudiendo adivinar las intenciones de su adversario.

—Nó ignorais, caballero, repuso Bergenheim, siempre con una voz impasible, que por un artículo de la ley hubiera podido, mediante una ligera pena, mataros hace un instante; no lo he hecho por dos razones: en primer lugar porque un caballero se sirve de su espada y no del puñal, y además porque vuestro cadáver me hubiera estorbado.

—Ahí teneis el rio, interrumpió Gerfaut con extraña sonrisa.

Miróle fijamente un instante Cristian, y continuó con un tono ligeramente alterado.

—En vez de usar de mi derecho, quiero arriesgar mi vida con la vuestra. El peligro es el mismo para mí que jamás os he insultado, que para vos que me habeis hecho el mas sangriento ultraje que pueda lastimar jamás la existencia de un hombre. Por consiguiente ya el partido es desigual; pero comprendereis que si una sola persona en el mundo llegase á sospechar el motivo de nuestro desafio, lo sería mil veces mas. Vos no aventurais mas por eso, en vez que yo, muerto ó vivo, sería públicamente deshonrado. Así pues, prefiero exponer mi sangre pero no mi honor.

—Si es un desafio sin testigos el que deseais, consiento en él; tengo completa confianza en vuestra honradez, y espero que confiareis del mismo modo en la mia.

Inclinó Cristian ligeramente la cabeza, y continuó.

—Es mas que un desafio sin testigos, porque es menester que el resultado aparezca como un accidente casual: de este modo se podrá evitar el ruido y el escándalo que tanto temo. Hé aquí lo que quiero proponeros: ya sabeis que hay dispuesto para mañana una batida de jabalíes en el monte de Marer; cuando todos se aposten, nosotros nos colocaremos en un sitio, que yo conozco donde estarémos sin que los otros nos vean. Cuando los jabalíes sean lanzados del monte por los ojeadores, y atraviesen la línea por delante de nosotros, nos harémos mútuamente fuego á la señal convenida. De esta manera, cualesquiera que sea el desenlace, pasará por una de esas desgracias de que la caza con bala ofrece tan frecuentes ejemplos.

—Seguramente soy muerto, dijo para sí Gerfaut, al saber que la escopeta era el arma escogida por su adversario, y acordándose de la extraordinaria destreza, cuyas repetidas pruebas habia él mismo presenciado. Pero, lejos de manifestar la menor perplexidad, dió á su exterior un aire de mayor arrogancia.

—Paréceme prudentemente calculado ese género de combate, dijo; le acepto desde luego, pues que deseo tanto como vos que un eterno secreto cubra tan desgraciado suceso.

—Ya puesto que no hemos de tener testigos, repuso Bergenheim, nosotros mismos debemos arreglar los menores requisitos, á fin de que nada pueda descubrir nuestro intento; es inconcebible de qué modo las mas insignificantes circunstancias sirven frecuentemente de testimonio acusador. Siendo yo último del jurado, condenamos á muerte á un hombre por el solo indicio de haber cargado demasiado su escopeta. Tratemos en consecuencia de que no nos suceda otro tanto. Creo haberlo previsto todo. Pero sin embargo, echaré de menos alguna cosa, si vos no advertís nada.—El sitio de que os habló, es una senda estrecha pero descubierta que conduce desde medio dia á norte; de modo que á las ocho de la mañana tendremos el sol de costado; por consiguiente ninguna ventaja tiene una posicion sobre otra. En la linde del bosque hay un olmo antiguo; á cincuenta pasos sobre poco mas ó menos, en la senda misma, hay un tronco de encina cortado en este año: estos serán, si le aprobais, los dos sitios en que nos colocaremos. ¿Os parece conveniente esta distancia?

—Mas cerca ó mas lejos, importa poco. A quien mata el que quiere.

—Mas cerca sería imprudente. En las cacerías, nunca se colocan á menor distancia unos de otros. Además que cincuenta pasos para la escopeta son menos de quince para la pistola. Primer punto arreglado.—Tendremos puestas nuestras gorras, aunque no es esta la costumbre. Pero si recibiésemos un balazo en la cabeza, y no se encontrasen aquellas agujereadas por la bala, podrian formarse conjeturas, pues en las montañas nadie está con la cabeza descubierta.

De este modo continuó Bergenheim arreglando una porcion de detalles, que atestiguaban la singular prevision con que habia calculado hasta los mas ligeros incidentes, que pudieran ocurrir en un lance de aquella naturaleza; no podia Octavio dejar de experimentar cierta especie de admiracion al ver la enérgica impasibilidad con que se ocupaba aquel hombre de los preparativos de muerte, mirándolos del mismo modo que miraría una jóven las flores que deben adornar su tocado en un dia de baile. Se vió pues, compelido á mantenerse á la misma altura de menosprecio hácia la vida, y se puso á disputar artículo por artículo las proposiciones de su antagonista, con igual serenidad y sangre fria que este último lo habia hecho.

—Faltanos ahora decidir, dijo Cristian, quien tirará el primero.

—Vos seguramente, pues sois el ofendido.

—No habiendo vos contenido enteramente en la ofensa, es aun cuestionable este punto, y por consiguiente no puedo ser juez y parte. Que lo decida la suerte.

—Os repito que no tiraré el primero, interrumpió Octavio con viveza.

—Reflexionad que es un desafío á muerte, y que semejantes delicadezas son pueriles.—Convengamos en que aquel que obtenga la ventaja de ser el primero en colocarse en la linde del bosque, y agitará la señal que el otro deberá dar á la salida de los jabalíes.

Diciendo esto sacó una moneda y la tiró por alto.—Cara ó cruz, preguntó á Gerfaut.

—Cara, dijo el amante precisado á conformarse con la voluntad de su adversario.

—Teneis la primacía, repuso Cristian, mirando el escudo con la mayor indiferencia; pero tened presente que si al dar yo la señal no tirais, ó lo haceis al aire, usaré de mi derecho, y haré fuego. Ya sabeis que rara vez yerro el golpe.

Concluidos estos preliminares, sacó el baron de un gabinete inmediato dos escopetas, y las cargó con bala, haciendo observar á Octavio que eran aquellas enteramente iguales en longitud y calibre. Púsolas en seguida en un armario, que cerró con llave, ofreciéndosela despues á Gerfaut.

—No os haré semejante injuria, dijo este.

—Pero en realidad es inútil esta prevencion; mañana escogereis. Ahora que todo lo tenemos arreglado, continuó con gravedad, tengo que pediros un favor, y espero que me lo concedais, porque conozco vuestra caballerosidad. Juradme que cualesquiera que fuese el resultado, guardareis el mas inviolable secreto con respecto á este asunto. Mi honor se halla á vuestra disposicion en este momento, y de caballero á caballero os pido que lo respeteis.

—Si tuviese la triste suerte de sobreviviros, respondió Gerfaut con no menor gravedad, os hago el juramento que me exigís, de todo corazon. Pero yo tambien tengo una pregunta que haceros, en la suposicion de que suceda lo contrario.—¿Qué intenciones son las vuestras con respecto á la baronesa?

Miró Cristian un instante á su adversario, cuya fija y penetrante mirada parecia querer sondear sus mas secretos pensamientos.

—Mis intenciones! dijo en seguida con sorpresa y descontento; extraña es la pregunta; no reconozco por cierto en vos el menor derecho para hacérmela.

—Extraño es mi derecho en efecto, repuso el amante sonriéndose amargamente; pero sea como fuere nació de ella. Destruí para siempre la felicidad de esa mujer, y si no puedo reparar mi falta, debo por lo menos, en cuanto de mí dependa, disminuir los efectos. Dignaos responderme: si mañana muero, ¿cuál es la suerte que la espera?

Nada respondió Bergenheim bajando los ojos con aire pensativo y sombrío.

—Escuchadme, caballero, continuó Gerfaut con grande emocion, creed lo que os digo: Clemencia no es culpable; no lo creeis, y desespero ya de persuadiros, porque comprendo muy bien vuestra desconfianza. Sin embargo, esta será la última palabra que saldrá de mis labios, y ya sabeis que debeis ser creidas las palabras de un moribundo. Si mañana conseguís vengaros de mí, os suplico que tengais por suficiente esta expiacion. —Mas aun, no me sonrojo de suplicároslo; os lo pediría de rodillas si fuera preciso. —Sed humano para con ella; no la atormenteis... No imploro perdon sino piedad por su inocencia... No la trateis con rigor... sino honrosamente... No la hagais desgraciada.

Detúbose, porque le faltó la voz, y sus ojos se humedecieron.

—Demasiado sé lo que tengo que hacer, respondió el baron con un acento tan duro como enternecido habia sido el de Gerfaut; soy su marido; en nadie reconozco, y mucho menos en vos, el derecho de interponerse entre ella y yo.

—Preveo perfectamente la suerte que la reservais, replicó el amante con disimulada indignacion; no derramareis su sangre, porque sería imprudente hacerlo así; pero la mataveis lentamente; la hareis morir con nuevos tormentos cada dia, para mejor satisfacer vuestra sed de venganza. Capaz sois de meditar cada detalle de su suplicio con la misma calma con que acabais de acreditar nuestro desafío.

En vez de responder, encendió Cristian una bujía como en señal de poner término á aquella discusion.

—Hasta mañana, caballero, dijo entonces con frialdad.

—Deteneos, gritó Gerfaut levantándose, ¿me rehusais pues vuestra palabra, para asegurarme de la suerte de una mujer, á quien mi amor ha perdido?

—Nada tengo que responder.

—Pues entonces, á mí me toca protegerla, y así lo haré mal que os pese.

—Basta, prorrumpió violentamente el barona.

Avalanzóse Octavio sobre la mesa que los separaba, mirándole un instante como el águila que cae sobre su presa.

—Habeis asesinado á Lambernier! dijo de repente con aterradora voz.

—Retrocedió Cristian como si hubiese recibido un violento golpe, y sus labios se contrageron ligeramente.

—Yo mismo he presenciado el asesinato, continuó Gerfaut recalcando las palabras; voy á escribir mi declaracion, y á enviársela á un sugeto, en quien confio como en mí mismo. Si mañana muero, dejaré una mision, cuyo cumplimiento no podrá impedir ninguno de cuantos esfuerzos hagais; expiará vuestras menores acciones con

una vigilancia extraordinaria; será en fin el protector de la baronesa, si olvidáseis que vuestro primer deber es protegerla. El dia en que abuseis de vuestra posicion; el dia en que ella diga: socorredme! aquel dia aparecerá mi declaracion ante el supremo tribunal de Nancy. Este documento será tomado en cuenta, tenedlo por seguro. Además, el rio es una tumba indiscreta; antes de poco devolverá el cuerpo que le confiásteis. Sereis encausado y condenado. ¿Sabeis cuál es la pena del asesino? Trabajos forzados por toda la vida.

Al oir tan terrible palabra, Bergenheim se precipitó hacia la chimenea, arrancó un cuchillo de monte que estaba colgado en la pared, y lo desenvainó.

Viéndole en disposicion de acometerle, Octavio se cruzó de brazos contentándose con decirle frisamente:

—Acordaos que mi cadáver os estorbaría; ya teneis bastante con uno.

Arrojó el baron el arma con tal furor que la hizo dos pedazos.

—Pero vos sois, dijo con tremenda voz, vos sois el asesino de Lambernier. Sabia este secreto de infamia, y su muerte ha sido involuntaria de mi parte.

—Nada importa la intencion ni la primera culpabilidad. Solo se trata del hecho. Os condenarán, y esto es lo que yo quiero, porque la sentencia del jurado, cualquiera que sea, os separará de vuestra esposa, y de ese modo conseguirá ella verse libre de vuestro furor.

—Hablais formalmente! repuso Cristian palideciendo; me delatareis! vos! un caballero! ¿Sabeis que no hay sino una palabra que iguale á la del cobarde, y que esta es la de delator?

Y mi sentencia no envilecería tambien á esa mujer por quien tanto interés manifestais?

Bajó la voz al pronunciar estas palabras, avergonzado de haber empleado semejante argumento, y de haber mezclado el nombre de su mujer en un debate en el que se hallaba á discrecion de su adversario.

—Todo lo sé, respondió este; tambien yo respeto mi nombre, y sin embargo le espondría gustoso por un motivo semejante. Demasiados enemigos tengo que se considerarían dichosos de poder ultrajar mi memoria. La opinion pública me condenará, porque nadie pensará en los motivos que me han impulsado para obrar de ese modo. Mas sentimiento esperimento yo al pensar que otra persona pueda hallarse amenazada del golpe destinado á defenderla; pero estas razones deben desaparecer ante otra mas poderosa aun. Hay una cosa mas necesaria y mas precisa que la opinion de las gentes, y esta es la paz de nuestros corazones, la inviolabilidad del deber, el derecho en fin de vivir, y esto es precisamente lo que á falta de felici-

dad quiero legar á la que la suerte puso bajo vuestra autoridad, pero que no dejaré á merced vuestra.

—Yo soy su marido, dijo Bergenheim con rabia infernal.

—Sí, su marido sois, es verdad, y la ley os favorece por consiguiente. No necesitais mas que invocar los poderes de la sociedad, y la sociedad se pondrá de vuestra parte para confundir á una mujer sin defensa. Y yo, que la quiero, como vos no la habeis querido nunca, no he de poder hacer nada por ella! En vida, debo callarme y respetar vuestro derecho; pero muerto dejan de existir para mí vuestras leyes absurdas, y puedo entonces interponerme entre vos y ella; y me interpondré, no lo dudeis. Y puesto que para defenderla no tengo la eleccion de armas, no retrocederé ante la sola que se me presenta. Sí, sí, para ponerla á cubierto de vuestra venganza, me veo precisado á recurrir á una vergonzosa delacion, y os lo juro, me haré delator. Empañaré mi nombre con semejante mancha; cojeré del lodo esa piedra, y os la arrojaré al rostro.

—Semejantes palabras solo son dignas de un cobarde! exclamó Bergenheim, dejándose caer sobre un sillon.

Miróle Gerfaut un instante con la calma y superioridad que le inspiraban su enérgica resolucion.

—Dejémonos de insultos! dijo, uno de nosotros habrá dejado mañana de existir, y acordaos de lo que voy á deciros: si sucumbo no paseis mas adelante por vuestro propio interés, os lo encargo. Venga la muerte para mí; pero exijo para ella libertad, paz y respeto. Tened presente que al primer ultraje que la hagais, saldrá mi sombra del sepulcro para preservarla del segundo, para levantar entre ella y vos una barrera impenetrable. Acordaos de los trabajos forzados.

XXIII.

Al volver de su desmayo, la señora de Bergenheim permaneció largo tiempo sumida en un entorpecimiento tal, que no la permitia notar sino confusamente sus propias sensaciones. A la primera mirada solo vió vagamente las cortinas de su cama sobre la que se hallaba ya tendida, y creyendo despertarse de un sueño ordinario trató de volver á dormirse. Poco á poco algunas ideas iluminaron las tinieblas de su espíritu. Medio despierta ya por el pensamiento de su desgracia, abrió de nuevo sus ojos, y notó que estaba aun vestida; parecióle al mismo tiempo que su aposento estaba mas alumbrado que lo que el resplan-

dor de una lamparilla que ordinariamente ardia en él podia producir, y vió por entre las cortinas casi en frente de su cama, una gigantesca sombra extenderse hasta el techo. Se incorporó entonces un poco, distinguió perfectamente un hombre sentado al lado de la chimenea, y al reconocer en él á su marido, cayó segunda vez sobre su almohada yerta de terror. Acordóse entonces de todo, y la escena del gabinete se le representó con todos sus colores. Sintióse en disposicion de perder otra vez el conocimiento al oir los pasos de Cristian que hacian rechinar el entarimado, á pesar de andar con cierta precaucion. Por un pueril instinto, permaneció con los ojos cerrados, esperando que esta estratagema le haria creer que estaba dormida, pero su agitada respiracion la descubrió. Contemplóla el baron un instante en silencio, y descorrió en seguida las cortinas.

—Así no podeis pasar la noche, dijo, ya son cerca de las tres. Es menester que os acosteis como de costumbre.

A semejantes palabras todos los miembros de Clemencia se extremecieron, á pesar de que el acento con que habia sido pronunciadas no participaba de la menor dureza. Sin responder la menor cosa, obedeció maquinalmente, pero apenas se hubo levantado, cuando se vió obligada á apoyarse contra la cama, porque sus temblorosas piernas no se hallaban con fuerzas para sostenerla.

—No me temais, la dijo Bergenheim alejándose algunos pasos, nada de alterador tiene aquí mi presencia. Quiero tan solamente que se sepa que he pasado la noche en vuestro aposento, porque es muy posible que mi vuelta despierte algunas sospechas. No ignorais que nuestra ternura no es sino una comedia representada solo para nuestros criados.

Envolvian estas expresiones una especie de sarcasmo, que no pudo menos de herir mortalmente á aquella infeliz mujer. Aguardaba, sí, una explosion de furor, pero no un desprecio tan pacífico. Encolerizado su orgullo la dió un acceso de valor.

—No merezco que me trateis de ese modo, dijo, no debeis condenarme antes de haberme oido.

—Nada os pregunto, respondió Cristian sentándose otra vez junto á la chimenea. Desnudaos, y dormid si podeis. Es del todo inútil que Justina vaya mañana á hacer comentarios sobre vuestro traje de noche, ó sobre la alteracion de vuestras facciones.

En vez de obedecerle, le siguió, y trató de permanecer de pié á su lado, para hablarle, pero su emocion le quitó la fuerza de hacerlo. Tuvo pues que sentarse.

—Muy mal me tratais Cristian, dijo, cuando hubo conseguido recuperar un poco la voz. —Soy culpable... pero no tanto como lo supondreis, continuó bajando la cabeza.

Miróla un instante con alguna atencion, y respondió en seguida sin que su voz manifestase la mas leve emocion.

—Ya debeis imaginaros que mi mayor deseo es el de que vos me persuadais. Sé muy bien que muchas veces suelen engañarnos las apariencias; tal vez consigais explicarme lo que ha pasado esta noche; aun me hallo dispuesto á creer en vuestra palabra. Juradme que no amais á Gerfaut.

—Lo juro, dijo Clemencia con apagada voz, y sin levantar los ojos.

Se levantó entonces Cristian, y despolgó un crucifijo de plata que estaba á la cabecera de la cama.

—Juradmelo por este santo Cristo, dijo presentándoselo á su mujer.

En vano intentó esta levantar la mano, pues permaneció como pegada al brazo del sillon.

—Lo juro, tartamudeó segunda vez, y su rostro se cubrió con la palidez de la muerte.

Una risa feroz parecida á un rugido salió de los labios de Bergenheim. Sin añadir palabra, volvió á colgar el crucifijo, abrió en seguida el armario secreto que habia entre las ventanas, y colocó el cofrecito de palisandro sobre una mesa delante de Clemencia. Al verlo esta hizo un movimiento para apoderarse de él; pero su valor la abandonó, viéndose obligada á recostarse para encontrar un apoyo.

—Perjura á su Dios y perjura á su marido! dijo lentamente el baron. ¿Sabeis qué clase de mujer sois?

Largo rato permaneció Clemencia sin poder responder: era tan penosa su respiracion que cada aliento parecía un sollozo, y su cabeza se inclinó sobre su pecho, como una espiga tronchada por la lluvia.

—Si habeis leido esas cartas, dijo tímidamente cuando hubo recobrado la fuerza suficiente para poder hablar, debeis haber visto que no soy tan infame como me suponeis. Bastante culpable soy... pero aun puedo ser perdonada.

Si en aquel momento hubiese estado Cristian dotado de esa inteligencia que comprende los misterios del corazon, hubiera podido muy bien anudar un lazo próximo á deshacerse; no es decir que hubiese podido prometerse una rica cosecha de legítimo afecto del campo en que habia ya florecido la zizaña del amor adúltero; pero si bien es cierto que le hubiera sido imposible en adelante crear una pasion que seguramente no acompaña al matrimonio cuando este no fué producido por aquella, podia por lo menos detener á Clemencia en sus peligrosos pasos, y ahasteciéndose de los terribles datos de una falta, no consumada aun, evitarla caidas mas irreparables. Pero era

demasiado vulgar su naturaleza para concebir y distinguir la diferencia que separa la debilidad del vicio y los delirios de un alma cariñosa de la deprabacion de un carácter corrompido. Con aquella obstinacion tan familiar á las limitadas imaginaciones llevaba todas las cosas hasta su extremada consecuencia, y acababa siempre por suponer mas de lo que en verdad existia. Hacia ya algunas horas que habia dado por cosa hecha la culpabilidad de su mujer; sirvióle esto de base para su conducta, y á ello se atenia con una tenacidad sorda á toda oposicion.—Permanecieron sus facciones marcando la mas desconsoladora impasibilidad, mientras que escuchó las palábras de justificacion que Clemencia se esforzaba en decir con interrumpida y débil voz.

—Conozco que merezco vuestro odio.... pero si supiéseis lo que padezco me perdonaríais.... Me dejásteis en París, siendo aun demasiado jóven.... sin experiencia.... hubiera debido combatir mejor, pero con todo he agotado todas mis fuerzas en esta lucha. Ya veis cuan pálida y desmejorada estoy de un año á esta parte.... He envejecido mucho, sí, mucho; pero en fin, no soy aun lo que se llama una mujer.... perdida. Sin duda os lo habrá dicho....

—Sin duda, respondió Cristian irónicamente; oh! famoso defensor teneis en él!

—¿Nó quereis convenceros? ¿No quereis dar crédito á lo que os digo? repuso ella, retorciéndose las manos de desesperacion; pues leed esas cartas.... las últimas. Considerad si se escribe así á una mujer enteramente culpable.

Quiso coger el paquete que su marido tenia en la mano; pero este en vez de dársele lo aproximó á la luz, arrojándole inflamado en la chimenea. Clemencia lanzó un grito, y quiso arrojarse á recogerlo; pero el férreo brazo de Cristian la sujetó por la cintura reteniéndola en el sillon.

—Comprendo perfectamente cuan cara os sería esa correspondencia, dijo con un tono menos sereno que el que hasta entonces habia empleado; pero sois mas tierna que prudente. Dejadme destruir ese testimonio que os acusa. ¿Sabeis que he matado á un hombre á causa de esas cartas?

—Ha muerto! exclamó arrebatada la de Bergenheim al oir semejantes palabras, ignorando su verdadero sentido, y creyendo que aludian á su amante;—pues bien, matadme á mí tambien, porque miento en decir que me arrepiento. No es así, no me arrepiento; soy culpable; os he engañado. Le amo y os aborrezco, le quiero; matadme.... sí, le quiero.... pero matadme!

Habíase arrojado de rodillas delante de Cristian, y se arrastraba por el suelo, golpeando en él con la cabeza. Cristian la levantó, y la

sentó en el sillon á pesar de la resistencia que oponia para ello. Mucho tiempo transcurrió antes de que pudiera contenerla; tal era la violenta agitacion que sufría aquella desgraciada. Combatida por las mas horrendas convulsiones, se retorcia entre los brazos de su marido, y oyéndosela únicamente repetir con voz ahogada y con la monotonía de la demencia: — le amo! matadme! le amo! matadme!

Tan horrible era aquel dolor, que al fin Bergenheim tuvo piedad de ella.

—Habeis comprendido mal, dijo, no es él á quien he matado.

Quedóse Clemencia inmóvil y sin decir una palabra. Por un sentimiento de compasion la dejó el baron, y se volvió á su asiento. Así permanecieron algun tiempo cada uno sentado á un lado de la chimenea: él, con la frente apoyada contra el mármol; ella encorvada en su sillon con el rostro oculto entre sus manos: mas separados el uno del otro en medio de su aposento nupcial, que si el mundo entero se hubiera interpuesto entre ellos; las compasadas y monotonas vibraciones de la péndola del reloj interrumpian solamente aquel silencio.

Un ligero ruido se oyó entonces en una de las ventanas. Por un repentino impulso Clemencia se levantó como si hubiera esperimentado una conmocion galvánica; sus despavoridos ojos encontraron los de su marido, arrancado tambien de sus negras reflexiones por aquel inesperado accidente. Hízole con la mano una imperiosa señal de silencio, y ambos se pusieron á escuchar con tanta atencion como ansiedad.

Repitióse el mismo ruido. Un ligero roce contra las persianas seguido en el acto de un golpe seco y metálico manifestó el choque de un cuerpo duro contra los vidrios.

—Eso es una señal, dijo Cristian con voz baja, y mirando á su mujer. Debeis saber lo que significa.

—Os juro que lo ignoro, respondió Clemencia palpitándole el corazon con aquella nueva emocion.

—Yo os lo diré: ahí está y quiere deciros algo; levantaos y abridle.

—Abrirle, dijo ella atemorizada.

—Haced lo que os digo. ¿Quereis que pase la noche debajo de vuestras ventanas, y que algun criado le vea?

A semejante órden severamente pronunciada se levantó la baronesa. Conociendo Bergenheim, que la proyeccion de sus dos sombras en el techo podría ser notada desde fuera en cuanto se descorriesen las cortinas, cambió de sitio las bujías. Dirigióse lentamente Clemencia hácia la ventana; pero apenas la hubo abierto, cuando cayó un bolso en el suelo.

—Ahora cerrad, dijo el baron, y mientras su mujer obedecia docilmente, incapaz de hacer ningun esfuerzo, cojió el bolso que habian tirado, y sacó el siguiente billete:

«Os he perdido, á vos, por quien hubiese querido morir! ¿Para qué sirven ahora mis penas y mi desesperacion? Mi sangre toda no podría enjugar una de vuestras lágrimas. Tan horrorosa es mi posicion que tiemblo hablaros de ella. Debo sin embargo deciros la verdad por horrible que sea.... No me anatematiceis, Clemencia; no me imputeis la fatalidad que me obliga á atormentaros aun.... Dentro de algunas horas habré ya expiado las faltas de mi amor, y vos misma quedareis libre. Libre!... perdonadme esta palabra; conozco cuan odiosa es; pero me encuentro tan turbado que no puedo hallar otra. Aunque así suceda, debo poner á vuestra disposicion los solos recursos de que puedo disponer, para proporcionaros al menos una defensa contra vuestra desgracia. Si, no debeis volverme á ver, y vivir con él, será tal vez un suplicio que esceda á vuestro valor, porque me amais.... En otro caso.... ah! perdonadme, me faltan palabras: no sé explicaros de manera alguna mis pensamientos, y no me atrevo á dirigiros consejos ni súplicas. Todo lo que esperimento es la necesidad de deciros que mi existencia entera os pertenece, y que seré vuestro hasta morir; pero apenas tengo ánimo para poner á vuestro pies la oferta de una vida ya demasiado triste y tal vez muy pronto demasiado sangrienta.... Una fatal necesidad nos impulsa á veces á cometer acciones que la opinion condena, pero que el corazon absuelve porque él solo las comprende. Acaso necesiteis muy pronto respirar en libertad, porque os parecerá demasiado cruel cuanto os rodee. Ese derecho de sufrir debo yo ofrecérosle, para el caso en que os sea forzoso reclamarle.... No os indigneis por lo que vais á leer; jamás palabras semejantes á las que voy á deciros salieron de un corazon mas angustiado. Una silla de posta aguardará durante todo el dia detrás del terraplen de Montigny; una hoguera encendida en lo alto de la roca que podreis ver desde vuestra habitacion os advertirá su permanencia. En poco tiempo puede pasarse el Rhin. Una persona de toda confianza se hallará allí, dispuesta á conduciros á Munich á casa de una parienta mia, cuya posicion y carácter os asegurarán un inviolable y respetado asilo. Si vuestra tia ó las demás personas de vuestra familia no os pueden dispensar suficiente proteccion, la que yo os ofrezco os pondrá á cubierto de toda tiranía. Allí por lo menos podreis llorar.—Es cuanto puedo ofreceros.—Se me parte el corazon de dolor al pensar en la impotencia de mi ternura. Cuando se estruja el escorpion sobre la herida que produjo su veneno, la cura; pero ni aun mi muerte podrá reparar el mal que os he causado; pues solo sería una pena mas. Ignoraba que el sufrimiento tuviese tan punzantes espinas. ¿Comprendereis hasta qué punto es desesperado el sentimiento que en este momento esperimento? Ser amado de vos fué siempre el anhelo de mi corazon, y ha de ser preciso arrepentirse

de verlo realizado! Por piedad para con vos debo desear que no me ameis sino con un amor terminable como mi vida, á fin de que mi memoria os deje la paz, y que podais dormir sobre mi tumba.... es todo esto tan triste que apenas me determino á continuar. A Dios, Clemencia! Quisiera por última vez poderos decir: Te amo! Pero no me atrevo. No soy digno de hablaros de este modo, porque mi amor es culpable. ¿No soy yo quien os ha perdido?... La única palabra que me figuro puede aun serme permitida, es la que el criminal dirije á su Dios postrado ante sus altares y con la frente apoyada en el mármol del templo: perdonadme!»

Despues de haberla leido, entregó el baron la carta á su mujer sin decir una palabra, tomando de nuevo su actitud pensativa y sombría.

—Ya veis lo que os pide, dijo despues de un largo intervalo, observando el estupor con que los ojos de su mujer recorrían aquel papel.

—Tan trastornada tengo la cabeza, que ni aun siquiera sé si lo entiendo.—¿Qué es lo que dice de muerte?

Contrajéronse desdeñosamente los labios de Cristian.

—No es de vos de quien se trata, dijo; no se mata á las mujeres.

—Pero mueren sin necesidad de eso, respondió Clemencia deteniéndose algun tiempo incapaz de poder continuar, y mirando á su marido con desencajados y aterradores ojos.

—Debeis pues batiros! exclamó por último con indefinible expresion.

—En efecto, lo habeis adivinado! respondió Bergenheim con irónica sonrisa; y en verdad que me maravillo de la inteligencia de que estais dotada. Ya veis como cada uno de nosotros representa su correspondiente papel. La mujer engaña al marido; este se bate con el amante, y el amante por digna conclusion de la comedia propone á la mujer un rapto, porque ese es y no otro el sentido que se trasluce en su carta al través de sus oratorias precauciones.

—Batiros! repuso ella levantándose, y con esa energía que dá el exceso de la desesperacion. Batiros.... por mí, indigna y miserable!... yo soy quien debe morir! ¿Qué habeis hecho vos? ¿Y él no es libre para amar á quien quiera? Yo sola soy culpable, yo sola os he ofendido, y sola yo debo ser castigada. Haced de mí lo que querais; encerradme en un convento, en una mazmorra, traedme un veneno, yo le beberé sin vacilar.

Soltó el baron una sardónica carcajada.

—Mucho temeis que os le mate! dijo mirándola fijamente y cruzado de brazos.

—Temo por vos, por todos nosotros. Creeis que pueda yo vivir, ha-

biendo sido la causa de que se derrame sangre por mí! Si necesitais una víctima, aquí me teneis.... ó al menos empezad por mí. Por piedad! prometedme no batiros.

—Pensad en que acaso os quedareis libre, como él dice.

—Tened compasion de mí! murmuró Clemencia extremeciéndose de horror..

—Lástima es por cierto que haya de derramarse sangre, ¿no es verdad? repuso Bergenheim con implacable mofa; cuan dulce sería el adulterio si no fuera por eso. Seguro estoy de aparecer á vuestros ojos grosero y brutal mirando tan seriamente por vuestro honor cuando vos misma.. .

—Oh! piedad!

—Yo soy quien debe pediros una gracia. Os admira eso, no es así!—Mientras yo viva, sabré proteger vuestra reputacion á pesar vuestro; pero si muero, tratad de conservarla mejor que lo habeis hecho hasta aquí. Contentáos con haberme engañado; pero no ultrajeis mi memoria. En este momento me considero dichoso por no tener hijos, porque os temería á causa de ellos, y me creería obligado á privaros de su tutela en cuanto de mí estubiera. Pero esto es una pena de menos. Sin embargo, como llevais mi nombre, y no puedo quitárosle, os suplico que no le insulteis cuando no exista yo para defenderle.

Agobiada la baronesa con el cruel peso de tan pérfidas palabras, cayó rendida sobre su asiento, cual si todas las fibras de su cuerpo hubiesen estallado sucesivamente.

—Me asesinais! dijo con débil voz.

—Os encoleriza lo que digo, continuó el marido, cuya venganza parecia escoger las mas acerbas expresiones: sois jóven; este es vuestro primer paso, y aun no estais acostumbrada á esa clase de aventuras. Tranquilizaos, á todo se acostumbra uno. Un amante tiene siempre las mas bellas frases para consolar á una viuda y vencer su repugnancia. Ya ha empezado á hacerlo en su carta. Si os quedais libre, os hablará de la Italia, de Inglaterra, de América.... Quién sabe! os indicará que en todas partes se puede vivir; que si el crímen.... oh! no dirá el crímen, dirá la pasion, el amor oprimido.... que si vuestra pasion se halla proscripta en Francia, puede marchar por do quiera con frente erguida, fuera de este pais.

—Me asesinais, os repito.... prorrumpió confusamente Clemencia recostada en su sillon, y privada ya casi de conocimiento.

Avalanzóse Cristian hácia ella, y tomándola por el brazo con fulminante mirada:

—Reflexionad bien lo que os digo, continuó: si mañana me mata, y os exige aun que le sigais, sereis una infame en obedecerle. Capaz

es de hacer de vos su trofeo.— No os atormenteis de ese modo; ya está visto.—Es un hombre dispuesto á llevaros en su seguimiento como una cortesana.

—Compasion!... misericordia.... me muero.

Cerró Clemencia los ojos, y débiles convulsiones agitaron sus labios. Viéndola deslizar de los brazos del sillon, sintió el baron por último disminuirse la vengadora crueldad que le dictó sus palabras. Despues de haber atormentado el alma sin piedad, se conmovió, y vióse desarmado por el sufrimiento físico. Aquella inanimada mujer, á quien acababa de confundir con su desprecio, le hizo experimentar un sentimiento parecido al remordimiento, y con una especie de afeccion, la prodigó sus cuidados. La desnudó, y la llevó á su cama, sin que ella hiciese el menor movimiento. Viendo que el estado en que se encontraba no tenia nada de peligroso y que no era sino una debilidad general de las fibras, causada por la rapidez con que se habian sucedido en ella las mas extremadas emociones, se separó de la cama luego que vió que volvia á abrir los ojos, y se dirigió á ocupar su anterior puesto en el ángulo de la chimenea. Al contemplar á aquel hombre sumergido en un profundo silencio, con la frente apoyada en sus manos, y á cierta distancia de él á aquella mujer acostada y poseida de la palidez é inmovilidad de la muerte, hubiérase creido ver una velada fúnebre, mas bien que una reunion conyugal. De vez en cuando el confuso rechinar de la ensambladura, algun lejano rugido de la espirante borrasca ó algun interrumpido sollozo que salia de la alcoba, interrumpian debilmente aquel silencio. El ruido de las horas dadas por el reloj de sobre-mesa; repetidas inmediatamente como un eco por la campana de el del castillo, tenia enteramente toda la expresion de un clamoreo sepulcral. Las bugías, despues de haber inflamado sus gargantillas de papel, se consumieron arrojando por pequeños intervalos desiguales y pálidos reflejos, semejantes á los de las hachas que rodean un ataud. Insensiblemente su luz se hizo del todo inútil. Descoloridos rayos empezaron á penetrar al través de las persianas. La claridad que daba relieve á los muebles del aposento, cambió de color; de amarillenta pasó á blanquecina, luego aclaró mas y mas á medida que era mayor su innundacion. Refrescada vivamente la atmósfera, anunciaba al mismo tiempo el rayar del alba. El matutino canto del gallo, un poco despues el ladrido de los perros en sus barracas, y por último el concierto de mil pájaros que se despertaban en el jardin, resonaron sucesivamente. La noche se habia concluido, y otro dia apareció, resplandeciente para unos, lleno de amenazas y de espanto para otros.

En aquel mismo momento los rayos de la mañana iluminaban

otra escena en el ángulo opuesto del castillo. Bajo las verdes cortinas de su alcoba, dormia Marillac despues de muchas horas del sueño mas pacífico que permitido fuere al hombre gozar sobre la tierra, cuando se sintió despertar bruscamente por un sacudimiento, que por poco le derribára de la cama.

—Vete á los demonios! dijo enfadado, cuando sus adormecidos párpados llegaron á entreabrirse, y luego que hubo reconocido á Gerfaut al lado de su cabecera.

—Levántate! dijo este, tirándole del brazo para dar mas fuerza á semejante mandato.

Por toda contestacion el artista se envolvió hasta la barba en las sábanas.

—¿Estás somnámbulo, ó endiablado? dijo en seguida; ó quieres hacerme trabajar, repuso viendo á su amigo con unos papeles en la mano. Ya sabes que nunca tengo numen en ayunas, y que hasta medio dia soy estúpido.

—Levántate inmediatamente, repitió Gerfaut, tengo que hablarte.

Era tan grave y urgente el acento con que fueron pronunciadas aquellas palabras, que sin discutirlas Marillac se levantó, y empezó á vestirse precipitadamente.

—¿Qué hay, pues? le preguntó poniéndose la bata; parece que vas á representar el quinto acto de un melodrama.

—Ponte la levita y las botas, dijo Octavio; es preciso que vayas á la Fauconerie. Ya estan acostumbrados á verte salir muy temprano desde que tienes esas citas con Reine, y....

—Y me envias á hacer una visita á esa zagala! interrumpió vivamente el artista, empezando á desnudarse; en tal caso me vuelvo á la cama. Basta de bromas.

—De aquí á algunas horas me batiré con Bergenheim, dijo Gerfaut á media voz.

—*Estupendo*, exclamó Marillac, dando dos pasos atrás, y permaneciendo inmovil como una estátua.

Sin perder tiempo en supérfluas esplicaciones, su amigo le contó brevemente los sucesos de la noche anterior.

—Ahora bien, dijo, necesito de tí; ¿puedo contar con tu amistad?

—Hasta la muerte! respondió Marillac, apretándole la mano con toda la emocion que esperimenta un valiente á la vista de un peligro que amenaza á la persona que mas quiere.

—Esto, continuó Gerfaut, dándole uno de los papeles que tenia en la mano, es una nota para tí; en ella encontrarás mis instrucciones detalladas; te servirá de guia, segun las circunstancias.—Este pliego cerrado lo presentarás ante el supremo tribunal de Nancy, en el caso prevenido y explicado en la nota que acabo de darte.—

En fin esta hoja es mi testamento. No tengo parientes en un grado muy próximo; á tí te hago mi heredero.

—Que me hagan académico si acepto tu sucesion! interrumpió el artista con conmovida voz, y volviendo la cabeza para ocultar un acceso de sensibilidad fuera de tiempo, segun dijo en tan sérias circunstancias.

—Escúchame; no conozco mas hombre de bien que á tí, y por eso te he escogido. Ante todo, estos legados son un fideicomiso. Ahora te hablo en la suposicion de que suceda lo que probablemente no tendrá jamás efecto; pero todo debe precaverse. Ignoro las consecuencias que esto pueda tener para la suerte de Clemencia; su tia es muy austera, puede indisponerse con ella, y privarla de su herencia; su fortuna personal no creo sea muy considerable, y no conozco las cláusulas de su contrato matrimonial. Puede tal vez encontrarse enteramente á merced de su marido, y esto precisamente es lo que no sufriré de ningun modo. Mi capital será un depósito que en todo tiempo tendrás á su disposicion. Creo que me ama bastante para rehusar un servicio cuya repugnancia desaparecería con mi muerte.

—Gracias á Dios! dijo Marillac; te aseguro que la idea de heredarte me apretaba el cuello como un lazo escurridizo.

—Con todo, te suplico aceptes mis derechos de autor.

—No puedes negarte á ello, continuó Gerfaut medio sonriéndose; tales mandas entran en el dominio del arte. ¿A quién quieres que los deje sino es á tí mi Patroclo, mi fiel colaborador?

Dió el artista repetidas vueltas en el cuarto con agitado ademan.

—Quisiera, exclamó que todos los dramas y todos los *vaudevilles* presentes y futuros cayesen en el Sena, con tal que semejante desafio no tuviese lugar.—Por lo demás, en caso de desgracia, acepto tus mandas. Las consagraré á hacer una completa edicion de tus obras, en octavo mayor, capaz de echar por tierra á Châteaubriand.

Detuvóle Gerfaut en su paseo, y apretóle la mano sonriéndose.

—Excelente muchacho! dijo, siempre piensas en la gloria. En verdad, no pensaba yo mucho en la mia; sin embargo, te agradezco la idea. Si llevas á cabo la empresa que acabas de comunicarme, pon en la portada mi retrato, hecho por Deveria. Los otros dos que existen, son unos mamarrachos de que me avochorno. No quiero que la posteridad, admiradora de mi genio, se persuada de que yo era tan feo como Pelisson.

Lo burlesco de estas palabras, redoblaron la emocion y la tristeza de Marillac.

—Y pensar, gritó, que yo he sido quien salvó la vida á ese salteador de Bergenheim!—Si te mata no le perdonaré jamás. Pero ya te habia yo dicho que eso acabaría de una manera trágica.

—Donde las dan las toman! ¿no es así? ¿qué quieres? Corríamos tras de un drama; ahí le tienes. No es por mí por quien me inquieto sino por ella.—Desgraciada mujer! un desafío es una piedra que puede caer veinte veces al dia sobre la cabeza de un hombre; basta que un fátuo te mire, ó que un torpe te pise; pero ella.... pobre ángel!... No quiero pensar en eso. Necesito mi cabeza y mi corazon. El dia crece, y no hay que perder un instante. Vas á bajar á las cuadras; ensillarás tú mismo un caballo, si los criados no se han levantado aun, correrás como te he dicho á la Fauconerie; he visto varias veces una silla de posta en el patio del parador, harás que la enganchen, y te irás á esperar todo el dia detrás del terraplen de Montigny. Además, cuanto debes hacer lo encontrarás explicado minuciosamente en la nota que te he entregado. Ahí tienes mi bolsillo; yo no necesito ya el dinero para nada.

Echóse Marillac el dinero en el bolsillo, y puso los papeles en su cartera; se abotonó en seguida la levita hasta la barba, y se caló hasta las orejas una gorra de viaje. Su esterior conmovido y determinado á la vez anunciaba una exaltacion que desdeñaba por el momento las pacíficas teorías que pocos dias antes habia expuesto.

—Cuenta conmigo como contigo mismo, dijo con enerjía. Si esa pobrecita mujer viene á arrojarse en mis brazos, te prometo servirla fielmente de escudero. La conduciré á donde quiera, á Pekin, si así le place, aun cuando toda la gendarmería del reino se ponga en movimiento para perseguirnos. Y si Bergenheim te mata y nos sigue tambien habrá puñaladas.

Diciendo estas palabras, cojió de encima de la chimenea su cuchillo y dos cachorrillos metiéndoselos en los bolsillos despues de haber examinado la punta del uno y los pistones de los otros.

—Adios! dijo Gerfaut.

—Adios, respondió el artista, cuya extremada agitacion contrastaba con la tranquilidad de su amigo. Pierde cuidado, yo respondo de ella, y haré una completa edicion de tus obras.—¿Pero qué idea has tenido en admitir un desafio tan descabellado? ¿Dónde se ha visto batirse con escopeta? No tenia él ciertamente derecho para exigirlo.

—Despáchate, es menester que te hayas marchado antes que los criados se levanten.

—Abrázame, chico, repuso Marillac con los ojos inundados de lágrimas; nada varonil es lo que hago; pero no puedo menos.... Ah! mujeres! seguramente las adoro, eso sí; pero en este momento soy como Neron, quisiera que todas ellas no tuviesen mas que una cabeza. Es posible que por esas muñecas nos hemos de matar!

—Ya las maldecirás en el camino! replicó Octavio impaciente de ver que no se iba.

—Oh! canario, yo te lo aseguro.—Bien pueden jactarse en este momento de inspirarme un rencor de mil demonios....

—No hagas ruido, dijo su amigo, abriendo la puerta con precaucion.

Dióle por última vez la mano Marillac, y salió. Al fin del corredor se detuvo, y volvió atrás.

—Sobre todo, dijo metiendo la cabeza por la puerta á medio abrir, cuidado con andarse en tonterías. Piensa en que uno de los dos debe quedar en el sitio, y si tú no le aciertas, el no errará. Mucha serenidad.... apunta bien.... y fuego, como si fuese á un conejo!

Concluido este último consejo se alejó; diez minutos despues, Gerfaut le vió salir desde el cuarto en que se hallaba, y atravesar el parque del castillo con toda la velocidad que era propia á las lijeras piernas de Barwerley.

XXIV.

El mas brillante sol que pudiera alumbrar en un dia de setiembre se elevaba sobre el castillo. El valle, lavado por la tempestad, se ostentaba en su alrededor risueño y fresco, como una jóven que acaba de salir del baño. Sus rocas parecian plateados rizos que adornaban su frente; sus bosques se asemejaban á un verde manto lindamente plegado sobre su espalda, sirviéndole de franja las labradas tierras que le hacian salir en relieve con su oscura color. Algunas bacas de la vigorosa especie, que Brascanat nos pinta, esparcidas aquí y allá animaban la pradera con sus rumiantes y pintorescos grupos; los pájaros en las cimas de los árboles secaban sus alas mojadas por la lluvia, y el gozoso susurro de las hojas respondia con su contínua algazara á los graves bramidos que resonaban en la llanura.

Notábase al propio tiempo en el patio del castillo un movimiento extrordinario. Iban y venian los criados con singular presteza, mientras que agrupados los perros ejecutaban un concierto de descompasados ahullidos; participando de la animacion general las fogosas cabalgaduras dispuestas á arrancar sus bridas de las manos de los palafreneros que las sujetaban. Mas lejos una cuadrilla de campesinos, armados de largos palos, bebian alegremente á la salud de su amo; en otro lado algunos muchachos se ejercitaban con toda la turbulencia de su edad en el manejo del varejon, para prepararse á los placeres de la caza de jabalíes. La órden de marcha puso en fin en movimiento aquella alegre é impaciente turba. Conducidos los jaleadores por un esperto ojeador salieron del patio, y dirigiéndose al bosque de Marés por las sendas del parque, que acortaban el camino.

Un conductor de perros tomó la delantera con toda la jauria, siguiendo la alameda de los plátanos. Despues un corto número de cazadores, compuesto sobre poco mas ó menos de las mismas personas que ya hemos presentado en la escena, bajó las gradas del peristilo, conducidos por el señor del castillo. Montaron unos en los caballos que les aguardaban, y otros en una especie de tartana descubierta con muchos asientos. En el mismo momento la sonrosada cara de Alina apareció en una de las ventanas, y en el otro piso el magestuoso rostro de la señorita de Corandeuil, que esta vez no se desdeñó de despedir á los cazadores, deseándoles feliz jornada. Despues de haber saludado galantemente á ambas señoras, pusiéronse todos en marcha al son de la trompa de caza, que alegremente entonaba la señal de partida.

Colocado el baron en su silla, con la marcial actitud que le era habitual, puesta su escopeta en la bandolera y un cigarro en la boca, iba de uno en otro hablando con todos tan serena y animadamente, que fuera imposible sospechar sus secretos pensamientos. Pero si bien es cierto que habia logrado arreglar su exterior de modo que el mas perspicaz observador pudiera engañarse, no por eso podia disimular enteramente el sello que las violentas pasiones estampan en la fisonomía; estaba su cara mucho mas pálida que lo regular, y sus facciones marcaban las dos noches de doloroso desvelo que habian sufrido. Por su parte Gerfaut, habia tratado tambien de imponer á su exterior aquella impasible serenidad que guarda los secretos del alma; pero no habia podido lograrlo tan perfectamente. Su afectada alegría revelaba contínuamente su pesar; la sonrisa que aparecia en sus labios dejaba frio el resto de su rostro, y jamás llegó á deshacer una profunda arruga, marcada entre sus cejas. Un incidente tristemente deseado tal vez pero inesperado, vino á aumentar aquella melancólica expresion. En el momento en que la cabalgada pasaba por el jardin inglés que separaba la alameda de los plátanos del ángulo del castillo habitado por la señora de Bergenheim, Octavio detuvo el paso de su caballo, y se quedó mas atrás que sus compañeros; interrogaron sus ojos sucesivamente con sombría y ansiosa mirada todas las ventanas de aquella fachada; las persianas de la alcoba estaban á medio cerrar; por entre ellas notó ondear las cortinas, y acto continuo separarse. Un pálido rostro se dejó ver un instante, circundado del azulado color de aquellas, y semejante á la cabeza de un ángel entreabriendo el cielo para contemplar la tierra. Levantóse Gerfaut sobre sus estribos para descubrir mejor aquella aparicion que un grupo de árboles empezaba á ocultarle, pero no se determinó á hacer ni una sola señal de despedida á la que veia acaso por última vez. Los árboles estaban ya menos espesos; vió pues de nuevo la cara

de Clemencia, inmóvil, apoyada la frente en la ventana, y con los ojos fijos en él; luego una masa de rizos se la ocultó de nuevo, y estando ya á punto de volver su caballo, para obtener aun la dolorosa dicha de aquella última mirada, echó de ver que el baron marchaba á su lado, habiendo tambien detenido el paso de su caballo para aguardarle.

—Representad mejor vuestro papel, le dijo este; estamos rodeados de espías. Ya ha hecho Camier sus observaciones sobre vuestro aire preocupado.

—Teneis razon, respondió Octavio; y vos reunis el ejemplo al consejo. Admiro vuestra sangre fria, pero desespero de poderla imitar.

—Es menester unirnos á ellos, y tomar parte en su conversacion, repuso Cristian. Despues de lo acaecido, nuestras menores acciones serán comentadas si tienen alguna sospecha. Pensad pues en que el honor de esa mujer depende de nuestra prudencia.

Dijo, y puso su caballo al trote; despues de haber dado la última mirada hácia el castillo, Gerfaut siguió su ejemplo ahogando sus suspiros. Pronto se incorporaron á el carruaje en que iba una parte de los cazadores, conducido por el señor de Camier con toda la destreza de un cochero de profesion.

—Buenas noticias, señores! dijo Bergenheim poniendo su caballo al nivel del carruaje. Se brinda el vizconde á hacer una buena composicion en verso en honor del que mate el primer jabalí. No es verdad, Gerfaut?

—Ciertamente, respondió este en el mismo tono; y me figuro que vos sereis el héroe.

—Pardiez, que sois bien capaz de hacerlo, baron, dijo el anciano hidalgo, levantándose el cuello de la blusa para resguardar sus oidos del fresquecillo de la mañana; hubiera yo apostado á que no resistiríais á la tentacion, y que esta romería echaría por tierra vuestro proyecto de ir á Epinal.

—Qué poco galan sois, interrumpió el procurador del rey, sentado á su izquierda; no pensais en que nuestro huésped tenia mas atractivos para apresurar su vuelta, que los que podian ofrecerle todos los jabalíes de los Vosges.

—Toma, jamás me hubiera pasado por la imaginacion establecer la mas mínima comparacion entre la señora de Bergenheim y un jabalí, repuso el señor de Camier, poco dispuesto á recibir una leccion de amabilidad de parte de su vecino; soy demasiado adorador de nuestra bella baronesa para pensar en semejante tontería. Permitidme esta libertad, Bergenheim; á mi edad, esto no tiene consecuencias. Lo que sí es incontestable es que teneis una mujer bonita y amable.

—Encantadora! añadió el procurador del rey con cierta exaltacion.

—La señora baronesa es la perla de nuestra campiña, observó un hombre de limitado entendimiento, sentado en el segundo banco.

—Y podeis alabaros de ser un marido dichoso, continuó el mismo.

—Lo creo así, respondió Bergenheim con la mayor naturalidad; soy enteramente de vuestro parecer.

—Ved ahí un fenómeno! exclamó Camier, un marido contento de serlo! Habeis sido sumamente afortunado en poder conseguirlo; porque al fin el casamiento es una lotería en que son raros los números que ganan: una buena mujer es una cuaterna.

—Una anguila en un saco de vívoras, repuso el hombre de limitado talento con un aire tan compunjido, que hacía suponer que no escogió por cierto la anguila, y que su vívora le habia mordido.

—Muy severamente tratais á las mujeres, señores, observó Gerfaut haciendo un esfuerzo por tomar parte en la conversacion.

—Bravo! vizconde, dijo Bergenheim; me alegro mucho de ver en vos tan buenos sentimientos. Así pues, os casaremos un dia de estos, y os buscaremos tambien una bonita cuaterna.

Dió el señor de Camier un codazo á su vecino.

—Apostaría, dijo á media voz, á que nuestro huésped tiene algun pensamiento respecto del vizconde y la señorita Alina. ¿Habeis notado cómo le prefiere? ¿Es rica la tal hermanita?

—¿Y él, creeis que lo sea? respondió el magistrado con el mismo tono.

—Hum! hum! me figuro que gasta mucho como todos esos tronerías de París. Dicen sin embargo que gana tambien mucho dinero con sus obras.... porque ya no hay quien haga negocio, sino esos emborronadores de papel. Pero nada de eso vale una buena posesion en campo raso, libre de hipotecas.

—Es positivo que estan muy hermanados, continuó el procurador del rey, creyendo tambien como su vecino en la comedia que representaban aquellos dos hombres próximos á darse la muerte.

Sucedió á todo esto un momento de silencio, interrumpido solamente por el trote de los caballos y el ruido sordo que las ruedas hacian sobre el terso suelo del paseo.

—¿A quién demonios acometen vuestros perros? gritó de repente el señor de Camier, volviéndose hácia el baron que se habia quedado atrás.... Miradlos dirigirse todos por la izquierda hácia el lado del rio. ¿Los habeis acaso enseñado á pescar el sollo?

En efecto, en aquel momento los perros, que se veian delante á alguna distancia, y que se aproximaban á la roca de Gué, se precipitaban en masa hácia la rivera, á pesar de los esfuerzos que para detenerlos hacia su conductor. Todos desaparecieron por detrás de los sauces que costeaban el rio, y muy en breve se les oyó ahullar á cual

mas podia; sus ladridos tenian sin embargo cierto carácter de furor mezclado de espanto.

—Será algun pato ó alguna cerceta que habrán levantado, dijo el procurador del rey.

—No chillarían de ese modo, dijo Camier con la sagacidad propia de un diestro cazador; aunque fuese un lobo no moverían tanta gresca. Si será que el jabalí haya ido por casualidad á tomar un baño para recibirnos con mas ceremonia?

Diciendo esto sacudió un fuerte latigazo; los ginetes pusieron sus caballos al gran trote, y la cohorte se adelantó rápidamente hácia el sitio en que pasaba aquella escena, que ya empezaba á escitar la curiosidad general. Antes que hubiesen llegado, el perrero, que habia corrido tras de la jauria para ponerla en órden, salió de entre los sauces agitando su sombrero en el aire para que apresurasen la marcha, y gritando con azorada voz:

—Un ahogado, un ahogado!

—Un venado! repitió el señor de Camier con súbito entusiasmo. Levantóse aturdidamente y á riesgo de caer del carruaje, maniobrando con su látigo cuanto podia.

—Un venado! á el agua! á el agua! hourad! hourad!

Escitado el caballo por aquel diluvio de latigazos, que amenaban dejarle sin pellejo, salió al galope. Los demás siguieron su ejemplo, y á pocos instantes llegaron todos al sitio en que el criado continuaba sus gritos y su pavorosa pantomima.

—Un ahogado.... un hombre ahogado!... exclamó cuando el carruaje se hubo parado.

Esta vez fué el procurador del rey quien se levantó el primero, echándose del carro abajo con toda la lijereza de un gamo.

—Un hombre ahogado! dijo, que nadie le toque! lo prohibo en nombre de la ley!... Y llamad á esos perros.

A estas palabras corrió precipitadamente hácia el paraje que el criado le designó, con aquel ardor peculiar á todo funcionario. Todos echaron pié á tierra apresurándose á seguir su ejemplo. Al oir las últimas palabras del lacayo, Octavio y Bergenheim se dirijieron una extraña mirada. Fué tan viva la emocion de este último, que le faltó muy poco para caer á tierra al bajar del caballo, permaneciendo largo rato sin poder sacar del estribo uno de sus pies que se habia engargantado. En fin, haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo logró vencer su turbacion, y reunirse á sus compañeros con aire tranquilo é indiferente.

A la extremidad inferior de una especie de semicírculo formado por la corriente en la orilla del rio, un sauce de considerable espesor alargaba sus flexibles ramas en forma de quitasol, unas hasta el sue-

lo y otras hasta la misma agua. Habian los perros circunvalado aquel sitio, ladrando con indecible furor; y algunos de ellos se habian echado al rio para dar con mas seguridad el ataque por aquel lado; pero apenas osaba alguno aproximarse hasta debajo de las ramas del árbol, cuando ya tocaba retirada dando señales de un terror mayor aun que habia sido su cólera. Por último los latigazos del perrero pudieron contenerlos á cierta distancia. Pudieron entonces aproximarse los cazadores, y descubrir el objeto que excitaba en tan alto grado el espanto de la trahilla. Era, como habia anunciado el criado, el cuerpo de un hombre ahogado; arrojado por la corriente contra el tronco de aquel sauce, y que habia permanecido allí, cogida la cabeza entre dos ramas á flor de agua como en una horquilla. Teniendo la espalda embutida en la arena, descubria toda la parte superior del pecho y rostro, mientras que flotantes las piernas en un parage de gran profundidad, seguian el movimiento de cada ondulacion, y tan pronto se iban á fondo, tan pronto parecian nadar en la superficie.

—Es el carpintero! exclamó el señor de Camier apartando las hojas que habian impedido verle claramente la cabeza, y reconociendo las facciones del artesano, á pesar de estar lívidas y abotagadas.—¿Es verdad, Bergenheim, que es ese pobre diablo de Lambernier?

—Ciertamente! dijo Cristian tartamudeando, y volviendo los ojos á pesar de su firmeza.

—El carpintero!... ahogado!... está espantoso!... no le hubiera reconocido.... que desfigurado está! exclamaron á la vez todos los demás, apiñándose para contemplar de mas cerca aquel repugnante espectáculo.

—Hé aquí un bonito modo de escaparse de la justicia, observó el notario con filosófico acento.

Como el baron, en medio de los violentos esfuerzos que hacia para vencer su emocion, conservaba, sin embargo, aquel extraño despejo de imaginacion que frecuentemente infunde el mismo peligro, aprovechó prontamente la ocasion que se le presentaba.

—Intentaría atravesar el rio para ponerse en salvo, dijo; y como á causa de su turbacion no encontraría el bado, por eso se ha ahogado.

Meneó la cabeza el procurador del rey como poniendo en duda lo que oia.

—Eso no es probable, dijo; yo conozco muy bien estos sitios. Si hubiera tratado de atravesar el rio un poco mas arriba ó mas abajo del bado, la corriente le hubiese llevado á la bahía que hay mas allá de la roca y no aquí. Es pues evidente que ha debido ahogarse ó ser ahogado mas abajo. Y digo ser ahogado, porque como veis tiene una herida al lado izquierdo de la frente, como si hubiese recibido

un violento golpe, ó que su cabeza hubiese pegado contra un cuerpo sólido. Luego, si se hubiese ahogado por casualidad al tratar de badear el rio, no se hubiera herido de esa manera.

Hecha aquella observacion con toda la perspicacia que la costumbre, en los asuntos criminales, proporciona á los individuos de un tribunal, el baron enmudeció, y mientras cada cual se perdia en mil conjeturas sobre la manera con que pudo haber sucedido tan trágico suceso, ó tomaba parte en pró ó en contra en la cuestion de muerte accidental, él permaneció inmovil, con los ojos bagamente fijos en la corriente, y evitando mirar al cadaver, cuyo aspecto le aglomeraba la sangre sobre el corazon. Durante este tiempo, el procurador del rey sacó de su morral de caza un tintero, pluma y papel, armas de su profesion, que, segun costumbre, llevaba siempre consigo por una precaucion, cuya aportunidad se hallaba perfectamente justificada en aquel momento.

—Señores, dijo, sentándose en una rama horizontal en frente del ahogado, dos de vosotros tendrán la bondad de asistir como testigos mientras instruyo las primeras diligencias del sumario. Si alguno tiene que dar explicaciones sobre este suceso, le suplico tambien que se quede, á fin de poder recibir su declaracion.

Nadie contestó; pero Gerfaut lanzó al baron una mirada tan penetrante, que este tuvo que volver la cabeza.

—Por lo demás, caballeros, continuó el magistrado, os aconsejo que no renuncieis por esto al placer de cazar. Ningun atractivo tiene este espectáculo, y yo os aseguro, que si mi deber no me obligase á permanecer aquí, sería el primero en alejarme. Os suplico, baron, me envieis dos hombres y una camilla para transportar el cadáver, y lo haré conducir á una de vuestras casas de campo, á fin de no asustar á aquellas señoras.

—Tiene razon el procurador del rey, dijo Cristian, á quien aquellas palabras libraron de una horrorosa ansiedad: por prudencia, jamás se hubiese determinado á proponer el continuar la marcha, y el tormento que esperimentaba viéndose al lado del cadáver de un hombre á quien él mismo habia dado muerte, se le hacia cada vez mas insoportable.—En marcha, señores; este espectáculo es realmente demasiado horrible; los jabalíes nos le harán olvidar.

No aguardaron los cazadores segunda invitacion; á escepcion de dos que se brindaron para ayudar al magistrado en su tarea, montaron los demás en el carruaje y en sus caballos. En seguida se dirigieron hácia el monte de Marés con paso mas rápido que el que hasta entonces habian traido, porque hombres, caballos y perros á todos parecia faltarles tiempo para alejarse de aquella escena de muerte. Durante el camino, la conversacion continuó conforme á la pe-

nosa emocion que cada uno habia esperimentado; pero cuando llegaron al sitio de la cita, en el que ya aguardaban los voceadores, las noticias del ojeador que habia recorrido ya el bosque, cambiaron el curso de las ideas. Las pensativas y entristecidas frentes se despejaron al oir la agradable nueva de estar cercado un jabalí.

Despues de una deliberacion presidida por el señor de Camier, en la que el baron no pensó en disputarle la preeminencia, los ojeadores y los perros se dirigieron en silencio para rodear la maleza, en que el animal se hallaba guarecido. Al propio tiempo se dirigieron los cazadores por el lado contrario para ir á ocupar sus puestos. Muy luego llegaron al barranco, á lo largo del cual debian colocarse. A medida que adelantaban terreno, de distancia en distancia se destacaba del grupo cada uno de ellos, y permanecia inmóvil y silencioso cual centinela avanzado. Reduciendo esta maniobra á cada instante el número de ellos, pronto se compuso solamente de tres.

—Quedaos aquí, Camier, dijo el baron, cuando estuvieron á unos sesenta pasos del último cazador que se habia colocado.

Conociendo perfectamente el terreno, el hidalgo no quedó muy satisfecho de semejante proposicion.

—Pardiez, respondió con viveza, estais en vuestra posesion, y deberíais al menos hacernos los honores de tal dejándonos escojer nuestros puestos. A fé mia no sois tonto; quereis colocaros en la linde del bosque porque por allí es por donde el animal tiene la huida; pero boto á brios que serémos dos, porque allá voy yo tambien.

Contrarió en extremo esta determinacion á Cristian, viendo casi desbaratado por ella el plan que tan prudentemente habia combinado.

—Quiero colocar en ese puesto á nuestro amigo Gerfaut, dijo al oido al acalorado cazador; me alegraría mucho de que tuviese ocasion de tirar. ¿Qué importa un jabalí de mas ó de menos á un viejo marrullero como vos?

—Eso es otra cosa! como gusteis, repuso el señor de Camier dando un culatazo en tierra, y poniéndose á silbar, para olvidar de aquel modo su mal humor.

Cuando los dos adversarios quedaron solos al lado el uno del otro, la expresion en la cara de Bergenheim cambió de repente; la sonrisa con que acababa de convencer al cazador, se convirtió en seguida en una sombría gravedad.

—Ya os acordais de nuestras condiciones, dijo sin pararse; puede asegurarse que el jabalí correrá hácia el lado en que vais á poneros. En el momento oportuno, gritaré: Ola, eh! y aguardaré vuestro tiro; si al cabo de veinte segundos no habeis disparado, os prevengo que lo haré yo sin reparo.

—Está muy bien, caballero, respondió Gerfaut mirándole fijamen-

te; sin duda os acordais tambien de mis palabras: el descubrimiento de ese cadáver debe darles mayor fuerza. En este momento empieza el procurador del rey la instruccion del proceso; pensad en que de mí depende el completarla. La declaracion de que os he hablado se halla á estas horas en manos de una persona de toda confianza, encargada de hacer uso de ella en caso de necesidad.

—Marillac, eh? repuso Cristian con siniestro tono; lo habeis hecho vuestro confidente. Fatal secreto le habeis confiado, caballero. Si hoy sobrevive, aun será menester que compre su silencio. Caiga sobre vuestra cabeza toda la sangre derramada y la que se ha de derramar!

—Bajó la cabeza el amante, sin responder una palabra agobiado secretamente por aquella maldicion.

—Hé aquí mi puesto, dijo el baron deteniéndose delante del tronco de roble de que habia hablado, y ved en la linde el olmo, al lado del cual debeis colocaros.

Detúvose tambien Gerfaut, y dijo con conmovida voz.

—Caballero, uno de nosotros quedará en este bosque. Ante la muerte siempre se dice la verdad. Desearía que para reposo vuestro y mio diéseis crédito á mis últimas palabras. Os juro por mi honor y por cuanto de mas sagrado haya en el mundo que la señora de Bergenheim es inocente.

Saludó en seguida á Cristian, alejándose sin aguardar mas respuesta. Un momento despues se hallaba inmóvil junto al olmo que le habia sido designado. Los cazadores todos estaban en sus puestos. Durante algun tiempo, el mas profundo silencio reinó en toda la línea del barranco y en lo interior del bosque. El débil soplo del viento al través de las hojas, el canto de algun pajarillo, y de vez en cuando alguna rama seca que caia, eran los únicos ruidos que se oian. Siempre hay una viva y atractiva emocion en los instantes que preceden al ataque en una cacería; todas las miradas escudriñan la maleza con extraordinaria ansiedad; todos escuchan con una atencion mezclada de impaciencia; no hay corazon que no experimente cierto extremecimiento al primer ladrido de los perros; el hombre mas flemático empuña con enérjica mano su escopeta; el mas apático hace ardientes votos por ver caer á sus pies aquella presa con colmillos, capaces de destrozar á veces á aquellos á quienes favorece presentándoseles, pero que tan gloriosa es sin embargo para el cazador que vence. Esta vez, el principio de la caza produjo su acostumbrado efecto. En el momento en que los perros empezaron á ladrar á lo lejos, un eléctrico estremecimiento recorrió la línea de tiradores. Cada uno echó á su vecino una mirada en que le recomendaba vigilancia, preparando todos las armas para hacer fuego. Poco á poco los aullidos fueron acercándose. Los aldeanos que con sus largos barejones

batian los abrojos para levantar el animal, unieron á ellos alaridos mas salvajes aun. A cada instante aquella general gritería se aproximaba, y parecia concentrarse. Era pues evidente que el cordon que formaban los batidores se estrechaba, encerrando al jabalí en un círculo cada vez mas reducido, que muy en breve no le dejaría otro medio de salvacion que una huida por entre la línea de tiradores, en la que seguia reinando el mas profundo silencio.

Ocultos á la vista de los demás cazadores, Bergenheim y Gerfaut estaban de pié en sus puestos, fijos los ojos en su mútuo adversario. Era el barranco suficientemente ancho para que las ramas de los árboles les impidiese verse. A la distancia de unos sesenta pasos que los separaba, cada uno descubria á su enemigo inmóvil y rodeado del ramaje de la senda, como una estátua en medio de un templete de cesped. De repente los ladridos de los perros se confundieron con el ruido de un tiro que sonó á corta distancia. Algunos segundos despues dos chasquidos mas débiles se oyeron, seguidos de una imprecacion del señor de Camier, á quien los pistones de su escopeta se le habian reventado sin hacer el disparo. El baron, que acababa de bajarse para ver mejor por entre la maleza, se levantó de nuevo haciendo con la mano una señal á Octavio para que estuviese pronto. Colocóse acto contínuo en la posicion de un sargento primero que vá á echar armas al hombro: el cuerpo recto, la escopeta en la mano derecha vuelto hácia afuera, de manera que establecia una línea perpendicular desde lo alto de la cabeza hasta la mitad del muslo.

Notóse entonces una extremada indecision en la actitud de Gerfaut. Despues de montar su escopeta, descansó el brazo sobre ella, cual si la resolucion de hacer fuego le hubiese abandonado súbitamente; no tiene la muerte palidez tan espantosa como la que en aquel momento se apoderó de su rostro. Los alaridos de los perros y la gritería de los batidores resonaban con creciente enerjía. De repente, un ruido de diferente especie aumentó aquel estruendo. Bruscos y sordos gruñidos, seguidos del chasquido de las ramas salieron del bosque por enfrente á los dos adversarios. La maleza toda parecia estremecerse agitada por un furioso huracan.

—Ola! eh! gritó Bergenheim con firme voz.

En el mismo instante, una enorme jabalina saltó fuera del monte, y un tiro se oyó en el acto. Luego que al través del humo que salia de su escopeta, miró Gerfant al fondo del barranco, le encontró ya vacío, y no apercibió sino el pacífico y estremecido ramage. Despues de haber atravesado la línea, huia la jabalina como una bala, dejando tras de sí un rastro considerable de quebrantadas ramas, y Bergenheim estaba tendido tras del tronco del roble sobre el que ya habian saltado grandes gotas de sangre.

XXV.

Servia en aquella mañana el salon de retratos, de teatro á una pacífica escena poco mas ó menos parecida á la que al principio de esta historia describimos. Sentada en su inmensa butaca la señorita de Corandeuil, leía los periódicos que acababan de llegar; Alma estudiaba su leccion de piano, y su cuñada bordaba, sentada junto á una ventana. La tranquila actitud de aquellas tres mujeres, el interés que cada una de ellas manifestaba prestar á la ocupacion que habia elegido, hubieran podido hacer creer igual paz en sus corazones. Desde que se hubo levantado, la de Bergenheim no cambió en nada su costumbre, su boca encontraba palabras convenientes para responder cuando la hablaban; el abatimiento de su persona no se diferenciaba de su habitual melancolía sino en algunas señales demasiado débiles para poder ser el objeto de la mas mínima observacion. Participaba su rostro de la misteriosa discrecion de su exterior y de sus maneras; un vivo colorido animaba su palidez haciendo realtar su hermosura; jamás resplandecieron sus ojos con mas ardiente brillo; pero la mano que hubiese osado interrogar la frente bajo la cual centelleaban como dos siniestras estrellas, hubiese descubierto inmediatamente en su abrasada transpiracion el secreto de tan deslumbrante expresion. No era en verdad aquel vigor de colorido, ni animacion de vida ni juvenil frescura; era sí, el apasionado disfraz con que la agonía de las jóvenes se adorna algunas veces como para obedecer hasta el último momento á la coquetería de su sexo. En efecto, en medio de aquel suntuoso salon, rodeada de toda su familia, é inclinada sobre las flores de su dechado, la señora de Bergenheim moria. Una fiebre activa como el veneno circulaba por sus venas, disolviendo uno tras otro todos los principios de su existencia. Sentia al mismo tiempo desfallecer su cuerpo por una mortal debilidad, y perderse su alma en los mas duros caminos del dolor. Amontonábanse los sufrimientos sobre su corazon como las olas de arena que el torbellino levanta en el desierto; cada pasion llegaba para ella mas punzante que la anterior, cada vision mas lúgubre, cada espanto mas terrible. Veia suspendida sobre su cabeza una desgracia inaudita, sin que hubiese esfuerzo alguno que pudiese evitarla. Una profunda desesperacion la arrastraba á su suplicio con mas violencia que pudieran hacerlo las manos de un verdugo. Luchando para vencer sus tormentos, aguardaba el golpe con los ojos levantados; veia la muerte antes de recibirla,

y gotear la sangre de una cuchilla que aun no la habia herido.

En aquel momento, el hombre á quien estaba unida ó aquel á quien ella amaba, debia morir.... como quiera que fuera su viudez, conocia cuán corto sería su duelo; jóven, bella, rodeada de todos los favores de su rango y de su fortuna, la vida espiraba ante sus ojos, no dejándola abierta sino una ensangrentada senda: era indispensable, pues, manchar los pies en ella para pasar mas adelante. La irónica palabra de casamiento por conveniencia, habia tocado para ella su última consecuencia. Es extraño el fruto que engerta, sobre este árbol estéril por sí mismo, la pasion rebelada contra la ley: en su flor engendra un cadáver. No hay mujer que no deba extremecerse al pensar que una debilidad, una imprudente coquetería, una falta á veces sin consecuencias, puede hacer caer á sus pies aquel espantoso fruto, salpicando acaso su inocente traje. Sin duda que no en todas las uniones sin amor suceden semejantes catástrofes, pero ninguna está segura de librarse de ellas. La preocupacion que hace al hombre responsable de las faltas de la mujer que lleva su nombre, establece á la vista del lecho nupcial un foso siempre abierto; y si hay maridos indiferentes para hacer de este foso un baño donde lavar su honor, otros no retroceden ante semejante oblacion. Cual que no se reprendia sino una debilidad, llega el asesinato por una rigorosa consecuencia: creyó deslizarse sobre flores, y cayó sobre un cadáver.

La mujer que da su mano sin unir á ella su corazon, conjura sobre su porvenir esta fatalidad siempre amenazadora. Desgraciada entonces, si no logra suicidar aquel mismo corazon que conservó libre! Desgraciada si al entrar en el yerto santuario, no apaga los sentimientos de su alma, como el soplo mata á la luz. El manto en que se envuelve la virtud de la que no proteje por sí misma el amor conyugal, es siempre combustible: una sola chispa puede producir el incendio, y el viento para alimentarle no falta jamás; y cuando el fuego ha prendido, toda la existencia se consume á veces.

Soñar como se comete un homicidio en el silencio y soledad de la noche, ahogar bajo su mano los latidos de su corazon para que nadie los oyese, sufrir la fiebre que abrasa los ojos y descubre el mal oculto, devorar secretamente sus suspiros, sus temores, sus deseos, sus remordimientos, hé aquí todo lo que Clemencia conoció en su amor, y para esto habia derramado la suerte el mas amargo de sus cálices: el veneno que la señorita de Sombreuil tomó no tenia tan amargo sabor, porque no habia salido de las venas de un marido ni de las de un amante.

Durante largo rato, las tres señoras guardaron silencio; las notas del piano era el solo ruido que se oia en el salon; pero muy pronto

cesó tambien este ruido. Enfadada por no poder ejecutar un pasage que empezaba por la décima vez, se levantó Alina de repente, y se aproximó á la ventana junto la cual estaba sentada su cuñada. Hacia algunos dias que ambas no se habian dirijido apenas la palabra. La colegiala, cuyo buen corazon sufria con semejante retraimiento, deseaba hacer las paces; pero como Clemencia parecia poco dispuesta á dar los primeros pasos para ello, buscó un pretexto á fin de entrar en conversacion. Mientras que apoyada contra la ventana, tocaba maquinalmente sobre uno de sus cristales el pasaje que acababa de excitar su cólera, su vista dibagaba sobre las frondosas colinas que se estendian al otro lado del rio; concluyendo por encontrar en ellas la primera palabra que buscaba.

—Qué humareda sale de lo alto de la roca de Montigny! exclamó con sorpresa: pudiera creerse que se ha prendido fuego al bosque de fresnos.

Levantó los ojos la señora de Bergenheim; extremecióse desde los pies hasta la cabeza al ver la nube de humo que se destacaba sobre el azulado cielo, frente por frente al terraplen, é inclinó la cabeza sobre su pecho. Al oir las palabras de Alina, la señorita de Corandeuil habia interrumpido su lectura, volviéndose gravemente hácia la ventana.

—Son los pastores, dijo, habrán encendido fuego entre los matorrales, y se habrá incendiado todo el bosque. Seguramente no sé en qué piensa tu marido; se lleva todo el mundo á sus cacerías, sin dejar ni un solo guarda para impedir que devasten sus posesiones.

Nada respondió Clemencia, y su cuñada, que aguardaba á que dijese alguna cosa para entablar conversacion, volvió á sentarse al piano con aire incomodado.

—Baste por hoy! exclamó la cuarentona á las primeras notas; ya hace un buen rato que nos estais quebrando la cabeza. Mejor haríais en iros á estudiar la historia de Francia.

Cerró Alina el piano con rabia; pero en vez de obedecer este último consejo, permaneció sentada en el taburete con una cara tan sombría como un colegial en penitencia. Reinó otra vez el silencio mas profundo durante algunos minutos. La de Bergenheim habia dejado caer su dechado sin echarlo de ver. De cuando en cuando un estremecimiento semejante á un escalofrio agitaba sus hombros; levantábanse sus ojos para seguir con una mirada en la que brillaba una especie de delirio la columna de humo que se elevaba por encima de la roca de Montigny; ó bien con ellos fijos y desencajados escuchaba algun ruido imaginario. Cada vez el cuerpo de la desventurada jóven parecia abatirse mas y mas horriblemente agobiado por tan crudos tormentos.

—A la verdad, dijo de repente la señorita de Corandeuil poniéndose el periódico sobre las rodillas, desde la revolucion de Julio las buenas costumbres hacen progresos admirables. Ayer decian que una mujer de veinte años se habia dejado arrebatar por su amante en Montpellier; hoy, vemos otra que en Lyon envenena á su marido, asfixiándose ella en seguida. Si fuese supersticiosa diria que esto era el fin del mundo. ¿Qué te parecen semejantes atrocidades?

Haciendo un esfuerzo levantó Clemencia la cabeza.

—Es menester perdonarla pues que murió, dijo con apagada voz.

—Indulgente sois en verdad, repuso la tia; semejantes monstruos deberían ser quemados vivos como la Brinvilliers.

—Se habla en los periódicos mas frecuentemente de maridos que matan á sus mujeres, que de mujeres que matan á sus maridos, dijo Aliña con toda la gentileza natural á su edad.

—No es muy conveniente que hableis vos de semejantes horrores, interrumpió la señorita de Corandeuil con tono severo; he aquí el fruto de la moral de este siglo. Todas esas infamias que se encuentran en los teatros y en las novelas producen su efecto. Cuando se piensa en la linda educacion, que se dá á la juventud actual, se extremece una al pensar lo que sucederá con el tiempo.

—Vaya por Dios, señorita! segura podeis estar que jamás haga yo morir á mi marido, respondió la colegiala, á quien la última observacion parecia haberse dirigido mas particularmente.

Un ahogado sollozo, que la de Bergenheim no pudo reprimir, llamó hácia sí la atencion de las otras dos mujeres.

—¿Qué tienes? la preguntó la señorita de Corandeuil echando de ver por primera vez el abatimiento de su sobrina, y la desencajada expresion de sus ojos.

—Nada.... tartamudeó esta: es el calor de la sala.

Abrió Aliña prontamente una de las ventanas, y corrió en seguida á tomar las manos de su cuñada.

—Teneis calentura, dijo, abrasan vuestras manos; no me atrevia á decirlo, pero vuestro encendido color....

Un espantoso grito, que lanzó la de Bergenheim, hizo retroceder de terror á la colegiala.

—Clemencia! Clemencia! exclamó su tia creyendo que se volvia loca.

—¿No ois nada? dijo esta con un acento de horror imposible de describirse. De repente se lanza hácia la puerta del salon; pero en vez de abrirla se quedó arrimada á ella con los brazos en cruz. Retrocedió en seguida corriendo, dió muchas vueltas por el cuarto con una especie de demencia, y concluyó por caer de rodillas delante del canapé, donde ocultó la cabeza entre sus almohadones.

Acabó aquella escena de aumentar el estupor de las otras dos señoras. Mientras la señorita de Corandeuil trataba de levantar á la baronesa, Alina, mas asustada aun, se precipitó fuera del aposento pidiendo socorro. Un sordo rumor que salia del patio se oyó mas claramente en cuanto la puerta estuvo abierta. Acto contínuo, un penetrante grito cubrió aquel confuso murmullo; pálida la jóven como la muerte corrió al salon, viniendo á echarse de rodillas al lado de su cuñada, estrechándola entre sus brazos con convulsiva enerjía.

Sintiéndose tan fuertemente asida, levantó Clemencia la cabeza, puso sus manos sobre los hombros de Alina para alejarla de sí mirándola con unos ojos que parecian devorarla.

—¿Cuál de ellos? ¿cuál de ellos? dijo bruscamente.

—Mi hermano!... cubierto de sangre! dijo trémulamente Alina.

Empujóla violentamente la de Bergenheim, y se arrojó de nuevo sobre el canapé; su primer sentimiento fué una horrible alegria de no haber oido el nombre de Octavio; en seguida trató de ahogarse, apretando contra su boca el almohadon en que habia envuelto su cabeza.

Un ruido de pasos y voces resonó entonces en el peristilo; la mayor confusion parecia reinar entre los que llegaban. Por último, muchos entraron en el salon, y á la cabeza de estos el señor de Camier, cuyo rostro, ordinariamente rubicundo, habia perdido todo su color.

—No os asusteis, señoras, dijo con descompuesta vos; no os asusteis. Es un ligero accidente sin peligro alguno;—el señor de Bergenheim acaba de ser herido en la cazería, continuó mas por lo bajo dirigiéndose á la señorita de Corandeuil, y no sé donde transportarlo.

Antes que aquella hubiese respondido, el ruido se aumentó en la antesala; un momento despues, muchos hombres conduciendo un bulto que aun no podia descubrirse bien, aparecieron á la puerta del salon.

—Aquí no! aquí no! gritó el señor de Camier precipitándose hácia ellos para impedirles que entrasen.

Hubo fuera un momento de indecision. Muchas personas hablaron á la vez, como si consultasen lo que debian hacer. En fin, á pesar de la conjuracion del anciano hidalgo, abrióse la puerta de par en par. Dos criados entraron los primeros, trayendo al baron tendido en un colchon. Parecia desmayado sino muerto del todo; seguia su cabeza todos los movimientos que hacia la camilla por la marcha de los que la traian; sus párpados estaban cerrados, su rostro demasiado pálido; la expresion de sus contractadas facciones era dura y dolorosa. Para mayor facilidad en la aplicacion del primer vendage, le habian quitado su levita; enormes gotas de sangre manchaban acá

y allá su camisa y pantalon, notándose sobre todo en el costado derecho una gran placa rojiza, que habian vendado con pañuelos desgarrados; debajo de aquel sitio el colchon estaba empapado.

En cuanto los criados colocaron la parihuela delante de una de las ventanas, Alina se precipitó sobre el cuerpo de su hermano, prorrumpiendo en desconsolados ayes. La señora de Bergenheim no se movió; medio echada sobre el canapé, enterrados los ojos y oidos debajo de sus almohadones, hacíase sorda y ciega á cuanto la rodeaba. Tan solo un convulsivo movimiento anunciaba la existencia de aquel cuerpo, que deseaba consumirse y desaparecer. Entre aquel dolor de niña exhalado en sollozos, y esta desesperacion de mujer volviéndose loca, y en medio de la consternacion que se habia apoderado de todos los espectadores de tan horrenda escena, la señorita de Corandeuil conservó solamente una apariencia de firmeza y sangre fria. Dominando su verdadera emocion, inclinóse hácia el baron, buscando en su cara alguna señal de vida.

—¿Con que está muerto? preguntó en voz baja al señor de Camier, juntando sus manos y horrorizada sobremanera.

—No señora, respondió este, con una voz que anunciaba cuan poeas esperanzas conservaba.

—¿Han enviado á buscar médicos?

—A Remiremont, á Epinal, á todas partes.

En aquel momento Alina dió un grito de alegría. Animado tal vez por la desesperada opresion en que le habian enlazádo los brazos de su hermana, Bergenheim acababa de hacer un movimiento. Sus encogidas facciones manifestaron un agudo dolor. Entreabrió y cerró los ojos diferentes veces de seguido; en fin, su enerjía triunfó del sufrimiento: incorpórose apoyándose en el codo, y echó en derredor de sí una mirada turbia ya, pero firme aun.

—Y mi mujer! dijo con breve y débil voz.

Levántose esta, penetró el grupo que rodeaba el colchon, y fué á colocarse en silencio al lado de su marido; habíanse descompuesto de tal modo sus facciones durante su última desesperacion, que á su vista un murmullo de compasion circuló entre los hombres que llenaban el salon.

—Llevaos de aquí á mi hermana, dijo Cristian retirando su mano que la jóven cubria de besos y lágrimas.

—Hermano mio! No quiero abandonar á mi hermano! gritó Alina, que por último fué arrastrada mas bien que conducida á su cuarto.

—Dejadme un instante, continuó el baron; quiero hablar á mi mujer.

Interrogó la señorita de Corandeuil al señor de Camier sobre su parecer en cuanto á acceder ó no á semejante súplica.

—Nada puede hacerse hasta que lleguen los médicos, dijo el hidalgo á media voz, y tal vez fuera imprudente el contrariarle.

Conociendo lo justo de esta observacion, la señorita de Corandeuil salió del aposento, invitando á los demás á que hiciesen lo mismo. Durante aquel movimiento general, la de Bergenheim permaneció inmóvil en el sitio en que se encontraba, insensible en la apariencia á cuanto pasaba en su alrededor. El ruido que hizo la puerta al cerrarse, la sacó de aquella estupidez. Miró por todas partes como buscándo á los que acababan de irse; sus ojos abiertos pero fijos como los de un somnámbulo, apenas cambiaron de expresion al detenerse sobre el colchon en que yacia su marido.

—Aproximaos, dijo este con debilitada voz, no tengo ya fuerza para hablar alto.

Obedeció Clemencia maquinalmente, mas viendo de cerca la anchurosa mancha de sangre, que empapaba por debajo del brazo derecho la camisa de Cristian, cerró los ojos, volvió la cabeza, y todas sus facciones se contrajeron de horror.

—Vosotras las mujeres teneis maravillosos escrúpulos, dijo el baron notando aquel movimiento; asesinais un alma por via de diversion; y el mas ligero arañazo os espanta. Pasad al lado izquierdo.... vereis menos sangre.... además este es el lado del corazon.

El tono irónico que aun en aquel momento conservaba, tenia un no sé qué de espantoso. Arrodillóse Clemencia á su lado, y tomándole la mano, exclamó con sofocada voz:

—Perdon! perdon!

Retiró la mano el moribundo, y separó la cabeza de su mujer, mirándola durante algun tiempo con atencion.

—Muy secos teneis los ojos, dijo por último; ni una lágrima! cómo, ni una solo viéndome así!...

—No puedo llorar, respondió Clemencia, yo me muero!

—Es que sería muy humillante para mí.... ser tan poco.... llorado.... y eso os haría á vos muy poco honor.... derramad algunas lágrimas, señora.... sería sumamente ridículo!... una viuda que no sabe llorar.

—Viuda! jamás, dijo la baronesa con negra enerjía.

—Muy útil sería que se vendiesen las lágrimas como el crespon, no es verdad, señora?... Ah! ah! no hay sino vos que no tenga esa facultad.... las mujeres todas saben llorar.

—Pero vos no morireis, Cristian.... Oh! decidme que no morireis, y que me perdonais.

—Vuestro amante se ha portado perfectamente, respondió Bergenheim con lentitud: tengo en el pecho una bala, de cuya calidad puedo responder.... Yo mismo la he fundido.... Antes de una hora me

ahogará sin remedio.... Ya debeis notar.... cuánto trabajo me cuesta hablar.

En efecto, su voz era cada vez mas débil y penosa. A cada palabra le faltaba la respiracion; un profundo resoplido anunciaba una considerable lesion en el pecho, y el progreso que hacía el derrame interior de sangre.

—Misericordia! perdon! exclamó la desgraciada mujer postrando en tierra su frente.

—Ya no hay aire.... abrid todas las ventanas.... dijo el baron volviendo á caer sobre el colchon, debilitado por los esfuerzos que acababa de hacer.

Ejecutó la señora de Bergenheim aquella órden con la inteligente precision de un autómata. Una fresca y pura brisa penetró en el salon; raudales de luz inundaron el suelo en cuanto las cortinas estuvieron descorridas, y los antiguos retratos parecian salir de sus ennegrecidos fondos como de la tumba, para asistir á la agonía del último de sus descendientes. Reanimado por el aire que bañaba su rostro y por el sol que doraba su mortal lecho, Cristian se incorporó de nuevo. Miró melancólicamente el radioso cielo y los verdes bosques que se elevaban en gracioso anfiteatro en frente del castillo.

—En un dia como este perdí á mi padre, dijo entonces hablando consigo mismo.... En nuestra familia siempre tenemos buen tiempo para morir.... Ah! ¿veis aquel humo sobre la roca de Montigny? gritó de repente.

Despues de haber abierto las ventanas, Clemencia habia salido al balcon. Apoyada en la balaustrada, sondeaba con desesperada mirada el profundo y rápido rio que corría á sus pies. La voz de su marido al llamarla, la sacó de tan siniestra contemplacion. Al aproximarse á Cristian los ojos de este estaban inflamados; un encendido color, semejante al de la fiebre habia aparecido en sus megillas, y una expresion de indignacion y furor estaba pintada en todas sus facciones.

—Estais mirando aquel humo? dijo con violencia; es la señal que os dá vuestro amante; allí está.... aguardándoos para arrebataros.... Y yo, vuestro marido.... os prohibo salir de aquí.... No debeis abandonarme.... vuestro puesto es este.... junto á mí.

—Junto á vos, repitió ella, sin comprender lo que decia.

—Aguardad al menos que haya muerto, continuó el baron, mientras sus ojos se animaban mas y mas.... dejad que mi cuerpo esté yerto.... Cuando seais viuda, hareis lo que querais.... sereis libre.... y aun así os lo prohibo ... quiero que vistais mi luto.... sobre todo haced cuanto podais para llorar....

—Dadme una puñalada. .. y al menos verteré sangre.... dijo la baronesa arrancándose el vestido para descubrir su pecho.

Asióla entonces del brazo; puso toda la fuerza que le quedaba para levantarse hasta el nivel de ella, y la dijo con una voz cuya dureza se cambió en una especie de súplica.

—No me deshonreis, Clemencia, entregándoos á él cuando yo haya muerto.... os maldeciría, si tal creyese.

—Oh! no me maldigais, exclamó la desventurada mujer, me volveis loca. ¿No sabeis que yo tambien voy á morir?

—Es que hay mujeres que no ven la sangre de sus maridos.... en la mano de sus amantes. Ejemplos hay de esta naturaleza.... pero os maldeciré....

Dejó escapar el brazo de Clemencia, y cayó de golpe sobre el colchon dando un sollozo. Cerráronse sus ojos, y algunas palabras inteligibles espiraron en sus labios, de donde salia ya una sangrienta espuma; en aquel momento dejaba de existir.

Encogióse sobre el suelo la de Bergenheim, repitiendo dos ó tres veces, é imitando el sofocado acento de su marido:

—Os maldeciré.... os maldeciré.

Permaneció inmóvil algun tiempo, fijos los ojos con estúpida curiosidad en aquel cuerpo tendido delante de ella. Levantóse en seguida, y corrió al espejo; contemplóse en él un momento por un capricho de locura, separándose, para verse mejor, los cabellos que cubrian su frente. De repente un relámpago de razon alumbró su espíritu; lanzó un horrendo grito viéndose sangre en su rostro; miróse de los pies á la cabeza; su vestido estaba tambien manchado; torcióse las manos con horror, y las sintió mojadas. La sangre de su marido estaba por todas partes. Entonces perdió el conocimiento, demente y desesperada. Precipitóse hácia el balcon, y antes que Bergenheim hubiese espirado, pudo oir el ruido de un cuerpo que cayó en la corriente.

Algunos dias despues, el *centinela de los Vosges* contenia el párrafo siguiente, escrito con el desconsuelo oficial de los anuncios mortuorios, á dos reales la línea.

«Un espantoso suceso, que cubre de luto á dos nobles familias, acaba de introducir la consternacion en el territorio de Remiremont. El señor baron de B***, uno de los propietarios mas ricos de nuestra provincia, ha muerto en una cacería de jabalíes de la manera mas deplorable. De mano de uno de sus mejores amigos, el señor de G.***, tan conocido por las numerosas obras que han valido á su autor una reputacion europea, es de quien ha recibido el golpe mortal. Nada puede igualar, segun dicen, al desconsuelo de este último, involuntaria causa de semejante catástrofe. Al saber tan trágico accidente, la señora de B.***, incapaz de sobrevivir á la muerte de su adorado esposo, se ha suicidado arrojándose al rio en

un momento de desesperacion. De este modo una misma tumba ha podido recibir á los dos esposos en la flor de su edad, y á quienes la mas viva y mútua ternura parecia prometer el mas dichoso porvenir, etc., etc.»

Diez y ocho meses despues, los diarios de París repetian á la vez, salvo alguna ligera variacion, el siguiente artículo:

«Imposible fuera dar una idea del éntusiasmo que ha escitado anoche en el Teatro Francés la primera representacion del nuevo drama del Señor de Gerfaut. Jamás este escritor, cuyo silencio era deplorado largo tiempo hace por las letras, se elevó á tan alto grado. Anúnciase su marcha al Oriente, que hace muchos años tiene intencion de visitar. Esperamos que este viaje será en provecho del arte, y que los bellos y calurosos parajes del Asia serán una mina de inspiracion para el célebre poeta, que con tanta gloria ha señalado su puesto á la cabeza de nuestra literatura.... »

Cumplióse el último voto de Bergenheim; el honor matrimonial ha quedado en salvo; nadie ha ultrajado con incrédula sonrisa la pura mortaja de Clemencia; y la sociedad no ha desdeñado á su tumba el considerado homenaje, con que habia respetado su existencia. En el sangriento desenlace de esa irrision social, que suele llamarse casamiento de conveniencia, cada uno de ambos esposos ha soportado la fatalidad de su condicion particular; uno murió, víctima de la preocupacion, que liga el honor del hombre á la fragilidad de la mujer; la otra, siéndolo á la vez de las costumbres, que hacen de las jóvenes una mercancía, en cuyo precio un solo guarismo se olvida, el corazon! Ambos han cumplido su destino.

Octavio Gerfaut continua el suyo por el camino de la fama, por el que se marcha con luminosa frente, pero con ensangrentados pies, porque siempre la suerte impone al talento un sufrimiento que sea su expiacion. Muy frecuentemente es el corazon quien paga las coronas que cubren la cabeza. Al genio siempre se le frustran sus ternuras, causando siempre desgracias al objeto que ama. Mirabeau, Byron, los hombres todos de atrevida imaginacion y de alma enérgica han ejercido tan funesto don; todos cambiaron dolor por amor, desesperacion por cariño.—Es porque la aureola es de la misma condicion que el rayo: quema con su llama al imprudente que deslumbra con su fulgor; es, porque la dicha no brilla jamás en la senda trazada por los hombres que siguen cierta estrella; para ellos las mujeres son un sueño, un capricho, una pasion tal vez, pero nunca un fin. La gloria es cuanto anhelan; dirígense hácia ella sin reparar en los demás seres que hieren en su carrera, y dejan en su marcha moribundos y desesperados. ¿Se cuida por ventura de los gallardetes que le adornan el navío que botan al agua? Caigan las flores! á su fren

te está el mar! Triste ley es sin duda, la que empuja el talento para que vaya siempre adelante; ley que quiere que la bala sea de hierro.

La muerte de Clemencia no ha quebrantado la existencia del que la amó; ha dejado esta tumba en su camino, y ha continuado su marcha; pero el luto que desde aquel dia lleva es de los que jamás se dejan. Y como el alma del poeta se refleja siempre en sus obras, la sociedad asiste á este duelo sin estar iniciada en su misterio; en donde el amargo caliz del recuerdo se derrama, allí cree ella encontrar una nueva vena abierta en la imaginacion del escritor. Cada dia que pasa, recibe Octavió nuevas felicitaciones por esta negra cuerda, reciente manantial de su lira, cuyas vibraciones sobrepujan en mortal tristeza las melodías de René y los delirios de Obermann. Todos ignoran que las amargas páginas hácia las cuales tan apasionado se muestra, estan escritas bajo la inspiracion de una fúnebre vision, y aquel sombrío y melancólico dolor, que ellos sienten por la fantasía de su imaginacion, fué desleido en sangre y pulverizado en el corazon.

FIN DE ESTA NOVELA.

EL PRO Y EL CONTRA DEL INGENIO.

Fragmento 1.º

EL CONTRA (1).

Ilustracion, ingenio! gratas dotes del entendimiento, nobles esfuerzos de la mente, joyas apreciables, y apreciabilísimas, si pudieran engastarse en una existencia menos efímera que la nuestra; pero joyas que no se obtienen sin sacrificios, pues todo tiene su precio en este precario mundo, en el que, para brillar un instante, es menester firmar de antemano su sentencia de proscripcion: ah! cuán grato fuera verse colocado siempre en el santuario, recibiendo incienso y adoracion! Cuán grato contemplar á sus pies á la mezquina envidia vencida y encadenada! Pero renunciemos á unas ilusiones que desaparecen como el humo, apenas abrimos el gran libro de lo pasado y de lo presente: abrid la historia, recorred sus páginas inmortales, y mostrad un grande hombre que haya sido debidamente apreciado. Consultad en los pocos años que llevais de existencia; repasad en vuestra memoria todos los sucesos importantes de vuestra vida, y vereis confirmado por la esperiencia, lo que proclama la historia. ¿No habeis tenido algun amigo desgraciado, víctima quizás de su saber y alta capacidad? ¿No habeis sido iniciado alguna vez en los secretos de un corazon noble, arrastrado á la tumba en la primavera de su vida,

(1) La conclusion se insertará en otro número.

gracias á los terribles desengaños que acibaráron su pasagera existencia? Oh! sin duda toda alma generosa mirará como paradójica la opinion de los que afirman, que el ingenio y la felicidad rara vez marchan unidos; pero desgraciadamente es muy cierto. Verdad es esta tan inconcusa, que resplandece en los anales sagrados de la Grecia: el delito de Prometeo no tuvo mas cómplice que el ingenio. Mas deduciremos de aquí, que el hombre de ingenio sea menos susceptible de ser feliz? Oh! no, mil veces no, si se trata de la legítima y verdadera felicidad; pero sí, mil veces sí, tratándose de estos goces que el hombre de medianas luces puede saborear bajo la salvaguardia de su oscuridad. Extraño fuera por lo tanto que el filósofo apartára la vista, y no pensára en apurar las causas de tal suceso. Para ser dichoso en el mundo, y grangearse la benevolencia de los mas, es necesario poseer un conjunto de defectos, y hallarse adornado de un regular surtido de frívolos talentos, en que el sabio apenas repara. Le falta en primer lugar un agente de los mas principales, que es el constante anhelo de agradar: mas agudo en resolver cuestiones profundas que en grangearse con maña la benevolencia de los hombres, le es esta menos grata por el conocimiento que tiene de las causas que excitan sus alabanzas, al mismo tiempo que mejor conocedor de los bienes que el placer y la ambicion nos pintan con colores tan seductores, los desdeña, y tiene á menos confundirse con los que corren en pos de una vana sombra y de una engañosa ilusion. ¿Qué le espera pues? la sonrisa que se dispensa al fátuo: tan cierto es que para los talentos medianos el ingenio y la locura constituyen distintas fases de una misma enfermedad. ¿Y cómo dejaría de acontecer así, cuando el mismo amor propio les obliga á formarse tan errado concepto? Porque ó es forzoso que reconozcan la flaqueza de su cerebro y la corrupcion de su corazon, ó que tengan por exaltacion y locura esa superioridad que los condena. Hay mas, aunque el sabio tuviese el deseo de agradar, no atinaría con los medios. La razon es obvia, porque como

en ciertas cosas juzga á los demás por sí mismo, y que sin embargo hay muy poca semejanza, ignora los medios de persuadir, y desprecia aquellos pormenores de los que pendia cabalmente el buen éxito de sus deseos. Esa adulacion que detesta teniéndola por baja; esa afectada finura que mira como fútil; ese raciocinio que le choca por lo vulgar y ordinario, son sin embargo los únicos medios capaces de captar la benevolencia, y excitar quizás la admiracion de las personas adocenadas ó de reducidos alcances.

La absoluta carencia de estas frívolas dotes, aparece como ridícula ignorancia á los ojos del vulgo, que hace consistir el juicio en raciocinar bien acerca de pequeñeces.

En segundo lugar, su misma índole le perjudica de varios modos, y contribuye á que se le despoje del lauro á que tantos derechos tiene. ¿Quién negará que el concepto equivocado que se forma de un hombre ilustrado, no se arraigue mas al ver esa imaginacion de fuego, esa sensibilidad rebosando en viveza, esos rasgos, esos desvaríos, esos accesos febriles inseparables de las pasiones fuertes, sin las cuales se carece de esa noble altivez, con la que es tan difícil seguir la marcha lenta y circunspecta de una fria prudencia? Esa necesidad de pensar, de esperimentar, de gastar, esa superabundancia de vida y de fuerza cuando no puede abrirse camino hácia nobles fines, ni tomar buelo por lo reducido del campo, se concentra en el interior, fermenta, carcome, y las mas veces, cual rayo comprimido por densa nube que al fin rasga, produce explosiones violentas, que trastornan á la vez el centro de donde salieron, y la circunferencia donde se estrellaron. En una palabra; hay peligros y pesares, que son peculiares á las almas superiores. Su mismo talento aumenta sus sufrimientos, pues rasgando el velo que oculta la verdad y la justicia, se resiente y padece al oir raciocinios sin idea, al ver acciones desnudas de sentimiento. No forman, como se suele creer, tan alto concepto de sí mismos, y la poca modestia que se les echa en cara, anda por lo comun hermanada con una conviccion

profúnda de la miseria y flaqueza del género humano. Mientras mas se sabe, mejor se alcanza lo que queda por conocer; mientras mas se profundizan los arcanos del Universo, mas pequeño y miserable nos parece el mundo. De ahí la indiferencia acerca de los objetos tan codiciados por el vulgo, de ahí su misantropía y sus muchas rarezas.

La naturaleza del sabio no es mas favorecida, pues el alma fuerte del cuerpo humano es como el licor espirituoso contenido en un vaso de barro, que hablanda y descompone poco á poco la materia que le sirve de asiento. Si la suerte le coloca en una posicion subalterna, figura en ella con muy opacos colores, porque mas adecuado para el mando que para la obediencia, se encuentra fuera de su órbita, y no puede aplicársele aquel célebre dicho: *tel brille au second rang qui s'ecliptre au premier*. Fastidia casi siempre en la sociedad, porque esta le desagrada, siendo indiferente á la opinion que pueda formarse sobre sus cualidades amables, y no siendo para él mas que una especie de descanso ó recreo, al paso que el ocioso funda en ella su principal objeto, y á cada instante se halla embarazado, por la misma razon que es torpe un viejo cuando se mezcla en los juegos de los niños. Padece además frecuentemente distracciones (á la verdad poco atentas); pero es muy natural que un hombre que tiene su imaginacion ocupada las tres cuartas partes del dia, se halle un tanto preocupado en lo restante, y vuelva á menudo al objeto de su meditacion, sin que puedan distraerlo nimiedades insignificantes.

Su modo de ver y de sentir es tan diferente al de la generalidad, que si pudiera penetrársele, no se vería mas que una desaprobacion, ó por mejor decir, lástima de esa sociedad, tan distante de comprenderlo. Esta desgracia de no pensar como el vulgo, y la oposicion que arrastra consigo, es un disgusto para él, y un insulto para los mas, que miran como el *non plus ultra* de las sinrazones, el que se les quiera probar que andan equivocados. Pero si su fi-

bra se anima y exalta en el calor de la discusion, tiene todavía otra desventaja que la victoria no contrapesa; pues hiere y ofende, mientras que el necio con el mismo deseo de zaherir, no hace mas que arañar ligeramente, sin suscitar resentimiento alguno contra él. Sus desvaríos, sus necedades (porque ¿quién puede vanagloriarse de no incurrir en ellas una vez que otra?) son mas notables por lo mismo que son menos comunes, que se exije mas de él, y que sus menores cosas van marçadas con el sello de la originalidad y de la fuerza. Su talento le perjudica bajo otro concepto, pues se le encuentra menos nuevo, menos consecuente, porque sus discursos y acciones se graban en la memoria, mientras que el hombre de cortos alcances parece siempre original: no se nota cuando se repite y se contradice, porque nadie recuerda hoy lo que el fátuo dijo ayer. Se desea el trato de un hombre insigne por curiosidad; y si se entablan relaciones con él, suele tener mas parte en esto la vanidad y el interés, que la inclinacion; y si de este trato se engendra algun afecto, débelo mas á las prendas de su corazon, que á las dotes de su entendimiento. Siendo mayor la perspicacia del hombre de talento, este penetra mas falsedades; goza menos ilusiones; oye mas insustancialidades; habla sin ser comprendido; concede sin estar convencido; exije á su vez mas de lo que se le puede otorgar, y á pesar de su indulgencia está siempre disgustado de las personas y de las cosas. Un hombre que se alimenta con los mas sublimes pensamientos de los sabios de todos los tiempos, que pasa el dia con los Plutarcos, los Leibnitz y otros semejantes, no puede menos de encontrar insípida la conversacion de la noche, en la que no halla atractivo alguno, del mismo modo que sus temas favoritos disgustarían á la generalidad; así es, que se considera solo y aislado en medio de la muchedumbre, para la que su ilustracion es un idioma absolutamente desconocido.

Cuanto mas se eleva, tanto mas se separa del género humano, y tanto mas se estrecha el círculo de sus relaciones,

Desgraciadamente se notan sus debilidades y rarezas, porque estan al alcance de todos, y no se pueden apreciar debidamente sus luces, porque para esto sería preciso remontarse á la altura de ellas.

¿Cómo pudiera comunicarse un descubrimiento algebráico al que no estuviese iniciado en esta ciencia? Mas tomando un ejemplo que nos toca de mas cerca, colocad el alma juiciosa, intrépida y noble en medio de una sociedad de espíritus superficiales, innobles, egoistas, en que solo domine el interés, en la cual todas las vias esten cerradas al genio, y en que el talento y la grandeza de alma se miren como cosas casi ridículas; esta alma, hecha para dar impulso á las demás, no podrá aclimatarse en esa tierra, árida, estéril, donde carece de sabios, y se verá agitada por esas mismas virtudes que las circunstancias ahogan, y no permiten desarrollarse. Acaso el que en la antigua Roma fué héroe, en la moderna no pasaría de un monje. La situacion de un hombre de talento, unido por sociedad á otros de medianos alcances, es la de un excelente andarin que viajára con otros, que arrastrándose lentamente le precisáran á adoptar su paso, ó á separarse de ellos. Desde luego, el paso que adoptase sería molesto y desigual, siéndole menos natural, y por consiguiente le cansaría mas; pero si hiciese uso de sus fuerzas, si sofocase á sus compañeros, si los dejase atrás, entonces excitaría menos admiracion que despecho y envidia, cuyo último sentimiento es inseparable de toda preeminencia. La envidia es la sombra que rodea el brillo de la superioridad, sombra que se aumenta y oscurece tanto mas, cuanto este replandece con luz mas viva; así es que en todos tiempos, aquel que descuella sobre los demás, tiene en su contra, tanto los que deja atrás, como aquellos á cuyo nivel se coloca.

Se teme tambien la presencia de un hombre, para el que no valen ficciones, pues vé las cosas bajo su verdadero punto de vista, y leyendo en nuestro corazon lo penetra completamente, y no se alucina ni por cierto aire de altanería

y superioridad, ni por una brillante palabrería, ni por la falsa moneda de una extremada cortesanía; que desprecia las injusticias de nuestra ambicion, de nuestra vanidad, y aprecia mas un sentimiento que veinte agudezas, y cree finalmente, que se debe obrar menos por fantasía que por razon, menos por interés que por equidad. Un hombre de esta clase es absolutamente insoportable, y como nos arrebata gran parte de nuestras ventajas, no es extraño que pretendamos rebajar un poco las suyas. El ser mas fastidioso sería para nosotros aquel que nos aventajára en todo; sería preciso escucharlo, aprender, é imitarlo; pero pronto se ofendería el orgullo, pronto nacería la envidia, y con ella el odio; lo que parece demostrar, que el mayor conato del hombre de capacidad debe ser el ocultar su talento. Las opiniones particulares del hombre ilustrado pueden llegar á ser las menos á propósito para su felicidad. El hombre fuerte se complace en profundizar objetos, que el comun de los hombres rara vez examina, sobre los cuales apenas tiene idea alguna, y es posible que encuentre dudas molestas donde los demás no ven sino certezas; ó á la inversa, que él vea realidades, donde los otros no ven mas que dudas. El hombre que dotado de enerjía y de valor se atreve á engolfarse una vez en el laberinto metafísico, vaga toda su vida en sus encrucijadas, sin poder encontrar el centro, ó volver á dar con la salida; y si atina con ella, si renuncia á sus investigaciones, no olvidará nunca los sublimes fragmentos, las vastas perspectivas, las deliciosas ó yertas imágenes que medio entrevió, cuyas conexiones no pudo abrazar, y que no obstante su razon le asegura que no forman mas que un todo. Si su alma vuelve á lanzarse todavía alguna vez, es para caer al punto bajo el peso de la materia. Es un reptil que vuela por artificio; un relámpago que alumbra la oscuridad para aumentar las tinieblas con su súbita desapacion. Le falta muy poco para persuadirse, que la investigacion de la verdad y el ejercicio de la virtud, son para el hombre un estado contra natura; y á pesar de eso su hermosura lo seduce y

lo arrastra, porque en vano busca otra cosa mejor: la grandeza de lo que ha entrevisto le hace parecer muy chico, y despreciable lo demás que vé, y este hastío de las cosas mundanas es un presentimiento de los goces supremos, que bien pronto le aguardan. Entre tanto estemos persuadidos, que así en inteligencia como en fortuna; una decente medianía es el estado mas compatible con la felicidad. Si la envidia pudiera hacer callar alguna vez al amor propio; si fuera posible que existiera un hombre que pudiese sinceramente persuadirse que él no es mas que un necio, consuélese reflexionando en las compensaciones que la naturaleza le ha concedido; afortunadamente la escasez de talento no es un crímen, pues en este caso muchos criminales habría. En fin, que las lecciones de la historia de todos los tiempos, y el ejemplo de millares de grandes hombres, convenzan al hombre limitado ó mediano, que las ventajas de la superioridad estan contrapesadas con peligros inminentes que le son propios, y atacan igualmente la fortuna, la paz, la vida, y hasta el honor.

Cuántos mártires de la verdad y del patriotismo! ¡Cuántos escritores ilustres, filósofos sublimes, y ciudadanos generosos sucumbieron bajo los golpes de la ignorancia. Preguntad á las ilustres sombras de los Camilos, Temístocles, Sócrates, etc.; consultad el voluminoso martirologio de los grandes hombres de todas las edades y de todos los pueblos, y vereis cuán grande es el número de las ilustres víctimas que sucumbieron bajo el puñal de la tiranía, de la barbarie y de la supersticion. Crímenes tanto mas atroces, cuánto iban rebestidos con el manto de la justicia, del patriotismo y de la religion. Que el alma valerosa que sigue de cerca ó de lejos estas sangrientas huellas, consulte bien sus fuerzas, y sepa de antemano cuán peligroso es querer elevarse sobre sus iguales, intentar arrancar la máscara á la hipocresía, y combatir el error ó las usurpaciones de la ambicion; pero si está seguro de la generosidad de sus designios y de la probabilidad de ser útil á sus semejantes; si su gran-

deza de alma no flaquea ante el peligro, y si en fin llega á ser víctima de sus nobles y heróicos sentimientos, consuélese en este caso como Focion, que siendo conducido al suplicio, y diciéndole uno de sus amigos: «cuantas *iniquidades* os hacen sufrir los atenienses,» «*pero no inusitadas*» contestó tranquilamente, «*tal fué la suerte de todos los grandes hom-»bres de la Grecia.*» Y de casi todos los paises, añadirémos nosotros.

ENRIQUE DISDIÉR.

LOS ESCOLAPIOS.

Cuando la nacion española ocupada casi exclusivamente desde 1834 en crear banderías, y avivar rencores, habiendo corrido hasta aquí por tortuosas sendas en pos de ilusiones funestas, empieza á conocer á fuerza de dolorosos desengaños el tiempo perdido, y lo distante que todavía se halla del punto, á que en breve la hubiera elevado conducta mas mesurada y prudente, propio es de los hombres honrados de todos matices rendirse á la elocuente voz del escarmiento, y buscar en las inspiraciones de la esperiencia antídoto á los errores. Abjurar de buena fé desacreditadas máximas, que los han producido, abrazando con loable eclecticismo el bien do quier se halle, y haciendo abstraccion no menos de personales simpatías, que de antiguas y poco meditadas prevenciones; tal creemos sea el deber que hoy liga al Gobierno, á las Cortes, y á todas las personas influyentes, si se ha de libertar á la desventurada España del precipio, á cuyo borde la han empujado el egoismo hipócrita ó la presuncion inesperta. Por dicha estas ideas ahuyentadas no ha muchos meses por el estrépito de los motines al modesto círculo de algunos hombres previsores, á quienes exponia solo el profesarlas al escarnio y á la persecucion, forman ya la creencia y aun el anhelo de la mayoría de los españoles. Lícito es á despique del puritanismo revolucionario confesar pasados extravíos, y ciertos como lo estamos todos de lo preferible que hubiera sido al desacertado afán de poner en práctica planes fantásticos, la enmienda ó mejora de los antiguos, reconócese generalmente sino la conveniencia de *retrogradar*, como con siniestra intencion lo procla-

ma un mal disimulado espíritu de revueltas, la necesidad de abandonar para siempre senderos peligrosos sembrados de ruinas, y cuyo inevitable término es un abismo. Entre los varios ramos, que reducidos á triste desconcierto por el vértigo de las reformas han menester el eficaz auxilio de una mano reparadora, ninguno mas digno de remedio que la enseñanza pública. Injuriar fuera á los lectores detenerse á probar la consideracion que merece. Cuando á pesar de la apología de la ignorancia, con que un célebre paradoxista francés hizo en el siglo pasado ingeniosa muestra de la mágica fuerza de las palabras para defender los mas extraños sofismas, todos estan persuadidos de las ventajas de la ilustracion: ¿á quién pudiera ocurrir poner en duda la importancia de los métodos destinados á su fomento? Perfeccionar los medios de enriquecer á los entendimientos jóvenes con los tesoros de la esperiencia, comunicar á aquellas tiernas plantas una madurez precoz, pero sin agotar sus fuerzas intelectuales, juntamente es derecho y deber de los gobiernos. Que en el fecundo elemento de la asociacion hayan estos de encontrar siempre los recursos mas eficaces de realizar tan graves objetos, á nadie debe parecer dudoso. Una especie de instinto desenrollado por la civilizacion, y aun mas perfeccionado por el evangelio ha dado desde la mas remota antigüedad orígen á las casas de instruccion pública, pretendiendo con éxito mas ó menos próspero uniformarla para guarecer á las interesantes esperanzas de la patria de absurdos sistemas, fruto de la especulacion ó del capricho, y á los padres de ser juguete de enfáticos programas del charlatanismo deslumbrador de los crédulos ansiosos de ver sabios en pocos dias á sus inocentes pequeñuelos. A pensamiento tan patriótico mal hubiera podido España mostrarse agena, cuando por mas calumnias con que plumas apasionadas intentaron manchar sus blasones, servicios tan eminentes ha prestado en todos tiempos á la ilustracion en general. Puntualmente ese inmortal siglo XVI, cuyos títulos de inmarcesible gloria acaso aun no han sido presentados

en toda la esplendente luz de que son merecedores, tuvo la honra de contar en la benemérita falange de sus clarísimos ingenios á dos varones insignes Loyola y Calasanz, que uniendo el fervor de la piedad religiosa al celo de fomentar las luces, y haciendo ambos abnegacion de una brillante suerte en el mundo con que la nobleza de su cuna les brindaba, han dejado indeleble rastro de su provechosa existencia en dos importantes instituciones consagradas á promover la enseñanza de la niñez desvalida. No es nuestro intento actual hablar de la célebre compañía, sobre la cual hace mas de un siglo se estan acumulando baldones. Tantos han sido estos y tanto han conseguido desacreditarla hombres jactanciosos de su despreocupada independencia, pero mas dignos del título de *servum pecus* dado por el poeta latino á sistemáticos seguidores del dictamen ageno, sordos á las inspiraciones de la razon propia; que aun cuando gobiernos muy ilustrados y entre ellos republicanos como los de Chile, Nueva-Granada y Venezuela llaman en su socorro á los jesuitas para entender en la grande obra de civilizar los pueblos; su nombre en la patria de los Javieres y de los Borjas todavía no puede pronunciarse sin incidir en la animadversion de obcecadas turbas (1). Limitáudonos pues á la caritativa Escuela Pía al recordar su objeto de ins-

(1) Entre los varios testimonios modernos que pudieran citarse para probar la actual reaccion prodigiosa en las opiniones de Europa á favor de los Jesuitas, permítasenos recordar la historia de España del doctor Dunham, que con eruditas notas y observaciones, publica en castellano nuestro ilustrado amigo el Sr. Alcalá Galiano, á quien pedimos nos dispense le precedamos en la traduccion de estas pocas líneas. «Si libres de prevencion comparamos á los »Jesuitas con sus perseguidores, imposible sería sin cerrar los ojos á la evi»dencia, negar los útiles servicios, y la conducta irreprochable de aquella ór»den, cuyos individuos fueron víctimas de una infame conspiracion, urdida »por el egoismo, y llevada á cabo con crueldad inaudita.... La intriga triun»fó de la inocencia; la avaricia usurpó los intereses de la Iglesia; y superflu»es añadir, que los bienes confiscados á la compañía.... en vez de invertirse »en procomunal, objeto á que siempre se destina la menor parte, fueron pre»sa de ambiciosos favoritos ó de especuladores inmorales.» (*Tomo V*, página 179, edic. de Londres, 1832.) Cuando se considera que el historiador es un protestante, no puede menos de tributarse elogios á su honrada imparcialidad.

truir gratuitamente á los niños pobres, recurriendo para ello al vigor que presta la asociacion á sus laboriosos operarios, y poniendo en práctica sabios métodos de enseñanza mútua, encomiados con entusiasmo por la moda, cuando mal informada los califica de invencion extranjera; raro parece que tan benéficos establecimientos no hayan merecido proteccion mas directa de los modernos apóstoles de la propagacion de las luces en las clases menesterosas. Por desgracia semejante anhelo no estaba esculpido en sus corazones demasiado terrenos con la huella profunda, que en el verdaderamente liberal y patriótico del noble primogénito de los marqueses de Fontanar José de Calasanz habia abierto el fervoroso espíritu del Evangelio. Así, á pesar de los irrecusables servicios á la humanidad prestados por los hijos del ínclito aragonés, hablaba tan alto á los novadores la prevencion contra las corporaciones claustrales, que el serlo la Escuela Pía, si bien harto distinta en su esencia de las demas así denominadas, hubiera bastado para envolverla en la proscripcion general, á que sin audiencia condenaron á todos los institutos monásticos. Afortunadamente sus discípulos y sus amigos abundaban en todas las clases de la sociedad. Personas, á quienes odios políticos dividian, se han visto enlazados por la gratitud repetir en la tribuna parlamentaria el noble ejemplo de Ciceron, defensor de su maestro Arquias; y merced á tan hidalgo esfuerzo, los Escolapios han logrado, sobrenadando en la borrasca, llegar á un tiempo preparado por el poder de los sucesos, á empezar á distinguir de los frenéticos ahullidos de la calumnia el acento consolador de la imparcial justicia.

Si ha habido por cierto entre nosotros época necesitada de fomentar una educacion concienzuda y sólida para la generacion naciente, ninguna lo está mas que la actual, como tan enferma en su organismo, aunque sostenida por la fiebre de su orgullo. Roto indiscretamente el misterioso lazo de la religion y de la moral, reducida ésta á una fria coleccion de principios faltos de vida, olvidado el orígen

de la autoridad, confundidas las clases, sueltas indefinidamente las pasiones y los deseos; en vano los hombres de estado se afanan en sojuzgar la anarquía por medio de sutiles combinaciones. No son estas, ni leyes de responsabilidad, ni trabas electorales, ni division de poderes, ni toda esa complicacion de resortes indispensables á la moderna máquina política, capaces de infundir en las masas del dia, secas de fé religiosa, lo que á nuestros piadosos abuelos inspiraban casi espontáneamente unos pocos preceptos y consejos del Evangelio. Bajo pretexto de remediar la vetustez ó irregularidad del edificio, arrancáronse materiales envejecidos en la apariencia: en ellos sin embargo se ha visto despues consistia la trabazon y apoyo de la obra; y si los hombres, desengañados de falsas utopias, no buscan un robusto sosten en la sabia teoría del cristianismo, que atribuye la inteligencia y perfeccion de la especie humana al sentimiento íntimo de su destino inmortal, es cierto que la fábrica se viene al suelo. Poner pues en armonía de la purísima doctrina de aquel divino código los axiomas de las ciencias humanas, á fin de que sirvan á incrustar en los jóvenes el verdadero espíritu de caridad; cuidar de las instituciones morales, aun mas que de las políticas; hacer, en una palabra, mejores á los hombres, para hacerlos mas felices; hé aquí el único medio de preparar á la generacion, destinada á sucedernos, dias tranquilos y venturosos. No es otro el objeto del instituto de que tratamos. *Diligenter à teneris annis Pueri pietate præcipue et litteris imbuantur*, escribe el ilustre fundador en las Constituciones dictadas para régimen de sus hijos, y en esta corta frase descubre al paso que su caridad ardiente, su perspicacia en conocer el corazon humano, y la época en que existia. Si su intento era dotar al mundo de una institucion filantrópica y cristiana, como robusto dique á los errores que, gracias á las entonces recientes declamaciones de Lutero, desasosegaban la Europa, Calasanz presintió que en el científico siglo XVI era indispensable captarse la aficion de los sábios, fomentando las

luces para alcanzar su santo fin. La sabiduría de los planes puestos por él en práctica, la firmeza comunicada á los cimientos de su edificio naciente, mucha debió ser, cuando á pesar de los pocos atractivos de una vida laboriosa, consumida entre el polvo de las escuelas, sin otro porvenir que el de completar la instruccion de unos niños, para empezar de nuevo á desbastar la rudeza de otros que principian el instituto, ha logrado permanecer por espacio de tres siglos, teniendo la gloria de conservar ileso el primitivo fervor. Y mientras innumerables métodos de enseñanza mas ó menos brillantes, pero no tan sólidos, se han visto durante aquel período aparecer y extinguirse, sin dejar casi rastro de sus enfáticos programas, los modestos Escolapios han seguido mereciendo en cuantos paises son conocidos constante aprecio y respeto público.—Venéralos agradecida Toscana, cuyo gobierno puso hace muchos años la educacion pública en manos de aquella órden, y los adelantos conseguidos á favor de la humanidad y de las ciencias no han dado lugar de arrepentirse á la ilustre patria del Petrarca y de Miguel Angel. Si la hermosa Florencia conserva la Cátedra astronómica fundada por el inmortal Galilei, deudora es de ello á las Escuelas Pías, en cuyo edificio y bajo cuya direccion permanece; y los sabios Escolapios Canovaí y del Ricco, y actualmente el no menos distinguido P. Inghirami elogiado por los biógrafos (1) han conseguido elevar aquel estudio, así como el antiguo observatorio unido á su colegio, al mas alto punto de esplendor y de celebridad.

Ni ha sido menor la proteccion merecida por dichas escuelas de otros gobiernos de Europa, en la que cuentan sobre doscientas casas destinadas á la enseñanza, siendo mas de ochenta en Italia y sus islas, inclusos nueve Seminarios Conciliares y doce para la nobleza, entre los cuales se distingue como licco universal el insigne Nazareno de Roma. Aun mas fomentadas si cabe han sido todavía en el imperio

(1) Balbi, geografía universal, tom. I.

austriaco, y á fé no es esta proteccion el título menos glorioso que los hijos de Calasanz pueden alegar en su abono, pues aunque las preocupaciones relativas al estado de las Potencias del Norte son tan generales entre el vulgo de modernos patriotas, quienes no pueden figurarse á los pueblos del otro lado del Rhin sino como sumidos en la mas abyecta esclavitud é ignorancia, los hombres sensatos conocen la inexactitud de semejantes exajeraciones. Si en efecto aquellos gobiernos, escarmentados por las sangrientas escenas de los paises meridionales, fruto de inconsideradas mudanzas, son inflexibles en cerrar el paso de su territorio á la revolucion, sin duda ha sido su mas poderoso agente el ilustrar á sus gobernados, no con superficial erudicion, harto comun por desgracia en el dia, y que parecida á los fuegos fatuos producidos por fétidos vapores, perturba y estravía, en vez de aclarar y de dirigir, sino por un saber concienzudo y sólido, que profundizando las causas de las cosas, es el verdadero amigo de ese progreso tan antiguo como la sociedad misma, y hoy quizá entre nosotros tan proclamado como poco entendido. Para propagar pues las luces, y alejar de los pueblos el gérmen de los trastornos, cordura ha sido en el Austria fomentar á los Escolapios. Sesenta colegios nos consta tenian estos hace algunos años en aquel imperio; colegios que desde entonces sin duda habrán aumentado, contándose entre ellos solo en Viena cuatro Seminarios imperiales, y el insigne Teresiano, fundado por la excelsa madre de José II. Finalmente en Polonia, en Cracovia, en Iliria, en Lituania, y aun en Rusia, frutos ópimos está dando el instituto á la piedad y á las letras. Lastimoso fuera estuviese reservada en España al gobierno de la segunda Isabel, la extincion de esta planta, que por endémica del pais que tanto nos honra. Ni es exageracion asegurar, que en no fomentarla contradicen los modernos una de sus favoritas teorías, cual lo es la importancia de las escuelas *normales*. Si creándolas en Suiza hace mas de treinta años, el célebre Fellemberg inmortalizó su nombre,

y la Francia se complace en imitar, aunque de lejos, á la ilustrada Prusia, superior en adelanto social al resto de Europa; extrema admiracion no puede menos de causar que nuestros políticos á quienes, como decia el sensato Burke: «incumbe el deber de conservar los materiales existentes, y sacar de ellos el mejor partido posible» no aprovechen los favorables elementos presentados al efecto por la Escuela Pía, plantel selecto de beneméritos profesores. Lo preferible de sus medios para alcanzar el objeto, lo comprenderá cualquier observador imparcial que reflexione sobre la fuerza capaz de comunicar á la voluntad humana el sentimiento religioso. «Así como no se cojen uvas en las zarzas» escribia con sencilla naturalidad un sabio bien entendido en la materia (1) «ni brebas en los cardos, tampoco hay nada bueno que esperar de maestros de escuela negligentes en religion y moral.» Si pues caidas ya por fortuna en desprecio varias doctrinas de anti-social y desconsolador escepticismo la purísima del Evangelio, luz, freno y crisol de nuestros afectos, es generalmente proclamada civilizadora del mundo, á los gobiernos ilustrados cumple mas que á nadie promoverla. Y ¿quién mejor que una asociacion religiosa, dedicada por voto y con aplauso á los adelantos de la niñez, podrá inculcar en sus tiernos ánimos, al par del conocimiento de las ciencias, ese principio moralizador, que, esperanza y consuelo de las clases menesterosas, inspira á las demás laboriosidad, moderacion y desprendimiento, y es el mas firme apoyo de todo buen sistema político? Lejos de nosotros la idea de menoscabar en lo mas mínimo la estimable clase de profesores particulares, entre los cuales tiene España la gloria de contar en lo antiguo á los Abriles y Lebrijas, y en nuestros tiempos á Valbuena y á otros cien talentos distinguidos, decoro de las letras. Aman estos, sin embargo, demasiado á la infancia

(1) Informe dado en 1834 por Mr. Schiveitzer sobre la Escuela normal de Bruhl en Prusia.

para que dejen de convenir que en nada contradice el objeto del presente artículo al sincero testimonio de gratitud y respeto á sus recomendables nombres. Elógiense enhorabuena sus servicios, protéjase por el Gobierno, que tal es su deber, toda escuela dirigida por la virtud, la inteligencia y el celo; pero confiésese que semejantes dotes indispensables para el magisterio hay mas probabilidades de hallarlos juntos en una corporacion desprendida de intereses mundanos, y menos expuesta por lo mismo á dar entrada en su seno á las intrigas y al espíritu de tráfico. A los que de cerca conocen las Escuelas Pías, consta el minucioso exámen y las dificultades que siempre han precedido á la entrada de sus aspirantes. No era solo en efecto vocacion al estado lo que de ellos se exigia; escudriñábanse sus antecedentes, su reputacion, su capacidad, y hasta su robustez física, pues nada menos era necesario tener presente en hombres consagrados toda su vida á la ruda tarea, constante blanco de su profesion. Fijo el insigne fundador en la mira de no introducir en sus escuelas miembros, ó parasitos ó perjudiciales, dos eran los años de noviciado precisos en los candidatos, ni porque aquel se concluyese con la admision del novicio, terminaba la vigilancia del instituto. Basta suponer al jóven Escolapio doctrinado por un consocio experto, persuadido de la sublimidad de sus funciones, é interesado en sostener el lustre del cuerpo para convencerse de la celosa exactitud con que aquel encargo se cumplia. Si á lo dicho se agrega el sello de perpetuidad característico del compromiso religioso, la independencia de los lazos familiares y distracciones domésticas, el alejamiento de toda idea de ambicion extraña, suficiente en un maestro particular á hacerle abandonar la carrera por otra mas lucrativa, la facilidad de reemplazar con hábiles operarios los inutilizados en la tarea, el rigor en fin de la disciplina avivada por el estímulo de la conciencia, nadie creemos pueda negarlas ventajas de este sistema de enseñanza sobre el de las escuelas seglares regidas por distinto mé-

todo. Otra todavía, si es posible, les reservaba en el conocimiento del genio y predisposiciones de los niños distintos entre sí como los rasgos de sus fisonomías la experiencia tradicional de maestros encanecidos en su observacion.

A la verdad esta especie de estudio sobre la parte mas preciosa del género humano, continuada por muchas generaciones de preceptores, y enriquecida con propios esperimentos, llegaba á comunicar á los Escolapios una facultad instintiva, bien parecida á la que el Dr. Gall se propuso por término de su célebre doctrina. La de la Escuela Pía, dirigida con afan á formar el corazon de sus educandos, no era menos perseverante en ilustrar su entendimiento, y la perfeccion con que siempre se han cursado en aquellas casas los estudios clásicos, dan de ello incontestable prueba. Reclamos, sin embargo, no falte algun lector que, contrariado por la palabra clásico, califique de rancios y vetustos á autores eminentes, conocidos con aquel nombre, y de supérfluas las vigilias de los que á su meditacion se dedican. Sin duda es esta una de las muchas preocupaciones de la época, tal vez no menos necesitada que las de Cervantes y Feijóo de diestras plumas que las combatan. En cuanto á nosotros, permítasenos solo decir, que si la naturaleza es único tipo en las artes de imitacion, nada mas oportuno para formar el juicio y fecundar el ingenio, que meditar constantemente el modo como han sabido reproducir sus perfecciones grandes maestros. El no interrumpido aplauso de veinte ó treinta siglos, algo debe valer en favor de los escritores de Roma y Grecia. Sobre ellos se ilustraron los insignes hombres que la literatura moderna señala como sus adalides, y á las obras de aquellos varones distinguidos que el tiempo ha perdonado, se han visto en precision de acudir los sabios posteriores para rectificar el gusto, siempre que la anarquía de las opiniones ha invadido el imperio de las letras. Cuando el moderno romanticismo pueda alegar semejantes títulos, y presentando á la censura de la posteridad iguales ó superiores trabajos, ha-

cer ver los debe á sus teorías de emancipacion, y no á las reglas clásicas deducidas la mayor parte del modelo de la naturaleza, entonces tendrá derecho á exigir abjuremos de su estudio.

Entre tanto tolérese al menos confesar su utilidad. Lejos, sin embargo, de nosotros toda idea de supersticion y de idolatría, como lo está del ilustrado cuerpo cuya imparcial apología nos hemos propuesto, desde luego convenimos en que ni los antiguos clásicos son el exclusivo modelo posible de la belleza, ni todo lo que ellos escribieron es digno de elogio. Que la buena crítica deba presidir al escogimiento de los autores y de los trozos que merezcan ponerse en manos de la juventud, tenémoslo por indudable. La oportunidad con que los Escolapios han comprendido esta necesidad, lo prueba su coleccion de autores latinos, obra que por estar vulgarizada en muchas y extensas ediciones, no es menos preciosa. Las sensatas notas con que la han enriquecido; los atinados análisis de sus mejores piezas; las selectas noticias de Cronología, de Mitología y de Historia que contiene, aumentan su valor, y prueban la incansable aplicacion de sus compiladores. Ejercitáronla con no menos fruto en la simplificacion de los métodos para facilitar el estudio de las humanidades, segun hasta nuestro tiempo se han entendido. Deudora es tambien á su buen gusto la lengua castellana, pues si como aparece de la célebre representacion hecha á Felipe II por el erudito filólogo Simon Abril, desde el siglo XVI estan conformes los sabios en reclamar la adopcion de tan hermoso idioma, como instrumento para aprender las ciencias á los PP. Escolapios, estaba destinado en España inaugurar la realizacion de tan patriótico y filosófico pensamiento, del que ofrecen brillante testimonio sus cursos de gramática griega y latina, de retórica y de poética, así como de historia patria y de geografía. A escritores que con tanto tino las ejecutaron, poniéndose con estilo preciso y puro, pero sencillo, al nivel de los niños, objeto de sus tareas, fácil les hubiera sido distinguirse con mas importantes obras

en la república literaria. Iguales no obstante á Cesar, que en medio de su laboriosa carrera no se desdeñó de tomar la pluma para escribir un libro sobre la analogía de las palabras, contentáronse con el modesto título de gramáticos, cuando como el clarísimo Lebrija hubieran podido ornar sus sienes con laureles mas brillantes. Y adviértase que si tan dignos de respeto son aquellos autores elementales, consagrando á la niñez sus vigilias, tampoco han faltado á la Escuela Pía otros en mas elevada esfera. La corporacion no cuenta es verdad extensas bibliografías, ya porque el instituto, poco abundante en atractivos, nunca ha sido copioso en gente; ya porque la vida activa, á que se dedican sus individuos, les deja escaso tiempo para escribir; posee no obstante razonable número de escritores, notables todos por su sana crítica y buen gusto.

En un tiempo en que cuestiones puramente teológicas habian invadido el terreno de la filosofía, y la *física predeterminacion*, y *la ciencia media*, mezcladas con las cavilosidades del escolasticismo, ocupaban casi exclusivamente los entendimientos de los que aspiraban al título de filósofos; ya los Escolapios leian en sus aulas las obras de su consocio Corsini, el cual á su acendrado estilo y demás dotes, propios de quien, como él, se hallaba familiarizado con los escritores del siglo de Augusto, unia sus sanos principios filosóficos, exentos de las escabrosas trabas peripatéticas. En cuanto á España, sin necesidad de recordar los nombres de los PP. Espinosa, Feliu, Hornero, Losada y otros, basta citar por todos á sus beneméritos co-hermanos Scio y Merino. Aplaudida es universalmente la estimable version hecha por el primero de toda la Biblia, que con notas eruditísimas y copiosas ilustraciones trabajó sobre los textos originales hebreo, siriaco, caldeo, etc., en cuyos difíciles idiomas, así como en el griego (del cual trasladó en verso castellano y latino, enriqueciéndolo con sabias observaciones críticas el antiguo poema de Koluto) logró adquirir singular pericia. Teníala tambien en lenguas orientales el

P. Andrés Merino, que persuadido de la utilidad de fomentar el estudio de la arábiga en España, escribió una excelente gramática de dicho idioma, así como un gran diccionario arábigo-latino, y otro manual árabigo-español, obras que tanto prueban su constancia y saber. Por desgracia, como en el prólogo á la traduccion de la tabla de Cebes, publicada en 1793, se lamentaba el laborioso Don Pablo Lozano de los trabajos del Escolapio Merino, han quedado ineditos entre la oscuridad de una biblioteca, habiéndose únicamente dado á luz como muestra de su claro ingenio su apreciable Paleografía, cuya fama vivirá ilesa mientras la lengua castellana y la buena crítica se tengan en estima.

Pero sería empresa árdua querer reasumir en un ligero artículo de periódico la larga série de méritos contraidos por los Escolapios en pro de la humanidad y de las letras. Al recelo de abusar de la paciencia de los lectores, se une en nosotros para no hacerlo el miedo de repetir y debilitar con narracion desaliñada la elocuente exposicion de aquellos presentada por el Vicario general de las Escuelas Pías á las Cortes de 1820. Impreso entonces aquel notable documento, y circulado á la nacion con aprecio, incrementó considerablemente el número de los amigos del Instituto, poniendo de manifiesto con datos irrecusables las ventajas que su existencia habia proporcionado siempre al fomento de la educacion popular. Al recordarlas, sin embargo, no dejamos de conocer que su resúmen sería supérfluo para libertar al respetable cuerpo de la ruina que le amenaza, si entre aquellas no contase la de la economía, virtud nunca proclamada con mayor profusion que en nuestros dias, ni nunca menos puesta en práctica. En épocas anteriores de no tanta hipocresía política, si la prudencia en el gasto era tenida en consideracion para toda empresa importante, la ejecucion de esta no solia verse sacrificada á ridícula mezquindad, y la existencia de instituciones y monumentos indelebles, que al patriotismo ó á la piedad de nuestros mayores la debieron, serán siempre esclarecido testimonio de su

atinada largueza. Por desgracia hoy bajo el influjo de modernos sistemas, que solo parecen respirar humanidad, acontece de bien distinta manera. Nunca los pueblos han gemido aquejados bajo el peso de mas duras exacciones, nunca se han improvisado colosales fortunas á menos costa, nunca la Hacienda pública se ha visto con mayor escándalo dilapidada por interesados agiotistas. Esto no obstante la voz *economia* circula de boca en boca desde 1812 entre nuestros *filantrópicos* reformadores; y vanos serían por consiguiente, contrayéndonos al asunto que nos ocupa, antiguos méritos y servicios actuales, si las Escuelas Pías no atesorasen entre sus demás relevantes prendas aquella tan estimable. Por fortuna puede sin recelo asegurarse que ningun sistema de enseñanza es mas barato ni equitativo, pues como escribia el Vicario general en la exposicion antes citada, para subsistir con decencia un profesor de aquel instituto es situado suficiente el que nunca lo pudiera ser para un maestro de la mas infeliz aldea. «¿Se creerá por »ejemplo» exclama el mismo «que el rector, el prefec»to y los tres maestros del célebre Seminario Andresiano »de Valencia, no disfrutan entre todos la suma de cinco »mil reales de dotacion? Y se hará creible que el colegio »de las Escuelas Pías en la misma ciudad, donde sin con»tar algunos méritos y jóvenes que se educan para maes»tros subsisten once aulas con otros tantos profesores, á »saber: cuatro de gramática, á las que concurren diariamente »cerca de 800 estudiantes, dos de escribir, una de aritmé»tica, otra de constitucion, tres de primeras letras, en las »que son instruidos gratuitamente sobre mil doscientos ni»ños, se creerá, repetimos, que en 80 años que contaba de »fundacion y de servicios hechos al público, no habia dis»frutado un solo real por via de alimento, subsistiendo solo »de limosnas eventuales, que debió á la liberalidad de los »arzobispos Mayoral, Fuero y Compagni, sus patronos y »bienhechores, hasta que dos años há nuestro monarca le »revalidó en calidad de alimentos la posesion de una finca,

»que llegará á producirle en líquido la suma de doce mil rs.?»

Pero ¿qué mas? (y admírense los incrédulos de los prodigios de la asociacion cristiana) privados los Escolapios por las órdenes vigentes, aun de los escasos medios que antes disfrutaban, no son menos en la Península de treinta mil los niños concurrentes á sus aulas (1), dato importante, y quizá motivo un dia de gravísimo cargo para quienes perdiendo, no hayan evitado el aniquilamiento de este instituto. Perezca la nacion, y sálvanse los principios, se ha oido mas de una vez con escándalo de los hombres juiciosos en la tribuna parlamentaria: doloroso sería en verdad que á trueque de llevar adelante disposiciones tomadas en aciagos momentos contra los cuerpos monásticos, la niñez desvalida quedase huérfana de sus caritativos bienhechores. Así habrá de suceder sin embargo, si continuando los ministerios que no rigen en ser juguete de preocupaciones vulgares, no levantan para la Escuela Pía la prohibicion á las profesiones religiosas, por no contrariar la legislacion revolucionaria, ó digámoslo mas claro, por lisongear los caprichos de las mismas turbas que combaten. Querer opugnar las doctrinas anárquicas y disolventes, sancionando en la práctica máximas, por los demagogos introducidas, es el mas imprudente de los absurdos, y la mas ridícula de las contradicciones: ni puede casi concebirse cómo mientras las sociedades científicas publican programas para mejorar la condicion del pueblo, y el Gobierno acude para precaver convulsiones y delitos al establecimiento de la policía, se desdeñen así instituciones únicas capaces de moralizar en su orígen á los hombres. No fué esta por cierto despues de su desastrosa revolucion la conducta de la Francia, á la cual por desgracia nos contentamos en imitar solo en los extravíos, como á Diógenes sus presuntuosos discípulos en el cínico desaliño de su traje. Períodos habia habido en ella de escéptica incredulidad. El famoso plan de

(1) Discurso del Ministro de la Gobernacion en la sesion del Congreso de Diputados de 2 de junio de 1839.

educacion presentadó por Mr. Taillèrand á la asamblea nacional en la sesion de 11 de octubre de 1790, lleno en otro concepto de datos luminosos, apenas daba lugar en sus páginas á la moral y religion. Olvidáronse del todo estos objetos importantes en otro segundo trabajado por Condercet, y no es necesario añadir, pues cualquiera lo colige, que en el vértigo de impiedad y de sangre que dominó por aciagos dias á la deshecha monarquía de Luis XVI, las corporaciones claustrales enseñantes que con tanta utilidad del pais habian distribuido al pueblo la moral y la ciencia, fueron totalmente extinguidas. Pero alzóse al fin en medio de tantas ruinas el hombre destinado á enfrenar las desencadenadas furias de la revolucion; y su privilegiada inteligencia era demasiado previsora para transigir en esta parte con preocupaciones demagógicas. «No hay maestros iguales á las órdenes religiosas, si se las logra substraer de la dependencia de superiores extranjeros» dijo el mismo en Santa Elena muchos años despues. Y la conducta que adoptó al subir al poder supremo, en favor de los PP. de la doctrina cristiana, restableciéndolos, fomentándolos, permitiéndoles el uso de su hábito, y lo que en él era todavía mas extraño, exceptuando á sus individuos del servicio militar, acreditó sobradamente en la práctica, que no á la estéril y tardía meditacion de su forzada soledad en medio del Océano debiera aquella opinion eminentemente filosófica y social. De la misma habian participado en su dia respecto de los Jesuitas dos célebres monarcas Federico y Catalina, cuyos nombres se repiten con predileccion por los entusiastas de las doctrinas del siglo XVIII. Afortunadamente ni estas profesadas por ambos con ardor, ni sus creencias cismáticas, de cuyas comuniones eran jefes, ni la prevencion tan general entonces contra la compañía, de que no pudo eximirse aun el piadoso Carlos III, ni en fin las aduladoras sugestiones de los apóstoles de la incredulidad impidieron á ambos soberanos el acojer con noble orgullo en sus estados los restos de la sociedad proscrita. El instinto conservador de sus pueblos, propio de un buen rey, habló

mas alto en sus corazones, y no pudiendo ver en los hijos de San Ignacio los sectarios de una moral laxa y corrompida, con que la calumnia los desacreditaba, sino eclesiásticos ilustrados y virtuosos, aptos bajo muchas consideraciones á la enseñanza de la juventud, permitiéronles gobernarse por sus reglas, y admitir novicios en sus claustros. Puntualmente á estos dos extremos se reduce hoy en España la peticion de los Escolapios, é igual es la de miles de padres de familia, que deudores de su educacion á profesores tan distinguidos, no quieren confiar á otras manos la de sus hijos. Supérfluo es añadir que en no acceder á aquel deseo los legisladores actuales, además de cometer una crueldad insigne, faltarían á las reglas mas obvias de la justicia y del buen sentido, no menos que á las inspiraciones de su propio interés. Cuando las Cortes de 1820 protejieron al respetable instituto, poniéndole á cubierto de la extincion general á todas las corporaciones regulares, baldon sería para hombres que conservadores se denominan, hacerse dignos de que la reprobacion pública los increpase con el conocido dicho de un orador célebre: «para ser libres principiais por ser injustos.»

Ni se trata solo de la suerte de la generacion actual; las futuras, para las que la falta de las Escuelas Pías sería irreparable, protestarían enérjicamente contra los que apellidándose liberales, hubiesen privado á España del benéfico instituto de maestros pobres de la Madre de Dios. En nombre pues de la humanidad y de las luces, y de esas mismas clases huérfanas y desamparadas, cuya suerte ulterior con tanto interés se afecta fomentar, rogamos á los hombres de influjo mediten sobre la permanencia de aquel cuerpo; y persuadidos de que reformar de ningun modo es sinónimo de destruir, recuerden la máxima del sabio legislador de las Partidas, nunca mas digna que en los presentes calamitosos tiempos de grabarse en los corazones: *Liviana cosa es desfacer, é no tanto reponer lo que se desface.*

JAVIER DE LEON BENDICHO.

HISTORIA FILOSOFICA DE LAS BELLAS ARTES.

(2.º fragmento.)

Hemos enumerado con la claridad que nos ha sido posible las causas filosóficas del decaimiento de las artes y de las letras en el Imperio Romano. Hemos visto tambien que la irrupcion de los bárbaros, que generalmente se cree tan funesta para la Italia, fué mas bien un mal pasagero, como las enfermedades que á veces afligen á los hombres solo para libertarlos de una muerte prematura. Y que cuando los Visigodos, Vándalos y las demás razas septentrionales destruyeron lo que á la Italia quedaba de su prosperidad antigua, ya mucho antes las artes se manifestaban heridas de muerte, revelando claramente la necesidad de una completa renovacion.

Esta renovacion debia ser hija de las nuevas costumbres que introdujese en Italia la religion cristiana, cuyos altos dogmas, incomparablemente mas favorables al vuelo del pensamiento que el materialismo de la sociedad pagana, habian de producir en lo sucesivo las obras mas aventajadas del ingenio humano.

Para que esta renovacion fuese completa era menester que no quedasen á los ojos de los nuevos señores de la Italia reliquias del antiguo y seductor materialismo. Aquellos hombres eran poco fuertes aun en la fé de Cristo, cuya doctrina puede considerarse como demasiado ideal para aquellas inteligencias, rudas é incultas, aunque dé bien dispuesta naturaleza. Su sentimiento no podia tener toda aquella delicadeza, propia del hombre civilizado; ni sus potencias, poco acostumbradas á aquella especie de elasticidad que las

hace adaptarse á las ideas morales que por su naturaleza metafísica son de difícil percepcion, podian fácilmente comprender la conveniencia de ciertas máximas, de todo punto contrarias á las exigencias de sus sentidos corporales. Ni lo contrario era posible en hombres que, apenas salidos del natural estado primitivo, aun no se hallaban constituidos, por decirlo así, en pueblo ó sociedad, que es la condicion indispensable del perfeccionamiento humano. Sus sentidos, acostumbrados á la impresion externa de los objetos materiales palpables, eran, por decirlo así, como una cavidad, útil para contener cualesquiera objetos, pero demasiado grosera para encerrar en ella gases. La forma seductora del materialismo antiguo era pues poco favorable al desarrollo de un espiritualismo, cuyo enemigo mas poderoso eran los sentidos. Fué pues racional desviar de los hombres que empezaban á educarse en el cristianismo, las artes, reveladoras de las antiguas costumbres, hasta tanto que fortificadas bastantemente las creencias, y persuadidos ellos de la conveniencia y utilidad de las leyes que en un principio repugnaban á su adusta naturaleza, pudiesen sin peligro parar la vista en la antigüedad, é ilustrados ya por la crítica, estudiar lo bueno de ella, despreciando lo malo y dañoso.

No le admirará pues al que en esto reflexione, que algunos sabios cristianos de aquellos tiempos se manifestasen contra los fragmentos de las antiguas obras que produjeron las artes *divertidoras de los sentidos*, rivales de los mismos bárbaros. Lo que los invasores hacian por codicia y por venganza, lo hacian los pontífices por cálculo y en bien de los creyentes. Los Ostrogodos devastaron por instinto, y Constante II, emperador de Constantinopla, por sed de botin. Los primeros recibieron del victorioso Narsetes el castigo de su ferocidad, y el segundo expió á manos de los suyos su brutal rapacidad, despues que arrojado por la mar á las costas de Sicilia dejó toda su riqueza en manos de la fortuna; porque aunque la Providencia se vale de los crímenes de los hombres para el cumplimiento de sus altos designios, castiga sin embargo á los que libremente se ofre-

cieron á ello para satisfacer sus malas pasiones, cuando el que todo lo hizo tiene en sus manos tantos medios para trastornar el mundo. Pero San Gregorio no fué ni vengativo ni ambicioso, y sin embargo destruyó todas las obras de artes, especialmente en escultura y arquitectura, que habian sobrevivido á las rapiñas de Constante, y á los 18 dias de muda soledad en que habia quedado Roma despues del espantoso incendio de Totila.

La civilizacion, satisfaciendo gradualmente las necesidades físicas del hombre, vá abriendo su alma al conocimiento de las ideas morales, y cuando este perfeccionamiento progresivo del entendimiento llega á cierta altura, el desarrollo de ciertas ideas, que aisladas pudieran ser dañosas, solo sirve para completar el cuadro de los humanos alcances. Dispuso la sabia naturaleza que en el órden de las nociones que trae el hombre al mundo, la idea de lo bello solo se desarrollase en él despues de las ideas de lo justo y de lo útil, por lo que las artes solo florecen en las naciones despues que establecidas las leyes y formado el estado, y satisfechas las necesidades materiales con los medios productores de la riqueza, puede el ingenio alzarse á esfera mas sublime.

Así sucedió en la Italia, poblada por sus nuevos poseedores. A la conquista sucedieron largos años de paz y de prosperidad, y en las diferentes repúblicas que allí se establecieron, empezaron las artes á renacer por el solo esfuerzo del natural ingenio, y privadas de todo modelo antiguo, revistiendo el carácter peculiar de las nuevas costumbres y el reflejo de la religion cristiana, que á manera de nuevo y vigoroso tronco las protegia.

Prolijo y cansado por demás sería enumerar las diferentes obras que se produjeron en todos aquellos primeros siglos y en todas las tierras de la Italia. De este trabajo, que con diligencia y escrupulosidad suma han desempeñado casi todos los escritores de artes, desde Vasari hasta nuestros dias, aglomerando sin cesar nuevos datos, resultados de

sus incansables investigaciones, nada sacaríamos de provechoso (1).

(1) Enteraremos sin embargo á los lectores de los principales de estos monumentos, omitiendo los de escultura y arquitectura por ser mas abundantes y visibles. Segun el Dominici y otros escritores, nunca faltaron en Nápoles pintores, no solo en la antigüedad, lo que encomió bastante Filóstrato en el proemio de sus *Imágenes*, sino tambien en los siglos llamados de barbarie. En prueba de lo cual citan pinturas sagradas de autores anónimos muy anteriores al siglo XII, con especialidad algunas vírgenes de estilo antiguo que aun hoy dia se veneran en varias iglesias de aquel reino.

No deben atribuirse á época anterior á la citada (sig. XII) las varias vírgenes esparcidas en los estados pontificios, semejantes en el estilo á la que se conserva en Santa María la Maggiore de Roma, y que dicen ser obra de San Lucas Evangelista. Conjetura el Lanzi con bastante fundamento, que estas imágenes pueden ser obra de artistas griegos rivalizados á la sazon por los italianos: y en efecto, algunas de ellas llevan caracteres griegos; á la manera de las que hay en España trabajadas por los artistas bizantinos del siglo XIII. El decir que la de Santa María la Maggiore es obra de San Lucas, nace indudablemente de que alguno de aquellos artistas tuvo por nombre Lucas, sin que á desvanecer aquella tradicion errónea hayan bastado las impugnaciones del Mammi, el Piacenza, Crespi, el P. dell'Aquila, el Lanzi y otros varios escritores. Ni es esta la sola tabla atribuida al evangelista. Dentro y fuera de Italia hay otras que se dicen de aquel santo apóstol. El autor de las *Anecdotes des beaux-arts* cuenta que en Grecia se conserva con suma veneracion la memoria de un Lucas ermitaño, que pintó toscamente algunos retratos de Nuestra Señora, y que al nombre de San Lucas ermitaño, por el cual es conocido en los primeros siglos, sucedió andando los tiempos, el de San Lucas evangelista en boca del pueblo. Tornefort en sus viajes habla de una imágen de la vírgen del monte Líbano, atribuida igualmente á San Lucas por el vulgo, y obra tambien de un Lucas monje de remotísima edad y de ejemplar vida. Ningun escritor antiguo dijo que San Lucas fuese pintor. Sábese además que en los primeros siglos de la iglesia jamás se representó á la vírgen con el niño Dios en brazos, sino orando con las manos extendidas: lo que atestiguan todos los monumentos anteriores al siglo V de data cierta, como *il vetro cemeteriale del museo corombelli* de Bolonia con el epígrafe María, y varios bajo-relieves de sarcófagos cristianos, entre los cuales es muy notable el que vió el erudito Lanzi en Beletri, mandado grabar por el ilustre cardenal Bor-

Contentémonos con hacer un breve resúmen de la historia del arte, desde el establecimiento de los Longobar-

gia. En una disertacion publicada en los *Opusculi Caloregiani*, tomo 43, queda bastantemente probado, que semejante uso solo se introdujo en ocasion del concilio de Efeso celebrado en el siglo V. Por último, creen tambien algunos que las citadas imágenes atribuidas á San Lucas, y las demás de su mismo estilo, sean obra de cierto Lucas, pintor florentino del siglo XIV, de quien refiere Lanzi en el tomo 15 de su obra titulada: *Deliciæ eruditorum*, que por sus virtudes cristianas fué apellidado *el Santo*. La madona del l'Impruneta, segun la leyenda del referido Lanzi, es obra de este pintor; mas si esto es asi, no podemos creer que lo sean las atribuidas á San Lucas, porque su manera parece muy anterior al referido siglo XIV.

El mas antiguo monumento de la pintura Veneciana parece ser un subterráneo que hay en Verona en las monjas de los SS. Nazario y Celso, el cual, aunque inaccesible al vulgo de los curiosos, se ha grabado en varias láminas por encargo del ilustre Mons. Dionisi. En este subterráneo, que fué antiguo oratorio de fieles, se ven pintados algunos misterios de nuestra redencion, algunos apóstoles y santos mártires, y especialmente el tránsito de un justo á la vida futura, al cual asiste el arcángel San Miguel. Los símbolos, las fábricas, el dibujo, las actitudes, los trajes y los caracteres de escritura que allí se leen, no dejan duda de que esta obra es muy anterior á la comun época del renacimiento de las artes en Italia, al siglo de Giunta y Cimabue.

De la escuela de Siena no aparece monumento alguno auténtico anterior á este décimotercio siglo. El que guste enterarse de los pormenores del arte en aquel pais, puede consultar los varios autores de los cuales sacó el P. de la Valle lo mas selecto en sus *Lettere Sanesi*, y son: el *Ugusgieri*, cuyo libro se intitula: *Le Pompe Senesi*; el *Diario* de *Girolamo Gigli*; las obras del infatigable *Gio. Pecci*; Giulio Mancini que escribió un *Trattato sopra le pitture antiche*; *Uberto Benvoglienti* en sus *memorias*; las *Historias* de *Sigismondo Tizio di Castiglione*, y la descripcion del Domo de Siena de Alfonso Laudi, la historia pictórica del Lanzi, y finalmente varios manuscritos existentes en las bibliotecas de Siena.

Pasemos pues á los monumentos primitivos de la escuela Lombarda, advirtiendo de paso que en la Lombardía las artes no guardan la misma unidad que en los demás paises de Italia, como por ejemplo Florencia, Bolonia, Venecia y Roma, en donde la escuela pictórica puede considerarse como un prolongado drama en que varían los actos, las escenas y los actores, conservando sin embargo

dos en la parte septentrional de la Italia hasta el siglo XIII, con el cual empiezan á conocerse justamente las obras

la unidad de lugar en la capital en que florecia. Pues en el pais lombardo cada pequeño estado tuvo su escuela artística diferente, y sería incurrir en una grave confusion el reunir en un solo cuadro todos aquellos ensayos primeros que en lo sucesivo produgeron obras de arte tan desemejantes en el pincel de Leonardo, Giulio, los Campi y el Correggio. Denomínase viciosamente Escuela Lombarda en general el solo estilo de los discípulos é imitadores de este último; mas observa muy oportunamente el juicioso Lanzi, que de esta manera quedan escluidos los grandes pintores que por haber nacido en Mantua, Milán y Cremona, no eran menos lombardos que el Correggio.

Cita el referido Lanzi, como el mas antiguo monumento de la pintura en Mantua, unos evangelios que se conservaban en la iglesia de San Benito, adornados con pequeñas historias sobre la vida y muerte de nuestra Señora, hechas en miniatura; y aunque no dice precisamente á qué época se atribuye dicho manuscrito, manifiesta sin embargo que, á pesar de la barbarie de los tiempos en que se ejecutaron aquellas miniaturas, se vé en ellas cierto buen gusto que las hace superiores á cuanto existe en Italia de la misma edad.

El célebre P. Affò pretende probar con varios antiguos códices y manuscritos, que en la misma época en que florecia el escultor Benedicto Antelaní habia en Parma varios pintores que se ejercitaban en hacer imágenes é historias para los libros sagrados. Quien quiera enterarse á fondo de los principios del arte moderno en aquel estado lombardo, puede ver los escritos dados á luz por el citado erudito é insertos, parte en la vida del Parmigianino, y parte en un libro titulado: *Il Parmigiano servitor di piazza.*

Milán cabeza de Lombardía, y asiento de los reyes longobardos, abunda en obras de escultura y pintura de los siglos que vamos ecorriendo. Milán, Rávena, Monza y Pavía, fueron los puntos visitados por las artes cuando el reino de la Italia pasó de manos de los godos á las de sus nuevos señores, porque las artes sirven siempre de cortejo á la fortuna, y esta no podia permanecer fija en una sola capital en aquella edad turbulenta. Se conservan pues muchos monumentos de mármoles y metales de aquel estilo, denominado por los italianos, *lombardo*, y por los franceses *románico y bizantino*; y en ellos se vé el gusto predominante de la época, mas atento á la invencion de mónstruos, pájaros y cuadrúpedos fantásticos, que á la reproduccion de la humana figura. Las obras de este género son muchas en el Domo de Milán, en San Miguel y en San Juan de Pavía, en los capiteles, en las puertas, en los coros, y hasta en las mismas

y los nombres de los artistas italianos en casi todas las ciudades de aquella península.

paredes. Los bajo-relieves del altar de Cividale citado por el Lanzi, obra del siglo VIII, minuciosamente descrita en las *antigüedades de Aquilea*, *núm.* 516 *del Bertoli* son del mismo estilo, y solo viendo los capiteles de San Celso de Milán, del décimo siglo, se puede creer que el arte habia de empeorar aun mas, cuando á lo tosco aunase lo ridículo, creando figuras enanas, horribles, con manos y cabezas desproporcionadas y pies incapaces de sostenerlas (*Tutte mani*, *tutte teste con gambe e piedi malcapaci di sostenerle*, como dice Lanzi.) Sistemática es sin embargo la pretension de los que aseguran, que en los siglos anteriores al XIII no habia quedado á la Italia ni aun una sola flor del buen gusto; pues, para citar obras de toda especie de arte, ya en el siglo X florecia el platero Volvino, á cuya mano se debe el célebre pálio (paliotto) de oro de San Ambrosio de Milán, que segun aseguran todos los entendidos, puede sostener el parangon con los mas bellos dípticos de marfil de los templos de Italia. Cítanse asimismo reliquias de la pintura de los referidos siglos en las obras del Tiraboschi del P. Allegranza (*Spiegazioni e riflessioni sopra alcuni sacri monumenti di Milano*), en la *nueva guia* de Milán del abate Bianconi y otros. Entre ellas, algunos asuntos pintados en San Miguel de Pavía; otras que existen en *Galliano*, unos bajo-relieves de tierra, dibujados y coloridos medianamente, y por el estilo de los buenos mosáicos de Róma y Rávena, obra del siglo X; y finalmente otros bajo-relieves pintados en la misma época en los Santos Durmientes, celosamente conservados por los doctos religiosos que cuidan de aquel templo.

Bolonia es una de las ciudades que pueden vanagloriarse de poseer obras mas antiguas de pintura, especialmente imágenes de nuestra Señora, anteriores, segun los documentos citados en la nueva guia de Bolonia del 1782, al siglo XII. Bolonia es tambien la única tal vez que conserva los nombres de tres pintores nacidos en este siglo, que son: Guido, Ventura y Ursone. Pero el mayor, el mas curioso y mejor conservado monumento de la pintura boloñesa es, segun el parecer de Lanzi, el cuadro de San Esteban, en que está representada la adoracion del cordero descrita en el Apocalipsis, y varias historias evangélicas, como el nacimiento de Jesus, la Epifanía, la Disputa y otras. Esta obra se atribuye á algun discípulo de los mosaistas que trabajaron en S. Marcos de Venecia, pues es evidente el estilo griego en lo tosco del dibujo de las figuras, en lo enjuto de las piernas, y en el repartimiento de los colores: caracteres que la harían pasar por obra, no del discípulo, sino del maestro griego á no

El abogado Mariotti en su riquísimo y copioso Museo, honoríficamente citado por el P. de la Valle, cree libre de ser por algunas prácticas que en ella se advierten, diversas de las de aquellos mosaistas, como la ejecucion de las barbas, el corte de los trajes, y el escaso agrupamiento de las composiciones. El carácter de sus letreros induce á creer que esta obra sea de los últimos años del siglo XII.

La pintura en Ferrara no manifiesta documento alguno anterior al códice de Virgilio citado por el Dr. Borsetti en su obra *Historia almi Ferrarensis Gymnasii.* Este código lleva al fin el nombre del pintor que hizo sus miniaturas, *Giovanni Alighieri*, y la data de 1193; mas aunque el Baruffaldi en la *Vida de los pintores de Ferrara* dice haber pasado de la biblioteca de los carmelitas de Ferrara á poder del conde Alvarotti, cuyos libros fueron llevados despues á la biblioteca del Seminario paduano, Lanzi asegura que en dicho Seminario no existe semejante códice.

En Génova y en Savona quedan algunas pinturas muy antiguas de desconocidos autores. En Savona es de notar una que existe sobre una puerta, la cual lleva la data de 1101.

La pintura en el Piamonte no ofrece la antigüedad que las demás escuelas italianas. En lo sucesivo tendrémos ocasion de explicar la causa de este fenómeno: hasta el siglo XIV, bajo el reinado del ilustre Amadeo IV, no hubo en Saboya pintor alguno conocido. Han escrito sin embargo sobre los orígenes de la pintura piamontesa el conde Durando en sus notas al *Raggionamento su le belle arti* que publicó en 1778; el P. de la Valle en sus prefacios de los tomos X y XI del Vasari; Lanzi en el tomo XI de su historia (edicion de Milán, 1831), y varios otros, inclusa la *Nueva guia de Turin* de Derossi.

Roma conserva todavía antiquísimas pinturas, como puede verse en la disertacion de Monsignor Francesco Carrara, citada por el Lanzi, tomo I, y titulada: *Delle lodi delle bell' arti*, en la cual se cita á los ilustradores Bianchini, Marangon, Bottari, etc. Sin necesidad de recurrir á los cementerios de esta gran ciudad, que tantos monumentos cristianos nos han trasmitido en vidrios pintados, ahora diseminados en los diversos paseos, y en paredes cubiertas de historias ascéticas, basta citar dos grandes monumentos que no tienen igual en la Italia entera. Es el primero la série de papas desde el príncipe de los apostóles hasta S. Leon, que mandó pintar este mismo santo pontífice en una pared de la Basílica de San Pablo; obra preciosa del V siglo continuada hasta nuestros dias, que pereció lastimosamente en el incendio de 1823 que consumió aquella grande fábrica. Es el otro el ornamento de toda la iglesia de S. Urbano, en cuyas paredes se

toda duda que mientras en la Italia, dominada por los bárbaros, se habia completamente perdido todo vestigio de buen dibujo, los Griegos hasta el siglo VII aun manifestaban en sus obras que su escuela descendia sin interrupcion del bello arte antiguo, siendo ellos los únicos poseedores del dibujo, así como lo eran de varios otros ramos del saber. Mas aunque consta que casi todos los templos erigidos en Italia en los siglos XI y XII fueron decorados y aun construidos por artistas griegos, que las ciudades mandaron á buscar al intento, no parece probable, si es cierta la proposicion del citado Mariotti, que antes del siglo VII hubiesen los griegos dejado obras en Italia, pues los monumentos que de esta edad citan los historiadores son todos tan imperfectos, que solo muestran los trazos primeros de un arte nacido originariamente de un ingenio poco culto.

Por lo que, sea ó no cierto que los artistas griegos fueron los maestros de los italianos despues de la caida del imperio de Occidente, es indudable que el nacimiento de las artes en la moderna Italia, solo se debe á la religion, que

ven representados algunos hechos del nuevo testamento y de la vida del santo titular y Santa Cecilia, obra del siglo XI, que segun afirman todos los inteligentes nada tiene del estilo griego, ni en los semblantes ni en los ropajes.

Tambien en Toscana florecieron las artes desde el siglo XI, en que se construyó el Domo de Pisa. Conservase en este templo un curioso pergamino del *Exutet* que suele cantarse el sábado santo, en el cual se ven á trechos varias figuritas de miniatura atribuidas al siglo duodécimo en que, segun la opinion del literato Morsona (*Pisa illustrata, Tomo I*), habia en la ciudad muchos discípulos de los griegos, mosaistas y pintores, que acompañaron á Italia á Buschetto en el siglo anterior.

De los Florentinos nada sabemos hasta el siglo XIII: asegura Roscæ en la vida de Lorenzo de Médicis, tomo IV, página 4, que en la biblioteca Laurenciana de Florencia se conservan algunas miniaturas pertenecientes al siglo X. Entre estas acaso exista alguna trabajada en la misma Florencia; no habiendo visto la *Etruria-pittrice*, que se publicó en esta ciudad, no nos es lícito afirmar cosa alguna sobre el particular.

saliendo radiante de las catacumbas, coronada con la aureola del martirio, desplegaba ya libremente su sagrado estandarte por toda la Italia, y á los hijos de aquellos feroces bárbaros que la habian devastado, los cuales, ya mas civilizados y blandos en sus costumbres, solo pensaron en llenar el inmenso vacío que habia dejado en todas las poblaciones italianas el hierro, el fuego, y sobre todo la ignorancia de sus mayores (1). Comenzaron entonces á prosperar las obras de uso público, y especialmente los templos; por lo que no solo la arquitectura era protegida por aquellos príncipes, mas tambien la pintura y estatuaria, que á decorar sus fábricas contribuian. Los escritores de artes citan monumentos de todos los siglos de la iglesia; mas convienen generalmente en que despues del siglo VII el arte en general (2), privado de buenos ingenios por las pestes y revoluciones que agitaron á la Italia, no adelantó un solo paso hasta despues del décimo siglo, en que empezaron á levantarse las grandes iglesias donde todavía se admira el último suspiro del arte griego.

Entonces se empezó á construir la catedral (Duomo) de Venecia, que tomó el nombre de San Marcos por haberse depositado en ella el cuerpo del apostol traido de Alejandría, siendo Dux Dom. Selvo hácia los años de 1070. Este Dux trajo á Grecia un gran número de mosaistas que decoraron el templo con profusion; y en el mismo siglo los Pisanos, que habian llegado al apogeo de su prosperidad y grandeza, erigieron su magnífico Duomo, que aun hoy se admira, encargando su construccion al griego Buschetto, que dejó muchos discípulos en Italia.—Toscana, Padua, Milan, Bolonia, Roma, y otras muchas ciudades, fueron igual-

(1) En el siglo VII Ariperto edificó en Pavía y sus contornos algunos templos, y entre ellos la Basílica de San Salvador, sepulcro suyo y de su familia.

(2) Decimos en general, porque ni la pintura ni la escultura adelantaron visiblemente hasta el siglo XIII.

mente enriquecidas con hermosos mosáicos y templos bizantinos y griegos, en que se veian algunos restos de antigüedad mezclados al modo de fabricar de los Lombardos y Germanos, algunos de los cuales no se desdeñó de imitar despues el mismo Brunelleschi (1).

La estatuaria y la pintura no habian empero mejorado de estilo con la escuela de los maestros mosaistas venidos de la Grecia. Su arte tenia mas de oficio mecánico que de verdadera imitacion de la naturaleza, y, segun dice el mismo Vasari, que pretende son los griegos los primeros autores del renacimiento de las artes italianas: «Muertos los antiguos griegos y latinos que antes del tiempo de Constantino florecieron, los *viejos griegos* (2) solo heredaron de sus antepasados aquellas líneas en campo de color que se ven en infinitos mosáicos que trabajaron en muchas iglesias de Italia, especialmente en el Duomo de Pisa, en San Marcos de Venecia, y en otros lugares; por lo que continuando en su

(1) El erudito pintor D. Valentin Carderera, que publicó en una larga série de artículos insertos en el *Artista* la historia entera de las tres nobles artes en España, analiza con gran fondo de crítica las obras de arquitectura construidas en los primeros siglos de nuestra monarquía goda, enumerando todas las mas notables de la Península; y de su exámen resulta que el solo espíritu de ferviente devocion de nuestros padres, allá en épocas tan antiguas, hizo que se erigiesen con extraordinaria suntuosidad repetidos y magníficos templos, tales que ningun otro pueblo cristiano podia lisonjearse de poseerlos iguales.

Añade que hácia fines del siglo V, cuando ya la monarquía habia echado profundas raices, principió á abandonarse en España el antiguo modo de construir, que se reducia á aquella arquitectura informe y tosca que nos quedó de los romanos, ya adulterada en la época de la decadencia de su imperio, y despues entre nosotros enteramente desfigurada con las prácticas de los primeros árabes que infestaron la Península. Cita en comprobacion de estas observaciones monumentos desde los siglos VII y IX hasta el XII, en que se erigieron las suntuosas catedrales de Santo Domingo de la Calzada, Santiago y Ciudad-Rodrigo, y el gran monasterio de Poblet, que el vandalismo de nuestros dias ha reducido á escombros.

(2) Nombre que les dá Vasari, p. LXXIX.

manera, produgerón aquellas feas pinturas con figuras de ojos asustados, abiertas las manos, y los pies en punta como todavía se conservan en San Miniato de Florencia, en el cláustro de la iglesia del Espíritu Santo de la misma ciudad, en San Julian de Arezzo, en San Bartolomé, y en varias otras iglesias, así como en *San Pietro Vecelino* de Roma. («Storie intorno intorno, fra le finestre, cose, che hanno ficie del mostro nel lineamento, che effigie di quel ch' e' lisia.») Y hablando el citado Vasari de las esculturas de los griegos de aquel tiempo, que se vé en muchas puertas de dichas iglesias y en varios sepulcros, dice que eran «Così goffe, e si ree, e tanto analfatte digropezza; e dimanieres, che parimpohibile, che insmaginare peggio si potera.»

Es indudable que el arte predominante hasta la edad en que los Pisanos sacudieron el yugo de la imitacion griega, fué puramente bizantino. Así que, mientras la arquitectura seguia las huellas trazadas por los dos monumentos de Pisa y de Venecia, que eran entonces considerados como la mas completa expresion de la belleza arquitectónica, la pintura y escultura subordinadas enteramente á las exigencias del edificio religioso, del cual eran un mero adorno, no podian progresar libremente ni salir de las prácticas rutinarias empleadas por los artistas del bajo imperio. Parecia entonces, en expresion de un escritor moderno, que la misma Grecia infeliz, que tanto habia iluminado á la Europa en su nacimiento y juventud, la iluminaba todavía desde su ocaso (1).

Los monumentos de pintura y escultura de aquellos tiempos, que se observan en Italia y en nuestras provincias de la parte de Oriente, ya sean obra de los españoles mismos instruidos en la manera de los bizantinos, ó de los

(1) En Cataluña, Valencia, y Aragon particularmente se encuentran algunos monumentos de pintura, escultura y arquitectura del noveno y undécimo siglo, del mismo carácter, aunque menos suntuosos, que los que se conservan en algunas basílicas de Roma, ejecutados por artistas bizantinos.

italianos, con los cuales los pobladores de nuestras costas levantinas comenzaban á entablar comunicaciones, son otros tantos testimonios, ó por mejor decir, una historia viva de muchas costumbres y usos de aquellos siglos, y sobre todo de las prácticas de la época; y bajo este punto de vista ofrecen vasto campo al discurso del filósofo y del investigador y amante de la historia de las artes. Que si hasta entrado el siglo XIII no nos señala la historia de las artes italianas obra alguna de escultor ó pintor, cuyo nombre sea conocido (1), debido es en parte á las vicisitudes de las naciones en todos los tiempos, y á la referida causa de ser estas artes como accesorias de la arquitectura; por lo que observa el citado Carderera en las historia de las artes españolas, que los mismos arquitectos esculpian casi siempre las obras con que decoraban sus edificios, siendo de esta manera considerable el número de *maestros de obra*, *mazoneros* y *arquitectos* de aquella época conocidos, mientras apenas ha llegado á nosotros hasta el siglo XV el nombre de media docena de escultores (2).

La crítica que hace de aquellas obras de escultura el citado profesor, es igualmente aplicable á las que existen en toda la Europa de aquel período bizantino. «Su estilo recuerda mucho al de la escultura de Roma despues de Alejandro Severo; sus formas son muy cuadradas y robustas; los pliegues de las vestiduras apenas siguen la direccion de

(1) Excepto Benedicto Antelani, á cuyo cincel se debe el bajorelieve de la crucifixion de J. C., que se conserva en el Domo de Parma, hecho en 1196.

(2) El referido escritor cita dos escultores españoles anteriores al primer escultor italiano conocido. Fué el uno un tal Aparicio, que vivia en Castilla por los años de 1033, autor de un arca mandada construir por el rey de Navarra D. Sancho el Mayor para colocar en ella el cuerpo de San Millan. Esta obra es de madera, cubierta de chapas de marfil y oro.

Es el otro escultor el maestro Mateo, quien á mediados del siglo XII decoró con estátuas y accesorios la gran catedral de Santiago que él mismo habia fabricado.

los miembros que cubren, y estan tratados tan mecánica y simétricamente, que recuerdan no poco los pequeños ídolos de los Etruscos en el primer período de su arte. No son, pues, de un estilo seco, ni es demasiado larga la proporcion de las figuras de esta época, ni se parecen á las que el vulgo designa con el nombre de góticas; al contrario, son, como hemos dicho, robustas, cuadradas y muy angulosas, y estan en armoníá perfecta con las fábricas de su edad, tambien macizas, que se hallan muy distantes de la admirable elevacion y ligereza de nuestros templos llamados góticos, y que no se construyeron hasta principios del siglo XIII. Tal es pues el carácter en general de la escultura en las épocas mencionadas, que nos presentan el arte todavía en su infancia. El mecanismo de la ejecucion no señala mas que las primeras líneas, y no traza sino los mas sencillos movimientos de las figuras, cuando no las presenta en un estado de perfecta inamovilidad, como sucede las mas de las veces, en una expresion muy diferente de la que conviene á su situacion, y siempre de un modo terso y desaliñado.» No se encuentra pues en aquellas obras ni un cálculo fundado sobre la práctica para el efecto de la composicion, que es el fin que parece debia proponerse el artista, ni un manejo franco y fácil de la materia, ni el brio ni la eleccion de formas, sino simples indicaciones de la voluntad del profesor embarazadas por todos los obstáculos que presenta el arte, y que solo es posible vencer á fuerza de tiempo y de constancia.

No merecen mayor alabanza las obras de pintura, que ya hemos visto juzgadas con bastante rigor por el italiano Vasari. Mayor forzosamente debia ser su atraso que el de la escultura, pues además de verse privada con aquella de los conocimientos de anatomía y proporcion, sin las cuales solo es capaz de producir mónstruos y quimeras, necesitaba además otros auxilios peculiares á ella como el colorido, el claro oscuro, las perspectivas aérea y lineal, y otros muchos de larga enumeracion y de ningun modo necesarios

para producir una bella estátua. Carecian además los pintores de modelos que imitar, mientrás que los escultores tenian á la vista algun que otro fragmento de la antigüedad, cuya extraordinaria belleza, aunque no fuese bastante á inflamar su austero pensamiento, podia sin embargo indicarles una senda, en que ejercitar su paso incierto y tímido. A la falta de expresion, defecto que hemos hallado igualmente propio de la escultura, reunian pues las representaciones ascéticas con que los pintores de entonces decoraban las capillas y los templos otros muchos defectos, entre los cuales no eran por cierto poco capitales la falta de aire interpuesto, en tal grado que una misma figura posaba algunas veces sobre dos diferentes términos (1), y un colorido sin armonía, que presentaba siempre el mismo brillo en las luces y en las sombras, las que ni aun se alteraban por el reflejo que debian darles los colores mas inmediatos. El fondo sobre que se representaban los asuntos sagrados, que servian de decoracion á los templos, mas parecian destinados á deslumbrar con el esplendor, que acomodados á los asuntos. Y cuando el mecanismo de la pintura llegó á perfeccionarse algun tanto, sin que el arte de la imitacion de la naturaleza hubiese adelantado un solo paso, los artistas mas parecian esmerarse en crear para el simbolismo religioso una naturaleza ficticia y convencional, toda esplendente en vívidos colores, que en mejorar gradualmente la representacion de los objetos naturales y comunes. Desde entonces las pinturas de los templos parecian acomodarse á leyes canónicas determinadas, y es preciso confesar que aquella simetría de convencion era mas bien favorable que contraria á la impresion que las imágenes estaban destinadas á producir en el pueblo. En el grande arreglo arquitectónico de un edificio religioso á cada una de las partes se daba su tono peculiar; cada color encerraba en sí mismo su inteligen-

(1) Si es que no suprimian, como los pintores españoles de los siglos VIII y IX, toda traza del plano sobre que debieran estar.

cia y su lenguaje misterioso. Los cinábrios mas puros, el verde y el azul rivalizaban en brillantez, mientras que por todas partes relumbraba el oro puro, ardiente como el fuego, formando un mosáico radiante y enigmático, especie de blason religioso, que representaba la Jerusalen celeste á la exaltada imaginacion de aquellos cristianos (1).

A esto estan reducidas todas las cualidades de las obras de artes ejecutadas hasta fines del siglo duodécimo. La historia de estas en Italia no nos ha trasmitido en pintura (2) ó estatuaria nombre alguno que merezca honorífica mencion antes del siglo XIII, al cual contestemente atribuyen hoy todos la gloria de haber dado á la Europa la primer aurora del renacimiento (3) *.

Llegamos á la época mas floreciente de la edad media italiana, que comienza en el siglo de Dante, de Acursio, Guido de Siena y Guittone de Arezo.

Los tiempos que son mas favorables al desarrollo de las letras y de las ciencias, suelen serlo tambien al de las

(1) «Imponia mucho á los fieles esta profusion de colores y brillo de dorados, y otras prácticas materiales semejantes, *no obstante la ausencia del genio y del talento.*» (Artista, pág. 99, t. I.)

(2) En la Biblioteca real de Madrid se conserva un manuscrito iluminado del año 976, llamado manuscrito Vigiliano, de *Vigila*, nombre del pintor que lo hizo, el cual era monge en San Martin de Albelda.

(3) «Non bisogna però supporre, che anche nei piu tenebrosi intervalli del medio evo queste arti rimanessero interamente estinte. Qualche traccia di esse trovasi fino nel più rozzo stato di società, ed i primi sforzi degli Europei, degli Americani, e dei Chinesi, senza esser imitati e conosciuti, portano presso a poco tra loro la stessa somiglianza. Fra i manoscritti della libreria laurenziana, si conservano alcuni avanzi di miniatura riferibili senza dubbio al decimo secolo, ma mostrano apertamente l' impronta della barbarie dei tempi; e sebbene v si scorga una qualche rappresentazione pittorica, possono però giustamente considerarsi, piuttosto come una deformazione della natura, che come il principio di un arte elegante.» Roscoe. vid. de Lorenzo de Medicis, t. IV, p. 5.

* Estas pinturas se han publicado y estampado en la *Etruria pittrice*, etc., etc., ibid.

artes. Y obsérvase (1) que las obras de escultura romana de los mejores períodos, estan con respecto á las de los griegos en la misma proporcion que los escritos de los autores latinos con las obras originales de sus grandes maestros. En los largos siglos de ignorancia, que sucedieron á la decrepitud del imperio romano, igual fué la degradacion en la letras y en las bellas artes; y sería tan difícil citar una obra de correcta y clásica literatura de aquellos tiempos, á pesar de la ventaja que algunas de ellas llevaban á las antiguas bajo el aspecto de las verdades morales, lo que solo era debido á la revelacion cristiana, y no al arte del escritor que era muy imperfecto, como citar una sola estátua ó pintura que alguna consideracion mereciese. Ya se ha visto sin embargo que durante aquellos siglos tenebrosos para las artes de lo bello, se produjeron algunas obras notables en arquitectura; mas debe considerarse que este arte, como mas necesario á toda nacion que la pintura y la escultura, no pudo jamás abandonarse ni destruirse enteramente, por lo que, si á esto se añade que los grandes monumentos de los siglos XI y XII fueron principalmente debidos á los griegos, no sorprenderá que, cuando en el siglo siguiente las artes y la literatura en general comenzaban á disipar lentamente las tinieblas de aquella pasada noche, la arquitectura cristiana, en la cual se habian combinado la gracia y la fantasía espiritualizadas por la fé con la solidez del severo arte bizantino, se ostentase ya hermosa y digna de levantar para Dios moradas entre los hombres. La arquitectura no pudo ni debió seguir á las demás artes liberales en todas sus vicisitudes. Fué preciso sí que decayese cuando todas en general perecieron; mas ni los antiguos modelos pudieron jamás desaparecer enteramente; porque los invasores de la Italia, aunque impetuosos y devastadores, no pudieron arrasar las ciudades enteras y cuantas fábricas sobre la superficie de la tierra ha-

(1) Roscoe. V. de Lorenzo de Med. t. 4.°, p. 4.

bia; ni pudo jamás abandonarse el cultivo de ellas en las guerras de los primeros siglos; antes por el contrario, los pasos mas seguros de la arquitectura en la edad media fueron las construcciones feudales, y las fortificaciones, castillos y murallas de las ciudades guerreadoras (1), así como todas las demás obras de pública utilidad. Daban además á la arquitectura continuo ejercicio todas las construcciones sagradas que la piedad de las ciudades y magnates erigia en una edad en que era tan férvida la creencia religiosa, que todo acontecimiento afortunado se atribuia á un patrocinio celestial visible; con lo que cada poblacion y cada familia notable se atribuia la proteccion directa de algun santo, ó de la misma madre de Dios, á los cuales se tributaba no ya veneracion, sino adoracion verdadera, nunca interrumpida por la sucesion de las generaciones. Sucedia pues que las encarniadas rivalidades de repúblicas y familias, que tanta sangre costaron á la Italia de la edad media, multiplicaban de una manera prodigiosa los piadosos monumentos de la gratitud de los fieles; pues no podia menos de haber siempre un vencedor en las batallas, y al paso que este levantaba una catedral ó un oratorio á su patrono, el vencido, que se creia castigado por algun pecado oculto, duplicaba las ofrendas hechas al suyo para aplacar la cólera celeste.

Pudieron pues los arquitectos de aquellos siglos ir siempre adelantando en su arte. El arte bizantino, de generacion bastarda del romano, heredó de este la antigua solidez que hace sus monumentos eternos; los primitivos cristianos le inocularon por decirlo así su austero misticismo, acomodándole á los nuevos ritos de las basílicas construidas con arreglo á los canones apostólicos. Diéronle esbeltez y ligereza las prácticas de los germanos y elegancia y fantasía el reflejo recibido de las construcciones del Oriente. Todos estos elementos entraron en la formacion de la arquitectura llamada vul-

(1) Las murallas de Avila son una de las obras mas perfectas de la arquitectura de la edad media.

gérmente gótica, y como el último que entró en su composicion, que fué el estilo oriental, pudo hacer su aparicion en Europa en el siglo XII con la vuelta de los cruzados de la Palestina, la belleza de los monumentos cristianos debió ya completarse en la centuria siguiente con las soberbias catedrales que la inmortalizan, mientras las demás artes, en espíritu aun, esperaban en un incierto crepúsculo que la resureccion de la belleza perdida las revistiese de una nueva forma, para manifestar al mundo el arte cristiano acompañado de los dos divinos caracteres *la santidad* y *la hermosura*.

Llegó la arquitectura religiosa á su apogeo en el siglo referido, porque á diferencia de la pintura y escultura, poco ó nada tenia que esperar de la reaparicion de los monumentos paganos, de las termas de Tito, ni del templo de Júpiter Olímpico; porque, en nada comun este arte con la forma corporal humana, su tipo es mas la belleza moral que la belleza material, y la forma de sus templos, dependiente del culto y sujeta á otras ceremonias que las paganas, es un puro símbolo de los misterios religiosos que el cristianismo nos anuncia.

Digamos pues que la arquitectura no tenia necesidad de renacer como las otras artes sus compañeras. Primeramente, porque el templo es la profesion de fé religiosa del pueblo, y el politeismo no tenia ya que volver al mundo; y en segundo lugar porque las demás fábricas y edificios, ya públicos ya privados, tenian que ser siempre acomodados á los usos, leyes y modos de vivir de las sociedades modernas, y no á las costumbres y usos antiguos.

Si la arquitectura religiosa ganó ó perdió pasando de la forma gótica á la que sobre las antiguas reglas de construccion la dieron Brunelleschi y Bramante, es problema que no saldrá jamás de la crítica del sentimiento, y que por consiguiente jamás será resuelto; y casi diríamos que no es verdadero problema. Los diversos estilos en las artes, cuando, á la manera de estos dos propuestos, parecen llenar perfectamente

su fin, no pueden ser objeto de discusion, porque el modo de sentir está en la educacion y en las naturales inclinaciones ó disposiciones del hombre. Estas unidas á la natural inconstancia humana producen la gran variedad en nuestros juicios, y en el juicio de las épocas en que vivimos, y de aquí resultan las grandes reacciones de escuela que á veces notamos, y que hacen que lo que ayer fué nuestra admiracion, sea mañana objeto del ódio mas irreconciliable.

Indicamos que cuando la arquitectura moderna parecia, especialmente en las construcciones propias de la religion y nuevos usos sociales, haber llegado al mas alto punto de perfeccion posible, la escultura y pintura daban apenas muestras de perfeccionamiento envueltas en las sombras de la cuna. Tambien hemos indicado la razon de este fenómeno, de la historia artística, manifestando que la edad media no necesitaba de elementos extraños para crear una bella arquitectura, mientras para la perfeccion de las artes cuya base es la imitacion de la naturaleza física, no bastaba el solo espíritu de la época, sino que era además necesario reunir á él la belleza de la forma, y esta era propiedad esclusiva de la antigüedad. Era preciso que de la belleza del gentilismo y del espíritu del cristianismo se formase un todo perfecto, en el cual el alma y el cuerpo mútuamente se hallasen ennoblecidos, perdiendo aquella el carácter austero, sombrío y poco simpático, que reviste en las obras de Cimabue y de su mismo discípulo, y este la forma *plástica* de los mármoles griegos.

Tambien indicamos al principio que la repentina resureccion de la esplendente belleza antigua es en la historia un hecho que á nuestros ojos tiene mas de providencial que de casual, pues no podemos atribuirla, al contemplar el singularísimo encadenamiento de todos los hechos históricos, políticos, artísticos y religiosos, ni al capricho fastoso de los Médicis, ni á la toma de Constantinopla por los turcos, que obligó á los artistas griegos á refugiarse en Italia con todos los fragmentos que conservaban de la anti-

güedad, ni al amor á esta de los pontífices Felix y Leon; estas causas aparentes y manifiestas solo satisfacen al que, ó por ignorancia ó por excepticismo, considera la *casualidad* como único principio de todos los hechos humanos. Por mejor decir, en estas causas parciales solo vemos el instrumento para llevar á cabo un designio providencial, así como en la muerte del arte romano no vemos solo la obra de los bárbaros que lo destruyeron, sino principalmente la necesidad de la regeneracion de la Italia arrancándola de los mágicos lazos del sensualismo que la debilitaba y consumia. Recordamos ahora esta idea, porque en el período de las artes á que hemos llegado, en que tan floreciente se mostró la arquitectura, se nos ofrece la ocasion de aplicarla, para manifestar que tanto convenia á la sociedad del siglo XIII la prosperidad de esta arte, como el estado de imperfeccion en que las otras dos se hallaban.

P. DE MADRAZO.

CUESTION DE LOS DOS BANCOS.

En uno de los anteriores números de la *Revista* se han explicado los fundamentos de esta cuestion, y se ha demostrado, que no está en las atribuciones del Gobierno crear un Banco nacional sin el concurso de las Cortes; que no ha obrado legalmente, concediendo al Banco de Isabel II los mismos privilegios de que goza el de San Fernando; que los Bancos son establecimientos de muy diversa naturaleza que las compañías ó sociedades mercantiles, que reconocen nuestras leyes, y en especial el Código vigente de Comercio; que el establecimiento y organizacion de un Banco es obra que necesita exámen maduro y meditacion profunda; y que la fundacion del nuevo Banco, denominado de Isabel II, lastima un derecho lejítimamente adquirido, oponiéndose á un privilegio oneroso, que se funda en una transaccion ó contrato celebrado entre el Gobierno y los antiguos accionistas del Banco de San Carlos.

Posteriormente, y á medida que el nuevo Banco ha ido adelantando sus operaciones, ha ido cada vez siendo mayor el conflicto, que era fácil presumir, entre los dos Bancos. La cuestion se ha debatido, y aun casi agotado en la prensa periódica: de una y otra parte, tanto el *Heraldo*, defensor de los intereses del Banco de Isabel II, como el *Clamor Público*, el *Tiempo*, y algun otro diario que han sostenido los intereses, el privilegio y la justicia que asiste en sus pretensiones al Banco de San Fernando, han hecho cuantos esfuerzos estaban á su alcance, y han dado á este negocio toda la ilustracion que podia necesitar, para que

la opinion pública llegue á pronunciar su fallo con todo conocimiento de causa. Si se comparan unos argumentos con otros, unas alegaciones con otras, y las observaciones de cada parte con las contestaciones y réplicas de la contraria, no habrá lector de mediana razon, que no pueda fundar un juicio cabal acerca de las pretensiones de los dos Bancos. En vista de la discusion promovida en la prensa periodística, y segun lo que de ella resulta, y que reasumiremos, el triunfo no es dudoso, y la opinion pública se ha declarado, pronunciando su fallo en favor del antiguo, del ya conocido y acreditado, del justamente privilegiado Banco de San Fernando.

Vencidas en este terreno las pretensiones del de Isabel II, era preciso y natural para defender las suyas el antiguo Banco, que las llevase ante los tribunales de justicia, interponiendo las acciones que le correspondan. Esto ha sucedido, segun hemos llegado á entender, y de público se ha dicho. No sabemos en este momento si habrá ocurrido algun resultado inmediato; aunque lo dudamos. Ello es, que segun parece, el antiguo Banco se niega á reconocer los billetes al portador que el nuevo pone en circulacion, no admitiéndolos en su caja. Sabemos que tanto un establecimiento como otro, han meditado y consultado la cuestion, oyendo acerca de ella á jurisconsultos de la mas alta reputacion, y á otras muchas personas de conocimientos y experiencia en esta clase de negocios. Esperamos que en breve tendremos ocasion de informar á nuestros lectores del giro que vaya tomando este asunto, así como en adelante lo instruiremos del curso y trámites que siga, y de cuanto sea capaz de satisfacer la curiosidad que naturalmente inspira.

En los debates de la prensa periódica nada nos ha parecido tan singular, como que el *Heraldo* desdeñe examinar esta cuestion bajo el aspecto de la legalidad y de la justicia, y que en ella quiera defender la causa de las innovaciones necesarias, de los adelantos de la época, y de

los progresos del siglo; y que el *Heraldo*, periódico eminentemente conservador, muestre tan poca consideracion y respeto á la fé de los contratos, á los privilegios legalmente obtenidos y conformes á la conveniencia jeneral, y á los intereses adquiridos; y que el mismo diario conservador, que muestra vituperar la secularizacion de las propiedades de los frailes, la anulacion de los señoríos, la reversion á la corona de los oficios públicos por ella enajenados, la detentacion de los bienes de las monjas, la expropiacion del clero secular, el despojo de los poseedores de alcabalas y de los partícipes legos del diezmo, quiera añadir á tantos despojos, á tantas injusticias, á tantas arbitrariedades otra nueva, sin que digamos mayor, aboliendo el privilegio del antiguo Banco, que consiste únicamente en «la facultad *privativa* de emitir billetes pagaderos á la vista al portador,» que el Gobierno le concedió por un contrato bilateral y oneroso. El periódico conservador no hace en este negocio una justa aplicacion de sus principios. Pero tambien podríamos decir, que si se dejase de mirar esta cuestion bajo el aspecto legal y de justicia, y se quisiese, aunque sin ningun fundamento, ver solo en ella, como aparenta el *Heraldo*, un privilegio gracioso debido á la piedad del rey, tampoco en este caso sería consecuente con sus principios el diario progresista, que entre otros defiende la causa y los intereses del antiguo Banco. Esta es una prueba de que este asunto no es exclusivamente de innovaciones, de adelantos y progresos, sino tambien y muy principalmente de justicia y de legalidad. Por esto convienen en sostener la causa del antiguo Banco diarios de bien diversas y aun opuestas opiniones.

Supuesto que al defender el *Heraldo* la institucion del Banco de Isabel II cree defender la causa de las innovaciones, de los adelantos y del progreso, nos permitirá que no admitamos tales adelantos ni tales progresos, cuando no sean conformes á la conveniencia jeneral; y desde luego no lo serán, si en virtud de ellos se pretende establecer mas

Bancos de los que exijen las necesidades del territorio en que han de establecerse, el desenvolvimiento de su riqueza, y el empleo de sus capitales. Para apreciar exactamente estas circunstancias, y poder sobre ellas fundar una providencia legislativa, no bastan suposiciones gratuitas, ni conjeturas aventuradas, sino que deben aparecer comprobadas por documentos estadísticos. Y en este caso, y cuando los resultados que arrojasen estos lo requiriesen, podrían haberse aumentado las acciones del antiguo Banco, podría haberse extendido el círculo de sus operaciones, podrían haberse modificado sus reglamentos; pero de ningun modo debería destruirse un privilegio, que además de estar fundado en la justicia y en la ley, lo está tambien en la conveniencia y en la necesidad. Porque si supusiésemos establecidos los dos Bancos, sin poder alegar ninguno la menor apariencia de privilegio, todavía, por solo razones de conveniencia jeneral, se opondrian ambos á que el Gobierno concediese á un tercero ó á un cuarto que lo solicitase, la misma facultad de que gozaban los dos primeros. No se diga que el establecimiento de los dos Bancos aumentaría la concurrencia en las operaciones de estos con el Gobierno ó con los particulares; pues siendo las primeras las mas importantes, reduciría la concurrencia á los solos dos Bancos, cuando hasta ahora, segun se ha visto en todas las licitaciones públicas, y especialmente en la última de los azogues, la concurrencia ha sido siempre bastante numerosa: esta en adelante, como hemos dicho, debe reducirse tanto mas, cuanto mayor sea el número de los capitalistas que se han interesado ó se interesen en el nuevo Banco.

Otra de las suposiciones del *Heraldo* consiste en considerar la *facultad privativa*, ó el privilegio del antiguo Banco, caducado como otros muchos de bien distinta naturaleza; y que se halla en el mismo caso que la secularizacion de las propiedades de los frailes, la estincion de señoríos, etc., cuando estos actos se han verificado expresa y

nominalmente por la suprema autoridad legislativa, cuando nadie hasta ahora ha discurrido que en ninguno de ellos pueda ni aun remotamente estar comprendido el privilegio del antiguo Banco, y cuando por último todos los privilegios que de hecho han caducado por punto general, lo han sido tambien *expresa* y *nominalmente*, y en virtud de declaracion de las Cortes, en cuya declaracion tampoco nadie hasta ahora ha creido que podia estar comprendido el Banco de San Fernando, ni mucho menos el Gobierno, que de hecho y de derecho lo ha mantenido en la posesion legítima de su *facultad privativa*; *de derecho*, no concediendo á nadie la misma facultad privativa, ni embarazándole el ejercicio de ella, con ninguna providencia económica ó gubernativa; y *de hecho*, tratando y contratando con sus Directores, á quienes ha considerado suficientemente autorizados para representar los intereses del Banco, y obligarse á nombre del mismo. Por consiguiente, creemos haber demostrado que la causa que el *Heraldo* defiende no es de adelanto ni progreso, y que el privilegio del Banco de San Fernando no puede considerarse caducado como otros privilegios graciosos, que lo han sido expresa y nominalmente, ni comprendido en actos de las Cortes, en que no se hace de él la menor mencion, y que corresponden ciertamente á otra diversa naturaleza.

A propósito de los actos que acabamos de mencionar, como la secularizacion de las propiedades de los frailes, la anulacion de los señoríos, la reversion á la corona de los beneficios enajenados, la detentacion de los bienes de las monjas, la expropiacion del clero secular, el despojo de los poseedores de alcabalas y de los partícipes legos del diezmo, dice el *Heraldo* que el antiguo Banco vió esto sin chistar, y que sin duda lo aprobó. Esta suposicion es infundada, nada tiene que ver con la cuestion presente, y no podemos comprender el motivo con que se insinúa.

Uno de los errores que se introducen en esta cuestion, es el de considerar los Bancos nacionales como sociedades

mercantiles, cuando realmente son establecimientos bastante diversos. Las leyes del reino, y el Código de Comercio, y lo mismo la Pragmática de D. Juan II, ni hablan ni pueden hablar de establecimientos que, cuando se fundan, lo son siempre por medio de una ley especial, y que de la manera que hoy estan organizados y con las facultades que les estan concedidas, no se conocian ni en tiempo de Don Juan II, ni en otros muy posteriores en que se expidieron algunas de las leyes recopiladas. Cuando se dice en la ley 5.ª, tit. 3.º, libro 9.º de la Novísima Recopilacion, que no puede haber en España un Banco solo, sino los que mas convengan al bien y comercio del reino, está claro, por el solo sentido de estas palabras, que se trata de otra clase de Bancos, de Bancos de otra naturaleza y destinados á otro objeto, pero de ningun modo de Bancos como el de San Fernando ó el de Isabel II; porque sería absurdo suponer que en nuestro pais y en la época á que hace referencia la ley, consideraba el legislador que el bien y el comercio del reino podian exigir un número indefinido de Bancos, que hoy en las capitales mas florecientes y opulentas, en los emporios de la industria y del comercio, no se conoce, habiendo únicamente un Banco en cada capital, como sucede en Paris y en Londres.

Se ha dicho que el decreto por el cual se establecia el Banco de San Fernando no tenia el carácter y fórmulas de Pragmática-Sancion. Pero además de que estas fórmulas se usaban en muy pocos casos, es innegable de que bajo el antiguo régimen se publicaban con las simples fórmulas de un decreto ó de una cédula expedida por S. M. y señores de su Consejo, muchos actos de la autoridad soberana que el rey ejercia; y no podia ser de otra clase una providencia por la cual, no solo se daba el valor de 500, 1000 y 4000 reales á diferentes tiras de papel, sino que se declaraba la pena capital contra los falsificadores de estos billetes. En la época presente, y bajo el gobierno constitucional que nos rije, no puede tampoco dejar de ser objeto de

una ley el establecimiento de un nuevo Banco, tanto porque para la admision de cédulas al portador hay que dispensar un artículo del Código de Comercio, cuanto porque hay además que dispensar otro del presupuesto votado por las Cortes: estas dos dispensas de ley no pueden menos de ser objeto de la resolucion de las Córtes.

El diario, único defensor del Banco de Isabel II, altera algunos hechos sustanciales que precedieron á la transacion celebrada entre el Gobierno y los accionistas del antiguo Banco de San Cárlos, é indica que este Banco debió declararse en quiebra; pero no considera aquel diario que el estado en que se hallaba dicho establecimiento, dependía principal ó únicamente en la enorme suma de 309.475,983 reales 20 mrs. que el Gobierno le era en deber; y que sus accionistas, como los primeros interesados, creyeron que les era mas útil transijir su crédito con el Gobierno, como lo hicieron, que no declararse en quiebra, en la cual ellos mismos hubieran aparecido como acreedores. Conviene en este negocio tener presentes todas las circunstancias de la transaccion, en que por una parte los accionistas ó el Banco convinieron en recibir la suma de 40 millones, que habian de estar representados por las acciones del nuevo Banco de San Fernando, y por la otra el Gobierno otorgó al nuevo Banco los privilegios de que debia gozar. El principal de estos privilegios consistía en «la facultad *privativa* de emitir billetes pagaderos á la vista al portador,» no pudiendo decirse sino por medio de una sutileza escolástica y aun abogadesca, que en este lugar, y en esta expresion, la palabra *privativa* envuelva en sí la idea de privativa de todos los Bancos modernos, cuando solo designa una facultad, de cuya participacion se escluye á cualquiera otra persona ó corporacion, y que solo puede usar de ella la que la ha obtenido, ó el establecimiento ó corporacion á quien el Gobierno la ha concedido: este es el sentido natural y legal que se dá y debe darse á esta expresion ú otras análogas que se encuentran en privilegios, cartas y estatutos.

El Gobierno concedió al Banco este y otros privilegios que resultan de la cédula de su fundacion, en cuanto á que los accionistas, y el Banco que los representaba, accedieron á la transaccion mencionada: por esta quedaron obligados los accionistas á no dirijir en adelante al Gobierno ninguna reclamacion por sus antiguos créditos, y el Gobierno á mantener al Banco en la quieta y pacífica posesion de privilegio que habia obtenido. De lo dicho se infiere, y particularmente de las palabras que hemos copiado, que el privilegio no consiste solo en usar una facultad que está prohibida á los particulares, cosa que no merecia ni siquiera hacer mencion de ella, sino en el compromiso y en la obligacion de no permitir á ninguna otra corporacion, sociedad ó establecimiento que usen de la misma; porque si un privilegio cualquiera, y mucho mas un privilegio oneroso, que se concede á una corporacion, se concediese tambien á otra ú otras, bajo el pretesto de que no estendiéndose á los particulares, el privilegio no se vulneraba, claro es que en este caso el resultado era igual, y que de la misma manera quedaba aquel ilusorio.

Es innegable para los que conocen la situacion de nuestra industria y comercio, que á pesar del estado de desarrollo en que quieran suponerse, y de la estension en que se consideren los negocios y operaciones de crédito, todavía no proporcionan alimento para grandes capitales de dos Bancos. Los contratos con el Gobierno y las licitaciones públicas, que á ellos precediesen, ya hemos dicho que habrían de contar con mucha menos concurrencia, y quizá únicamente con la de los dos Bancos. Si por consecuencia de una nueva organizacion en nuestro sistema tributario, no fuese necesario en adelante que el Gobierno se valiese del medio de los anticipos, ó si algun ministro de Hacienda hallase algun recurso que lo pusiese en el caso de no necesitar los auxilios de los Bancos, entonces, ó quedaban estos reducidos á operaciones de giro de muy escaso beneficio, ó tendrían que empeñarse en operacio-

nes y empresas arriesgadas, contra lo que requieren la circunspeccion y prudencia de estos establecimientos, contra lo que requiere su mismo crédito, y la confianza de sus accionistas. El interés y el valor que hoy merecen las acciones del Banco de San Fernando consiste únicamente en los buenos resultados que le han producido sus negocios con el Gobierno, singularmente en las sumas que durante la guerra le ha adelantado, y en las seguridades que ha obtenido la direccion del Banco, que en estas operaciones en verdad se ha conducido con no poca circunspeccion y con extraordinario tino.

Las empresas industriales en todos sus géneros pueden obtener capitales por medio de sociedades anónimas mercantiles, que se los suministren con las seguridades é intervencion correspondientes, y representando las sumas empleadas en tales empresas por medio de acciones, como sucede en las sociedades ó compañías que se forman en algunos paises extranjeros para la construccion de caminos de hierro, canales, puentes y otros objetos, á que no pueden fácilmente alcanzar los medios ó recursos de un particular. Estas acciones se negocian en algunas plazas extranjeras, y aun en Madrid mismo se han enajenado á mucho mas de á la par algunas de un establecimiento industrial. Por manera, que sin necesidad de Bancos públicos autorizados por el Gobierno, y con el privilegio de emitir billetes al portador, pueden las sociedades mercantiles suministrar á la industria los capitales y el fomento que necesite. Estas sociedades son las que reconoce y sujeta á reglas y formalidades nuestro Código de Comercio; estos son los Bancos de los cuales convendrá que haya cuantos convengan al bien y comercio del reino; estos son los Bancos que sin privilegios de ninguna clase, sin amenazar conflictos de ningun género, pueden dar estímulo á nuestra naciente industria, y auxiliar el desarrollo de nuestro comercio.

No necesitamos cansar mas á nuestros lectores al reasumir los principales argumentos con que el *Heraldo* y el

Tiempo han defendido los intereses rivales de los respectivos Bancos. Solo observarémos que las razones emitidas en el artículo que sobre esta cuestion publicó nuestra *Revista*, no han sido hasta ahora contestadas, y aun en este caso, y pendiente ya este negocio del fallo de los tribunales, esperamos este antes de examinar la cuestion mas detenidamente bajo el aspecto legal.

CRÓNICA POLÍTICA.

SCURSO DE APERTURA.—PERIÓDICOS CARLISTAS.—DECRETO SOBRE ORGANIZACION DE LOS JUZGADOS DE PRIMERA INSTANCIA DE LAS ISLAS FILIPINAS.—OTROS DE HACIENDA.

A medida que se acercaba el dia en que debian abrirse las Cortes, cuyos diputados acababan de ser elegidos, mas esfuerzos se hacian por las facciones enemigas de la situacion para impedir la reunion de aquellas, que al fin se ha verificado en el dia señalado, que era el 10 del corriente, cumpleaños de S. M. la Reina. En este dia S. M. en persona, acompañada de su augusta madre, y de su hermana la Serma. Señora Infanta Doña Luisa Fernanda, pasó al palacio del Senado con gran comitiva y lucido aparato, y allí, reunidos todos los representantes de la nacion en ambos cuerpos colegisladores, leyó el discurso de apertura, declarando despues en su real nombre el Presidente del Consejo de Ministros, que quedaba abierta la legislatura de 1844.

A los discursos de apertura suele darse mas significacion política, que la que realmente en sí tienen, sin duda por los labios augustos que han proferido aquellas palabras; pero vagos en general, y nunca explícitos, no satisfacen ordinariamente á los curiosos; y despues de publicarse y difundirse con profusion, despues de apurarse sobre el texto de ellos cuantos comentarios y glosas es dado discurrir, quedan por último reducidos en el concepto general á la expresion de una fórmula de ceremonia y de eti-

queta. El que S. M. nuestra augusta Reina ha pronunciado en la apertura de las actuales Cortes, ha escitado el interés que naturalmente debia escitar este primer acto solemne de su gobierno, verificado en el dia mismo de su cumpleaños. Juzgándolo como acto de su gobierno, —pues solo en este caso creemos que los discursos que pronuncia la autoridad real estan sometidos á la censura de los periódicos,— nos atrevemos á decir, que en lo general nos ha parecido bien; que no carece de nobleza y dignidad, y que en él estan observadas algunas reglas de conveniencia; sin embargo, nos parece, en cuanto á su material redaccion, que lo mismo habría podido decirse en menos palabras, ganando á nuestro concepto en magestad todo lo que perdiese de difusion. Hay una manía en nuestro pais de hacer estos discursos escesivamente largos, convirtiéndolos en verdaderas oraciones: no ha sido de los mas extensos el de la presente legislatura, si se compara con muchos de las anteriores; pero aun podria habérsele hecho mas preciso y cortado. Tambien hay otra manía, que consiste en que se le ha de encajar por lo menos un parrafito de cada ministerio, resultando de aquí, que como alguno de ellos, y en especial el de Gracia y Justicia, no podia verificar grandes reformas ni ofrecer importantes novedades con la frecuencia que se repetian en los años anteriores los discursos solemnes de apertura, hemos estado viendo en todos estos desde el año de 1834 hacer constantemente mérito de la formacion de nuevos códigos, cuando ó en esta obra nada se ha hecho, ó la *Gaceta* y demas diarios nos han participado los adelantos que ha ido teniendo, como al presente sucede. Esto en cierta manera nos repugna, porque nos parece hasta pueril, y porque no quisiéramos que en palabras que han de ser pronunciadas por una persona augusta que ejerce la autoridad real, se advirtiese la menor señal del amor propio de las personas que merecen el honor de acercársele. Ocupados por algunos dias los diarios en analizarlo y discutir acerca de él y de cada uno de sus párrafos, la

oposicion progresista lo ha impugnado, segun su espíritu de partido, generalmente con injusticia, y alguno de ellos con debilidad y pequeñez.

Los periódicos carlistas han guardado sobre este punto una prudente reserva, en cuanto era para ellos tanto mas arriesgado, cuanto que se rozaba en cierta manera con sus reminiscencias dinásticas. A falta de otras consideraciones, la actitud del jurado, que en estas materias ha emitido realmente el fallo del pais, ha reprimido á estos periódicos, conteniendo á sus escritores dentro de los límites de la censura legal. Estos periódicos acaban de ser reforzados con el diario intitulado *La Esperanza*, sucesor del que tenia el nombre de la *Monarquia*. *La Esperanza* se muestra hasta ahora mas templada que la *Monarquia*; pero al mismo tiempo con menos vigor y *originalidad*; decimos esto último, porque conocidamente algunos pensamientos históricos de varios de sus artículos, y quizá hasta las mismas palabras, recordamos haberlas leido en el periódico intitulado *l'Avenir*, que publicaba el abate Lamenais. Este es un defecto de redaccion, que siempre salta á la cara, descubriéndose un zurcido mal hecho.

Entre las providencias que el Gobierno ha dictado con el objeto de mejorar los diferentes ramos de la administracion, se distinguen dos: la primera consiste en un real decreto expedido por el ministerio de Gracia y Justicia, en que se dá una nueva organizacion á las alcaldías mayores en las Islas Filipinas y en las demás provincias que poseemos en Asia. En este decreto se propone el Gobierno extender á todos los puntos de aquellas remotas posesiones la administracion de justicia; que ésta sea desempeñada por jueces letrados; que á los alcaldes no se les permita comerciar, tratar ni negociar, tener labranzas, ni ejercer ninguna granjería por sí, ni por interpuesta persona, conforme á varias leyes de la Novísima Recopilacion; y que se fijen los sueldos que deben percibir los jueces letrados, con arreglo á una plantilla que acompaña en las tres clases de entrada,

ascenso y término en que se dividen aquellas alcaldías, á la manera que lo están los Juzgados de la Península. Este pensamiento en lo general es bueno, aunque carezcamos en el momento de datos para juzgar con acierto de todos sus pormenores, que se refieren á circunstancias locales. El expediente es antiguo, y segun lo que de él se menciona en la exposicion ministerial que precede á dicho decreto, se ha oido acerca de este punto el dictámen de personas inteligentes, y de corporaciones ilustradas. Esto nos inspira alguna seguridad en el acierto de esta resolucion, cuya seguridad sería mayor, si supiésemos que se habia consultado á personas muy respetables que hoy residen en Madrid, y que recientemente han desempeñado cargos importantes en aquellos remotos paises: algunos de ellos conservan datos interesantes y preciosos sobre la administracion de justicia y el estado administrativo y económico de aquellas islas. Un periódico de Sevilla, no encontrando quizá otro medio de atacar al Gobierno por este decreto, y deseando tal vez escitar contra él la animadversion de la clase militar, decia que esta quedaba privada de la opcion que tenia á varias alcaldías mayores que se proveen por la secretaría de la Guerra. Este es un error; porque las de esta clase, ni están ni debian estar comprendidas en el decreto á que nos referimos. Las alcaldías mayores que provée el ministerio de la Guerra en personas de la clase militar, se hallan constituidas en la frontera del pais que poseemos, y están en frente de las tribus salvajes, con quienes nos hallamos casi en un estado contínuo de hostilidad; y en estos puntos es muy conveniente y necesario que la autoridad militar reasuma todo el poder y todos los medios de accion, como que puede decirse que aquellos territorios se hallan en un estado perenne de guerra.

La segunda providencia á que hemos hecho referencia, consiste en los decretos que aparecieron en la *Gaceta* del 10, expedidos por el ministerio de Hacienda, ampliando á las inscriciones de la deuda flotante del Tesoro público, la

conversion en títulos de la deuda consolidada al 3 por 100, acordada en decreto de 26 de junio para los acreedores por contrato de anticipaciones, y verificando esta conversion por el tipo de 40 por 100. Al mismo tiempo se amplía tambien la conversion acordada por el expresado decreto de 26 de junio á las libranzas procedentes de contratos celebrados con el Gobierno, y que se hallan pendientes de pago en las cajas de la Habana, sujetándose dicha conversion al tipo de 35 por 100. Por consecuencia de estas dos resoluciones, los productos de la renta de la sal y papel sellado ingresarán en el Tesoro, quedando al mismo tiempo las rentas y contribuciones de la Isla de Cuba libres de las cargas que sobre sí tenian. En vista de esto último, se dispone en otro decreto, que los sobrantes que resulten de los ingresos de aquellas cajas, se apliquen al pago puntual de los intereses de la deuda consolidada al 3 por 100. En estos decretos se vé que el Sr. Ministro de Hacienda es consecuente con el sistema que se ha propuesto de dejar libres las rentas del Estado de las obligaciones é hipotecas con que estaban gravadas, lo mismo que de las contratas y arriendos celebrados para su recaudacion. Esto desde luego es un bien, cualesquiera que sean los efectos de la conversion, y la equidad con que se hayan fijado los tipos respectivos, cuyos puntos no es del caso examinar ahora, bastándonos decir, que conciliados hasta cierto punto los intereses del Estado y los de los particulares interesados, tanto el Gobierno como estos, han quedado satisfechos, y con tanta mas razon los últimos, cuanto que el Gobierno ha adjudicado al pago religioso de los intereses de dicha deuda consolidada las cuantiosas rentas líquidas de la Isla de Cuba.

16 de Octubre de 1864.

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE CUARTO TOMO.

Biografía de D. Manuel de la Concha, por D. J. M. Diaz. 3
Literatura y lengua alemana, por D. J. S. del Rio. 30
Oda á la defensa de Sevilla, por D. J. M. F. 50
Intereses materiales, por D. F. de Cardenas. . . . . 109 y 192
Exposicion de productos de la industria francesa.—Ojeada general sobre la exposicion de 1844. 130
Causa de los fiscales de Granada. 161
Mahoma y su Alcorán, cap. 1.º, por D. Pedro Benito Golmayo. . . 169
Recuerdos de un viaje por el Mediterráneo, por D. Cayo Quiñones de Leon. 211
De la proyectada variacion de algunas de nuestras leyes políticas, por Don Antonio Alcala Galiano. 334
Pozos artesianos. 425
Mahoma y su Alcorán, cap. 2.º, por D. Pedro Benito Golmayo. 436
El pró y el contra del ingenio, por D. Enrique Disdier. 503
Los escolapios, por D. Javier de Leon Bendicho. 512
Exámen filosófico de las bellas artes, por D. P. Madrazo. 529
Cuestion de los dos Bancos. 550

NOVELA.

Gerfaut. . . . . 57, 347 y 459

REVISTA LITERARIA.

Los misterios de París, traducidos por D. Antonio Florez.—Madrid y sus misterios, por un desconocido.—Los misterios de Madrid, por Don J. M. Villergas.—El Judío errante, por Eugenio Sué (traduccion).—Historia de Granada, por D. Miguel Lafuente Alcántara.—Manual historico-topográfico administrativo y artístico de Madrid, por D. Ramon Mesonero Romanos.—Sevilla pintoresca, por D. José Amador de los Rios. 402

CRONICA POLITICA.

Situacion de los partidos en la contienda electoral.—Política del ministerio.—Cuestiones de Hacienda.—Condenacion de periódicos.—Conspiraciones.—Suspension de la venta de los bienes del clero secular y de las monjas.—Cuestion de Marruecos.—Viaje de SS. MM. á Madrid. 163

Las elecciones.—Contrato del Gobierno con el Banco de San Fernando.—Proyecto de un nuevo sistema tributario.—Acusacion de algunos periódicos contra el cónsul de España en Gibraltar.—Establecimiento de un Banco en Barcelona.—Cuestion de Marruecos.—Reformas en la ordenanza de presidios. 414

Discurso de apertura.—Periódicos carlistas.—Decreto sobre organizacion de los juzgados de primera instancia de las Islas Filipinas.—Otros de Hacienda. 560